

CULTURAS PREHISTÓRICAS DE COPIAPÓ

Hans Niemeyer - Miguel Cervellino - Gastón Castillo



CULTURAS PREHISTÓRICAS DE COPIAPÓ

© MUSEO REGIONAL DE ATACAMA, 1998

Inscripción N° 107.918

ISBN 956-7772-00-2

Se prohíbe la reproducción

total o parcial de la obra

sin previa autorización del editor

Impreso en Chile

Impreso en Chile

Impreso en Chile

Impreso en Chile

Impreso en Chile

Impreso en Chile

Impreso en Chile

Se permite la reproducción

en pequeños ejemplares

en San Francisco 454, Santiago de Chile,

en el mes de febrero de 1998

1991

IMPRESO EN CHILE - PRINTED IN CHILE

MUSEO REGIONAL DE ATACAMA

© MUSEO REGIONAL DE ATACAMA, 1998

Inscripción N° 102.918

ISBN 956-7772-00-2

Se prohíbe la reproducción
total o parcial de la obra
sin previa autorización del editor

Fotografía portada
gentileza de *Hernán Edwards Cruchaga*

Auspician:

Gobierno Regional de Atacama
Museo Regional de Atacama

Se terminó de imprimir esta primera edición
en Impresos Universitaria, S.A.
en San Francisco 454, Santiago de Chile,
en el mes de febrero de 1998

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Culturas Prehistóricas de Copiapó

Autores:

Hans Niemeyer Fernández
Miguel Cervellino Giannoni
Gastón Castillo Gómez

Editores:

Hans Niemeyer Fernández
Miguel Cervellino Giannoni

1997

EPÍGRAFE

Este valle de Copiapó es el principio de esta gobernación de Chile y, porque en él tomó el general Pedro de Valdivia la posesión en nombre de su magestad, es bien que contemos la calidad de él. Este valle de las cumbres nevadas de donde procede hasta la mar tiene de compás las quince leguas como tengo dicho. Tiene de ancho una legua y en parte más. Corre por este valle un río pequeño que basta regar sementeras de los naturales que en él hay, que en esta sazón había mil indios.

Este río, antes que entre en la mar, se sume y, junto a la costa, torna a salir. En este valle no llueve sino hay aquellas neblinas que ya tengo dicho cuando es el invierno. Dase maíz y tan grande y gruesas las cañas que ninguna provincia de las que yo he visto y andado no he visto darse nunca tan bien como en este valle, porque en otras provincias da cada caña dos o tres mazorcas, y aquí cuatro o cinco. Es muy buen maíz. Danse fríjoles y papas y quínoa, que esta quínoa es una hierba como bledos. Lleva unos granitos y una espiga o dos o tres que da en los cogollos que lleva; es tan alto como un estado y menos, y los granitos que digo a manera de mostaza y mayores. Cuecen estos granitos los indios y cómenlos. Es buen mantenimiento para ellos. Dase en este valle algodón. Andan los indios bien vestidos del algodón y de lana de oveja que tienen. Hay minas de plata, cobre y de otros metales, hay yeso, hay turquesas muy finas.

Los árboles que hay en este valle son algarrobas y dan muy buen fruto y aprovechanse de él los naturales como tengo dicho. Hay chañares, hay calces. El traje de los indios es como el de Atacama. Difieren en la lengua. Es gente dispuesta, belicosa y altas de buen parecer. Los ritos y ceremonias que tienen es adorar al sol como los de Atacama, porque lo tomaron de los Incas cuando de ellos fueron conquistados. Hablan con el demonio los que más por amigos se le dan y éstos son temidos de los demás.

Green y usan de las predestinaciones que aquellos les dicen. Su enterramiento es debajo de la tierra no hondo. La mayor cantidad de la tierra está encima hecha montón como pila de cal. Entiérranse a un sitio que les parece ser buena tierra: juntamente entierran consigo sus armas y ropas y joyas. El casamiento de estos indios es que los señores tienen a diez y doce mujeres, y los demás a una y dos mujeres...”.

Crónica de G. Bibar
Capítulo XVII

LOS AUTORES

Gastón Castillo Gómez. Arqueólogo titulado en la Universidad Católica del Norte, sede Antofagasta. Nacido en Antofagasta en 1944. Estudios de Doctorado en Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires (1991-1995). Actualmente Jefe de Laboratorio del Museo Arqueológico de La Serena. Varias publicaciones de la especialidad en Chile, Argentina y Perú.

Miguel Cervellino Giannoni. Nacido en Iquique en 1948. Arqueólogo de la Universidad Católica del Norte, Antofagasta. Cursa actualmente un Doctorado en Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Ostenta además el título de Asistente Social de la Universidad Católica del Norte, sede Arica.

Fue Director del Museo Mapuche de Cañete entre 1976 y 1978, y Director del Museo Regional de Atacama desde 1978 hasta la fecha. Es miembro docente investigador de la Universidad de Atacama, Copiapó.

Es autor de múltiples artículos científicos.

Hans Niemeyer Fernández. Nació en Coquimbo, en enero de 1921. Ingeniero Civil de la Universidad de Chile y ex profesor en ella de varios ramos de Ingeniería Hidráulica. Sirvió en el Departamento de Antropología (Universidad de Chile) como profesor de Topografía Aplicada a la Arqueología y, sobre todo, como profesor de Prehistoria Chilena, jubilando en el cargo de Profesor Titular. Arqueólogo autodidacto, y como tal tiene más de cien trabajos publicados en revistas especializadas y de divulgación en Chile y en el extranjero. Fue fundador y primer presidente de la Sociedad Chilena de Arqueología y Director del Museo Nacional de Historia Natural (1982-1990).

Sus principales áreas de trabajo han sido el valle de Camarones, Tarapacá; la costa de Coquimbo, y la cuenca del valle del río Copiapó, donde continúa con el apoyo del FONDECYT como cabeza de grupo.

AGRADECIMIENTOS

Los autores del presente libro están en deuda con muchas personas e instituciones que en el transcurso de treinta años o más de investigación han prestado su valiosa colaboración para el desciframiento de la madeja prehistórica de la cuenca de Copiapó. Agradecemos, pues, a personas y a instituciones.

A personas:

A los amigos de la cordillera de Copiapó que en más de una ocasión nos brindaron hospitalidad en sus casas y nos sirvieron de eficientes guías e informantes.

- Sixto Aróstica Cortés y su esposa Virginia Rojas O.
- Ramón Rojas Órdenes y su esposa Graciela Aróstica C.
- Eva Aróstica Cortés
- Caupolicán Aróstica Julio y su esposa Manuela Rojas O.
- Benito Rojas Aróstica.

A los distintos especialistas que aportaron sus peritajes en forma desinteresada.

- Mélica Muñoz Sch. Jefe de la Sección Botánica del M.N.H.N., por determinaciones botánicas de especies del Estudio y de herborizaciones de los trabajos de campo.
- Elizabeth Barrera M. y Gloria Rojas V. botánicas del M.N.H.N., quienes hicieron el informe polínico y otros peritajes botánicos.
- Prof. Hugo Gunckel L., (Q.E.P.D.), Farmacéutico y Botánico, por sus valiosas determinaciones botánicas.
- Patricia Salinas Z., geóloga del M.N.H.N. y su esposo Patricio Sepúlveda, geólogo, por determinaciones petrográficas.
- Roberto Meléndez C., biólogo marino, por su identificación de restos ictiológicos.
- Juan Donoso, Ingeniero Forestal, Jefe del Departamento de Tecnología de la madera de la Universidad de Chile, y a sus colaboradores, Iván Ulloa A. y Mónica Rallo por la determinación específica de una muestra de madera.
- A July Palma, arqueóloga, ex funcionaria del Museo Chileno de Arte Precolombino quien hizo el informe de un trozo de tejido prehistórico de Carrizalillo Chico.
- A Lucy Peña, física de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, por su determinación por Rayos X de cuentas de collar.
- Viviana Manríquez S., etnohistoriadora. Trabajó en la etnohistoria de Copiapó.
- Óscar Gálvez H., malacólogo del M.N.H.N., por determinaciones de su especialidad.

- Mario Elgueta D., entomólogo del M.N.H.N., por determinaciones de su especialidad.
- A los físicos Ángel Deza y Álvaro Román, por las fechaciones T.L.
- Bioantropólogas Silvia Quevedo K., Loreto Solé V. y Ximena Novoa S., estudiosas de los restos óseos del valle de Copiapó.
- A Hernán Edwards Cruchaga, por su exitosa gira fotográfica al Valle de Copiapó, en 1996.

A otras personas de la región:

- Alfonso Prohens Arias y su esposa Tita Espinosa.
- Alfonso Prohens Espinosa. Su colaboración múltiple en el estudio de La Puerta.
- Arquitecto Gonzalo Domínguez, quien permitió estudiar sus colecciones de la costa de Atacama.
- Antonio Vergara I., por permitir los estudios de Iglesia Colorada.
- A nuestras esposas que han tenido paciencia para esperar mientras nos encontrábamos en campaña, y en ocasiones colaborar directamente en terreno.

A Instituciones:

Los autores agradecen en primer lugar a la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología CONICYT por haberles otorgado el subsidio que permitió llevar a buen término estos estudios de la cuenca del Copiapó, a partir de 1980.

- A la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, que proporcionó el tiempo de sus funcionarios involucrados en los estudios del Copiapó.
- Al Consejo de Monumentos Nacionales por otorgar los respectivos permisos.

A los colaboradores de siempre:

- Hilda Niemeyer P. Dactilógrafa.
- Jorge Bórquez M. Profesor de Artes Plásticas, quien ha dibujado las mayorías de las ilustraciones.
- Míriam Mardones G. Laboratorista.
- Danilo Bruna, dibujante del Museo Regional de Atacama.
- Héctor Erazo, auxiliar del Museo Regional de Atacama. Ayudante especializado.
- Ibar González, auxiliar del Museo Regional de Atacama. Ayudante especializado.
- Wilson Pérez, auxiliar del Museo Arqueológico de La Serena.

PRESENTACIÓN

La presente obra surge de la necesidad de cristalizar una larga serie de investigaciones arqueológicas realizadas en la cuenca del río Copiapó, durante más de una treintena de años. Felizmente esta ocasión llegó con motivo de la celebración del XIV Congreso Nacional de Arqueología y, sobre todo, fue posible producirla gracias a que contó con el decidido apoyo financiero de parte del Gobierno Regional de Atacama. Debemos agradecer, pues, al actual Intendente Regional don Eduardo Morales Espinosa su entusiasmo por conocer y dar a conocer lo que ha sido el devenir cultural del valle en su prehistoria.

El libro se presenta dividido en seis capítulos cuya redacción ha sido encomendada a los tres investigadores que lograron formar un grupo cohesivo de trabajo durante varios años y que han laborado en forma metódica y constante en torno al pasado prehistórico de Copiapó.

Los capítulos se han escrito bajo la responsabilidad individual de cada autor.

El *Capítulo I*, cuyo autor es H. Niemeyer, fue destinado a narrar en líneas generales y en forma casi de crónica, la secuencia en las etapas de la exploración. Empieza por los primeros viajes a caballo que el autor hizo en el ámbito cordillerano andino en las décadas de los años '60 y '70 hasta culminar con las campañas colectivas de excavación en los principales sitios descubiertos en años posteriores, hasta el presente.

El *Capítulo II* presenta una síntesis descriptiva de la cuenca hidrográfica del río Copiapó y de su red de drenaje, y de cómo se inserta en la Región de Atacama. Se incluyen un par de gráficos con los hidrogramas anuales del río Copiapó en un punto adecuado, con una larga estadística de más de 30 años y otro con los hidrogramas de los tres ríos formativos del Copiapó en La Junta. También se toca el tema de la capacidad del embalse subterráneo, cuya explotación mediante bombas de pozo profundo ha sido la fuente para el regadío del valle en su acelerado proceso de cambio en el uso del suelo, con el desarrollo de parronales.

En el *Capítulo III*, Miguel Cervellino, en forma muy sucinta, relata sus experiencias del Arcaico en la cuenca, especialmente en la costa, que es donde más ha trabajado en forma individual. Con ocasión de dar cumplimiento a las exigencias de un proyecto FONDECYT sobre el complejo de Huentelauquén, liderado por Agustín Llagostera, excava uno de los yacimientos de mayor envergadura en el litoral, Caleta El Obispo. También cuenta sus experiencias en Bahía Maldonado al estudiar los conchales arcaicos y cerámicos de la localidad.

El *Capítulo IV*, escrito por H. Niemeyer, se refiere al desarrollo del Complejo Cultural El Molle que ocupó los primeros 700 años de la Era Cristiana en el Norte Chico, extinguiéndose al final de este período. Después de hacer una presentación general de la Cultura, la

mayor dedicación se centra en El Molle de la cuenca del Copiapó. En ésta, la novedad fundamental es la presencia de aldeas estructuradas en el interior de ella, descubiertas y estudiadas en el curso de estas investigaciones.

El mismo autor escribe en el *Capítulo V*, dedicado al estudio en la hoya del Copiapó del Período Medio, identificado con el Complejo Cultural Ánimas, que se desarrolló más o menos del 750 d.C. al 1100 d.C. Se prueba en el estudio que el origen de esta cultura está en el Noroeste Argentino, en la Cultura Aguada que floreció especialmente en las provincias de La Rioja y Catamarca. Pasó al valle de Copiapó en una época de decadencia y desarticulación social en su lugar de origen. Los sitios principales de esta cultura son los pucarás Puntilla Blanca y Quebrada Seca, en la cuenca formativa, y La Puerta en el valle medio.

El *Capítulo VI* estuvo a cargo de Gastón Castillo Gómez, arqueólogo del Museo de La Serena. Es el más voluminoso, al mismo tiempo que el más novedoso. Se plantea en él como una hipótesis la Cultura Copiapó preinca, o sea ocupando lo que se llama el Período Intermedio Tardío. Se la trata de definir y tipificar en algunos sitios importantes en la cuenca alta. La pieza cerámica por excelencia es el vaso acampanado Negro sobre Rojo, cuyo principal motivo decorativo son llamas estilizadas en actitudes dinámicas, el que pasa más tarde a integrar el dominio Inca.

Luego pasa a analizar el dominio Inca en el valle de Copiapó:

Después de las excavaciones en la cuenca alta del valle, se efectúa una revisión minuciosa de los contextos que han sido investigados en las tierras bajas, incluida la costa. La comparación de datos nuevos con datos antiguos demuestra una presencia inca que se sustenta en gran parte gracias al papel de los mitimaes Diaguitas. Aquello nos lleva a la conclusión que el dominio del valle de Copiapó se efectúa de sur a norte, una vez que los ejércitos incas entran a Chile en forma definitiva por el valle de Aconcagua. Paso a paso se reconstituye el panorama inca en Copiapó, en especial revisando los antiguos datos que existen en forma aislada de Copiapó a la costa. Con los datos arqueológicos y algunas fuentes históricas se busca definir cual fue el pueblo llamado Copayapo y sus alrededores inmediatos. Al final se expone la tabla cronológica con las fechas disponibles para las tierras altas, realizando algunos comentarios que vienen al caso, para concluir con una hipótesis sobre la organización dual en el valle de Copiapó.

La mayor parte de la información esencial que hemos sintetizado en los *capítulos I a VI*, se encuentra repartida en diversas publicaciones citadas en la Bibliografía. Especialmente importante para la cuenca alta han sido los Informes Finales de los proyectos que hemos presentado a CONICYT, año tras año en cumplimiento de las obligaciones contraídas al recibir los subsidios. También hemos tenido como fuente de información nuestras propias publicaciones en las Actas de los últimos congresos de Arqueología y en otros órganos científicos o de divulgación.

Diremos finalmente que la investigación del Copiapó continuará en nuestras manos mientras las fuerzas nos acompañen.

HANS NIEMEYER F.
Coeditor

Capítulo I

CRÓNICA DE LA EXPLORACIÓN ARQUEOLÓGICA DE LA CUENCA DEL RÍO COPIAPÓ*

INTRODUCCIÓN

En las tres últimas décadas la investigación arqueológica en la cuenca del Copiapó se vio fuertemente incrementada con las iniciativas y trabajos realizados por los tres autores. Con ello se había acumulado buena cantidad de información de primera mano y materiales, de manera que se hacía indispensable propender a una síntesis de ella. La ocasión se presentó propicia al ser aceptada Copiapó como sede del XIV Congreso Nacional de Arqueología por la asamblea de la Sociedad Chilena de Arqueología en Antofagasta en 1994. De allí nació la idea del presente libro que ha contado con la acogida del Gobierno Regional de Atacama. Es cierto que a medida que avanzábamos en las investigaciones con nuevas excavaciones y reconocimientos año a año, procuramos publicar estos logros en las actas de los congresos chilenos que se han sucedido en forma regular a partir de 1963. Necesariamente era una visión parcial. Estamos conscientes de la importancia de la prehistoria del valle de Copiapó, no sólo por su propio devenir cultural sino por ser la puerta de entrada a nuestro territorio semiárido, después de superado el Desplazado de Atacama, de más de quinientos kilómetros de desierto absoluto que se ex-

tendía hacia el norte, hasta el Salar de Atacama.

La presente obra está lejos de ser una monografía. Ni los recursos presupuestarios ni el tiempo disponible habrían dado para ello.

La continuidad de las investigaciones se ha podido mantener desde 1979, gracias a la confluencia de varias circunstancias favorables:

1. Desde hace algunos años contamos con financiamiento del FONDECYT;
2. A partir de la creación del Museo Regional de Atacama, hemos contado en Copiapó con un "campamento base" de apoyo;
3. La amistad y buena disposición para colaborar con nosotros de los habitantes de la Cordillera del Copiapó han sido de decisiva ayuda en el logro alcanzado, y
4. La circunstancia de haberse formado un grupo de investigadores que supo mantenerse cohesionado por muchos años y haber perseverado disciplinadamente tras una meta y un ideal común.

A continuación, y haciendo parte de este capítulo, nos proponemos presentar una síntesis, casi en forma de una crónica, de lo que ha sido la secuencia en el tiempo del desarrollo del proceso de investigación de la prehistoria del Copiapó.

*Autor del capítulo: Hans Niemeyer F.

La investigación antigua. El viaje que realizó Jorge Iribarren Charlín, arqueólogo del Museo Arqueológico de La Serena, a lo largo del valle en 1956¹, marca un hito importante en el estudio de la prehistoria del Copiapó. Antes de esa famosa gira, las noticias de que se disponía provenían de crónicas postconquista y escritos de algunas personalidades del mundo intelectual local de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX. Algunas eran oriundas de Copiapó, otros venidos de afuera. No practicaban excavaciones, sino estudiaban los hallazgos fortuitos y piezas de colecciones privadas de Copiapó. Don José Toribio Medina en su célebre libro *Los Aborígenes de Chile*² ilustra varias piezas cerámicas de Copiapó y Freirina, y un vaso antropomorfo hecho de una lámina de oro en técnica de repujado. Ricardo E. Latcham habla con mayor precisión del pasado indígena de Copiapó. Por su parte el profesor del Liceo don Luis Sierra prepara en el establecimiento una pequeña sala de exposición de Ciencias Naturales que incluye piezas de origen arqueológico; es a no dudarlo junto a don Leotardo Matus, un divulgador asiduo de los hallazgos fortuitos en la ciudad. El año 1928, don Gualterio Looser publica en la revista *Chile*³ un hallazgo arqueológico de importancia de la calle Chañaral de Copiapó, con numerosas piezas cerámicas y metálicas.

Don Enrique Ernesto Gigoux, quien fuera Director del Museo Nacional de Historia Natural, es también un gran divulgador de hallazgos arqueológicos realizados en Copiapó y Caldera, su tierra natal.

Asimismo don Francisco Cornely⁴ realizó dos azarosos viajes en bote a partir de Caldera por la costa de Atacama, con muy buenos resultados para el conocimiento de esa faja litoránea. Los múltiples sacrificios de este viaje son relatados en forma por

demás amena, junto con entregar valiosa información arqueológica.

Pero sin duda que nadie supera por su coherencia informativa y extensión al historiador local don José María Sayago en cuya *Historia de Copiapó*⁵ sitúa lugares de origen indígena en el valle, contribuyendo poderosamente al conocimiento de su primitiva toponimia y a los nombres de los caciques locales o sus descendientes y el rol que desempeñaron. Comienza su historia con la llegada del Inca y continúa en la Colonia e incluso en la República, dando una idea acabada sobre la evolución social, política y económica de la población. Al mismo tiempo dedica espacio al comportamiento histórico del río Copiapó, con su alternancia de períodos de sequías y de crecidas, tan vital para la zona.

El Dr. Aureliano Oyarzún describe, por su parte, varias piezas cerámicas de Caldera. A estos investigadores más bien de gabinete habría que agregar otros que en el siglo pasado hicieron algunos viajes por la cordillera de Copiapó, dando breves noticias de interés. Uno de ellos fue el sabio polaco don Ignacio Domeyko que notifica en 1848 del hallazgo de tamberías y poblados indígenas prehistóricos⁶. Asimismo, don Francisco San Román recorre el desierto y las cordilleras, especialmente en una evaluación de la Minería⁷. De paso menciona petroglifos y tamberías indígenas e informa sobre el Camino del Inca en la región.

En 1902 hace un recorrido por la costa de Atacama para estudiar las aguadas del litoral. Registra hasta 23 aguadas.

La Investigación reciente. Se refiere a la investigación arqueológica realizada en Copiapó a partir de la segunda mitad del siglo XX.

En noviembre de 1956 Jorge Iribarren

Ch. se establece unos días en la hacienda Hornitos, bajo la hospitalidad generosa del agricultor don Alfonso Prohens Arias, quien le colabora ampliamente aportando todo el conocimiento que tiene del valle. Iribarren inicia su recorrido en La Guardia, confluencia de los ríos Figueroa y Turbio y reconoce paso a paso los sitios arqueológicos de mayor significación valle abajo, hasta alcanzar la costa, en Caldera y Calderilla. Aunque no hace excavaciones, reconoce sitios tan importantes como el establecimiento metalurgista de Viña del Cerro, el pucara de Punta Brava, el campo de túmulos de La Puerta. Recoge las manifestaciones de arte rupestre en el río Jorquera—Tranca de Ramos y Tranca de Monos—y en el área de Nantoco y Puntilla Bateas, entre otras. Posteriormente realiza Iribarren un nuevo viaje al valle donde completa informaciones y es asistido por el Ing. Hans Niemeyer F. en aspectos topográficos y cartográficos. También recibe en algunos aspectos arqueológicos la colaboración del ingeniero de minas Carlos Campbell, de la Planta de Concentración Pedro Aguirre Cerda. Iribarren con estas giras consiguió algunos logros importantes perdurables en el tiempo y abrió caminos para el futuro.

Otros extranjeros que de alguna manera han tenido que ver con la prehistoria de Atacama, aunque sea en forma tangencial y que conviene no olvidar en el recuento. Entre ellos el norteamericano Isaiah Bowman⁸. En su obra por entrega *Los senderos del Desierto de Atacama*, publicada en los N^{os} 97, 98 y 99 de la revista *Historia y Geografía* de comienzo de la década de los años '40, proporciona datos históricos, geográficos y de tráfico para Atacama.

El alemán Paul Treutler⁹, en sus crónicas *Andanzas de un alemán en Chile*, entre muchos asuntos costumbristas de mediados del siglo pasado, nos relata su visita a los

lavaderos de Jesús María y otras minas con mano de obra indígena.

De los extranjeros más famosos que visitan Copiapó cabe mencionar a Charles Darwin¹⁰, quien en 1835 se adentra en el valle, sube el cerro Temblador y reporta en la quebrada de Cerrillos la existencia de un asentamiento indígena. Alcanza hasta la laguna de Santa Rosa, en la cordillera que hoy lleva su nombre.

En 1966 Campbell¹¹ publica como nota del Museo de La Serena sus experiencias sobre un cementerio incaico en la hacienda Hornitos, con numerosas sepulturas saqueadas; entre ellas logra descubrir varias piezas metálicas pequeñas como anillos y aros de oro; torteros; topus de plata. También algunas piezas de alfarería de formas incaicas y diaguita-incaicas. Además, cuentas venecianas, que aseguran que el cementerio alcanzó el contacto hispánico.

Década del '60. En noviembre del año 1966, de regreso de un primer reconocimiento de las cuencas cerradas de la cordillera de Copiapó, Niemeyer¹² va de Copiapó a Iglesia Colorada. Le es presentado el dueño de esa hacienda don Fernando Aróstica Muriano y a uno de sus hijos, el baqueano Sixto Aróstica Cortés, quien se convertiría en el transcurrir de los años en su amigo y guía por excelencia de la cordillera. En esa ocasión toma contacto por vez primera con las ruinas prehistóricas del potrero El Damasco, el primer paño alfalfado más próximo a la casa que habita en ese momento Sixto. La primera visita fue breve, pero en ella nos dimos cuenta de la enorme potencialidad arqueológica de toda esa área. Además, de las ricas relaciones humanas que se entablarían con los habitantes de la cordillera, casi todos emparentados entre sí.

En abril de 1968, una nueva visita a Iglesia Colorada nos puso en contacto con

dos sitios de importancia frente a esta hacienda. El primero, el más sobresaliente por su posición es la Puntilla Blanca, un espolón de cerro de ese color, proveniente de la descomposición del granito, que se acerca al río Pulido con un acantilado de cincuenta metros. Por el lado interior es de más suave pendiente y en ella se organizaba un pueblo, más bien, los vestigios de un pueblo, en una andenería que corregía la pendiente. El acceso se hacía por esta ladera interior. Había mucha cantidad de fragmentos cerámicos, morteros (muchos con señales de agotamiento), manos y hojas de palas. La cerámica, inusual en el valle, nos tuvo desconcertados. Tenía la particularidad de una pasta café rojiza del mismo color exterior, y por el interior muchas veces un negro ahumado brillante, que revelaba un doble estándar de cocimiento, siendo la atmósfera *reductora* en que se obtenía el ahumado final. Más al interior por la quebrada Seca se alzaba un cliff alto y “corrugado”: Se conocen con el nombre de Los Riscos. A sus pies existe un lugar amurallado con apoyo en el farellón y un muro en medialuna que complementaba el encierro. Cantidad de piedras molinos, manos y cerámica y puntas de proyectil pedunculadas finas, como la de Puntilla Blanca. Todo hablaba de un sitio hermano de aquél. En buenas cuentas teníamos dos pucaros vecinos a menos de 3 km uno de otro. Con el tiempo caímos en la cuenta que ambos eran del Período Medio y no tenían nada que ver con el dominio incaico. Al tiempo descubrimos la semejanza de la cerámica con la que Iribarren en 1969 describió para los sitios Tres Puentes y La Puerta del curso medio del Copiapó.

En 1970 se concierta con Sixto el primer viaje a caballo de envergadura. Por esos años el camino vehicular llegaba sólo hasta Iglesia Colorada. Hasta este punto

bajaban los pastores con los quesos de cabra que vendían a los comerciantes que subían en camioneta hasta allí.

El objetivo primordial de este viaje era reconocer la ruta por el paso de La Ollita para acceder a la provincia argentina de La Rioja. Pero, además, conocer las “tambe-rías” que estuvieran a la vera del camino o en situaciones no muy distantes. Se reconocen así la Vega de los Hornos; el Rancho de Lucho; la tambería de Los Helados. Para alcanzar estas últimas debe remontarse hasta el portezuelo secundario de Los Helados antepuesto al Potro, de 4.000 m s.m. y descender al talweg del río. Las construcciones se encuentran a 3.250 m s.m. Allí pernoctamos la segunda noche. La vega proporciona buen forraje a los animales. Al día siguiente volvemos por nuestros pasos hasta alcanzar nuevamente el portezuelo de Los Helados y desde él descender por la quebrada de la Llaretta hasta el río Ramadillas. Siguiendo el curso de este río en pos del de La Ollita, se reconoce de paso el tambo de Caserones, en la junta del río Caserones al Ramadillas. El camino a recorrer es largo y algo fatigoso por la cuesta de La Ollita. Las tambe-rías son verdaderos poblados de múltiples recintos repartidos en 25 ha, algunos independientes, otros aglutinados de dos o tres recintos. Al día siguiente partimos de excursión por el día. La meta es alcanzar el Paso de La Ollita, en el cordón limitáneo, a 4.700 m s.m. Desde aquí se observan hacia el lado argentino múltiples vegas y en ellas pastando tropillas de vicuñas. Si se mira al sur encuentra la mirada el macizo del Potro y cerca de su cumbre, en el faldeo oriental, el espectáculo del gran ventisquero de Los Helados, que es donde nace el río de ese nombre y que constituye la fuente principal de los recursos hidrológicos del río Pulido. Varios años después, en 1989¹³, el equipo de los tres autores volvió a La Ollita para

levantar, coleccionar y hacer excavaciones de prueba en los poblados de La Ollita llamados A para el de más arriba y B al situado un poco más bajo que aquél. En esa ocasión se descubrió un tercer poblado, La Ollita C muy cerca de la confluencia del río de La Ollita al Ramadillas. Mientras en el A se encontró cerámica inca-diaguita y bastante cerámica Animas del Período Medio, en los poblados B y C sólo cerámica tardía.

En esta excursión del '89, mientras esparcíamos los caballos que venían del Torín, excavamos levemente un poblado del P. Medio de unos 10 recintos circulares independientes en el Llano de Los Pingos, que aun no ha sido exhaustivamente trabajado. Asienta sobre una terraza fluvial del flanco izquierdo del Ramadillas, poco más abajo de ese hito tan espectacular del Peñasco Largo, a 3.000 m de altitud.

Estos dos viajes a La Ollita, después de haber conocido otras rutas, nos han llevado al convencimiento de que éste es el camino más breve para ir de Copiapó a La Rioja, en Argentina.

Por otra parte, en 1968 Niemeyer inicia la excavación de los montones de tierra del campamento del Centro Metalurgista de Viña del Cerro, trabajo que perduró por varios años hasta culminar en 1981 con la restauración y la puesta en valor del sitio. Estos últimos trabajos estuvieron a cargo de don Eduardo Muñoz, de la Universidad de Antofagasta bajo la supervisión del Museo Regional de Atacama. Simultáneamente se avanzaba en descubrir las ruinas arquitectónicas de Iglesia Colorada.

En ese año de 1968 Niemeyer¹⁴ realiza un viaje de reconocimiento a caballo a la Laguna del Negro Francisco a partir de las casas de la antigua hacienda Jorquera, sobre el río de este nombre. Llevábamos de baqueano a don Segundo Guerra (don Lelo) y cargueros y tropas de repuesto. Se-

guimos la ruta del río Figueroa, la quebrada Monardes y el Portezuelo de Monardes, desde donde nos descolgamos a la laguna del Negro Francisco. Regresamos en vehículo, el que salió a nuestro encuentro por Valle Ancho, el salar de Maricunga y la cuesta de Codoceo. En el trayecto Jorquera-Figueroa visitamos las pinturas rupestres de Tranca de Ramos y Tranca de Monos, publicadas antes por Iribarren, y reconocimos las famosas pinturas del Pájaro Verde, sobre el flanco derecho del Figueroa. También a orillas del Figueroa reconocimos una tambería alargada de nueve recintos contiguos en fila (Tambería Las Coloradas). En Valle Ancho descubren un taller lítico en un abrigo rocoso.

Década del '70. En 1972 Orlando Aróstica, hermano menor de Sixto, nos llevó a conocer Altos Blancos, un cementerio en la ribera izquierda del río El Potro, poco más abajo de la junta de la quebrada del Chacay, sobre una meseta alta. La erosión de la barranca debido a los aluviones, hizo que se desprendieran algunas sepulturas y otras fueron excavadas por lugareños picando contra la barranca que presentaban abundantes ceramios del tipo Copiapó Negro sobre Rojo (hasta seis) y el utilaje del Complejo alucinógeno. Al año siguiente excavamos desde arriba una tumba que resultó de mucho interés. Era de tipo ampoliar de un infante que tenía de ofrenda los utensilios del Complejo alucinógeno, aparte de cántaros asimétricos y ceramios Copiapó Negro sobre Rojo.

En 1975 emprendimos con Sixto Aróstica un nuevo y largo viaje montado por la cordillera de Copiapó. Esta vez traspusimos la cordillera del Pulido por el portezuelo de Pulido (4.500 m). El objetivo final de esta excursión era en parte analizar la factibilidad de los pasos cordilleranos sobre el cor-

dón fronterizo, Peña Negra y Pircas Negras, para el trazado de un camino internacional que uniera el NOA con Copiapó. Por otra, recorrer las tamberías que estuvieran en la vecindad de la ruta. Saliendo de la hacienda Ramadas, sobre el río Vizcachas del Pulido traspusimos un portezuelo secundario en el cordón divisorio de aguas con su principal afluente, el río Pircas Coloradas y fuimos a caer justamente a la tambería Pircas Coloradas en relación con una vega, a 3.540 m s.m. Está compuesta de tres unidades arquitectónicas en técnica de pirca de dos hileras y varias hiladas. Traspuesto el portezuelo Pulido se cae al valle del río Cachitos, principal afluente del Turbio hasta su nacimiento al pie del Paso Peña Negra de 4.300 m s.m. Esa noche pernoctamos en la vega del Obispo a orillas del río Cachitos. Vuelto por los pasos, pasamos por el portezuelo de Las Carretas al río principal que corre paralelo al Cachitos, o sea al curso superior del río Turbio que asume varios nombres. Aquí, a donde vamos a caer, se le llama el río de Pircas Negras ya que estamos al pie de ese paso donde hay una tambería de muros altos con cerámica no diagnóstica. Ascendimos al paso encontrando a orillas del sendero una lagunita, con una manada de numerosas vicuñas. El Paso de Pircas Negras se encuentra a 4.100 m de altitud y debe su nombre a la existencia en el portezuelo de dos pircas paralelas situadas a unos 150 m al norte del hito fronterizo. Tienen una longitud de unos 20 m y dejan entre sí un espacio de 0,60 m relleno en parte de arena. En este relleno se encontró una gran cantidad de fragmentación cerámica del tipo Copiapó Negro/Rojo y en mucho menor cantidad, del tipo Inca Negro Pulido. Interpretamos esta estructura con su contenido como ceremonial. El descenso se hace siguiendo el curso del Turbio. Algo pasada la confluencia del Cachi-

tos, frente a la quebrada El Cadillal que le cae al Turbio del lado derecho, hallamos en la ribera izquierda una estructura arquitectónica de estilo Inca muy bien conservada. En esta oportunidad alcanzamos La Guardia y desde ella pasamos al río Vizcachas del Pulido por el portezuelo Vizcachas del Jorquera que conecta ambas arterias.

En 1976 hicimos un viaje remontando el río Montosa y pasamos al curso superior del Manflas. Esta vez nos acompañaba como guía el baqueano don Elso Patiño, de Los Loros. En el viaje por el Montosa y el paso del Tronquitos, visualizamos que estamos recorriendo el camino del Inca en su sector cordillerano, con algunos refugios en forma de una U y el Tambo Tronquitos del Montosa con varias estructuras arquitectónicas de piedra. Ya en el Manflas reconocimos una aldea de 18 recintos circulares a elípticos, otros en forma de herradura; se encontraba cerca de la confluencia de la quebrada La Paradita al río principal. Ocupaba una extensión de unos 100 m por 50 m de ancho. En la superficie sólo encontramos una punta de base cóncava muy robusta. Nada de cerámica. Nos hace pensar en los cimientos de una toltería de cazadores arcaicos, sin tener más argumento que la impresión y la punta señalada.

Más allá, donde el río hace un violento cambio de dirección, encontramos una tambería curiosa que combina pircas bien ejecutadas con refugios en grandes rocas. Se encuentra al pie del paso de Cantarito, en la divisoria de aguas con los formativos del río El Tránsito, del Huasco. Como la piedra es granito blanco, se le llama Pircas Blancas. Creemos que es parte del equipamiento del camino Inca en su rama cordillerana.

Ese año del 76, mientras esperábamos el herraje de los caballos, antes de ir al Manflas, Sixto me llevó a conocer la aldea

Molle de Carrizalillo Chico, del flanco izquierdo del Pulido, unos 10 km más abajo que la Iglesia Colorada.

En el verano de 1977 realizamos una nueva expedición arqueológica montada. Nos acompañaban Sixto y su sobrino Benito Aróstica. Tenía por objetivo levantar con brújula aquel poblado disperso a orillas del río Nevado, afluente del Turbio en la cordillera alta. Remontamos una vez más el río Vizcachas del Pulido, bastante más arriba que las casas de la hacienda de Pastos Grandes hasta el pie del Portezuelo Plaza, de 3.800 m s.m. Traspusimos éste y caímos en seguida al valle del Cachitos donde pernoctamos en una vega pastosa en la junta de la quebrada Aránguiz. Al día siguiente subimos por este valle, reconociendo de paso las cuevas del Pan y las pircas indígenas en la confluencia de la quebrada de La Tambería al Cachitos. Pasamos por el Paso de las Carretas para ir a pernoctar en el Peñasco de Diego, nombre que según algunos se debería al paso de don Diego de Almagro. Es sólo un gran peñasco que brinda precaria protección del viento. De allí encaminamos nuestros pasos por el Turbio hasta la confluencia del río Nevado. Por varias horas remontamos ésta hasta arribar al mediodía al yacimiento de nuestro interés. Lo habíamos descubierto en 1961 con el geólogo Kenneth Segerstrom en un viaje al río La Gallina. El río Nevado se genera en el Nevado de Jotabeche y desarrolla curso al sur por unos 40 km.

Con la ayuda de brújula y cinta métrica levantamos la tambería de 36 recintos pircados sobre la superficie de la terraza, a 3.460 m s.m. y a unos 20 m sobre el río. Se encuentran dispersas sobre un área de 150 m de largo por un ancho medio de 80 m. Son recintos aislados, o aglutinados en pareja o de a tres, de planta circular o subcircular a subcuadrangular. Los muros son de

bolones grandes implantados sobre la arena de la terraza, dispuestos en una o dos hileras. Los materiales colectados en superficie se refieren a lascas y artefactos no terminados en calcedonia, basalto y obsidiana; cerámica no decorada y sólo 4 fragmentos de filiación Inca diaguita; uno corresponde a Copiapó Negro sobre Rojo.

El regreso de esta excursión lo hicimos por el Turbio y por el río Cachitos volviendo por nuestros pasos para pasar de vueltas el portezuelo Plaza en la cordillera del Pulido. En este regreso, desviamos un tanto para levantar y coleccionar el tambo de Pircas Coloradas, que había quedado pendiente en 1975.

En 1978, guiado nuevamente por Sixto y con el consejo insistente de Virginia, su mujer, nos fuimos a El Torín subiendo por el río El Potro; pernoctamos ya entrada la noche en un potrero cercado cerca de nuestro destino. Al día siguiente, cuando despuntó el sol nos pusimos en marcha para apersonarnos en casa de don Ramón Rojas y su esposa Graciela Aróstica, doblemente emparentados con Sixto. Tienen un pequeño caserío a orillas de la vega, corrales de cabras y jardín.

Casi de inmediato nos trasladamos al campo para conocer los túmulos de que tanto hablaba Virginia. Efectivamente sobre una gran explanada a orillas del río El Potro, había medio centenar de túmulos intactos. No tenían sino el daño que podía hacer el trájín diario de los animales. Sacamos un par de fotografías y continuamos viaje hacia el río Ramadillas; pasamos el río de Los Helados hasta la Tambería El Rancho de Lucho, que ya conocíamos de la primera excursión a la cordillera. El viaje fue muy largo y cansador, descolgándonos como en 1970 por la quebrada de Las Llaquetas hasta el río Ramadillas para alcanzar luego el Tambo de Caserones. Era nuestro

objetivo de trabajo, en la confluencia del río Caserones al Ramadillas. En efecto, al día siguiente lo levantamos con brújula y cinta métrica y emprendimos el regreso siguiendo hacia abajo el curso del Ramadillas hasta llegar ese día a Iglesia Colorada. Teníamos apremio por terminar estos trabajos e ir a la costa a registrar los petroglifos de quebrada Las Lizas en la caleta Obispi-
to¹⁵. Tenía el compromiso de hacerme cargo de una expedición a Tierra del Fuego, de difícil realización.

Debo decir que hasta el último viaje a Caserones, en todas las expediciones de largo alcance en la cordillera de Copiapó me acompañaba mi hijo menor Walter, hasta que se casó en 1978. Disfrutaba con ello desde niño.

En los años siguientes 1979, 1980 y 1982 integramos un equipo de trabajo con Miguel Cervellino para excavar exhaustivamente El Torín¹⁶, importante yacimiento del Complejo Cultural El Molle con 57 estructuras tumulares organizadas en dos sectores.

En el año 1973 la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos inaugura el Museo Regional de Atacama, creación que fue fuertemente impulsada por algunos miembros inquietos y entusiastas de la sociedad copiapina. Frente a él puso al arqueólogo del Museo Arqueológico de La Serena don Gastón Castillo Gómez. Pocos años después, en 1978 la institución trasladó desde el Museo de Cañete al arqueólogo don Miguel Cervellino Giannoni, quien todavía permanece como Director. En el año 1982 le correspondió hacer el traslado e instalación definitiva a la casa señorial de los Matta, donde se han visto incrementadas considerablemente sus colecciones.

El Museo desde entonces es centro cultural de primera importancia en la región y un apoyo de la investigación arqueológica y

etnográfica. Como se dijo antes, ha sido nuestro "campamento base" para el desarrollo de las expediciones que han explorado al territorio de Atacama.

En el período que Castillo vivió en Copiapó prospectó la zona y registró pinturas rupestres en el sector El Fuerte-La Puerta, aledaño al pueblo de Los Loros.

Década del '80. En 1981 hicimos con Miguel el plano topográfico de La Puerta y terminamos de excavar Viña del Cerro.

En 1983 Cervellino y yo iniciamos la excavación de la Aldea Molle de Carrizalillo Chico. A estas faenas se unió en 1985 Gastón Castillo G., aportando un factor decisivo en las excavaciones¹⁷. Los constituyentes del trío así formado se complementaban muy bien, y pudimos realizar las excavaciones que convenían y la ciencia reclamaba, con su correspondiente cartografía.

En 1985 hicimos un levantamiento topográfico de Iglesia Colorada y delimitamos en él, por mandato del Consejo de Monumentos Nacionales, dos áreas de reservas libres de plantación de parronales: una con postación y mallas en el potrero El Damasco, donde teníamos experiencia de hacía años y otras en el potrero de La Tambería, donde había ruinas muy poco aparentes. Una de estas parecía ser el sitio donde estuvo la capilla teñida de rojo de que hablan las crónicas y le dio el nombre a la hacienda.

A partir de 1985 este grupo de académicos, con el apoyo económico del FONDECYT, ininterrumpidamente ha trabajado en forma sistemática en el valle de Copiapó y en su principal formativo el río Pulido interviniendo en los pucaros Puntilla Blanca y Quebrada Seca; en tres aldehuelas y dos túmulos en Ojos de Agua del Montosa; en túmulos de Quebrada Seca, etc.

En 1988, en una excursión en que Nie-

meyer no pudo participar personalmente por enfermedad, Miguel y Gastón hicieron una gira por los yacimientos arqueológicos conocidos a partir de El Torín, colocando dosímetros para fechaciones futuras por termoluminiscencia, las que han sido de primordial ayuda en la cronología de la cuenca. En esa ocasión Sixto Aróstica los llevó al piedemonte de Cabra Atada, por la ribera del Pulido poco más arriba de Carrizalillo Chico. Este distrito arqueológico de dos kilómetros de longitud resultó sorprendentemente fecundo para la Arqueología y a él dedicamos tres temporadas a partir de 1990. Recoge vestigios de todas las culturas agroalfareras que prosperaron en la cuenca. La novedad aquí radicó en que llevamos en la expedición a la arqueóloga y antropóloga física Loreto Solé V. para que nos ayudara en la exhumación de los esqueletos y después los estudiara.

En 1987 conseguí con Aróstica que me acompañara a la cumbre del cerro Blanco o Estancilla, de más de 3.550 m s.m. Al contemplar desde Carrizalillo Chico la puesta de sol, el cerro se iluminaba en las tardes en forma muy sugerente con los últimos rayos, que hacían resaltar el color blanco de las rocas. Cuatro horas demoró el ascenso a caballo. Desde la cumbre se dominaba un sector importante de esas cordilleras del Copiapó que ofrecía ciertamente un espectáculo magnífico. A unos 30 m de la cumbre, en una hondonada protegida del viento encontramos lo que buscábamos: un conjunto de tres estructuras arquitectónicas de patrón incaico. En abril de 1990 organizamos una nueva excursión con ánimo de excavar las estructuras. Esta vez formaban parte de la expedición el antropólogo norteamericano Johan Reinhard, Miguel Cervellino y varios andinistas. Desgraciadamente las excavaciones no arrojaron material cultural alguno y Rein-

hard, especialista en centros cúltricos incaicos en altura, bajó al día siguiente decepcionado. Siguió viaje hacia el interior para subir el Cerro Caserones de 5.580 m de altitud sobre la Cordillera del Pulido, donde sí encontró un emplazamiento inca, pero las excavaciones no arrojaron objetos típicos.

Década del '90. Al debutar la década del 90, trasladamos por unos años el escenario de las investigaciones al sector del valle medio, en áreas aledañas al pueblo de Los Loros. Primeramente dedicamos dos campañas a levantar y excavar el Pucara Punta Brava, conocido en la literatura especializada de antiguo. Queda a unos 60 km de la ciudad de Copiapó, sobre la ribera derecha del río. Allí se alza como un espolón del cerro atravesado al valle con una altura de 150 m sobre éste. A su pie se encuentra el poblado de Punta Brava con unas 2 ha de extensión. En él se distingue una estructura aislada de típico patrón incaico¹⁸.

A continuación de los trabajos de Punta Brava, emprendimos la gran tarea de excavar el centenar de túmulos funerarios sobre el manto aluvial de la quebrada de La Puerta, identificándolo culturalmente con el Complejo Ánimas del Período Medio¹⁹. Esta obra se realizó en cinco campañas, cuatro de ellas con la ayuda irrenunciable del dueño del predio don Alfonso Prohens Espinosa, quien las financió a cambio que le liberaran el área de la tutela del Consejo de Monumentos Nacionales una vez que los túmulos quedaran estériles. Así se hizo. Se descorrió el velo de misterio que cubría este tan grande yacimiento, cuyo primer nivel estaba muchas veces saqueado desde hacía años. Ahora se encuentra en marcha un nuevo proyecto FONDECYT en esa zona, destinado al estudio de las estructuras habitacionales del flanco izquierdo de la quebrada de La Puerta. Con lo hasta aquí

ejecutado, se ha podido relacionar culturalmente estas estructuras habitacionales —cerca de doscientas— con el cementerio de túmulos.

A fines de 1994 trasladamos nuevamente nuestros intereses al Pulido para explorar el área del fundo Carrizalillo Grande²⁰, con su tan especial situación en el curso inferior del río Ramadillas. Contamos allí con la hospitalidad de la dueña de casa doña Eva Aróstica C. Encontramos en este fundo una ocupación débil del Período Medio bajo protección de rocas en el pie de monte del flanco izquierdo. Pero lo más sorprendente aquí fue el hallazgo de una cueva en cuyo subsuelo, bajo una espesa capa de guano de cabras, se encontró una ocupación del Complejo de El Molle. Se exhumaron cuerdas y otros textiles; numerosas piezas líticas del tallado de la calcedonia; y, semillas y ramas de cultígenos. Dedicamos a Carrizalillo Grande dos campañas y a continuación pasamos a Iglesia Colorada para avanzar en el sector de El Damasco. Algunos años anteriores habíamos contado con la colaboración del arqueólogo Iván Cáceres Roque, a quien encargamos el despeje de las ruinas incas del potrero de Las Tamberías, con financiamiento de los propietarios actuales de los parronales de Iglesia Colorada.

En El Damasco, proseguimos con el despeje de estructuras arquitectónicas ampliando considerablemente el área inicialmente excavada. Bajo uno de los muros se encontraron cuatro clavos de cobre, de forma similar a clavos de herradura, y un set de cuñas de cobre para la minería. Finalmente en este mismo sector dimos con un cementerio de doce sepulturas ricas en ofrendas cerámicas. Culturalmente se identifica como del Tardío, con abundante presencia de vasos Copiapó Negro/Rojo; urniformes pequeños de cerámica Punta Brava y vasos

campaniformes con decoración diaguita clásica. En una misma sepultura aparecen mezclados todos estos tipos.

* * *

Complementariamente a estos esfuerzos en común, Miguel Cervellino realizó algunas expediciones en yacimientos aledaños a la cuenca del Copiapó. Practicó excavaciones en la costa, en Bahía Maldonado al sur de la desembocadura del Copiapó en el Pacífico y estudió colecciones obtenidas en el litoral de Atacama. Por ese mismo tiempo trabó amistad con un coleccionista de antigüedades arqueológicas resultado muchas veces de excavaciones clandestinas en el sector de Caleta Totoral y áreas vecinas de la costa. Fue muy valioso el acceso que tuvo a esas colecciones, vedadas para el público general.

El año 1988 acompañó al antropólogo Johan Reinhard en la ascensión del volcán Copiapó, donde descubrieron y trabajaron con mucho esfuerzo estructuras rituales incaicas en la cumbre, recuperando algunas piezas típicas de metal y concha de estos centros de altura. Pocos años después, en 1995, participó en una expedición a la zona andina de Copiapó con Francisco Gedda y otros estudiosos en búsqueda del paso de don Diego de Almagro en su viaje de descubrimiento de Chile. Venían por el Camino del Inca desde el tambo Chincal en Argentina.

En épocas muy recientes participamos invitados por las arqueólogas A. Seelenfreund y F. Vilches, en el estudio de importantes yacimientos arqueológicos en el valle del río Jorquera. Uno es el extenso yacimiento Las Estacas en la llegada de la quebrada El Castaño a la margen derecha del curso medio del Jorquera. Se trata de un sitio complejo del Período Tardío en que hay habitaciones y sepulturas adosadas a

rocas; cerámica Copiapó Negro/Rojo y, en menor escala, Punta Brava. Ha sido intensamente saqueado. Por otra parte Miguel Cervellino y Nelson Gaete fueron contratados por una empresa minera para que les hiciera un informe sobre un yacimiento destruido por el accionar de una máquina pesada. También se trataba de un yacimiento complejo del Período Tardío con abundantísima cerámica Copiapó Negro/Rojo, cerca de La Guardia.

* * *

Con la hilación de los acontecimientos que hemos expuesto en relación con nuestro quehacer arqueológico en la cuenca del Copiapó desde 1966 a 1997, hemos querido poner de relieve las cuasi infinitas posibilidades que Copiapó ofrece al arqueólogo. Sin embargo, aunque hemos dedicado una

treintena de años a la investigación, estamos lejos de agotar el tema. Los valles del Jorquera y de Manflas, apenas los hemos tocado, como asimismo el área que ocupa la ciudad actual y sus alrededores, que parece haber sido una de las más habitadas en la prehistoria tardía. Tampoco la costa ha sido intervenida por nosotros en forma significativa, salvo puntualmente. Los yacimientos de la puna, vecina a los sectores norte de la cuenca en su mayoría precerámicos, se encuentran prácticamente sin intervenciones. Así, las vegas de Valle Ancho; de las cuencas sin desagüe de la Laguna del Negro Francisco y sus tributarios, y del Salar de Maricunga, entre otras sólo han sido apenas vistas en superficie. Con todo, creemos oportuno a estas alturas de nuestras vidas, presentar la síntesis del devenir histórico cultural del valle, que en este libro ofrecemos.

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO

1. IRIBARREN CH., JORGE. *Arqueología en el valle de Copiapó*. Revista Universitaria XLIII: 167-195, 1958.
2. MEDINA, JOSÉ T. *Los aborígenes de Chile*. Fondo Histórico y bibliográfico J.T. MEDINA (1882), 1952.
3. LOOSER, GUALTERIO. *The Archaeological Trove of Copiapo. Valuable pottery found in indian burial ground*. Revista Chile 5 (29), pp. 307-309, 1928.
4. CORNELLY, FRANCISCO. *Cultura Diaguita Chilena y Cultura El Molle*. Editorial del Pacífico, 226, p. 1965.
5. SAYAGO, JOSÉ MARÍA. *Historia de Copiapó*. Editorial Francisco de Aguirre S.A. Santiago, 1875.
6. DOMEYKO, IGNACIO. *Mis viajes - Memorias de un exiliado*. Fragmento del viaje realizado en 1844 por Copiapó. Edición de la Universidad de Chile, 1848.
7. SAN ROMÁN, FRANCISCO. *Estudios geológicos y mineralógicos del desierto y Puna de Atacama*. Sociedad Nacional de Minería. Santiago de Chile, 1911.
8. BOWMAN, ISAIAS. *Los senderos del Desierto de Atacama*. En *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Tomo LXXXIX, N° 97 (1940); XC N° 98 (1941) y XCI N° 99 (1941) Santiago, Chile.
9. TREUTLER, PAUL. *Andanzas de un alemán en Chile*.
10. DARWIN, CHARLES. *Viaje de un naturalista*

- alrededor del mundo - Darwin en Chile (1832-1835)*. Colección Imagen de Chile. Edición 1996 - preparada por D. Yudilevich y E. Castro.
11. CAMPBELL P., CARLOS. *Excavación practicada en la Quebrada de La Negra, Hacienda Hornitos, valle de Copiapó los días 1 y 6 de mayo de 1956*. Nota N° 5 del Museo Arqueológico de La Serena, 1956.
 12. NIEMEYER F., HANS. *La ocupación incaica de la cuenca alta del río Copiapó (Región de Atacama, Chile)*. Comechingonia, Número Especial 1986. Homenaje al 45º Congreso Internacional de Americanistas, realizado en Bogotá, Colombia, 1986.
 13. NIEMEYER F., H.; M. CERVELLINO y G. CASTILLO. *Estudio del Período Agroalfarero Medio en la Cuenca Formativa del río Copiapó, Región de Atacama. 1990*. Informe final proyecto FONDECYT 0015/88.
 14. NIEMEYER F., HANS. *Estudio de las Cuencas Cerradas de Copiapó* (Tirada en multilith). Informe para la Dirección de Riego del MOP, 55 pp., 6 anexos.
 15. NIEMEYER F., HANS. *El yacimiento de petroglifos Las Lizas (Región de Atacama, prov. de Copiapó, Chile)*. En: Estudios en Arte Rupes-
 - tre. Museo Chileno de Arte Precolombino, 1985, pp. 131-171.
 16. NIEMEYER F., H. y M. CERVELLINO. *El Torín, un sitio temprano en la cuenca alta del río Copiapó*. En: Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena, pp. 159-178. Museo Arqueológico de La Serena, 1982.
 17. NIEMEYER F., H.; M. CERVELLINO y G. CASTILLO. *Los Períodos Temprano y Medio en la cuenca del río Pulido, prov. de Copiapó, III Región de Atacama*. En: Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo III, Santiago de Chile, pp. 1-24, 1991.
 18. NIEMEYER F., H.; M. CERVELLINO y G. CASTILLO. *Estudio del Período Intermedio Tardío en la cuenca del río Copiapó*. Informe Final Proyecto FONDECYT 0526/90. 1993.
 19. NIEMEYER F., H.; M. CERVELLINO y G. CASTILLO. *Los Túmulos Funerarios de la quebrada de La Puerta, valle de Copiapó, Región de Atacama, Chile*. En: Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Antofagasta, 1994. (En prensa), 1994-1996.
 20. NIEMEYER F., H.; M. CERVELLINO y G. CASTILLO. *Estudio del Período Tardío en la Cuenca del Río Copiapó*. Informe Final Proyecto FONDECYT 1930001/93. Marzo 1996.

Capítulo II

LA CUENCA DEL RÍO COPIAPÓ*

FISIOGRAFÍA

En Contribuciones Arqueológicas N° 2, publicación del Museo Regional de Atacama, hicimos en 1981 una detalladísima descripción morfológica-hidrográfica-geológica-climática y biogeográfica de la cuenca del río Copiapó¹, con el ánimo que sirviera de permanente marco de referencia para los estudios arqueológicos y etnográficos que se emprendieran en ella. De modo que aquí sólo hacemos una breve reseña, remitiendo al lector que quiera profundizar sobre el tema a esa publicación.

La hoya hidrográfica del río Copiapó se desarrolla entre las latitudes 26° 45' y 28° 30'S, en el centro de la Tercera Región de Atacama. Limita al oriente con el cordón fronterizo con la República Argentina y con las cuencas cerradas o depresiones interandinas ocupadas por los salares Maricunga, Negro Francisco y Laguna Verde, en la alta cordillera andina. Comprende la cuenca una superficie de 18.400 km² de la cual sólo es activa un 40%.

El río Copiapó se forma en La Junta, a 1.230 m s.m., de la confluencia de sus dos más importantes tributarios, el río Jorquera que viene del norte y el río Pulido que proviene del suroriente. Dicho punto de confluencia se encuentra a 130 km en línea recta de la costa Pacífica y a 97 km aguas

arriba de la ciudad de Copiapó, capital de la Región de Atacama. Pocos kilómetros más abajo de La Junta cae al Copiapó el río Manflas que proviene del sur con un reducido caudal y cuya hoya limita con la del río El Tránsito, afluente formativo del río Huasco.

El escurrimiento superficial del río perduraba habitualmente sólo hasta la ciudad de Copiapó. Más abajo de este punto renace en exiguas vertientes de agua semisalobre. Esta diferencia de escurrimiento ha tenido importancia en el desarrollo agrícola del valle, lo que se refleja también en el poblamiento prehispánico de él.

En efecto, los mejores terrenos agrícolas y los que gozan de clima más adecuado para la agricultura, se encuentran aguas arriba de la ciudad de Copiapó. Es aquí también donde se encuentran los establecimientos agrícolas prehispánicos. En el curso inferior, vale decir desde algo aguas abajo de la ciudad hasta el mar se hallan escasísimos sitios arqueológicos y sólo a orillas de éste, en relación con una franca explotación marítima, aparecen los restos de la habitación humana en forma de basurales conchíferos y otros.

Río Jorquera. El río Jorquera drena una superficie de la cordillera andina de aproximadamente 4.160 km², situada al Nordoriente y al Oriente de la cuenca del río

*Autor del capítulo: Hans Niemeyer F.

Copiapó; y al Occidente y al Sur de la cordillera de Darwin. Esta cadena montañosa es la que separa los últimos relictos, los más australes, de un área altiplánica con cuencas endorreicas (como la del Salar de Maricunga y la de la laguna del Negro Francisco), de los tributarios de ríos con desagüe al Pacífico.

La hoya del Jorquera queda separada de la hoya del río Pulido por un elevado cordón montañoso conocido como Cordillera del Pulido, en el cual destacan los cerros Caserones (5.518 m); Pulido (5.160 m); cerro Plaza (4.092) y cerro Vizcachas de La Guardia (4.084 m). Estas cumbres dejan entre sí otros tantos portezuelos que permiten el paso de una hoya a la otra.

El río Jorquera se origina en La Guardia, a 2.550 m de altitud, de la reunión de los ríos Figueroa, que proviene del NNE, y Turbio, que viene del SSE.

El valle del río Jorquera tiene rumbo general al SO, parecido al que trae el Figueroa. Con esa dirección casi constante logra un desarrollo aproximado de 62 km. El cajón en el cual escurre el Jorquera es relativamente angosto, y bastante poblado de vegetación. Se encuentra flanqueado por cerros altos. El ancho de pie a pie de los cerros es de alrededor de 150 a 250 m. Presenta el valle algunos estrechamientos que permiten aislar sectores de pastoreo mediante la colocación de "trancas", que son palizadas atravesadas en estos valles cordilleranos que tienen una tranquera o puerta de comunicación.

Desde su nacimiento en las vegas de La Guardia, el río Jorquera corre en un cauce bien definido de unos 15 a 20 m de ancho, flanqueado de vez en cuando por remanentes de terrazas fluviales de 5 a 10 m de elevación. El cauce presenta en algunos sectores pendiente relativamente fuerte, que es causal de un cajón erosionado, angosto y

profundo, con paredes abruptas e irregulares. Pero en otros sectores la pendiente se suaviza, produciéndose un cauce más amplio que da origen a pequeñas áreas de vegas no húmedas, sino pobladas de matorrales hidrófilos.

La pendiente media del río Jorquera es de 2%.

Dada la estrechez del cañón en que se desarrolla la hoya del río Jorquera, entre La Guardia y La Junta, los tributarios laterales en este valle son quebradas secas de muy escaso desarrollo.

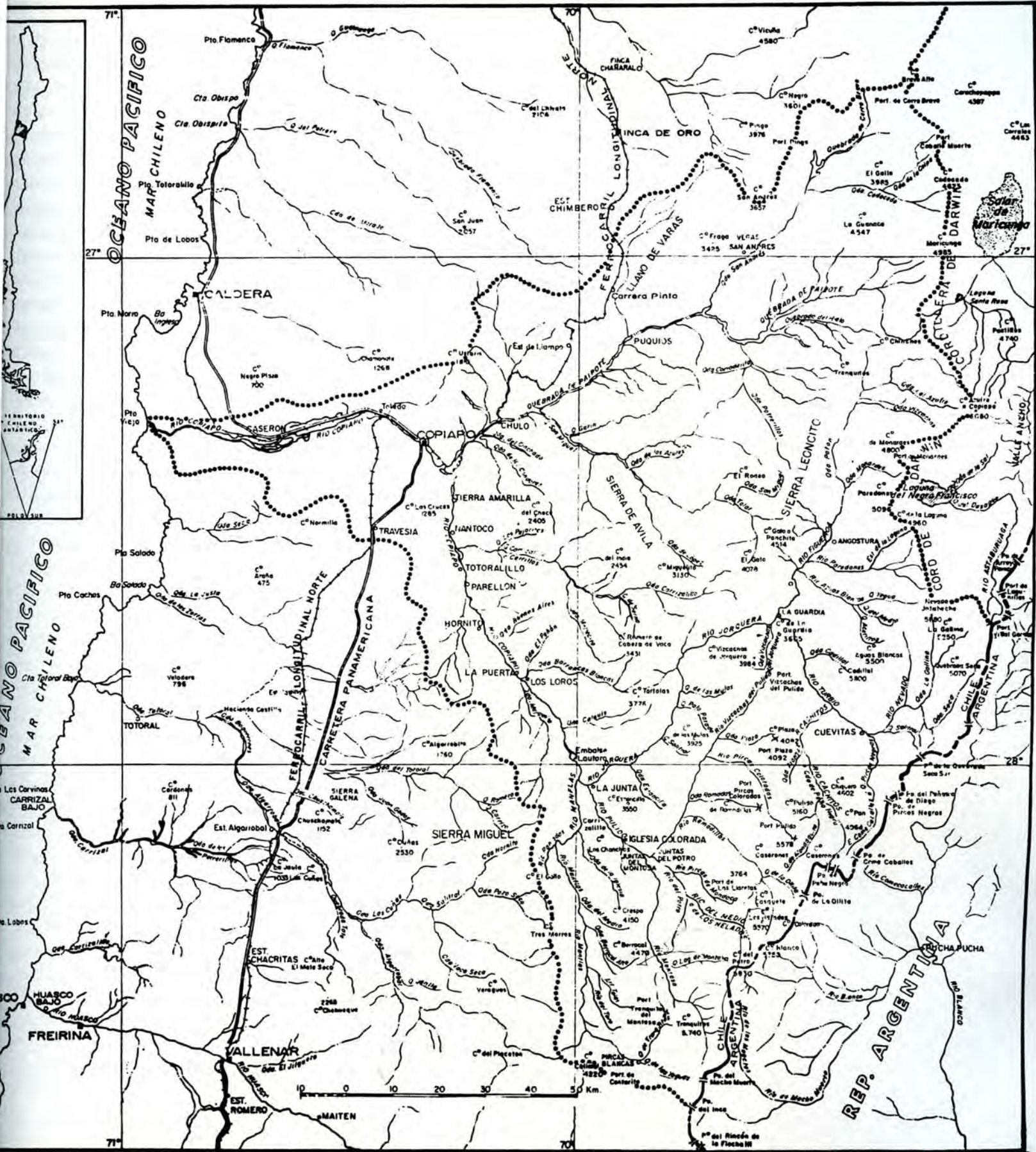
Los tributarios que caen al Jorquera por su ribera izquierda son parecidos en cantidad, pero de mayor desarrollo que las del lado opuesto.

A excepción de las vegas de La Guardia, las vegas del Jorquera propiamente son escasas y no presentan humedad superficial. En cambio, la vegetación silvestre es muy abundante con especies arbóreas como el pimientillo boliviano, el algarrobo, el chañar, etc. y arbustos como el cachiuyo, el panza de burro, el caspiche, etc. Pero sin duda que la especie mejor representada en el piso del valle es la brea (*Tessaria absinthioides*).

Las vegas de La Guardia ocupan una extensión considerable en la cabecera del río Jorquera. Tiene cerca de 7 km de largo y una superficie estimada de 100 ha, de las cuales a lo menos 80 corresponden a vega con humedad superficial y abundante vegetación de juncáceas y gramíneas. Esta vega ocupa parte del curso inferior del río Figueroa y son fomentadas con aguas derivadas de su cauce; o sea, en parte son regadas en forma artificial. El río Turbio, que llega desde el Sureste, más bien soslaya la vega y prácticamente no participa en su riego.

Río Pulido. Corre el Pulido con rumbo constante al NNO en un valle relativamente

HOYA HIDROGRÁFICA DEL RÍO COPIAPÓ



ancho, de pendiente media de 0,8% relleno con gruesos sedimentos fluviales, flanqueado por altas y abruptas paredes rocosas que en definitiva le dan el aspecto de un cajón cordillerano. Accidentes geomorfológicos importantes en este valle son algunos remanentes de terrazas fluviales y principalmente varios conos de deyección de quebradas laterales muy desarrollados, los que proporcionan terrenos agrícolas. En el flanco izquierdo, los escombros de falda han formado un extenso piedemonte que alcanza su mayor desarrollo en el Sector de Cabra Atada.

El Pulido carece de afluentes que le aporten recursos hidrológicos superficiales en su recorrido de 25 km, salvo los de sus formativos. A 5 km aguas abajo de la junta de Montosa le cae por su flanco izquierdo la quebrada Iglesia Colorada, cuyo cono aluvial ha sido recortado por crecidas del río*. Dicha quebrada tiene rumbo general al norte y una longitud de unos 8 km. Nace al pie del portezuelo de Iglesia Colorada (2.740 m), en la divisoria de aguas con la cuenca del río Manflas. Sobre su abanico aluvial hubo un importante asentamiento incaico que constituyó un centro de administración de la cuenca formativa del Copiapó.

A unos 3 km más abajo se junta por su derecha la Quebrada Seca, también con un cono bien desarrollado. No aporta escurrimiento. Desciende desde el cerro del mismo nombre y recorre unos 5 km. En su interior se alza un cliff rocoso que ofició de pucara en el Período Medio.

Otra quebrada de poco desarrollo por su ribera derecha es la de Carrizalillo Chico, con nacientes en los faldeos del cerro Estancilla o Blanco. En realidad son varias quebradas con ese origen que forman un piedemonte de consideración.

El río El Potro tiene su nacimiento en el portezuelo Lagunas del Montosa, situado a 4.790 m s.m. en el cordón divisorio con la subcuenca del río Montosa. Dirige su curso superior en dirección al norte hasta alcanzar el asentamiento de La Semilla, donde se le junta el río del Medio o Los Helados; a partir de este punto El Potro toma dirección franca al NO y recorre hasta la Junta del Potro 12 km más. En esta localidad confluye el río Ramadillas que es uno de sus dos tributarios más importantes. Recorre en la misma dirección unos 2 a 2,5 km hasta la Junta del Montosa.

El Potro no tiene afluentes por su ribera izquierda, en cambio son más interesantes los que le caen por su flanco derecho u oriental. En efecto, en su curso superior caen desde las faldas del macizo El Potro las quebradas Las Piedras y El Tolar que se juntan en las inmediaciones del lugar conocido como El Torín (2.600 m), el último punto actualmente habitado en forma permanente en el sector. Dejan un espacio de forma triangular ocupado en la prehistoria por un cementerio de túmulos y sitio de cultivos del Período Temprano, del Complejo El Molle.

Afluente de real importancia del Potro es el río Del Medio o Los Helados que es junto con el Montosa, la fuente principal de alimentación del río Pulido y también del Copiapó. Dicho río nace de un helero situado a modo de un casquete sobre la cima del macizo de El Potro, que es el que regula eficazmente el escurrimiento a modo de un gigantesco embalse natural. El río los Helados corre en un típico cajón cordillerano en longitud de 24 km hasta unirse en La Semilla al Potro. En su curso medio, sin embargo, se ensancha un tanto con afloramiento de vegas que sólo es accesible por una vía lateral más compleja, puesto que el cauce mismo no admite tránsito.

*Especialmente perjudicial fue la de 1906.

A orillas de esa vega hay ruinas pircadas de una instalación incaica (3.250 m s.m.).

Aguas abajo de La Semilla, se juntan al Potro, también por su ribera derecha la quebrada Los Chacayes o Del Chacay, sin mayor aporte hidrológico. Su principal contribuyente es la quebrada de Pircas del Mondaca.

Afluente de importancia del Potro es el Ramadillas. Nace de la conjunción de dos tributarios que tienen cabeceras en el corazón limitáneo. Uno es el río Del Medio* que es el que aporta el grueso del agua y el otro, el de La Ollita, de fácil acceso y a cuyas orillas vegasas se erigieron tres poblados de cimientos circulares a subrectangulares de época tardía. A partir de ese punto de confluencia el Ramadillas corre por unos 21 km en un cajón cordillerano, para ensancharse luego y recorrer otros 14 km hasta juntarse al Potro. Recibe, casi en su nacimiento, la quebrada Áspera por su ribera izquierda. Más abajo, se le junta con aporte significativo el río Caserones, por su flanco derecho; éste está construyendo un cono aluvial que tiende a sepultar las ruinas del tambo de Caserones. Más abajo caen al río principal, las quebradas de los Pingos y Las Llaquetas, por su lado izquierdo, y la quebrada de Las Breas por su derecha.

Es en este tramo donde se alza en el flanco izquierdo una gran pirámide de piedra de más de 20 m de alto, conocido como el Peñasco Largo, como un ejemplo eloocuente de erosión diferencial.

En un gran arco que describe hacia el norte, se le junta al Ramadillas por su flanco derecho el río (o quebrada) Vizcachas del Pulido, de dirección sensiblemente orientada con rumbo al SO. Se forma a 3.020 m s.m. de la unión de la quebrada

Arnés con nacimiento al pie del portezuelo Vizcachas de Pulido con la quebrada Vicuñas del Bajo que procede de los cerros que la separan del río Cachitos, afluente del Turbio. Cumple un recorrido de 44 km de fuerte pendiente. El principal afluente es la quebrada de Pircas Coloradas, que le aporta un significativo recurso hidrológico. Proviene del portezuelo Pulido, en la cordillera del Pulido y riega unas vegas en su curso medio donde se ha detectado un establecimiento inca. Su caudal se sume en los espesos sedimentos de la quebrada principal y sólo más abajo, en la hacienda Pastos Grandes aflora un pequeño gasto. Más abajo se le une a la quebrada principal, también por su flanco izquierdo, la quebrada Acerillos o de La Ramada, habitualmente seca, aunque en sus nacientes existe buena agua de bebida y riego, de vegas. También algunas características "tamberías".

El valle del río Ramadillas desde su formación hasta algo más arriba de la junta de la quebrada Las Llaquetas es estrecho y pedregoso, y el sendero cruza una y otra vez el río, haciendo difícil su identificación. Más abajo de dicha junta el valle se ensancha algo y más al alcanzar la hacienda Ramadillas, donde hay un tupido bosque de chañares. A partir de aquí el valle se mantiene ancho hasta la hacienda Carrizalillo Grande, y aparece flanqueado por terrazas fluviales cubiertas de espesa vegetación natural, especialmente de brea. Inmediatamente aguas abajo de las casas de esta hacienda se presenta en el valle una angostura entre cerros granodioríticos, un umbral y un pronunciado rápido que alcanza casi hasta la junta del Potro. Este en su último tramo hasta la junta del Montosa mantiene el carácter de cajón estrecho aunque suaviza su pendiente, y su dirección es la del Pulido.

El río Montosa es uno de los más permanentes aportantes de recursos hidrológi-

*Se trata de otro río del mismo nombre del citado anteriormente.



Vista del glaciar Los Helados, sobre el Macizo del Potro. Vista con lente de aumento desde el paso fronterizo de La Ollita, Febrero 1970 (foto H. Niemeyer). Da nacimiento al río Los Helados y provee de regulación al caudal del río Pulido.

cos del río Pulido, ya que en sus cabeceras dispone del ventisquero Marancel. Se origina en la falda occidental del cordón limitáneo, en las proximidades del paso fronterizo del Macho Muerto. Corre por 14 km al norte y luego por 4 km al ONO. En este punto, toma dirección al NNO que mantiene, salvo ligeras variaciones, hasta su término en la junta con el río El Potro. La longitud total del río Montosa es de 54 km y drena una superficie de 450 km².

El valle del río Montosa es estrecho en su curso inferior, donde está confinado por rocas intrusivas. En Ojos de Agua, a unos 4 km de La Junta al Potro, el valle experimenta una notable expansión; se hacen presentes un área de vega húmeda, un lecho ancho cubierto de maleza y remanentes de terrazas fluviales. Los cerros del flanco derecho en este sector medio son de materiales poco cohesivos. Esta situación cambia más arriba; frente al cerro Aperreadero el valle vuelve a estrecharse, adquiriendo el aspecto de un cajón-desfiladero cordillero entre paredes de roca granítica. El sendero que remonta el valle va en este sector por la ladera izquierda y ofrece muchas dificultades para el tránsito de los animales, especialmente por la gran cantidad de piedras y rodados. Sólo a los 3.000 m de altitud el valle nuevamente se expande y aparecen zonas de vegas de cierta extensión en relación con la junta del río Marancel con el Tronquito del Montosa. De dicha junta hacia abajo el río toma propiamente el nombre de Montosa.

Río Manflas. Es la tercera arteria hidrográfica que concurre a la formación del río Copiapó. Habitualmente su escaso caudal es aprovechado por la hacienda Manflas. Drena un área de 1.230 km² y su cuenca se desarrolla al poniente de la divisoria continental de las aguas. Drena serranías más

bajas que los otros dos formativos del Copiapó. Se genera de la confluencia del río Tronquitos del Manflas que proviene del NNE y de la quebrada Las Yeguas que viene del ESE. Dicha junta se produce a 3.390 m s.m. en una zona de vega, cerca de Pircas Blancas. Para otros autores, el Manflas se generaría a partir de la junta de la quebrada La Paradita al estero Los Tronquitos, porque es en las vecindades de este punto donde recién se manifiesta franco escurrimiento superficial.

Aguas abajo de las vegas de Pircas Blancas, el río gira hacia el oeste; se estrecha en una angostura labrada en granodiorita y el agua escurre concentrada, produciéndose un pequeño rápido. Algo aguas abajo el valle vuelve a ensancharse un tanto y se hacen presente algunos remanentes de terrazas fluviales. En este sector, en la ribera izquierda se encuentra una vertiente de agua caliente que se empoza para constituir los afamados Baños del Manflas, a los cuales suelen concurrir en el verano pobladores del vecino valle del Tránsito. Aquí el valle del Manflas poco a poco empieza a estrecharse entre cerros muy altos de rocas sedimentarias y metamórficas, de edad mesozoica. Más abajo, cerca de Los Graneros, el valle se estrecha entre riscos y la caja misma aparece cubierta por matorrales, berros y chañares que impiden el tránsito por el fondo del cañón. Esto debe hacerse por los cerros y alcanzar así al portezuelo La Iglesia (2.740 m). Desde él se puede bajar a la hacienda o bien bajar a Iglesia Colorada en el río Pulido. Aguas abajo de Pircas Blancas, el Manflas recibe sus principales tributarios por la derecha: la quebrada de Piuquenes, del Toro, las quebradas Tolar y Noriegas. En ellos se encuentran algunas vegas de reducida extensión.

Por el flanco izquierdo le cae la quebrada Cantaritos que es la que se aprovecha

como vía para acceder al río El Tránsito. Por el mismo flanco, la quebrada Los Colorados y varias otras quebradas de pequeño desarrollo y caudal.

El río Tronquitos, se genera al pie del portezuelo Tronquitos del Montosa y corre hacia el sur en un valle muy amplio, tapizado de vegas. Es aquí donde recibe desde el cordón fronterizo sus principales tributarios: las quebradas La Verde, Las Mulass y La Escondida; y finalmente la principal la quebrada Las Yeguas que tiene nacimiento al pie occidental del Paso Macho Muerto.

LAS VEGAS

Característica de trascendencia en la cuenca alta es la existencia de vegas, tanto en la caja de los cursos de los ríos formativos como también en el valle mismo de Copiapó. Las vegas de la cordillera han tenido en el pasado y siguen teniendo en la actualidad importancia económica en la zona, por cuanto han constituido las veranadas para la crianza de ganado, en la primavera y en el verano. Las hay en las tres subcuencas tributarias. En la del Jorquera se han registrado hasta 700 ha; en el Pulido 100 ha y en la del Manflas, 150 ha.

A orillas de estas vegas de la cordillera fue que el inca hizo instalaciones arquitectónicas destinadas a proveer un mejor pie para la explotación en la crianza de camélidos.

CLIMA

El clima en la cuenca de Copiapó es de transición desde el desértico absoluto al semiárido. Las precipitaciones en el valle medio pueden sintetizarse en 25 mm anuales, magnitud que aumenta levemente hacia la mayor altura de la cordillera andina.

Tabla 1
PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LOS RÍOS
FORMATIVOS DE LA HOYA DEL COPIAPÓ

Río	Áreas drenadas km ²	Long. km	Módulo m ³ /s
Copiapó			
En Junta (Incluye Manflas)	7.490		2,48
Total	18.407	162	1,56*
Jorquera	4.160	62	0,86
Figueroa	1.710	36	—
Turbio	1.640	68	—
Pulido	2.100	25	1,21
Montosa	450	54	
Potro	1.480	28	
Ramadillas	1.080	35	
Manflas	1.230	74	0,41

Fuente: Niemeyer F.

*En la estación de aforo de La Puerta.

La temperatura media en la ciudad de Copiapó alcanza a 15°C con una media máxima de 24,6°C y media mínima de 8,2°C. En la cuenca alta prácticamente no hay registros meteorológicos, pero puede asegurarse que la pluviosidad es mayor que en el valle bajo, e incluso ocurren nevadas con cierta frecuencia en invierno, y que los contrastes de temperaturas son mayores del día a la noche, y de verano a invierno. La radiación solar en ella es intensa hasta los 1.500 m s.m. Esta condición ha sido favorable para que en estos últimos 20 años se hayan cambiado los cultivos tradicionales por la viña productora de uva de mesa aceptada en el mercado internacional.

La vegetación natural en el valle de Copiapó se encuentra sólo en la caja del río. En las laderas de los cerros suelen verse algunas cactáceas, sobre todo abundantes en la zona costera, donde las casi cotidianas camanchacas contribuyen a su mantenimiento.

El piso del valle, desde la ciudad de Copiapó hacia aguas arriba, se encuentra poblado de pimienta boliviana, chañar, algarrobo, espino, chilcales y muchas hierbas propias de suelos húmedos como la brea, la cola de zorro o cortadera. En los faldeos, y bastante al interior, suele verse retamo y retamillo*.

En los cerros que confinan los valles formativos, en altitudes medias de 1.500 a 3.500 m y aún algo más prosperan arbustos leñosos como el acerillo, panza de burro, chacay, caspiche, cachiuyo, alcaparra, pingo pingo, varilla, la tola y hierbas, como el tabaco cimarrón, yerba del soldado, pajonal, bailahuén, carrizo, entre otras muchas; y los pequeños árboles como el chañar, el espino, el algarrobo, el molle suelen encontrarse en el piso de estos valles hasta los 2.550 a 2.800 m.

En la cordillera andina, en la cuenca del Copiapó, la fauna adquiere una mayor riqueza debido a la ausencia del hombre y al incremento de los recursos de subsistencia. Desde luego el puma *FELIS CONCOLOR* es el felino de mayor envergadura, sin ser muy frecuente**. Otro felino es el gato montés *FELIS JACOBITA*. El zorro colorado y la chilla habitan toda la cuenca aunque la chilla no alcanza tanta altura. Hay en la cuenca alta muchos roedores (vizcacha, chululo o tuco-tuco, varios ratones; quirópteros, etc.). Sin duda que los más sobresalientes mamíferos silvestres como factor económico son los camélidos, el guanaco *LAMA GUANICOE* y la vicuña *VICUGNA VICUGNA*. El primero tiene un hábitat más amplio y se le suele encontrar en la costa, en cambio la vicuña tiene su hábitat en altura sobre 4.000 m.

*Al final de este capítulo se dan los nombres científicos de esta vegetación.

**En los últimos años se ha visto con mayor frecuencia haciendo daños de consideración en el ganado menor, especialmente en la oveja y la cabra.

La avifauna es rica en especies y sería largo de detallar. El cóndor, el águila, el aguilucho común, la perdiz de la puna, el bailarín, el tortolón de la cordillera, el tiuque de la cordillera, muchas aves cantoras, varias especies de anseriformes. Esto por nombrar sólo una parte de la macrofauna. Hasta hace algunas decenas de años atrás en las pampas del paisaje puneño al norte de la laguna del Negro Francisco y también en los lomajes cordilleranos altos, solía verse el avestruz de Tarapacá o del norte *Pteronemia Pennata Tarapacensis*, conocido en la zona con el nombre de churi, en vez de suri como se le nombra en la cordillera del Norte Grande.

RECURSOS HIDROLÓGICOS DEL RÍO COPIAPÓ

Superficiales

Los recursos hidrológicos superficiales del río Copiapó provienen en su totalidad de los aportes de los tres ríos formativos que tienen cabeceras en la alta cordillera andina, los que prácticamente concurren en La Junta, a 162 km del mar, para formarlo. Los afluentes laterales del curso del río no llevan escurrimientos superficiales, salvo en casos muy excepcionales. De éstos es la quebrada de Paipote la que suele presentar crecidas a causa de lluvias estivales en sus nacimientos en la cordillera de Darwin. Esto ocurre con una frecuencia baja, de una vez en 20 años. Sin embargo, los aportes laterales esporádicos revisten cierta importancia en la recarga de los acuíferos del subsuelo del valle.

El régimen de escurrimiento del río Copiapó es permanente desde La Junta hasta la ciudad de Copiapó, aunque sometido a variaciones de caudal debido a procesos

naturales de pérdidas y de recuperaciones y a la intervención de la mano del hombre que usa de sus recursos para el riego artificial.

Hacia aguas abajo de la ciudad de Copiapó, el río se recupera con el alumbramiento de vertientes importantes que permiten el riego de los terrenos agrícolas del curso inferior. Finalmente, en el sector de Angostura, el régimen del río es bastante constante e independiente, recogiendo los excedentes de la cuenca con un gasto medio anual de unos 130 l/s, de agua altamente contaminada por sales, que se pierde en el mar.

El río Copiapó se controla en varias estaciones fluviométricas. Pero sin duda las estaciones con registros más prolongados y confiables son la de La Puerta y la de Mal Paso, ambas con estadísticas de algo más de cuarenta años, conservadas en la Dirección General de Aguas del Ministerio de Obras Públicas. La Puerta se encuentra a 32 km aguas abajo de La Junta y a 4 km de Los Loros.

El índice del río a través de los años de la estadística que mejor caracteriza su comportamiento es el módulo (Q_m), que es el promedio de los gastos medios anuales, de la serie registrada. Si se quiere, sin embargo, visualizar el comportamiento histórico en una serie de años hay que llevar los índices anuales a un gráfico que constituye el hidrograma del río en una estación determinada.

El *Gráfico 1* muestra el hidrograma del río Copiapó en La Puerta y el *Gráfico 2* señala los hidrogramas de los tres ríos formativos². Estos gráficos muestran el típico comportamiento de ríos de clima semiárido con alternancia de períodos de abundancia en los caudales con otros deprimidos. Los hidrogramas de los ríos formativos reflejan que el Pulido, a pesar de tener una hoya hidrográfica de superficie casi la mitad de extensión que la del Jorquera, acusa

siempre gastos medios anuales mayores que éste. Se debe esto sin duda a la acción reguladora de los glaciares Los Helados y Marancel en relación al macizo del Potro en las cabeceras de los ríos Los Helados y Montosa. Los hidrogramas del río principal y de sus tributarios muestran, como es normal, análogas situaciones aleatorias a través del tiempo.

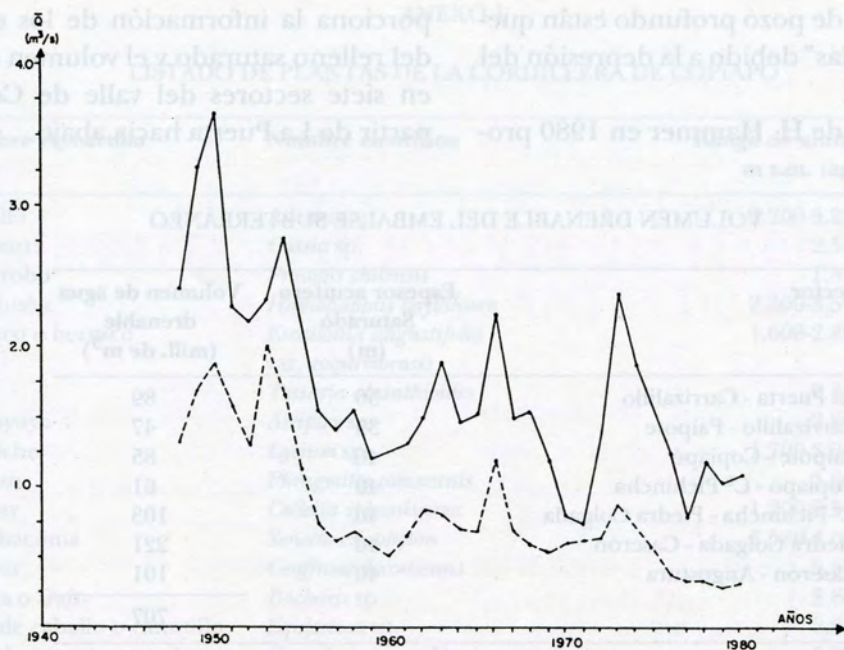
La calidad del agua en los tributarios formativos del río Copiapó se califica en general de aceptable para la agricultura y para la bebida, en atención a su contenido de sales, aunque el Turbio presenta algún deterioro en uno de los índices. Estas condiciones se mantienen semejantes o ligeramente cambiantes en el curso superior del Copiapó, y es cerca de la ciudad capital donde definitivamente el agua se deteriora.

EMBALSE LAUTARO

Debe recordarse que unos 10 km aguas abajo de La Junta se encuentra atravesando al río, el Embalse Lautaro, de 40 millones de m^3 de capacidad. Fue construido en 1940, por la Dirección de Riego y desde entonces alguna ayuda ha prestado para regularizar el caudal del río.

RECURSOS SUBTERRÁNEOS

El relleno fluvial, potente en líneas generales, del alvéolo del valle de Copiapó ha provisto de una buena capacidad de embalse subterráneo, de agua de calidad regularmente aceptable para la agricultura. El uso de esta reserva ha sido intenso desde hace unos 25 años, a tal punto que el incremento exagerado del bombeo con el advenimiento de la agricultura de parronales y la escasez de recarga en estos últimos años de sequía, casi ha agotado el embalse y muchas



ESTACION	AÑOS	AREAM ²	ALTITUD(m)	LATITUD	LONGITUD
COPIAPO EN LA PUERTA	1948-1980	8.348	758	27° 48' S	70° 08' W
COPIAPO EN MAL PASO	1948-1980	10.186	431	27° 17' W	70° 17' W

Gráfico 1. Hidrograma del río Copiapó en las estaciones de La Puerta y Mal Paso.

Fuente: Niemeyer, H. 1981.

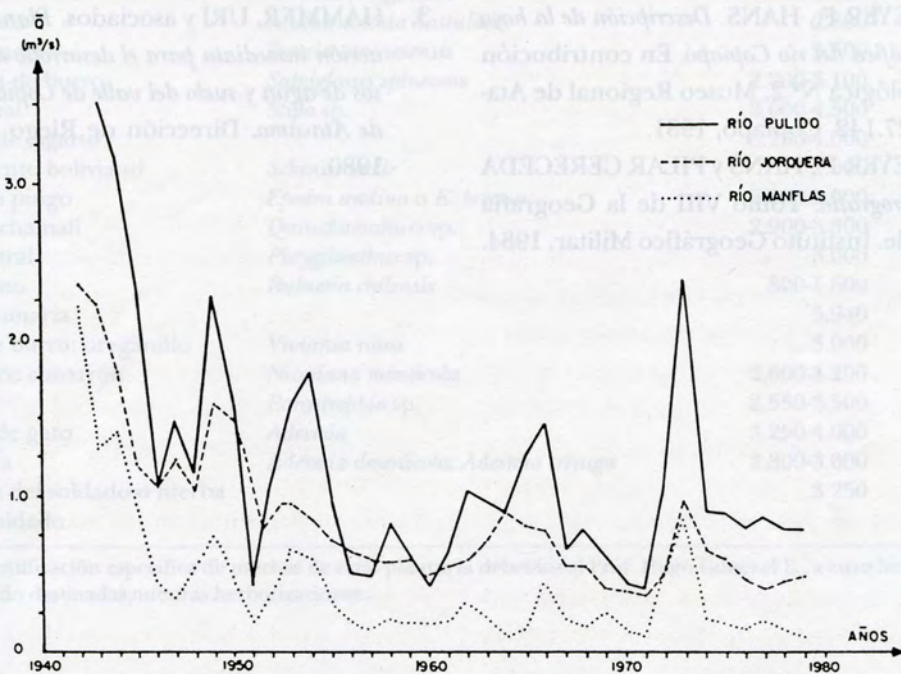


Gráfico 2. Hidrograma de los ríos formativos del Copiapó.

Fuente: Niemeyer, F.H., 1981.

de las bombas de pozo profundo están quedando “colgadas” debido a la depresión del nivel freático³.

El estudio de H. Hammer en 1980 pro-

porciona la información de los espesores del relleno saturado y el volumen drenable en siete sectores del valle de Copiapó a partir de La Puerta hacia abajo.

VOLUMEN DRENABLE DEL EMBALSE SUBTERRÁNEO

Sector	Espesor acuífero Saturado (m)	Volumen de agua drenable (mill. de m ³)
La Puerta - Carrizalillo	50	89
Carrizalillo - Paipote	35	47
Paipote - Copiapó	40	85
Copiapó - C° Pichincha	40	61
C° Pichincha - Piedra Colgada	40	103
Piedra Colgada - Caserón	40	221
Caserón - Angostura	40	101
		707

Fuente: U. Hammer 1980.

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO

1.

NIEMEYER F., HANS. *Descripción de la hoya hidrográfica del río Copiapó*. En contribución arqueológica N° 2. Museo Regional de Atacama 27.142. Copiapó, 1981.

2.

NIEMEYER F., HANS y PILAR CERECEDA T. *Hidrografía*. Tomo VIII de la Geografía de Chile. Instituto Geográfico Militar, 1984.

3.

HAMMER, URI y asociados. *Plan Maestro de acción inmediata para el desarrollo de los recursos de agua y suelo del valle de Copiapó. Región de Atacama*. Dirección de Riego del MOP, 1980.

ANEXO 1

LISTADO DE PLANTAS DE LA CORDILLERA DE COPIAPÓ

Nombre vernacular	Nombre científico	Rango de altitud o límite m s.m. (aprox.)
Acerillo	<i>Adesmia</i> sp.	2.200-3.200
Alcaparra	<i>Cassia</i> sp.	2.500
Algarrobo	<i>Prosopis chilensis</i>	1.800
Bailahuén	<i>Haplopappus baylahuen</i>	2.800-3.500
Barraco o berraco	<i>Escallonia angustifolia</i> var. <i>coquimbensis</i>	1.600-2.800
Brea	<i>Tessaria absinthioides</i>	2.800
Cachiyuyo	<i>Atriplex</i> sp.	2.800
Caspiche	<i>Lycium</i> sp.	1.700-3.000
Carrizo	<i>Phragmites communis</i>	1.600
Chacay	<i>Colletia spinosissima</i>	1.200-2.500
Chachacoma	<i>Senecio eriophyton</i>	3.500-4.000
Chañar	<i>Geoffroea decorticans</i>	2.500
Chilca o Daín	<i>Bacharis</i> sp.	2.800
Cola de caballo o canutillo	<i>Equisetum</i> sp.	2.800
Cola de zorro o cortadera	<i>Cortaderia</i> sp. u <i>Hordeum comosum</i>	3.200
Cuernó de cabra	<i>Adesmia</i>	3.600
Espino o churque	<i>Acacia caven</i>	1.600
Espinillo	<i>Mulinum spinosum</i>	1.700-3.000
Llaretá	<i>Laretia acaulis</i> o <i>Azorella compacta</i>	3.250-4.500
Llaretilla o yaretilla	<i>Anthobryum tetragonum</i>	3.600
Malvilla de la cordillera	<i>Cristaria spinolae</i>	3.000-3.500
Molle	<i>Schinus polygamus</i>	1.600-2.600
Mollaca	<i>Muehlenbeckia hastulata</i>	2.800
Marancel	<i>Perezia atacamensis</i>	3.500
Panza de burro	<i>Salpiglossis spinecens</i>	2.200-3.100
Pajonal	<i>Stipa</i> sp.	3.600-4.500
Pata de lagarto		3.250-4.000
Pimiento boliviano	<i>Schinus molle</i>	2.000
Pingo pingo	<i>Epedra andina</i> o <i>E. breana</i>	2.000-3.000
Quinchamalí	<i>Quinchamalium</i> sp.	2.900-3.300
Quintral	<i>Phrygilanthus</i> sp.	3.000
Retamo	<i>Bulnesia chilensis</i>	800-1.600
Sanguinaria		3.940
Té de burro; oreganillo	<i>Viviania rosea</i>	3.000
Tabaco cimarrón	<i>Nicotiana monticola</i>	2.800-3.200
Tola	<i>Parastrephia</i> sp.	2.550-3.500
Uña de gato	<i>Adesmia</i>	3.250-4.000
Varilla	<i>Adesmia deserticola</i> ; <i>Adesmia triyuga</i>	2.800-3.600
Yerba del soldado o hierba del soldado		3.250

La identificación específica de muchas de estas plantas la debemos al Prof. Hugo Gunckel L., a cuyo herbario han sido destinadas nuestras herborizaciones.

Capítulo III

EL PERÍODO ARCAICO

EN LA REGIÓN DE ATACAMA

CAZA-RECOLECCIÓN Y PESCA MARÍTIMA

(9.000 AÑOS A 100 AÑOS ANTES DE CRISTO)*

A pesar que en la región de Atacama no se han encontrado hasta el momento restos de los primeros pobladores de nuestro continente y de Chile del período anterior al Arcaico, es necesario mencionar que los científicos denominan a los hombres más antiguos Paleoindios u Hombres Tempranos. Fueron bandas de cazadores y recolectores (comunidad o grupo de parentesco) que se desplazaron a fines de la edad glacial pleistocénica, conviviendo con una flora y fauna ya extinguidas, como el milodón, el mastodonte, la paleolama, el caballo americano, el ciervo de los pantanos y otros.

El paisaje pleistocénico en América y Chile era muy diferente al actual, habitando solamente animales y plantas silvestres. En el territorio semiárido, desde Copiapó al Aconcagua, existía un régimen de lluvias mayor, con episodios glaciales más intensos en las tierras altas; formándose en la costa terrazas fluvio-marinas con régimen más húmedo; surgió de ello el bosque de tipo valdiviano. Por lo general, los valles eran más densos en cubierta vegetal y las zonas de interfluvio eran más verdes, lo que favoreció la concentración de fauna pleistocénica.

En una caverna ubicada en una zona de interfluvio (Huasco-Elqui), a unos 18 kilómetros al SW de la ciudad de Vallenar,

denominada Cueva El Salto (por existir allí una caída de agua en tiempos lluviosos), personal de los museos de La Serena, Huasco y Copiapó, encontraron vestigios de posible fauna pleistocénica (coprolitos), en el primer nivel de ocupación.

Eventos climáticos bruscos en el norte y centro de Chile y la eventual caza indiscriminada de los grandes herbívoros, harían que esta megafauna se desplazara hacia el territorio austral y sector oriental de la cordillera, donde las condiciones pleistocénicas se habrían mantenido por un tiempo mayor. Las evidencias arqueológicas de sitios de esta naturaleza, como Quereo, Tagua-Tagua y otros, demuestran que al ingresar a un clima más seco, por el noveno milenio antes de Cristo, se extingue la megafauna. La cubierta de gramíneas y herbáceas de la estepa fría pasó a una estepa árida y de matorral desértico. Este cambio a una vegetación subactual y "moderna", se correlaciona con un incremento de la temperatura y con menos precipitaciones, lo que afectó la dieta de estos grandes herbívoros.

Como razón principal de la extinción, debido a un cambio climático, las poblaciones cazadoras iniciaron una readaptación postglacial en nuestro territorio, hacia la explotación de otra fauna derivada de la anterior, como pequeños camélidos holocénicos (vicuñas y guanacos) y de otros recursos en

*Autor del capítulo: Miguel Cervellino G.

Principales Zonas Arqueológicas y Aguadas del Litoral de Atacama

LAMINA 1

SITIOS ARQUEOLOGICOS:

1. Pan de Azúcar
2. Caleta Medionda
3. Punta Achurra
4. Los Médanos-Chañaral
5. Caleta Obispo
6. Bahía Obispo
7. Calderilla
8. Puerto Caldera
9. Península El Morro
10. Puerto Viejo
11. Caleta Barranquilla
12. Caleta Guanillos
13. Bahía Maldonado
14. Punta Munwich
15. Punta Hardy
16. Bahía Schlambuch
17. Bahía Baskerville
18. Bahía Salado
19. Caleta Chascos
20. Punta San Pedro
21. Caleta Pajonal
22. Caleta Las Ventanas
23. Caleta Totoral
24. Bahía Carrizal
25. Puerto Huasco-Guacolda
26. Caleta Punta Lobos
27. Caleta Carrizalillo
28. Caleta Chañaral de Aceituna
29. Isla de Chañaral
30. Caleta Peña Blanca
31. Oasis de Totoral

AGUADAS DE LA COSTA DE ATACAMA:

- | | |
|------------------------------|-----------------------------|
| A. Vegas de Quinchihue | P. Aguada de Gertrudis |
| B. La Chilca | Q. Totoral Bajo |
| C. Chañaral de las Animas | R. Totoral Oasis |
| D. Agua del Toro | S. Agua de los Burros |
| E. La Chañarala | T. Carrizal Bajo |
| F. Vega Salada | V. Desembocadura Río Huasco |
| G. La Brea | |
| H. Flamenco | |
| I. Vegas del Potrero | |
| J. Salto del Agua | |
| K. Agua de Cabeza de Vaca | |
| L. Ramadas | |
| LL. Caldera | |
| M. Piques del Algarrobo | |
| N. Chorillos | |
| Ñ. Desembocadura Río Copiapó | |
| O. Bahía Salado | |

(Aguadas según
San Román, 1902)



los Andes; mientras que en el litoral Pacífico ofreció una alternativa alimentaria¹⁷.

¿Cuál fue el destino de las poblaciones paleoindias en el territorio semiárido? Nos lleva a plantearnos dos hipótesis no comprobadas aún por la ciencia: 1. Desarticulación de las bandas y adaptación al medio, con explotación preponderante de recursos que fueron complementarios. Mientras se dedicaron a la caza mayor, habrían desarrollado tecnologías incipientes de recolección y estrategias de caza de acuerdo a las

nuevas especies zoológicas emergentes y de poner énfasis en la caza de aves y pequeños animales. Además de la utilización cada vez mayor de los recursos litorales, recolección y desarrollo paulatino de la pesca, y 2. Al tratarse de cazadores de megafauna especializada, éstos habrían emigrado al sur del semiárido o bien hacia la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. Estos grupos podrían haber desaparecido gradualmente o se habrían integrado a los nuevos pobladores llegados al comienzo del Holoceno¹⁷.

LAS EVIDENCIAS DEL ARCAICO EN LA COSTA DE LA REGIÓN DE ATACAMA Y EL PAISAJE

Los arqueólogos de Chile han utilizado el término "Arcaico" para referirse a un período básico del poblamiento americano, que dice relación con una economía de subsistencia, basada en la caza-recolección terrestre y marina, y de la pesca; asociado a cambios tecnológicos, adaptativos y de conocimiento cada vez mayor del medio ambiente.

En la medida que los grupos humanos cambien, se adapten y exploten el medio, en primera instancia desde una perspectiva depredadora, estarán capacitados para comprender mejor el ciclo básico de la naturaleza, lo que les permitirá emprender los primeros pasos hacia la domesticación tanto de animales como de vegetales.

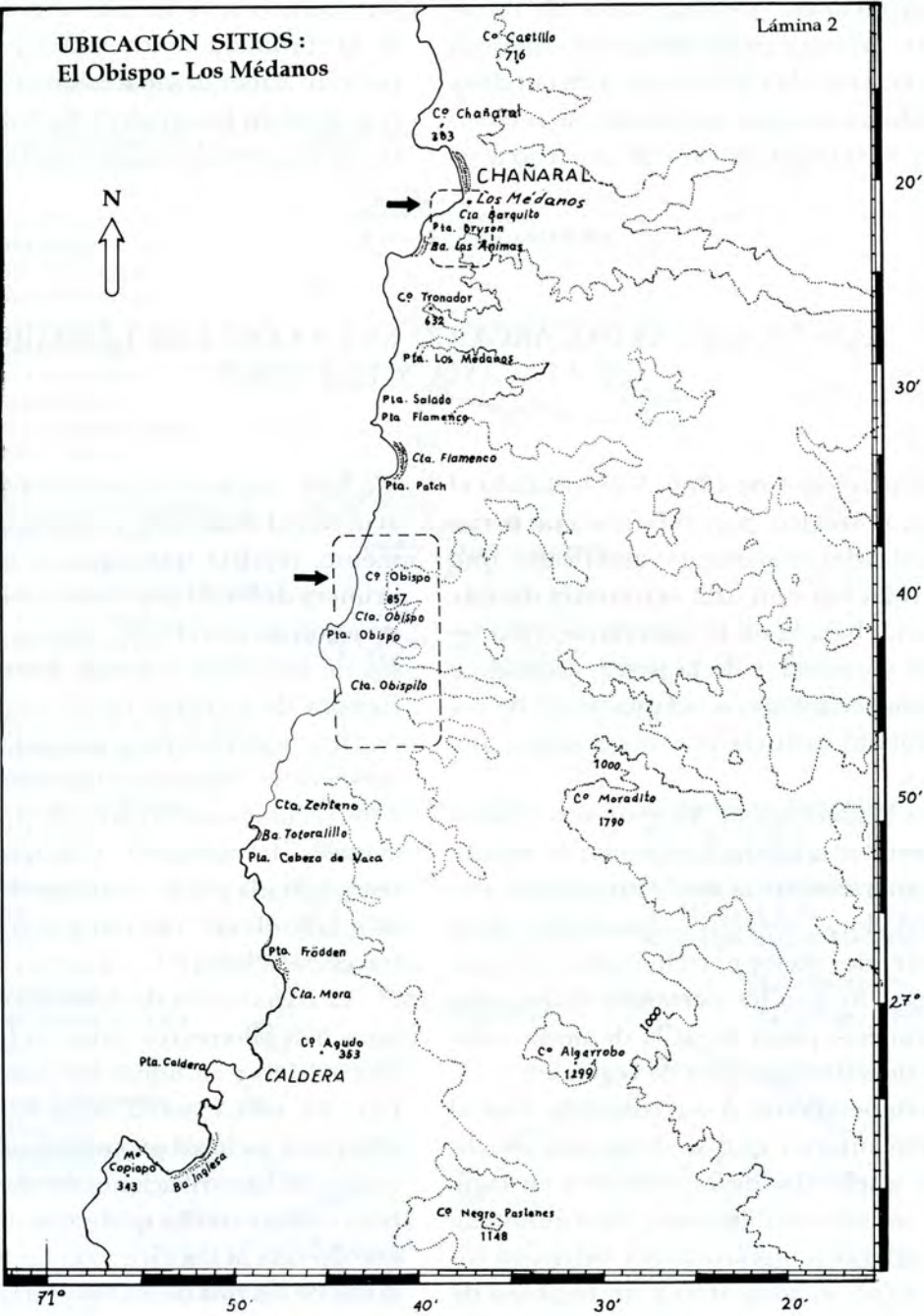
Independiente o en conexión con el proceso interno que se desarrolló en los valles, quebradas de interfluvio y en lagunas y salares cordilleranos, las comunidades costeras tempranamente sufrieron un largo proceso adaptativo a un régimen de explotación y especialización marítima¹⁶.

Esta "conquista económica del mar", de acuerdo al desarrollo tecnológico especialmente, tendría tres aspectos o etapas, la primera definida por la conquista de la "dimensión longitudinal" (acceso a los recursos de las orillas del mar, restringida a la captura de la fauna de la franja intermareal); la segunda etapa, marcada por la conquista de la "dimensión batitudinal" (acceso a los recursos ictiológicos de profundidad, a través del anzuelo), y la tercera etapa, representada por la conquista de la "dimensión latitudinal" (acceso a mar adentro, a través de la balsa)¹⁴.

El área costera de Atacama comprende unos 500 kilómetros entre su límite norte (26°00' LS) y su límite sur (en casi 30°00' LS). En esta extensa zona se reconocen diferentes sectores geomorfológicos relacionados con las estribaciones del cordón montañoso costero; con las quebradas de interfluvio que drenan al Pacífico; con las desembocaduras de los ríos de los valles transversales y zonas de aguadas relacionadas con caletas y

ensenadas. Es en estas unidades que veremos más adelante, que el hombre desde tiempos prehispánicos hasta hoy en día, ocupa y explota el mar, apoyándose con recursos costeros aledaños (Lámina 2).

El clima es árido y está marcado por la existencia de una costa desértica con nublados abundantes; la vegetación es reducida, predominando las cactáceas, arbustos y hierbas, que se mantienen debido a la ne-



blina o "camanchaca". Dentro de la fauna terrestre se encuentra el guanaco (*Lama guanicoe*), zorro (*Pseudolopex culpaeus*), lagartos y lagartijas y una variedad de especies marinas. En la costa habitan el lobo de un pelo (*Otaria flavescens*), el chungungo (*Lutra felina*), la laucha orejuda (*Phyllotis darwini rupestris*), entre otros.

Los recursos acuíferos son escasos, sin embargo se registran una buena cantidad de aguadas en la franja costera, cercana a las cuales se hallan la mayor cantidad de sitios arqueológicos. El ingeniero Francisco San Román, a comienzo de este siglo (1902) registra 23 aguadas, conformando al menos 8 distritos arqueológicos. Vale decir, las aguadas Quinchihue y la Falda, frente a la quebrada Pan de Azúcar; la Chilca, frente a la quebrada de Totoralillo; Chañaral de las Ánimas, frente a la quebrada del Salado; Agua del Toro, La Chañarala, Vega Salada, La Changa y La Brea, inmediatamente al sur del puerto de Chañaral; Flamenco, frente a la bahía de Flamenco; Vegas del Potrero al sur de la caleta Obispito; Salto del Agua, Cabeza de Vaca, Ramada, frente a bahía Ramada; Caldera en el puerto de Caldera; Piques del Algarrobo, frente al Morro; Chorrillos, al sur del Morro; Puerto Viejo, en la desembocadura del río Copiapó; bahía Salado, cercano a Punta San Pedro; Agua de la Gertrudis, en la quebrada de Pajonal; Totoral Bajo, en caleta Totoral; Totoral, en el oasis de Totoral; Aguada de Los Burros, al norte de Carrizal, y Huasco en la desembocadura del río Huasco⁷.

La observación de las cartas geológicas de este territorio costero muestran, en términos generales, la existencia de un sustrato básico de data paleozoica, sobre el cual se imponen depósitos cuaternarios con contenidos aluviales y de corrientes de barro, además de grandes extensiones de depositaciones eólicas (dunas). Estos depó-

sitos se perciben con claridad en las ensenadas y en las extensiones de la planicie litoral. A lo largo de esta costa ocurren terrazas marinas compuestas por acumulaciones de arenas, limos, coquinas, areniscas y conglomerados, que corresponden a un desarrollo plioceno-holocénico, con niveles entre 20 y 250 m s.m.

Las características generales de la costa desértica del norte presentan farellones ligeramente desplazados hacia el interior. Las planicies litoráneas de breve desarrollo son estrechas e interrumpidas por estribaciones de la cordillera costera, generándose playas en forma de arco. Estas planicies poseen cotas de altura entre 0 y 300 m s.m. Es notoria la tendencia a un incremento cada vez mayor de la amplitud de la planicie litoral hacia el sur de la región. La ocurrencia de llanos de sedimentación continental existentes en las desembocaduras de quebradas y una cordillera de la costa, con alturas inferiores a los 1.500 m s.m., completan el panorama geomorfológico de la costa de Atacama⁴.

Gracias al proyecto FONDECYT (Nº 1950036), en los años 1995-96 se realizó una buena prospección a casi toda la costa de la región de Atacama; se detectaron más de 100 sitios arqueológicos y se pudieron establecer las siguientes unidades geomorfológicas, de acuerdo a los sitios prospectados. Se dedujo con ello una larga y continua ocupación de la costa y se reconocieron diferentes modalidades de emplazamiento de los sitios: A) Sitios en duna, en torno a acantilados y farellones costeros. En el sector de Pan de Azúcar, esta unidad abarca desde el límite norte de la III Región hasta el margen septentrional de la quebrada homónima. Se caracteriza por poseer un relieve con acantilados y farellones que, al norte de Pan de Azúcar, alcanzan alturas de 800 m s.m. Este accidente es especialmente

notorio en el sector costero conocido como Bufadero, al oriente del cual el macizo se eleva abrupta y casi verticalmente. Se trata de una zona montañosa que, no obstante, permitió la ocurrencia de ocupaciones prehistóricas, distribuidas tanto en los afloramientos rocosos altos del macizo de Bufadero, como en la planicie litoral contigua y en las quebradas interiores, siempre dentro del ámbito costero, como es el caso de los asentamientos en quebrada La Quiscuda. B) Sitios en dunas con afloramientos rocosos. Se extienden desde la margen sur de la quebrada de Pan de Azúcar hasta el sector norte de Flamenco. Contiene varias terrazas con depósitos aluviales en donde se imponen conjuntos dunarios que los circundan. En general, estos conjuntos se ubican en el sector más oriental de la planicie litoral, alejados un tanto del borde costero. Es en estos puntos donde se ubican preferentemente las ocupaciones arqueológicas. C) Sitios en campos de dunas extensas. Esta unidad se extiende desde la bahía Flamenco hasta el margen sur de la caleta Obispito. En general, se observa una tendencia a la ampliación de la planicie litoreña y, a diferencia de la unidad anterior, aquí la ocurrencia dunaria conforma grandes extensiones aterrazadas, algunas activas, otras compactadas. Se está frente a la presencia de una costa rocosa con pequeñas caletas y ensenadas de extensión más bien breves, aun cuando la existencia de quebradas importantes como las de Flamenco, del Potrero y El Morado dominan la fisiografía de la unidad. Aquí los yacimientos arqueológicos se sitúan sobre los extensos campos de dunas altos, apegados al cordón de cerros costeros, teniendo éstos un carácter más extenso. D) Sitios en promontorios rocosos. Unidad que se extiende desde caleta Obispito hasta Bahía Inglesa. Zona caracterizada por la existencia de una secuencia

continua de promontorios rocosos apegados al borde costero y donde la planicie litoral tiende a ampliarse cada vez más, dada la presencia de dunas intercaladas por sedimentos aluviales y fluviales (Pampa Caracoles). No obstante lo anterior, las ocupaciones prehispánicas registradas están estrechamente vinculadas con los promontorios rocosos indicados, o bien a las terrazas bajas apegadas al borde costero. Al sur del Morro (Caldera) nos encontramos con algunos problemas los cuales guardan relación principalmente con un cambio importante del paisaje. Es así que entre El Morro y puerto de Huasco, no se reconocen grandes unidades geomorfológicas, sino, una sola unidad que agrupa las diferentes modalidades que presenta el paisaje. En cierta forma, las unidades reconocidas para el área norte de la región, en esta parte se imbrican produciendo un paisaje menos diverso; donde resalta, E) Sitios en terrazas adyacentes a desembocaduras de ríos (Copiapó y Huasco) y, F) Sitios sobre dunas en ambientes de oasis interiores (Totoral, Canto del Agua). Un elemento importante en esta macroárea es el registro de un número significativo de quebradas, las cuales comunican el interior con el litoral, a la vez que parte de ellas se comunican entre sí. Lo anterior cobra aún más importancia si agregamos que parte de estas quebradas disponen de recursos hidrológicos durante el año, lo cual constituía un factor atractivo para el asentamiento y desplazamiento humano en el pasado, así como la obtención de recursos vegetales y animales.

Se observa que dichas quebradas articulan todo un sistema de asentamientos, registrando sitios tanto en sus desembocaduras cerca del litoral, como en sus cursos medios y en el interior. Lo anterior posibilita plantear la hipótesis de que las poblaciones prehispánicas no necesariamente se

movieron por el perfil costero, sino también, se movilizaron por el interior, accediendo a la costa por las desembocaduras de éstas. Es así, además, que se podría planear una cierta complementariedad en el uso y explotación de los recursos, ya que las quebradas posibilitan disponer de caza permanente (camélidos), agua y vegetales, lo que se complementa con los recursos faunísticos que aporta el mar (caza de mamíferos marinos y recolección de moluscos, principalmente).

Como se dijo anteriormente, a lo largo de la costa se han detectado infinidad de conchales o basureros, la mayor parte sobre dunas alrededor de afloramientos rocosos, o conchales sobre dunas extensas. Los emplazamientos van desde el borde costero hasta varios kilómetros hacia el interior, a una altitud variable entre 4-5 m s.m. y los 150-200 m s.m. En general son sitios muy extensos que contienen más de un asentamiento, registrándose áreas precerámicas y con cerámica (Lámina 1).

El arcaico temprano.

Presencia del complejo Huentelauquén (Lámina 3 y 3a)

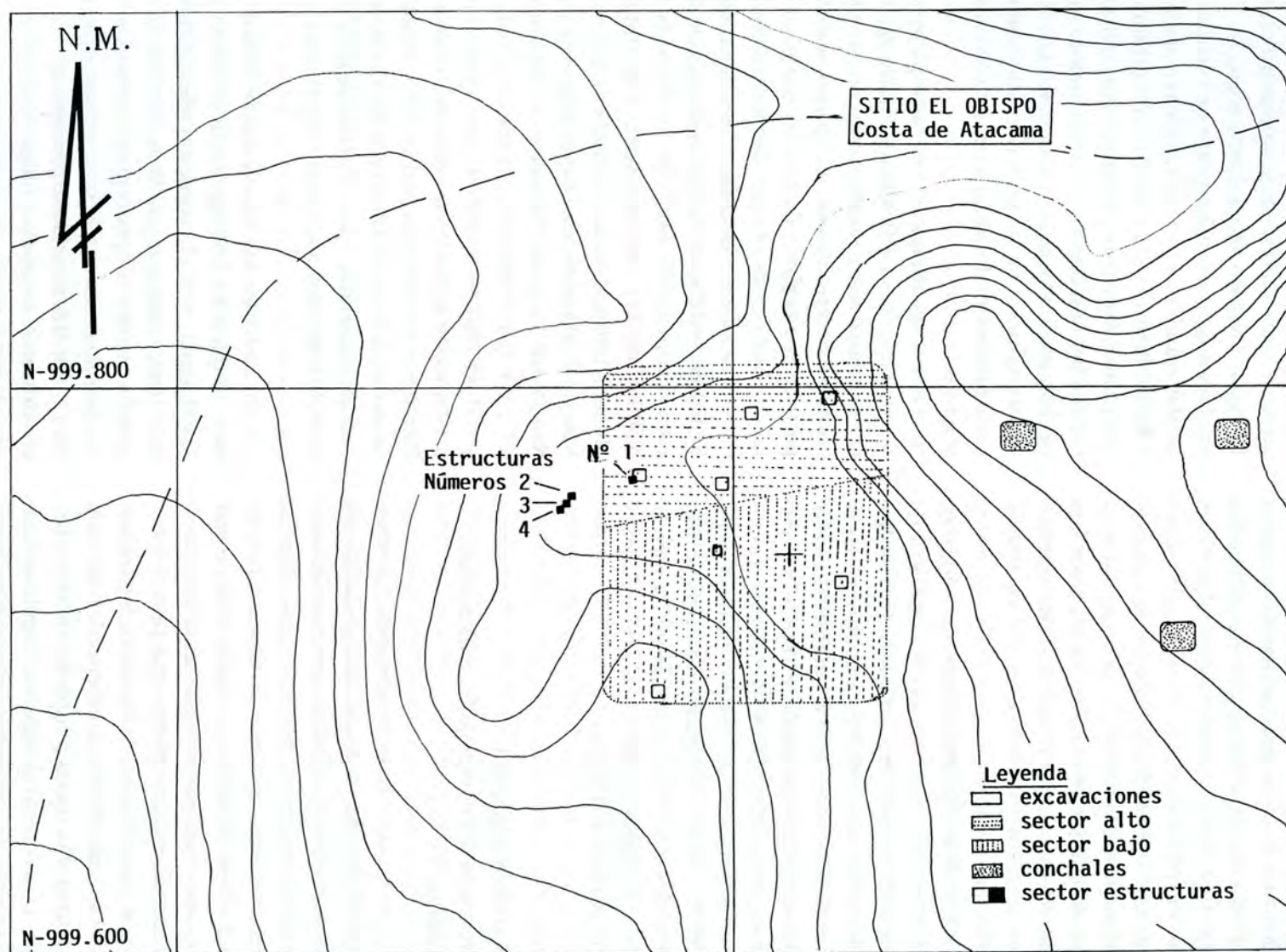
El sitio tipo que ha denominado al Complejo de Huentelauquén, se sitúa en la desembocadura del río Choapa (en coordenadas geográficas 31°36' LS y 71°33' LW). Bajo las arenas de las dunas de la ribera norte de dicha desembocadura, cuando el viento sur soplaba con fuerza, quedaban al descubierto ciertas piedras elaboradas por el hombre, llamando la atención de los lugareños.

Las características esenciales de esta cultura están dadas por piedras elaboradas, que reproducen polígonos regulares que van desde el círculo de infinitos lados, hasta el triángulo equilátero. Se les ha denomina-

do "piedras poligonales" o "litos polimorfos". Aún no se sabe su funcionalidad; se les atribuye uso ritual o de insignias tribales. Integran también el conjunto ergológico, artefactos de molienda, morteros y manos, puntas grandes de proyectiles pedunculadas y lanceoladas, hojas y cuchillos semilunares, raederas, raspadores, taladros y piedras horadadas. Son bandas de trashumantes especializadas en la caza de mamíferos terrestres y marinos, y en la recolección de frutos y seguramente de algas y otros recursos marinos.

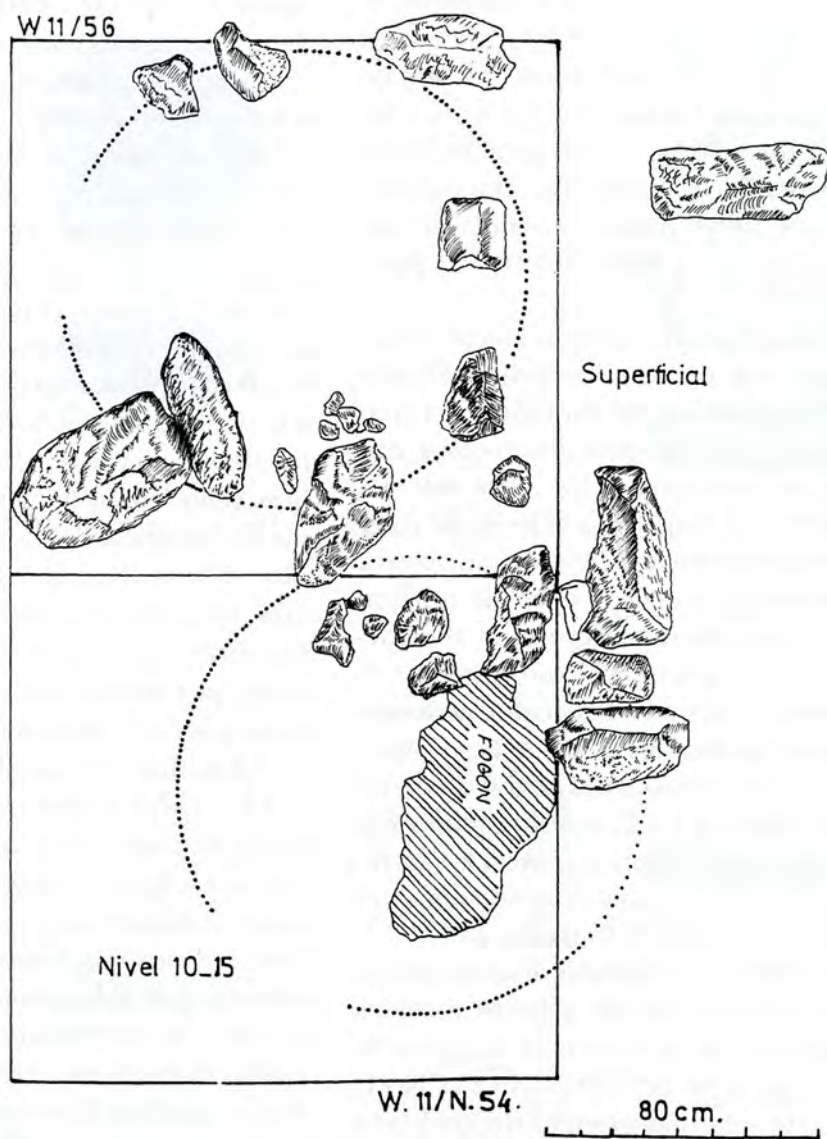
En la costa de Atacama este complejo se desarrolló entre los 9.000 años antes de la era cristiana hasta posiblemente los 4.000 años a.C. Se postula que son grupos que al parecer provendrían de la vertiente oriental de Los Andes, en un desplazamiento hacia Atacama de sur a norte por la costa. El hallazgo de material lítico semejante a este Complejo (Cultura de La Fortuna - 6.500 años a.C., en San Juan, Argentina; Huachichocana, en la quebrada de Huma-huaca - 7.000 años a.C., Jujuy, Argentina y San Pedro Viejo de Pichasca - 7.970 años a.C., en el río Hurtado, cerca de Ovalle, como ejemplos) sugieren una conexión trashumántica desde la costa del océano Pacífico a la falda oriental andina, explotando biomas de cordillera con prácticas de caza de camélidos y recolección de gramíneas, fibras vegetales, y materias primas líticas.

Sin embargo, las dataciones de sitios de este complejo en las regiones de Atacama y Antofagasta, por el momento dan fechas más tempranas que en la región de Coquimbo, lo que a futuro podría postularse un desplazamiento a la inversa, de norte a sur (?). En el Semiárido se produce en tiempos lluviosos, un puente biogeográfico ocasional, que permite el desplazamiento de fauna y abundancia de flora entre los valles



ARCAICO TEMPRANO
Sitio El Obispo
Estructuras

Lámina 3 a



aislados por el desierto. Por otro lado, la estrechez del territorio y los sistemas montañosos transversales favorecen la comunicación entre la cordillera andina y el litoral¹⁴.

El trabajo de prospección arqueológica a través del Proyecto FONDECYT N° 1950036, arrojó hasta el momento ocho sitios vinculados con el Complejo Huente-lauquén, en la costa de Atacama, identifica-

dos de norte a sur como: Piqueros 4, Soldado 1, Castillo 1, Los Médanos 1, Los Médanos 2, Obispo 1 y Taisani 1. De todos los sitios, sólo el penúltimo presentaba registro previo. Otras informaciones no comprobadas por nosotros dan como hallazgos de litos a caleta Punta San Pedro, cercano a bahía Salado; oasis de Totoral, a 30 km de la costa, frente a caleta Totoral; Canto del Agua, a unos 35 km de la costa, frente al puerto de Carrizal Bajo (G. Domínguez, com. pers. 1994); puerto Guacolda, al S de la desembocadura del río Huasco¹¹, y puerto de Caldera⁷.

Los yacimientos se disponen casi exclusivamente sobre formaciones dunarias que sobreyacen terrazas de abrasión marina, o bien, en torno a afloramientos rocosos, con alturas no inferiores a los 20 m s.m. La ubicación con respecto a la línea de costa varía entre los 500 m y 1.000 m y se observa una tendencia a ocupar el borde oriental de la planicie litoral más cercana al piedemonte del cordón montañoso costero.

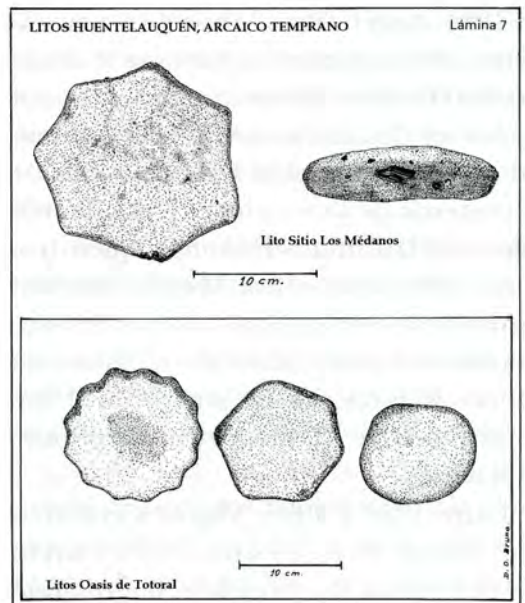
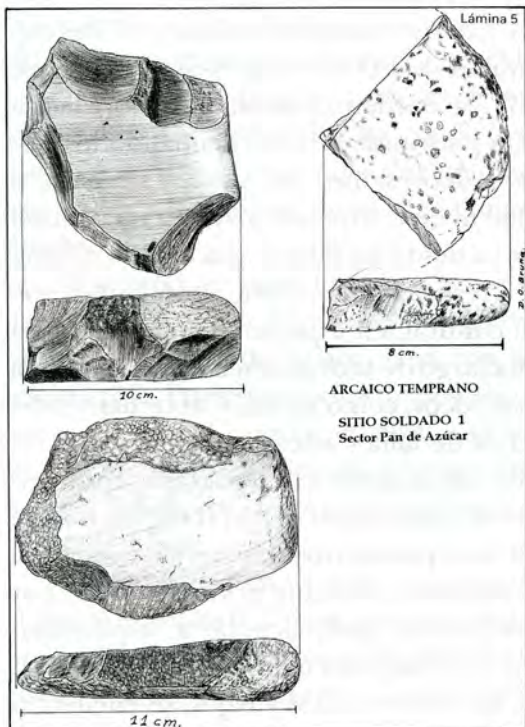
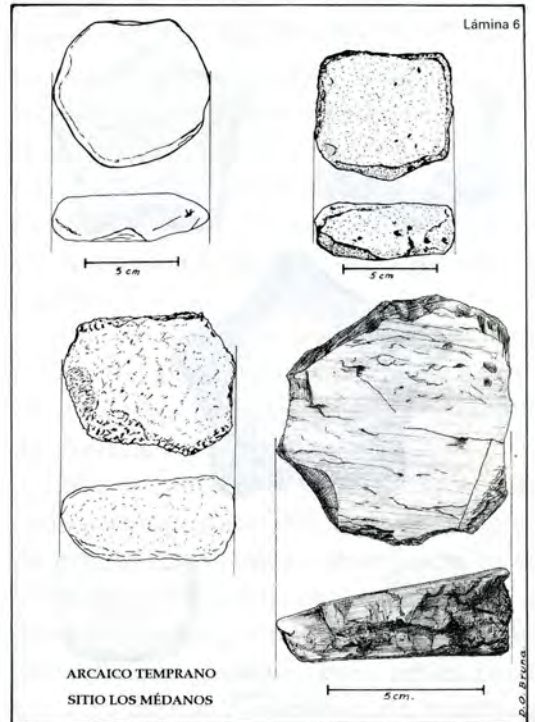
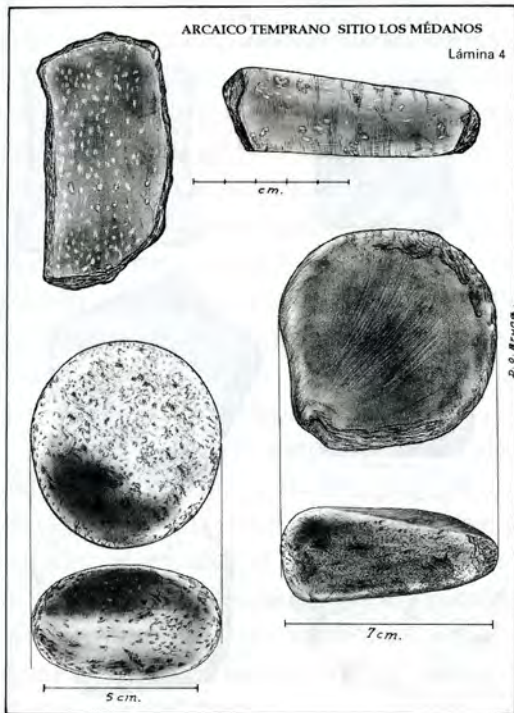
Siete de los sitios detectados, se localizan entre quebrada Pan de Azúcar y quebrada La Lisa, emplazados en dos unidades geomorfológicas B y C, anteriormente definidas. Más hacia el sur, cercano a la desembocadura del río Huasco, se encuentra el sitio 8, en la quebrada Taisani.

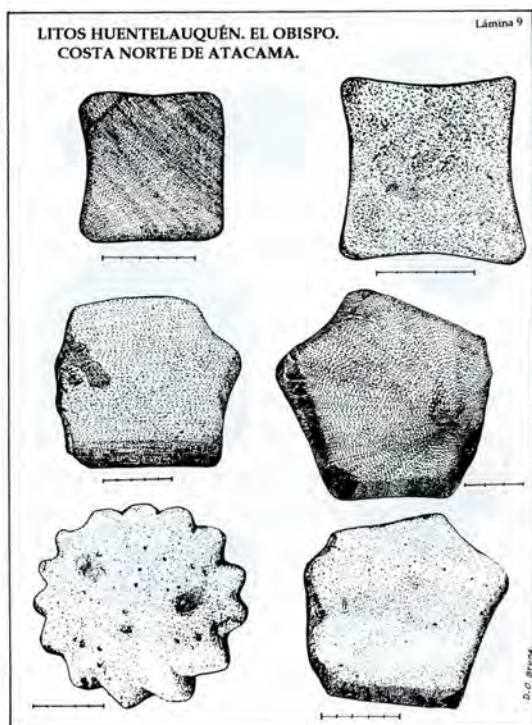
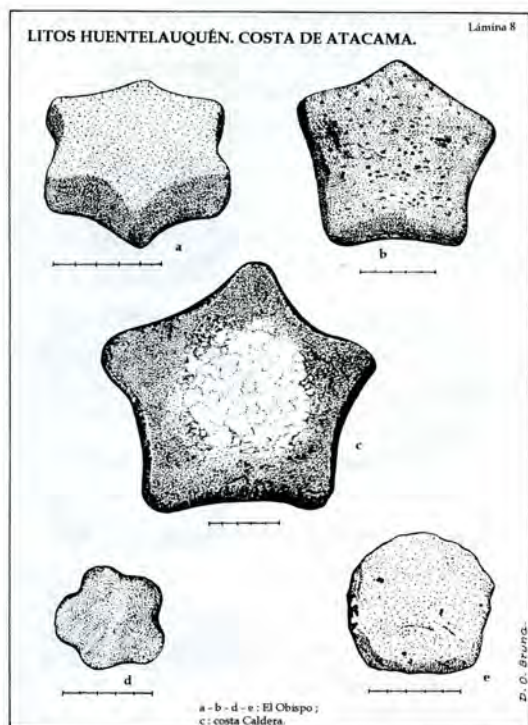
Los sitios de ocupación se sitúan próximos a la ocurrencia de algunos recursos hidrológicos. De este modo, en la unidad B, a unos 7 km al SE de Soldado 1 y Castillo 1, en la cabecera más oriental de quebrada del Castillo, se encuentra una vertiente conocida como Aguada Falda; en este caso, la quebrada pudo haber servido como vía natural que se conecta con los asentamientos antedichos. En la misma unidad, más al sur y a unos 2 km de Los Médanos 1 y 2, la vertiente conocida como aguada de la Changa, pudo estar relacionada con dichos

campamentos. Más al sur, en la unidad C y a unos 5 km al E del grupo de sitios Obispo 1 y 2 y Obispito 1 al 5, se congrega una docena de aguadas que pudieron haber representado un factor importante al momento de explicar la naturaleza y magnitud de asentamientos como Obispo 1.

Como característica de los sitios Huentelauquén, con evidencias superficiales en la costa de Atacama, podemos decir que éstos presentan una extensión promedio de 300 por 200 m, siendo Piqueros 4 el menor de todos, con un área de 1.500 m² y Obispo 1 el mayor, con un área de 400.000 m². Los sitios se encuentran a un promedio de 700 m de distancia de la línea de playa y a una altura media de 60 m s.m. Culturalmente se caracterizan por la presencia de litos geométricos hechos en arenisca y en piedra basáltica. En los sitios de Los Médanos y Obispo, se registran los dos tipos de litos que, aparentemente, sugerirían una transición en el uso de las materias primas de los yacimientos septentrionales con respecto a los meridionales (Láminas 4 a 9).

La industria lítica sobre cantos rodados se encuentra presente en la mayoría de los yacimientos; no se registran en superficie en los sitios Soldado 1 y Puntilla 1. El material ecofactual está representado básicamente, por *Concholepas concholepas*, *Fissurellas sp.* y *Poliplacophora*. En algunos yacimientos se registraron, además, *Choromytilus chorus*, *Thais chocolata*, *Loxechinus albus* y *Argopecten purpuratus*. También se registraron restos óseos de mamíferos marinos y terrestres, así como de aves y roedores. A la fecha el único sitio excavado en Atacama, sobre la cultura Huentelauquén es el Obispo 1, que a continuación caracterizamos.





Antecedentes arqueológicos del sitio Obispo 1

En 1984 Ángel Durán descubre para la ciencia el sitio que en esa época se le denominaba Obispito. De este importante yacimiento en décadas anteriores, la comunidad de Chañaral había levantado más de un centenar de litos geométricos, identificados con la Cultura Huentelauquén (comunicación personal Sra. Myriam Vecchiosa, Alcaldesa de Chañaral). Varios de ellos se conservan actualmente en el Museo de Ciencias Naturales de ese puerto, en el Museo Regional de Atacama y en colecciones particulares.

Entre 1986 y 1990, Miguel Cervellino visitó varias veces el sitio, recolectando nuevo material de superficie, engrosando la colección lítica del Museo en Copiapó. Por medio del Proyecto FONDECYT N° 1950036, el equipo de dicho proyecto excavó en 1996 una docena de cuadrículas

de 2 m × 2 m, constituyendo la primera etapa que se continuará hacia fines de 1997.

El yacimiento corresponde a un conchal extenso sobre formaciones eólicas aterrazadas de 1.000 m (eje N-S) y 400 m (eje E-W). Se encuentra emplazado sobre la primera y segunda terraza, ocupando los planos y depresiones del sistema dunario, a 1.000 m de la línea de playa y a una altitud que va desde los 50 m hasta los 100 m s.m.

Presenta en superficie abundante material cultural, en especial lítico, destacando el hallazgo de litos geométricos en arenisca y basálticos, como también abundantes desechos de talla y artefactos sobre canto rodado. De acuerdo a lo registrado, en superficie del yacimiento se han recogido más de 300 litos polimorfos. Los restos ecofactuales están constituidos principalmente por gastrópodos, poliplacophora, equinodermos y, en baja frecuencia, *Choromytilus chorus*. En sectores altos y bajos, se encuentra cerámica tardía.

Se localiza inmediatamente al sur de la quebrada La Lisa, al NE de la caleta Obispo y a unos 7 km al sur del balneario Flamen-co, sobre depósitos eólicos activos y semiestabilizados, los que en ciertos sectores del asentamiento se encuentran cementados en areniscas, constituyendo una probable fuente de materias primas. El área de ocupación arqueológica se sitúa a unos 1.500 m de la aguada La Lisa (al interior de la quebrada), y a 1.000 m de otra aguada sin nombre, justo en el borde costero.

En el sector de emplazamiento de la cultura Huentelauquén sobre la segunda terraza, se sitúan cuatro estructuras semicirculares; al excavar una de ellas, por el material exhumado, se adscribe a la cultura Huentelauquén, constituyendo éstas las primeras evidencias de un patrón habitacional para el período arcaico temprano costero. Situaciones similares para el arcaico costero del Norte Grande se dan en los sitios Chucumata-1¹⁸ y en Caleta Huelén¹⁵.

En estratigrafía se detectaron tres eventos ocupacionales: el primero entre los 65 a 80 cm de profundidad, asociado a cuchillo de choro zapato, grandes conchas de lapa, restos de jaiba, huesos de pájaro y de peces pequeños en poca cantidad y de mamíferos terrestres y acuáticos, junto a percutores líticos.

El segundo evento de ocupación se detectó entre los 35 a 40 cm de profundidad, se hallan huesos de pájaro, lapa con pigmento rojo, huesos y espinas de pescado en mayor cantidad que en el nivel anterior, locos y apretadores calcinados junto a fogones y cuchillo de cuarzo con pedúnculo y punta redondeada.

El tercer y último evento ocupacional aparece entre los 0 y 20 cm de profundidad, se halló en una cuadrícula (W 09-N 52), a los 10 cm, un lito discoidal confeccionado en arenisca, junto a un gran fogón y parte

de una estructura habitacional; además, bastantes desechos de talla lítica. Por el momento, un fechado de radio carbón 14, basado en una muestra de gastrópodo asociado al lito, en el Laboratorio Beta Analytic Inc de USA, arrojó una data apreciable de 10.390 ± 90 AP; corregida 10.810 ± 100 AP, o sea, una fecha de 8.860 años antes de Cristo.

Por comparación podemos inferir que la base del sitio es similar al que se observa en el sitio Las Conchas, cercano a la ciudad de Antofagasta. Se asentaron sobre una duna compactada de época cuaternaria, como así lo indican los mapas geológicos. Referente a la dieta, se observa en los tres momentos de ocupación, que la base alimentaria estuvo conformada por fauna malacológica, seguida por aves, peces, roedores y en menor porcentaje, de mamíferos tanto terrestres como acuáticos. Llama la atención el gran tamaño de las conchas del primer evento de ocupación, en contraste con la de los otros dos eventos posteriores, que son de menor tamaño, fragmentadas y bastante calcinadas por asociación directa a fogones de ciertos tamaños. Por lo general, podemos decir que hay una densidad mayor de ocupación en el tercer y último evento.

Hoy se postula que estos grupos tienen una gran dinámica de desplazamiento, no sólo en la franja intermareal, sino en desplazamientos hacia el interior de las quebradas, seguramente en tiempos de recolección de frutos (primavera-verano) y en época de caza, en especial del guanaco, quizás en períodos no aptos para la obtención de alimentos en la costa debido a marejadas u otros fenómenos. Estos momentos aún no han sido evaluados en la costa de Atacama, dado que recién comienzan los trabajos sistemáticos; pero hay luces respecto a la obtención de litos y puntas en locali-

dades interiores como Canto del Agua, Totoral, Agua Amarga, que indicarían la trashumancia de estos grupos.

Podemos inferir que se trata de grupos que explotan el mar en su dimensión longitudinal, como recolectores de la franja intermareal, en una economía mixta de subsistencia; en que destacan actividades de recolección marina y terrestre, caza marina y terrestre y quizás, pesca de escollera. Presentan una diversificación técnica de gran complejidad, con una amplia tipología de la industria tallada y pulimentada. El sitio de El Obispo-1, junto al de Las Conchas¹⁴, indicarían asentamientos prolongados en que existe el tiempo suficiente para confeccionar herramientas y litos pulimentados de probable asociación a ritos ceremoniales colectivos, en que las bandas trashumanteras acuden a un punto determinado de la costa, pudiendo éstos servir de "campamentos bases". La ubicación de litos en sitios interiores de Atacama, como Canto del Agua y Totoral, indicarían el desplazamiento de estos grupos hacia el interior, en busca de otros bienes complementarios de la dieta (guanacos, pájaros, vegetales) o de materias primas, que conformarían "campamentos satélites", semejante a lo que Binford denomina "forrajeadores". Típicamente estos grupos tienen una alta movilidad residencial y tamaño reducido y no practican almacenamiento, sino procuran sus alimentos en forma diaria. Sin embargo, ocasionalmente organizan campamentos de corta duración a cierta distancia del campamento base, con propósito de buscar alimentos especiales².

Por otro lado es importante señalar que la explotación de un ecosistema debe presentar alternativas, las que podrían emplearse en situaciones diferentes, ofreciendo padrones de explotación de recursos de cazadores-recolectores en su relación hom-

bre-ambiente, como las que señala Bailey, involucrando conceptos básicos de explotación "directa e indirecta" y explotación "oportunistica y controlada"¹.

Creemos que para la costa de Atacama, se dio un padrón de explotación mixta; directa y oportunística, involucrando a grupos de una o más unidades domésticas. Mixta en el sentido de obtener recursos tanto en el mar como en tierra. Directa en cuanto a que el hombre gasta la mayor parte de su energía en buscar y extraer alimentos en forma inmediata, y oportunística en el sentido que no existe una preocupación mayor de llegar a un agotamiento de los recursos, dado que éstos son abundantes y renovables.

El arcaico Medio y Tardío. Cultura del "Anzuelo de Concha"

Se postula que hacia los 4.000 años antes de Cristo, hubo una oscilación climática cálida y seca que afectó los recursos comestibles, estimulando así un mejor aprovechamiento de los recursos del mar, promoviendo a los "pescadores especializados", que confeccionaron los anzuelos de concha; llegaron al litoral atacameño desde el norte vía costera¹⁴. Existe en la costa de Atacama un hiatus temporal bastante grande entre la población Huentelauquén y las poblaciones marítimas especializadas. Por el momento existe un solo sitio excavado parcialmente, adscribible al arcaico medio en su primera ocupación y al arcaico tardío en su segunda ocupación (sitios Conchal 1 y 3 de Bahía Maldonado). Otros yacimientos han sido reconocidos por el material cultural obtenido por aficionados (huaqueos) o por referencias de éstos. Jorge Iribarren en 1969 fue el primero en describir estos sitios en Atacama, asociándolos a la cultura del

anzuelo de concha, denominado así por Bird para conchales del norte de Chile (Quiñani, Pichalo y Taltal)³. Los yacimientos detectados en la costa de Atacama son: Chañaral de Aceituna, Puerto Guacolda¹¹; Bahía Carrizal, Bahía Maldonado, Puerto de Caldera y Pan de Azúcar⁷. Los sitios de Atacama se pueden correlacionar con el de Las Conchas, en Taltal¹⁹. Por falta de fechas absolutas se hace muy difícil establecer una secuencia cronológica para esta área de la costa chilena. Sin embargo, se puede postular que hacia los 4.000 a 3.000 años a.C. irrumpe una nueva población con especialización marítima, con nuevo instrumental y que estarían ocupando nuevos ambientes marinos (caletas y ensenadas de Atacama).

Para efectos de este artículo, seguiremos denominándoles "Cultura de anzuelo de concha", dado que el material ergológico de los sitios costeros de Atacama, está estrechamente relacionado con el material de la costa de Taltal. Los vínculos son más estrechos y pareciera ser que la costa comprendida entre Taltal y Huasco forma una unidad en este período de la prehistoria. Los elementos semejantes se refieren a abundantes anzuelos confeccionados en conchas de choro zapato, en los dos tipos que veremos más adelante; pesas líticas para la pesca; anzuelos compuestos y puntas de hueso; puntas de proyectil de pequeño tamaño; pucos de piedra; cuentas de collar; limas, sierras y percutores y grandes hojas bifaces de cuchillos^{12, 19, 7}.

Antecedentes arqueológicos de Bahía Maldonado **(Láminas 10, 11, 12, 13, 14 y 15)**

Los conchales detectados en Bahía Maldonado forman parte de un gran distrito arqueológico en lo que se denomina en términos generales, Bahía Salado. Según los

pescadores que habitan temporalmente la cercana bahía de Barranquilla, este distrito corresponde a tres ensenadas denominadas Bahía Salado, Bahía del Medio y Bahía Maldonado.

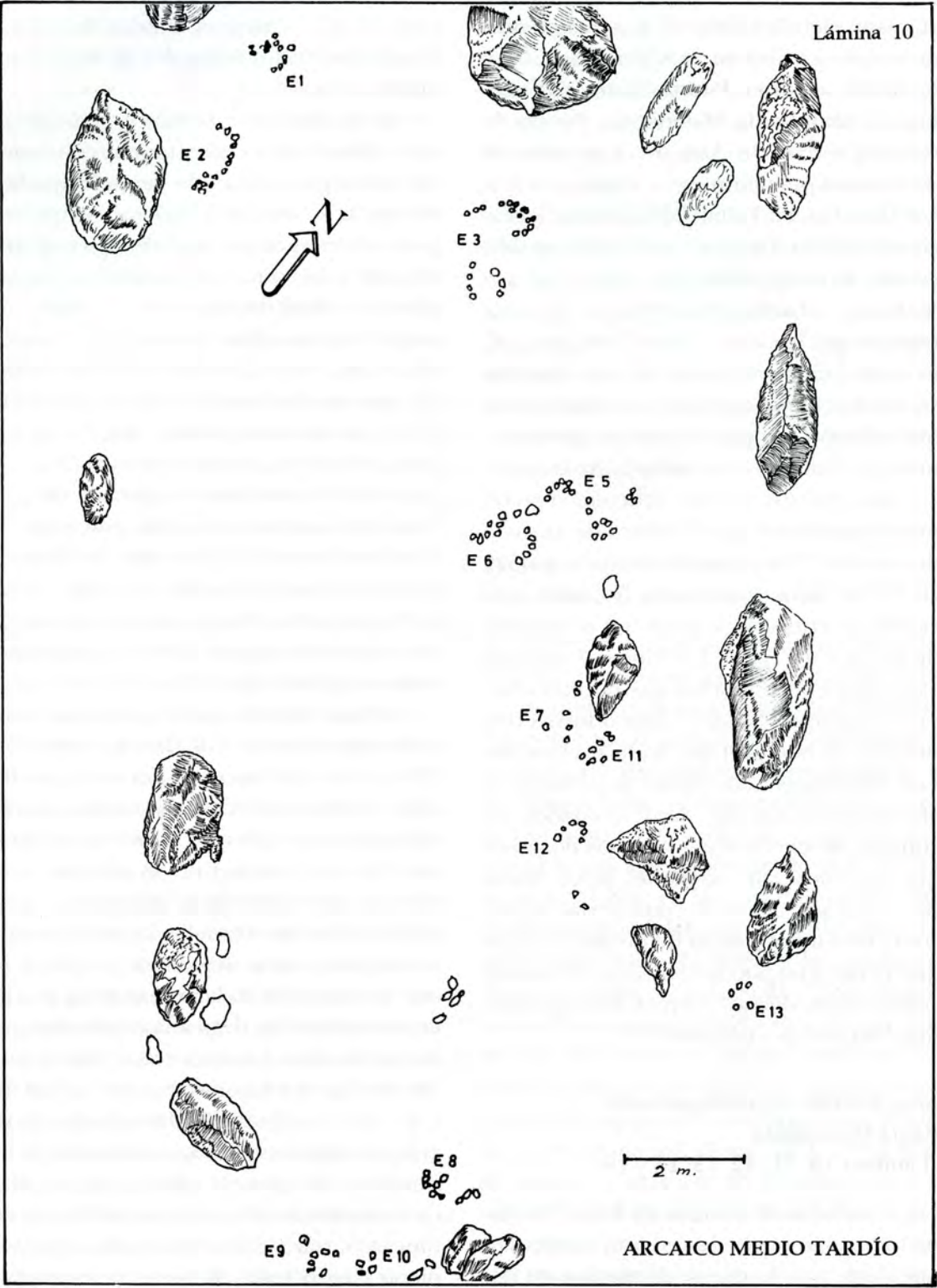
Bahía Salado es la más grande de las tres y reúne varios cementerios y conchales. Casi al centro drena una pequeña quebrada donde se ubican 5 algarrobos, un conjunto de estructuras pircadas, pictografías en rojo y en unos afloramientos rocosos planos a nivel de superficie, se halla un grupo de petroglifos. Cercano a la línea de alta marea se encuentra hoy "aterrada", una aguada que seguramente surtió del vital elemento a los grupos costeros que se asentaron en la zona por varios siglos.

Bahía Maldonado comprende un conjunto de conchales extensos a lo largo de toda la ensenada y sobre grandes campos de dunas. Hacia el sur de esta bahía, luego de la casa del Sr. Ramón Callejas, se ubican tres conchales que en 1979, denominamos como conchal 1, 2 y 3.

Se han realizado a la fecha tres campañas en los conchales 1 y 3, durante los años 1979, 1981 y 1985. El 3 corresponde a un conchal sobre dunas con estructuras semicirculares, delimitado por grandes rocas, a unos 30 m s.m. En este conchal de 45 m x 80 m, se ubican doce estructuras pequeñas de no más de 1,5 m de diámetro interior, conformada por piedras regulares (30 cm a 50 cm) empotradas en la arena. Al excavarlas en la totalidad, se llega a la conclusión que fueron recintos habitacionales, ubicándose en estratigrafía fogones, huesos de ballena y de lobo marino, vértebras de peces de gran tamaño como toyo, corvina y otros. En superficie se advierte apreciable cantidad de fauna malacológica, material lítico y cerámica burda y decorada, de los tipos Copiapó Negro sobre Rojo en su mayoría y algunos fragmentos inca-diaguita.

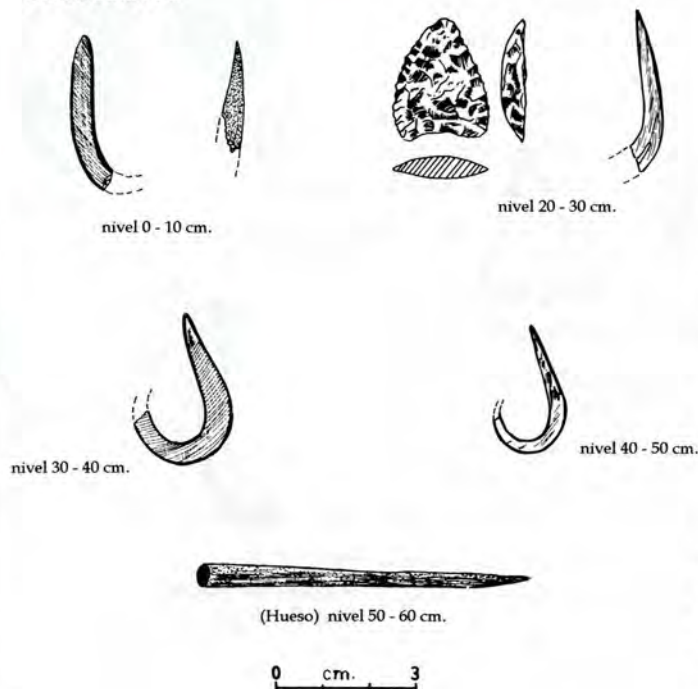
CONCHAL N° 3 DE BAHÍA MALDONADO

Lámina 10



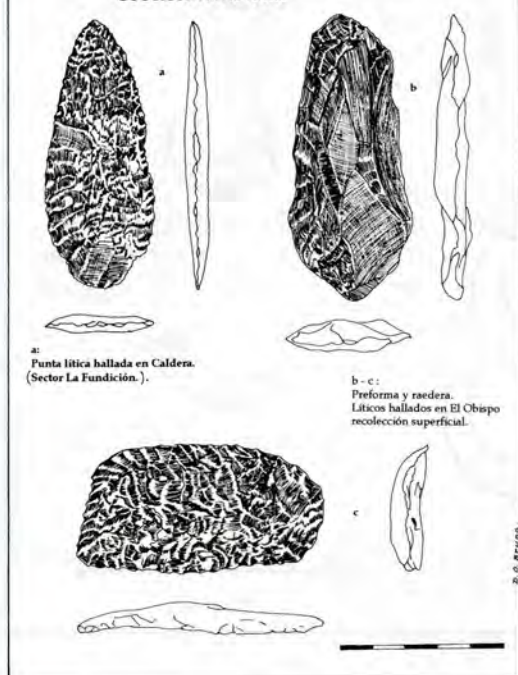
BAHÍA MALDONADO.
Conchal n° 1. Unidad 1
Cuadrícula A-5

Lámina 11



INSTRUMENTOS LÍTICOS. PERÍODO ARCAICO.
COSTA N. ATACAMA

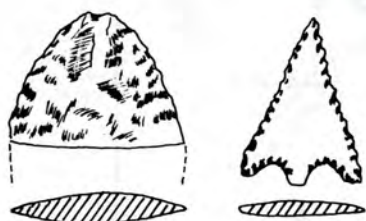
Lámina 12



Al profundizar el conchal se advierte el siguiente material cultural junto a grandes conchas de loco, lapa, ostión, caracol negro, apretadores, choro zapato; manos de moler con morteros de caras planas, algunos con pigmento rojo, puntas de proyectil con y sin pedúnculo; arpones compuestos de hueso, pesas tipo cigarro en piedra pizarra, pulidores y una buena cantidad (12) de anzuelos de concha. A medida que se profundiza, entre los 45 y 90 cm promedio de profundidad, aparece el anzuelo tipo curvo "de uñeta", pequeño e idéntico al tipo 1 de Silva y Bahamonde para el sitio Las Conchas de Taltal. En los niveles superiores se halla el anzuelo con vástago largo, de mayor consistencia y grosor seguramente utilizado para la pesca de peces mayores, como se advierte con los restos de vértebras, espinas y otolitos de corvinas y de toyo.

UTENSILIOS DE PESCA Y CAZA HALLADOS EN CONCHAL N° 3 DE BAHÍA MALDONADO

Lámina 13



Superficial



Estructura N° 5
nivel 60-75 cm.



Estructura N° 8
Nivel 45-60 cm.



Pozo N° 12
Anzuelo de hueso
nivel 0-10 cm.



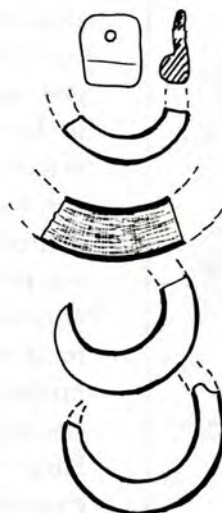
Pozo N° 12
nivel 20-30



Estructura 10
nivel 15-30 cm.



Unidad I - B
Estructura N° 5
nivel 45-60



Estructura 5
nivel 60-75 cm.



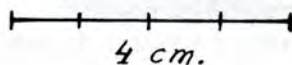
Estructura 10
nivel 30-40 cm.



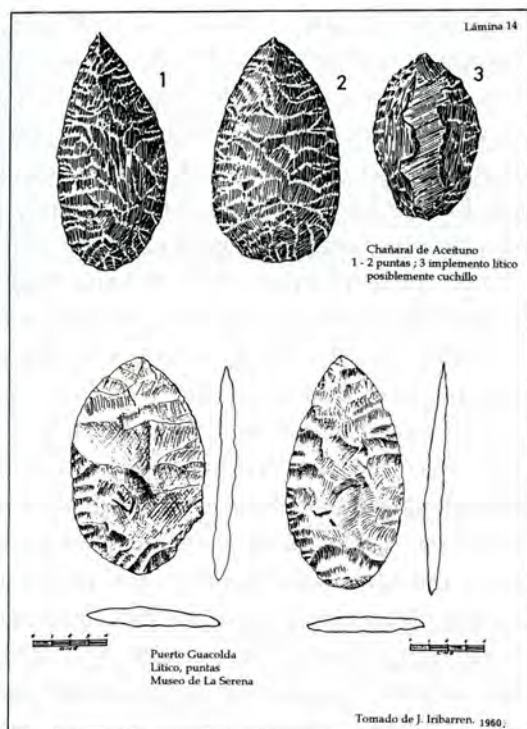
Entre Estructuras 5 y 6
Cuadrícula I
nivel 45-60 cm.



Estructura 10
nivel 45-60 cm.

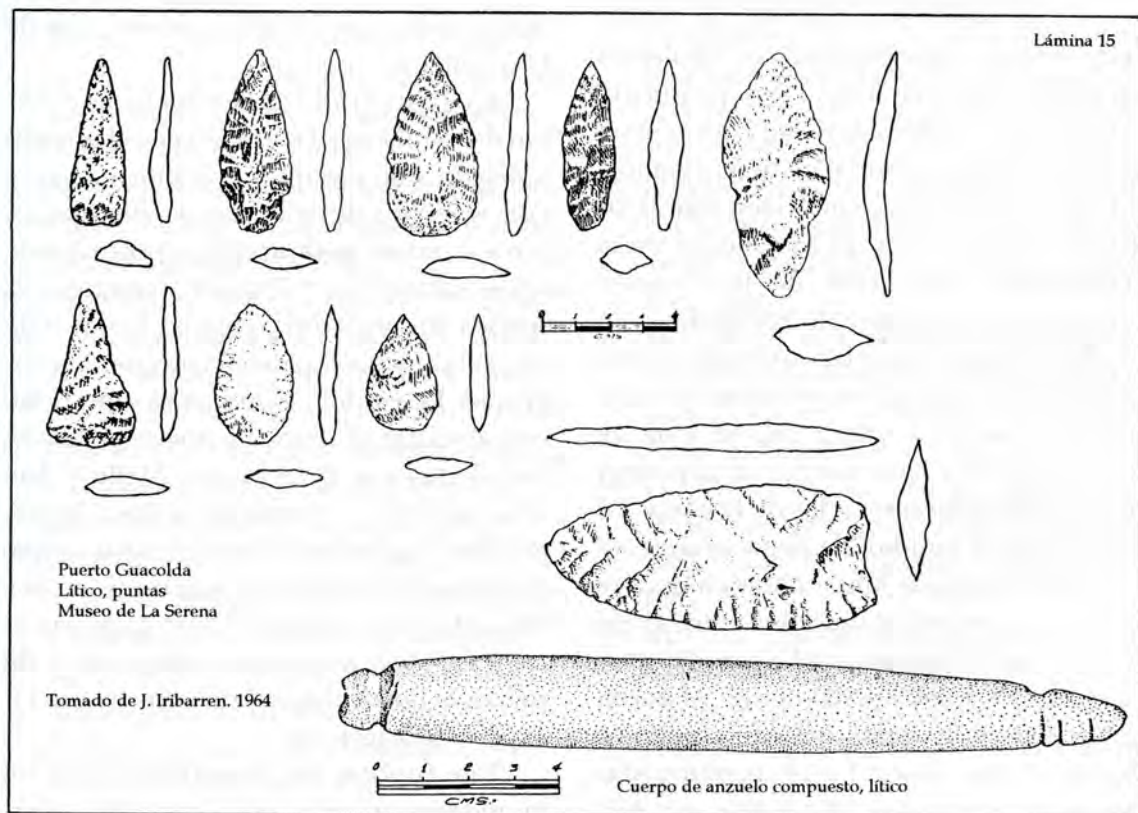


D.O. Bruna.



El conchal 1 corresponde a un extenso conchal sobre dunas, con algunas estructuras semicirculares de piedras de 30 cm x 40 cm. En los primeros 10 cm de profundidad se encuentran anzuelos de cobre, trozos de cerámica monócroma, espátula de hueso, parte de un tembetá, arpón de hueso y una cantidad extraordinaria de grandes valvas de choro zapato y de ostión, con disminución de almejas, locos, apretadores y erizos.

Entre los 20 a 45 cm aparecen puntas de proyectil triangulares de base escotada, bastantes anzuelos de concha de vástago largo, arpón compuesto, de hueso. Entre los 50 y 130 cm aparecen grandes fogones, puntas y raspadores líticos, y anzuelos de concha del tipo pequeño o uñeta. Podemos inferir diciendo que en este conchal se advierten claramente tres eventos ocupacionales: los hombres portadores del anzuelo



de concha circular, los portadores del anzuelo de concha de vástago largo y los portadores del anzuelo de cobre y cerámica. Este último evento cerámico demuestra el contacto y ocupación de un mismo espacio, quizás por ser hasta hoy en día una zona riquísima en peces y moluscos.

El arcaico al interior de la Región de Atacama

Poco se sabe de los grupos humanos que se desplazan por el interior del territorio atacameño, entre los salares y lagunas más australes de la Puna de Atacama y vegas de las cuencas altas de los ríos Copiapó y Huasco. Tampoco sabemos qué papel jugaron en el arcaico y de su posible vinculación con las poblaciones costeras como sucedió en la zona de Coquimbo (San Pedro Viejo de Pichasca). Pareciera ser que estos grupos en la región de Atacama no tienen relación con los grupos costeros, siguiendo un crecimiento más lento e independiente y de carácter conservador, dado que en esta gran extensión territorial no tienen competidores ni relaciones culturales con otros grupos, aunque aún no sabemos si están relacionados con gente de la vertiente oriental de la cordillera de Los Andes.

Por el poco material colectado en superficie y exhumado en sólo dos sitios del interior, podemos inferir que se trata de una cultura con patrones de subsistencia y tecnológico diferentes a los de la costa. En 1995 gracias a estudios de impacto ambiental de la Compañía Minera Maricunga, conocimos nueve sitios ubicados entre el río Astaburuaga y la laguna del Negro Francisco, entre los 3.600 y 4.500 m s.m. Al borde de las lagunas y vegas, se sitúan conjuntos de estructuras (desde 1 a 18) conformadas por recintos pircados, en técnica seca (sin

argamasa) y que sirvieron de refugios o campamentos semiestacionales en años secos, con una actividad de caza de guanacos, vicuñas o aves de la cordillera. A la fecha se han trabajado los sitios 3, 4 (parcialmente) y 6. El sitio 3 corresponde a un conjunto de seis recintos situados entre el borde de las vegas y el cerro en el curso del río Astaburuaga. El sitio 4 corresponde a un pequeño campamento de 18 estructuras situadas en una pequeña quebrada que drena a la laguna del Negro Francisco, por el sector E. Son recintos circulares y rectangulares contruidos en la misma técnica de pirca seca. El recinto 6 corresponde a un solo gran recinto de paredes altas, ubicado en el portezuelo que da acceso desde la laguna del Negro Francisco a la mina Maricunga. Se trata de un mirador o puesto de atalaya desde donde se domina el paisaje tanto hacia la laguna como a la quebrada con extensas vegas que hasta hoy en día alberga a buena cantidad de guanacos, vicuñas, zorros y aves de la cordillera.

En los tres sitios mencionados se detectan dos momentos ocupacionales: el primero asociado a un evento precerámico arcaico, con desechos de talla, lascas, microlascas, otros y puntas pedunculadas pequeñas de sílice, calcedonia y obsidiana; abundantes huesos de camélidos y pájaros, lo que indicaría el carácter cazador-recolector de estos grupos. El segundo evento, más superficial, está asociado al arribo de nuevas poblaciones portadoras de cerámica Molle y Ánimas, espátula y cuentas de hueso de ave, grandes fogones, semillas de chañar y zapallo, manos de moler y numerosas lascas y otros desechos líticos; lo que indicaría el carácter de cazadores-recolectores y de prácticas hortícolas, quizás las primeras en experiencia agrícola⁶.

Este proceso del desarrollo de las comunidades arcaicas, duró casi 9.000 años,

terminando en el inicio de la era cristiana, 2.000 años antes del presente. Esperamos a futuro seguir trabajando nuevos sitios con contextos definidos y bien estudiados, para comprender mejor el sentido real de este período tan importante de la prehistoria atacameña, tanto en el interior como en la costa.

Por otra parte, en el valle superior del

Manflas, se encontró una aldea de 18 cimientos circulares a elípticos en la confluencia al río principal de la quebrada la Paradita, que le cae por su flanco derecho. No se encontró otro material que no sea una punta triangular de base cóncava, muy fuerte. Se piensa que corresponde a un campamento base de cazadores (H. Niemeyer, com. pers.).

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO

1. BAILEY, G. *Concepts of resource exploitation: continuity and discontinuity in paleoeconomy*. World Archaeology 13, 1981.
2. BINFORD, L. *Willow smoke and dog's tails: hunter-gatherer settlement*. American Antiquity 45(1), 1980.
3. BIRD, J. The cultural sequence in North Chilean Coast. Washington, Handbook of South American Indians. Smithsonian Institutions, Vol. II. USA, 1946.
4. BORGEL, R. *Geomorfología*. En Geografía de Chile, Tomo II. Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile, 1983.
5. CERVELLINO, M.; KUZMANIC, I. *Excavaciones arqueológicas en los conchales 1 y 3 de Bahía Maldonado*. Costa Región de Atacama. Ms. 1979-81-85.
6. CERVELLINO, M. *Estudio de Impacto ambiental del emplazamiento de la mina Refugio, de la Compañía Minera Maricunga*, Ms., 1995.
7. CERVELLINO, M. *Breve análisis del desarrollo cultural prehispánico de la costa de la Región de Atacama, a la luz de viejas y nuevas evidencias. I Parte*. En Boletín N° 19 del Museo Arqueológico de La Serena, 1996.
8. CORNELLY, F. *Un cementerio indígena en Bahía Salada*. En Boletín del Museo Nacional. Tomo XV. Santiago de Chile, 1936.
9. INFORMES. Informes a FONDECYT, Proyecto N° 1950036. 1995-96.
10. IRIBARREN, J. *Yacimientos de la cultura del anzuelo de concha en el litoral de Coquimbo y Atacama*. Publicaciones del Museo Arqueológico de La Serena. Boletín N° 11, 1960.
11. IRIBARREN, J. *La Cultura de Huentelauquén y sus correlaciones*. Contribución Arqueológica N.1. Museo Arqueológico de La Serena, 1961.
12. IRIBARREN, J. *La cultura del anzuelo de concha*. En Mesa Redonda de Ciencias Prehistóricas y Antropología. Tomo II. Lima, Perú, 1964.
13. KUZMANIC, I.; CASTILLO, G. *Estadio arcaico en la costa del norte semiárido de Chile*. En Revista Chungará, N°s 16-17. Universidad de Tarapacá, Arica. 1986.
14. LLAGOSTERA, A. *Caza y pesca marítima (9.000 a 1.000 a.C.)*. En libro Culturas de Chile. Cap. IV. Editorial Andrés Bello, 1989.
15. NÚÑEZ, L. *Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa, en el norte de Chile*. En Boletín de la Universidad de Chile. Apartado 112. Edit. Universitaria. 1971.
16. TOLEDO, X.; ZAPATER, E. *Geografía Gene-*

- ral y Regional de Chile. Edit. Universitaria. 1991.
17. WEISNER, R. *El poblamiento temprano en el semiárido de Chile. El Paleoindio y el Arcaico (un proyecto de síntesis cronológico cultural)*. Tesis de grado. Universidad de Chile. Santiago. 1986.
18. SANHUEZA, J. *Antecedentes para el estudio de un sitio con posible data arcaica en la costa sur de Iquique: Chucumata I (I Región de Chile)*. En *Revista Chungará*, N°s 16-17. Universidad de Tarapacá, Arica. 1986.
19. SILVA, J.; BAHAMONDE, D. *Investigaciones arqueológicas en Taltal*. Informe preliminar. En *Revista Rehue*, N° 2. Universidad de Concepción. 1969.
20. SCHIAPPACASSE, V.; NIEMEYER, H. *El arcaico en el semiárido de Chile: un comentario*. En *Revista Chungará*, N°s 16-17. Universidad de Tarapacá, Arica. 1986.

Capítulo IV

EL PERÍODO TEMPRANO DEL HORIZONTE AGROALFARERO EN COPIAPÓ*

GENERALIDADES

A un prolongado Período Arcaico de varios miles de años, poco conocido y escasamente manifestado en los valles de la cuenca del Copiapó y más evidente en la costa atacameña —según se ha visto— sigue en el devenir histórico-cultural el Período Temprano del Horizonte Agroalfarero. En el Copiapó así como en todo el norte semiárido se identifica con el desarrollo del Complejo Cultural El Molle. Ocupa éste una vasta extensión del territorio del Norte Chico desde la cuenca del río Salado en su extremo norte hasta la del Choapa por el sur, y de mar a cordillera. Incluso en algunos sectores cordilleranos El Molle trasciende el cordón andino y se manifiesta en cierto modo en su falda oriental como en el cementerio Guillermo en la cordillera de San Juan, Argentina y en otros puntos allende el Copiapó y el Huasco.

En el extremo sur de su dispesión (*Figura 1*) el Choapa es un área de transición y un vínculo con el desarrollo Temprano de la zona Central de Chile. Su estudio sistemático recién está siendo abordado. En colecciones privadas existen muchas piezas cerámicas que recuerdan las formas y tratamiento de la tradición cultural Bato, cuyo clímax se emplaza entre Papudo y San Antonio por la costa.

En el límite norte, en El Salado las evidencias son más indeterminadas y sin duda la vigencia del pleno desierto nortino es en ello decisivo. Cabe recordar que entre Peine, al sur del Salar de Atacama, y el Salado se extiende por 500 km o más el llamado Despoblado de Atacama, de una extraordinaria aridez y desolación.

Si se observa el mapa de la dispersión del Complejo El Molle, se advierte que la mayor proliferación de sitios Molle se encuentran a lo largo de los valles, pero también puede observarse que el interfluvio Huasco-Elqui es rico en yacimientos, sobre todo en relación con los tributarios de dos cuencas preandinas, la del río los Choros y la de Chañaral de Aceitunas, un área hoy cuasi desértica.

El Complejo El Molle comprende así buena parte de las regiones de Atacama y de Coquimbo.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL MOLLE

En artículos anteriores hemos hecho referencias a la historia de la investigación del Complejo El Molle^{1, 2}.

Sabido es que don Francisco Cornely³ en 1938 excavó unos cementerios en las inmediaciones de la estación ferroviaria El

*Autor del capítulo: Hans Niemeyer F.

Molle, en la margen derecha del río Elqui, a unos 40 km al interior de La Serena. Estos dieron una gran sorpresa. Resultó una experiencia nueva tanto por la forma de las sepulturas como por su contenido. La cerámica era monocroma, sin asas, con formas y decoraciones muy distintas a las clásicas policromadas de la Cultura Diaguita que él tan bien conocía*, y las ofrendas y ajuares comprendían piezas desconocidas. Se trataba pues, de una cultura diferente que de acuerdo al criterio de sitio tipo denominó Cultura El Molle, nombre que felizmente conserva y es conocido universalmente.

En 1954 se trasladó de Hurtado a La Serena, Jorge Iribarren Charlín e ingresó como secretario del Museo dirigido a la sazón por F. Cornely. Fue por esos años que Iribarren realizó excavaciones de rescate y recuperación de los materiales exhumados en los cementerios de La Turquía. Estaban éstos situados al pie del Cº Gigante en frente del pueblo de Hurtado, en la ribera izquierda del río. Otras personas ya habían intervenido los cementarios, pero Iribarren logró rescatar la información y los materiales arqueológicos, los que vinieron a incrementar considerablemente las colecciones del Museo. Tanto la cerámica como el uso del tembetá y de metales trabajados al martilleo sindicaban a los descubrimientos de La Turquía como pertenecientes a la Cultura El Molle, aunque la cerámica ofrecía algunas novedades respecto a la del sitio epónimo.

Descubrimiento muy importante de Cornely de los primeros tiempos fue la fortaleza o pucara en la misma zona del pue-

blo del Molle, único ejemplo de esta naturaleza que conviene realzar aquí (*Figura 2*).

Se levanta como un prisma gigantesco, producto de la erosión diferencial, adosado a los cerros del lado sur del valle de Elqui, a 400 m sobre el río entre El Molle y El Almendral. El difícil acceso a tanta altura, determinó que pasaran muchos años prácticamente olvidado este rasgo de tanta importancia, a tal punto que algunos dudaban de su existencia, hasta que en época reciente (1989) Gastón Castillo Gómez, lo redescubrió y lo excavó, demostrando sin duda alguna que los que usaron tan curioso lugar eran portadores de la Cultura El Molle. Dicho prisma posee una base superior sub-circular plana, de 1.670 m² y sólo un estrecho pedúnculo la une al cerro madre. En el ruedo de este sector adyacente al acceso se disponen pircas defensivas de doble hilera y dos o tres hiladas, hoy muy destruidas. Conjuntamente con abundante fragmentación cerámica, Castillo encontró numerosas piedras huevillo del tamaño algo menor de un puño llevadas sin duda como proyectiles de honda hasta este refugio estratégico de cumbre.

El mayor conocimiento del Complejo El Molle proviene de cementerios. A causa de la señalización exterior que por lo general presentan las tumbas, muy pocas han sido excavadas por personal idóneo y la mayoría ha sido víctima del saqueo de buscadores de tesoros o por cuenta de coleccionistas, perdiéndose así la información científica. En los últimos lustros sin embargo, y después de muchos años sin avances dos esfuerzos se han desarrollado a través de canales responsables. Por una parte, el Museo Arqueológico de La Serena ha seguido una doble estrategia en pos sobre todo de los sitios de habitación en Elqui. Ha estudiado pequeños sitios relacionados con las áreas de cementerios conocidos de El

*En 1962 la Municipalidad de La Serena publicó un magnífico álbum sobre la cerámica diaguita con todos los dibujos de Cornely, obra hasta hoy no superada.

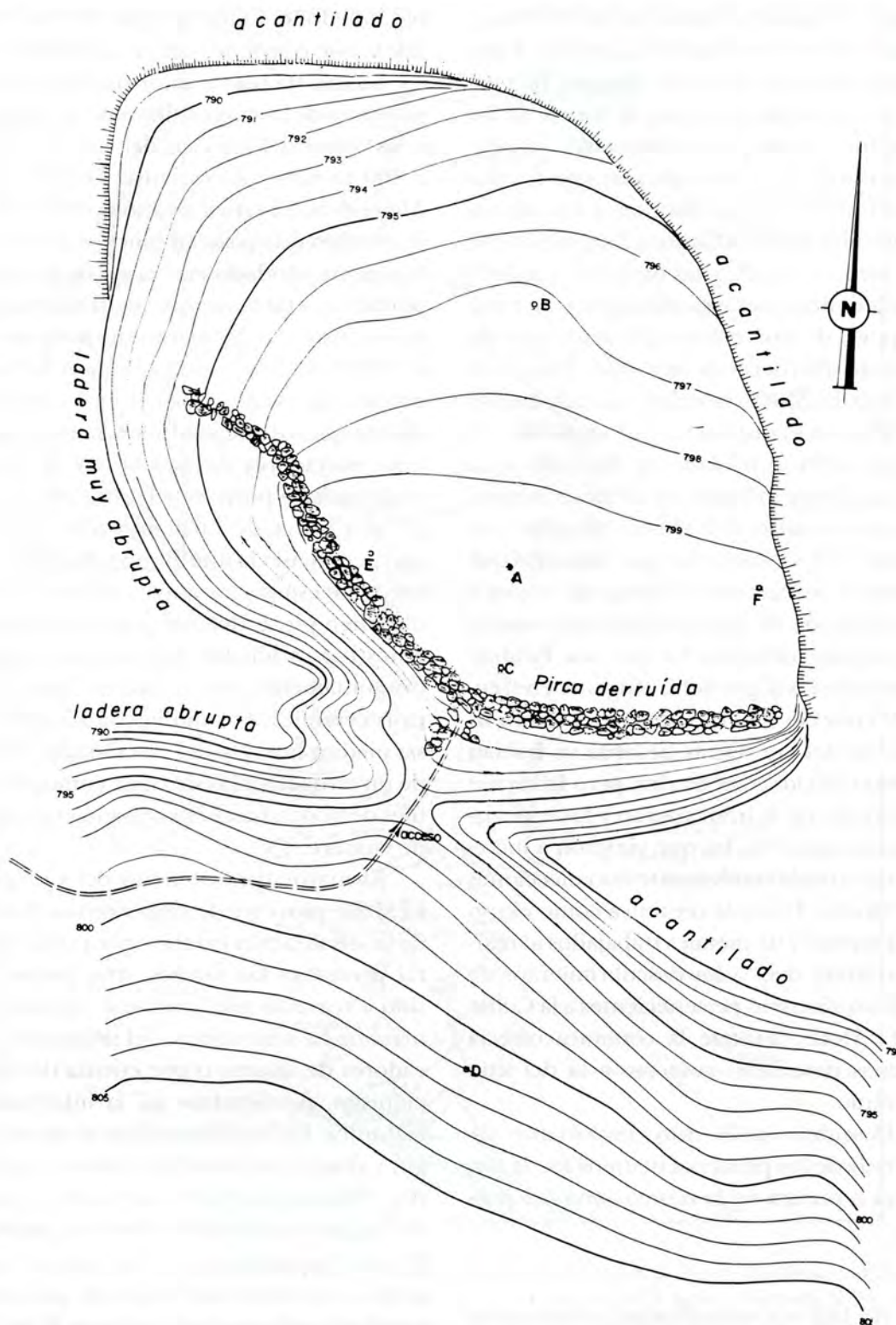


Figura 2. Reducto de cumbre del Complejo El Molle (Fortaleza), situado en el flanco sur del Valle de Elqui, a 400 m sobre el río, entre los pueblos de El Molle y Almendral.

Molle; una batería de hornos o fogones en la ex hacienda Saturno, del Elqui y excavado La Fortaleza. La segunda acción se ha centrado en el conocimiento del interfluvio Huasco-Elqui, en las cabeceras de las cuencas preandinas de la quebrada Chañaral de Aceitunas y del río Los Choros. Esta zona de interfluvio donde combinan llanos (como el de Cachiyuyo), quebradas y estratificaciones montañosas semidesérticas fue intensamente explorada en los primeros años de la década del '70 por Jorge Iribarren Ch. y auxiliares del Museo bajo el marco de un proyecto "Cachiyuyo" en que participaba la Universidad de La Serena. Favorecía estas excursiones de exploración y colecta el hecho de que en Cachiyuyo residía un empleado ferroviario, aficionado a la Arqueología don Washington Cuadra que actuaba de permanente informante y colaborador de Iribarren. Se juntaron así en bodegas del museo cientos de bolsas de materiales de los distintos sitios colectados en esa área. A él pertenece el Cerro La Silla, con un rico campo de petroglifos de más de seiscientos bloques portadores, atribuibles al Molle.

Después de la muerte de Iribarren*, G. Castillo e Ivo Kuzmanic, arqueólogos ambos del Museo de La Serena, tomaron la iniciativa en 1979 de "excavar" en las bodegas y estudiar los materiales que permanecían en bolsas cerradas desde que se hiciera el reconocimiento. Se auxiliaron de testigos presenciales, de los cuadernos de campo de Iribarren y de los libros de inventario del Museo. Este paciente trabajo de análisis lo dedicaron como homenaje póstumo a Jorge Iribarren Ch. No sólo dieron todos los detalles de los materiales mismos sino la descripción del entorno de los sitios y muchas veces acompañaron fotografías de los

contextos. Lograron así una información completa sobre treinta y tres sitios, de los cuales unos treinta corresponden a la zona de interfluvio antes delimitada⁴.

El otro gran impulso que recibieron los estudios del Complejo El Molle se produjo a partir del descubrimiento de las aldeas Molle en el interior de la cuenca del Copiapó en la región de Atacama.

Rasgos culturales comunes del Complejo El Molle

Hay rasgos comunes inequívocos, propios de la ergología del complejo cultural El Molle, que forman un sustrato común, el común denominador de todas las manifestaciones culturales, aunque haya otras diferenciales.

ERGOLOGÍA

El tembetá, bezote o botoque (Figura 3)

El adorno labial conocido con el nombre de tembetá o botoque constituye uno de los elementos más generalizados y recurrentes del Complejo El Molle. Se le encuentra en todos los cementerios de la Cultura. En el área de dispersión del Complejo el tembetá es siempre de piedra finamente pulida y de calidad marmórea o silícea, aunque a veces han recurrido al yeso u otra piedra (V. gr., Carrizalillo Chico). El uso del tembetá rebasa el área de dispersión aceptada para el Complejo El Molle y se lo encuentra en Chile en otras culturas, desde el Salar de Atacama a la Zona Central (En las tradiciones Bato y Llolleo, de cerámica y en Argentina en las manifestaciones agroalfareras tempranas de las provincias trasandinas, La Rioja y Catamarca. Los tipos más frecuentes

*Acaecida en enero de 1977.

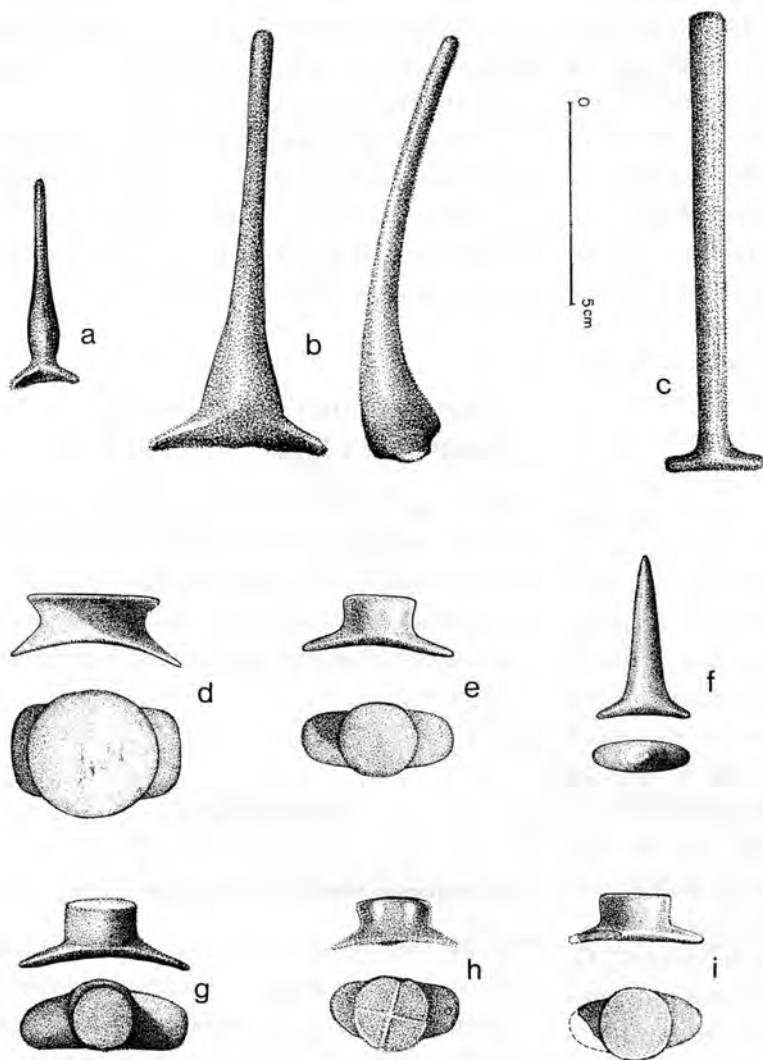


Figura 3. Tembetás del Complejo El Molle. a. Tipo botellita, del Túmulo 2 de Quebrada de Pinte. b. Tipo botellita curvo, del Túmulo 1 de Ipipe. c. Tipo cilíndrico, de Punta Teatinos, cementerio 2 (el más largo conocido). d, e, g, h, e, i. Tipos discoidal con alas (o de botón) de diversas procedencias. f. Cónico de yeso, del Túmulo 34 de Cabra Atada. g. Del Túmulo R15 de Cabra Atada. h. Del Túmulo 14 de El Torín, enterratorio 3. i. Túmulo 28 del Barreal Ancho de Cabra Atada.

están ilustrados en *Figura 3* y se definen a través de las ilustraciones).

En yacimientos de culturas posteriores al Molle, se han encontrado tembetás, pero como adorno o muchas veces empleados como amuletos (V. gr., en el pucara de Quebrada Seca, del Complejo Ánimas) con un agujero para ser colgado, ajenos a su trascendente significado original).

El examen bioantropológico practicado por Silvia Quededo⁴ (1982) en los 37 restos óseos humanos de El Torín y la confrontación con la existencia de tembetá,

permitió llegar a la conclusión que los cráneos pertenecientes a varones adultos eran los que llevaban tembetá in situ y los femeninos definitivamente no lo llevaban. Sería deseable que esta aseveración tuviera una mayor confirmación y se pudiera establecer a firme que en el Complejo El Molle el adorno labial era privativo del sexo masculino.

Cachimba o pipa (*Figura 4*)

Este rasgo también es común en el área de difusión del Complejo El Molle. De diferen-

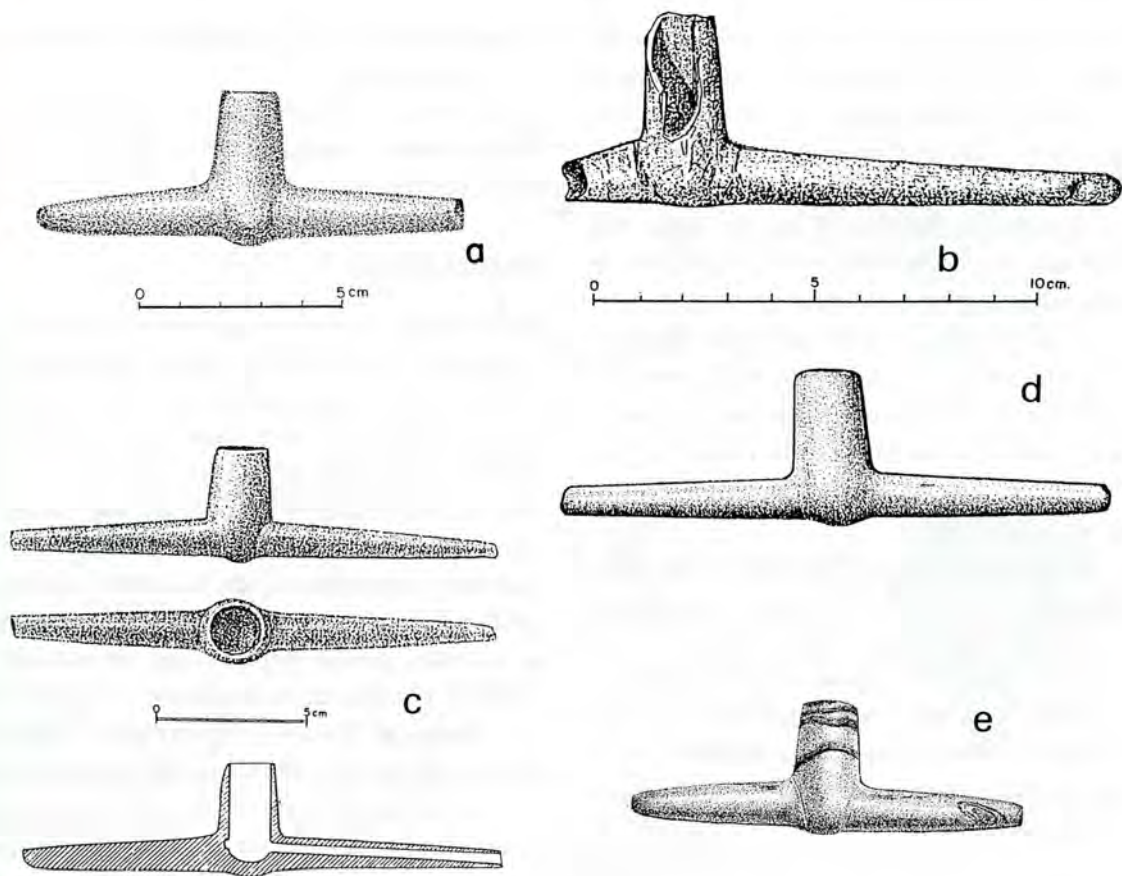


Figura 4. *Pipas del Complejo El Molle.* a. Encontrada en Iglesia Colorada en una cárcava de erosión. b. Encontrada fracturada en la sepultura tumular 36 de Carrizalillo Chico. c. Del Túmulo único de Quebrada Seca. Muestra un corte de la pipa con su estructura interna. d. De un túmulo del cementerio de Quebrada de Pinte. e. De Punta Teatinos. Esqueleto 64.

tes tamaños, tienen un diseño uniforme en los distintos yacimientos, desde Copiapó al Elqui. En la cuenca del Limarí aparentemente no se encontró la pipa.

La pipa T, es una pieza fabricada por lo general en saponita, o piedra talcosa, o sea, una roca blanda que podría identificarse con la combarbalita; pero no siempre es así, ya que en algunas ocasiones se empleó una roca brechosa u otra silicificada más dura. Con diferentes tamaños, conserva siempre la misma fisonomía de una T invertida, con un hornillo central cilíndrico y dos ramas o brazos en línea, parecidos en longitud: uno inhalante o proximal conectado inte-

riormente con el hornillo y otro opuesto, distal y ciego, útil para sujetar la pipa mientras se fuma. Aunque se le ha descrito siempre como "Pipa tipo T invertida", los autores G. Castillo e Ivo Kuzmanic han preferido una nominación más completa: "Pipa angular simétrica de brazo doble recto".

Las más frecuentes miden 20 a 25 cm de largo y el hornillo tiene unos 3 a 5 cm de altura. Pero hay también pipas más chicas que podrían definirse como miniaturas.

En la cuenca del Copiapó la pipa es más bien escasa y en algunas ocasiones sólo la encontramos fraccionada como ofrenda

mortuoria. También en el cementerio de Ipipe, en el río El Carmen, se encontró una pipa fragmentada. Esto demuestra que era un objeto muypreciado, que aunque estuviera roto, se usaba como ofrenda funeraria. En los túmulos de Ojos de Agua del Montosa y en Quebrada Seca también se encontraron pipas enteras.

En el Huasco —cementérios de Quebrada El Durazno y de Quebrada de Pinte— las pipas fueron de alta recurrencia en las tumbas. Lo mismo en el valle de Elquí. No así en los cementérios de La Turquía donde no se encontraron.

Respecto a qué se fumaba en estas pipas, nunca se ha podido saber con exactitud. Posiblemente el tabaco cimarrón (*Nicotiana monticola*) frecuente en la cordillera, en altura de 2.800 a 3.200 m s.m., haya sido una de las sustancias que se fumaba, pero muy posiblemente existan otros alucinógenos empleados.

Minerales

Con cierta frecuencia se han encontrado en las sepulturas Molle panes de tierras de color rojo o amarillo aglutinadas con sustancias untuosas al tacto; el óxido férrico es el más frecuente. En una tumba de la quebrada de Viña del Cerro encontramos uno de estos panes remanentes del saqueo de un túmulo, tal vez el más grande y mejor moldeado que hemos hallado de óxido férrico. También se encuentra una pequeña piedra laja o un pote de greda también pequeño con ofrenda de tierra de ambos colores, rojo y amarillo, como un rito a la inocencia de los párvulos.

A menudo se encuentran minerales de cobre convertidos en pendientes; en placa pectoral cosida a la supuesta vestimenta; cuentas de collares discoidales o tubulares. Para ello se usaban la crisocola como mine-

ral más recurrente; la malaquita y la turquesa, entre otros.

El yeso o el alabastro, se empleó para confeccionar tambetás. Es una práctica poco frecuente.

Metales (Figura 5)

Hasta ahora no se ha comprobado con certitud que los portadores del Complejo El Molle hayan desarrollado procesos metalúrgicos propiamente. Más bien el cobre nativo se ha usado profusamente en la confección de distintos objetos de uso personal, especialmente de adorno, tratado por martilleo o laminado. Así, se confeccionan: anillos, brazaletes o pulseras, agujas, placas pectorales, pinzas depilatorias, de tamaño normal y miniatura; pendientes y collares en forma de placas rectangulares elongadas, winchas o cintillos. Las placas pectorales son de variada forma: cuadrangulares; circulares, y de ave en vuelo⁶. Aparentemente van cosidas a la vestimenta.

Hueso

Ciertamente las piezas de hueso Molle no son muy abundantes. Se encuentran topus o prendedores de las vestimentas; punzones, retocadores y por excepción, cucharas o espátulas simples. (Figura 6).

Concha

Las conchas de moluscos traídas a veces de considerable distancia desde el mar, han sido empleadas como cucharas, en especial las de choro, de almeja y de ostión. Se usan como continentes de tierras de colores, sobre todo las de loco y almeja. A veces la concha se perfora con un agujero para ser usada como pendiente. Pero lo más extraordinario son las miles de cuentas calcáreas discoidales de aproximadamente 1

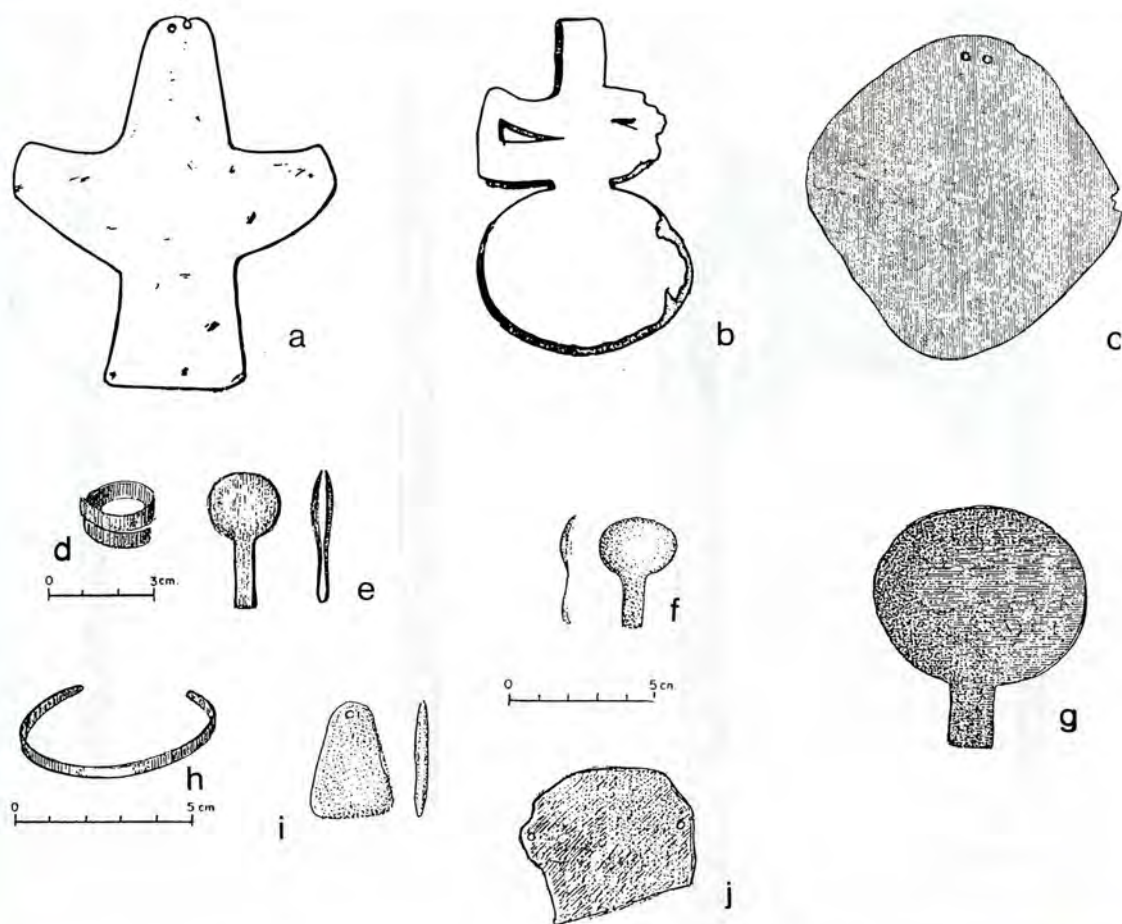


Figura 5. *Piezas de cobre martillado del Complejo El Molle.* a. Lámina pectoral en forma de paloma en vuelo. Túmulo 2 de Quebrada de Pinte. b. Pinza depilatoria del Túmulo 2 de Quebrada El Durazno. c. Placa pectoral del Túmulo 2 de Quebrada de Ipipe. d. Anillo espiralado de Carrizalillo Chico. e. Pinza miniatura de Carrizalillo Chico. f. Pinza depilatoria del Túmulo 13 de El Torín. g. Pinza depilatoria del Túmulo 1 de Cabra Atada. h. Brazaletes de la Estructura 34 de Carrizalillo Chico. i. Pendiente de crisocola del Túmulo 13 de El Torín. j. Placa pectoral cosida a la vestimenta en el Túmulo 2 de Ipipe, de crisocola.

mm de espesor y 3 a 5 mm de diámetro que integran los collares. Esta industria viene desde el arcaico costero, como algunas otras tradiciones.

Elementos de molienda

Las piedras molino transportables son poco frecuentes en el Complejo El Molle de las cuencas más sureñas —Elqui, Limarí, Choapa— y más profusas en el Copiapó. En el Limarí y en Elqui se ponen en boga las

piedras tacitas o morteros en roca a orillas de los esteros, con excavaciones cupuliformes o en forma de batea o elípticas. Vienen del arcaico.

Las manos son elípticas o circulares y plano convexas o biplanas.

Textilería

El clima del territorio semiárido, con precipitaciones que van en aumento desde Copiapó al sur, no permitió la conservación de

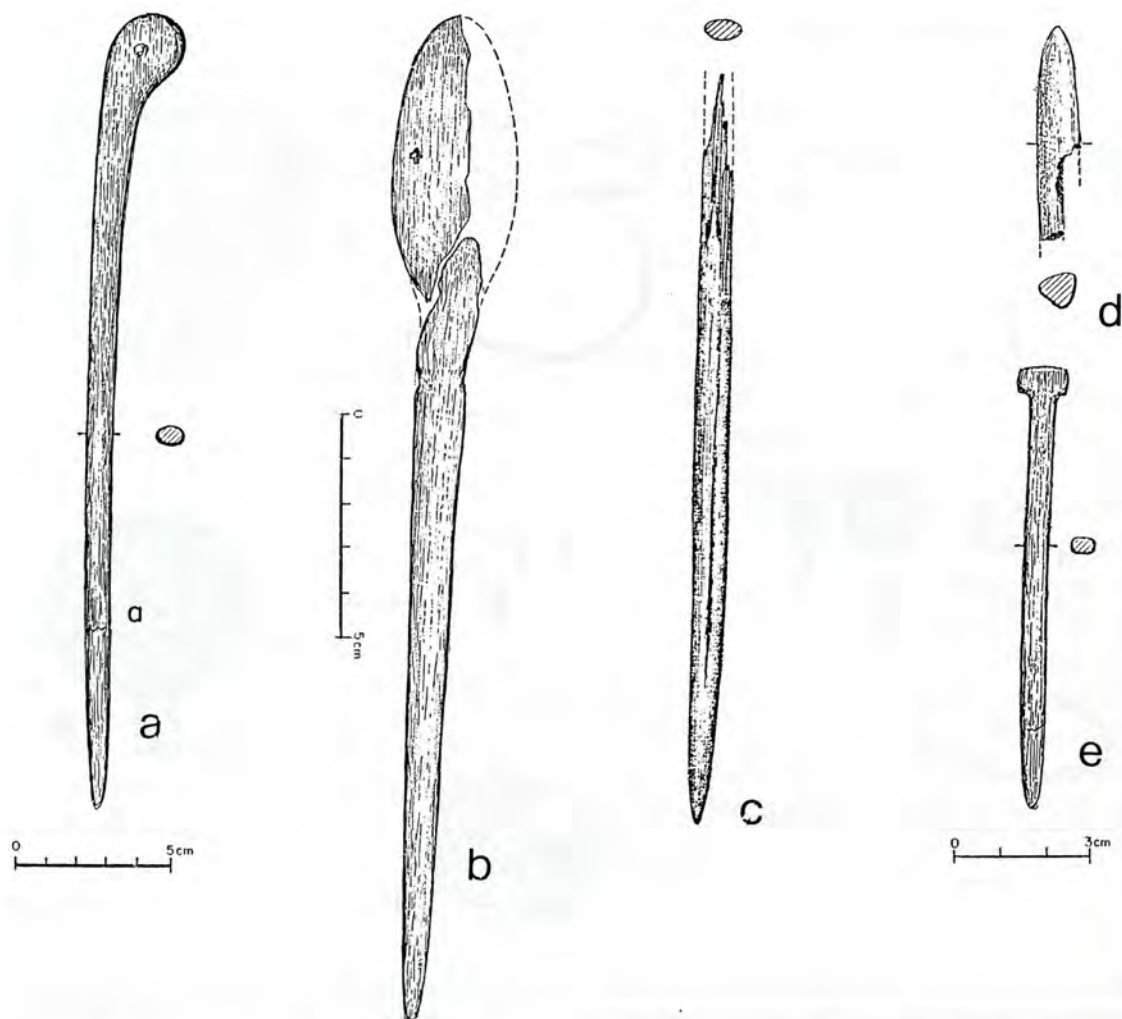


Figura 6. Material óseo elaborado del Complejo El Molle. a. Prendedor o topu procedente del Túmulo 2 de El Durazno. b. Espátula de ofrenda del Esqueleto 1 del Túmulo 47 de El Torín. c. Punzón de Cabra Atada. d. Extremo distal de retocador de Carrizalillo Chico. e. Topu extraído del tórax del esqueleto único de la Estructura funeraria 43 de Carrizalillo Chico.

materiales textiles en los sitios ocupados por el Complejo El Molle, salvo escasísimos vestigios. Los cuerpos en las tumbas aparecen desnudos, aunque se presentan excepciones con un resto de esteras de fibras vegetales en que estaban envueltos.

Uso de la honda

El uso de la honda es sólo una inferencia derivada del hallazgo en la aldea de Carri-

zalillo Chico y en el Pucara del Molle en Elqui, entre otros sitios, de piedras esferoidales del tamaño de un puño usadas casi con certeza de proyectiles de honda.

La cerámica

Este rubro constituye uno de los mejores indicadores diagnósticos del Complejo del Molle. En él, la cerámica es muy variada en formas y tratamientos de la superficie y tam-

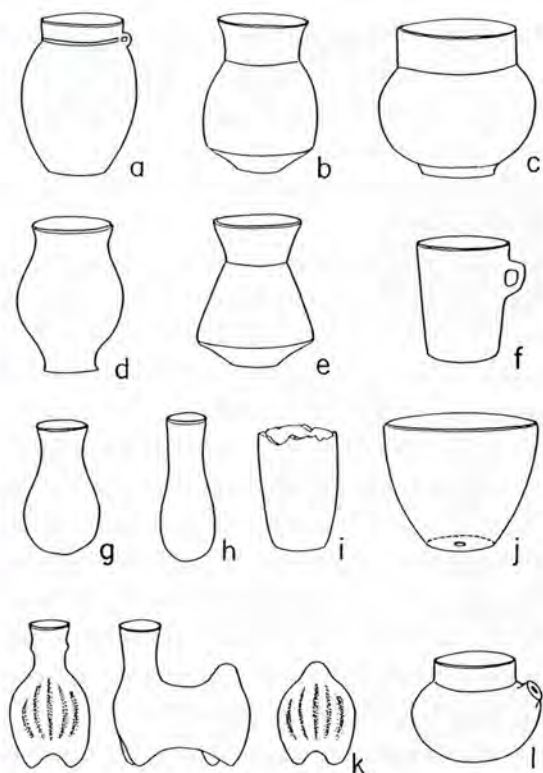


Figura 7. Cerámica del Complejo de El Molle del valle de Elqui. Proceden de los cementerios de la localidad El Molle trabajados por F. Cornely en 1938 (Tomado de Cornely, 1956). Diversas formas.

bién varían estos parámetros de un valle a otro. La pasta es de granulometría muy uniforme, de textura fina y bien conocida, con antiplástico fino y bien distribuido, siendo fácil de reconocer.

Para describir las múltiples formas de la cerámica Molle, resulta más favorable recurrir a la ilustración de los perfiles, donde se pueden advertir formas simples (cilíndricas o inflectadas); formas compuestas o formas complejas. Esta última, llamada trizonal es bastante frecuente. Forma extraordinaria es aquella que se ha interpretado como la estilización de una llama encontrada en el cementerio seis del sector de El Molle, en el valle de Elqui (Figura 7).

Otra pieza casi idéntica en formas, pero con decoración corporal blanco y negro



Figura 8. Cerámica en forma de una llama estilizada, con decoración corporal blanco y negro sobre el color de fondo marrón oscuro. Se la conserva en el Museo Arqueológico de La Serena, sin procedencia probada; se sospecha, sin embargo, que provenga del saqueo de uno de los cementerios de la localidad de El Molle. Se le atribuye decoración en técnica de pintura negativa. (Reproducida de una diapositiva).

sobre el marrón oscuro de fondo se encuentra en el Museo Arqueológico de La Serena, sin procedencia probada; se sospecha que provenga del saqueo de uno de los cementerios del pueblo de El Molle (Figura 8).

El tratamiento de superficie de los ceramios es el que ha servido más que nada para formular los tipos de la cerámica Molle. Son:

1. Café alisado o corriente
2. Gris alisado
3. Negro pulido
4. Negro pulido inciso
5. Rojo pulido
6. Rojo pulido inciso
7. Café pulido
8. Café pulido inciso
9. Bicolor negro y rojo pulido
10. Bicolor rojo sobre crema o bicolor rojo sobre blanco.

En general se trata de una cerámica mayoritariamente monocroma aunque unos pocos ceramios del Limarí sean bicolor rojo sobre crema o rojo sobre blanco.

En la cerámica con decoración incisa, ésta es de carácter geométrica y se aplica por zonas. Casi siempre, en el tercio superior de la pieza, con compromiso del cuello; pero también los hay con incisiones en todo el ceramio globular (*Figura 9b*). Los motivos más usados emplean el paralelismo de lineaturas, muy juntas, horizontales u oblicuas y las incisiones llevan relleno de una pintura blanca. Mención especial merece la cerámica entregada por el cementerio La Turquía B, de Hurtado, con forma y decoración que escapan a la generalidad⁷. Se trata de los ceramios de perfil compuesto con una asa puente y un gollete, o de asa puente entre dos golletes, uno de los cuales lleva tapa regadera o cribada (tapa con agu-

jeros). Es de cuerpo bicónico, con decoración rojo sobre crema con un dibujo escalonado que recuerda el "juego de la cola" de una llama, una idea que aplicaba G. le Paige a algunos ceramios incisos de San Pedro de Atacama.

La cerámica Molle en general es sin asa. Sólo por excepción suelen presentar algunos vasos cilíndricos una asa rudimentaria adyacente al borde. También excepcionalmente presenta protúberos, como en los vasos de Alcohuz (río Claro del Elqui) (*Figura 10*).

Adelantamos que la cerámica Molle en las cuencas de la región de Atacama es café monocroma corriente de perfiles inflectados. En el valle de Copiapó priman formas de "floreros" de tamaños relativamente pequeños; vasos globulares apuntados ápodos y cuencos hemisféricos grandes.

En el Huasco se advierten las mismas tendencias aunque aquí el tipo negro co-

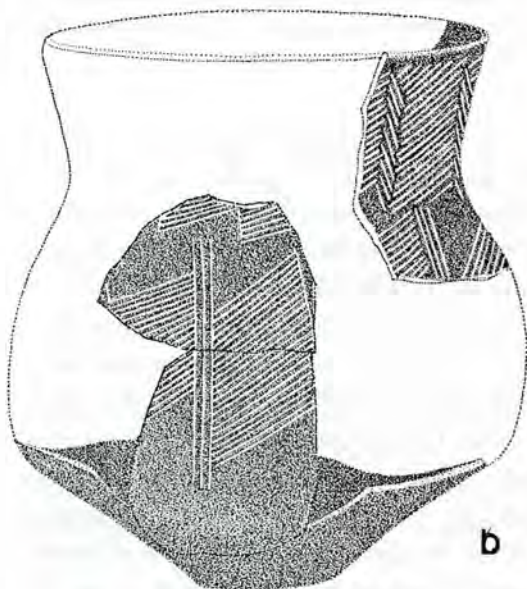
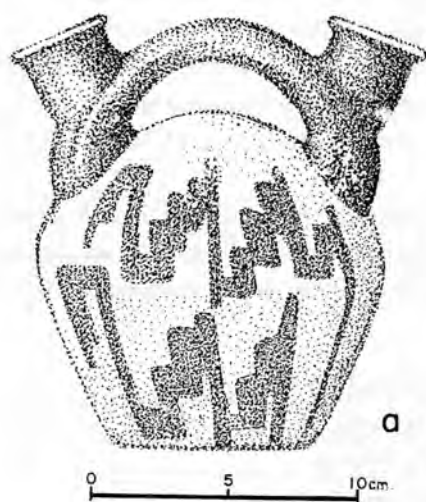


Figura 9. Dos ceramios notables del Complejo El Molle de la cuenca del Limarí. a. Procede de La Turquía B. De cuerpo bicónico, posee asa puente y dos golletes, uno con tapa regadera o cribada. Decoración rojo sobre crema con un dibujo escalonado que recuerda "el juego de la cola" de una llama. b. Procede de una sepultura aislada de la quebrada Arrayán, afluente del río Grande. Forma trizonal. Molle Negro Pulido Inciso, con todo el cuerpo decorado de incisiones en disposición geométrica de lineaturas paralelas rellenas de pintura blanca.

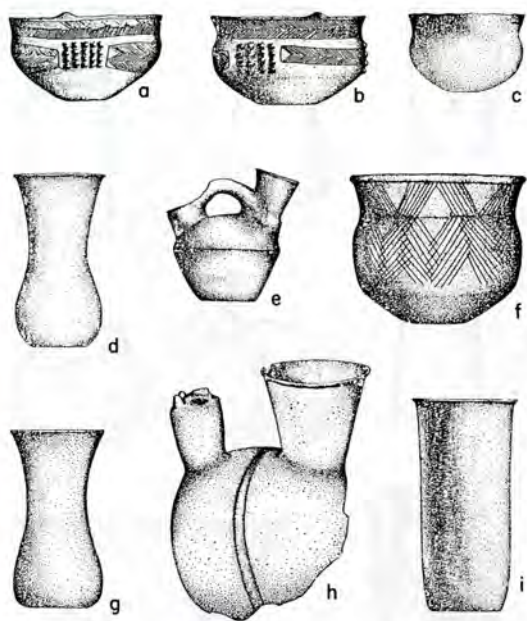


Figura 10. Cerámica del Complejo El Molle, de la cuenca del Elqui. Proceden de Alcohuaz, Cochihuaz y Caleta Arrayán (Adaptado de Iribarren, J. 1957). Tamaños diversos.

riente es más frecuente. Con todo, la cerámica en las tumbas es muy escasa, tanto en el Copiapó como en el Huasco.

En el interfluvio Huasco-Elqui, sobre todo en el área de Cachiuyo y en las nacientes del río Los Choros, la cerámica también es café corriente, pero aquí es más frecuente el refuerzo de la base con la que Iribarren llamaba “base en torus”. Esporádicamente se encuentra en esta área cerámica negra pulida incisa.

En la cuenca del río Elqui, la cerámica es bastante más sofisticada con formas compuestas, con varios de los tipos pulidos; es más abundante en los cementerios aunque en ciertos sitios se suele encontrar fragmentación superficial, de cerámica fina Molle, gris e incisa, como en las dunas de las bahías de Guanaqueros y La Herradura.

En la cuenca del Limarí, los cementerios más rendidores de cerámica fueron los

de La Turquí, en Hurtado. Pero aparte de ellos en el interior de este valle han aparecido cementerios menores que han entregado piezas bastante complejas en formas y decoraciones (Figuras 11 y 12).

Industria de la piedra tallada

El conocimiento de la piedra tallada del Complejo El Molle ha ido ganando terrenos en los últimos años, sobre todo al excavar los poblados de la cuenca del Copiapó, ya que en un comienzo en los yacimientos de Elqui y del Hurtado los artefactos tallados eran muy escasos. Además, los sitios de interfluvio Huasco-Elqui han permitido conocer nuevos instrumentos, desde que fueran publicados por Castillo y Kuzmanic⁴.

Los instrumentos más característicos son:

- Lascas retocadas
- Puntas de proyectil espesas, triangulares de trabajo bifacial a presión, con pedúnculo triangular
- Puntas de proyectil triangulares, de trabajo bifacial a presión, de base recta o de base escotada
- Hojas bifaciales
- Raspadores de uña o de extremo
- Perforadores
- Raederas
- Retocadores
- Percutores y tajadores.

Por lo general los instrumentos son de calcedonia, de cuarzo cristalino, de basalto y de piedras silicificadas.

Arte rupestre (Figuras 13, 14 y 15)

En las cuatro últimas décadas se han destinado esfuerzos al estudio y comprensión del arte rupestre indígena en Chile y se ha intentado vincularlo al desarrollo cultural

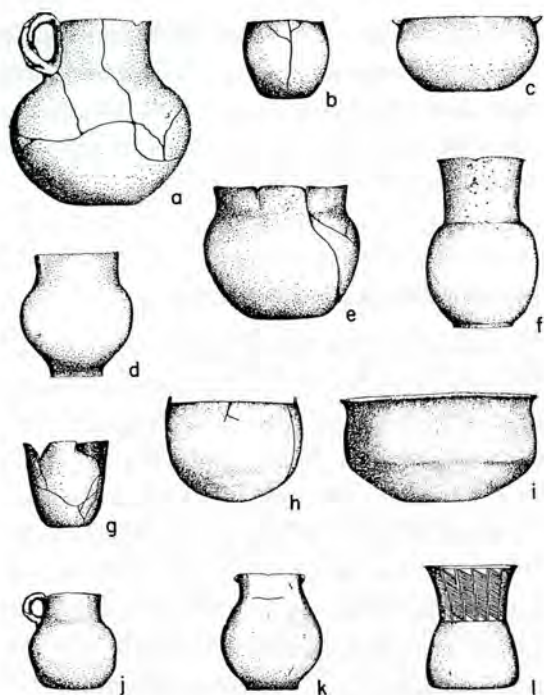


Figura 11. *Cerámica del Complejo El Molle*, de los cementerios de La Turquía y otros lugares del Limarí (Adaptado de Iribarren, J. 1957).

de las regiones en que se le encuentra. Esto no siempre es posible de hacer con certitud y más bien hay que conformarse con otorgar un cierto grado de probabilidad a que sea certera la adscripción.

También se ha avanzado en la separación de estilos en atención a la técnica, a la temática y a la configuración estilística o patrón con que se presenta⁸.

Respecto al arte del Molle, en un estudio realizado en el archivo fotográfico del Museo Arqueológico de La Serena, G. Castillo encontró que el 20% de los asentamientos Molle aparece asociado al arte rupestre sea en técnica de petroglifo o de pictografía. Se localizan principalmente en los valles y en la precordillera, aunque preferentemente en las quebradas y cerros de los interfluvios del norte semiárido.

Prescindiendo de las pictografías de la

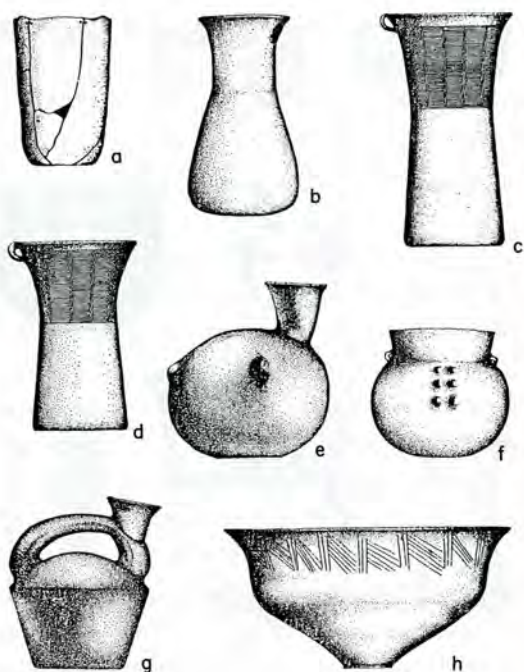


Figura 12. *Cerámica del Complejo El Molle* de la cuenca del Limarí. Proceden del cementerio de La Turquía B, en el valle de Hurtado (Adaptado de Iribarren, J. 1957).

quebrada de las pinturas cuyo arte se adscribe más bien al período medio (o desarrollo Ánimas), en el semiárido de Atacama y de Coquimbo se han separado dos estilos pictóricos, que ciertamente guardan relaciones entre sí: el de La Silla, que tiene su mejor exponente en el lugar epónimo, el cerro La Silla alrededor del Observatorio Astronómico Austral de ESO, y el estilo Limarí propio de la cuenca de este río.

El estilo La Silla que responde esencialmente a la técnica de PETROGLIFO o de grabado presenta escenas de interacción entre animales —específicamente camélidos domésticos o en proceso de amansamiento— y el hombre. Pero son frecuentes otros temas decorativos y geométricos abstractos, como cruces dobles; líneas ondulantes. Muchos de estos últimos incluyen espirales, grecas, figuras laberínticas y ameboídeos,

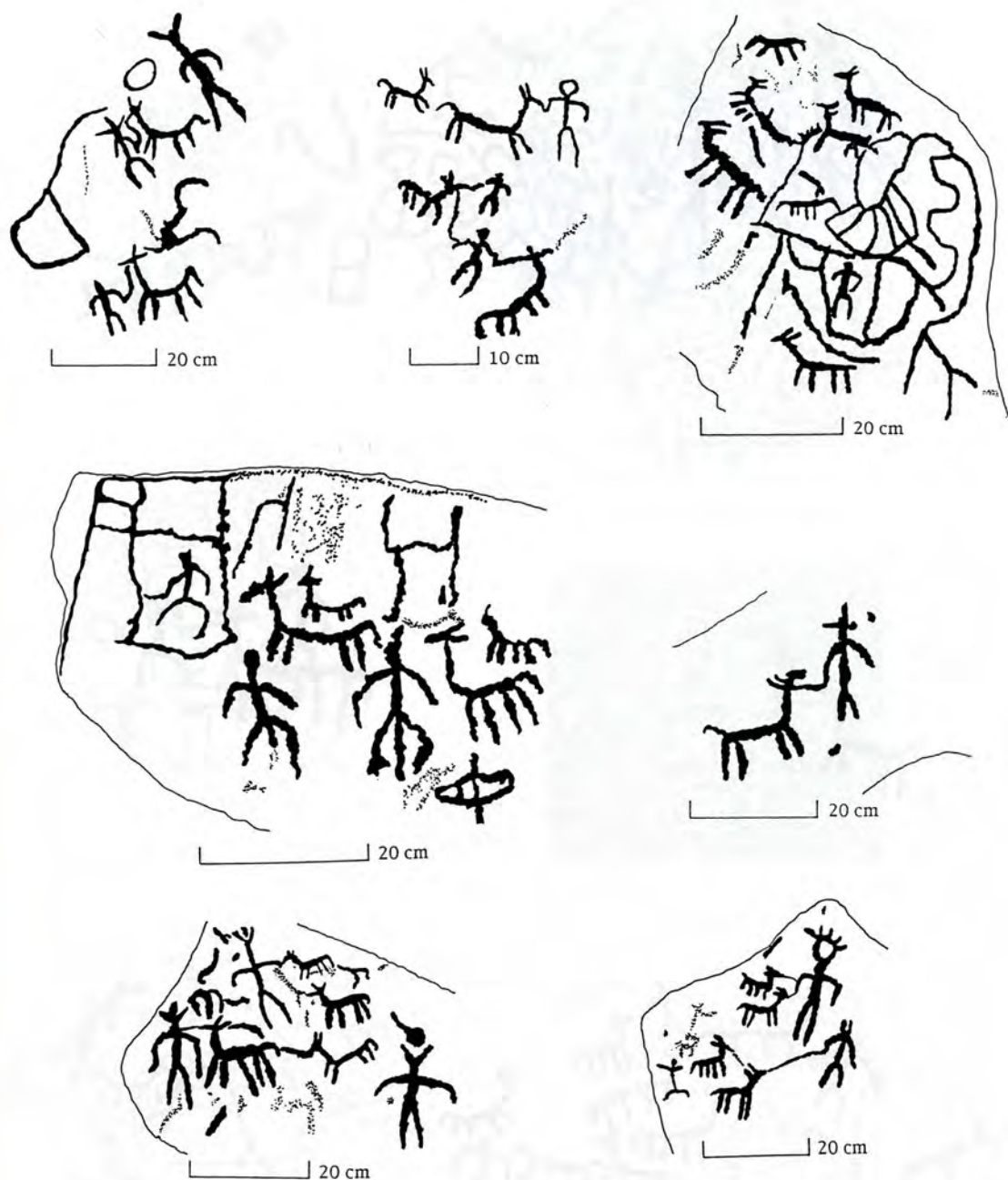


Figura 13. Petroglifos del Cerro La Silla. Escenas de interacción de hombres y animales.

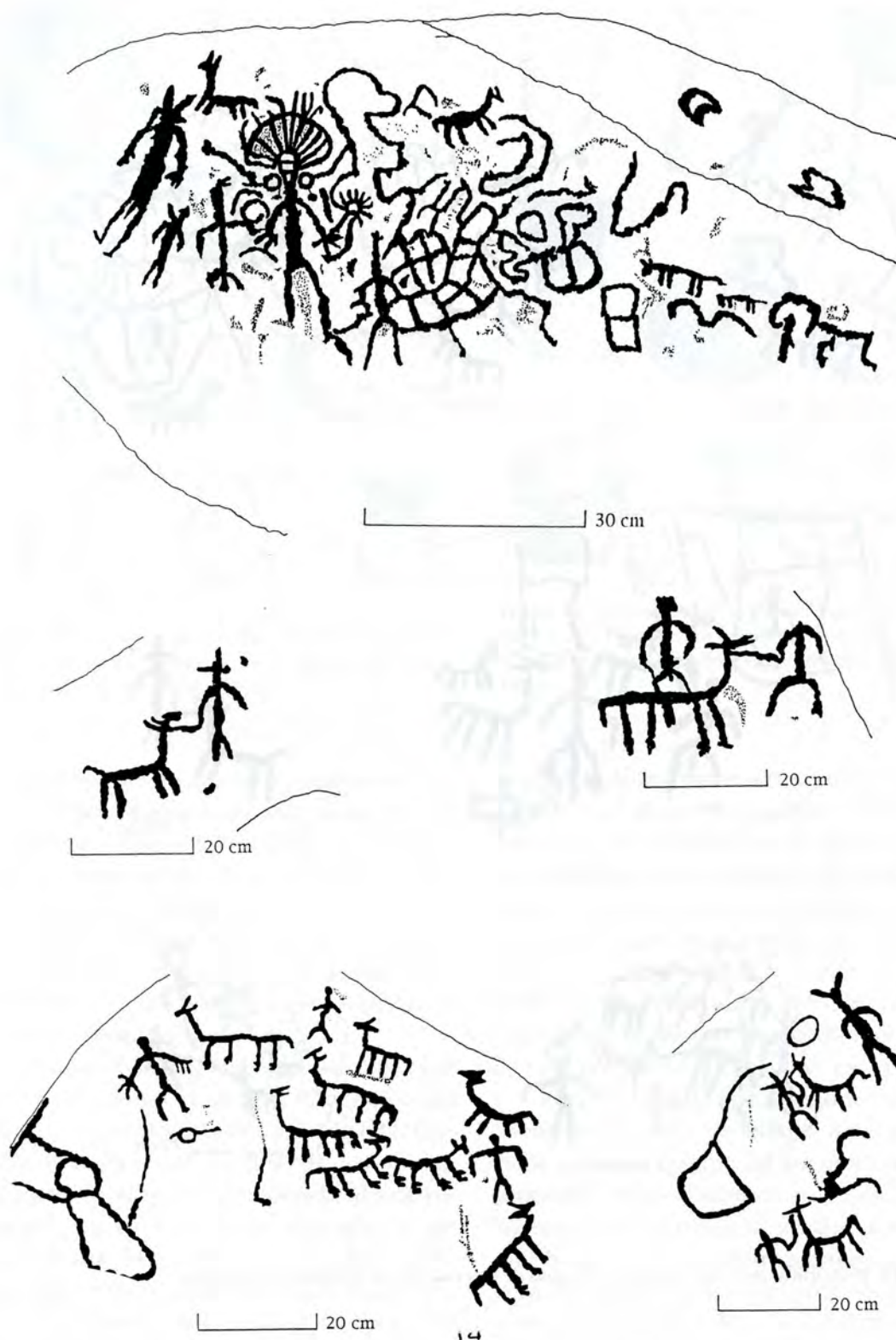


Figura 14. Petroglifos del Cerro La Silla. Diseños complejos con personajes míticos y animales.

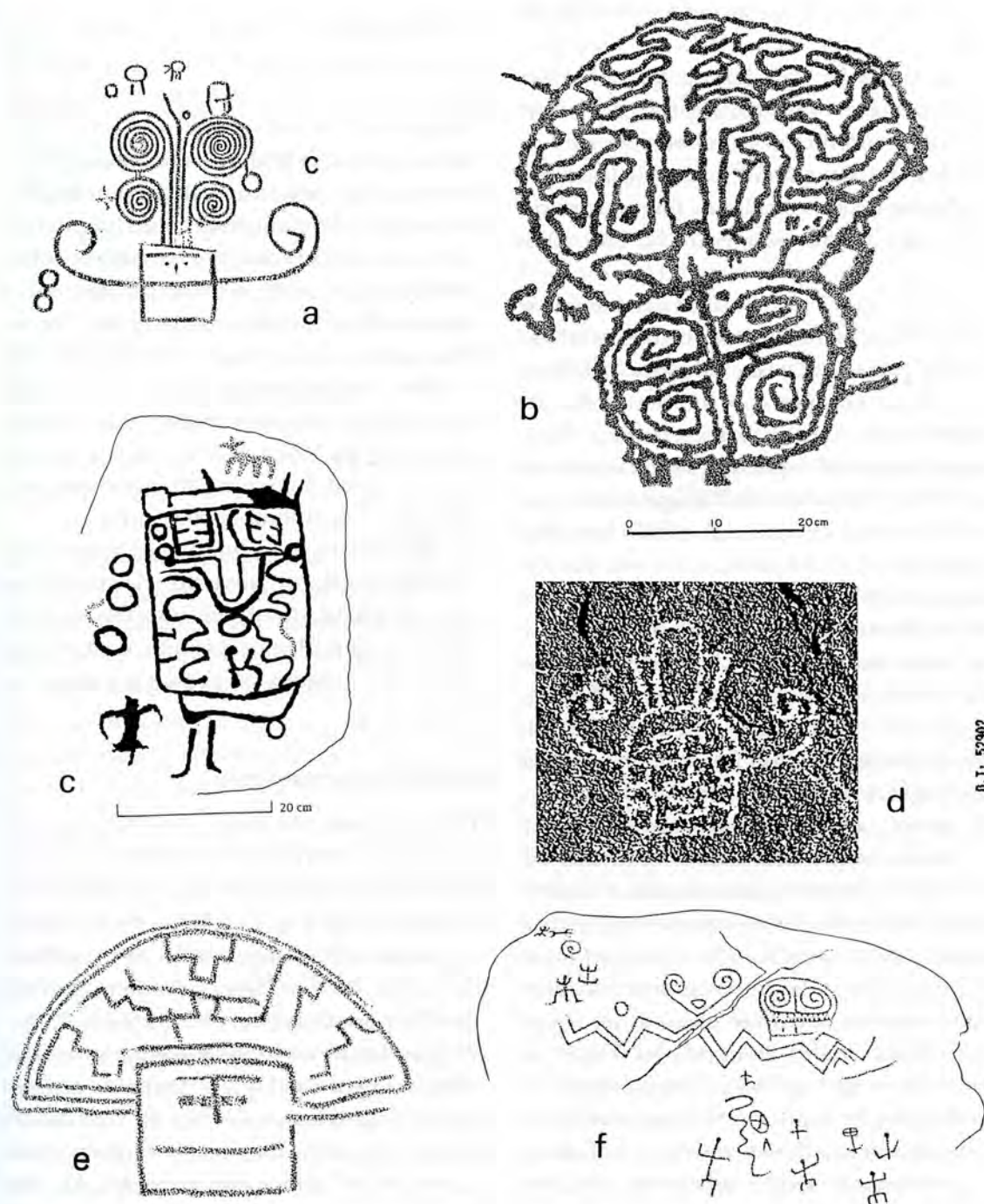


Figura 15. Petroglifos de máscaras atribuidas al Complejo El Molle. a. Las Pintadas de San Pedro de Quiles. b. La Media Luna, valle del Combarbalá. c. Cerro La Silla, Bloque 274. d. Cumbre del Cerro El Buitre, Montepatria. e. Las Pintadas de San Pedro de Quiles. f. Canal Las Máquinas del río Huasco, en las proximidades del Cementerio de Quebrada El Durazno.

etc., son atribuidos a prácticas shamanísticas bajo influencia de sustancias psicotrópicas⁹.

Al estilo La Silla habría que adscribir otros campos con arte rupestre al norte del Elqui como el gran yacimiento de Las Pintadas de Marquesa¹⁰ y otros de las inmediaciones de las estaciones ferroviarias de Cachiyuyo y Domeyko, entre La Silla y ValLENar.

En el estilo Limarí lo más característico son las representaciones de máscaras humanas premunidas de adornos cefálicos complejos, aunque son diferentes en un punto y otro. Son las cabezas tiaras o "máscaras hieráticas" a que se refiere León Strube (1939)¹¹. Por mucho tiempo estuvo dudosa la asociación cultural de este arte. Sin embargo, en fecha más reciente se ha demostrado dicha asociación en excavaciones de San Pedro de Quiles. Por otra parte, hay que recordar aquí que ya en años muy anteriores G. Ampuero y M. Rivera, habían practicado excavaciones en el valle del Encanto donde el estilo Limarí tiene una alta expresión y aquí también la excavación arrojó ocupación Molle sobre el arcaico¹².

La *Figura 15* muestra un conjunto de las máscaras humanas más conocidas del estilo Limarí, al mismo tiempo que las más elaboradas. Llegan por el sur hasta los ríos Illapel y Choapa. Pero además, se unen otros glifos característicos que no se encuentran o que son excepcionales al norte del Elqui: el círculo con dos apéndices hacia abajo; el rectángulo de lados curvilíneos simples o con diseños internos y/o externos, figuras antropomorfas extremadamente estilizadas de piernas y brazos abiertos, y numerosas grecas y signos geométricos, entre muchos otros.

En suma, atribuimos al arte rupestre de La Silla y del Limarí al Complejo El Molle, mientras no haya otra idea en contrario.

Movilidad

La existencia de conchas de moluscos en los yacimientos de El Molle, por alejados que estén de la costa del Pacífico, acusan inequívocos contactos con el litoral, aunque la presencia Molle en él es relativamente escasa (o está aun mal documentada), pero existe. Se manifiesta como fragmentación cerámica típica sobre las dunas o sobre conchales. De modo que las conchas pudieron ser objeto de intercambio entre las poblaciones costeras y las del interior. Como se sabe, de las excavaciones, las conchas eran objetos muy apreciados entre los portadores de El Molle, sobre todo los caracoles y las valvas de ostión, situación que perdura en otras culturas posteriores.

Relaciones entre los valles seguramente también existieron, sirviendo de comunicación las quebradas de los interfluvios. Está probado que objetos propios de un valle viajaban en manos de personas a otros valles lejanos.

Patrón de asentamiento

Del estudio en la cuenca del Copiapó de sitios como El Torín, Cabra Atada, Carrizalillo Chico entre otros, y en el Elqui, la Fortaleza y los Fogones del ex fundo Saturno, unido a la concentración de áreas bien definidas de funebria, permiten afirmar que los portadores del Complejo de El Molle gozaban de un grado de sedentarización bastante mayor del que se les había atribuido originalmente. La aldea de Carrizalillo Chico y otras desmienten que sus ocupantes vivían en habitaciones simples. En esta aldea aparecen plataformas excavadas contra la pendiente de la falda del cerro; a veces disponían de un muro de sostenimiento a valle. En ninguna de ellas se han encontrado restos de estructura que señalen en qué consistía la protección de la

intemperie; pero se puede suponer que haya sido de material ligero como cañas y ramas.

Prácticas funerarias

La observación de las prácticas funerarias en las distintas cuencas permitió establecer algunos lugares comunes en ellas, así como también diferencias regionales y, muchas veces, diferencias de un sitio a otro y en el tiempo. Rasgos comunes serían: profundidad más o menos alta de los enterratorios; presencia de estructuras funerarias; presencia de palos de Algarrobo en muchas de las tumbas, colocados como un emplantillado de protección sobre los cuerpos.

En el Huasco¹³, lo novedoso que ponía una notable diferencia con lo conocido de Elqui y el Limarí, fue la presencia de una enorme acumulación de piedra y tierra en forma de un túmulo tronco cónico o, como los llamó Iribarren, túmulo de "forma de gran hormiguero"¹⁴. Esta modalidad está presente en los tres cementerios más grandes de Huasco que son el de Quebrada El Durazno (del cual hoy no quedan vestigios); el de Quebrada de Pinte y el de Quebrada Ipipe, en el curso superior del río El Carmen. En Copiapó ocurre algo semejante, aunque hay diferencias morfológicas entre los túmulos de un sitio y los de otro.

En la cuenca del Elqui, las sepulturas del Complejo más antiguas son sin duda las del Cementerio N° 2 del conchal de Punta de Teatinos (o de "los estirados"). Aparecen cuerpos en decúbito dorsal con piernas estiradas. Se presentan asociados a acumulaciones compactas de numerosísimas piedras huevillos de tamaño relativamente pequeñas, menores de un puño. A veces, como en el caso de un niño de 8 años, tenía un ciento de piedras huevillo sobre el tórax y el cuello formando una gran "gola" deba-

jo del cual tenía un collar de varios cientos de finas cuentas discoïdales. Todos estos "estirados", más de una veintena, guardaban los cuerpos paralelismo entre sí en dirección al este. Algunos llevaban tembetá de piedra marmórea. El cementerio de quebrada Honda, unos 20 km al norte de P. Teatinos, aparentemente sería contemporáneo con éste "de los estirados". El de P. Teatinos y el de Quebrada Honda sugieren ser una fase primaria inicial del Complejo El Molle en formación; serían los más cercanos al arcaico con una fecha de 30 ± 60 años d. C.

En las cercanías del pueblo de El Molle se encontraban los seis cementerios que sirvieron para definir y evaluar la nueva Cultura hallada por Cornely. Los emplazamientos de las tumbas estaban marcados con piedra huevillo blancas traídas desde el río. En el N° 1 que el autor considera de mayor antigüedad, con 20 sepulturas, no encontró ofrenda ni ajuar funerario. Los cementerios 2 y 3 tienen ruedas de 5 a 6 m de diámetro marcados con piedras blancas más grandes que en el N° 1 y profundidades de sepultación superior a 2 m. De las 18 tumbas del N° 2, sólo 6 tenían ofrendas. En el N° 3 se excavaron 13 sepulturas de las cuales proviene casi toda la alfarería extraída del sector. El N° 6 entregó dos hermosos ceramios, tembetá y un collar. Debajo del anillo de piedras aparecen sepulturas de párvulos y en el núcleo central, esqueletos de adultos. En una misma sepultura se encuentran muchas veces dos o más cuerpos.

En estas sepulturas, Cornely encontró sólo objetos de cobre obtenidos a partir del martilleo del metal nativo, tales como brazaletes, anillos, placas pectorales, aros.

En sitios del interior del Elqui y en otros sectores de Coquimbo, las evidencias de El Molle aparecen asociadas a piedras tacitas o morteros en roca con excavaciones cupu-

liformes o de "bateas" elipsoidales y a manos cilíndricas o elíptico-discoidales¹⁵⁻¹⁶.

Las excavaciones de Iribarren en tres cementerios de la localidad de La Turquía, pusieron de manifiesto modalidades nuevas de enterratorios, al mismo tiempo que formas y decoraciones novedosas para la cerámica, y el uso de la plata y del oro como metales adicionales al tradicional cobre. Pero faltó aquí un elemento básico de la cultura, cual es la pipa en forma de una T invertida, popular en los valles de más al norte.

Cronología

La Tabla 1 es un resumen de las fechas radiocarbónicas disponibles para el Complejo El Molle. Como se aprecia, ella pone de manifiesto el déficit de registros cronológicos de la Cultura, ya que sólo el 5% de los sitios reconocidos cuenta con dataciones. Hay yacimientos de la mayor trascendencia en el estadio de El Molle que carecen de fechamiento y lo que es peor, no habría posibilidad de obtenerlas porque desaparecieron. Particularmente sensible al respecto son los primeros yacimientos conocidos como los del pueblo de El Molle excavados por Cornely, y los de La Turquía, en Hurtado. El grueso de las fechas es más

o menos coherente entre sí y parecería claro, entonces que en el Norte Semiárido floreció el Complejo El Molle en los primeros setecientos años de la Era Cristiana. Está bien probado que estratigráficamente el complejo se sobrepone a las poblaciones arcaicas preexistentes en la zona y que muestran marcadas preferencias por ocupar los mismos sitios de los arcaicos.

Organización sociopolítica y patrones de subsistencia

A la luz del descubrimiento de los últimos años en la cuenca alta del río Copiapó de tres importantes aldeas del Complejo El Molle —El Torín, Cabra Atada, Carrizalillo Chico— amén de otros sitios del Elqui Medio, se ha podido desvirtuar la idea original que se trataría de pueblos trashumantes tras las pasturas. Hoy se sabe que los portadores de El Molle son pueblos de economía multifacética de marcado carácter complementario y sin una dirección centralizada: cultivan en los valles medios y en los formativos, con prácticas de riego artificial a través de acequias derivadas de quebradas laterales o del cauce principal. Cultivaban maíz, poroto, zapallo y con alta probabili-

Tabla 1
ORDENAMIENTO DE FECHAS RADIOCARBÓNICAS DE EL MOLLE

Sitio	Fecha C14	Fuente
El Torín (Túmulo 22)	130 ± 110 a.C.	Niemeyer y Cervellino, 1982
Quebrada Honda (P. Teatinos)	30 ± 60 d.C.	Schiappacasse y Niemeyer, 1985
Tilgo	245 ± 95 d.C.	Ampuero, 1972, 1973
El Encanto (Nivel 1)	240 ± 95 d.C.	Ampuero y Rivera, 1971
Túmulo 1. (Quebrada El Durazno)	310 ± 90 d.C.	Iribarren, 1957
Las Pircas (Madera)	440 ± 320 d.C.	Kuzmanic y Cobo, 1978
El Torín (Túmulo 1)	570 ± 80 d.C.	Niemeyer y Cervellino, 1982
Carrizalillo Chico (Madera de la estructura 50)	470 ± 100 d.C.	Niemeyer y Cervellino, 1985
Carrizalillo Chico (Carbón. Estructura 62)	480 ± 60 d.C.	Niemeyer
San Pedro de Pichasca. Nivel 1	665 ± 40 d.C.	Ampuero y Rivera, 1971

dad, la quínoa. Posiblemente el algodón, a lo menos en el Copiapó. Las evidencias de hojas de palas y de azadones, no sólo en las inmediaciones de las habitaciones y cante-
ras sino también en los campos de cultivo
adyacentes a las aldeas, reafirman su condi-
ción de agricultores. Pero sin duda eran
crianceros de camélidos. El arte rupestre,
los huesos hallados en el relleno de los
túmulos y la representación de formas de
llamas en la cerámica son pruebas más que
concluyentes. Además en algunas sepultu-
ras aparecen esqueletos de camélidos sacri-
ficados como homenaje al muerto.

En los valles y en los interfluvios reco-
lectaban frutos silvestres tales como las vai-
nas de algarrobo, las drupas de los chaña-
res, el pimiento boliviano, el carbonillo,
entre otros frutos y semillas. Los morteros
hallados en los sitios de las quebradas son
testimonio de esta actividad recolectora. La
recolección de moluscos fue débil, ya que
no hay grandes conchales adscribibles al
Molle, aunque se encuentra algo de cerámi-
ca en los conchales arcaicos y sobre dunas.
Tampoco se advierte una vocación especial
de pesca o caza marina, pues no se encuen-
tra el utillaje especializado en la explota-
ción del mar. No se conocen por ejemplo
anzuelos en las poblaciones del Complejo.

La caza, en cambio debe haber sido
uno de los rubros económicos de mayor
importancia. Así lo indica la industria de la
piedra tallada, con bien desarrollados y
fuertes puntas de proyectil especialmente
pedunculadas. También se ha sugerido el
uso de la honda, que se emplearía como un
arma defensiva y de caza.

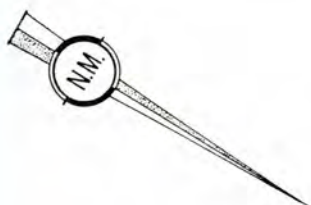
En cuanto a la organización sociopolíti-
ca, a raíz del hallazgo de esas aldeas men-
cionadas, se piensa que era de orden tribal,
con una cierta unidad ideológica dada la
uniformidad ergológica.

El Complejo El Molle en la cuenca del río Copiapó (Figura 16)

El conocimiento del poblamiento Molle de
la cuenca del Copiapó surge de dos fuentes
distintas. Una, la más importante y confia-
ble es la acción directa de los autores de
este libro, a través de excavaciones científi-
cas realizadas en las últimas décadas, espe-
cialmente en la cuenca formativa del río
Pulido.

La otra fuente, es la literatura existente,
especialmente las experiencias en la zona
de Jorge Iribarren Ch., quien hizo sólo re-
conocimientos y no excavaciones en esta
materia. A esta categoría pertenecían sitios
tan importantes como los doscientos túmu-
los que se han aludido del cerro Capis, no
lejos de la ciudad de Copiapó. Este es el
típico ejemplo de sitio del cual no hay expe-
riencia directa, sino comentarios del pasa-
do. Se han atribuido al Molle sin verdadero
fundamento. Nadie duda de que estos tú-
mulos existieron por más que fueran de
dimensiones muy reducidas, más a nadie
consta que fueran de la cultura de El Molle
de la cual antiguamente poco o nada se
sabía. Ahora que se conoce el yacimiento
de más de 100 túmulos de La Puerta exca-
vados y adscribibles sin duda alguna al Pe-
ríodo Medio o Ánimas, sería factible que
estos del cerro Capis también hubieran per-
tenecido a este período, aunque eran, se-
gún la tradición, muchísimo más peque-
ños.

El hallazgo de tembetás y pipas en for-
ma de T invertida en superficie o fuera de
contexto no autoriza para asignar al Molle
un sitio. Por ello nosotros describiremos
con cierto detalle los yacimientos Molle del
Copiapó o de áreas muy vecinas en los cua-
les hayamos tenido la experiencia directa o
aquellos de la literatura que sean convin-
centes.



REFERENCIAS

-  ESTACION TAQUIMETRICA
-  TUMULO SIN ENTERRATORIO
-  TUMULO CON UN ENTERRATORIO
-  TUMULO CON DOS O MAS ENTERRATORIOS
-  CALICATA PARA MUESTRA PALINOLOGICA
-  ESTRUCTURA HABITACIONAL



REFERENCIAS

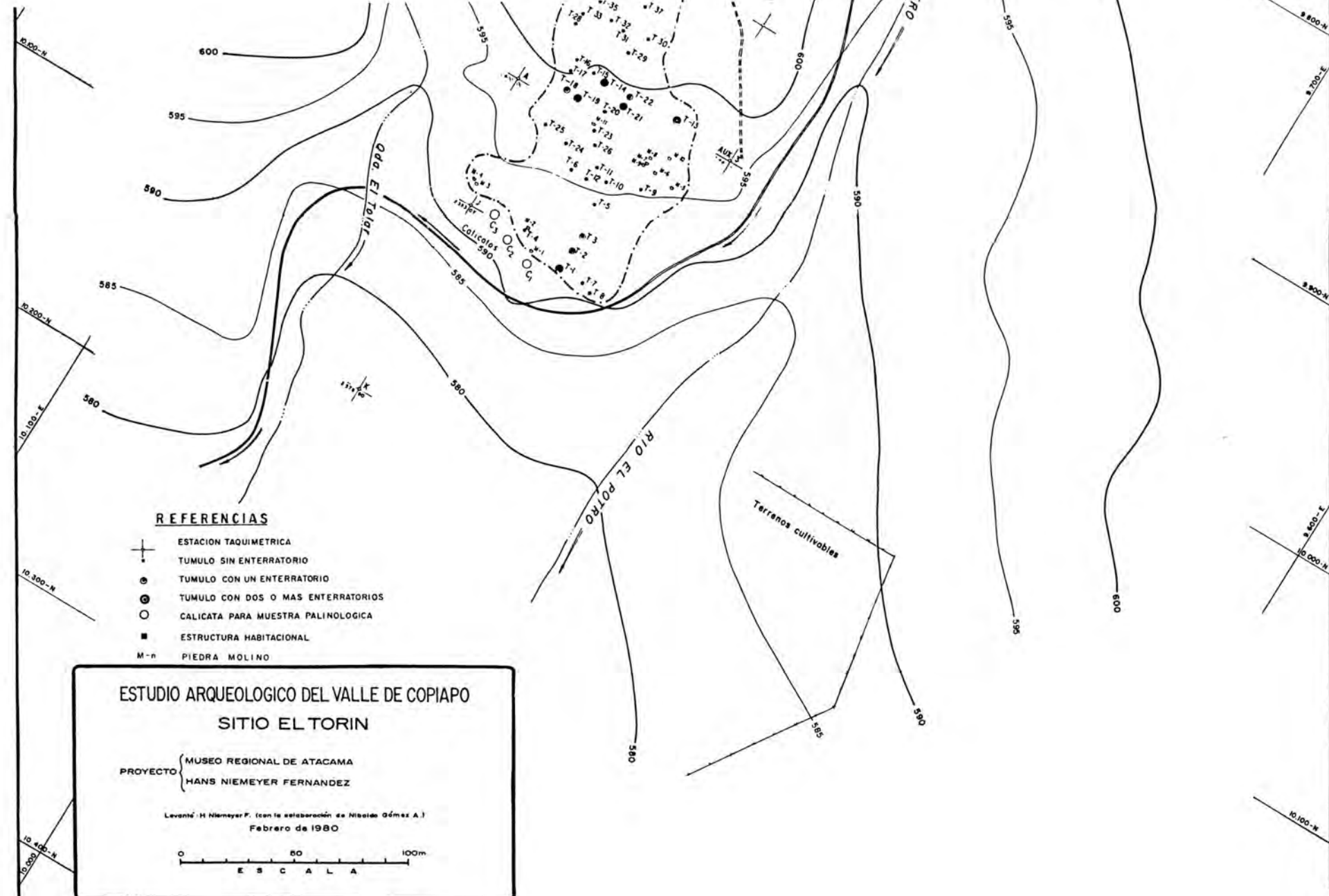
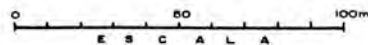
-  ESTACION TAQUIMETRICA
-  TUMULO SIN ENTERRATORIO
-  TUMULO CON UN ENTERRATORIO
-  TUMULO CON DOS O MAS ENTERRATORIOS
-  CALICATA PARA MUESTRA PALINOLOGICA
-  ESTRUCTURA HABITACIONAL
-  M-n PIEDRA MOLINO

ESTUDIO ARQUEOLOGICO DEL VALLE DE COPIAPO SITIO EL TORIN

PROYECTO { MUSEO REGIONAL DE ATACAMA
HANS NIEMEYER FERNANDEZ

Levantó: H Niemyer F. (con la colaboración de Nilsa Gómez A.)

Febrero de 1980



en febrero de 1978, guiados por nuestro amigo Sixto Aróstica, de Iglesia Colorada. Al año siguiente, en febrero de 1979, a la primera campaña de trabajo, se unió el Director del Museo Regional de Atacama Miguel Cervellino G. Las siguientes temporadas fueron realizadas por el mismo equipo en los veranos de 1980 y 1982. Al sitio se accedía en esos años sólo a caballo desde Iglesia Colorada desde donde había que llevarlo todo: operarios, herramientas, equipo de campaña, víveres. El yacimiento ha sido recuperado y estudiado íntegramente, ya que se encontraba libre de intervenciones ajenas a la ciencia, sin saqueos. Sólo el trajín diario de los animales cabríos, cuando salen en la mañana a pastar y cuando regresan en la tarde, ha desarmado superficialmente el relleno aéreo de las estructuras tumulares, sin comprometer el interior.

El yacimiento

(véase el plano de planta general)

El yacimiento El Torín —situado en coordenadas 28°17' LS y 69°45' LW—, ocupa una explanada de forma triangular, de 5 ha de extensión y de 11% de pendiente longitudinal. Se encuentra delimitada por el oeste por el río El Potro y por los dos otros costados por las quebradas de Las Piedras y del Tolar que vienen del interior, de los pies del macizo El Potro, y tributan al río de este nombre. El sitio se encuentra a elevación media de 2.600 m s.m. inmediatamente aguas arriba de la vega de El Torín; ésta es fomentada en la actualidad en verano por el riego artificial para la mantención de ganado vacuno y lanar. El ganado cabrío más bien pasta en verano en las laderas de los cerros. La posesión de El Torín constituye el límite superior habitable en la subcuenca.

La litología del sitio y área circundante es simple. Corresponde, en su mayor parte, a roca intrusiva de la familia del granito.

El clima, en atención a la temperatura y magnitud de las precipitaciones, es bastante contrastado entre los meses de verano e invierno. En el verano suelen ocurrir chubascos locales, ligados a tempestades eléctricas que surgen más al oriente, pero las lluvias y nevazones de mayor trascendencia se producen en los meses de invierno. En años húmedos, la nieve suele permanecer y dificulta la habitabilidad del sitio.

En verano, durante el día, las condiciones son muy benignas, y la caída de la temperatura por la noche no es aguda. Las tardes de los días de verano son ventosas, con vientos reinantes del NO.

La flora, en esta zona de media altura, es especialmente arbustiva y de carácter xerófilo. Priman el molle (*Schinus molle*); muy abundante en el sitio y de especial significación en nuestro trabajo por cuanto ha invadido y contaminado algunos de los túmulos; el pingo pingo (*Ephedra* sp.); el caspiche (*Lycium* sp.); panza de burro (*Salpiglossis spinecens*); acerillo (*Adesmia* sp.); la tola (*Parastrephia* sp.); el berraco (*Escallonia angustifolia*), así como la cola de zorro (*Cortaderia* sp.) que ocupa el lecho de los cursos de agua. En la vega, prosperan gramíneas y pequeñas compuestas. Algo más arriba, en la vega de El Tolar, crece la varilla (*Adesmia triyuga*) que es excelente combustible y el tabaco cimarrón (*Nicotiana monticola*) que pudo tener implicancia en la práctica de fumar o en prácticas psicodélicas de los indígenas.

Fundamentalmente, en la explanada descrita se encuentran distribuidas 57 estructuras tumuliformes que al ser excavadas demostraron ser, en su mayoría estructuras funerarias y, minoritariamente, estructuras habitacionales o, tal vez, cere-

moniales. Dichas estructuras están agrupadas en dos sectores. Uno inferior, que es el mayor, contiene 45 túmulos y su superficie delimitada por una línea envolvente ideal asciende aproximadamente 1 ha (9.630 m²). En la cabecera de esta área se encontró la Estructura Habitacional N° 1 llamada originalmente T-44, antes de su excavación. En su parte inferior, hasta once piedras molinos situados en dos áreas de actividades. Una baja con cuatro molinos en el borde sur de la explanada y vecina a los túmulos T-1 a T-4. Los molinos M-3 y M-4 están más próximos a la ceja poniente de la quebrada El Tolar. Los molinos M-6 a M-11 se encuentran en un espacio despejado de túmulos, aunque rodeado de seis de estas estructuras que constituyen la agrupación más fecunda en cuanto a enterratorios. En efecto, de ella forman parte los túmulos 13-21-22-14-18 y 19 que, en conjunto, arrojaron 20 esqueletos de los 37 pesquisados. Estos molinos se presentan quebrados y muchos agotados.

El sector superior reúne 12 túmulos. De ellos, el llamado T-54, situado en su cabecera, resultó ser una habitación de dos recintos que pasó a llamarse, después de excavado Estructura Habitacional N° 2. De esta

agrupación de túmulos sólo uno fue fecundo con un enterratorio doble.

Una línea ideal envolvente circunscribe una superficie de 0,38 ha (3.800 m²). En ella se encontró una sola piedra molino (M-12), también fragmentada como las de abajo.

A valle del sector superior de túmulos hay un espacio libre de piedras, que podría interpretarse como una plaza, o bien, como una antigua área de cultivo, aunque no se ha detectado tierra agrícola. Muestras del subsuelo, así como de la margen del área interior, fueron colectadas para ser sometidas a estudios palinológicos; han definido la presencia del género *Chenopodium*; la esperanza es que específicamente correspondan a quínoa, que sería altamente factible como cereal cultivado de altura.

Otro rasgo de importancia lo constituye la traza de una acequia que sitúa su bocatomá en la quebrada El Tolar, hoy prácticamente seca, y surca de SE a NW la explanada en la forma que aparece reproducida en el plano.

El Cuadro 1 que sigue, sintetiza la situación del esquema funerario de El Torín, dividido en los dos sectores del yacimiento.

Es de advertir que la excavación de cada

Cuadro 1

RESUMEN DE LAS ESTRUCTURAS FUNERARIAS: 57 Túmulos en total

- a) **Sector de abajo:** 45 Estructuras tumuliformes
 - Túmulos con enterratorios : 10
 - Múltiples : 6 (con 2, 3, 4, 5, 6, y 11 esqueletos)
 - Simple : 4 (3 son de párvulos solos y uno de adulto)
 - Túmulos con relleno típico, sin enterratorio : 29
 - Túmulos falsos : 1 (El T-27)
 - Túmulos atípicos, dudosos como tales : 4 (T-30, 38, 40 y 56)
 - Estructura habitacional o ceremonial : 1 (T-44)
- b) **Sector de arriba:** 12 Estructuras tumuliformes
 - Túmulos con enterratorios : 1 (Dolle)
 - Túmulos con relleno típico, sin enterratorio : 8
 - Tumulos atípicos, dudosos como tales : 2 (T-56 y 57)
 - Estructura habitacional o ceremonial : 1 (T-54)

túmulo fue completa, conservando sólo el ruedo de piedra y la piedra demasiado grande y notoria que, a veces, ocupaba una posición céntrica en el túmulo (*Figuras 17a y 17b*).

Algunos comentarios explicativos respecto al cuadro:

Entierro simbólico. La excavación del Túmulo 5 que fue la que primero abordamos en 1979, puso de manifiesto una situación novedosa. Se trataba de un túmulo bien constituido con su relleno aéreo de piedras del tamaño de un puño y tierra "agrícola" en su interior y en vez de un esqueleto, exhibía en el centro un peñasco muy grande, difícil de mover. Durante la excavación se recuperaron gran cantidad de huesos de camé-

dos (jóvenes y adultos) y más de una docena de manos elipsoidales o circulares biplanas, características de la cultura. Aparte de fragmentos cerámicos corrientes y piezas líticas talladas como raederas; fue interpretado como un enterratorio simbólico, en que la piedra estaría reemplazando a alguien muerto de la comunidad en otro lugar y que mereció un reiterado ceremonialismo recordatorio. No fue el único en este yacimiento y también se presentaron en otros cementerios de la cultura que excavamos con posterioridad (Carrizalillo Chico y Cabra Atada).

— El Túmulo 27 resultó ser falso, en el sentido de ser un simple amontonamiento de piedras.

Los túmulos simples, con un enterrato-

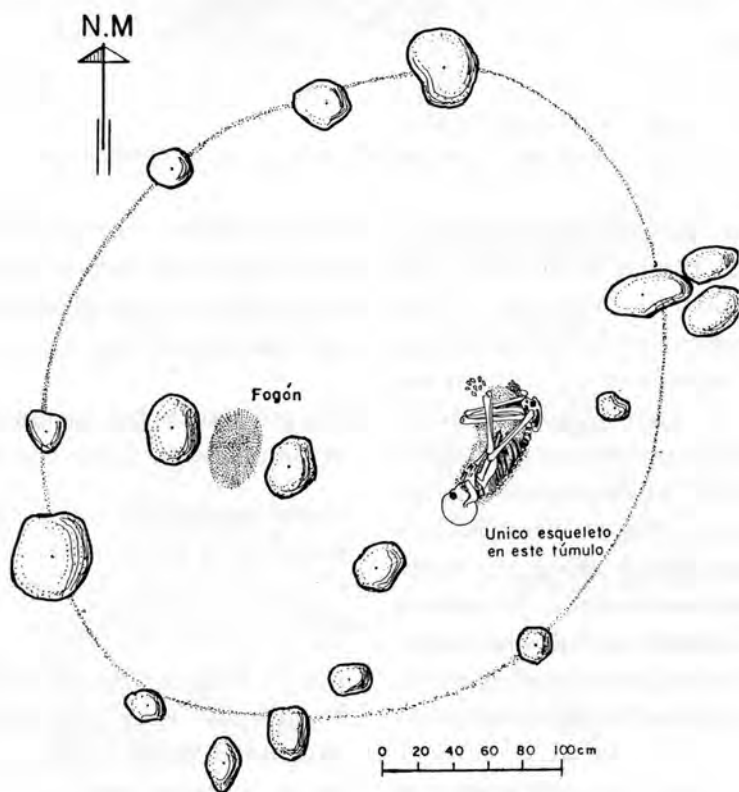


Figura 17a. *El Torín*. Túmulo 18 una vez excavado. Nótese el fogón ceremonial. Típico enterratorio unipersonal.

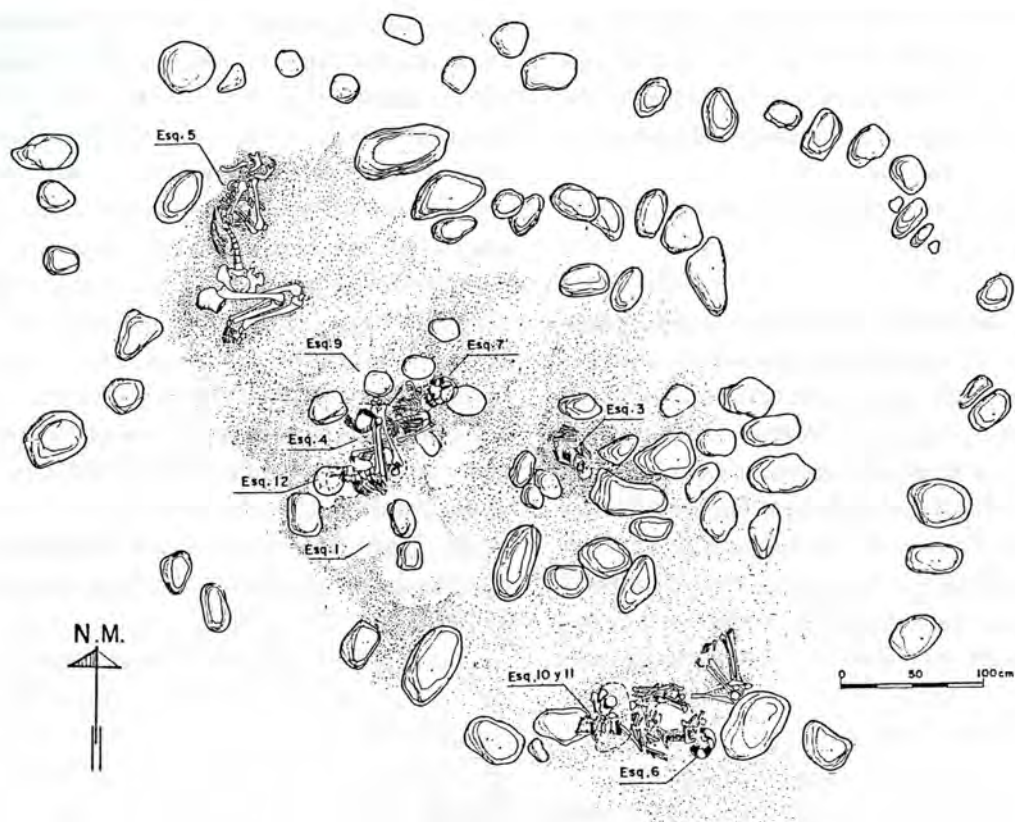


Figura 17b. *El Torín.* Túmulo 1 en proceso de excavación es el túmulo más grande hasta de 11 individuos.

rio, en oposición a los múltiples con dos o más enterratorios, fueron 4 y de ellos, tres fueron de párvulos. Los túmulos 1 y 19 fueron extraordinarios por su gran tamaño y contenido de esqueletos. El primero entregó hasta 11 esqueletos dispersos en el relleno, en variadas posiciones y de variados sexos y edades. Su excavación dio un gran trabajo. Igualmente, el 19 arrojó nueve esqueletos igualmente variados en sexo, edad y estado de conservación. En ambos casos, (y prácticamente en todos los túmulos) los adultos tienen posiciones en decúbito lateral con piernas flectadas hacia uno u otro lado.

Los niños en estos túmulos como en otros ofrecen posiciones en decúbito dorsal o decúbito ventral y van acompañados por tierras de color, roja y amarilla, puesta

como ofrenda en un pequeño ceramio o en una tableta de piedra. Además, los niños solían llevar gargantillas de cuentas hechas de minerales de Cu.

Las estructuras habitacionales o ceremoniales (Figuras 18a y 18b)

Como queda dicho, al excavar los túmulos numerados 44 y 54, que de suyo no tenían el aspecto típico de éstos, resultaron ser estructuras de habitación.

Estr. 1 (Figura 18a). La estructura 1 (Ex Túmulo 44) se encuentra situada en la cabecera del Sector de Abajo, como se aprecia en el Plano General.

La estructura se compone esencialmente de un ruedo exterior formado por 35 piedras de diferentes tamaños, del cual for-

ma parte integrante un gran bloque de granito de $0,90 \text{ m}^3$ y otro de andesita también de tamaño considerable, de $0,50 \text{ m}^3$. El diámetro interior N-S, del muro perimetral alcanza a $4,55 \text{ m}$ y el diámetro interior E-O, a $3,50 \text{ m}$.

Apoyado en los dos bloques mayores se construyó en el interior del círculo exterior, un recinto interior con diámetros de $1,70 \text{ m}$ y $1,75 \text{ m}$ delimitado por piedras plantadas, dejando una abertura amplia hacia su costado sur. De este recinto interno se recuperaron huesos de camélidos y fragmentos cerámicos diversos, entre éstos un fragmento (en realidad cinco que se unieron) de cerámica café pulida de un cuenco.

Estr. 2 (Figura 18b). Se encuentra situada en el punto más alto de todo el yacimiento, a monte del Sector de Arriba. Consiste en dos recintos elípticos en planta, adosados a los

paramentos opuestos de un gran bloque de roca. El mayor tiene un ruedo de piedras con un eje mayor interior de $3,19 \text{ m}$ dirigido de SE a NW. El recinto más pequeño, por el lado opuesto del bloque, tiene un diámetro de $2,50 \text{ m}$ en sentido SE-NW, y un diámetro menor de $1,80 \text{ m}$ perpendicular al anterior. Entre los pisos de ambos recintos hay una diferencia de nivel de $0,60 \text{ m}$, siendo el menor el de mayor cota, debido a la situación natural del terreno.

Del recinto más pequeño, no se obtuvo material cultural ni residuo de la ocupación.

El piso con mayor cantidad de residuos correspondió al del recinto mayor: de él se recuperaron varios fragmentos cerámicos de distintos tipos, 2 puntas de proyectil fragmentadas; huesos de camélidos y una valva de choro (*Choromitylus choro*). Lo más notable en él fue el hallazgo de un gran fogón no estructurado que casi ocupaba todo el espacio interior.

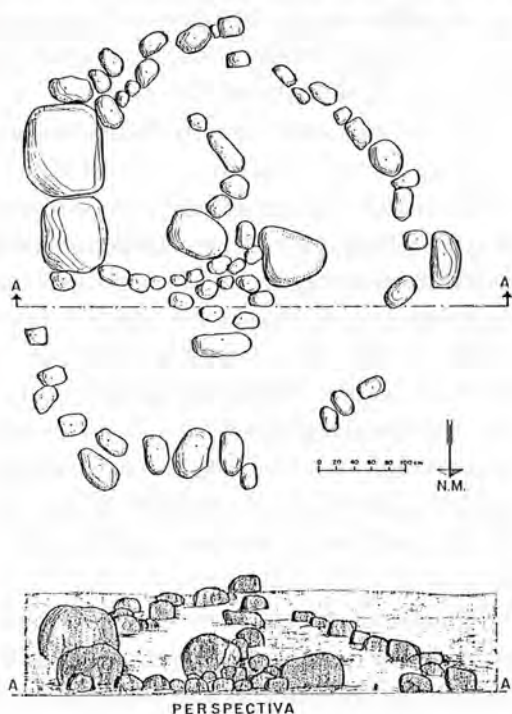


Figura 18a. Estructura ceremonial N° 1 de El Torín en la cabecera del sector inferior. Planta y perspectiva.

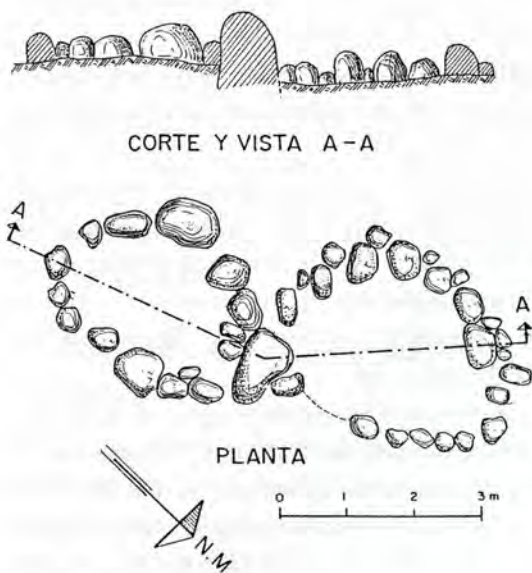


Figura 18b. Estructura habitacional de El Torín, en la cabecera del sector superior. Planta, corte y vista.

Los enterratorios

Debe insistirse antes que nada en que los enterratorios, por lo general, se encontraron en un mediano estado de destrucción. En contados casos, los huesos habían perdido parte de su tejido interior, quizás si por efecto de cierta acidez del terreno de composición granítica, o por infiltración de agua de bajo pH. Esta condición se cumple en otros cementerios de la Cultura. En algunos casos los huesos aparecen cubiertos ligeramente de una sustancia blanca persistente semejante a ceniza.

En algunos esqueletos se detectó un emplasto de argamasa amarilla sobre los restos óseos. Esta particularidad la hemos observado en varios yacimientos Molle del Pulido y también se continúa con esta costumbre en cementerios del P. Medio, en los túmulos de La Puerta, por ej.

Los cuerpos de los adultos se encontraron en posiciones genuflexas, casi siempre hiperflexados en decúbito lateral izquierda o derecha. Por excepción, en decúbito ventral o en decúbito lateral, con piernas dobladas hacia un lado u otro. Sus manos de preferencia estaban en la región pelviana o en la cara.

La posición de los lactantes es horizontal y corresponde principalmente a la decúbito ventral o decúbito dorsal, con brazos y piernas estirados o en posición natural, pero también los hay, por excepción, en decúbito lateral.

El peritaje bioantropológico de la población exhumada en El Torín, lo practicó la arqueóloga Silvia Quevedo K. Un sumario brevísimo de él establece que en el cementerio de El Torín, las edades están bien balanceadas. De los 37 individuos de la colección, 13 son lactantes; 2 son niños; 2 subadultos; 3 adultos jóvenes; 9 adultos; 4 adultos maduros; 4 adultos maduros avanzados.

En cuanto a sexo, a partir de los adultos jóvenes, se reparten en la siguiente forma:

Adultos jóvenes: 2 femeninos y 1 masculino

Adultos: 2 masculinos, 6 femeninos y 1 de sexo indeterminado

Adultos maduros: 4 masculinos

Adultos maduros avanzados: 3 masculinos y 1 femenino.

En el informe citado se concluye que de acuerdo al estudio craneométrico, la población del El Torín se compone de individuos braquicráneos, de estatura 1,65 m para los hombres y 1,60 m para las mujeres, acusando dimorfismo sexual acentuado en la estatura.

Aparte de la forma del entierro, Quevedo encontró dos rasgos culturales importantes: a) Los cuatro individuos portadores del tembetá eran masculinos adultos, y b) nueve presentaban una ligera deformación tabular erecta, indiferenciada de sexo, sin compromiso del frontal.

En cuanto a la relación de los esqueletos entre sí, se presentan:

a) aislado, como entierro único en el túmulo; b) simultáneo en pareja: dos adultos; adulto y lactante; y, dos lactantes; c) superpuestos; d) la mayor frecuencia corresponde a enterratorios dispersos en el relleno o bajo el túmulo tratándose, entonces, de inhumaciones diacrónicas o sucesivas, con reutilización de la estructura funeraria. Es decir, se desarmaba parte del túmulo para alojar un nuevo fardo funerario.

Cuando recién se usó el lugar, posiblemente antes que se construyera la acumulación de piedra y tierra, los entierros se depositaban en estrechas fosas abiertas en el suelo natural.

Las ofrendas son escasas. En los adultos se limitan a manos de moler y a cerámica.

Entre los siete ceramios recuperados, dos son préstamos culturales traídos de San Pedro de Atacama o de otro lugar de la Puna; dos son típicos del sitio, del tipo El Torín Corriente Apuntado; el resto son cuencos hemisféricos de cerámica corriente.

En el Torín se manifiesta como una excepción en relación a los otros yacimientos de la cultura una cerámica rugosa también llamada "cesteada". Se la encuentra sólo en fragmentos, sea en superficie, sea en el relleno de túmulos. Nunca se encontró una pieza completa. El tipo se caracteriza por tener exteriormente un corrugado semejante a la impronta de cestería, de allí el nombre.

Este tipo de cerámico no es exclusivo de El Torín. Se la ha encontrado en algunos lugares del interior de la Región de Coquimbo y sur del Huasco. Es de cierta popularidad en el Noroeste argentino.

Un caso excepcional de ofrenda en adulto es la espátula de hueso que se recuperó al lado y a la espalda del Esqueleto 1 del Túmulo 47, en posición paralela a su columna.

Ofrendas frecuentes en El Torín son las tierras de color en los niños; pendientes de minerales pulido de cobre; gargantillas de cuentas minerales en niños; una pinza depilatoria en miniatura, de cobre.

Tres individuos clasificados como masculinos adultos maduros portaban tembetá discoidal con alas in situ; el cuarto tembetá, del mismo tipo, se halló junto al sector lumbar del Esqueleto 3 del Túmulo 19, pero había señales evidentes de su uso (descubierto por Silvia Quevedo al examinar la mandíbula).

Los adultos de El Torín rara vez llevan ofrendas funerarias.

Aparte de las ofrendas de objetos elaborados (que son muy pocos), en el relleno de los túmulos se recuperan conchas de mo-

liscos actuales, pero también moluscos fosilizados y abundantes restos de cocina que casi con seguridad tienen origen ceremonial. Entre éstos, huesos de animales. En efecto, formando parte del relleno de los túmulos de El Torín, se encontró una apreciable cantidad de huesos fragmentados de camélidos, donde están presentes todos los componentes del esqueleto animal. A primera vista, no se advierten alteraciones intencionales en los huesos, como huellas de incisiones o de cortes netos, salvo la incineración que han sufrido algunos. De acuerdo a una visión preliminar, se encuentra balanceado el número de huesos de animales maduros con los inmaduros. También en el relleno de los túmulos, aunque en forma francamente minoritaria se encontraron huesos de aves y de roedores. Estos últimos podrían ser intrusivos, ajenos a la actividad cultural.

Materiales líticos

Los restos culturales de piedra de El Torín, pueden clasificarse en: 1) elementos en relación a prácticas agrícolas, como piedras molinos, manos, hojas de herramientas, maceradores, entre otros; 2) industria de la piedra tallada; 3) piedra pulida en tembetás; 4) minerales semipreciosos elaborados como adornos. También en forma de polvos colorantes.

1. Elementos en relación a prácticas agrícolas

Hojas de herramienta agrícola: Se recuperaron hojas de herramienta agrícola, preferentemente fragmentadas, del relleno de los túmulos y de la superficie del sitio. Son hechas a partir de una laja natural de andesita o basalto y, las manos, de granodiorita.

Hay hojas de varias formas: 1) la de mayor frecuencia es la elongada asimétrica

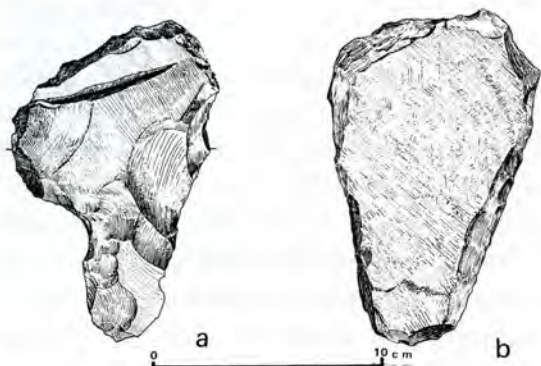


Figura 19. Hojas de herramientas agrícolas de andesita propias del Complejo de El Molle. a. De Carrizalillo Chico. b. De El Torín.

o “azapatillada” (Figura 19). Se caracteriza por tener un borde interior ligeramente cóncavo y un borde opuesto convexo. En ambos bordes y en el extremo distal presenta un tallado bifacial a partir de un diámetro transversal máximo. Hacia el extremo proximal la hoja va reduciendo su ancho para formar una especie de toco pedúnculo para enmangar. Las dimensiones de esta hoja varían de 120 mm a 170 mm en longitud; su ancho máximo de 70 mm a 100 mm. El espesor fluctúa de 10 a 15 mm, aunque excepcionalmente se encuentran hojas mucho más espesas. Probable hoja de pala o de cuchillón; 2) hoja espesa de forma rectangular, elongada y simétrica. Longitud de 180 mm y ancho de 80 mm. Probablemente fue usada como hoja de azadón enmangada; 3) hoja simétrica según un eje longitudinal, de andesita. Presenta astillamiento bifacial en sus lados y en su extremo distal. El extremo proximal se angosta en una especie de pedúnculo apto para enmangar.

Piedras de moler. Las doce piedras molinos de la superficie del sitio se encontraron fragmentadas, algunas agotadas y otras en vías de agotarse; lo mismo ocurre con las

pocas halladas formando parte del relleno de los túmulos. En su totalidad están labradas en granito o en granodiorita. Por lo que se puede apreciar, el cuerpo es tabloide, rectangular o subrectangular en planta, y la excavación, subrectangular a elíptica con una profundidad media de 8 cm. El ancho de los cuerpos va de 35 a 50 cm y la altura de 12 a 18 cm. Unos pocos metates fragmentados aparecieron en los túmulos mismos al excavarlos, formando parte del relleno. En el Túmulo 19, el cráneo del Esqueleto 1 descansaba sobre la cavidad de un metate fragmentado.

Manos: Las manos de molienda son muy abundantes y se las encuentra en la superficie del sitio, mayormente formando parte del relleno de los túmulos y, por excepción, como ofrenda directa de los enterratorios.

Se reconocen manos elípticas y circulares en planta. En cuanto a la forma de las superficies de molienda se presentan con mayor frecuencia las manos biplanas y minoritariamente plano-convexas o biconvexas.

La calidad de la materia prima de mayor recurrencia es la granodiorita aunque también se encuentran manos de andesita, cuarcita o roca silicificada y riolita.

Hay manos tanto en los túmulos como en enterratorios, siendo particularmente abundantes en los túmulos 2 y 3, como en los que no tienen cuerpo, como sucede en los túmulos 5, 23, 25 y 29 entre otros.

Machacadores o martillos: Especialmente en el relleno de los túmulos, con cierta frecuencia se encuentran piedras adaptables a la mano, que presentan picaduras que indican que sirvieron de martillos, machacadores o maceradores. Tienen dimensiones de 70 a 100 mm de diámetro.

2. Industria de la piedra tallada

(Figura 20)

La industria de la piedra tallada tiene una buena representación en numerosos desechos de talla, en lascas con y sin trabajo secundario, preformas, núcleos piramidales o prismáticos que podrían ser raspadores altos; núcleos que conservan la parte de la corteza original; núcleos agotados. Se extrajeron del relleno de los túmulos y también, en baja proporción, de la superficie, pero sin que constituyeran talleres.

Los artefactos terminados son minoritarios: priman puntas pedunculares relativamente pequeñas, pero también se encuentran triangulares apedunculadas.

La materia prima de que hace uso la industria de la piedra tallada es calcedonia, riolita-dacítica, riolita, andesita, cuarcita o roca silicificada y, accidentalmente, obsidiana.

Recapitulación e interpretación del sitio

Se ha presentado un sitio arqueológico de gran interés por varios motivos: se encuentra situado en el corazón de la cordillera andina en un punto próximo a la línea limítrofe de lo que se ha llamado al Área Centro Sur y el Área Meridional Andina, participando de características de ambas. Al mismo tiempo queda en posición directamente marginal respecto a la subárea circumpuneña. Las relaciones con ella quedan claras a través de algunas piezas cerámicas de tipo negro pulido que aparecen, en dos oportunidades, como ofertorio fúnebre y cuyas formas, dimensiones y tratamiento superficial y de asas rudimentarias son propias de la cerámica de la Puna.

También marca estas relaciones la presencia tan recurrente de hojas líticas de

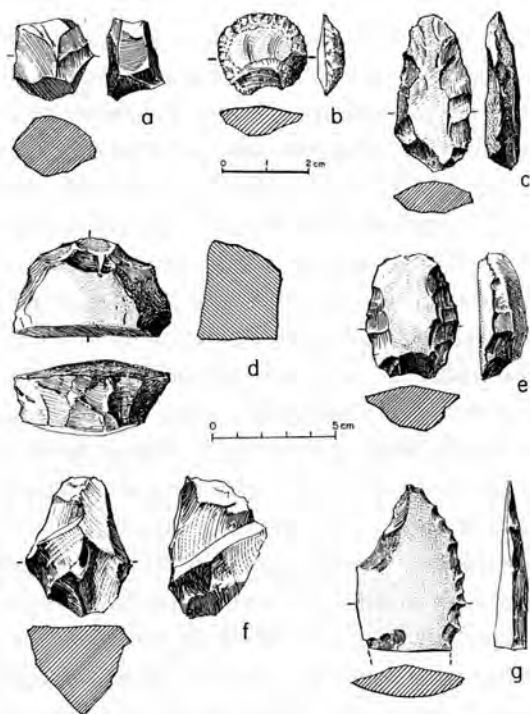


Figura 20. Material lítico tallado del Complejo El Molle. Procede de El Torín.

herramientas agrícolas, propias de la Puna, donde abundan.

Otros tipos cerámicos aparecen en abundancia en El Torín —v. gr. la cerámica “cesteada”—, no tiene antecedente claro en Chile. Pero, al parecer, la cesteada sería relativamente frecuente en el NO argentino y ha aparecido, a lo menos, en dos cementerios de San Pedro de Atacama y en el valle de Elqui.

El Torín es excepcional en atención a su complejidad, por cuanto se relacionan varios elementos culturales y ecológicos: múltiples estructuras funerarias; estructuras habitacionales y ceremoniales; campos de cultivo con canal de riego; vegas abundantes y elementos muebles que guardan relación con prácticas agrícolas como piedras molinos y manos de varios tipos; hojas líticas de herramientas agrícolas son un tipo más recurrente. A través de los abun-

ancestros = agricultura
estructurados

dantes restos óseos de camélidos recuperados en la excavación de los túmulos, se demuestran prácticas funerarias de manejo de animales domésticos y también de caza.

El sitio El Torín admite, entonces, dos interpretaciones en cuanto a su funcionalidad. Por una parte, la gran concentración de sepulturas tumuliformes, con y sin cuerpos incluidos; la presencia en el terreno triangular de sólo dos estructuras habitacionales o ceremoniales, una asociada al Sector de Abajo y la otra al Sector de Arriba; el pequeño espacio despejado de piedras para siembra ("la plaza"); las numerosas ofrendas de manos, hojas de herramientas agrícolas, huesos de camélidos entre otras que integraban el relleno de túmulos, permiten interpretarlo como un gran "campo santo", un centro ceremonial por excelencia que tendría un amplio radio de influencia en el ámbito cordillerano, con implicancias probadas hasta áreas puneñas.

La segunda interpretación, que se sustenta en la existencia de una acequia de regadío sobre la explanada (de supuesto origen prehispánico temprano?), en hojas líticas fraccionadas y metales hallados en superficie, es que El Torín haya tenido una funcionalidad mixta. Una, como indudable centro ceremonial, a través de prácticas importantes funerarias; y otra, como un sitio de explotación agrícola en pequeña escala y manejo pecuario en relación con las vegas circundantes. Tendría carácter estacional y seguramente sería esa la causa de la carencia de viviendas permanentes en el área.

Carrizalillo Chico-1¹⁹

(Véase Plano de planta. *Figura 21*)

Carrizalillo Chico es otro de los más importantes sitios del Complejo El Molle en el valle del río Pulido, con características de aldea. Lo descubrimos en 1976, pero sólo

en la década de los '80 lo estudiamos, después de terminada la exploración de El Torín. Me llevó a él por primera vez Sixto Aróstica.

Se trata de una aldea organizada en la ladera abrupta del flanco izquierdo del río Pulido, compuesta por más de un centenar de habitaciones o plataformas excavadas contra la pendiente del cerro, y de veinticinco túmulos funerarios. Integran el complejo aldeano campos de cultivo, acequias de regadío, una gran cantera de piedra andesítica y algunas pinturas rupestres bajo "casa de piedra".

El sitio se encuentra a 1.400 m s.m., 10 km de La Junta del Pulido y el Jorquera, al interior del primero, en coordenadas geográficas 28°07' LS -69°55' LW.

La excavación de las depresiones habitacionales ha demostrado que éstas poseen un escaso residuo de ocupación y pueden ser diferenciadas por áreas de actividades. Las que están situadas más altas, hacia el vértice del cono, se encuentran premunidas muchas veces de un pequeño muro de contención a valle, de una pirca seca de una hilada, y se presenta como talleres líticos donde se perfeccionaban las hojas de herramientas agrícolas de andesita. En cambio, otras son habitaciones dedicadas a los agricultores, a los que trabajaban la tierra. Mientras en las primeras lo relevante son los desechos de talla, en las segundas se encuentran cuchillones, hojas de palas y azadones enteros de andesita. En la superficie de la aldea se encuentran piedras molinos, prácticamente todas fragmentarias, y manos de granodiorita, por lo general elípticas biplanas.

Sin duda un rasgo muy importante de este componente de El Molle es su elaborada estructura funeraria que, conservando la idea básica de los grandes túmulos, en Carrizalillo Chico sufre una transformación

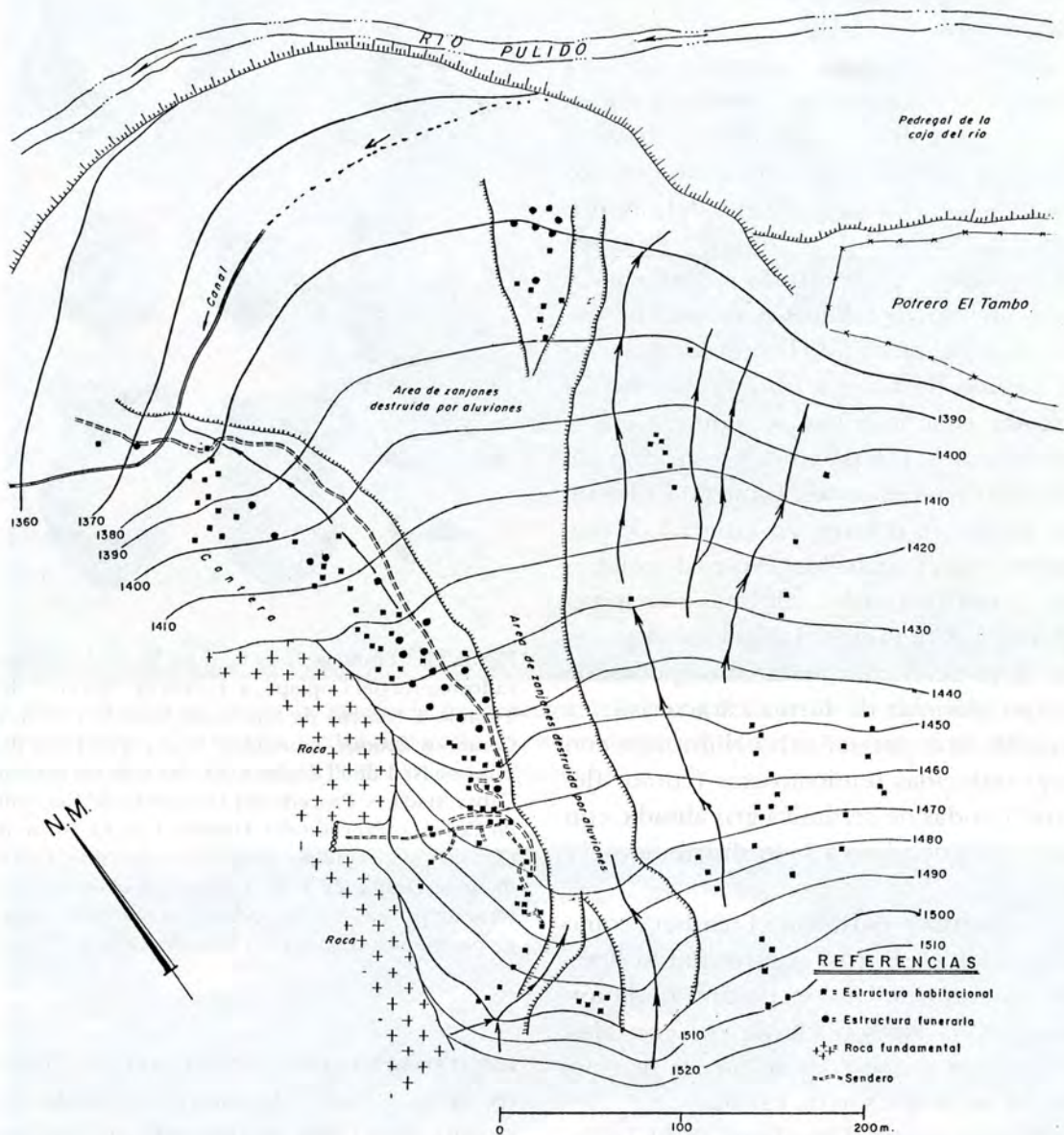


Figura 21. Aldea Carrizalillo Chico. Situado en la ribera izquierda o sur del río Pulido, afluente formativo del Copiapó, a 10 km aguas arriba de la Junta. Plano de planta general.

derivada, seguramente, de la excesiva pendiente del cerro. En efecto, casi siempre se construía una suerte de cilindro con un muro perimetral de dos hileras de piedras grandes, con una o más hiladas, el que constituía la parte aérea del túmulo. En el

fondo, muy abajo y en posición más o menos centrada, se excavaba en el suelo virgen una fosa del tamaño adecuado al fardo funerario y se colocaba en ella una estera de fibras vegetales donde éste se depositaba. La ceremonia de inhumación iba acompa-

ñada de fogatas, como en El Torín y otros cementerios.

Sobre una primera cubierta de piedra y de tierra se colocaba una especie de empa-
rillado de palos de algarrobo y sobre él
una gran cantidad de piedras de diversos
tamaños que rellenaba el resto del cilindro
inicial. La mayoría de los túmulos de Carri-
zalillo Chico son sepulturas individuales, y
los esqueletos de adultos aparecen en posi-
ción flectada de cúbito lateral o dorsal con
las piernas flectadas a un lado u otro. La
ofrenda, cuando la hay, se reduce a uno o
dos ceramios. Los párvulos y los recién na-
cidos van acompañados, como en El Torín,
por tierras de colores, en especial de pig-
mentos rojos y amarillos; a veces de collares
de cuentas discoideas calcáreas o de mine-
rales de cobre pulido. Las piezas alfareras
son de preferencia apuntadas o ápodas, de
cuerpo globular de forma característica y
también otras pequeñas botelliformes, con
bases reducidas semiconvexas (como “flo-
reros”), todas de cerámica gris alisada, con
un antiplástico fino y bien distribuido (*Fi-
gura 22*).

Los adultos portaban el tembetá como
adorno labial. Es casi seguro que lo lleva-
ban los varones. Uno es de tipo de botón
con alas, y dos son cilíndricos con alas.
Mientras el primero es de piedra marmó-
rea, los otros dos son de calcita.

En esta aldea, al igual que en El Torín,
aparecen túmulos sin esqueleto, o bien,
éste se desintegró a tal punto de no dejar
señales de su existencia, lo que sucede a
menudo con los recién nacidos.

En la superficie de la aldea, donde es
fácil reconocer los senderos que conducían
a las plataformas habitacionales, se encuen-
tra en relación a ellas un número considera-
ble de piedras de moler de excavación baja,
gastadas y fragmentarias, además de las ma-
nos o moletas. También del relleno de los

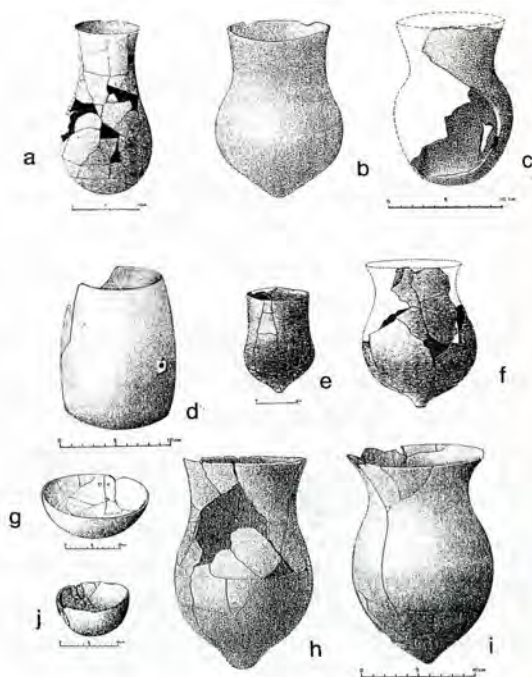


Figura 22. Cerámica típica de sitios Molle de la cuen-
ca formativa del Copiapó. a. Forma de “florero”, del
Túmulo 1 (único) de Quebrada Seca. b, e, f, h, i.
Ceramios ápodos apuntados. b. e i. Proceden del
Túmulo N° 1 de El Torín; e. y f. del Túmulo R-15 de
Cabra Atada. h. Procede del Túmulo 62 de Carrizali-
llo Chico. i. Procede del Túmulo 1 de El Torín. d.
Ceramio negro pulido en forma de barrilito. Proce-
de de la Tumba 21 de El Torín, pero debe conside-
rarse un préstamo cultural. g. y j. Ceramios en forma
de pucos, provenientes del Túmulo 21 de El Torín.

túmulos se han recuperado molinos. Empe-
ro, la mayor abundancia de artefactos co-
rresponde a hojas de herramientas agríco-
las asimétricas, especialmente de andesita
(*Figura 23*). Como se dijo, se las encuentra
enteras en los campos de cultivo y en rela-
ción a determinadas habitaciones; en cam-
bio, los desechos de su talla aparecen en
otros recintos donde seguramente se las
fabricaba.

Tanto en superficie como en algunas
habitaciones del sector alto se han encon-
trado piedras esferoidales de granodiorita
de tamaño bastante uniforme; de unos 5



Carrizalillo Chico-1. Vista al cono aluvial donde asienta la aldea del P. Temprano, desde la ribera derecha del río Pulido. A la derecha, se alza el pequeño aparato volcánico que da origen a la cantera, en cuyo pie se encuentra el taller. Al fondo, el cordón de Los Chanchos.



El valle del Pulido hacia aguas arriba del pie de monte de Cabra Atada.

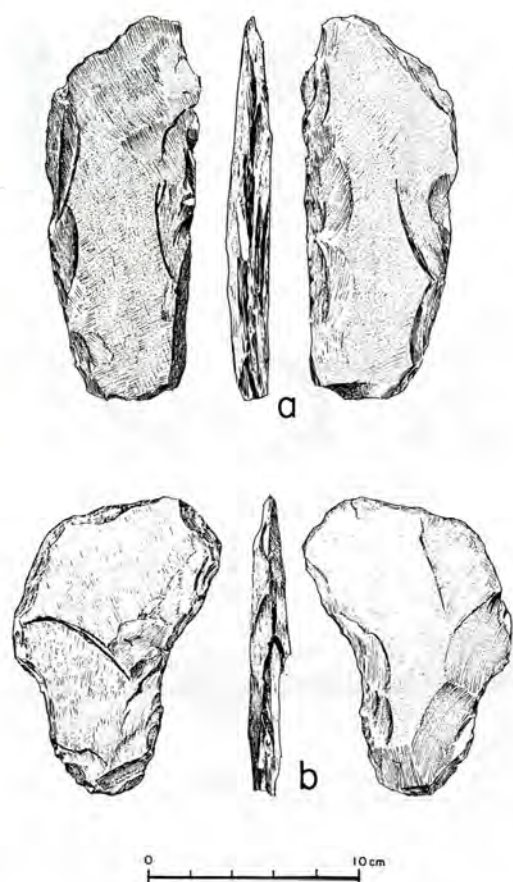


Figura 23. Hojas líticas de herramienta agrícola de Carrizalillo Chico. Ambas son de andesita y proceden de la Estructura habitacional N° 102.

cm de diámetro, que, según la experiencia recogida en los pucaros del norte, se interpretan como proyectiles para hondas.

De la ceniza del fogón de una de las mayores estructuras funerarias se recuperó un trozo minúsculo de tejido. Se trata de un fragmento frágil sin terminaciones, en el que se observa el principio básico de tejido a telar, con elementos de color claro y otro oscuro que componen la urdimbre y la trama, respectivamente. Las fibras son de algodón*.

*El estudio técnico de este textil fue hecho por July Palma, ex funcionaria del Museo Chileno de Arte Precolombino.

Por último, hay que agregar que recientemente se recuperó como ofrenda de un párvulo, un brazalete de cobre (*Figura 24*), una pinza miniatura de cobre (análoga a una de El Torín), y una pipa T fragmentada, característica del Complejo El Molle que hasta ahora no había aparecido. Un hallazgo notable, también como ofrenda de un recién nacido o quizás ¿un nonato?, fue un collar de más de veinte mil cuentas discoidales calcáreas que al hilarse arroja una longitud superior de 20 m. Se intercalan en él unas pocas cuentas de crisocola. Se exhumó junto a dos caracolas *peruviana*.

Los restos óseos recuperados se encuentran en tal forma destruidos que aún no ha sido posible una restauración ni avanzar algo en la diagnosis de los cuerpos. Comparativamente, los esqueletos de Carrizalillo Chico estaban más destruidos y difíciles de recuperar que los de El Torín.

La aldea de Carrizalillo Chico ofrece, aparte de los materiales que se identifican con el Complejo El Molle de Copiapó, minoritariamente fragmentos cerámicos que son más bien propios de La Turquía del valle del río Hurtado, tanto por la pasta como por la decoración rojo sobre crema. La plataforma habitacional N° 3, al ser excavada, arrojó este tipo de fragmentación cerámica, y un gran número de desechos de la talla de hojas de herramientas agrícolas. Estarían indicando contactos a distancia con la subcuenca del río Hurtado.

Lo que queda claro de las excavaciones hasta aquí realizadas en las plataformas habitacionales, es que esporádicamente algunas de ellas fueron ocupadas por otros grupos culturales posteriores en el tiempo. Así, se han encontrado fragmentos cerámicos del tipo La Puerta o Puntilla Blanca, propias del Complejo Las Ánimas del Período Medio; y también, fragmentos del tipo Punta Brava e incluso Copiapó Negro sobre

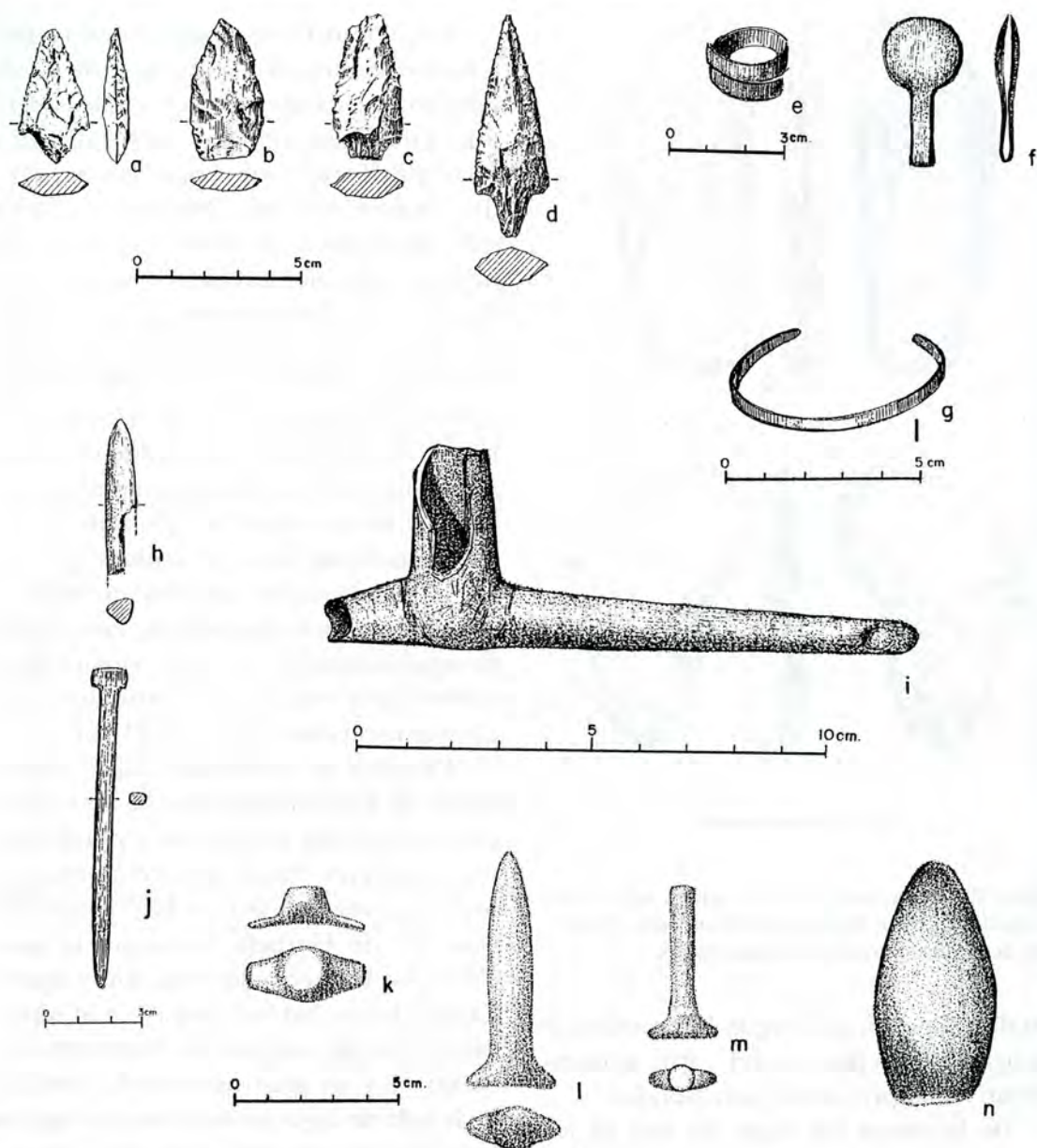


Figura 24. Carrizalillo Chico. Material ergológico proveniente de excavaciones. a-d. Puntas de proyectil. e. anillo de cobre. f. pinza depilatoria miniatura, de cobre. g. brazalete de cobre. h. extremo distal de un retocador (?) de hueso. i. pipa en forma de T invertida (fracturada). j. topu o prendedor de hueso. k, l y m. tembetás encontradas in situ. n. pulidor de cerámica, de piedra.

Rojo, idea que se refuerza con el hallazgo en superficie de puntas de proyectiles pedunculadas pequeñas y finas (Figura 25).

No cabe duda que el gran atractivo que motivaba estas reocupaciones fue la cantera de andesita que proveyó la materia prima

para las herramientas agrícolas no sólo en el Período Temprano sino con seguridad en el Período Medio, dada su abundancia en sitios representativos como Puntilla Blanca, Quebrada Seca, Llano de Los Pingos, Ojos de Agua entre otros. Además, se

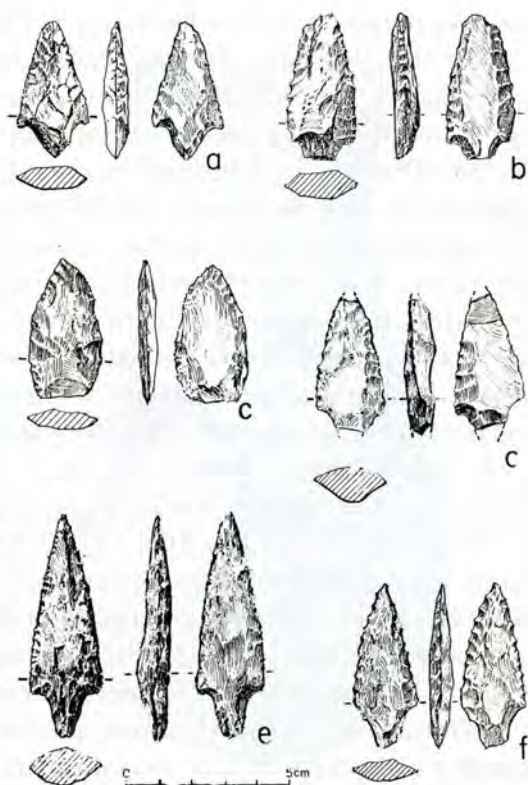


Figura 25. Puntas de Carrizalillo Chico, típicas del Complejo El Molle. Son pedunculadas, excepto C que es de base recta. Materias primas: pedernal, calcedonia y riolita.

sostiene como hipótesis que dicha cantera fue atractiva también para la ocupación incaica del valle, ya que las grandes piezas prismáticas talladas en andesita sólo tendrían ocupación conocida en los dinteles de los vanos de acceso de las construcciones incaicas como los tambos y pueblos arquitectónicamente estructurados de ese período.

La elección del sitio de asentamiento de Carrizalillo Chico en un lugar que ofrecía pocas comodidades de instalación, obedeció seguramente a la necesidad de proteger tan valiosa cantera de roca la que se encuentra a sus pies. El hallazgo de piedras huevillos aptas para ser usadas como proyectiles de honda, le confiere al sitio un

valor de topografía estratégica para la defensa.

La presencia de una sepultura tan grande en la parte más alta de la aldea con un personaje en su interior, protegida por un gran fogón o cenizal, indicaría que en la aldea había tal vez una jerarquía y que éste de la sepultura 62, habría jugado un papel de jefe de la comunidad en algún momento.

En el túmulo 50, de arquitectura muy bien estructurada con su brocal perfecto de doble hilera, apareció un enterratorio en contacto con palos de algarrobo y con una modalidad sin precedentes en los túmulos del Copiapó. Tenía sus cavidades torácica y abdominal rellena con hojas semicoriáceas de un árbol. Al someterlo a consideración de una botánica, llegó ésta a la conclusión de que se trataba de las hojas del litre, hoy inexistentes en ese valle. Pero además, tenía en el tórax una punta de proyectil que quizás haya sido la causa de la muerte. La descrita parece una reminiscencia de una costumbre del Arcaico en el Norte Grande, la de las momias de Preparación Complicada.

Túmulos de Ojos de Agua del Montosa¹⁹

El estudio en fecha 1989 de unos pequeños poblados tardíos suspendidos en una inflexión de la ladera izquierda del río Montosa, a 2,5 km aguas arriba de las casas de la hacienda Ojos de Agua y a 100 m sobre el fondo del valle, nos condujo al conocimiento de un área de actividad agrícola en el pie de monte de la misma ladera, con abundancia de hojas de pala de andesita y cerámica. Muy cerca de ellos, se encontraban dos estructuras tumulares, de poca apariencia debido al trajín de los animales. La excavación de una de ellas puso en evidencia tratarse de una estructura sin cuerpo —un túmulo simbólico—, como había sucedido

en El Torín y en Carrizalillo Chico pero en cuyo relleno aéreo había —como en aquéllos— manos de moler y huesos de camélidos. El otro túmulo fue fecundo en cuanto a enterratorio, ya que se encontró una superposición de dos cuerpos inhumados en dos niveles, separados por una camada de grandes piedras. El esqueleto superior o del Nivel I, se encontraba en posición genuflexa (hiperfectado) en decúbito lateral izquierdo, a 0,60 m de profundidad desde la superficie del terreno. Sobre los pies tenía la mitad de un puco hemisférico fraccionado en múltiples pedazos, de cerámica corriente. Llevaba un tembetá de botón *in situ*. La recuperación de los restos óseos fue muy magra debido a la humedad del terreno y al peso de las piedras del túmulo. Estaba asentado sobre una nueva camada de grandes piedras (Figura 27).

Por debajo de éstas, en un segundo nivel más profundo del enterratorio, muy aplastado por las piedras, aparece un individuo en posición genuflexa en decúbito lateral derecho. El cráneo estaba a 0,90 m de profundidad. Llevaba *in situ* un tembetá “de botellita” largo y curvo, en piedra negra con vetas de color ámbar (Figura 26f). El cuerpo estaba parcialmente calcinado y tanto éste como el anterior estaban acompañados por los restos de fogatas. No tenía ofrenda.

Las coordenadas del sitio son 24°14' LS' y 69°47' LW y su altitud 2.030 m s.m.

Túmulo de Quebrada Seca (Figura 26)

En el ala izquierda del cliff (mirado de frente) al interior de Quebrada Seca, sobre una gran cárcava que escinde el pie de monte había, según nuestro guía, con anterioridad a la gran lluvia de 1987 unos cuantos túmulos funerarios de poca altura, que fueron destruidos por el agua y rematados

por una maquinaria de las faenas agrícolas. Uno de ellos de apariencia muy deprimida, logró quedar más o menos intacto, el que fue excavado por nosotros en noviembre de 1989. Después de retirar una buena cantidad de piedras de tamaño considerable que gravitaban sobre el cuerpo, apareció éste en una fosa o depresión baja sobre una cama de barro batido y una estera en técnica de aduja que envolvía parcialmente el tronco. El esqueleto estaba decúbito dorsal con las piernas torcidas hacia la izquierda al igual que la cabeza. Sobre el tórax y el vientre tenía sendas piedras lajas grandes de $35 \times 20 \times 15 \text{ cm}^3$ y $16 \times 16 \times 10 \text{ cm}^3$. La primera tenía pigmentación rojo anaranjado en la cara de contacto con el cuerpo. Por otra parte formaban parte del relleno aéreo del túmulo, que en su sector a monte tenía una altura de 1 m sobre el cráneo, piedras grandes ordenadas de tamaño considerable. En esa pared expuesta se advierte una capa blanca de ceniza continua situada 83 cm sobre el cráneo.

Hubo una fogata en el momento de la inhumación que comprometió toda la parte ventral del cuerpo hasta el esternón; el brazo derecho en parte y todo su antebrazo; y la pierna derecha completa. La orientación pelvis-cráneo era de oeste a este, con la mirada dirigida al sur.

En los alrededores del cuerpo y sobre todo por debajo de él había restos de fogata (cenizas y carbón vegetal), de estera de fibra vegetal (junquillo) y barro endurecido.

Las ofrendas consistieron en: dos pipas en forma de T invertida, característica del Complejo El Molle, hecha de una piedra oscura silícea.

En el hornillo de esta pipa había una tierra quemada, que al ser examinada en el laboratorio de Botánica del M.N.H.N. no arrojó ninguna luz sobre el posible vegetal usado para fumar, como era nuestra espe-

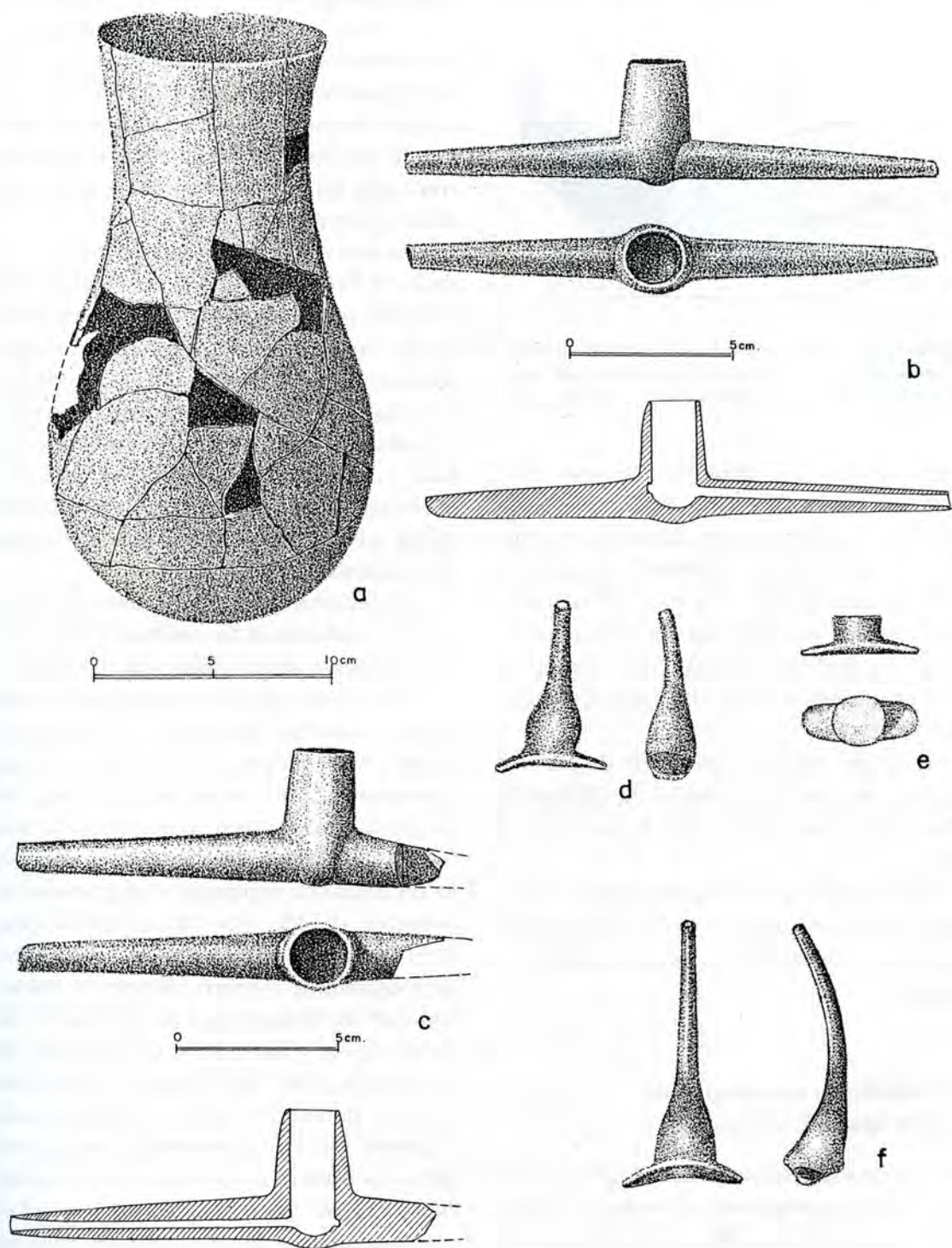


Figura 26. Material arqueológico del Período Temprano. a-d. Proceden del Tumor 1 (único) de Quebrada Seca. e y f. Del Tumor 2 de Ojos de Agua del Montosa.

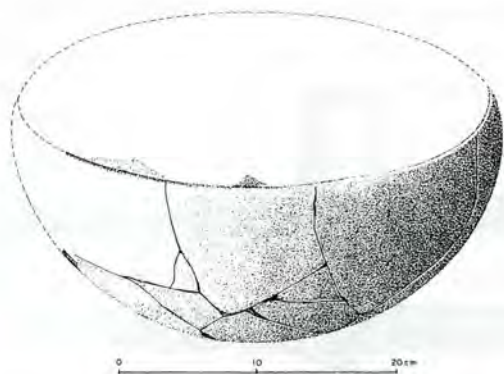


Figura 27. Puco de cerámica alisada gris semipulida. Ofrenda sobre las piernas del Esqueleto 1 del nivel Superior del Túmulo 2 de Ojos de Agua del Montosa.

ranza (Informa M. Muñoz). Vaso de cerámica corriente de forma de “florero”, sin asa. Base convexa, cuerpo globular y cuello esbelto ligeramente expandido. Superficie externa alisada del color café de la pasta, aunque más de la mitad de ella aparece negruzca derivada de una cocción diferencial, en ambiente más reductor en contacto con el fuego.

Este cantarito se encontró detrás del cráneo en posición parada. Se recuperó fraccionado, pero pudo restaurarse (*Figura 26a*).

Por debajo del cráneo apareció un tembetá curvo que tenía su extremo distal desaparecido, hecho de piedra silícea café ve-teada.

El Distrito Arqueológico de Cabra Atada²⁰ (*Figura 28*)

El así llamado Distrito Arqueológico de Cabra Atada corresponde al extenso piedemonte que se desarrolla por dos kilómetros en el flanco izquierdo del río Pulido, entre Iglesia Colorada y Carrizalillo Chico, en coordenadas representativas de 28°08' LS y 69°55' LW. Su altitud media es de 1.500 m

s.m. y queda a unos 12 km de La Junta. En él se encuentran los troncos mochos de numerosos algarrobos que otrora lo poblaron. Quizás este recurso —los *Prosopis*— sea la mejor explicación para justificar que por este territorio en el devenir histórico, pasaron todas las culturas agroalfareras que se desarrollaron en el valle.

La más antigua de estas culturas es sin duda el Complejo El Molle representado por una cincuentena de estructuras tumuliformes funerarias, dispuestas en tres agrupaciones sobre el piedemonte y un conjunto hasta de veinte plataformas escalonadas, labradas en la ladera abrupta vecina en el flanco derecho de la quebrada Cabra Atada; es ésta la que escinde en mayor profundidad el cerro y el piedemonte, en su extremo poniente.

Un levantamiento topográfico acucioso ha permitido situar los múltiples rasgos arqueológicos y geomorfológicos del distrito.

Este sector de Cabra Atada ofrece un rasgo geomorfológico que no es frecuente de encontrar en estos valles. Nos referimos a los restos de un paleolago, que dejó en ambas laderas sus huellas en forma de una franja de barro prácticamente horizontal. Es en el flanco izquierdo donde mejor se conserva, debido especialmente por estar libre del camino y del trájín que éste conlleva. Un tranque o muro efímero se habría formado en la angostura de separación de Cabra Atada y Carrizalillo Chico a raíz de un aluvión que “bajó” por una quebrada del lado derecho la que habría provocado el peralte y acumulación del lago temporal. Se harán esfuerzos por fechar esta singularidad, que de alguna manera tuvo relación con la ocupación humana. Requiere de un profesional especializado en este tipo de fenómeno que se interese.

El Período Medio también está bien representado con casas semisubterráneas

en un aldea. Volveremos a él en el próximo capítulo.

Finalmente el Período Tardío dejó en las orillas una buena cantidad de fragmentación cerámica dispersa, sin constituir un sitio estructurado. Sólo en el extremo poniente parece haber existido un pequeño tambillo, hoy completamente destruido por agentes naturales, especialmente por aluviones descendidos por la quebrada Cabra Atada.

El Período Temprano, que es el que aquí interesa, está representado en Cabra Atada en cuatro unidades o rasgos mayores localizados sobre el piedemonte.

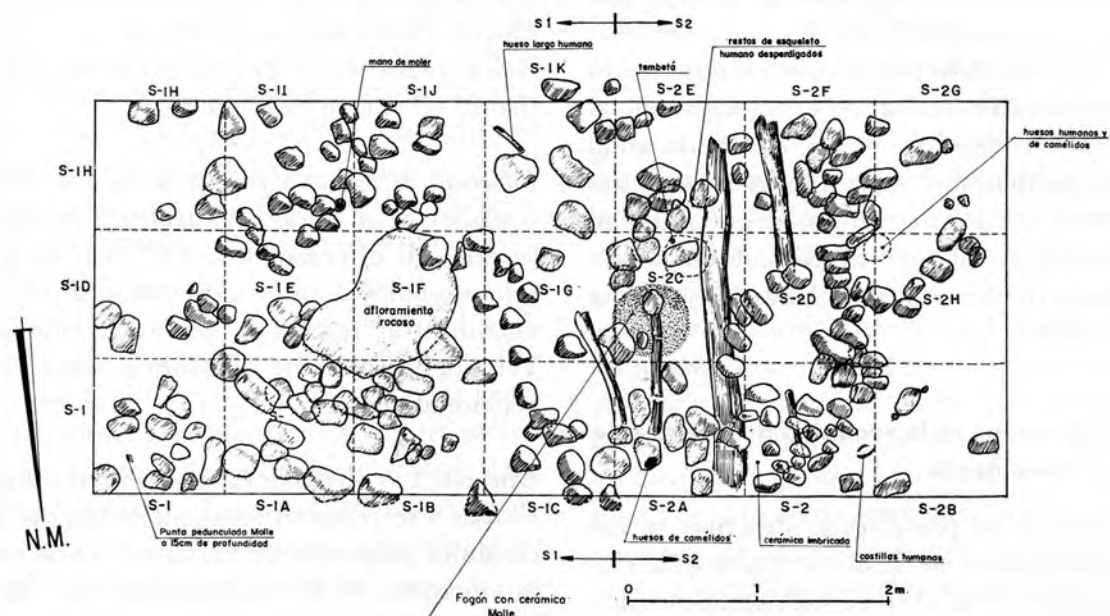
a) La aldea Cabra Atada

Está situada principalmente en la ladera derecha de la quebrada Cabra Atada, en su boca de salida al cono aluvial. Se manifiesta como dos agrupaciones de plataforma escalonadas en la ladera abrupta, separadas ambas por un gran "caballo" rocoso, un afloramiento de la roca fundamental que es el terminal de un dique. Eventualmente, una de estas plataformas, la número cero, se localiza en la ladera suave a la izquierda de la quebrada. De la agrupación más vecina a la quebrada forman parte las plataformas 1 a 4, y del segundo grupo, las numeradas de 5 a 17. Una característica de ellas es que a medida que se asciende por la ladera, disminuyen de tamaño y dejan de tener un muro de contención a valle. Estos andenes no se han explorado aún en su totalidad mediante excavaciones, pero en el escombros rodado pendiente abajo se han encontrado manos elípticas biplanas de granodiorita, piedras molinos fragmentadas, puntas espesas pedunculadas del típico padrón Molle; discos marmóreos pulidos, cuentas de collar, entre otros objetos que indican su condición de haber sido habitadas.

Se excavó un área central de la Plataforma 5 (P-5), que es la más grande del flanco derecho, con 19 m de largo por 10 m de ancho. La excavación puso de manifiesto a muy poca profundidad de la superficie aplanada sin accidentes, una "carpeta" de piedras grandes y medianas angulosas y gruesos palos de algarrobo atravesados, colocados horizontalmente. Se fueron encontrando algunos huesos dispersos de camélidos hasta terminar por ser una sepultura disturbada, seguramente por los aplanadores finales, con un enterratorio humano de un adulto acompañado de un camélido. Del esqueleto humano quedaba poco en posición anatómica, y el camélido estaba en su mayor parte en una posición no anatómica, situado lejos del humano, a unos 3 m de distancia hacia el oeste. Sobre el esqueleto humano había dos palos de algarrobo principales bastante gruesos. En las cercanías de una mandíbula humana y otros restos óseos se encontró un tembetá de piedra marmórea blanca del tipo discoidal con alas y los restos de un cantarito Molle corriente. En otra cuadrícula, apareció un fogón elíptico de 60 cm x 50 cm de pequeña potencia del cual se recuperó fragmentación cerámica corriente al parecer de un mismo cántaro. En otra cuadrícula se recuperaron otros objetos: una punta lítica pedunculada robusta, de típico patrón Molle (de Copiapó), de 48 mm de longitud y 20 mm de ancho al nivel de las aletas; una hoja lítica aovada de andesita, con diámetros de 20 y 15 cm con bordes astillados para conseguir una herramienta agrícola; cerámica cesteada o rugosa (*Figura 29*).

En la N° 4, en su extremo poniente se detectó un amontonamiento de piedras que al excavarlo resultó ser un túmulo funerario de un infante que estaba acompañado como ofrenda de un camélido juvenil y de un ceramio y llevaba una gargantilla de

EXCAVACION DE LA PLATAFORMA 5 1er NIVEL



NIVEL 2

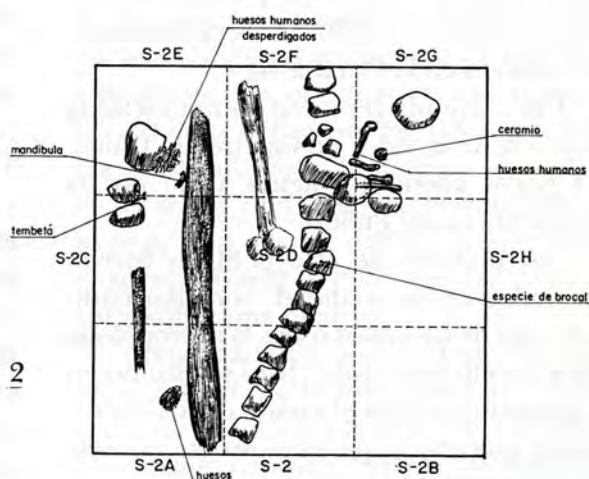


Figura 29. *Cabra Atada*. Plataforma 5 en proceso avanzado de excavación. Planta.

cuentas de crisocola. La fosa mortuoria labrada como un tronco cónico invertido tenía una boca elíptica de DO-W = 3,30 m y DN-S = 1,70 m y una profundidad de 1,0 m. Se le asignó el N° 51 (T-51).

El camélido estaba como inscrito en la fosa con su columna vertebral siguiendo el contorno inferior de ésta, rodeando así al cuerpo del niño, en estado bastante desintegrado. A lado del niño, se encontró un ceramio a mal traer, de pasta desmigable y forma de una ollita de labio ligeramente evertido.

b) Túmulos en la vecindad de la Aldea de Cabra Atada

Vecina a las plataformas descritas se encuentra una serie de nueve túmulos funerarios desde el 41 al 48 y el 43A situados a algo menor cota, a los pies del poblado. Ahora hay que agregar el N° 51, recientemente descubierto en la Plataforma 4.

Este conjunto repite en menor escala la situación de la aldea de Carrizalillo Chico, sita pocos kilómetros aguas abajo por la misma ribera del Pulido.

Los túmulos de este poblado fueron excavados en su totalidad, contribuyendo al rescate de los restos óseos la antropóloga física Loreto Solé, quien hizo su estudio en el gabinete, aunque el estado de los huesos es muy precario lo que impide obtener toda la información deseable.

Los nueve túmulos de las vecindades de la aldea de Cabra Atada, son individuales, o sea, son sepulturas destinadas sólo a una persona. Uno de ellos no tenía enterratorio (el 43A), repitiendo una situación vista tanto en El Torín como en Carrizalillo Chico.

Posición. En cuanto a la posición del cuerpo en el túmulo, todos se encontraron hori-

zontales; tres en decúbito dorsal, uno lateral derecho y dos en decúbito lateral izquierdo. Ninguno en situación ventral. Todos los de este sector están semiflectados o hiperflectados; ninguno estirado. La orientación pelvis-vértex es anárquica, no existiendo un patrón direccional.

Presencia de manos y piedras molinos u otros artefactos en el relleno. Contrario a lo que sucedía en el cementerio El Torín en el relleno de los túmulos que tratamos no se encontraron manos ni piedras molinos. Tampoco huesos de camélidos, salvo excepcionalmente.

Ofrendas. Las ofrendas en estos túmulos son escasas y se reducen fundamentalmente a ceramios pequeños de cerámica corriente monocroma, de formas globulares de "floreros" o apuntadas características. El túmulo 47, con un individuo de sexo femenino, estaba acompañado de dos ceramios. El niño del T-44, de la mitad inferior, de un ceramio apuntado. La ofrenda del niño del T-46 se componía de dos valvas de ostión (*Argopecten purpuratus*), de diferentes especímenes, bajo las cuales se encontró un trozo de cristal de roca y un pendiente de crisocola. Otras ofrendas de este niño fueron una punta de proyectil pedunculada y una concha de *Oliva peruviana*. Además llevaba una gargantilla de cuentas de crisocola.

En otros casos los niños tienen ofrendas de tierras de colores, como tantas veces se ha observado en otros yacimientos de la época.

Ajuar. Los objetos que llevan los cuerpos de los enterratorios de los túmulos que nos ocupan se reducen a collares de cuentas calcáreas o de mineral de cobre, y en algunos casos, los varones llevaban tembetá.

c) Túmulos del Pedregal

Al oriente de esta aldea de Cabra Atada sigue un sector amplio que llamamos El Pedregal a causa de la enorme cantidad de piedras que cubre el suelo, producto de la desintegración de la roca fundamental y su arrastre por las quebradillas. Hay aquí un área de túmulos funerarios, donde se han reconocido una decena de estas estructuras. La llamaremos el área de Túmulos del Pedregal.

Son los numerados 1, 2, 3, 3A, 4, 6, 8, más los 49 y 50 que se encuentran alejados de las plataformas suspendidas, más cerca del borde pedemontano y relativamente cerca también del Poblado del Pedregal del Período Medio. Las características en cuanto a grandes monumentos mortuorios no difieren sustancialmente de las anotadas para el grupo anterior. Sin embargo aquí se presentan algunos hechos inéditos que son dignos de destacarse y cuya excavación significó un gran desgaste de tiempo y energía requiriendo de toda la mano de obra disponible.

Túmulo 1: (Figura 30) Ocupaba un área de 88 m² de la superficie ligeramente inclinada del piedemonte. Aparecía como un emplantillado de piedras de tamaños considerables (10 a 15 dm³) con un espesor promedio de 0,60 m. Su extensión inusual y su fisonomía externa hacían pensar a algunos que podía tratarse de una construcción intencionalmente destruida al punto que no quedara ni un fragmento de muro en pie. Al excavar se manifestó como un auténtico túmulo funerario, aunque muy sui géneris. Formaba parte de este relleno de piedras, una piedra molino fragmentada de granodiorita.

En la mitad superior de esta gran "mancha", una vez retirada la piedra suelta se

hicieron presentes los restos de una fogata y una fosa mortuoria cuyo borde estaba indicado por un brocal de piedras alineadas (Aparece interrumpido en un sector, probablemente por defecto en la excavación.) Además, varios otros residuos de fogatas.

Al excavar la fosa con dimensiones aproximadas de 3,60 m de diámetro se presentó una segunda camada de piedras, debajo de las cuales aparecieron tres individuos. Uno (el N° 2) un varón adulto en posición decúbito dorsal estirado con los antebrazos flexionados con sus manos en los hombros. Estuvo parcialmente envuelto en una estera que fue incinerada. Llevaba como ajuar: una huincha metálica o cintillo en torno a su cráneo, con sus extremos en forma de cabezas de serpientes; un tembetá curvo in situ. Como ofrenda incorporada en su cuerpo en el pecho, bajo el hombro izquierdo, una pinza depilatoria de cobre de dos valvas circulares simples. El otro esqueleto (N° 1) correspondía a un camélido juvenil estirado, en situación más o menos paralela a la del varón. Sin duda una víctima sacrificada en su homenaje.

El tercer cuerpo (N° 3) pertenecía a un lactante casi recién nacido acompañado, como es habitual en estos casos, de tierra de color sobre una piedrita.

Como parte de la ofrenda se encontró en el relleno de la fosa, hacia su costado noroeste y a un poco mayor cota, un pequeño ceramio de tipo corriente que contenía huesos de camélidos y una hoja lítica tallada en piedra silíceas.

Asimismo, en el relleno se encontró un fragmento proximal del tubo inhalante de una pipa, de yeso, con orificio incipiente.

Tanto la construcción tumular, cuya formación llevaba implícita un gran despliegue de energía al trasladar más de 100 toneladas de piedra desde una distancia media de 30 m al sitio, las múltiples fogatas

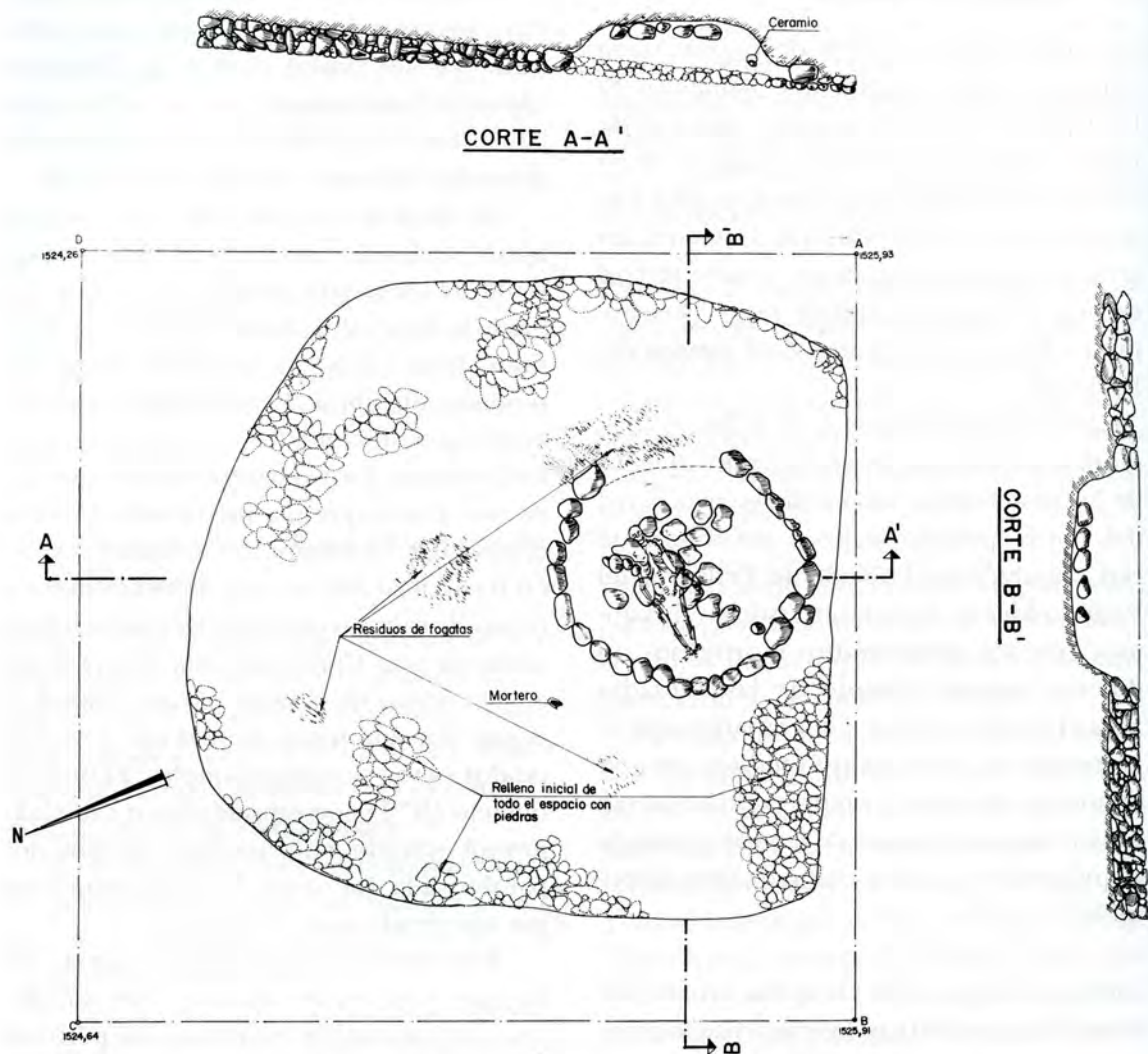


Figura 30. *Cabra Atada*. Tumbulo 1 - Planta. Es uno de los tumbulos del Pedregal, el mayor de todos.

ceremoniales así como el ajuar y la ofrenda, indican que se trataba de un personaje principal del valle del Pulido (*Figura 31*).

Los tumbulos 4 y R15, también resultaron ser sepulturas complejas con palos de algarrobos, tembetás discoidales grandes,

ofrendas de ceramios típicos, y envoltorios de esteras, una finas y otras de trama gruesa; conchas de ostiones y de caracoles, etc.

La limitación de espacio no permite entrar en todo el detalle que quisiéramos, que cada tumbulo se merece.

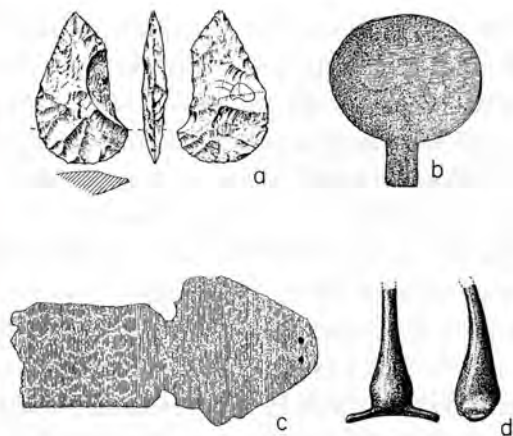


Figura 31. Parte del ajuar y ofrenda del personaje principal del Túmulo 1 de Cabra Atada, valle del Pulido. a. Hoja de cuchillo tallada en calcedonia, encontrada en asociación a un puco pequeño. b. Pinza depilatoria de dos valvas, de cobre. c. Terminación de cabeza de serpiente de la huincha metálica ceñida a la cabeza del muerto. d. Tembetá curvo de sílice negro (*in situ*).

d) Túmulos de los Barreales

La invasión de barro del paleolago a que se ha hecho referencia, se hacía más extensa en las ensenadas que se formaban en la desembocadura de las quebradas que descendían por el piedemonte. Las hemos llamado Barreales y a ellos está ligado el cuarto rasgo temprano, los túmulos de los Barreales.

En Barreal Ancho se encontraron 13 amontonamientos con apariencia de pequeños túmulos en tanto que en el Barreal de la Cantera hay hasta 8 de estos monumentos funerarios. Estos túmulos han sido hasta la fecha muy poco explorados, de modo que sólo pudimos hacer sobre ellos pocas observaciones. Al parecer se construyeron antes de la formación del lago temporal y habrían quedado semisepultados en sus orillas. Es una hipótesis que deberá investigarse más adelante con la cooperación de un geomorfólogo.

Tienen diámetros externos de 3 a 4,0 m

en promedio y altura de 30 a 40 cm sobre la superficie. Forman parte del relleno basuras, como huesos quebrados de mamíferos, conchas de moluscos, caparazones de erizo; carbonillo y abundante ceniza, y lo que es más significativo, piedras redondas de río (o piedras huevillo) y fragmentos cerámicos de tipo Molle corriente. En el Túmulo 28, el esqueleto estaba hiperflexado y llevaba *in situ* un tembetá de tipo botón, de piedra color marfil, todo lo cual indicaría que está correcta nuestra hipótesis de adscribir al Período Temprano este conjunto de estructuras funerarias sobre los barreales. Surgen sin embargo varias interrogantes. En primer lugar la diferencia estructural del túmulo respecto a los antes estudiados. Nos referimos al empleo aquí, en los barreales, de piedras de canto rodados en vez de las angulosas de aquéllos. Por otra parte el exceso de basuras y fogatas podría indicar que han sido habitaciones, algunas de las cuales sirvieron posteriormente para sepultura. Con la intensificación de las excavaciones podrán aclararse muchas de estas interrogantes.

OTROS SITIOS TEMPRANOS EN LA CUENCA DEL COPIAPÓ

La Semilla

La Semilla es el nombre de una hacienda de cordillera situada a 2.250 m s.m. en la confluencia del río Los Helados al Potro en coordenadas geográficas 28°26' S - 69°73' W.

Son terrenos más o menos planos sembrados actualmente de alfalfa. Según los habitantes del lugar habría habido algunos túmulos semejantes a los de El Torín, que fueron rebajados por el arado y el trajín de animales.

En este sitio se han colectado algunas

piezas líticas talladas, como puntas de proyectiles, raspadores y raederas, lascas, etc. También manos y piedras molinos; accidentalmente un tembetá; un disco de piedra marmórea pulido.

Todo lo expresado sitúa a La Semilla como otro sitio del Complejo El Molle, a sólo cinco kilómetros distante de El Torín, aunque lamentablemente destruido en forma irremediable por la actividad agrícola moderna.

Carrizalillo Chico-2

En las proximidades de Potrero Grande de la hacienda Carrizalillo Chico, esta vez sobre la margen derecha del río Pulido, encontramos los restos de un poblado suspendido en la abrupta ladera de este flanco en forma de plataformas escalonadas en un rodado, premunidas de muros de contención, que se apoyan por un extremo en un gran afloramiento de la roca madre. Son muy similares a las de la aldea de Carrizalillo Chico-1, situada en frente, en el flanco opuesto. Lamentablemente están muy destruidas como resultado de chubascos de gran intensidad caídos en la zona en los primeros años de la década del '80 que produjeron deslizamientos de los materiales sueltos y corridas de barro.

También en el pie de monte de ese lado había algunos túmulos aislados, hoy al parecer desaparecidos, y en el Potrero Grande, situado donde la falda del cerro se suaviza, en el borde externo del piedemonte, se han encontrado fragmentos cerámicos café alisados característicos del Temprano en la zona y, hojas de palas de andesita (una entera y otra fraccionada), del todo análogas a las ya conocidas.

Iglesia Colorada²¹

Sobre el cono aluvial de Iglesia Colorada se

han encontrado muy importantes ruinas arquitectónicas de dos poblados de la época incaica. Pero es tan grande, que esporádicamente suele encontrarse en algunas cárcavas abiertas por agua corriente objetos aislados pertenecientes a otros períodos culturales más tempranos, del Período Temprano y también del P. Medio. Al primero pertenece la pipa T miniatura ilustrada en *Figura 4a*, que constituye un innegable testimonio del paso de la Cultura El Molle. Con seguridad en el terreno en su estado original hubo túmulos u otros vestigios de este Período Temprano, los que habrían sido destruidos por el laboreo de la tierra agrícola.

La Cueva del León (de Carrizalillo Grande)

Uno de los más importantes yacimientos del curso medio del río Pulido está constituido por la llamada Cueva del León. Se abre en la mitad de la ladera izquierda del valle del río Ramadillas, afluente primario del Pulido, a 2.115 m s.m. de altitud. Es una singularidad del gran afloramiento de la roca terciaria de un aparato volcánico de naturaleza riolítica (o liparítica) que forma esa serranía de Carrizalillo Grande.

En planta tiene una forma bilobulada, determinada por un estrechamiento del sector medio. La longitud total de la cueva alcanza a 8,80 m. El ancho en el vestíbulo del fondo alcanza a 6,0 m; en la estrechura, a 2,40 m y en la boca, 5,20 m. La altura del techo desde su piso actual (antes de ser excavada) era de 2,15 m al centro y de 2,60 m en la boca.

Según la información de los lugareños, en esta cueva se refugian las cabras de la hacienda en los días de lluvia o tormenta; con ello se explica la existencia de una primera capa de guano que sella las ocupaciones prehistóricas.

El acceso desde el plano de los potreros alfalfados es muy pesado, ya que deben superarse los 100 m de diferencia de nivel, por una ladera pedregosa de gran pendiente. La excavación fue muy pesada y obligó a usar mascarillas especiales tanto a los dos arqueólogos que tomaron parte en estas faenas (G. Castillo y M. Cervellino) como al personal de cuatro operarios auxiliares.

La excavación puso de manifiesto que por debajo de los 40 cm de guano de cabra, había una potente ocupación compuesta por mucho material vegetal de plantas silvestres de la zona, como carrizo, paja brava y cola de zorro entre las gramíneas; molle, restos de brea, berraco, algarrobo, chañar y otras ramas de árboles y arbustos, pero por sobre todo hay que destacar la existencia de buena cantidad de semillas de plantas cultivadas, de mazorcas y granos de maíz amarillo y morado; de cucurbitáceas y porotos morados y overos (*Faseolus vulgaris*). Todo este material será entregado al peritaje de expertos. La existencia de gran cantidad de huesos de camélidos, es otro rubro digno de destacarse.

Entre el material arqueológico, producto de la industria humana, cabe señalar la existencia de más de medio centenar de instrumentos líticos, sobre todo una gran variedad de puntas de proyectiles en calcedonia, al lado de numerosas lascas pequeñas y astillas producto de la talla de la calcedonia.

Entrando en detalle, se puede distinguir entre las puntas dos tipos: triangular de base recta y triangular de base pedunculada. Cuchillos en semiluna y hojas bifaciales.

La industria textil está representada por cordelería y nudos de fibra vegetal, de lana de camélido y aun de pelo humano. Este rubro de la textilería será entregado para su estudio a un investigador argentino

que tiene experiencia en esta rama del saber en el Noroeste (San Juan, Mendoza), lo que será favorable para una comparación.

Entre los elementos transportados de larga distancia se cuentan fragmentos de conchas de moluscos del Pacífico y una valva completa de ostión.

En cuanto a objetos de adorno cabe citar un pendiente de concha de ostión y cuentas tubulares y discoidales de piedra.

La cerámica encontrada no es muy abundante. Es monocroma y ha permitido el diagnóstico de esta ocupación identificándola con el Complejo El Molle.

Una fecha radiocarbónica extraída en noviembre de 1994, sometida a proceso al Beta Analytic Inc. es consistente con esta adscripción cultural ya que arroja la cifra:

Beta - 79 733: 1940 ± 50 a.P. = 10 años ± 50 d.C.

Hasta aquí nos hemos referido más que nada a los sitios con carácter de aldea del Complejo de El Molle en el río Pulido, donde tenemos la mayor experiencia directa de estos últimos años, o a algunos túmulos más aislados, como los de Ojos de Agua del Montosa o de la quebrada Seca. En el Copiapó, una vez formado éste se han reportado los siguientes sitios, especialmente situados en el vértice de alguna quebrada que conocimos *de visu*.

1. **Quebrada de Viña del Cerro.** En el vértice de esta quebrada, que es la que rodea por el poniente el espolón de cerro donde se encuentra el Centro Metalurgista de este nombre, encontramos algunos años atrás (1968) un conjunto de seis túmulos funerarios en el vértice mismo de la quebrada, donde ésta nace pegada al cerro. En esa ladera observamos una plataforma al pie de la roca parecidas en su disposición general

a las de Carrizalillo Chico-2, pero quizás en menor escala. En una de ellas rescatamos un gran núcleo de basalto y otros desechos de trabajo de esta piedra. Los túmulos estaban muy recientemente saqueados, de manera que las excavaciones aparecían frescas. Repasamos los desmontes y los huecos, recuperamos algunos objetos menores como conchas de moluscos (locos y almejas) con restos de colorantes; un *pan* de colorantes rojo con aglutinante untuoso al tacto y fragmentación cerámica de tipo café alisado. Los trozos de ésta permitieron la reconstrucción de la mitad inferior de una pieza de forma globular pequeña, de un ceramio tipo "florero".

Otra quebrada lateral al curso medio del Copiapó, casi en su desembocadura en la margen izquierda del río, exhibía hace ya bastantes años una media docena de túmulos saqueados íntegramente.

Quebrada Chuzchamps⁶

La Quebrada de Chuzchamps es una de las tantas quebradas sin escurrimiento permanente que muere en el llano central entre Copiapó y el Huasco. Nace en las primeras estribaciones de la cordillera Andina y se desarrolla en forma paralela, inmediatamente al norte de la quebrada de Algarrobal, que es la más notable del interfluvio. Muere en las inmediaciones de la antigua estación ferroviaria de Punta de Díaz, después de cumplir un desarrollo de unos 25 km y de uno a dos km de ancho.

El reconocimiento de la quebrada fue hecho en 1955 con la asesoría de Clodomiro Tapia, trabajador de la mina Santa Luisa. Encontramos hasta cinco tumbas; de ellas sólo una estaba intacta. La revisión de las profanadas nos mostró huesos humanos dispersos; cuentas de malaquita, entre otros restos. La tumba N° 3 que era la que

se encontró intacta, estaba inscrita en un redondel de piedras plantadas de 2,5 m de diámetro. Dentro de esta delimitación hubo que retirar un buen número de piedras sueltas o semienterradas que formaban una especie de túmulo de baja altura. A los 0,60 m de profundidad apareció un esqueleto en posición decúbito lateral genuflexo orientado de norte a sur. Los huesos no se recuperaron por su mal estado de conservación. Sin embargo, junto a su mentón apareció un tembetá de piedra blanca, cilíndrico con alas. Fue el único objeto del enterratorio. Hay que agregar que todas estas tumbas estaban separadas unas de otras, a veces por varios kilómetros.

Finalmente, hay que comentar que el señor Tapia, nuestro guía, nos informó de otras cinco tumbas no tocadas en el interior de la quebrada, pero nuestra exploración sin él fue infructuosa.

* * *

En el rubro de las piezas sueltas atribuidas al Complejo El Molle, en primer lugar cabe citar la llamada Colección Lodwig, publicada en el Boletín del Museo Arqueológico de La Serena por Julio Montané²². La descubrió el autor en el Museo de Historia Natural de Valparaíso junto a muchos objetos del mismo donante. Se compone de 4 ceramios negro pulido, de los cuales tres son incisos con pintura blanca en las incisiones. Uno, el no inciso, es de forma de florero con una pequeña asa zoomorfa que más parece una aplicación al pastillaje en el borde. El cuarto es antropomorfo en posición sentada, con los pezones de los pechos pronunciados; los muslos desarrollados y aparece sin cabeza. Los otros dos son por su forma, vasos más comunes. El señor Lodwig rotuló su colección procedente de Caldera y del valle de Copiapó sin mayor especifica-

ción, y el autor del artículo piensa que son adscribibles al Complejo El Molle. A nosotros más nos parecen piezas importadas de la cultura Ciénaga, del NO argentino que pudo llegar al valle como préstamo cultural.

Para la costa de Atacama, se cita el hallazgo de piezas Molle en Los Infieles, 10 km al sur del puerto de Chañaral de Las Ánimas. Y en Los Médanos, 20 km al sur del mismo punto de referencia. También Caldera, Calderilla y Bahía Maldonado han entregado piezas reputadas como Molle²³.

Al interior del valle, se han reconocido en el pasado menos recientes vestigios del Complejo El Molle, visitados especialmente por Iribarren en 1956-58. Tales son la propia ciudad de Copiapó; el cementerio El Basural en el cerro Chancoquín; en la quebrada de Cerrillos y en la planta Elisa de Bordes.

Recapitulación sobre la presencia del Complejo Del Molle en el Valle de Copiapó

Se han reseñado en los párrafos precedentes tres importantísimos sitios del Complejo El Molle de gran magnitud, y otra docena de sitios de la Cultura de menor cuantía, algunos de los cuales se presentan mutilados sea porque han sido saqueados, o destruidos por aluviones u otros agentes naturales.

- El Torín, Cabra Atada y Carrizalillo Chico. Esos tres sitios a que nos referimos, se mantenían intactos prácticamente después de su abandono por sus primitivos habitantes. El aislamiento relativo en que se mantuvieron en la soledad de la cordillera andina y el respeto que los pobladores de sus valles intermontanos observaron por los antepasados, favore-

cieron su preservación. Esta circunstancia de encontrar sitios no tocados por la mano del hombre nos han enseñado mucho más de lo que se sabía de los verdaderos aportes de la Cultura del Molle, al menos dentro de la cuenca del Copiapó. Estos aportes se pueden sintetizar de la siguiente manera:

- Los portadores del Molle han demostrado ser gregarios y se agrupan en aldeas bien estructuradas. La superestructura de las habitaciones se supone era de material ligero de la cual no queda vestigio, como ramas, palos, cañas, totora, cueros u otros.
- Se ha demostrado que cuando el terreno en que la aldea asienta, es inclinado más de la cuenta, la infraestructura está constituida por una plataforma medio excavada contra el cerro. Muchas veces ella ha sido provista de un pequeño muro de protección en el borde que mira a valle.
- En estas aldeas los habitantes "viven" con los muertos. Queremos decir con ello que los grandes monumentos funerarios que son los túmulos están insertos entre las habitaciones. Esta modalidad se pierde en el Período siguiente, en el Medio, donde hay una neta separación entre estructuras habitacionales y cementerio.
- Los párvulos de El Molle tienen en la práctica de funebria un trato igualitario respecto a los adultos. Aunque el hecho que presenten ofrendas de collares, tierra de colores, conchas de moluscos, podría a veces implicar un trato preferencial.
- La experiencia recogida en Carrizalillo Chico, con sus túmulos 50 y 62, y sobre todo en Cabra Atada, en el inmenso Túmulo 1, indica que dentro de la sociedad había una jerarquía, un señor

principal, en cuyo enterratorio se había gastado mucho más energía que en el resto.

- Está demostrada la actividad agrícola a través del hallazgo de herramientas destinadas a este fin como son las hojas de palas y azadones de piedra. Se las encuentra en los campos de cultivo, en lugares en que se las perfeccionaba y en las canteras de donde se extraía la materia prima y se hacían las preformas. La agricultura se ejercía con regadío artificial a través de acequias que derivaban agua de quebradas laterales y a veces del río mismo. Cultivaban cucurbitáceas, poroto, la quínoa y el maíz.

- Colectaban con diferentes fines (de hacer bebidas, hacer harinas, etc.), vainas de algarrobo; frutos de pimienta boliviano; drupas de chañar; semilla del carbonillo.

Para molerlos disponían de piedras, molinos o conanas. No se han encontrado, sin embargo, piedras tacitas o morteros en roca ni en Copiapó ni en el Huasco. Hay que llegar al interior de Elqui y del Limarí para encontrar asociados a sitios Molle tales artefactos.

- Otra actividad probada era la crianza de llamas. Posiblemente criaban también el cuy y una raza de perro.
- Aunque no se ha probado la existencia de un proceso metalúrgico propiamente tal, con fundición de minerales, los portadores del Complejo El Molle, demostraron una decidida destreza en el martillado de los metales nativos, especialmente el cobre, obteniendo toda clase de objetos de adorno corporales y emblemáticos, amén de objetos útiles como agujas, pinzas depilatorias.
- En el trabajo de la piedra alcanzaron una gran perfección. El tembetá y la pipa en T invertida son testimonio de

ella. A ello se une la elaboración de cuentas de collares y pendientes de minerales de cobre; discos de piedra mármorea delicadamente pulidos. Continuaron tradiciones del Arcaico en el trabajo de la piedra tallada y, también, de la concha.

- Otro aspecto que se puede inferir de las excavaciones es el acentuado ceremonialismo que se advierte a través de la tarea de confeccionar el túmulo mortuario; el encendido de fogatas y muchas veces la incineración de las esteras en que se envolvía el cuerpo; sacrificio de camélidos que acompañan al difunto; emparrillado de palos de algarrobo.
- Fueron sin ninguna duda los portadores de El Molle los primeros ceramistas del Norte Chico. En Copiapó, sin embargo, la cerámica no alcanzó la excelencia que se obtuvo en Elqui o en el Limarí, en cuanto a formas y decoración.
- La pipa de la forma de una T invertida atestigua la costumbre de fumar. Aunque no se ha tenido la fortuna de poder analizar la sustancia que fumaban, es factible de pensar que se trataba de una sustancia psicotrópica. La acción de fumar estaría asociada muchas veces a los actos rituales y ceremoniales.

A manera de epílogo, diremos que los portadores de la Cultura de El Molle desaparecen. En el territorio que ocupaban en los primeros 700 años de la era cristiana surge con un significativo cambio cultural, el Complejo Las Ánimas, base del desarrollo Diaguita Chileno. Los tembetás pierden su valor cultural y son considerados objetos raros, a veces empleados como amuletos para llevarlos colgados. Los valores culturales de identidad del Molle han desaparecido. Seguramente el cambio no fue exento de fricciones, lo que explicaría la existencia

de sitios tanto Molle como Ánimas situados en posiciones estratégicas defensivas.

Las diferencias con que se presenta El Molle en las distintas cuencas pueden deberse a diferencias cronológicas, aspecto que no está bien dilucidado hasta ahora; y también debidas a distintas influencias derivadas de la posición geográfica. En los valles del norte de la zona como es el de

Copiapó, la presencia de herramientas agrícolas de piedra, de una agricultura más tecnificada y de un asentamiento francamente aldeado, deriva de contactos con la Puna con la cual hay más proximidad. En cambio la sofisticación de la cerámica en los valles de Elqui y sobre todo del Limarí y Choapa comparte características que al parecer provienen de la Zona Central.

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO

1. NIEMEYER F., H.; G. CASTILLO y M. CERVELLINO. *Los primeros ceramistas del Norte Chico. Complejo El Molle (0-800 d.C.)*. En: PREHISTORIA de Culturas de Chile. Editorial A. Bello, pp. 227-262, 1989.
2. NIEMEYER F., HANS. *Prehistoria de la Región de Coquimbo. II Parte: Culturas Agroalfareras: Complejo El Molle, los primeros agroganaderos del Norte Chico* (Tema de Divulgación Cultural). *Revista Impulso* Año 2, N° 2, Santiago, pp. 36-56, 1997.
3. CORNELLY, FRANCISCO. *Cultura Diaguita Chilena y Cultura El Molle*. Editorial del Pacífico. Santiago. 1956.
4. CASTILLO G., GASTÓN; IVO KUZMANIC. *Registro de colecciones inéditas del Complejo Cultural El Molle*. Boletín N° 17 del Museo Arqueológico de La Serena, pp. 122-231, 1981.
5. QUEVEDO K., SILVIA. *Análisis de los restos óseos humanos del yacimiento arqueológico de El Torín*. Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología. pp. 159-178. Museo Arqueológico de La Serena. 1982.
6. NIEMEYER F., HANS. *Investigaciones Arqueológicas en el valle del Huasco*. Museo Arqueológico de La Serena. Notas del Museo N° 4. 1955.
7. IRIBARREN CH., JORGE. *Nuevos hallazgos arqueológicos de la Cultura El Molle*. I. Cementerio indígena de Hurtado en el margen sur del río (La Turquía A). II. Yacimiento km 25 del valle de Elqui. *Revista Universitaria*, Año XXXVII, N° 17, 1952. Universidad Católica de Chile, 1952.
8. MOSTNY, G.; H. NIEMEYER. *Arte Rupestre Chileno*. Ministerio de Educación. Serie del Patrimonio Cultural Chileno. Santiago. 1983.
9. NIEMEYER F., H.; D. BALLEREAU. *El arte rupestre del Cerro La Silla*. (En prensa). Trabajo presentado al Simposio Internacional de Arte Rupestre de Arica. Nov. 1995.
10. BALLEREAU, D.; H. NIEMEYER y E. PIZARRO. *Les gravures rupestres de la quebrada Las Pintadas de Marquesa, Norte Chico, Chili*. Editions Recherche sur les civilisation, Paris. 1986. Cahier N° 18, 1986.
11. STRUBE, LEÓN. *Arte rupestre en Sudamérica con especial descripción de los petroglifos de la provincia de Coquimbo, Chile*, 44 pp., Concepción. 1939.
12. AMPUERO, G.; M. RIVERA. *Excavaciones en la Quebrada El Encanto, Depto. de Ovalle (Informe Preliminar)*. En: "Arqueología de Chile Central y áreas vecinas". Actas del 3^{er} Con-

- greso de Arqueología Chilena, Viña del Mar, 1964.
13. NIEMEYER F., HANS. *Cultura El Molle de río Huasco, Revisión y Síntesis*. En: Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena, pp. 295-320, 1979.
 14. IRIBARREN CH., JORGE. *Arqueología en el valle del Huasco, prov. de Atacama*. Revista Universitaria Años XI y XLI, N° 1. Anales de la Acad. Chil. de Ciencias Naturales N° 20, 1955-56. Universidad Católica de Chile. Santiago, pp. 175-191, 1957.
 15. IRIBARREN CH., JORGE. *Arqueología en el Norte de la Provincia de Coquimbo (Área de Gualcuna y Piritas)*. En Boletín del Museo Arqueológico de La Serena N° 10, 1959.
 16. IRIBARREN CH., JORGE. *Correlaciones entre las piedras tacitas y la Cultura el Molle. La Totorita, sitio arqueológico en el valle de Elqui*. Boletín del Museo Arqueológico de La Serena N° 12, 1962.
 17. IRIBARREN CH., JORGE. *Arqueología en el valle de Copiapó* (con la colaboración de H. Niemeyer y C. Campbell). *Revista Universitaria*, Año XLII. Anal. de la Acad. Chil. de Ciencias Naturales N° 22, 1958. Universidad Católica de Chile. Santiago, pp. 167-195, 1958.
 18. NIEMEYER F., HANS; MIGUEL CERVELLINO, 1982: *El Torín, un sitio temprano en la cuenca alta del río Copiapó*. Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena, pp. 159-178. Museo Arqueológico de La Serena, 1982.
 19. NIEMEYER F., H. et al. *Los Períodos Temprano y Medio en la cuenca del río Pulido, Provincia de Copiapó, III Región de Atacama*. En: Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Santiago, 1988.
 20. NIEMEYER F., H.; M. CERVELLINO y G. CASTILLO G., 1991: *El Distrito Arqueológico de Cabra Atada. Síntesis del Desarrollo Prehispánico en el valle del Pulido, Provincia de Copiapó*. En: Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, realizado en Temuco en 1991.
 21. NIEMEYER F., HANS et al. *Estudio del Período Tardío en la cuenca del río Copiapó, III Región de Atacama*. Informe Final del Proyecto FONDECYT 1930001. Marzo 1996.
 22. MONTANE M., JULIO. *Cuatro ceramios Molle de Copiapó*. En Boletín N° 12 del Museo Arqueológico de La Serena, 1962.
 23. CERVELLINO, MIGUEL. *Apreciaciones de la Cultura El Molle en la Región de Atacama, Chile*. En: Contribución Arqueológica N° 2, Museo Regional de Atacama, Copiapó, 1981.

Capítulo V

EL PERÍODO MEDIO

COMPLEJO LAS ÁNIMAS*

INTRODUCCIÓN

En el V Congreso Nacional de Arqueología que se realizara en La Serena el año 1969, el arqueólogo Julio Montané presentó a la consideración de los asistentes una interesante novedad respecto a la secuencia cerámica de la zona¹. Tenía a la vista las colecciones Molle del Museo, que ocupan el Período Temprano de la secuencia; sin ninguna duda tenía ante sus ojos las colecciones de cerámica que en la secuencia de don Francisco Cornely ocupaba el Período Tardío con sus fases de Transición y Clásica. De esta secuencia, sin que se tocaran, había múltiples comprobaciones. ¿Y el Período Medio, cuál cerámica lo representaba?

La observación de las piezas coleccionadas en el Museo le dieron la clave. En el orden tradicional al Diaguita Transición antecedía la fase Arcaica, postulada por Cornely, a la cual se le suponía cierta contemporaneidad de traslapo con la Cultura de El Molle. La continuidad de las fases de Transición y Clásica había sido fehacientemente comprobada en excavaciones estratigráficas de Punta Teatinos, Los Pozos de Puerto Aldea y Punta de Piedra². El "Arcaico", según Montané no debía ser incluido en la Cultura Diaguita, que se desarrolla del año 1000 en adelante, y propuso la denominación de Ánimas en vista de que esa cerá-

mica era por su data del Período Medio y fue exhumada por Cornely en un cementerio de la quebrada Las Ánimas. Dicha quebrada le cae al Elqui por su ribera izquierda a unos 20 km de La Serena. Definió cuatro tipos Ánimas, encontrando en los dos primeros, Las Ánimas I y Las Ánimas II, características ceramológicas cercanas al desarrollo Molle. Los tipos Ánimas, cubrirían, pues, el reclamado Período Medio, del 700 al 1000 d.C. Montané ya intuía que estas cerámicas tenían influencias marcadas del Noroeste Argentino, de las Culturas Ciénagas o Aguada. El tiempo le ha dado la razón. Las excavaciones realizadas en La Serena, por G. Ampuero³ y las del Cementerio de la Plaza de Coquimbo⁴, ya tenían algo aclarado esa postulación. Ahora con nuestras propias excavaciones en el valle de Copiapó se ha terminado de esclarecer, como veremos.

El año 1969 Jorge Iribarren cuenta sus experiencias en Copiapó en unas excavaciones de prueba que realizó en Tres Puentes y en La Puerta donde descubrió una cerámica que le pareció "con influencia argentina"⁵. Tenía por característica esencial un color negro brillante en su interior y color café-crema en el lado externo, acusando doble estándar en el medio de cocción. El negro interior se conseguía en un medio reductor. En la cara exterior había muchas veces decoración en negro sobre el

*Autor de capítulo: Hans Niemeyer F.

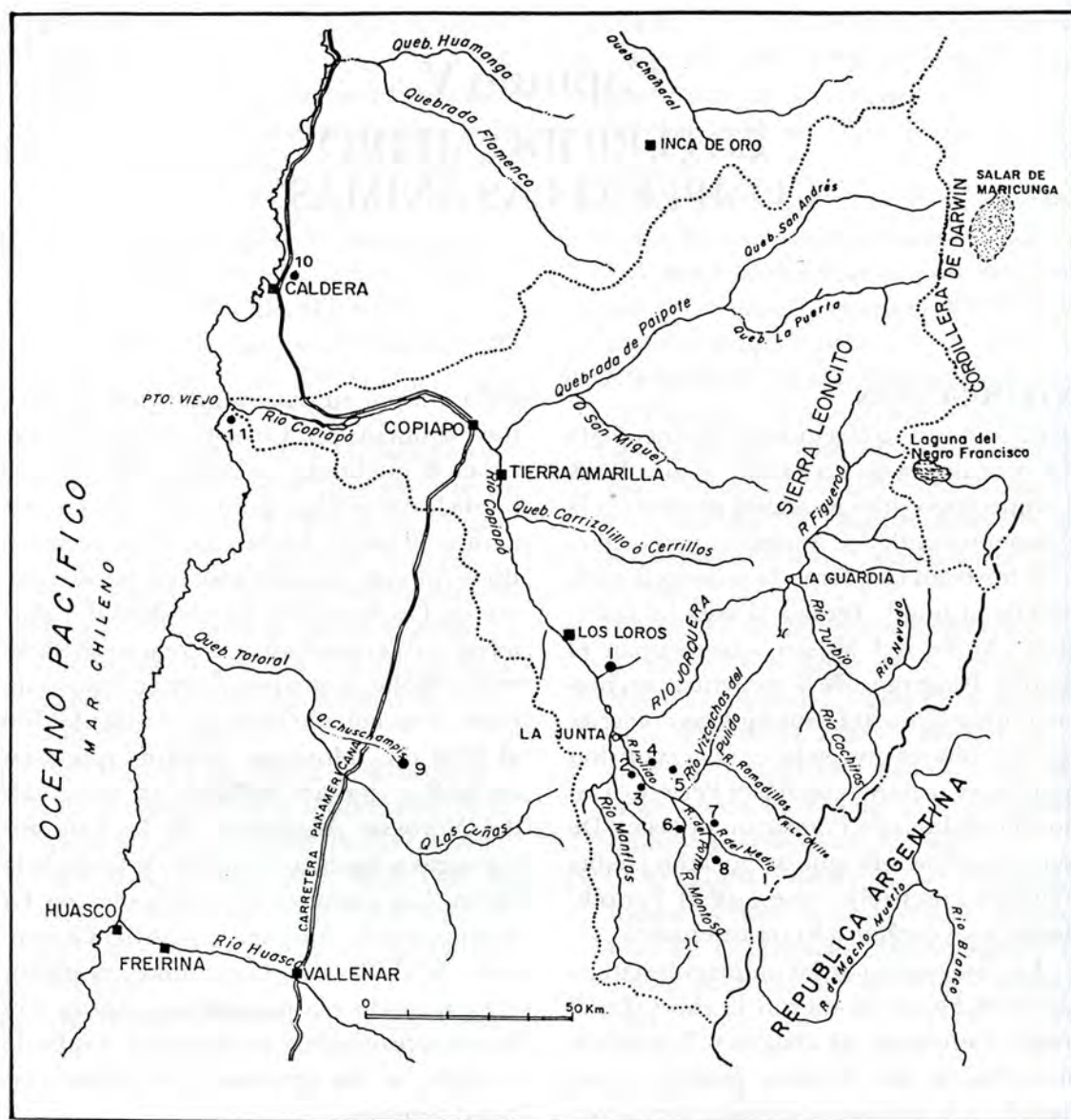


Figura 1. Situación de La Puerta en el curso medio del valle de Copiapó. Distribución de otros sitios de los períodos Temprano y Medio en esa cuenca y en áreas aledañas de la Región de Atacama.

P. Temprano: 1. Quebrada Viña del Cerro. 2. Carrizalillo Chico-1. 3. Cabra Atada (túmulos). 4. Carrizalillo Chico-2. 5. Quebrada Seca (túmulo). 6. Ojos de agua del Montosa (túmulos). 7. La Semilla. 8. El Torín. 9. Quebrada Chuschampis.

P. Medio o ánimas: 10. Chancoquín. 11. Finca de Chañaral. 12. Quebrada de Las Pinturas. 13. Vega Redonda. 14. Tres Puentes. 15. La Puerta. 16. Quebrada Seca (Pucara). 17. Pucara Puntilla Blanca. 18. Llano de los Pingos. 19. La Ollita A. 20. Rincón de la Flecha 3. Cabra Atada. Poblado Loma del Pedregal.

crema. Por otra parte, la cerámica que habíamos colectado en los pucaros de Puntilla Blanca frente a Iglesia Colorada y de Quebrada Seca, que eran muy parecidas entre sí, se la mostró a una arqueóloga argentina discípula del Dr. Rex González, quien calificó la muestra similar a las que ellos llaman Aguada Decadente. Cuando en 1987 Gastón Castillo ya incorporado al grupo, conoce la cerámica de los pucaros antes citado, inmediatamente nos confirma que son obras del Período Medio. En 1989, en La Ollita A, volvemos a encontrar la misma cerámica en círculos de piedra plantadas a la orilla de la vega. En 1989-1990 hallamos una aldea de habitaciones semisubterráneas en el pie de monte de Cabra Atada, de manera que se iba acentuando el convencimiento de que estábamos en presencia de una fuerte ocupación del valle del Pulido por portadores del Complejo Ánimas. En Coquimbo, entretanto el trabajo de maquinaria pesada había dejado al descubierto un extenso y rico cementerio situado al pie oeste de lo que era el cerrito rocoso de La Cruz, en el corazón mismo de la ciudad, al lado de la Plaza de Armas^{4*}. Pertenecía sin duda a la Cultura Ánimas del Período Medio. Acusaba una fuerte amalgamación entre el pueblo y los camélidos, a tal punto que las sepulturas mostraban entierros humanos yuxtapuestos a camélidos en sus tumbas. Una vez, hasta cinco animales "abrazados" al esqueleto humano. Mostraba también una gran riqueza ergológica y una vocación marítima, aspecto este último que nunca se vio en el Complejo El Molle que le precedía en el tiempo. Pariente cercano de esta población Ánimas de Coquim-

bo era el nivel más antiguo de la ocupación de los Pozos de Puerto Aldea, excavado en 1960 por J. Montané y H. Niemeyer² y cuyos materiales, producto de esa excavación se conservan en bodega del Museo de La Serena.

Vamos a dar a continuación con cierto detalle una descripción de los principales sitios del Complejo Ánimas de Copiapó, la mayoría de los cuales fueron excavados por el grupo de trabajo o por algunos de sus miembros. Seguimos el orden en que se hizo su estudio.

EL PUCARA DE PUNTILLA BLANCA

(Figura 2)

El sitio Puntilla Blanca había sido descubierto y reconocido por H. Niemeyer en 1968, y practicada en él una colecta de superficie en 1971 y 1974. Las excavaciones de prueba y una intensificación de las colectas de superficie se hicieron en abril de 1987⁶.

Se levanta en coordenadas 28°08' LS y 69°53' LW, frente el cono de deyección de la quebrada Iglesia Colorada, en un espolón yuxtapuesto de la ladera derecha del valle del Pulido. Se compone de materiales graníticos sedimentarios —maicillo, arena, arcilla, piedras y hasta bloques rocosos— que le confieren su color blanquecino, el que contrasta con el pardo rojizo de la roca fundamental mesozoica a la cual adhiere. El contacto entre la formación plutónica —origen seguramente de los materiales de la "puntilla"— y la roca metamórfica se encuentra muy cerca, coincidente con las casas de la hacienda Iglesia Colorada. La formación que nos ocupa, que constituye la Puntilla Blanca, se manifiesta como un espolón de cerro de considerable altura, de más de 50 m sobre el río, y ofrece un flanco en barranco, a pique al valle. Por el lado

*Su excavación científica fue abordada por el Museo de La Serena dirigida por G. Castillo. El cerrito de la Cruz prácticamente hoy no existe por el avance de la construcción moderna.

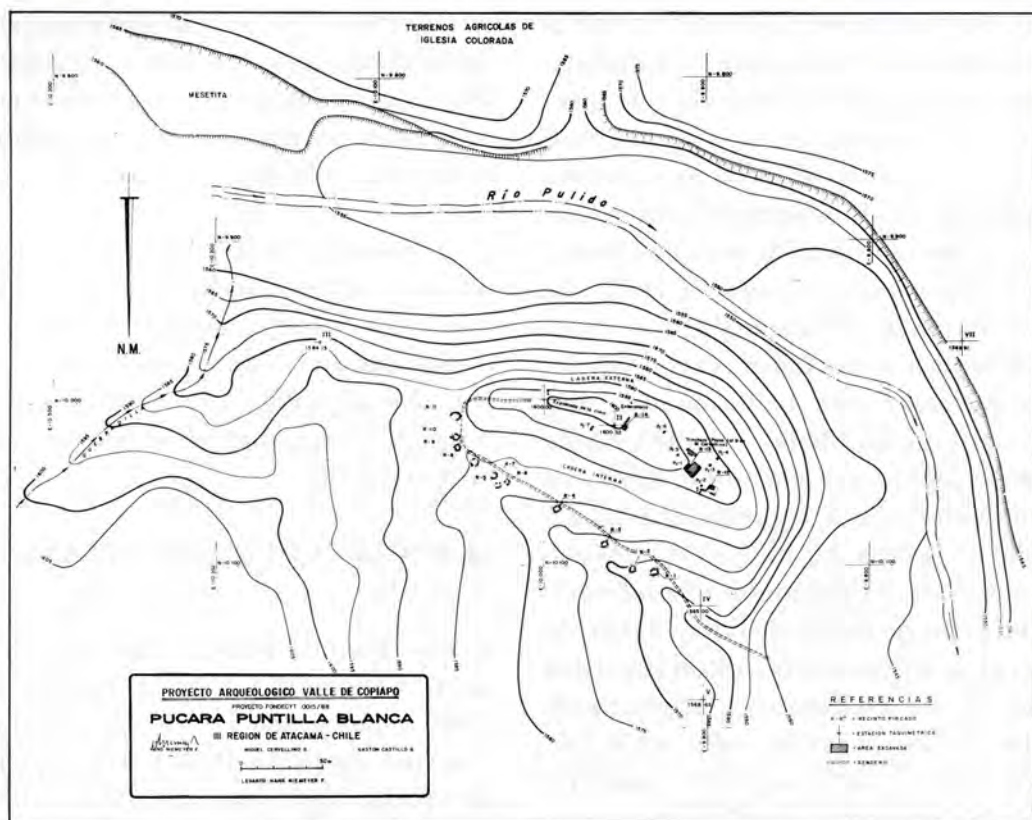


Figura 2. Pucara de Puntilla Blanca. Planta.

norte presenta un faldeo inclinado, de mediana pendiente, que termina hacia abajo en la vaguada de una quebradilla que deslinda la “puntilla” de la roca fundamental. En la cima de la Puntilla Blanca existe una explanada de mediana amplitud y en ella se encuentran dos estructuras cuadrangulares delimitadas por una hilera de piedras, de una hilada. En la ladera interior se dejaban ver años atrás restos destruidos de plataformas escalonadas en cuya superficie se coleccionaron muchos trozos cerámicos y abundaban las piedras-molinos, manos de molienda, y hojas de herramientas agrícolas. El chubasco de 1987 destruyó en gran medida este sitio de habitación, de mucha actividad otrora.

A lo largo de la quebradilla interior, en

su ceja del “lado blanco”, se disponen hasta once estructuras de piedras plantadas, hoy muy deterioradas por excavaciones clandestinas, que jalonan el sendero que constituye el único acceso natural del poblado¹⁰.

La situación estratégica de este poblado, su difícil accesibilidad por una sola vía que estaría defendida desde las once estructuras citadas, como verdaderos baluartes, nos movió a considerarlo un auténtico pucara o sitio defensivo. Por otra parte, la abundante fragmentación cerámica de un tipo diferente al diaguita chileno y al de aculturación diaguita-inca y más bien semejante al tipo que Iribarren (1976) llamó La Puerta nos hizo pensar que se trataría de una instalación del Período Medio que fue lo que se postuló en el Proyecto y se ha



Pucara de Puntilla Blanca, en el flanco derecho del río Pulido frente a Iglesia Colorada. Tiene unos 50 m de altura sobre el valle.



Pucara de Quebrada Seca, en Los Riscos del río Pulido.

comprobado fehacientemente en el curso de la investigación.

Las estructuras pircadas de la cima, al ser estudiadas no arrojaron una capa de ocupación interesante. Además se comprobó que las piedras que las delineaban eran muy superficiales, sin arraigo o empotramiento en el suelo.

En las plataformas de la ladera interior, si bien había múltiples demostraciones de actividad e intensa ocupación, no se encontraron estructuras habitacionales propiamente, con cimientos de piedras como en otros centros habitados, lo que indica que las habitaciones serían de material ligero, como madera, ramas, cañas, paja u otras fibras vegetales que no dejaron prácticamente huellas.

En Puntilla Blanca se practicaron trabajos topográficos, de excavación y colecta.

La cronología se discutirá en capítulo aparte, con el conjunto de sitios del Período Medio.

En el aspecto de la recuperación y registro ergológico más importante, cabe citar:

Piedras molinos. En la ladera interior y en la cima se encontraron más de 20 molinos planos, en su mayoría fragmentados. Eran de roca intrusiva (granito o granodiorita, materia prima local) y sólo unos pocos de arenisca verdosa. En su mayoría se encontraban en avanzado estado de uso lo que acusa una prolongada ocupación del lugar por agricultores.

Manos. Muy escasas fueron las manos enteras. Casi todas se hallaron como mitades o fragmentos muy pequeños. Son sin excepción de granodiorita de las siguientes formas: elípticas biplana y elíptica plano convexa. Los tamaños son más bien grandes, para ser accionadas simultáneamente en ambas manos.

Hojas de herramientas agrícola. Son de andesita, idénticas a las "azapatilladas" o asimétricas encontradas en los sitios tempranos. Hay enteras y muchas fragmentadas (*Figura 4a-d*). Es un elemento abundante en el sitio.

La cerámica. Sin duda la fragmentación cerámica es el elemento más abundante y diagnóstico del yacimiento (*Figura 3*).

En la excavación cercana a la cima de la depresión que mira hacia el río, se encontró una docena de fragmentos cerámicos en el nivel 20-35 cm que al unirlos en el laboratorio reconstruyen una buena parte del cuerpo de un ceramio globular de perfil compuesto de pasta gris homogénea muy fina, con 3 a 3,5 cm de espesor. La superficie externa es negra pulida lustrosa. Recuerda la cerámica de Tipo Molle Negro Pulido (*Figura 3h*).

Por otra parte, se analizaron en el gabinete alrededor de 3.000 fragmentos correspondiendo un 50% a cerámica corriente y 50% a cerámica fina y decorada. Se analizó cada grupo desde el punto de vista de la pasta, la cocción, el tratamiento superficial, formas, entre otros atributos.

Entre los principales tipos de cerámica fina, se encontraron:

Platos de paredes rectas y fondo tronco-cónico, con reducido (negro brillante) interior y motivos negros sobre crema exterior.

Platos de paredes rectas y de fondo tronco-cónico, exterior café alisado, interior reducido (negro-brillante).

Vasijas tronco-cónicas de base circular, tipo Ánimas I y II. Dibujos negros sobre rojo exterior y reducido o rojo interior.

Vasijas tronco-cónicas de base circular, pintadas sobre crema exterior e interior negro brillante.

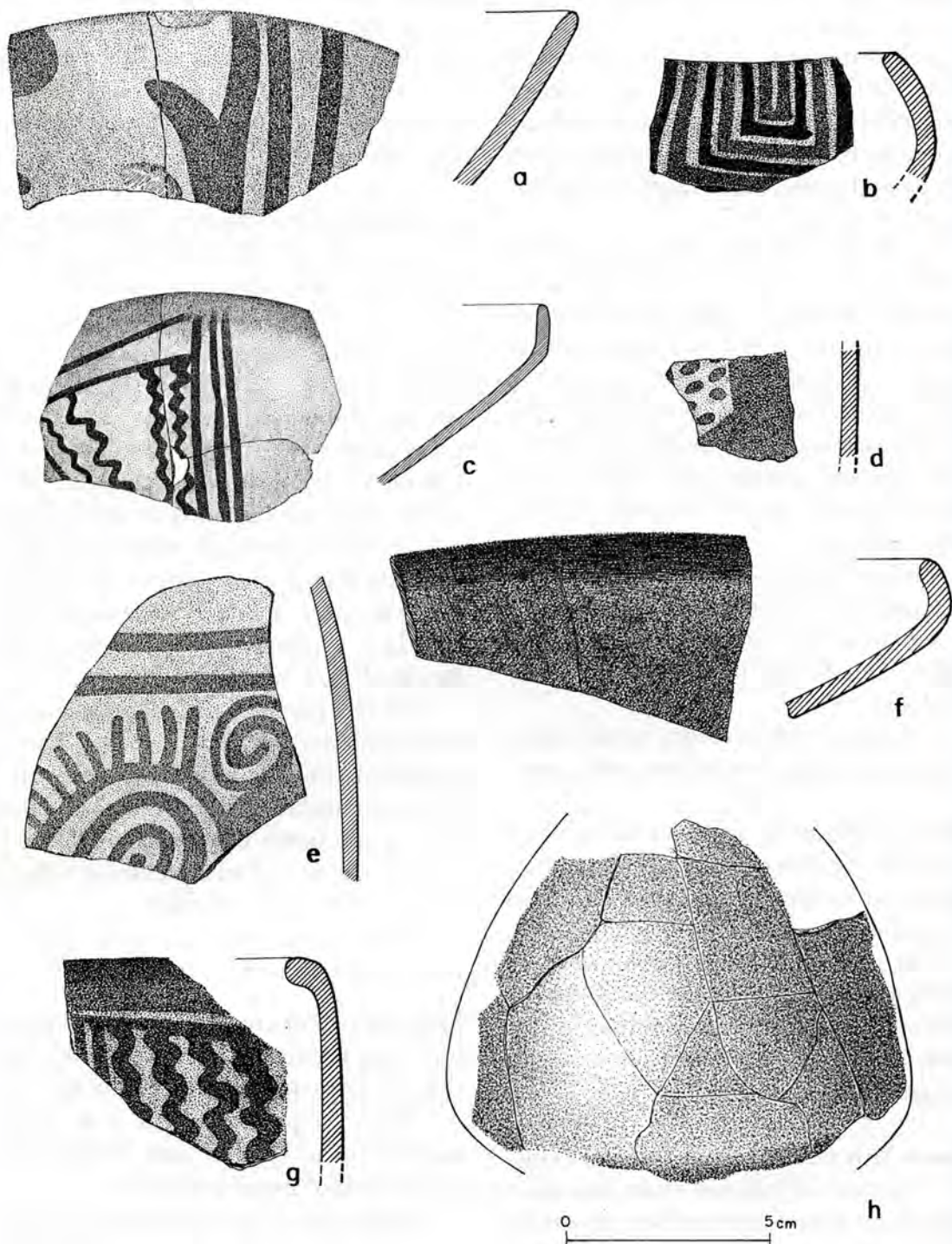


Figura 3. Pucara Puntilla Blanca. Cerámica. a, c, d, e, g, exterior negro sobre crema; interior negro brillante. b. negro y rojo sobre crema. f. negro brillante ambas caras. h. exterior negro pulido, interior gris alisado. Proviene del nivel 20-35 cm del Pozo I - Ampliación W. (Tamaños diversos).

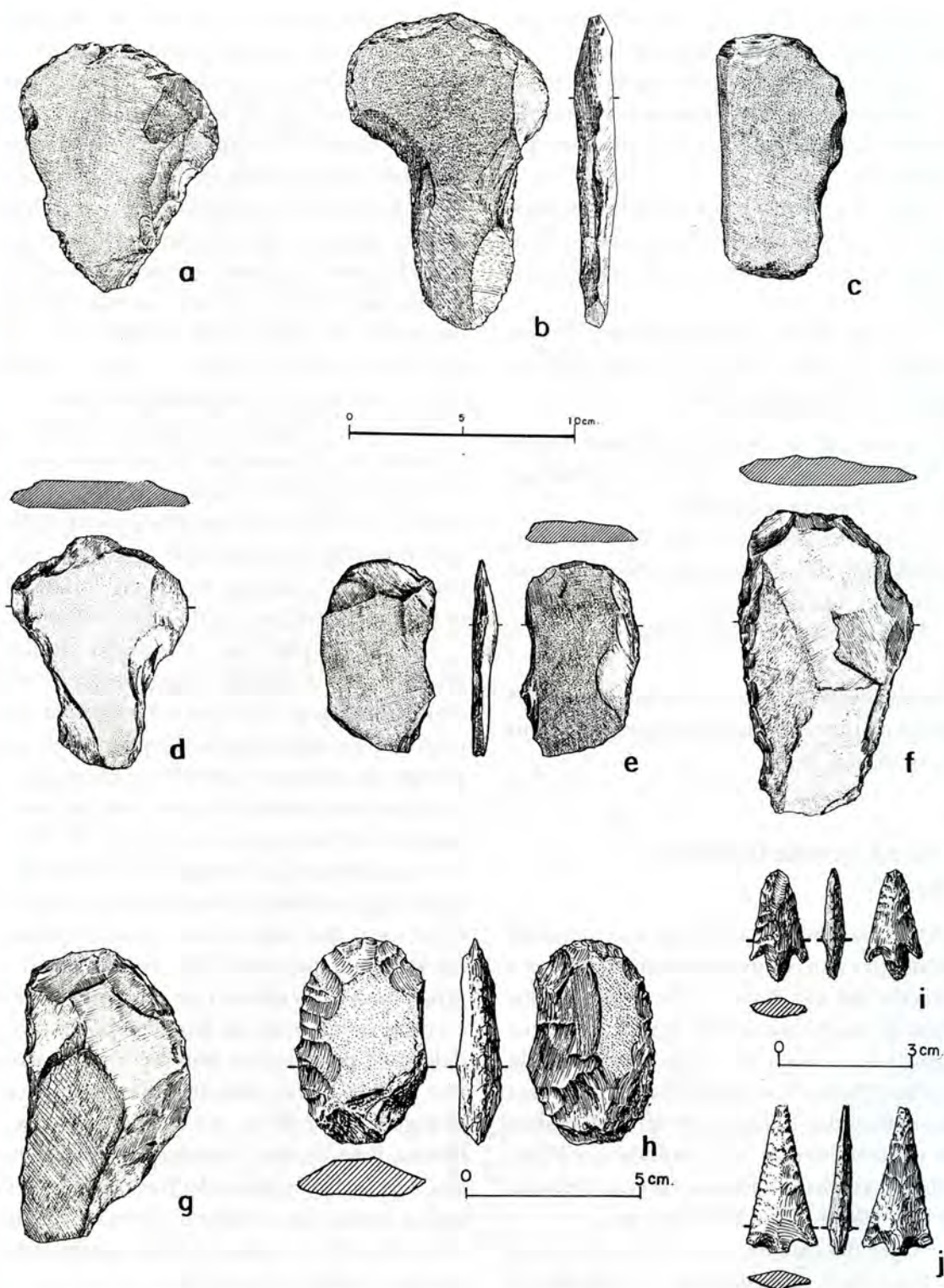


Figura 4. Material lítico de los pucaras. Puntilla Blanca y Quebrada Seca. a - d hojas de herramientas agrícolas de P. Blanca, de andesita. e, f, g Idem Pucara, Quebrada Seca. h, i, j industria de la piedra tallada (en calcedonia), de Quebrada Seca.

Urnas pintadas negro sobre crema con asa horizontal y posible base circular.

Urnas pintadas rojo claro sobre crema.

Urnas cremas o rojizas monocromas, de cuerpo ovalado hacia los costados con asa horizontal.

Hay una serie de formas intermedias. Esta cerámica se destaca por la pasta fina, sonido metálico, ausencia de antiplástico visible, y dureza alta.

Los tipos son muy definidos y tienen similitudes con la cerámica Aguada del NO argentino. Se puede anotar:

Hay presencia de cerámica Ánimas, como se la ha definido más al sur (Coquimbo) donde se hace más popular.

Cierto porcentaje es de tipo tricolor, considerado antecedente posible del desarrollo Diaguita posterior.

Cerámica negra por ambas caras.

Material lítico tallado. Se reduce a algunas puntas de proyectil finas pedunculadas con aletas (*Figura 4i-j*).

PUCARA QUEBRADA SECA

(*Figura 5*)

La Quebrada Seca es un tributario habitualmente sin escurrimiento de agua del flanco derecho del río Pulido. Ha formado, sin embargo un gran cono de deyección pocos kilómetros —dos o tres— aguas abajo de la Puntilla Blanca. En su interior, a unos tres kilómetros del borde exterior del manto del cono se alza un alto farellón o cliff de calizas llamado Los Riscos, en coordenadas 28°09' - 69°53' LW y 1.630 m s.m.⁷.

Al pie del cliff, en un terreno suelto que en gran parte corresponde a escombros de falda, hubo una ocupación de cierta importancia delimitada externamente por un muro pircado dispuesto en medialuna, cu-

yos extremos se apoyan en el pie del farellón. Dicho muro está formado por acumulación de piedras grandes de cantos agudos, desprendidas de la roca madre. En el remate derecho, supuesto el observador mirando hacia el cliff, el muro deja un acceso de 1,0 m de ancho. Unos cuarenta metros más a la derecha hay un segundo pircado que baja desde el pie del farellón según una línea de máxima pendiente del escombros de falda para terminar en un gran bloque de roca. Este pircado, al igual que el primero, está bastante destruido.

En toda la ladera entre el pie del cliff y la pirca de circunvalación se encuentra abundante fragmentación cerámica, puntas de proyectiles triangulares y pedunculadas; hojas de implementos agrícolas; piedras molinos y manos. Todo este material es del todo semejante al de Puntilla Blanca.

El cliff se presenta erosionado en alto grado, y deja infinidad de oquedades y nichos, muchos de los cuales los ocupan los pájaros y los murciélagos. Es practicable su ascenso por su sector central y se encuentran en forma escalonada varias estructuras artificiales. La de menor cota es un pequeño alero con una protección pircada en su entrada. Luego sigue otro sitio pircado en una saliente de la roca, que impresiona como un punto de atalaya o mirador. Más arriba, en una grieta de rumbo oblicuo, se sitúa un recinto cerrado por la roca de fondo y por muros delgados, constituidos por piedras y barro que incluye cañas. Muestra una planta cuadrangular de 1,80 m por lado y un acceso frontal. Este "recinto" se interpreta como un silo aéreo cuyo contenido fue rebuscado y pasó a formar un desmonte fuera de él que fue excavado y arrojó un valioso material de estudio, de índole perecible.

Más arriba, al continuar por la misma grieta se encuentran otros restos de estructuras de barro.

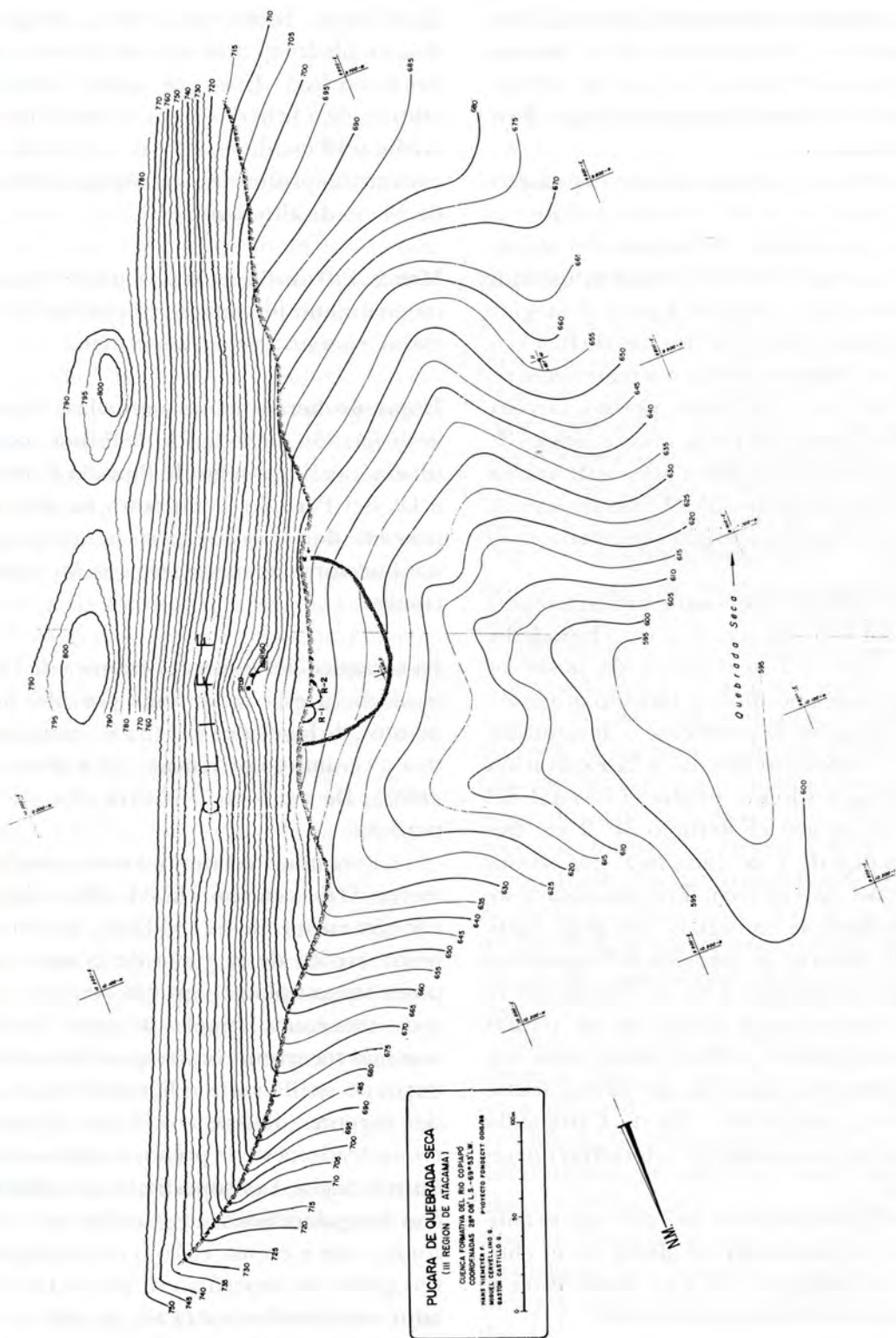


Figura 5. Quebrada Seca. Pucara.

El sitio arqueológico de Quebrada Seca claramente se interpreta como un pucara, en el que el cliff jugaba un papel de reducto defensivo. Culturalmente es análogo a Puntilla Blanca.

Se realizó el levantamiento taquimétrico del sitio. Se excavó —como se dijo— el basural proveniente del saqueo del silo aéreo conservado como un montón informe por fuera de la estructura pero protegido por el mismo alero rocoso. De dicha excavación se obtuvieron valiosos materiales: se millas de pacul, algarrobo, poroto, zapallo, calabaza, maíz y chalas de maíz; cordeles de lana y de fibras vegetales; huesos de anima- les; puntas de proyectiles líticas finamente talladas; un astil quebrado y quemado en su extremo.

Un hallazgo interesante fue un tembetá discoidal con alas con el centro horadado, lo que indicaría su reutilización posterior cuando había perdido su función original y ahora se usaba de pendiente o de amuleto.

Casi simultáneamente a la excavación del Refugio (donde estaba el basural del silo), se excavó el Refugio N° 2 en tres cuadrículas de 1 m² cada una, por niveles artificiales de 5 en 5 cm. En estas excavaciones también se consiguió una gran cantidad de material arqueológico: fragmentos cerámicos similares a los de Puntilla Blan- ca; cerámica negra pulida incisa; puntas finas triangulares pedunculares; bolas líti- cas; fragmentos de hojas de herramientas agrícolas, semejantes a las de Carrizalillo Chico y otras localidades anteriormente re- visadas.

En Quebrada Seca sin embargo, se contó con la protección de aleros en el cliff, llamados refugios 1 y 2, que permitieron la conservación de restos perecibles.

Piedras molinos. Una colecta en superficie de las piedras molinos permitió reunir me-

dia docena. Todos quebrados y desgastados, de piedra granítica y uno de toba porfírica verdosa. Uno era particularmente grande, de 74 cm de longitud por 63 cm de ancho y 16 cm de espesor. Presentaba una excavación profunda con rotura del fondo, de 14 cm de alto (agotado).

Manos. En una de las cuadrículas se recuperó una mano biplana de granodiorita. Varias se encontraron en superficie.

Hojas de herramientas agrícolas (*Figuras 4e-4f-4g*). Son de andesita, de forma “azapataillada”, análogas a las de Puntilla Blanca y a las del Período Temprano. La mayoría procede de superficie pero también algunas fraccionadas aparecieron en las excavaciones.

La cerámica. La muestra cerámica de Quebrada Seca está constituida por 580 fragmentos, de los cuales 477 (82%) corresponden a cerámica corriente y 103 a decorada (18%). De ese total, 162 proceden de superficie.

La cerámica corriente carece absolutamente de decoración. Ha sido obtenida por cocción en un medio oxidante, con un espesor medio de la pasta de 8 mm. Ésta posee un antiplástico grueso de cuarzo y a veces incorpora hojuelas de mica. Las formas más recurrentes corresponden a ollas y jarros de cuello recto o ligeramente evertidos carentes de asa, con labios planos o redondeados; éste se presenta muy a menudo reforzado. Las superficies son alisadas, con irregularidades y porosidad; de color rojizo, café y crema claro. Los fragmentos recogidos en superficie se presentan bastante erosionados por la acción eólica.

La cerámica decorada. El concepto incluye todo tratamiento de superficie. Se pueden establecer varias categorías.

1) Cerámica de alta calidad de cocción, con pasta de textura muy fina y de sonido metálico al golpe. Superficie pulida del color salmón de la pasta y con decoración de lineaturas curvas en negro. Las formas corresponden a platos de paredes bajas y fondo tronco cónico, que exteriormente a veces exhiben figuras romboidales y son negro brillante en el interior. Platos con paredes curvas decoradas con figuras angulares en negro sobre crema. Vasos tronco cónicos de base circular hendida, correspondiente a Ánimas I, de pasta pareja color salmón con dibujos negros en el exterior e interior gris-negro semibrillante. Cocción a muy alta temperatura.

2) Pasta oscura (negra o gris) de excelente cocción pareja, de superficies pulidas o bruñidas de tonos grises opacos a brillantes. Formas corresponden a platitos playos.

3) Negra pulida o bruñida brillante, incisa exteriormente con motivos geométricos, especialmente chevrón, líneas paralelas, líneas en V superpuestas, entre otras.

Según A.R. González (Com. pers.) esta cerámica incisa que recuerda la del tipo "Molle negro pulido inciso", se identificaría con la cerámica "Vaquerías" del NO argentino. Otras modalidades de decoración de menor frecuencia son piezas con baño rojo pulido o bruñido; franja ajedrezada de pequeños cuadrados negros alternados con otros tantos rojos; pintura negra y roja sobre fondo blanco; rombos unidos por el vértice en sentido horizontal; reticulados negro sobre crema.

Entre las singularidades hay que anotar unas pocas asas acintadas correspondientes a jarros.

Piedra tallada. Se han obtenido, tanto de las excavaciones como de la colecta de superficie, puntas triangulares pedunculadas finamente talladas en cuarzo y calcedonia.

Son idénticas a las de Puntilla Blanca. (*Figuras 4i-4j*).

Otros elementos ergológicos. Se recuperaron cuentas de collar de mineral de cobre; bolas de hondas, de unos 3 cm de diámetro.

LLANO DE LOS PINGOS⁷ (*Figura 6*)

El Llano de Los Pingos es un sitio arqueológico, descubierto y explorado por el grupo de trabajo en etapa preliminar durante la expedición al valle de La Ollita, en marzo de 1989. Se trata de una terraza fluvial en la margen izquierda del río Ramadillas, de unos 500 m de largo y ancho variable de 50 a 80 m, que ha sido recortada por el río, el que ha dejado un barranco de unos 5 m sobre su fondo. A un centenar de metros de la cabecera de la terraza, hacia aguas arriba se encuentra el notable rasgo geomorfológico de Peñasco Largo, una gran pirámide de rocas oscuras yuxtapuestas al flanco izquierdo del cajón, que quedó como remanente de un proceso de erosión diferencial; en ese sector baja la quebrada del Peñasco Largo desde el oeste. Al término de la terraza, en su extremo norte, baja la quebrada de Los Pingos por el mismo lado, produciendo un cono aluvial de cierta significación.

Sobre las terrazas se disponen en forma dispersa hasta 17 estructuras de piedras; unas son ruedos de dos hileras de piedra y una hilada, de planta circular a elíptica, de diferentes diámetros; otras tienen forma de túmulo de baja altura; y otra, finalmente, aparece como un paraviento en forma de medialuna. Una estructura circular fue cortada por mitad por la erosión del barranco del río.

El espacio se puede sectorizar en:

1) un sector sur, con muchas rocas gran-

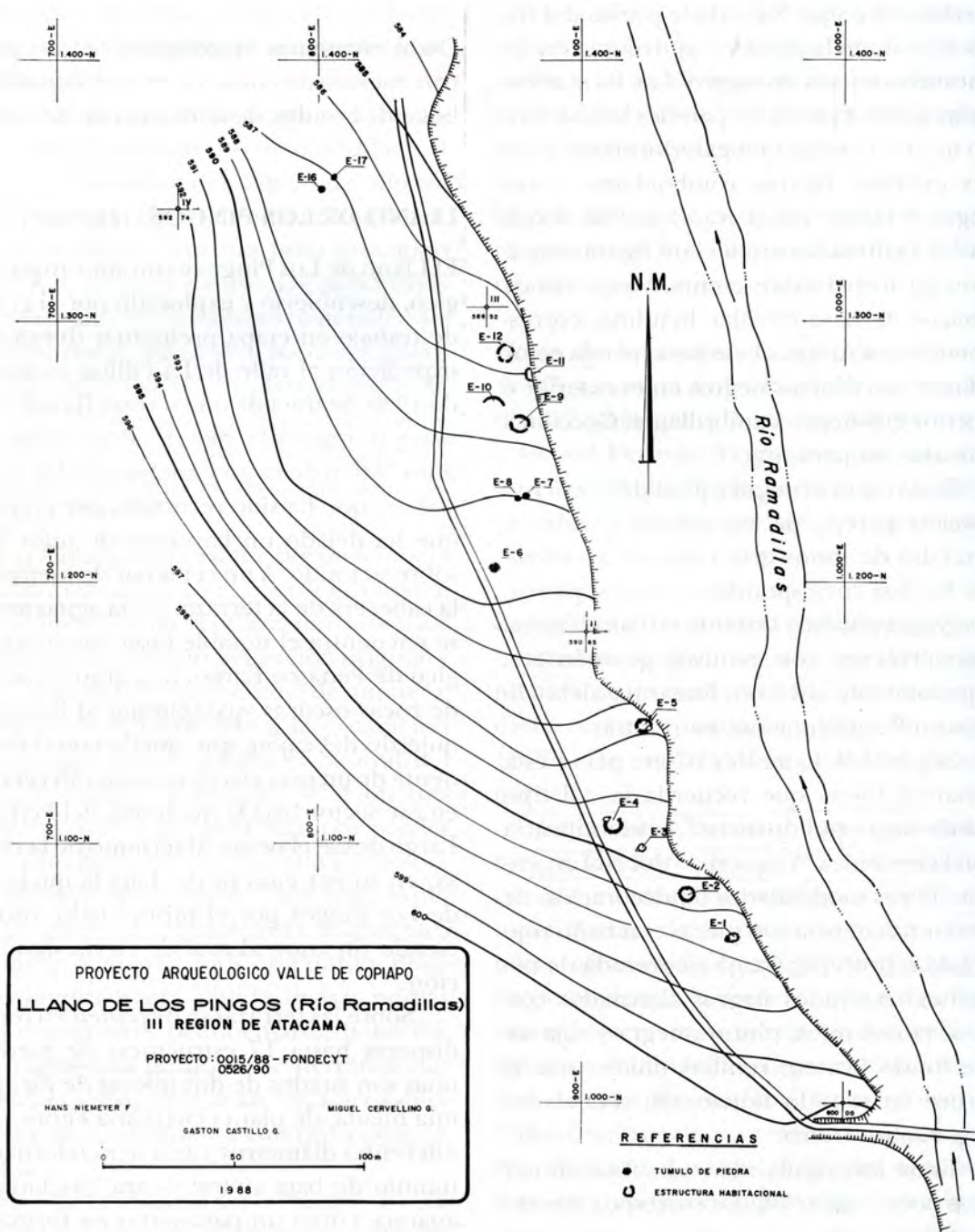


Figura 6. Llano de Los Pingos - Planta.

- des y oscuras caídas al pie de un rodado desde la pared del flanco poniente. Tiene algunas estructuras circulares entre los peñascos y se encontraron unas pocas hojas líticas de palas entre medio;
- 2) sector más claro debido a la formación granítica. Es el mayor y más poblado de estructuras. Se hacen más abundantes en la superficie las hojas líticas;
 - 3) extremo norte coincidente con el cono aluvial de la quebrada Los Pingos, donde se han identificado algunos túmulos y otras estructuras no exploradas.

Se practicó sólo la excavación exploratoria en la estructura circular 12, del sector 2. Los escasos fragmentos cerámicos recuperados permiten visualizar un yacimiento del Período Medio. La ocupación puesta de relieve por dos trincheras se muestra muy débil.

Este yacimiento del Llano de Los Pingos merece nueva y más detenida atención en el futuro.

Las coordenadas geográficas de este sitio son 28°11' LS - 69°70' LW y su altitud de 2.600 m s.m.

ALDEA EL PEDREGAL DE CABRA ATADA⁸ (Figuras 7 y 8)

Al referirnos al extenso piedemonte que formaba parte de la ex hacienda de Cabra Atada, expresamos que hacia su centro, a pocos metros, a monte del barreal descubrimos un poblado que llamamos El Pedregal, entre las cotas 1.545 y 1.525 m s.m., o sea, a mayor altura que la franja de barro de este distrito, dejada como se dijo por la existencia en el pasado de un paleolago efímero. El poblado se compone de un conjunto de

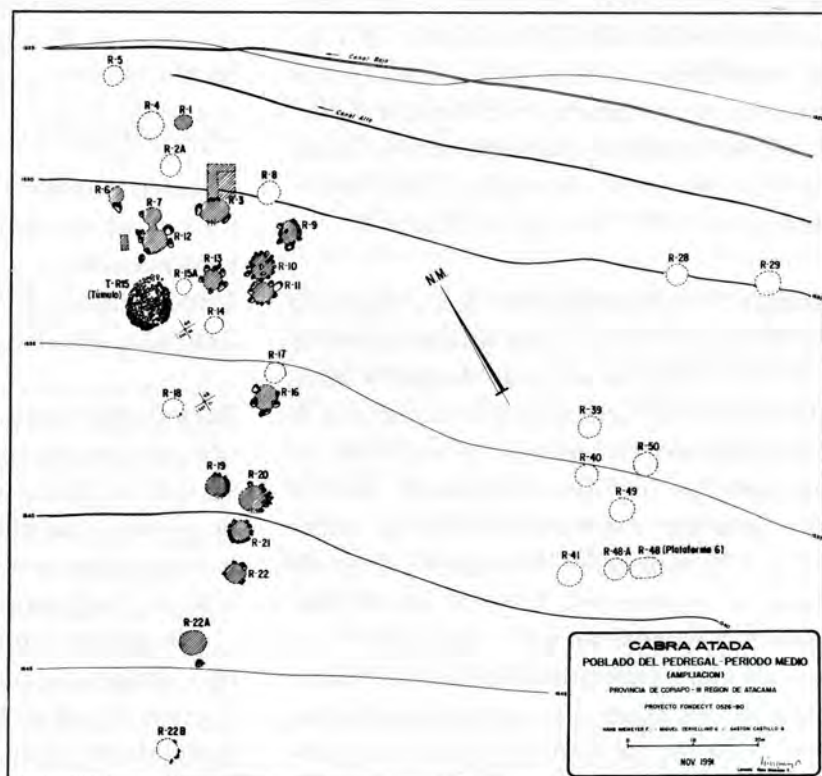
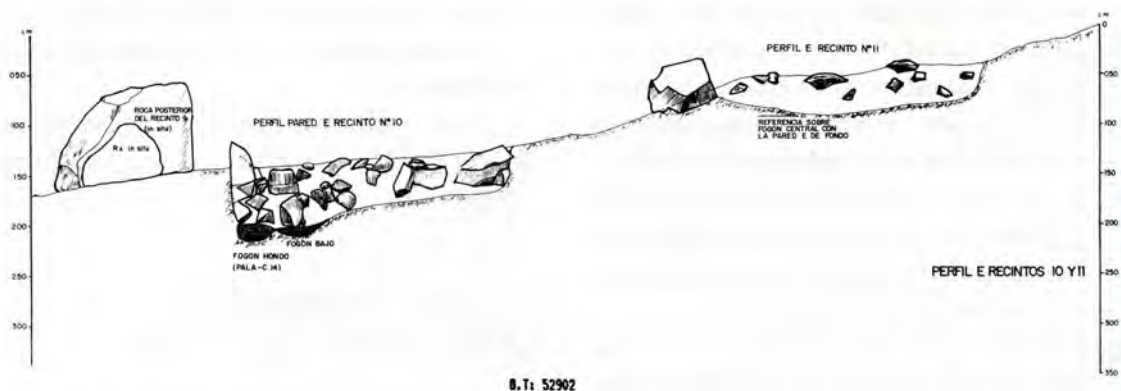


Figura 7. Plano de planta de la Aldea El Pedregal, de Cabra Atada.



B. Tr. 52902

Figura 8. Perfil en la Aldea del Pedregal con los recintos N°s 10 y 11. Período Medio en Cabra Atada.

depresiones que al excavarlas demostraron ser habitaciones semisubterráneas del Período Medio. Estaba constituida por 32 depresiones abiertas sobre la loma pedregosa que al ser excavadas pusieron en evidencia cerámica fragmentada inequívoca del tipo Ánimas, identificada sobre todo por presentar el interior de color negro brillante acerado, y el exterior de color crema-rojizo con decoración simple en negro o en rojo. Se organizaban dentro de un área aproximadamente cuadrada de 120 m por lado.

A modo de ejemplo se describen dos de las habitaciones excavadas más representativas, la N° 9 y la N° 10 (*Figura 8*).

Recinto 9: Se trataba antes de ser excavada de una depresión circular situada inmediatamente a valle de un gran bloque de roca, que indudablemente tiene relación con la parte posterior del recinto. Al excavar, se visualizó que hay una veintena de piedras plantadas que conforman un ruedo elíptico de 3,50 m de diámetro mayor y 3,0 m de diámetro transversal. A los 30 cm de profundidad aparece un piso compacto de color café claro y abundante ceniza. La mayor parte de los materiales culturales se obtienen del sector central y consisten en esencia en lo siguiente:

347 fragmentos de cerámica monocroma café, con antiplástico homogéneo y buena cocción. Corresponden a ollas y jarros.

11 fragmentos de cerámica negra brillante acerada en su cara interna y crema salmón o gris en su cara externa; textura muy fina y compacta, que produce sonido metálico al golpear. Es propia del Período Medio y se relaciona sin duda con la típica cerámica Ánimas de Puntilla Blanca y Quebrada Seca.

En cuanto a líticos se recuperaron:

4 puntas de proyectiles típicas del P. Medio y 1 raspador, aparte de 34 lascas pequeñas y microlascas de obsidiana.

1 mano elíptica biplana de granito.

2 cuentas cilíndricas.

Recinto 10: Se presentaba como una depresión subcircular amplia, llena de ripio grueso, con un ruedo formado por una docena de piedras. Las dimensiones en planta una vez excavadas son: DE-W = 4,07 m; DN-S = 3,74 m, y la profundidad de 40 cm.

Desde las primeras operaciones de hacheo aparecen fragmentos de cerámica; cuentas de collar; lascas de obsidiana y una punta de proyectil.

Al terminarse la excavación, se visualizó

un fogón en pleno centro de la habitación, estructurado como una gruesa y compacta capa de ceniza y en ella afloran fragmentos de alfarería. Otro fogón o cenizal se ubica en el costado E que se ha interpretado como el acceso de la vivienda. En el piso, se abre un hoyo relleno de sedimento fino café-negruzco de 60 cm de diámetro y 20 cm de profundidad, con cerámica, huesos de camélidos, una pala de piedra (andesita) y trozos de carbón vegetal que se coleccionaron para muestra C14.

En suma, el material cultural contabilizado en terreno en esta habitación es el siguiente:

Lítico: Dos puntas y la mitad de otra con pedúnculo y aletas muy finas, típicas del Período Medio. Lascas y microlascas de calcedonia y obsidiana. Tres cuentas cilíndricas. Hojas de herramientas agrícolas, de andesita.

Óseo: Fragmentos y astillas de huesos de camélidos.

Cerámica: Más de 100 fragmentos de alfarería corriente café monocroma; 22 fragmentos de cerámica propia del Período Medio, con la cara interior negra brillante.

CARRIZALILLO GRANDE⁹

Carrizalillo Grande es una de las estancias o haciendas tradicionales de la cuenca del Pulido, situada a orillas del río Ramadillas un par de kilómetros aguas arriba de su junta al Potro, a 2.000 m de elevación y en coordenadas 28°09' LS y 69°50 LW. Fisiográficamente su situación corresponde a una muy particular singularidad del valle del Ramadillas. En efecto, Carrizalillo Grande se desarrolla a sudoriente de un espolón granítico que cierra el valle, y que forma junto con la ribera opuesta una notable angostura. Aguas arriba de esta angos-

tura el valle del Ramadillas se ofrece amplio y sentado, en tanto que hacia aguas abajo se descuelga a partir de un umbral en un verdadero torrente. Hay señales de que alguna vez se formó un paleolago y desde luego una importante vega.

Esta loma atravesada en dirección prácticamente N-S, proporciona una protección que deja a sotavento los campos de cultivo, las instalaciones domésticas de la hacienda y la extensa vega.

Además de lo atractiva de su particular situación, había algunos hechos puntuales que permitían pensar que desde el punto de vista arqueológico era promisorio. Efectivamente en 1975 en uno de nuestros viajes por la cordillera del Copiapó, nos había sido donado un ceramio, clasificado como Inca Negro Bruñido¹⁰. La forma y tamaño recordaba de cerca los vasos más corrientes Copiapó negro sobre Rojo. Averiguando sobre su procedencia, acompañaba a un enterratorio, cuyo cuerpo fue nuevamente inhumado al borde de uno de los potreros alfalfados. Su búsqueda reciente fue infructuosa.

Otro hallazgo de mucho interés en la zona adyacente fue un crisol y su vástago, de material refractario, encontrado por Sixto Aróstica en la Quebrada Siete Guanacos, que se une al Ramadillas en el tramo comprendido entre el umbral donde comienza la angostura y la Junta del Potro. Esta notable pieza de la metalurgia indígena permitió explicar en forma incuestionable una serie de fragmentos "cerámicos" que aparecían en las excavaciones del establecimiento metalurgista de Viña del Cerro, del curso superior del Copiapó¹¹.

Nuestra acción en Carrizalillo Grande se centró en tres aspectos básicos:

- a) Levantamiento topográfico de toda el área habitada de la hacienda, en cuanto a sus instalaciones y campos cultivados;

- b) Uno de los parientes de los dueños nos indicó que a media ladera en el flanco sur había entre grandes rocas una cueva que servía de refugio a las cabras cuando llovía o nevaba. Se trata de la Cueva del León y se inició su excavación por niveles en nov./94 y se terminó en marzo de 1995. Se consigna entre los sitios de El Molle;
- c) En la falda del lado izquierdo o sur, en la zona de baja pendiente, inmediatamente a monte del cerco que delimita los potreros alfalfados por el sur, han caído desde la ladera abrupta grandes peñascos en situación caótica. Al analizar con mayor cuidado uno se percata que estas peñas han dejado en algunos casos espacios habitables constituyendo en todo un poblado arqueológico de rústicos recintos del Período Medio.

Pudimos discriminar hasta 13 recintos, de diferentes tamaños y grado de perfección, algunos de los cuales fueron excavados, y un alero bajo un gran peñasco.

¹¹ Nos vamos a detener aquí sólo en el Recinto 13 que es el que entregó una sepultura.¹¹

Recinto 13: Su excavación corrió mejor suerte que las anteriores. Está formado dentro del mismo patrón que los dos últimos: una piedra grande de 2,0 m de largo y 1,70 m de ancho y 0,90 m de alto. Su paramento al sur sirve de refugio al completarse con una hilera de siete piedras paradas de canto implantadas formando medialuna. En el sector nororiente se encontró un enterratorio con un ceramio roto al lado del cráneo y otro también roto al lado de las piernas. Ambos ceramios son rústicos con un fondo exageradamente cóncavo. Además sobre la porción torácica, un fragmento grande de cerámica manifiestamente del P. Medio o Ánimas regional.

El esqueleto estaba horizontal, en posición decúbito dorsal, con las piernas dobladas y volcadas al lado izquierdo. Los fémures aparecen flectados entre 90° y 180° respecto a la columna y las piernas juntas, a 45° respecto a los fémures, apareciendo con las rodillas levantadas. Dirección pelvis-cráneo: NE.

La calota se presentó rota, pero en general puede definirse como un esqueleto en buen estado. Presenta una probable deformación craneana intencional.

La Puerta¹² (*Figuras 9 y 10*)

A 3,5 km aguas abajo del pueblo de Los Loros y a 65 km al interior del valle desde la capital regional, baja al Copiapó por su flanco izquierdo la quebrada de La Puerta. Viene del oeste y alcanza longitud de 6 km. A pesar de su brevedad, la quebrada de La Puerta logró formar un abanico aluvial bien desarrollado cuyo borde engrana con una terraza fluvial del Copiapó. En el sector de la desembocadura, el valle del Copiapó forma una notable angostura entre rocas graníticas, que favorece la recuperación de los recursos hidrológicos del río y el control del trájín del valle. Se encuentra en coordenadas geográficas de 27°83' LS y 70°12' LW, a una altitud representativa de 1.000 m s.m.

Desde el punto de vista arqueológico, en este distrito de La Puerta cabe separar un yacimiento de enormes amontonamientos de tierra en una terraza del lado derecho del río, situada algo más abajo que la desembocadura de la quebrada, yacimiento que lo hemos denominado La Puerta B, y su estudio muy parcial, lo realizó J. Iribarren Charlín por los años '70⁵. El otro sector, denominado La Puerta A, corresponde al cono aluvial de la quebrada principal, que se encuentra "poblado" por un gran

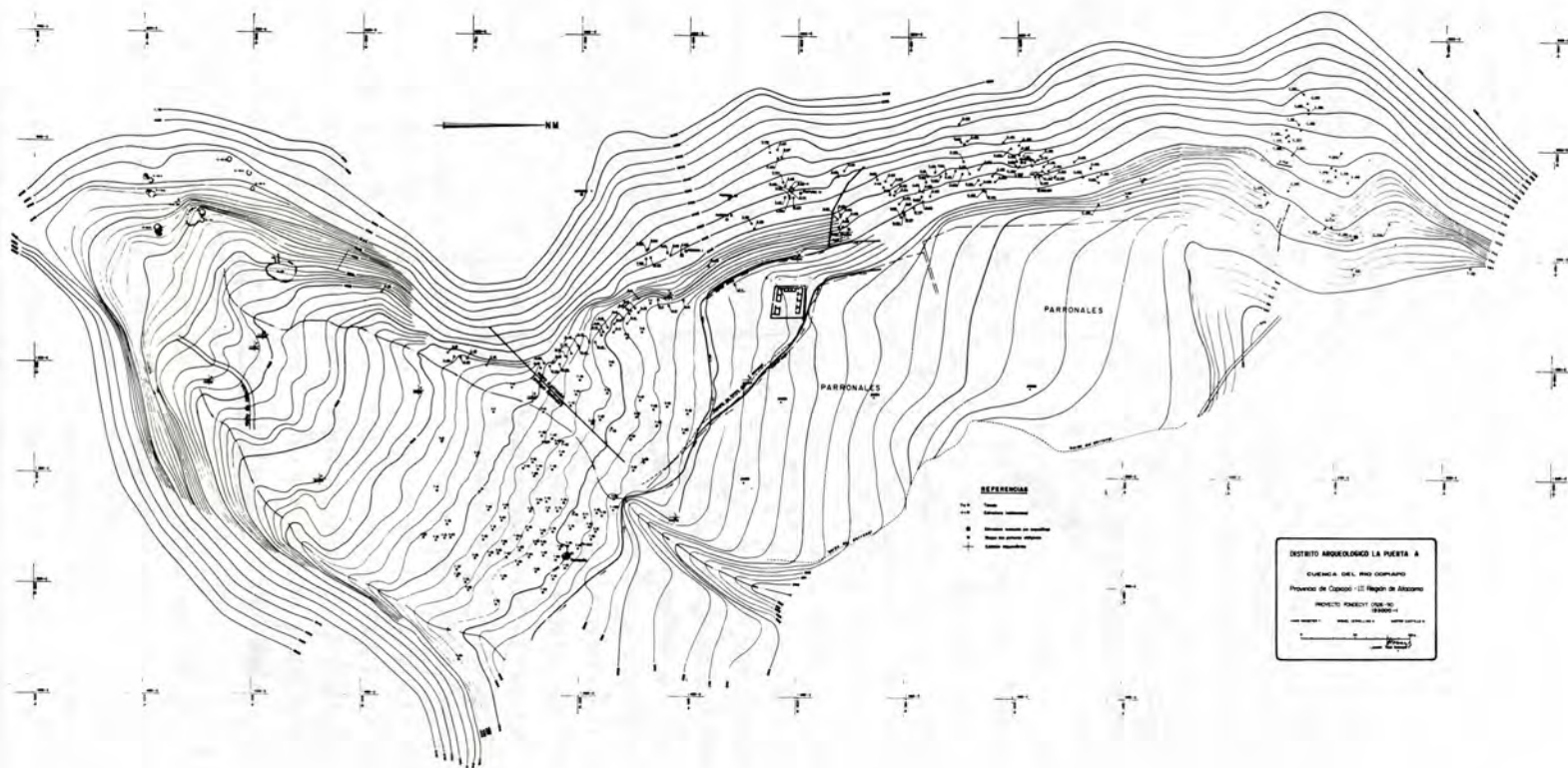


Figura 9. La Puerta A. Agrupación de túmulos sobre el cono aluvial y estructuras habitacionales en la ladera poniente de la quebrada. Plano general.

número de túmulos funerarios, algo más de 100 y por numerosas estructuras habitacionales, especialmente distribuidas en las proximidades de la margen izquierda del manto aluvial y el faldeo adyacente. Son estructuras rústicamente delimitadas por bloques rocosos o simples depresiones que resultan del despeje de piedras en pequeños espacios. La gran mayoría ocupan la ladera poniente.

En este sitio, que a juzgar por su alta densidad de tumbas y habitaciones, fue tal vez el más importante en cuanto a concentraciones demográficas prehistóricas en la cuenca del Copiapó, el Inca construyó —al parecer aculturado con Diaguitas— un establecimiento arquitectónico de importancia que conocíamos como el “Palacete Incaico” de La Puerta. Muchos creían que eran las ruinas del fuerte que Juan Bohón erigiera en su campaña de pacificación del valle, el que en realidad quedaba algo más aguas arriba por la misma ribera del río, en el terreno del actual fundo EL FUERTE, y era de madera.

Desde la primera campaña de excavación de túmulos funerarios, se puso en evidencia de que eran tumbas del Período Medio, del Complejo Cultural Ánimas, que en sus estructuras funerarias conservan —con algunas variantes— las viejas tradiciones del Complejo El Molle de Copiapó.

La cerámica más típica exhumada en los túmulos es similar a la de los pucaros Puntilla Blanca y Quebrada Seca, del Pulido con su pasta sonora al golpe, muy bien cocida en doble atmósfera, y de color característico negro ahumado brillante acerado por el interior, y rojizo a crema exterior, con decoración de lineaturas ondulantes u otros dibujos geométricos en negro o en rojo.

Los túmulos de La Puerta A concitaron la atención del grupo de trabajo en 1992

realizando la primera campaña de excavación bajo el patrocinio del Proyecto FONDECYT N° 0526/90. En ella pudimos efectuar un catastro exhaustivo de los túmulos, complementario del plano topográfico general del sitio que habíamos levantado en 1981 y conservando por supuesto la numeración que en aquella ocasión les dimos. Visualizamos que prácticamente todos los túmulos estaban saqueados, muchos con despojos de huesos humanos a la vista, pero que felizmente dicho “huaqueo” comprometía sólo un primer nivel de enterratorio y quedaban otros niveles más profundos no removidos por los buscadores de tesoros. La ofrenda era más bien limitada, muchas veces inexistente. Además, visualizamos que había casi una invariable asociación íntima entre el muerto y un camélido. Casi en cada túmulo se encontraba el esqueleto de un animal. Pero, sobre todo, nos dimos cuenta que la tarea que había por delante era de tal envergadura que requería un esfuerzo considerable de la fuente de recurso para sacarla adelante. Fue así que surgió la idea de proponer al dueño del predio Sr. Alfonso Prohens Espinosa que financiara cuatro campañas más, a cambio que le liberáramos unas 5 ha de terreno apto para parronales, de la reserva que imponía el Consejo de Monumentos Nacionales.

La importancia del yacimiento radicaba que era por primera vez que se hallaba en el valle de Copiapó un cementerio de envergadura perteneciente al Período Medio y que éste nada tenía que ver con el Palacete Incaico del ala norte de la quebrada, como se creía.

Bajo el convenio con el Sr. Prohens se realizaron las cuatro campañas de: marzo de 1993; junio de 1993; abril de 1994 y junio de 1994. Con ello se dio por terminada la excavación de los 100 túmulos del yacimiento y el Consejo de Monumentos

Nacionales aprobó la desafección del sitio según Resolución N° 284 del 16 de agosto de 1993.

Antecedentes. Aparte de reconocimientos hechos por nosotros en el pasado remoto en el sector de La Puerta, los mayores antecedentes científicos sobre él los aporta el arqueólogo de La Serena don Jorge Iribarren Charlín, quien incluyó esta área en el reconocimiento general que practicara en el valle de Copiapó en 1956, y posteriormente realizó colectas en los enormes túmulos de La Puerta B, en el flanco norte de la angostura, donde estableció a partir de la cerámica exhumada, que se trataba de un yacimiento del P. Medio vinculado a la Cultura Aguada del Noroeste Argentino⁵. Dichas colectas fueron, sin embargo, de escasa envergadura en comparación con la magnitud del sitio. También excavó una zona de ocupación en Tres Puentes, 3 km aguas abajo de La Puerta.

Nuestros trabajos intensivos de los años 1992-93 y 94, fueron precedidos por algunas acciones previas.

En 1981 el ingeniero Niemeyer, asistido por los arqueólogos Miguel Cervellino y Ángel Durán y personal subalterno del Museo Regional de Atacama, realizó el levantamiento topográfico completo del cono aluvial de La Puerta, con sus túmulos, estructuras habitacionales y el "palacete incaico". A cada rasgo se dio en aquella ocasión una numeración correlativa que se mantuvo durante todo el estudio. Con posterioridad se han hecho algunas complementaciones ligeras a dicho plano aconsejadas por las nuevas circunstancias.

En el año 1986 Ángel Durán Herrera, por propia e independiente iniciativa, abordó desde el Museo Regional de Atacama la excavación de algunos túmulos. Sus resultados fueron publicados en el Boletín

Ocasional N° 1 del Museo Regional de Antofagasta en 1988¹³.

Sin duda el que arrojó mejores frutos fue el N° 93 donde se exhumó un joven en un primer nivel, y luego a 0,95 m de profundidad, un infante en posición flectada decúbito prono cuya ofrenda consistía en un kero de plata decorado con franjas en relieve. En asociación, demostraciones de fogata. También se recuperó en pedazos un tiesto de cerámica negro pulido interior, correspondiente a una fuente de 34 cm de diámetro de boca.

El Túmulo 56, de grandes proporciones, presentaba señales de "huaqueo". Aparecieron restos de cerámica negra incisa y restos óseos de un infante. En asociación, se encontraron trozos de lámina de plata y cuentas de collar de crisocola; y en relación directa al infante, se reconstituyó un vaso globular de cerámica negra con decoración grabada en el cuello de haces de líneas en zig zag (*Figura 8b*) además, un lito esculpido de liparita.

En el Túmulo 53, aparecieron a considerable profundidad dos camélidos cubiertos por palos de algarrobo.

El Túmulo 74, también "huaqueado" desde antiguo, presentó sin embargo en un 2° nivel un adulto en posición decúbito dorsal con piernas encogidas. Tenía por ofrenda dos espátulas de hueso cerca de la espalda.

En el relleno de estos túmulos se recuperan en el harnero trozos de conchas de choro y de ostión, de caparazones de jaiba y erizo; de hueso de camélidos; trozos de láminas de plata, cuentas de crisocola y fragmentación cerámica del P. Medio.

Sin duda el kero de plata es lo más llamativo de estos hallazgos, al cual el autor atribuye filiación tiahuanaco.

Reproducimos la figura del kero y del ceramio, tomados de la lámina IV de la publicación citada (*Figuras 11a y 11b*).

Figura 11. La puerta A. Objetos exhumados por el arqueólogo Ángel Durán Herrera en túmulos de la quebrada de La Puerta en 1986. Tomado de Lám. IV de la publicación (Durán, A., 1988).

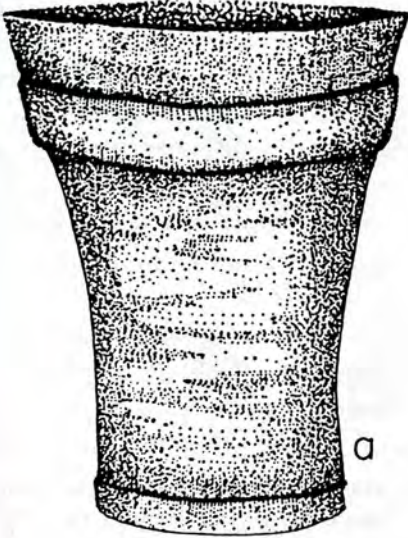


Figura 11a. Vaso (Kero) de lámina de plata repujada, exhumado en el Túmulo 93 de La Puerta, asociado a cerámica ÁNIMAS. Se le atribuye origen Tiahuanaco. Altura 14 cm.



Figura 11b. Ceramio globular asociado al enterratorio del Túmulo 56, negro con decoración incisa en el cuello. Diámetro de boca 15,2 cm.

El cementerio

Básicamente, las sepulturas de La Puerta A corresponden a dos tipos dentro de un mismo yacimiento: la mayoría son TÚMULOS de diferentes tamaños dispersos en la superficie del cono aluvial, y otra parte minoritaria, fosas cilíndricas, concentradas en un área reducida que hemos denominado la NECRÓPOLIS.

A) Los túmulos funerarios (Figura 12)

Los túmulos de La Puerta A se encuentran dispersos en el abanico aluvial de la quebrada, aunque se pueden discriminar algunos sectores.

- Los túmulos 1 a 5 están situados en el ala izquierda del cono aluvial, prácticamente al pie de la falda del cerro que confina por este flanco la quebrada. Aparecen muy mal conservados y por esa causa su excavación se ha postergado hasta no abordar la restauración del "palacete incaico", que está en la proximidad;
- Los túmulos 97, 98, 99, 100 y 101 se encuentran en la falda del cerro izquierdo, bastante alejados al norte del Palacete. Tampoco han sido excavados, y deben esperar otro momento, y
- El grueso de los túmulos, incluida la NECRÓPOLIS se encuentra al centro del cono aluvial y en su ala derecha. Sólo uno, el N° 94, trepa un poco en la ladera derecha. Ocupan un área de aproximadamente 5 ha. Apparentemente no ha habido un ordenamiento en la construcción de los túmulos, como se aprecia en el plano a primera vista. Quizás un análisis más fino podría arrojar alguna luz de ordenamiento en la distribución que hoy parece anárquica.

Sin embargo, J. Iribarren¹⁴ (1958) creyó ver

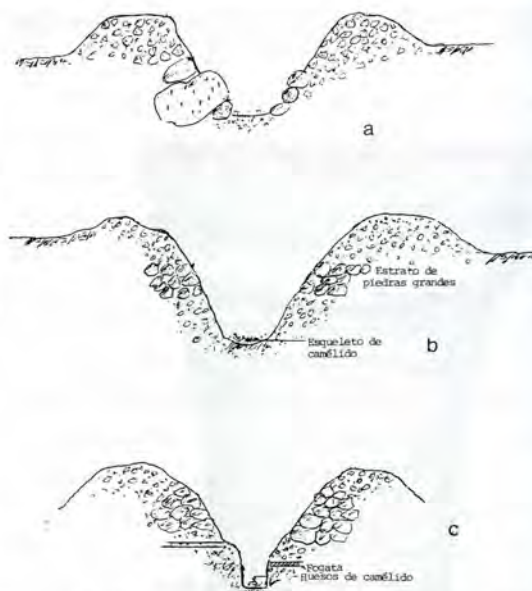


Figura 12. La Puerta A. Perfiles típicos de los túmulos: a. Del Túmulo 44. b. Del Túmulo 18. c. Del Túmulo 21.

ciertas alineaciones con los túmulos, que nosotros no compartimos a la luz de la ubicación precisa de ellos en el plano de planta, ayuda con que él no contaba.

Los túmulos tienen forma de cono truncado. El tamaño de ellos es muy variable, desde el mayor que es el N° 40, con diámetro basal de 11 m, diámetro en la cumbre del cono truncado de 5,80 m, y promedio de 1,50 m de altura sobre el piso general; y el menor, apenas perceptible que corresponde al N° 102 cuyo relleno aéreo es insignificante.

Un túmulo representativo de dimensiones medias sería el N° 12 con diámetro externo de 4,60 m y altura de 0,70 m.

La constitución interna de un túmulo del P. Medio es similar a la de un túmulo del Complejo El Molle, estudiada en la cuenca alta del Copiapó en sitios tales como Cabra Atada, Carrizalillo Chico, El Torín, entre otros. Constan en general de un relleno de piedras y tierra por debajo del nivel del suelo circundante, y de otra

parte, que es la mayor, de un relleno aéreo sobre dicho nivel. Quizás una diferencia entre ambas estructuras, la Molle y Las Ánimas, está constituida por el "brocal" de piedra que muchas veces circunscribe el túmulo temprano, sobre todo en Carrizalillo Chico.

Un rasgo que perdura en los túmulos del P. Medio, aparte de la forma general, es el empleo con alguna frecuencia de palos de algarrobo a modo de protección de los cuerpos inhumados. Otro rasgo es el encendido de fogata en las cercanías del entierro, aunque aquí es menos frecuente.

La excavación de los túmulos demostró, como ya se dijo, que todos estaban "huaqueados" en un primer nivel, quedando en varios casos restos óseos humanos a la vista, lo que se registró en la primera inspección exhaustiva de 1992; además, había enterratorios en niveles más profundos que incluían restos de animales. No siempre, pero en un buen número de casos, la excavación demostró que los túmulos eran estructuras funerarias multipersonales, con un máximo de dos y tres individuos aparte de los esqueletos de camélidos. Quizás se trate de sepulturas familiares.

Muchas veces, el esqueleto de un camélido se encontró en un hoyo cilíndrico más profundo, constituyendo quizás un entierro previo a la armazón del túmulo. Es el caso de los túmulos 21 y 9, entre otros.

La posición más recurrente en los túmulos es la de decúbito lateral flectado o hiperflectado. Pero con bastante frecuencia se da la posición sedente, a veces con la cabeza y el dorso caídos hacia adelante. Con cierta frecuencia ocurre el hallazgo de cuerpos mutilados o incompletos, faltando algunas piezas óseas.

Las ofrendas en los túmulos son escasas, muchas veces inexistentes. Lo más usual cuando las hay, corresponde a tiestos de cerámica. Entre éstos, los cuencos que se

han llamado tipo La Puerta, por su recurrencia y particular morfología y tratamiento de superficie. También se encuentran jarros de un asa o ceramios globulares pequeños sin asa, de cerámica corriente o francamente rústicos.

Los adornos corporales recurrentes corresponden a collares de cuentas discoidales calcáreas, de crisocola, de malaquita, de turquesa de diferentes tamaños; también con menos frecuencia de cuentas tubulares de turquesa; aros grandes de cobre como simples argollas o bien pequeños pero más elaborados, espiralados de cobre o de plata; collares de conchas. Quizás si en relación con pinturas faciales suelen encontrarse trozos de pigmentos rojos y amarillos; cintillos o huinchas delgadísimas de plata.

Conviene decir que aquí no se han encontrado, ni tembetás ni pipas T, elementos que constituían una característica en el Complejo El Molle; los pocos tembetás encontrados en yacimientos del P. Medio en Copiapó tienen un agujerito en el ala para ser llevado colgado como amuleto.

Un elemento de ofrenda poco común es la espátula de hueso. Una, acompañando el entierro de adulto del Túmulo 87 (Figura 15) y otra, la ilustrada por A. Durán en Túmulo 74. Esta última quebrada en su porción terminal. Ambas son muy parecidas, de pala ovalada simple con un resalte en la base. Estos elementos son una prueba de la existencia del Complejo del Alucinógeno, aunque no se han encontrado tubos inhaladores, tabletas u otros, quizás por la dificultad de conservación. Es presumible que una concha de ostión desempeñaba esa función de tableta.

B) *La necrópolis*¹² (Figura 13)

Ocupa el sector central del cono de deyección, en su margen externa. El Túmulo 86

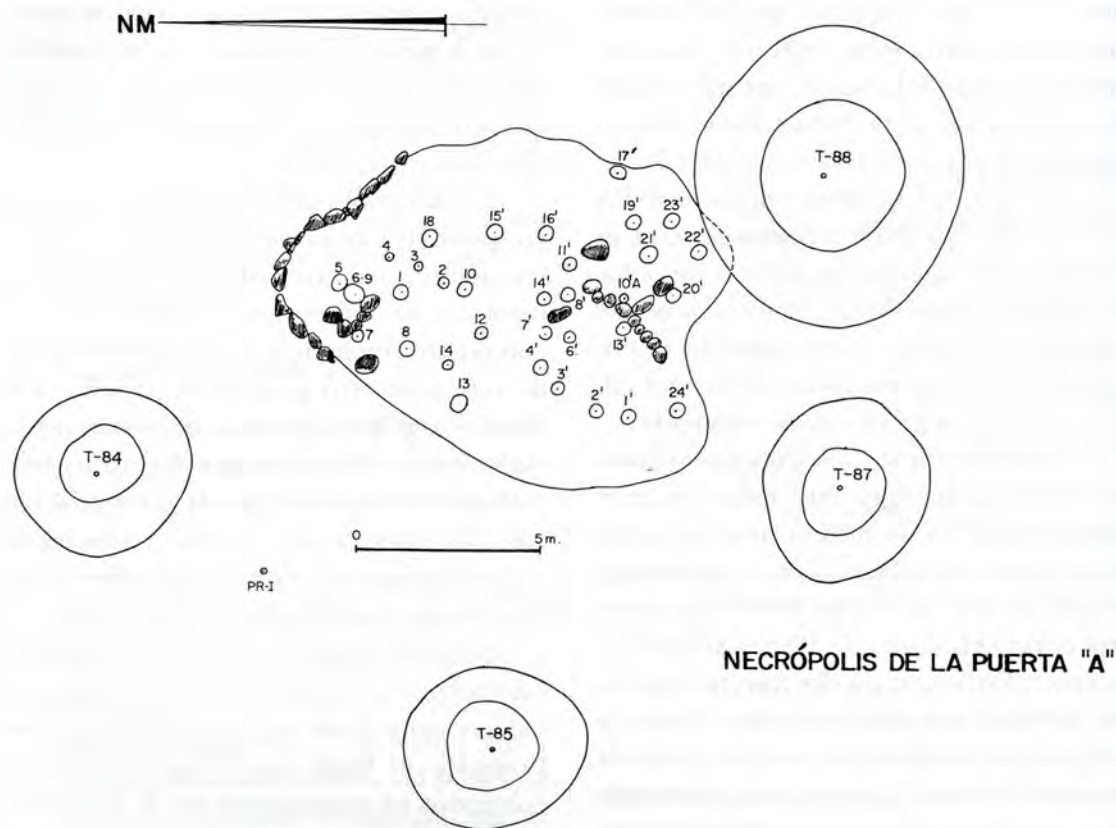


Figura 13. La Puerta A. Posición de la Necrópolis en la parte baja y central del cono aluvial de la quebrada.

que se presentaba más bien chato en comparación con la mayoría de los túmulos, al excavarlo dio origen a una serie de sepulturas en fosas cilíndricas dispuestas en un espacio relativamente pequeño. Es posible que el túmulo 86 originalmente haya tenido relación solamente con los enterratorios 5-6 y 9 que se encuentran en clara superposición entre sí, en posiciones diferentes a la sedente que es la habitual en el resto de las fosas, y “encerrada” con un ruedo de cinco piedras. Hacia el sur de este primer núcleo —llamado originalmente Necrópolis 1— constituido por los primeros ocho entierros seguía un escombros anárquico de tierra

removida del cual se extrajo una gran cantidad de cerámica fraccionada, pero casi toda correspondiente a un mismo tipo de vaso campaniforme decorado que se describe más adelante como tipo Necrópolis. Al sur de este escombros aparecieron nuevas sepulturas cilíndricas y un muro de piedras de una hilera. En el momento de su excavación llamamos a este segundo núcleo Necrópolis 2. Sin embargo, en la última temporada de campo se despejó el escombros y se aisló bien toda el área. Aparecieron varias fosas sepulcrales más cubriendo toda la superficie, demostrando así que se trataba de una sola NECRÓPOLIS.

El resultado final es que en un área comprometida de unos 100 m² se exhumaron 33 sepulturas, de las cuales dos (las Nos 10 y 20) fueron enterratorios en ceramios globulares situados dentro de las fosas cilíndricas respectivas. Uno era de párvulo y otro de una cabeza aislada.

La cerámica de ofrenda en la Necrópolis es muy particular y diferente a la exhumada en los túmulos, aunque con algunas características comunes.

Se exhumaron dos piezas sui géneris, de orden figurativo. En la Fosa 8, acompañal al enterratorio de un párvulo, una pieza pequeña globular antropomorfa. Es un pequeño jarro (*Figura 20e*) con un rostro figurado en el cuello: los ojos son oblicuos del tipo grano de café y la nariz aguileña; muestra orejas circulares a ambos lados de la cabeza. En la fosa 4, se encontró un vaso bípodo, panza prominente, boca ancha y un cuello apenas diferenciado. Lleva dos mamelones laterales a guisa de asas (*Figura 20d*). Tanto la pieza anterior como ésta tienen superficies rugosas, sin tratamiento especial, incluso fácilmente erosionables. En la fosa 3 apareció un pequeño jarro zapato o asimétrico, bien terminado (*Figura 20f*). Esta forma, como es sabido, adquiere popularidad en el posterior Desarrollo Diaguita. Las tres piezas descritas son excepcionales. En cambio, en el resto de la Necrópolis la alfarería se caracterizó por una pieza de ofrenda recurrente en las fosas cuyo tipo denominamos **NECRÓPOLIS**.

Adornos que no pueden faltar en la Necrópolis son los collares de múltiples cuentas discoidales de minerales de cobre (crisocola, malaquita, turquesa) de distintos tamaños y grado de terminación. También hay cuentas calcáreas, como las tan frecuentes de los collares Molles y Arcaicos. En las fosas 4 y 17 se produjo algo inespera-

do y novedoso: collares con cuentas discoidales de crisocola y turquesa junto a cuentas figurativas, de pequeñas esculturas de animales labrados en roca café blanda del tipo Combarbalita. En la fosa 4, las figuras son de ave, al parecer columbinas (tórtolas). Una más grande, con un pecho o buche bien abultado y cola corta, sería una perdiz; va seguida de las siete más pequeñas de cola larga (*Figura 21a*).

En la fosa 17 se rescató igualmente un collar que lleva cuentas discoidales de crisocola, pequeñas tubulares de turquesa, y esculturas pequeñas del mismo tipo de labrado que la anterior, pero esta vez los representados son seis pequeños cuadrúpedos, posiblemente quirquinchos más un ave semejante a las del collar anterior (*Figura 21b*).

Ergología de la puerta A

Desde ya conviene decir que las ofrendas en las tumbas de La Puerta A son más bien escasas y se refieren especialmente a cerámica. El Túmulo 13 fue el más rico en piezas de ofrenda con 5 ceramios. También abundan los objetos de adorno personales y partes de componentes del Complejo Alucinógeno.

Nada de textiles se ha conservado debido a la humedad del suelo. Aunque la lluvia anual en este clima semiárido no sobrepasa los 50 mm en promedio, es suficiente para que todo material perecible haya desaparecido y los cuerpos se muestren desnudos, como ya antes se dijo. Se han perdido para siempre las vestimentas de lana y de algodón, las mantas, los gorros, las fajas, las cuerdas, las bolsas, las plumas, los cueros, las esteras y otros objetos de fibras vegetales, objetos de madera, entre muchos.

Se conservan metales (aunque malamente muchas veces) y minerales; objetos de hueso; de cerámica y, por supuesto, de piedra.

Los rubros que tienen representación en La Puerta A son:

1. Metales y minerales

En el relleno de los túmulos se han recuperado moldes para fabricar objetos de plata y de cobre fundidos (Figura 14), es decir que en este Período Medio, no cabe dudas que la metalurgia estaba completamente desarrollada a diferencia de lo que ocurre en el Complejo El Molle en que las innumerables piezas metálicas fueron obtenidas por martillado de cobre nativo. Aunque en la excavación de los túmulos funerarios no aparecieron piezas de metal fundido útiles para la vida diaria, como anzuelos, cuchillos, azadones, hachas, es casi seguro que los hubiera. De mayor frecuencia eran las piezas de adornos personales:

— Aros de argollones simples, de Cu (Túmulo 84-A) (Figura 14a).

— 2 aros iguales de plata, que pesan en conjunto 4,1 g y 1 aro de cobre que pesa 2,2 g; pequeños, finos, espiralados, muy parecidos entre sí (Túmulo 24).

— **Collares.** Algo ya se ha dicho al respecto. Colectando las cuentas recogidas con el harnero en las exhumaciones de enterratorios, se han podido hilar los respectivos collares. Por supuesto que no se pretende que estén completos en cuanto al número de cuentas ni haya sido el orden original de la distribución de éstas en el collar. Se ha hecho más bien una recreación.

La materia prima de las cuentas discoideas corresponde a distintos minerales de cobre que se encuentran en la cuenca del Copiapó o en áreas aledañas. Priman la malaquita (Carbonato de Cu), la crisocola,

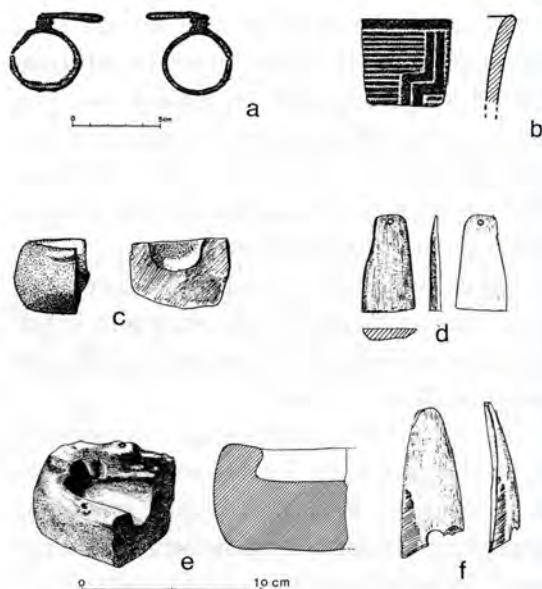


Figura 14. La Puerta A. Objetos diversos procedentes de excavaciones de túmulos del Complejo Ánimas:

- a. Aros de cobre. Túmulo 84-A.
- b. Fragmento cerámico negro pulido inciso (?ciénaga?). Túmulo 23-pared.
- c. Molde de material refractario. Túmulo 18, relleno aéreo.
- d. Pendiente de crisocola del Esqueleto 2 del Túmulo 12.
- e. Molde refractario (una mitad) del relleno del Túmulo 90.
- f. Pendiente de concha de choro (fracturado) del Túmulo 82 - Esq. 1 b, c, d y f en tamaño natural.

la azurita (sulfato de Cu) y la turquesa. Con mucho menor frecuencia, cuentas calcáreas preparadas de conchas de moluscos, como las tan populares conocidas en al Arcaico (p. ej., en el cementerio de Punta Teatinos, La Serena) o en el Complejo El Molle (p. ej., en Carrizalillo Chico).

En algunas fosas de la Necrópolis, los collares estaban constituidos por cuentas de minerales no terminadas. Fueron recoradas con una herramienta adecuada, un pequeño cincel, dándoles una forma tendiente a la circunferencia, pero que aparecen algo poligonales en esa situación de

tránsito. Esta circunstancia es favorable para reforzar las ideas sobre el proceso de obtención de las cuentas.

Las cuentas tubulares son más infrecuentes. Las más notables son las 15 recuperadas en el Túmulo 64 junto a un cuerpo en posición sedente y un camélido de ofrenda íntimamente ligado a él. Las longitudes de estas cuentas van de 7 mm a 45 mm con diámetros exteriores que oscilan entre 7 mm y 16 mm. Son de turquesa.

— **Pendientes.** Hechos de crisocola, de forma trapezoidal con un agujero en su parte superior para colgar. Es una tradición que viene del Período Temprano (*Figura 14d*).

En el relleno aéreo del Túmulo 82 se recuperó un pendiente de concha de choro, fracturado.

En el cuerpo N° 6 del Túmulo 86, en la Necrópolis, se recuperó un collar de 4 pequeñas conchas de almejas (*Macrocalleista pannosa*).

2. Complejo alucinógeno

Sólo hemos encontrado espátulas de hueso relativamente sencillas. Dos fraccionadas fueron halladas por A. Durán en el Túmulo 74 y nosotros exhumamos una del Túmulo 87 que estaba al lado de la cabeza del Esqueleto 2. Esta última tiene una longitud de 178 mm; su paleta, un ancho máximo de 55 mm. Su vástago termina en punta (*Figura 15*). Suponemos que otros elementos del Complejo Alucinógeno han sido de madera y han desaparecido.

3. Tubos de hueso

En el Túmulo 88, en el lugar donde debió estar el cráneo del Esqueleto 3 (ausente) de un adulto humano, se encontró un tubo de hueso relativamente grueso de 150 mm de

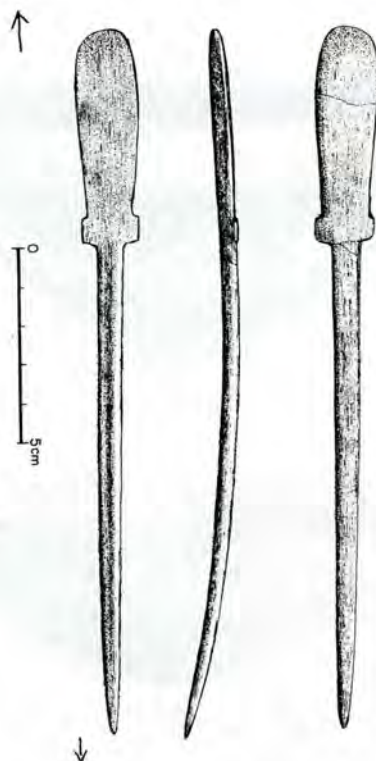


Figura 15. La Puerta A. Espátula de hueso exhumada en el Túmulo 87 junto al enterratorio 2.

longitud y 20 mm de diámetro medio hecho a partir de un hueso largo de camélido. Su estado era precario. En una fosa de la Necrópolis apareció otro por el estilo. Interpretamos este objeto como de utilidad en soplar el fuego en un pebetero o bien, en un horno portátil de fundición de minerales, a falta de una explicación mejor.

4. Cerámica (*Figuras 16, 17, 18 y 19*)

No caben dudas que el rubro de la cerámica es el que alcanza en La Puerta el mayor desarrollo, sin ser las ofrendas en cada sepultura excesivamente abundantes, sino más bien limitadas. Es de mucho interés recordar aquí la experiencia de Jorge Iribarren —infatigable explorador de los valles del Norte Chico— quien en 1956 recorrió el valle de Copiapó desde La Guardia, en el

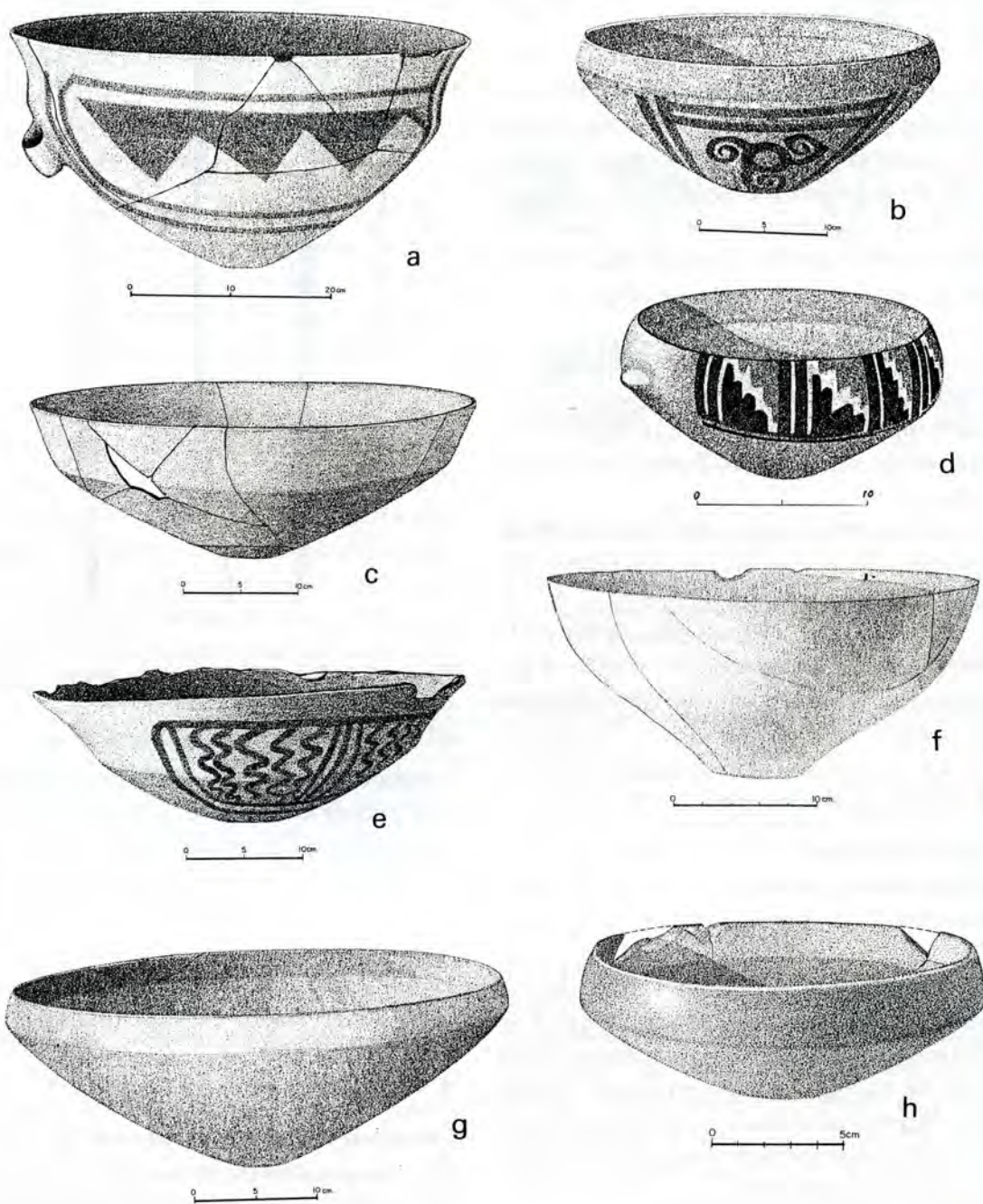


Figura 16. La Puerta A. Cerámica tipo La Puerta. Proceden: a. Túmulo 13. Ceramio 5; b. Túmulo 13. Ceramio 2; c. Túmulo 20. Ceramio 2; d. Túmulo 13. Ceramio 1; e. Túmulo 13. Ceramio 3; f. Túmulo 22. Ceramio 1; g. Túmulo 13. Ceramio 4; h. Túmulo 102.

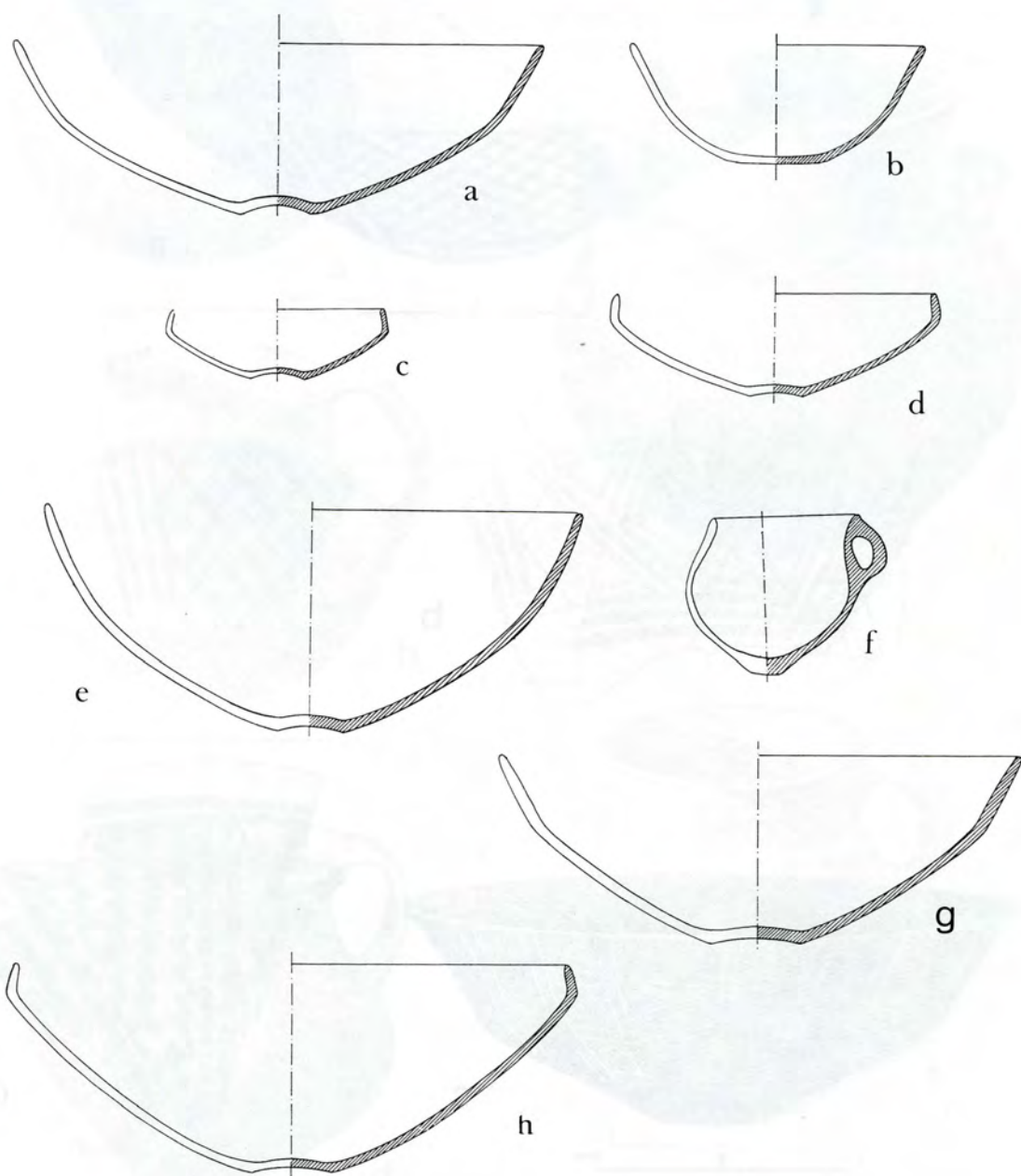


Figura 17. La Puerta A. Perfiles de la cerámica tipo La Puerta, procedente de la excavación de los túmulos. Excepto f., los cuencos admiten la comparación con semejantes de la Cultura Aguada, del NO argentino.

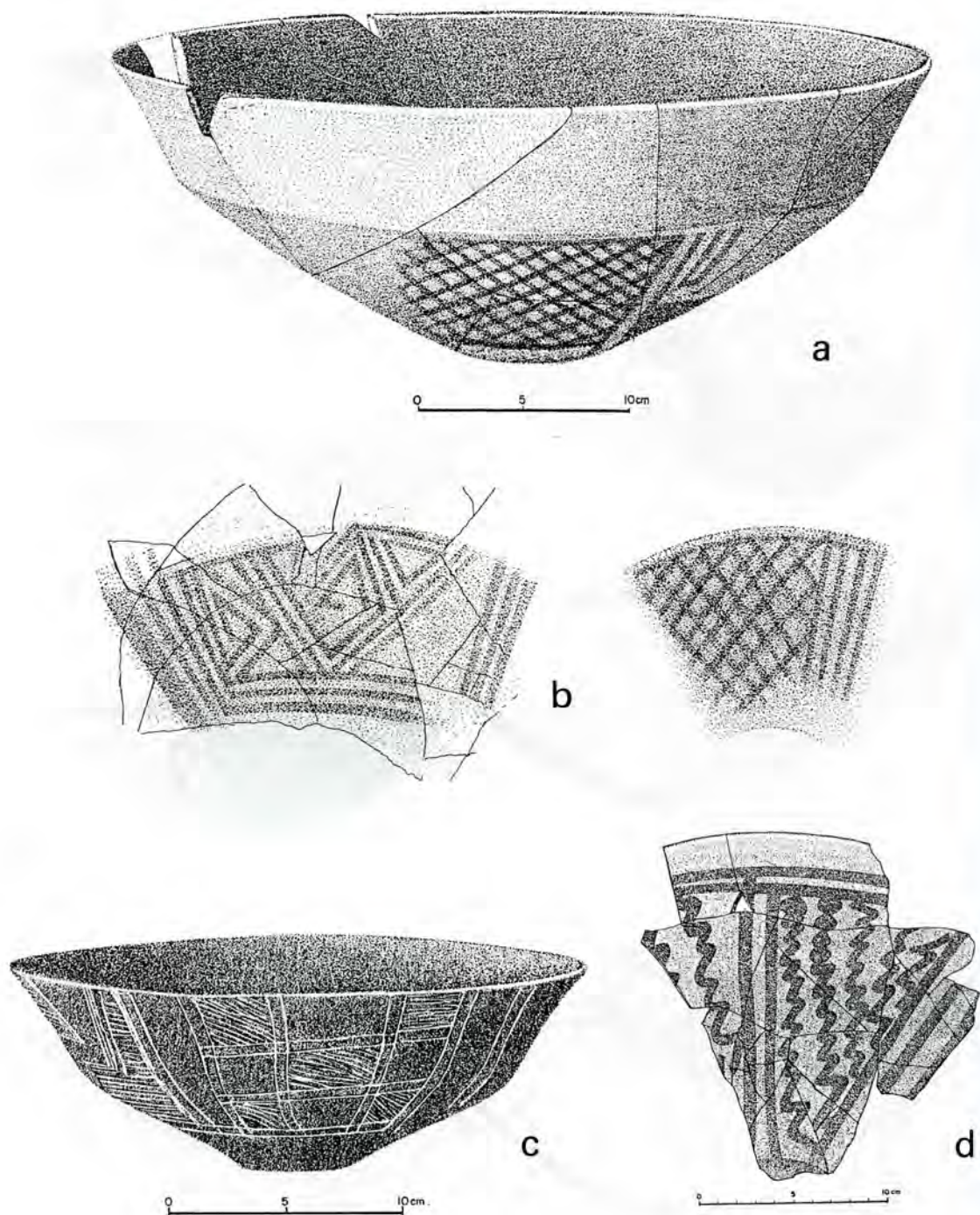


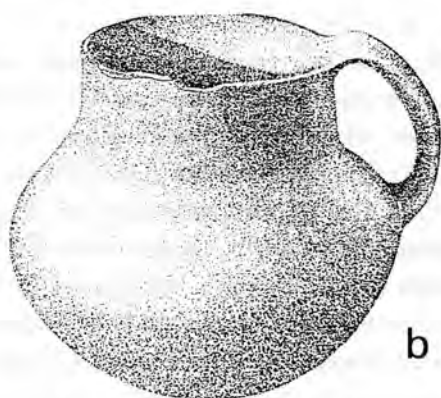
Figura 18. La Puerta A. Algunos motivos decorativos en la cerámica La Puerta: a. Pucio del túmulo 75; b. Decoración del cerámico a; c. Cerámica La Puerta negro pulido inciso; d. Decoración de un pucio roto del Túmulo 6.



a



c



b



d



e

Figura 19. La Puerta A. Cerámica corriente de los túmulos, excepto e. que es de la Necrópolis fosa 17. Proceden: a. Túmulo 64; b. Túmulo 6. Ceramio 4; c. Túmulo 22. Ceramio 3; d. Túmulo 20. Ceramio 1; e. Necrópolis. Fosa 17.

Jorquera. Entre los sitios visitados se incluyó, por supuesto, el yacimiento de túmulos de La Puerta. Él apunta que los grandes túmulos aparecen abiertos hasta sus bases y rasgados en un corte que los atraviesa; sin duda apreciaciones exageradas. En la colecta superficial y en la reexcavación de un par de túmulos consiguió una colección de 250 fragmentos alfareros que les permitieron definir en el gabinete dos tipos cerámicos que interesan en este estudio. Así los definió:

— **Tipo La Puerta.** El 52% de los fragmentos correspondía a este tipo; Iribarren los definió sólo en fragmentos por lo que no pudo proponer formas ni decoraciones. La pasta es de color terracota, de cocimiento de gran perfección que da a los fragmentos una gran consistencia y “hasta un sonido de piedra chocada al dejarlo caer sobre una superficie dura”. La superficie es suave y untuosa al tacto. Distingue en cuanto al color, dos variedades: una en que ambas caras son de color terracota; y otra, en que la cara exterior es terracota y la interna “negra brillante, pudiendo alcanzar la intensidad del brillo metálico”. Efectivamente es lo que nosotros hemos comprobado con nuestras excavaciones. Después (1969) agregó una tercera variedad que toma en cuenta la decoración sobre la superficie externa.

El otro tipo es el Gris Negro Inciso, de mucho menor representación. Establece que la decoración grabada incisa fue realizada con un instrumento de puntas múltiples (peine o rasero) trazando cuatro rasgos paralelos en un ancho de 4 mm, aspecto que hemos podido también comprobar en dos ceramios exhumados por nosotros.

En la cerámica La Puerta, Iribarren retomó el problema y fijó en 1969 tres varie-

dades de acuerdo al tratamiento de la superficie:

- a) Negro ahumado brillante interior - terracota exterior (beige);
- b) Terracota interior y exterior (color de la pasta sin engobe);
- c) Negro interior con terracota exterior con dibujo en negro exterior. Estas son las más frecuentes en nuestra experiencia. Habría que agregar una cuarta, con el interior negro y exterior con decoración tricolor (1 por excepción del Túmulo 13).

— **Tipo La Puerta rojo anaranjado exterior y rojo anaranjado interior.** El tipo tiene su mejor representante en un puco grande exhumado en el Túmulo 50, semejante en forma a los del tipo La Puerta. Aquí ambas superficies son pulidas de color rojo anaranjado. El diámetro exterior de la boca es de 126 mm; el de la base, de 65 mm y la altura, de 95 mm.

— **Tipo La Puerta negro inciso.** Tiene escasa representación: un ceramio del Túmulo 22, uno del Túmulo 62 y el exhumado en el Túmulo 56 por A. Durán.

— El ceramio del Túmulo 22 es negro pulido y por fuera gris pardo negruzco. Lleva exteriormente decoración incisa dispuesta en dos campos opuestos, hecha con un instrumento de puntas. Se puede discernir un reticulado tipo Tablero de ajedrez, una especie de malla de cuadrángulos, unos rellenos con línea incisa fina alternando con otros lisos. Al lado de estos, otros rectángulos verticales, el primero de los cuales lleva un escalonado con incisiones internas horizontales.

— El ceramio del Túmulo 62 es por el

estilo del anterior en su forma y tamaño. La decoración incisa es diferente, la que está presente también en dos campos. Consta de dos rectángulos mayores separados entre sí por un espacio menor rectangular delimitado por haces de lineaturas verticales. Hacia los extremos también se ven rectángulos verticales extremos relativamente angostos. En cada uno de los rectángulos centrales, se encuentra una lineatura quebrada como una especie de letra N deformada. Todas estas lineaturas son de cuádruple trazo inciso (No se ilustra).

- Ceramio del Túmulo 56 (excavado por A. Durán). Se trata de una pieza glubular de cuello más bien breve y boca ancha. El cuello va ornado con una guarda incisa en zig zag de tres incisiones, aunque impreciso.

El fragmento de cerámica negra incisa que se ilustra en *Figura 14b* fue recuperado en el relleno del Túmulo 23. Lo consideramos intrusivo, perteneciente a cultura de allende los Andes, ¿Ciéna-ga?

Formas. Las formas de los cuencos no difieren mayormente en estas variedades y todas se resuelven en pucos abiertos con perfil más o menos tronco cónico inflectado. La base es circular de pequeño diámetro y ligeramente cóncava. En *Figura 17* se han representado si no todos, la gran mayoría de los perfiles de los tiestos exhumados, que es más elocuente que la descripción. Por lo general los pucos carecen de asas. El único puco con asas horizontales acintadas pequeñas es el más grande de todos los exhumados, el ceramio 5 del Túmulo 13. En otro caso, también único, el ceramio tricolor N° 1 del mismo Túmulo 13 lleva en situación diametralmente opuesta dos melones aplanados a modo de asas.

Decoraciones pintadas (*Figura 18*). Las decoraciones en la variedad negro interior-terracota exterior son dibujos en negro, cuyos diseños podemos seguir a través de las láminas que ilustran los ceramios. En ocasiones, esta decoración se presenta algo fugitiva o esfumada, impidiendo su clara descripción.

- Hilera horizontal de triángulos isósceles yustapuestos de color café rojizos con sus bases apoyadas en una línea imaginaria paralela al borde y con su tercer vértice apuntados hacia la base. Se encuentran dentro de un marco subrectangular de líneas del mismo color. Esta decoración va sobre el color crema de la superficie externa distribuida en cuerpos simétricos (*Figura 16a*).
- Decoración tricolor blanco, rojo y negro de estilo geométrico distribuida en dos campos diametralmente opuestos. En cada campo se repite cuatro veces el motivo principal encerrado dentro de un espacio rectangular delimitado por dos líneas verticales, gruesas y paralelas entre sí, en negro, que establece las separación con el vecino. El motivo principal es un triángulo rectángulo de catetos vertical y horizontal, con su hipotenusa escalera. Una línea horizontal en negro sirve de marco inferior al campo, en tanto que la superior va sobre el borde mismo del ceramio (*Figura 16d*).

Observación. La decoración no es demasiado esmerada, pero la temática demuestra cierta tendencia incipiente a uno de los temas socorridos de la cerámica diaguita chilena. Esta pieza es una excepción en el yacimiento.

- Dos campos externos en oposición diametral. Cada uno consiste en una pareja de dos espacios cuadrangulares sepa-

rados por un haz de tres líneas rectas paralelas y en cada uno de ellos se trazaron en forma simétrica hasta cinco líneas ondulantes verticales que van desde la línea horizontal delimitante superior a la inferior, que es doble (*Figura 16e*).

- Sobre la pared externa color crema de fondo se decoraron dos campos en oposición diametral. Cada uno consiste en un espacio enmarcado por dobles líneas paralelas (un sistema horizontal paralelo al borde y dos líneas a cada lado según la máxima pendiente). Dejan en el interior en forma centrada un motivo sui géneris compuesto por un círculo central del cual arrancan rítmicamente tres ramas espiraladas en distribución simétrica (*Figura 16b*).

Algunos investigadores argentinos de la Cultura Aguada opinan que el diseño podría interpretar en forma asaz esquemática la garra del felino.

- Sobre la pared externa color crema de un puco se pintaron en negro cuatro haces de líneas verticales paralelas que bajan desde el borde mismo hacia la base. En ellos se combinan líneas ondulantes con líneas rectas.
- En un puco del Túmulo 75, la superficie externa lleva dos sectores decorados en negro sobre el color crema, pero sólo uno de ellos es algo más discernible. A lo menos se han evidenciado dos motivos nuevos; uno es un reticulado fino oblicuo deslindado de otro campo por una línea vertical. En este otro campo, son cuatro las líneas verticales limitantes (*Figura 18a*). El otro motivo es más complejo. El campo está limitado por haces de barras verticales (3 por lo general) que encierran un complejo sistema armónico de espirales acodadas en juego con triángulos equiláteros (*Figura 18b*).

— **Tipo La Puerta corriente.** Dos formas de ceramios de pasta y terminaciones más rústicas o corrientes han sido exhumadas con cierta recurrencia en los túmulos. Una de ellas es un ceramio globular de boca ancha y cuello corto, sin asa. Queda tipificado por el ceramio extraído en el Túmulo 64 (*Figura 19a*). Este ceramio tiene un diámetro de 135 mm y una altura de 140 mm, datos que dan una idea de las proporciones de estas piezas. En su concepción general tanto como en su pasta recuerda muy de cerca a ceramios del Molle de Copiapó.

La segunda forma recurrente corresponde a un jarro de cuerpo globular con un asa que arranca del labio del ceramio y se inserta en la base del cuello. En la colección hay varias. Ilustramos la del Túmulo 20 (*Figura 19d*) que tiene un diámetro máximo del cuerpo 150 mm; diámetro de boca 95 mm; altura 105 mm.

Por excepción, se encontró en el Túmulo 22, la olla de cuello alto y recto premunida de dos asas horizontales de sección circular; aparecen trenzadas (*Figura 19c*).

También por excepción en el Túmulo 24 se exhumó un puco sencillo de paredes altas con hollín adherido.

Dado el gran número de fragmentos de cerámica corriente, es posible que dentro de este tipo haya habido otras formas que no hemos podido reconstituir. Tampoco sabemos lo ocurrido en el primer nivel de los túmulos huaqueados.

Cerámica tipo Necrópolis (*Figura 20*). Aparte de las piezas cerámicas excepcionales de las fosas 3, 4 y 8 de la Necrópolis, que ya se mencionaron, el ceramio más recurrente como ofrenda funeraria, finamente terminado es el que denominamos NECRÓPOLIS. Consiste en un ceramio campaniforme de base plana. Lleva interiormente un pulimiento sea de color rojo sea negro ahuma-

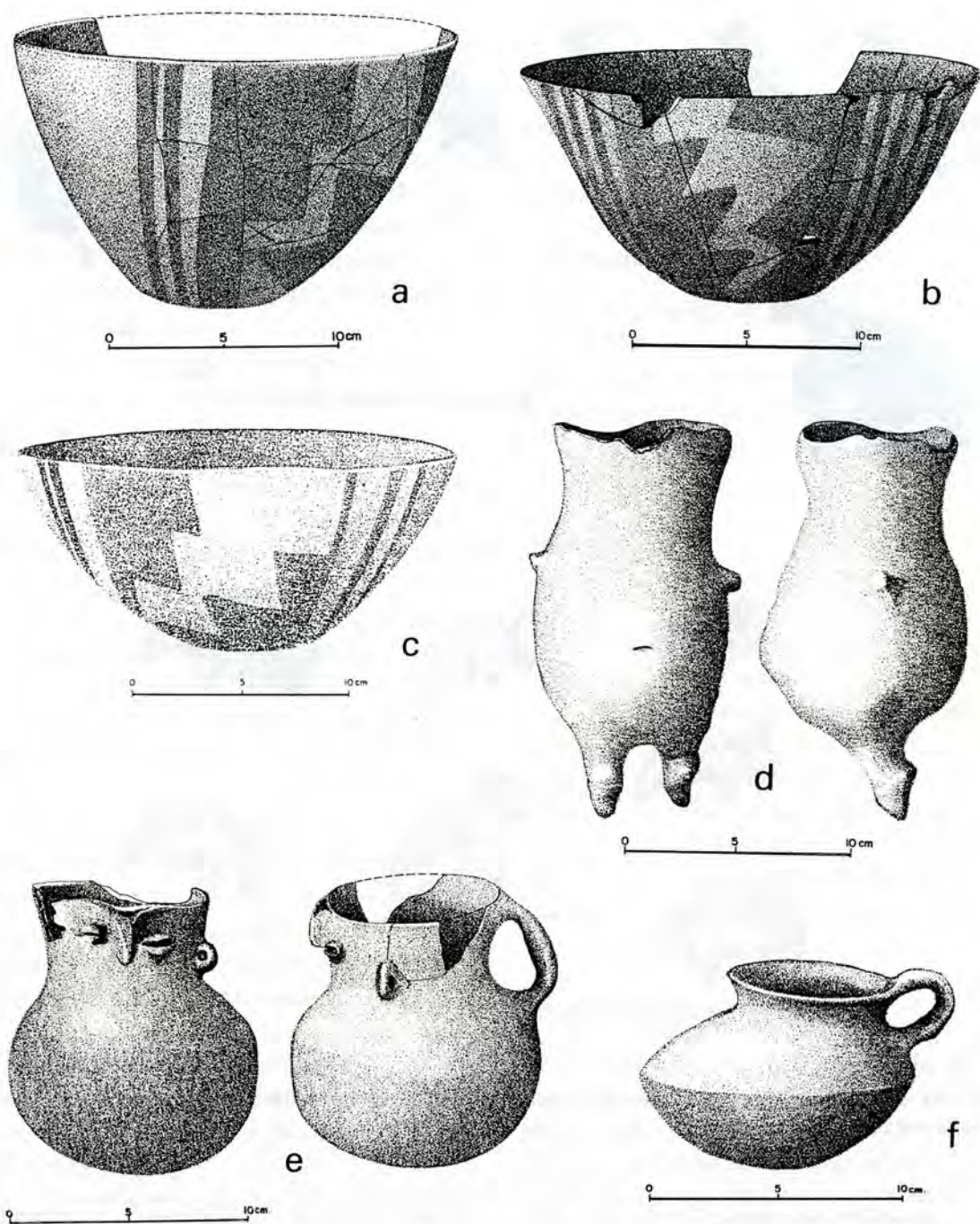


Figura 20. La Puerta A. Cerámica de la Necrópolis. a-c. Tipo Necrópolis. Proceden de: a. Fosa 15; b. Fosa 13; c. Fosa 16; d. Fosa 4; e. Fosa 8; f. Fosa 3.

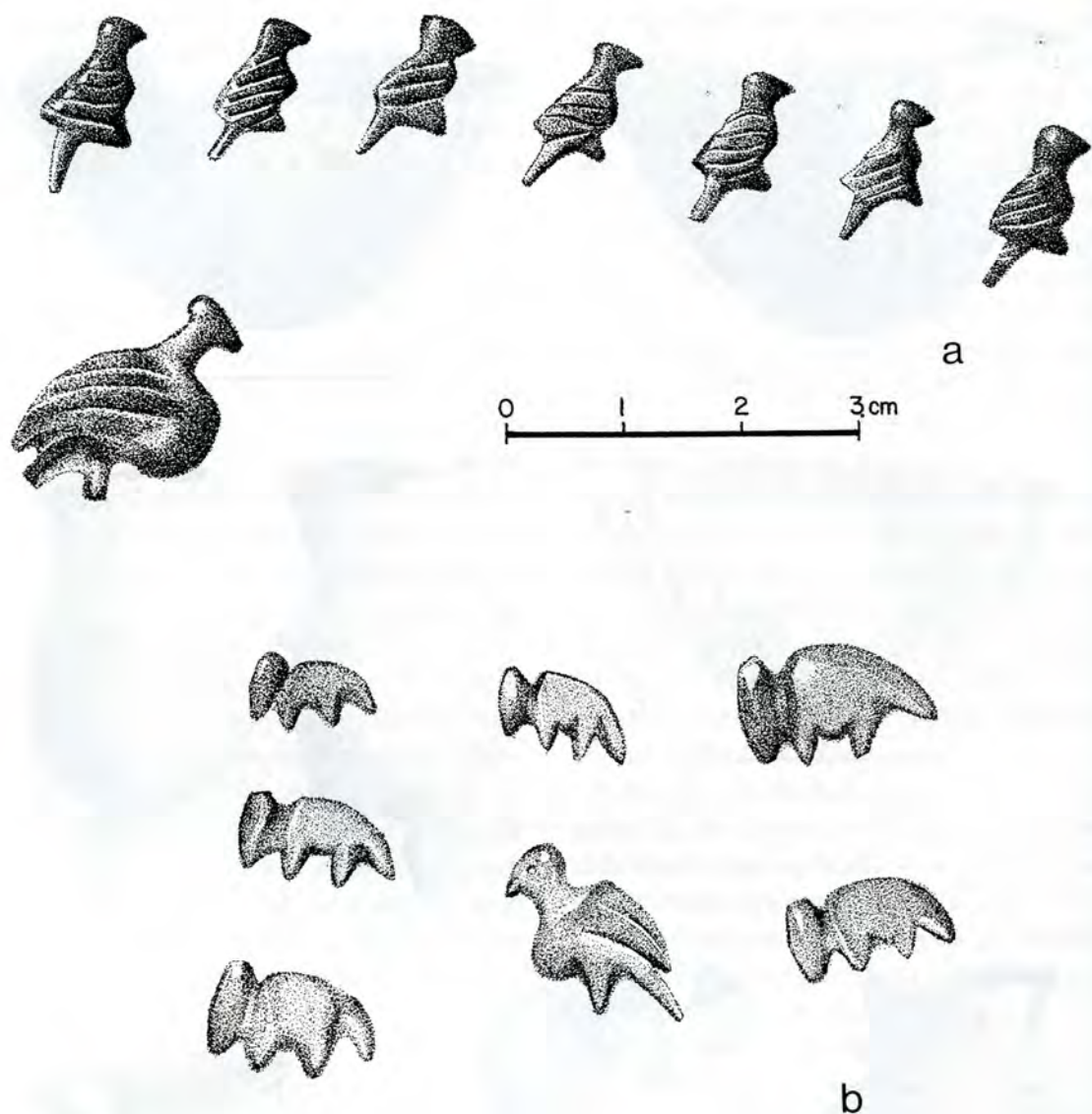


Figura 21. La Puerta A. Necrópolis. Cuentas de collares labradas en roca blanda ¿Combarbalitas?: a. Proceden de la fosa 4; b. Proceden de la fosa 17.

do (como el de la cerámica La Puerta) y por fuera un engobe café rojizo también muy pulido, decorado en negro. Esta decoración consiste en dos campos diametralmente opuestos. Cada campo pintado de negro queda limitado por sendos haces de dos o tres líneas rectas verticales gruesas que bajan desde el borde hasta la base. Encierran

un motivo central de triángulo rectángulo escalonado en su hipotenusa, que se corresponde a modo de un engranaje con otro vecino semejante que va en sentido opuesto. Queremos decir con esto que mientras uno de los triángulos tiene el cateto horizontal apoyado en el borde del ceramio, en el otro este cateto va apoyado en la base

(Figura 20). Las dimensiones de la boca van de 160 a 190 mm; la altura, de 95 mm y la base, de 47 a 60 mm.

Se exhumaron ceramios de este tipo en las fosas 13, 15, 16 y 24 de la Necrópolis. Pero cabe recordar que en el escombros de huaqueo de la Necrópolis que había entre los túmulos 86 y 87 se recuperaron trozos de este tipo cerámico de a lo menos cuatro o cinco piezas más.

Este tipo cerámico Necrópolis obedece al concepto de Ánimas II definido por Julio Montané (1969: 178)¹.

— **Tipo Necrópolis Corriente.** La escasa cerámica corriente exhumada en la necrópolis no difiere mayormente del tipo La Puerta Corriente.

Habría que agregar los dos ceramios globulares grandes con asas rudimentarias que oficiaron de urna con entierros de párvulos; no tenemos de ellos por ahora la descripción detallada.

5. Líticos

Los materiales culturales de este rubro recuperados en las excavaciones son escasos. Se refieren a algunas puntas pedunculadas finas con aletas, y lascas. También han aparecido puntas pedunculadas más gruesas, similares a las características puntas Molle, lo que daría un nuevo argumento para la postulación de un contacto transicional fluido del Período Temprano al Período Medio en Copiapó.

Contrario a lo que sucedía en los yacimientos del Complejo El Molle del mismo valle donde abundaban las hojas de herramientas agrícolas, en La Puerta éstas fueron muy escasas. A. Durán encontró uno de estos artefactos en la colecta de superficie y nosotros, una mitad distal de una hoja en el relleno del Túmulo 77. Aparentemente sería del tipo "azapatillado". Ambas son de basalto.

En el relleno aéreo de algunos túmulos suelen encontrarse incorporadas piedras molinos partidos, al parecer en actos rituales, y pocas manos de tipo discoidal elíptico. También se han recuperado algunas piedras de amolar.

6. Ecofactos

En la excavación de los túmulos se han encontrado huesos de camélidos y la siguiente lista de moluscos; caparazones de jaibas fragmentadas y de erizos (*Loxechimus albus*), y vértebras de pescado no identificadas aún.

Moluscos

Choro	<i>Choromytilus chorus</i>
Ostión	<i>Argopecten purpuratus</i>
Almeja	<i>Proto Thaca Thaca</i> y otras
Sombrerito	<i>Scurria seurra</i> (Lesson, 1830) Túm. 90
Cholga	<i>Aulacomya ater</i>
Lapa	<i>Fissurella</i> sp.
Loco	<i>Concholepas concholepas</i>
Almeja	<i>Semele solida</i> (Gray, 1825) Necr. Fosa 13
Almeja	<i>Macrocalleista pannosa</i>

PINTURAS EN ROCA

En la ladera norte de la quebrada de La Puerta a cota sobre los 1.000 m se han encontrado hasta seis bloques portadores de pinturas, la mayoría obliteradas en parte con depósitos de sales de calcio, muy borrosas y difíciles de fotografiar. El Bloque IV lleva la figura del Sacrificador, de allí que atribuyamos las pinturas a los responsables de los túmulos, o sea, al Complejo Ánimas.

Pintura I. Situada a la cota 1.014 m. Se trata de un bloque romboédrico de 1,10 m × 1,0 m × 0,90 m. En una cara orientada al W

ofrece una mancha de pintura roja, sin que se pueda discernir forma.

Pintura II. Bloque grande a la cota 1.018 m s.m. Ofrece dos caras con pinturas rojas. La cara al SE con altura de 1,60 m y 3,20 m de longitud muestra un juego de tres círculos concéntricos, el mayor de los cuales tiene diámetro de 0,26 m. Además, tres camélidos dinámicos de perfil, dos de 15 cm de longitud y uno de 18 cm. La cara al norte con altura de 1,70 m y ancho de 4,80 m exhibe un gran número de camélidos dinámicos (14); un juego de tres círculos de 24 cm de diámetro el mayor, y otro conjunto de dos pequeños círculos concéntricos, el mayor de los cuales tiene apenas 10 cm de diámetro.

Pintura III. Bloque pequeño tetraédrico de $0,70 \times 0,60 \times 0,50 \text{ m}^3$, situado a cota 1.025 m s.m. en la ladera. Ofrece una cara al E algo carbonatada, blanca y descascarada que lleva dos óvalos concéntricos en rojo, otro exterior insinuado y un punto central.

Pintura IV. Situada a 1.020 m s.m. Lleva la figura antropomorfa inconfundible del personaje mítico andino del Sacrificador. Está muy borroso, sólo en algunos momentos se puede ver con luz apropiada.

Pintura V (Figura 22). Es el bloque más elevado y grande, a cota 1.60 m. Ofrece una cara al SE, con pinturas rojas con la temática de cuatro juegos de círculos concéntri-

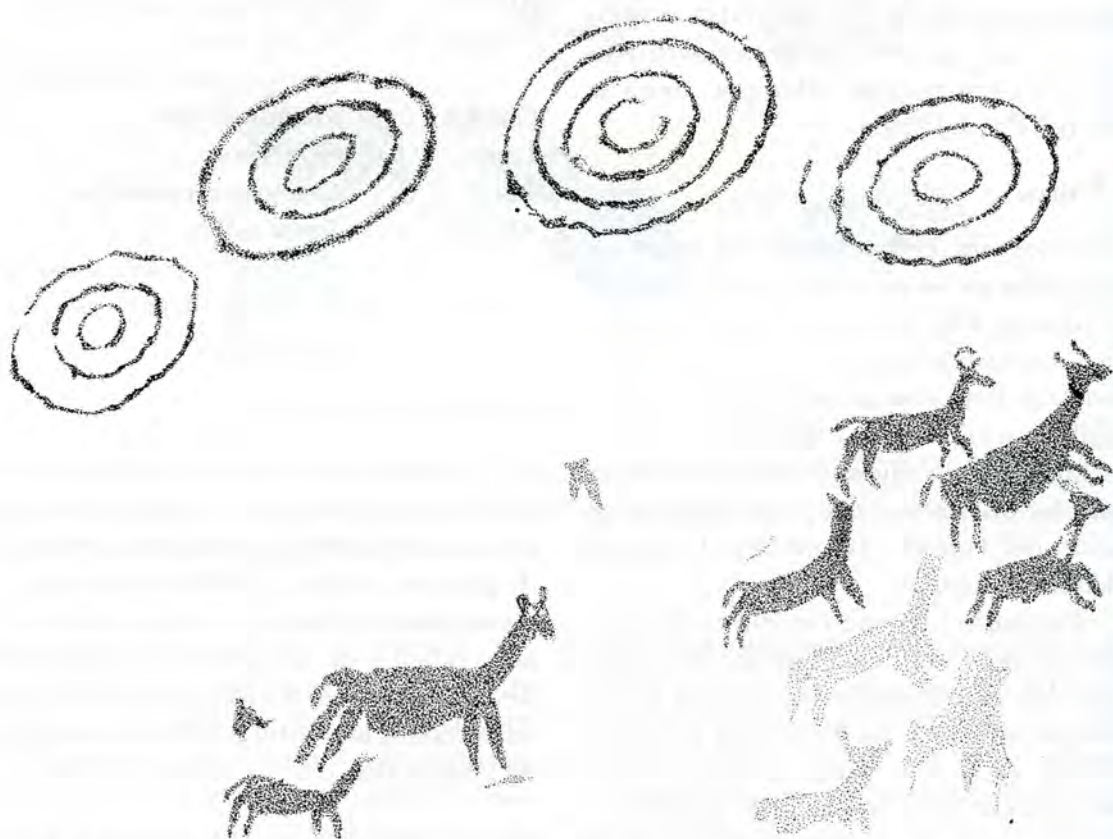


Figura 22. Pintura rupestre V, en color rojo-naranja, situada en la ladera poniente de la Quebrada de La Puerta A.

cos y unos ocho camélidos dinámicos que corren de izquierda a derecha de perfil.

Pintura VI. Es el bloque más al norte en la ladera, a cota 1.012 m. Una cara al SE de 1,70 m de alto y 1,30 m de ancho, casi con inclinación negativa, presenta la figura en color rojo de un cuadrúpedo de perfil que por la forma de la cabeza y de la cola se identifica con un zorro. Tiene 24 cm de largo y 10 de alzada.

HÁBITAT

Pero, ¿dónde vivía esta gente responsable de las sepulturas? La textura interna de los túmulos, desdichadamente al excavarlos que hayan servido de habitaciones que fueran abandonadas para enterrar a los muertos. Categóricamente esto no es posible en La Puerta. Otra alternativa mucho más plausible que se investiga* es la posibilidad que las habitaciones sean las doscientas estructuras rústicas, y a veces más que rústicas, de la ladera del cerro que flanquea por su izquierda la quebrada La Puerta**. En esta ladera se encuentran las cinco rocas portadoras de pintura, entre ellas la que representa al Sacrificador. Una segunda posibilidad es que los terrenos habitacionales se encuentran en La Puerta B, en esos terrenos frente a la desembocadura de la Quebrada La Puerta, al lado derecho del río, asociados a enormes acumulaciones de tierra; o, en Tres Puentes, donde excavara Jorge Iribarren en la década de los años '60. En esta última localidad, situada unos 3 km aguas abajo de La Puerta, la maquinaria de Vialidad había hecho un rasgo de 30 m

longitudinal por 10 m de ancho y profundidad cercana a 2 m que dejó al descubierto una capa de ocupación importante de espesor variable de 0,50 m a 0,30 m. Iribarren practicó posteriormente excavaciones de cuadrículas y trincheras de varios metros de longitud. Encontró fogones con restos orgánicos, entre ellos huesos de camélidos, marlos de maíz y conchas de moluscos marinos; mucho material cerámico. Gran parte de este último lo homologaba al que había recogido entre los túmulos en 1956 y que había clasificado en tipos aún en plena vigencia. El material lítico se redujo a algunas puntas triangulares, manos de moler biplanas, discoidales a elípticas; una azuela de cobre, entre otros objetos.

En fin, ignoramos cómo se encuentran estos terrenos hoy, los que habría que identificar y prospectar, pero se ven como buenas posibilidades de haber sido el hábitat de los constructores de los túmulos de La Puerta.

CRONOLOGÍA

En comparación de la cantidad grande de sepulturas exhumadas en La Puerta A, disponemos por ahora de pocas fechaciones rigurosas. Unas son radiométricas, por procesamiento de carbón vegetal o de madera de algarrobo, procesadas en el Laboratorio Beta Analytic Inc. de Florida USA. Otras son fechas por Termoluminiscencia del Laboratorio de Radiactividad y Termoluminiscencia de la Universidad Católica, intervenidas por los físicos Álvaro Román y Ángel Deza. El dosímetro calibrador fue instalado en 1988 en el corazón del área de los túmulos y retirado un año después. Ángel Durán no obtuvo fechas de sus excavaciones en los túmulos, aunque nosotros procesamos por T.L. fragmentos cerámicos de los dos túmulos más importantes trabajados por él, los Túmulos 93 y 56.

*El grupo de trabajo de Copiapó tiene en marcha el proyecto FONDECYT 1960095 para los años 1996-98 para el estudio de las habitaciones.

**Con lo poco hecho hasta la fecha en excavaciones se está probando esta hipótesis.

a) **Por procesamiento de C14.** Se cuenta con pocas fechas C14 debido a su alto costo, obtenidas por el grupo.

Beta - 72358 - Túmulo	1090 ± 50 B.P.	860 d.C.	Carbón
Beta - 57427 - Túmulo 16	800 ± 50 B.P.	1150 d.C.	Madera Algarrobo

b) **Por Termoluminiscencia** (año base 1990)

UCTL 522 - 1	Túmulo 6	1130 ± 90	= 860 d.C. Cerámica
UCTL 523 - 2	Túmulo 6	1140 ± 100	= 850 d.C. Cerámica
UCTL 524 - 3	Necróp. 2-fosa 15	1165 ± 120	= 860 d.C. Cerámica
UCTL 525 - 4	Túmulo 70	1350 ± 150	= 640 d.C. Cerámica
UCTL 527 - 5	Túmulo 10	1210 ± 60	= 780 d.C. Cerámica
UCTL 173	Túmulo 93	1200 ± 50	= 790 d.C. Cerámica
UCTL 174	Túmulo 56	1310 ± 100	= 680 d.C. Cerámica

Hemos sintetizado en 800 - 850 d.C. la fecha media representativa del yacimiento de La Puerta A.

Aspectos bioantropológicos de la población de la Puerta A*

El estudio bioantropológico de los restos óseos recuperados en La Puerta A se ha visto dificultado enormemente por el mal estado de conservación que presentaban los huesos, producto del enorme peso de la estructura tumular que gravitaba sobre ellos.

A este factor primario se unía la acción de las raíces de los arbustos que en años lluviosos prosperan en el área y la acción química de los suelos ácidos en que se enterraron. A este respecto hay que recordar que la quebrada de La Puerta está labrada en una formación granítica, que de suyo es una roca ácida. Por otra parte, muchos es-

queletos se presentaban incompletos, mutilados y desarticulados, cuyas causales atribuimos a ceremonias y ritos que sólo conjeturamos.

La restauración de los esqueletos en el laboratorio ha sido extraordinariamente demorosa a causa de su precario estado original. Es así que al final del año 1994, el estudio de Antropología Física hubo que hacerlo sólo con 66 individuos que corresponden a 48 túmulos, muchos fragmentados o incompletos, cifra que representa algo más de la mitad de la población exhumada en La Puerta. Resta una buena parte por procesar en el laboratorio, de allí que este informe sea sólo un avance del informe final.

Determinación de la edad

El diagnóstico de la edad estuvo basado principalmente en el grado de calcificación y erupción dentaria y en el estado de madurez del esqueleto. De esta manera y considerando las características del material en estudio, se definieron las siguientes categorías etarias:

*El presente subcapítulo estuvo a cargo de la antropóloga especializada en antropología física, Ximena Novoa.

Fetos

Lactante I	0 - 9	meses
Lactante II	1,0 - 4,9	años
Infante I	5,0 - 9,9	años
Infante II	10,0 - 14,9	años
Subadulto	15,0 - 19,9	años
Adulto joven I	20,0 - 24,9	años
Adulto joven II	25,0 - 29,9	años
Adulto	30 - 34,9	años
Adulto maduro	35,0 - 39,9	años

Lactante de edad

no determinable

(L.N.D.) 0 - 4,9 años

Infante de edad

no determinable

(I.N.D.) 5,0 - 14,9 años

Adulto de edad

no determinable

(A.N.D.) Mayor de 30 años

Estimación del sexo

El diagnóstico del sexo consideró las recomendaciones hechas en Bass (1987) y Ángel (1982). Se establecieron las categorías siguientes:

M Masculino

F Femenino

M? Masculino Probable

F? Femenino Probable

ND No Determinable

Mayores dificultades hubo en evaluar las patologías dentales como caries, abrasión, hipoplasias, entre otras, debido a que las coronas dentales estaban deterioradas o ausentes.

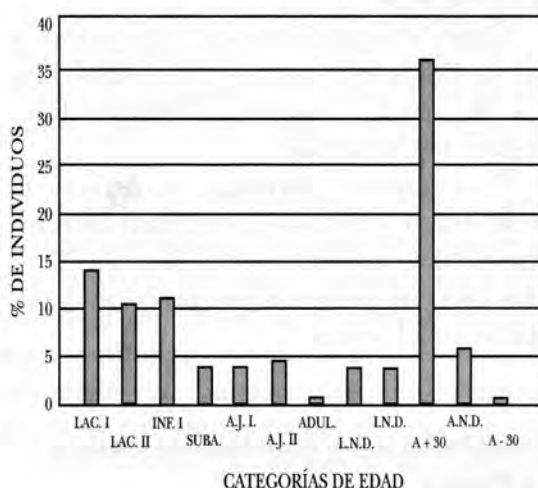
Resultados más confiables se obtendrán cuando se hayan procesado todos los esqueletos.

El Cuadro 1 siguiente da el porcentaje de individuos por categoría de edad. Quedan visualizados estos resultados provisionarios en el gráfico que se acompaña.

Cuadro 1
PORCENTAJE DE INDIVIDUOS POR
CATEGORÍA DE EDAD
SITIO LA PUERTA A

	Cant. Ind.	%
Lac. I	9	13,8
Lac. II	7	10,8
Inf. I	8	12,1
Subadulto	2	3,1
A.J.I.	2	3,1
A.J.II.	3	4,7
Adulto	1	1,5
L.N.D.	2	3,1
I.N.D.	2	3,1
A + 30	24	36,9
A.N.D.	4	6,2
A-30	1	1,5
Total	65	~100,0

Gráfico % individuos por categ. edad
sitio La Puerta-A III Región-Chile



Población Infantil

La totalidad de niños (lactantes, infantes y subadultos) asciende a 30 individuos que representaban el 46,1% de la población total. El estudio concluye que existe una elevada mortalidad infantil entre los lactantes, que disminuye con la edad que avanza. El análisis de los huesos del cráneo descarta absolutamente la condición patológica de la hiperostosis porótica, por lo que la mor-

talidad infantil habría que atribuirle a infecciones parasitarias o diarreas, y no tendría como causal deficiencias en la dieta.

Población Adulta

La totalidad de adultos asciende a 35 (53,8%), de los cuales once corresponden a mujeres; tres a hombres y en 21 casos no fue posible determinar el sexo, así como existe 24 sujetos a los cuales no es posible determinar la edad.

El grupo humano presenta diente en pala, lo que significa una población mongoloide.

En cuanto a deformaciones en adultos, se determinó en una mujer de 26 a 35 años deformación anular, y en otra femenina probable, de análoga edad, deformación tabular erecta.

Estas deformaciones son algo extrañas en este Complejo Ánimas y más bien se han descrito para poblaciones diaguitas de la Región de Coquimbo.

En cuanto a patología, se detectó la presencia de exostosis en el meato auditivo externo del enterratorio del Túmulo 77. Se relaciona con personas que practican habitualmente el buceo.

Recapitulación y conclusiones sobre La Puerta

— El de La Puerta A es sin duda el más importante cementerio hasta ahora descubierto del Período Medio, del Complejo Ánimas, en el valle de Copiapó y quizás de todo el norte semiárido, con más de 100 estructuras funerarias.

— El entierro mayoritario en túmulos es una tradición que aquí deriva del Complejo El Molle que le precedió en el tiempo, en boga en los valles de Copiapó y Huasco en

los siete a ocho primeros siglos de la Era Cristiana.

— Un mismo túmulo ofrece dos y hasta tres niveles de enterratorio. El superior en prácticamente todos los casos se encontraba destruido por manos inexpertas, muchas veces con huesos humanos a la vista. Por suerte los saqueadores sólo removían el centro de los túmulos y se conformaban con el contenido más superficial.

— A través de las excavaciones de La Puerta se ha puesto de manifiesto el pleno desarrollo de la metalurgia de minerales fundidos. No sólo se han encontrado piezas metálicas elaboradas de cobre y de plata, sino los moldes (*Figura 14*). Probablemente un par de tubos de hueso de 15 a 20 cm de largo y 2 cm de diámetro pudieron servir para avivar el fuego en hornos portátiles de fundición de minerales.

— Los habitantes de La Puerta A, responsables de las sepulturas, tenían una economía diversificada, con acceso a variados recursos desde la cordillera andina al mar, con énfasis en la ganadería de camélidos y en la agricultura del maíz, del poroto y de cucurbitáceas. Recolectarían el fruto del chañar y la vaina del algarrobo. Del mar explotaban peces, moluscos, crustáceos y equinodermos. Tampoco serían ajenos a la caza de animales silvestres, especialmente el guanaco y la vicuña en la cordillera andina.

— La datación para La Puerta A, por C14 y T.L. ha dado un resultado consistente, que se puede sintetizar en 850 - 900 años d.C.

— El material bioantropológico recuperado es muy abundante, pero desgraciadamente muy deteriorado. Su restitución en laboratorio ha sido penosa y hasta la fecha

incompleta. Un primer informe de la arqueóloga Ximena Novoa, especializada en Antropología Física, es un volumen considerable y comprende aproximadamente el 60% del material rescatado. Presentamos aquí una síntesis con los principales resultados.

Los Túmulos y la Necrópolis, una comparación

En La Puerta hemos encontrado como se ha dicho, dos prácticas de enterramiento: en túmulos y en fosas, propia de la Necrópolis.

Los túmulos como se ha dicho son grandes estructuras constituidas por acumulación de áridos de distinta granulometría que gravitan fuertemente sobre los cuerpos y atenta contra la conservación de éstos. Las posiciones aquí son variadas: en decúbito lateral; en decúbito prono; en decúbito dorsal y sedente. Es frecuente que acompañando al cuerpo humano se encuentra como ofrenda el de un camélido en más o menos íntima relación con él. También palos de Algarrobo protectores; rara vez morteros o piedras molinos y manos incorporados al relleno aéreo.

En la Necrópolis, se trata de fosas cilíndricas estrechas (de 0,50 m a 0,60 m de diámetro) en que los cuerpos se han depositado doblados en posición sedente. Las rodillas llegan casi al plano superior en que se encuentra el mentón. Por supuesto que han sido originalmente fardos funerarios, envueltos en esteras o de tupida lana amarrada con cuerda. De los textiles, no queda nada.

Los túmulos están distribuidos en un amplio espacio y parecieran obedecer al concepto de sepultura colectiva familiar. En cambio en la Necrópolis se establece una concentración de fosas individuales en

un espacio reducido, quedando una muy junta a la otra, casi yuxtapuesta. Aquí en una ocasión se produce enterramiento de párvulo en cántaro, sin que éste constituya propiamente una urna funeraria, del estilo de las de Punta Brava u otras. En otra urna cerámica se halló una cabeza aislada, un rasgo que tendría que ver con el culto de la cabeza cortada.

En cuanto a la cerámica de ofrenda, en los túmulos predomina la llamada cerámica La Puerta con sus variedades representadas sobre todo por grandes pucos y por vasos globulares de cerámica corriente y jarros rústicos.

En la Necrópolis en cambio, por excepción se encontraron dos piezas figurativas antropomorfa (Fosas 4 y 8) y un pequeño jarro zapato, pero indudablemente que el tipo más frecuente y estandarizado es el vaso campaniforme, que tipifica el tipo cerámico Necrópolis. El cerámico Necrópolis podría asimilarse al Animas II de J. Montané (1969)¹.

Se advierte claramente que entre ambos cementerios —Túmulos y Necrópolis— se establecen diferencias substanciales, sin que deje de haber un trasfondo común entre ambos, aparte de compartir un mismo territorio. Quizás el elemento común sea el negro ahumado del interior de los tiestos y la posición sedente de los cuerpos, aunque no siempre en los túmulos.

Las escasas informaciones cronológicas que poseemos obtenidas algunas por radiometría y otras por T.L. no permiten establecer una secuencia cronológica clara y suficientemente fina entre ambos yacimientos. Quizás en un futuro próximo se puede afinar mejor la secuencia entre ellos, multiplicando las fechaciones confiables.

Se percibe que en los túmulos permanece una mayor tradición proveniente del Complejo El Molle: la estructura funeraria

en sí, el empleo de palos de algarrobo protectores, collares de cuentas calcáreas además de las de minerales de Cu; fogatas ceremoniales. También algunas piezas cerámicas de los túmulos tienen un evidente aire Molle, p. ej., el ceramio negro elipsooidal del túmulo 10 y el ceramio de boca ancha negro inciso del túmulo 53 (exhumado por Durán) (*Figura 11b*). En cambio en la Necrópolis, parecería que se está más cerca del cementerio Chancoquín Chico del río El Tránsito de la cuenca formativa del Huasco, descrito por Ivo Kuzmanic¹⁹. Se parecen en la forma de los enterratorios, en fosas en posición sedente y algo también en la cerámica.

Por otra parte, la modalidad de enterratorio en fosa cilíndrica de cuerpos en cuclillas podría ser una influencia de tiempos contemporáneos de Tiahuanaco en Arica. A este respecto es ilustrativa la reciente relación de Guillermo Focacci (1990) en el cementerio AZ - 6 - fase Cabuza con tumbas formales de esa naturaleza. Hay otros cementerios en Arica de esta modalidad, sobre todo en la Sierra, hasta tiempos tardíos.

Otro elemento claramente diferenciador son los collares de cuentas de crisocola que incorporan pequeñas esculturas de animales labrados en roca blanda de dos tumbas de la Necrópolis, cosa que no se encontró en la excavación de los túmulos.

Correlaciones de La Puerta

El elemento diagnóstico más seguro para la identificación del P. Medio es la característica cerámica La Puerta. Se la encontró en profusión en los pucaras Puntilla Blanca y Quebrada Seca, a orillas del río Pulido. También en Cabra Atada en relación con viviendas semisubterráneas, en la ribera izquierda del Pulido. En menor medida en algunos de los recintos de La Ollita A, en la alta cordillera andina; en la quebrada de

Las Pinturas, al norte de Copiapó; en Vega Redonda, al interior de la quebrada de Paipote; en Finca de Chañaral de las Ánimas. Los más cercanos yacimientos a La Puerta A son Tres Puentes y La Puerta B. En la vecina provincia del Huasco, el cementerio Chancoquín, en el río El Tránsito y en quebrada de Pinte en el mismo río. También se ha informado de cerámica Ánimas en el paso limítrofe de La Flecha.

La forma de los pucos de la cerámica La Puerta se ha comparado con tiestos semejantes de la Cultura Aguada que floreció en el Noroeste Argentino. Asimismo, la decoración del puco de *Figura 16b* se ha pensado como una extrema estilización de la garra del jaguar, personaje de primera importancia en la cultura Aguada. En el mismo sentido apuntan los círculos de algunos ceramios del pucara Puntilla Blanca que serían una reminiscencia de las manchas del jaguar.

La persistencia de la fecha alrededor del 800 d.C. confirma en cierto modo la idea de que estaríamos en presencia de influencias fuertes de la fase conocida como Aguada Decadente.

Por otra parte, al kero de plata de túmulo 53, exhumado por A. Durán (*Figura 11a*), el autor le atribuye origen Tiahuanaco. Este precioso hallazgo no se volvió a repetir en La Puerta A.

OTROS SITIOS DEL PERÍODO MEDIO

Estudios arqueológicos realizados en áreas vecinas en la III Región de Atacama, y en los cuales han participado, uno, dos o los tres investigadores del Proyecto, han permitido extender el área de difusión en la zona del Complejo Ánimas del Período Medio. Y más que eso, han permitido percatarse de la transición suave o imbricación en la

Región de Atacama entre el Período Temprano, caracterizado por el Complejo El Molle, con el Complejo Ánimas. Los sitios más característicos son:

Quebrada de Las Pinturas

En junio de 1987, el grupo de trabajo practicó excavaciones en estructuras formadas por ruedos de piedras, e hizo el levantamiento topográfico del sitio y un relevamiento completo de las innumerables pinturas que se encuentran en ese importante sitio arqueológico, situado en coordenadas 26°95' LS y 70°32' LW y a 300 m s.m. Había sido descubierto por J. Iribarren¹⁵ quien hizo su publicación pionera.

Se trata de un cañón relativamente estrecho labrado en roca, al norte de la ciudad de Copiapó, entre la capital y el pueblo minero Inca de Oro, en una posición donde tiene vigencia en pleno el desierto. Una noria abierta en el relleno sedimentario de la quebrada, permitía un mínimo abastecimiento de agua. Las paredes que confinan el cauce muestran innumerables facetas producto del diaclasamiento de la roca granodiorítica del sector. En estas caras planas se han pintado en distintas tonalidades de rojo un gran número de pinturas. La más de ellas, reproducen a un personaje en tamaño casi natural, vestido con túnicas decoradas y que eleva sus brazos al cielo en actitud orante. La túnica es flotante y exhibe decoraciones de líneas zigzagueantes paralelas y en contados casos, un moteado como la piel de un felino, probablemente del puma juvenil. Otras pinturas, en escaso número, reproducen animales cuadrúpedos, casi seguro camélidos.

Las excavaciones practicadas en las estructuras dichas, situadas en la margen izquierda de la quebrada al pie de los farellones con mayor concentración de pinturas,

arrojó cerámica y otros elementos de la ergología que muestran una transición de El Molle a Ánimas. Por otra parte, la excavación de una estructura tumular, situada en la ladera derecha, frente a las otras estructuras, señaló una cubiera de lajas en falsa bóveda y por debajo una oquedad cilíndrica que cumplía finalidades de un osario de animales, sin duda de significación ritual. De ella se extrajo cerámica ÁNIMAS.

Todo señala a este sitio como un lugar de peregrinaje, como un verdadero santuario indígena al aire libre donde se rendía culto al personaje tantas veces reproducido.

Este importante sitio es un buen ejemplo de la continuidad Molle-Ánimas.

Finca de Chañaral. La quebrada de Chañaral (de las Ánimas) es un afluente de escaso recurso de agua del río Salado, que se desarrolla en el extremo norte de la Región de Atacama. El cauce está confinado en un sector por altas rocas que, como en la quebrada de Las Pinturas, han sido diaclasadas y en sus facetas han sido usadas para pintar distintas figuras¹⁶. Esta vez son pinturas distintas, al parecer contemporáneas de la guarnición incaica de que nos habla G. Bibar (1558). Sin embargo, la mayor dosis de ocupación en el oasis corresponde al Complejo El Molle del P. Temprano, y al Complejo Ánimas del P. Medio según lo revelan excavaciones practicadas en ese sector por G. Castillo y M. Cervellino. Estos trabajos no han sido aún publicados.

Vega Redonda¹⁸. Es un sitio a orillas de una vega en el interior de la quebrada de Paipote, a unos 100 km al noreste de Copiapó. Fue trabajado someramente un túmulo funerario por Miguel Cervellino. A primera vista, se trata de un sitio Ánimas, que entregó cerámica decorada. No ha sido aún pu-

blicado ni exhaustivamente estudiado. Coordenadas: 27°15' LS - 69°65' LW, 1.500 m s.m.

En la cuenca del Huasco, en Chancoquín Chico, cerca del pueblo El Tránsito, Ivo Kuzmanic estudió unas sepulturas que tenía ofrenda cerámica decorada que permitieron señalar al sitio, como Ánimas Tardío¹⁹. La modalidad de enterratorio era con cuerpos acomodados en cuclillas (en posición sentada) dentro de pozos circulares, constituyendo una novedad en el Norte Chico.

También Alfonso Sanguinetti reportó hallazgos Ánimas en el paso limítrofe del Rincón de La Flecha.

En la costa, entre las desembocaduras de los ríos Copiapó y Huasco, se han señalado los sitios Bahía Maldonado, Totoral y Punta de Lobos como pertenecientes al Período Medio.

De algo más al norte del área que aquí hemos considerado en estudio, del Mineral El Salvador, fue donado al Museo Arqueológico del Huasco, un fardo funerario momificado por deshidratación en el desierto, con su ajuar y con su ofrenda. Fue estudiado por I. Kuzmanic y J. Sanhueza²⁰ (1984). La ofrenda consistía en: un arco, gancho de atalaje, bolsitas con turquesas, talega policroma de lanas, cestería policroma, alforja, complejo alucinógeno (espátula, mortero, tableta de rapé). Su ajuar comprendía una camisa y un poncho bicolor; llevaba un tocado cubierto de plumas rojas, un sujetador de pelo, y un collar de turquesas.

Se trata de un individuo adulto maduro de sexo masculino que se encontró con múltiples fracturas y contusiones. Los autores lo consideran de *phylum* Tiwanaku; con edad correspondiente al Período Medio,

entre el 500 al 1.000 d.C. y habría sido muerto por un derrumbe de la mina donde extraían turquesas. Estaba, pues, vinculado al tráfico de estas piedras semipreciosas en relación con San Pedro de Atacama.

La expansión hacia el sur del Complejo Animas

Los elementos de influencia Aguada en Copiapó, provenientes del Noroeste Argentino, no son parte de Aguada Clásico, sino más tardíos y decadentes. Se convierten en el Complejo Cultural Las Ánimas y las causales de esta intrusión en territorio chileno no es un simple difusionismo, sino implica consideraciones más complejas, como la desarticulación de la Cultura Aguada en el NO, con pérdida de cohesión social y la búsqueda de renovados rumbos en la vertiente Pacífica de la Cordillera. En los valles de Elqui y Limarí no se ve una situación parecida. "En éstos el Complejo Las Ánimas está formado, sin la base tan directa de origen trasandino, dando pie a la hipótesis sobre un proceso de regionalización de norte a sur de este Complejo, a partir de lo establecido en Copiapó". (Castillo, G. *et al.*, 1996). Ya se dijo que el yacimiento más importante en la Región de Coquimbo era el gran cementerio de la plaza del puerto, en su área de expansión. Pero indudable que hay varios otros, como el cementerio que le dio el nombre al Complejo, en el curso inferior del valle de Elqui; una parte del conchal Los Pozos de Puerto Aldea, entre otros. Hasta el río Hurtado se hace presente en forma inequívoca. Hay quienes creen reconocer sitios Ánimas, más al sur, en La Ligua por ejemplo.

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO

1. MONTANÉ, JULIO. *En torno a la cronología del Norte Chico*. Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena. 167-183. La Serena. 1969.
2. MONTANÉ, J.; H. NIEMEYER. *Arqueología Diaguita en Conchales de la Costa*. Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena. Boletín N° 11. 1960.
3. AMPUERO B., GONZALO. *Nuevos resultados de la Arqueología del Norte Chico V. Excavaciones en la ciudad de La Serena*. Actas del VI Congreso Nacional de Arqueología. 1971, pp. 311-336, Santiago de Chile, 1972.
4. CASTILLO G., GASTÓN. *Agricultores y Pescadores del Norte Chico. El complejo Las Animas (800-1200 d.C.)*. Capítulo XI del libro PREHISTORIA de la Serie Culturas de Chile, Editorial Andrés Bello, 1989.
5. IRIBARREN CH., JORGE. *Culturas trasandinas en dos yacimientos del valle de Copiapó*. Actas del V Congreso Nacional de Arqueología, La Serena, pp. 135-152, 1969.
6. NIEMEYER, H.; CERVELLINO, M. y CASTILLO, G. *Estudio del Período agroalfarero medio en la cuenca formativa del río Copiapó. Provincia de Copiapó, Región de Atacama*. Informe Final del Proyecto FONDECYT 0015/88. Junio 1990.
7. NIEMEYER, H.; CERVELLINO, M. y CASTILLO, G. *Los períodos Temprano y Medio en la Cuenca del río Pulido, Provincia de Copiapó. Región de Atacama*. En: Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo III, pp. 1-30.
8. NIEMEYER H.; CERVELLINO, M. y G. CASTILLO. *El Distrito Arqueológico de Cabra Atada, Síntesis del Desarrollo Prehispánico en el valle del Pulido, Prov. de Copiapó*. En: Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Temuco, 1991.
9. NIEMEYER H., et al. *Estudio del Período Tar-
dió en la cuenca del río Copiapó, III Región de Atacama*. Informe Final del Proyecto FONDECYT 1930001, Marzo 1996.
10. NIEMEYER F., HANS. *La ocupación Incaica de la Cuenca del río Copiapó, III Región de Atacama*. En: COMECHINGONIA. N° especial. Córdoba, Argentina. 1986.
11. NIEMEYER F., HANS. *Dos tipos de crisoles prehispánicos del Norte Chico, Chile*. En: Boletín del Museo Arqueológico de La Serena N° 17, La Serena, 1981.
12. NIEMEYER, H.; CERVELLINO, M. y G. CASTILLO. *Los túmulos funerarios de la quebrada de La Puerta, valle de Copiapó, Región de Atacama, Chile*. En: Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología, Antofagasta 1994 (En prensa), 1994-1996.
13. DURÁN HERRERA, ÁNGEL. *Excavaciones en los túmulos de La Puerta en el valle de Copiapó*. En Boletín Ocasional 1 - 1988 del Museo Regional de Antofagasta, 1988.
14. IRIBARREN CH., JORGE. *Arqueología en el valle de Copiapó* (con la colaboración de H. Niemeyer y C. Campbell). Revista Universitaria Año XLIII. *Anales de la Academia Chil. de Ciencias Naturales* N° 22, 1958. Universidad Católica de Chile. Santiago, pp. 167-195, 1958.
15. IRRIBARREN CH., JORGE. *Arte rupestre en la quebrada de Las Pinturas III Región*. En Tomo de Homenaje al R.P.G. Le Paige. Universidad del Norte, Chile, 1976.
16. HORNKOHL, HERBERT. *Los Petroglifos de la Finca de Chañaral, Prov. de Atacama, Chile*. Boletín del M.N.H.N. XXV, pp. 97-114, Santiago, 1951.
17. CASTILLO G., GASTÓN; MIGUEL CERVELLINO. *Excavaciones en Finca Chañaral* (Inédito). Comunicación personal.
18. CERVELLINO G., MIGUEL. Comunicación personal sobre la excavación practica-

da en Vega Redonda, Quebrada Paipote, Copiapó, 1990.

19. KUZMANIC, IVO. *Excavaciones de un cementerio del Período Medio en Chancoquín Chico. Provincia de Huasco, III Región. Boletín Ocasional N° 1 del Museo Regional de Antofagasta*, 1988.

20. KUZMANIC, I.; J. SANHUEZA. *Un enterratorio procedente del Mineral de El Salvador, III Región. Estudios Atacameños N° 7, 1984, pp. 278-295. Universidad del Norte. Actas del Primer Simposio de Antropología Atacameña. 1984.*

Capítulo VI

LOS PERÍODOS INTERMEDIO TARDÍO Y TARDÍO: DESDE LA CULTURA COPIAPÓ AL DOMINIO INCA*

LA SITUACIÓN DEL VALLE EN EL CONTEXTO SEMIÁRIDO

Por una y otra razón el valle de Copiapó se ha destacado con hechos que no se extienden al resto de la región, singularizando un desarrollo cultural cuyas etapas más tardías no están ajenas a dicha particularidad. Entre aspectos que desde antaño han llamado la atención podemos mencionar el descubrimiento del vaso de oro publicado por Medina el siglo pasado, y su rememoranza estilística con piezas de origen Tiwanaco; las tabletas de rapé publicadas por Latcham; las relaciones con culturas del Noroeste argentino que comienzan a perfilarse en las investigaciones de Iribarren; o la resistencia de la población local a los avances del ejército incaico.

Si nos situamos en el plano histórico, la determinación de Diego de Almagro por descubrir Chile ingresando por la cordillera de Copiapó, es otro rasgo destacado, pudiéndole sumar hechos como la admiración de los españoles por la fertilidad de sus campos de maíz y hasta el caso del apelativo de San Francisco de la Selva.

Como se puede apreciar en la lectura de los capítulos anteriores, las investigaciones sistemáticas a partir de la década de los '70, en especial de los '80 para adelante, confirman aquello que los datos anteriores sugerían a Copiapó como un sector espe-

cial en la geografía humana prehistórica del norte semiárido. Es que dicho valle tiene la ventaja de su relativa cercanía con la puna atacameña, sur de Bolivia y Noroeste argentino; ambientes con desarrollos culturales de grandes logros e influencias en otras áreas. Mineros atacameños con parentesco Tiwanaco explotaron las minas de El Salvador, de allí el antiguo nombre de Indio Muerto para este mineral cordillero. Sepulturas con cuerpos enturbantados se han encontrado en el oasis de la Finca de Chañaral. De tal forma que las culturas del desierto se mueven en dirección de un valle que contrasta positivamente con sus áridos ambientes. Desierto intermedio, cordillera y costa tienen las rutas necesarias para expandir rasgos ergológicos hacia Copiapó.

En el ambiente de los asentamientos precolombinos siempre existieron zonas en que se juntaron rasgos multiétnicos. San Pedro de Atacama es un ejemplo clásico. Otro es Taltal e incluso Caldera, en el ámbito costero y con diversas proporciones. Todo depende de las expectativas que presenten determinados espacios ecológicos para despertar el interés por explotarlos y en ese aspecto no cabe dudas que el valle de Copiapó fue un ambiente propicio para aventurarse hacia sus tierras desde distintas latitudes.

Desde temprano aparecen ceramios con rasgos puneños en El Torín; también emergen la manufactura de herramientas

*Autor del capítulo: Gastón Castillo Gómez.

agrícolas de piedra y las aldeas agrícolas con sus sistemas de irrigación por canales desarrollados por el Complejo de El Molle. Todo un equipaje tecnológico absolutamente ausente en los próximos valles por el sur de la región, que va creciendo en los siglos venideros; con el común dominador que en la construcción de los poblados casi siempre estuvo presente no descuidar la parte defensiva de los emplazamientos.

Como se ha visto en el capítulo respectivo, el desarrollo del Período Medio en gran parte es producto de grupos trasandinos que han remontado la cordillera desde lugares como La Rioja o Catamarca, pertenecientes a la Cultura de La Aguada. Una vez consolidada la estructura sociocultural del mencionado período, Copiapó entra a jugar un rol importante para la suerte de los asentamientos más sureños y esto tiene que ver directamente con el tema que trata este capítulo. En efecto, los primeros y más claros antecedentes sobre el origen del Complejo Las Ánimas surgen en dicho valle cuando emerge la elaboración de una cerámica que se va distinguiendo de los tipos con filiaciones estilísticas trasandinas. La forma de los cuencos, sus interiores negros y las superficies exteriores pintadas con el motivo que se hace clásico, se expande hacia Huasco y Elqui con detalles que se agregan como aportes locales de valle en valle.

Es un hecho que el Complejo Las Ánimas es la base de la Cultura Diaguita y que la transición sucede en el valle de Elqui, años más tarde de los acontecimientos acaecidos en el valle de Copiapó ¿Pero qué pasa entonces en este mismo valle con la evolución de la población postperíodo Medio? Por más de seis décadas no hubo mayor cuestión sobre el supuesto que instalaba a los diaguitas hegemonícamente dominando todo el norte semiárido y era natural pensar en Copiapó como un territorio más de

esta cultura. Desde los tiempos de Ricardo Latcham, siguiendo con Francisco Cornely, Iribarren, Ampuero y nosotros mismos antes de dedicarnos por completo al valle, no había dudas sobre un control diaguita en el extremo norte de la región.

A poco andar de los proyectos actuales de investigación quedó en claro que no era así y que aquella cerámica conocida como Copiapó Negro sobre Rojo simbolizaba la presencia de una población coetánea al diaguita que no permitió la expansión de esta cultura más al norte del valle del Huasco. Mención aparte es el caso del litoral copiapino, donde los desplazamientos diaguita llegaron bastante más al norte. Se están analizando los grados de parentesco que pueden haber tenido ambas poblaciones. En la práctica se aprecia como comparten idénticos utensilios en el consumo de alucinógenos y las ollas tipo jarro zapato, además del acercamiento estilístico entre las urnas Punta Brava y las urnas Diaguita. Pero la población tardía de Copiapó no es diaguita sino que corresponde a lo que estamos proponiendo con el nombre de "Cultura Copiapó".

No existe un tiesto netamente Copiapó en el valle de Elqui y sus proximidades. Hay unos cuantos fragmentos en el poblado minero de Los Infieles, al norte del valle, producto de movimientos incaicos. De manera excepcional se fabricó un plato bajo los cánones técnicos diaguitas, que rememora el sentido artístico de los platos Copiapó y sus típicas llamitas estilizadas. Corresponde a un antiguo hallazgo en la quebrada de Marquesa, tributaria del Elqui, pero se desconoce la naturaleza del contexto. Lo que está claro es su elaboración local ya que asoma la pasta oscura de los diaguitas, sin alcanzar los grados de perfección propios del valle de Copiapó. Los tiestos Copiapó también fueron fabricados en menor escala

en el valle del Huasco, y quizás hayan alcanzado excepcionalmente tierras próximas por el sur.

El cuadro que podemos visualizar implica una base cultural formada por las tradiciones del Período Medio copiapino. Localmente la evolución poblacional se plasma en el desarrollo de la Cultura Copiapó. Sin embargo, en medio de esta aseveración hay una serie de variantes por discutir. Podemos citar el aire de parentesco que persiste con alfarería del sur de Bolivia, a pesar que se ha despejado el problema sobre el supuesto origen incaico del tipo Copiapó Negro sobre Rojo. De Copiapó al sur de la región se expanden los patrones socioculturales Ánimas para evolucionar en la Cultura Diaguita, configurándose de esta forma las dos poblaciones tardías que dominan el territorio semiárido. En el caso del valle en el extremo norte, todo es nuevo a la hora de analizar el Período Intermedio Tardío, porque lo que antiguamente se tomaba como presencia diaguita no era otra cosa que expresiones de carácter Diaguita incaico, ya que los diaguitas recién penetran a Copiapó como mitimaes incaizados.

El piso cronológico de este problema está entre los siglos XIII y XIV (1200-1300). Un fechado del siglo XII (Iglesia Colorada), apunta a rebajar la cronología para acercarnos a la hilación con el Período Medio, mientras que las dataciones más tardías bordean la segunda mitad del siglo XV. Entre una cosa y otra se van perfilando aspectos como un énfasis montaños de la Cultura Copiapó, el avasallamiento de los ejércitos incas, el dominio de los mitimaes Diaguitas que cambian el rostro de la zona, los niveles de resistencia local destacado por las crónicas y la desnaturalización a tierras de Bolivia como respuestas a la resistencia. El nombre de "Tomatas Copiapó" con que se designa a indígenas que dicen

haber sido movilizados por el Inca para luchar contra los Chiriguano, puede arrojar luz en un punto bastante oscuro, porque hasta la fecha el término diaguita también se esgrime a la hora de nombrar a las poblaciones aborígenes que se encuentran con los españoles. En cierta forma aquello es un recurso que se puede discutir en área de los diaguitas prehispánicos, mientras que los documentos coloniales de Bolivia aportan otra hebra del difícil tema sobre los nombres reales de la población.

LA CULTURA COPIAPÓ

Básicamente, esta es una propuesta instrumental que busca superar el problema de las referencias demasiado sesgadas, supeditando todo el conocimiento de una población en base a meras descripciones de un tipo cerámico. Hay que ser justos en el momento de establecer la crítica, ya que en esos tiempos no se contaba con la calidad de los datos que ahora tenemos. De todas formas, por años no se habló más que de la cerámica Copiapó Negro sobre Rojo para remarcar el carácter de una alfarería tardía localizada en el extremo norte de la región. En tales condiciones, dicha alfarería fue considerada como un componente de origen incaico, hasta que un cementerio en Altos Blancos y luego poblados en los ríos Jorquera, Pulido y Manflas permiten definir la independencia respecto a esa alternativa, estableciéndose la noción sobre una cultura local preinca, alcanzada más tarde por la expansión de los peruanos.

Ya en las excursiones de Niemeyer por la cordillera (1985), la presencia mayoritaria de fragmentos tipo Copiapó en el Paso de Pircas Negras, cambiaba un poco la situación al imponerse sobre vestigios del tipo Inca Negro Pulido, aunque entonces no habían muchos antecedentes para plan-

tear una historia anterior a la llegada de los incas. La cercanía de la tambería de Pircas Negras y la presencia de la cerámica inca recién nombrada sugiere que el sector es parte de las estrategias económicas peruanas en la cordillera, sin embargo, bien pudo ser un sitio Copiapó en sus orígenes, reutilizado por incas y diaguitas, similar a los reasentamientos en Iglesia Colorada y Punta Brava.

La separación entre dos poblaciones dominando una parte y otra del territorio regional, impulsa a retomar la idea sobre los Desarrollos Regionales tímidamente sugeridos en la década de los '70 (Ampuero, G. 1972-1973). A la vez, la teoría sobre los señoríos también se debe invocar ante el estudio de jerarquías regionalizadas. Del análisis realizado por Ampuero e Hidalgo (1975) sobre los Señoríos Diaguitas surgen ideas que se pueden extrapolar a la realidad de Copiapó, con la salvedad que es mucho más lo que se conoce de las organizaciones diaguita, y que la prioridad en Copiapó es mantener la línea de investigaciones en marcha, ya que hasta ahora no podemos más que bosquejar algunos principios que rigieron el desarrollo de la Cultura Copiapó. En el juego de las fronteras comprometidas, el valle del Huasco figura como un límite efectivo ya que no se conocen sitios que sobrepasen para uno y otro lado el territorio controlado por cada población. Hasta el Huasco alcanzó el dominio diaguita por el norte y los Copiapoes no salieron de su hábitat más que en pequeñas avanzadas hacia el desierto de Atacama y el litoral.

Los desarrollos riberaños

En 1993, mientras realizábamos una campaña en Iglesia Colorada, visitamos un par de poblados que de repente agregaban un

importante cúmulo de información sobre el problema aludido. Muy próximo a La Junta, sobre la suave pendiente del cerro en la margen derecha del río Pulido, se asciende unos cuantos metros para ir recorriendo diversas estructuras circulares y rectangulares dispersas, con muros pircados, destacando un gran pircado cuadrangular. Aunque se trató de una rápida inspección, la cerámica tipo Punta Brava diseminada por doquier bastó para certificar la presencia de un poblado de la Cultura Copiapó. También es preincaico un gran reducto fortificado descubierto en el río Manflas, en los terrenos donde se encuentra la administración del fundo epónimo. "Me detuve en un lugar llamado El Fuerte, singularmente pintoresco", anotaba Ignacio Domeyko cuando recorría el valle de Manflas en 1844 y tal parece que se estaba refiriendo a este lugar, sin haber visto directamente el reducto indígena, caso contrario hubiera detallado su configuración como lo hizo en ruinas del río Cachitos. Es que el reducto de Manflas es un verdadero fuerte construido en un gran espolón rocoso que hace de divisoria entre la quebrada de la Iglesia y el cauce del río. Un par de muros rodean el cerro y desde el principio del recorrido se va encontrando cerámica Copiapó y Punta Brava, al ascender por el costado NE. Las murallas defensivas están relativamente cerca una de otra y se encuentran en la parte inferior del reducto. Se remontarán unos 40 m para llegar a un pequeño portezuelo donde se emplazan algunas estructuras con pirca y barro. De allí es menester continuar el ascenso hacia una punta mucho más empinada y de difícil recorrido, incluso es preciso seguir un camino que va en curva de un costado a otro del cerro, llegando finalmente a la cumbre donde existe una plataforma pircada de un par de metros de diámetro, casi sin vestigios mate-

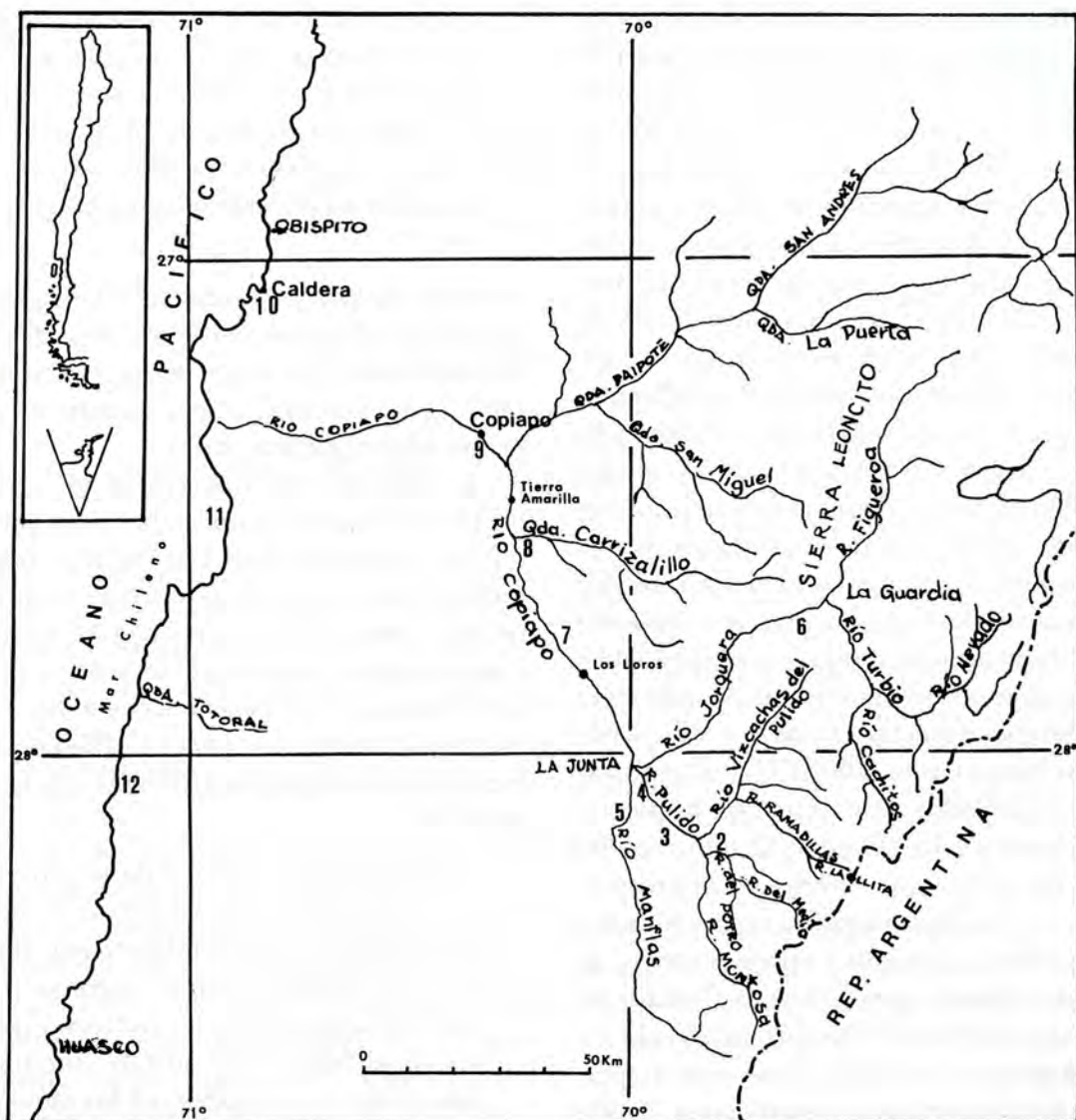


Lámina 1. Distribución de la Cultura Copiapó. 1. Pircas Blancas; 2. Altos Blancos; 3. Iglesia Colorada-Cabra Atada; 4. Rodeo; 5. Manflas; 6. Jorquera; 7. Punta Brava; 8. Cerrillos; 9. San Fernando-Copiapó; 10. Caldera; 11. Bahía Salada; 12. Carrizal.

riales a la vista. Para llegar a esta superficie también es necesario subir unos 30 m, de allí que se trata de un pucara preincaico, sin dudas, tan grande como el de Punta Brava, que hasta ahora se imponía entre los reductos fortificados del valle de Copiapó. Los viñedos han perturbado la faz original de la superficie que rodea al pucara de

Manflas, por lo que no es posible decir si existió un poblado a sus pies como sucede en Punta Brava. Pudo ser así ya que una pasada de maquinaria, posterior a nuestra revisión del '93, removió parte del terreno agrícola surgiendo una gran cantidad de fragmentos cerámicos actualmente depositados en el Museo de Copiapó.

Es evidente la posición estratégica de este reducto, puesto que de allí para arriba por una lado se cruza al río Pulido, cayendo a Iglesia Colorada, con el camino abierto para acceder al cúmulo de vegas andinas, y por otro, se remonta en dirección a la vecina hoya hidrográfica del río Huasco. Están controlando lo mejor de las tierras del Manflas y a su vez el acceso a los recursos de cordillera, en complementación con el poblado de Iglesia Colorada, de lo cual hemos dicho que en sus orígenes debió haber pertenecido al desarrollo de la Cultura Copiapó.

Sin duda que el sistema incaico aprovecha la experiencia de la población previa para afirmar sus asentamientos en los ríos formativos del Copiapó, porque existía una tradición arquitectónica no despreciable. Tradición que se sigue comprobando en el río Jorquera gracias a recientes trabajos de Cervellino y Gaete (1996-1997), al registrar cuatro poblados contiguos entre la quebrada Castaño y La Guardia. El sitio Castaño (Nº 24 y 25 para los efectos de la prospección de los autores citados), corresponde a un poblado contiguo a un cementerio, de segura relación con el Cerro Castaño de Iribarren (1958). El sitio 25 también obedece al nombre de "Las Estacas", con un fuerte componente tardío basado en la "Tradición Copiapó Negro sobre Rojo e Inca-Diaguíta" (Seelenfreund, A. Vilches, F. Niemeyer, H. 1996). Más arriba viene el poblado de El Farellón, siempre en la terraza norte del río, al menos con dos sectores organizados de forma diferente:

- a) Sector en una ladera con bastante escombro de falda donde se emplazan nueve estructuras semicirculares, con una depresión o concavidad central, similares a viviendas de los restantes yacimientos;
- b) Espacio correspondiente a la terraza y adosado a la base de un farellón rocoso

que le da el nombre al yacimiento. Aquí se encuentran cuatro recintos entre cuadrados y rectangulares con muros de piedra en técnica de pirca seca, la base de un horno de piedra y barro y un muro pircado frente a los recintos 2, 3 y 4.

Una serie de pozos de sondeo no han aportado materiales pero el registro superficial de fragmentos tipo Punta Brava es un indicador que mantiene al sitio dentro de la problemática que nos ocupa.

En la ladera de un cerro y mirando hacia el río se emplaza el próximo yacimiento bautizado como Los Fósiles, caracterizado por recintos que ocupan la parte media y baja de la ladera, con la mayor concentración ubicada en una prolongación o brazo que se aproxima más al río. En este sitio también se pueden diferenciar tres sectores con grupos de estructuras (*Lámina 2*):

- a) Aterrazamiento artificial de la superficie, provocando planos más o menos horizontales en la pendiente con una leve concavidad central. Algunas poseen un basurero en el contorno que les da el aspecto de un falso túmulo, que incluso ha engañado a los saqueadores;
- b) Grupo de recintos hacia el lado W de la ladera y a igual cota que las anteriores. Son de tamaño bastante mayor siempre con un piso cóncavo, dispuestas sobre un aterrazamiento artificial y semicubiertas por escombro de falda;
- c) Recintos al pie del cerro, sobre un pequeño cono de deyección, donde un par de estructuras presentan un ruedo limitando la concavidad central, que deben ser sepulturas a juzgar por los restos humanos esparcidos por la acción de terceros.

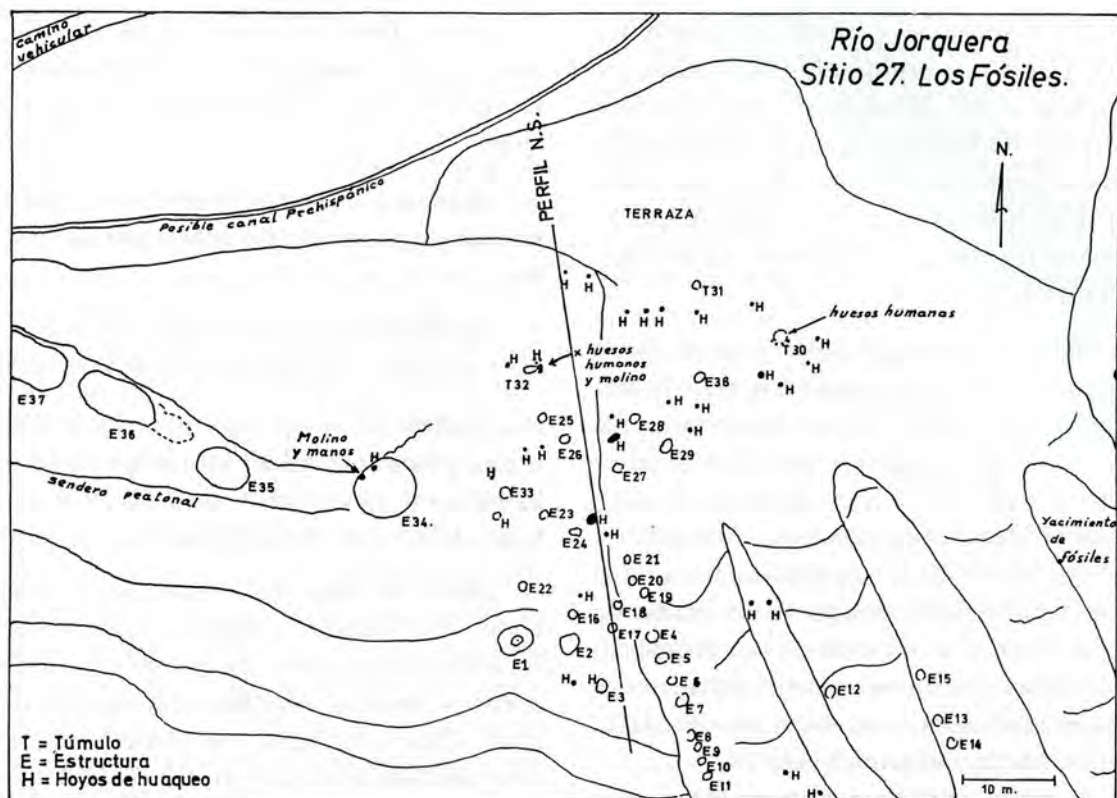


Lámina 2. Ejemplo de poblado complejo en el río Jorquera.

En el sector bajo se concentran los mayores porcentajes de materiales superficiales que, en general, consisten en abundante fragmentación de alfarería Copiapó y Punta Brava, otro tanto de restos de vasijas monocromas de superficies brochadas, una placa de cobre, un punzón de madera, puntas de flechas en variadas formas, múltiples desechos de talla y un buen número de manos de moler, conanas enteras y partidas, en un rubro complementario al registro de marlos de maíz y a la novedosa presencia de vainas de maní entre los desechos alimenticios.

Los Molinos es el próximo yacimiento aguas arriba, sectorizado en dos partes:

a) **Sector Bajo.** Posee dos conjuntos de recintos que son definidos como de una "arquitectura monumental" por sus bases de

piedra y argamasa y paredes de adobe, con la apariencia de un gran túmulo debido a la enorme depositación de basura. En uno se reconocen plantas de forma ovoidal, rectangulares y en U, además de restos de carrizo que pueden haber formado las techumbres. Se aprecian vestigios de lo que fue un muro y a la vez parte de un desarrollo mayor de este espacio, probablemente destruido por la construcción del camino actual. También existen visos de una mayor dedicación de carácter ornamental al encontrarse la superficie interna del recinto 2 (de planta en U) enlucida con barro, porque se piensa que esto puede haber sido un silo, asociado a una buena cantidad de manos de moler. Por último, el recinto de mayor tamaño (Nº 8) se postula como un corral por su alto contenido de guano.

Un segundo grupo está constituido por cuatro recintos aglutinados de plantas que tienden a ser rectangulares, con menor cantidad de material cultural en superficie, sin embargo comparten un sector prolífero en desechos estratificados como guano, líneas de fogones, restos óseos de camélidos, cerámica y lítico.

b) **Sector Alto.** Es un espacio acotado entre un par de quebradas pequeñas, en la ladera este del cerro, con estructuras ubicadas hacia el SE del conjunto bajo. Los recintos consisten en unas 12 concavidades de poca profundidad, entre ovaladas y circulares, con una suerte de terraplén de basura en el frontis, sobre todo en aquellas viviendas de la parte inferior del sector. Otro segmento del poblado lo forman cuatro construcciones en pirca seca, erigidas al pie del cerro, cuyas plantas son semicirculares.

La excavación de siete pozos de sondeo y ocho cuadrículas —con una profundidad de hasta 0,90 m— cubre la superficie general del sitio y refleja la magnitud del asentamiento descubierto, con un abundante material que clasificado en rubros consiste en lo siguiente:

— **Cerámica.** Tipo Copiapó en sus variantes negro sobre rojo y negro sobre ante, tipo Punta Brava y restos de vasijas monocromas de superficie brochada, donde un gran porcentaje está recubierto por hollín;

— **Metal.** Una barra de cobre “fundido”, dos aros de cuerpo circular y extremo en espiral, otro fragmentado, y un posible perforador o lezna de cobre;

— **Lítico.** Puntas triangulares con pedúnculo y aletas, típicas del Período Medio en adelante, cuchillos, cuchillo-raederas, cientos de desechos líticos, más de 200 manos de moler en la superficie del sector bajo y una cuenta de collar circular de crisocola;

— **Hueso.** Dos punzones, un perforador, cuatro tubos, una espátula y una figura ornitomorfa, todo colectado en la excavación;

— **Madera.** Un trozo cilíndrico con extremos en bisel, uno de los cuales está ahuecado;

— **Concha.** Una valva de ostión como posible recipiente (tableta) para alucinógenos;

— **Textiles.** Un pequeño trozo de tejido, algunas hebras teñidas y una hebra de lana, hallada en una misma cuadrícula, entre 0,10 a 0,30 m de profundidad;

— **Restos de alimentos.** Abundantes desechos de camélidos, pequeña cantidad de vértebras de pescado, un par de trozos de conchas, diversas semillas y una mazorca de maíz. Cabe consignar que entre los desechos también aparecieron una pieza dentaria de adulto y otra de un niño.

Si bien resulta que este núcleo residencial sale a luz en forma repentina, también se debe consignar que la complejidad del historial Copiapó en este valle andino se va perfilando por medio de referentes al estilo de Tranca del Chañar, un poco más abajo por la ribera izquierda del Jorquera, donde Niemeyer (1985) recoge cerámica Copiapó, restos plomizo alisados y material lítico, en un potrero con ocho a diez excavaciones que indican la presencia de un probable cementerio saqueado. A la vez, una serie de sitios más a la cordillera, entre ellos el de La Guardia y otros en el curso del río Figueroa, están dentro del patrón cultural Copiapó, reservados para próximas investigaciones. Los propios sitios descubiertos en forma reciente son una fuente de información en proceso de análisis y es una garantía que desde un primer momento aporten con datos de calidad, lo que ayuda en el planteamiento de algunas consideraciones ba-

sadas en las mismas apreciaciones de Cervellino y Gaete.

En primer lugar, el patrón de habitaciones excavadas en laderas recuerda a las viviendas del Período Medio en el sitio de Cabra Atada. Los autores señalan una clara similitud entre los recintos del asentamiento de Los Fósiles y las plataformas habitacionales de Punta Brava, extendiendo el estudio de una costumbre que parecía afincada en aquel pucara del río Copiapó. Entendemos que en los yacimientos del Jorquera algunas habitaciones en ladera son depresiones al estilo de Cabra Atada y otras más aplataformadas como Punta Brava, sugiriendo una interesante continuidad en la tradición de los patrones arquitectónicos de un período a otro, además del aporte de un nuevo dato para establecer los nexos locales que se combinan con influencias foráneas para definir cambios en la secuencia poblacional.

Al ir definiendo la cuantía de los yacimientos descubiertos en el valle del Jorquera, el sitio 28 ha sido catalogado como una pequeña tambería de unas cuatro dependencias en que afloran restos de vasijas Diaguita incaico y Copiapó Negro sobre Rojo. Existe una relación entre este yacimiento más tardío y Los Fósiles, primero porque son vecinos y luego porque se concluye que en la parte baja de Los Fósiles las estructuras sepulcrales alteradas se asocian a otros restos alfareros Diaguita incaico, remarcando también como una diferencia la condición circular de tales estructuras.

La presencia Inca en la zona, aunque siempre materializada en aquella mixtura con el diaguita, es un hecho bastante conocido. Posiblemente también sea de su autoría la construcción de los recintos y un muro perimetral del segundo sector de El Farellón, acentuando la continuidad de los poblados en los años próximos; aspecto

comprobado en diversas oportunidades. En este plano de carácter local, está a la vista la relación entre quienes ocupan en uno y otro tiempo un valle que se mantuvo por mucho años en la incógnita en cuanto a la magnitud de los asentamientos precolumbinos, si recordamos que a fines de los '50 Jorge Iribarren publica unos primeros datos referidos a Cerro Castaño y La Guardia, que veinte y tantos años más tarde Niemeyer describe Trancas del Chañar, y que ahora le sumamos un rescate de utensilios incas en el potrero Chacay, efectuado en 1993.

Más adelante se exponen los detalles de los asentamientos incaicos, entre ellos la presencia de un camino frente la tambería vecina a Los Fósiles, que sube antes de La Guardia. Por ahora es menester recalcar el carácter montañoso que refleja la población Copiapó. Si bien es cierto que no es raro encontrar en el sistema hidrográfico del valle una tradición de asentamientos dispersos por los ríos formativos, inclusive con aldeas agrícolas lindando con la cordillera, la tendencia de las ocupaciones originadas en la etapa de la Cultura Copiapó sugiere un énfasis por desarrollarse a la vera de los ríos más interiores. Cervellino y Gaete plantean la existencia de corrales y por añadidura el manejo de ganado (camélidos). Por ahí debe andar la razón de tales asentamientos a un paso de las vegas cordilleras. Lo mismo que el apego a las prácticas agrícolas, con el inédito antecedente del registro de maní, en un enclave que está mostrando a las claras la sapiencia para conseguir pescado a decenas de kilómetros de distancia y quien sabe a cuantos kilómetros más para lograr un recurso como el maní, que pertenece a regiones más cálidas tras la cordillera. Al respecto, en una más reciente investigación Cervellino vuelve a encontrar maní en la estratigrafía de un

nuevo poblado en el área estudiada, de manera que su presencia ya no es producto de la casualidad como se podría pensar en un primer momento.

En el itinerario desplegado por la Cultura Copiapó en los contrafuertes andinos están las variaciones de la práctica para alzar pueblos y elegir donde situarlos. La monumentalidad de sus reductos fortificados, conjugando la elección de algún cerro en el lugar preciso —con lo cual se tiene cumplido la mayor parte del propósito defensivo— y la consiguiente elaboración de muros y recintos internos, contrastan en ciertos casos con la simpleza de otros poblados. Para muestra, el asentamiento en Ojos de Agua del río Montosa, un pequeño poblado compuesto por tres sectores, situado en una inflexión del cerro del flanco izquierdo del río, a 120 m sobre el fondo del valle. Diferenciado en las unidades A, B y D, se resume en los siguientes detalles:

A) Agupación de 24 de recintos, la mayoría circulares y algunos más cuadrangulares, levantados por medio de piedras acomodadas en forma elemental de una hilera. La tónica es la escasa cantidad de material cultural en un suelo de ocupación de muy pequeña potencia, a lo sumo unos 10 cm de espesor. Un cuarto fragmento cerámico del tipo Copiapó Negro sobre Rojo y otros cinco pedazos de la misma tipología, es la única alfarería decorada, junto a un relativo mayor número de restos monocromos café alisado, no más de tres puntas de proyectiles fragmentadas, lascas de calcedonia, una solitaria muestra de obsidiana, una base de piedra molino con su respectiva mano, y otra mano de moler grande.

B) Se encuentra a 30 m más abajo, hacia el oeste, ocupando una especie de suave depresión de la inflexión de la ladera del cerro y queda protegida a valle por una

especie de parapeto o muro natural de grandes peñascos que impresionan como un muro defensivo, albergando otros 24 recintos circulares, también con simpleza en sus contornos, distribuidos en dos sectores entre estructuras aisladas, yuxtapuestas o aglutinadas. La excavación de seis recintos es un poco más abundante en materiales aunque, por lo general, se trata de depósitos de escasa consideración estratigráfica. A la vez, sólo un par de recintos muestran neta relación con alfarería Copiapó, otro par se identifica con los Períodos Temprano y Medio, y el resto no muestra cerámica diagnóstica para definirlos en primera instancia. Las viviendas más antiguas no son diferentes a la fisonomía de las posteriores y sólo se reconocen por medio de su alfarería.

La porción de un plato Copiapó y una decena de otros pequeños trozos, entre una mayoría de vasijas corrientes muy fragmentadas, se asocian a un porcentaje de relativa abundancia de lascas y microlascas, con al menos una docena de esquirlas de obsidiana, tres puntas de flechas, una cuenta de concha marina en ejecución, unos cuantos huesos de camélidos y un trocito de valva de choro.

D) Es una agrupación de siete recintos aglutinados o a lo menos muy juntos, situado bastante al oeste de los poblados principales, a más o menos 550 m de la unidad B, pobre en material superficial y por lo tanto sin definirse su afiliación cultural definitiva porque no se han practicado excavaciones en este sector (*Lámina 3; Figuras 1, 2 y 3*).

La ruta del Montosa era el camino de cordillera del Inca en tránsito de Iglesia Colorada a Huasco Alto, pero el poblado reseñado no cuenta con un solo vestigio alfarero de este tiempo, de manera que fue un asentamiento que quedó al margen de

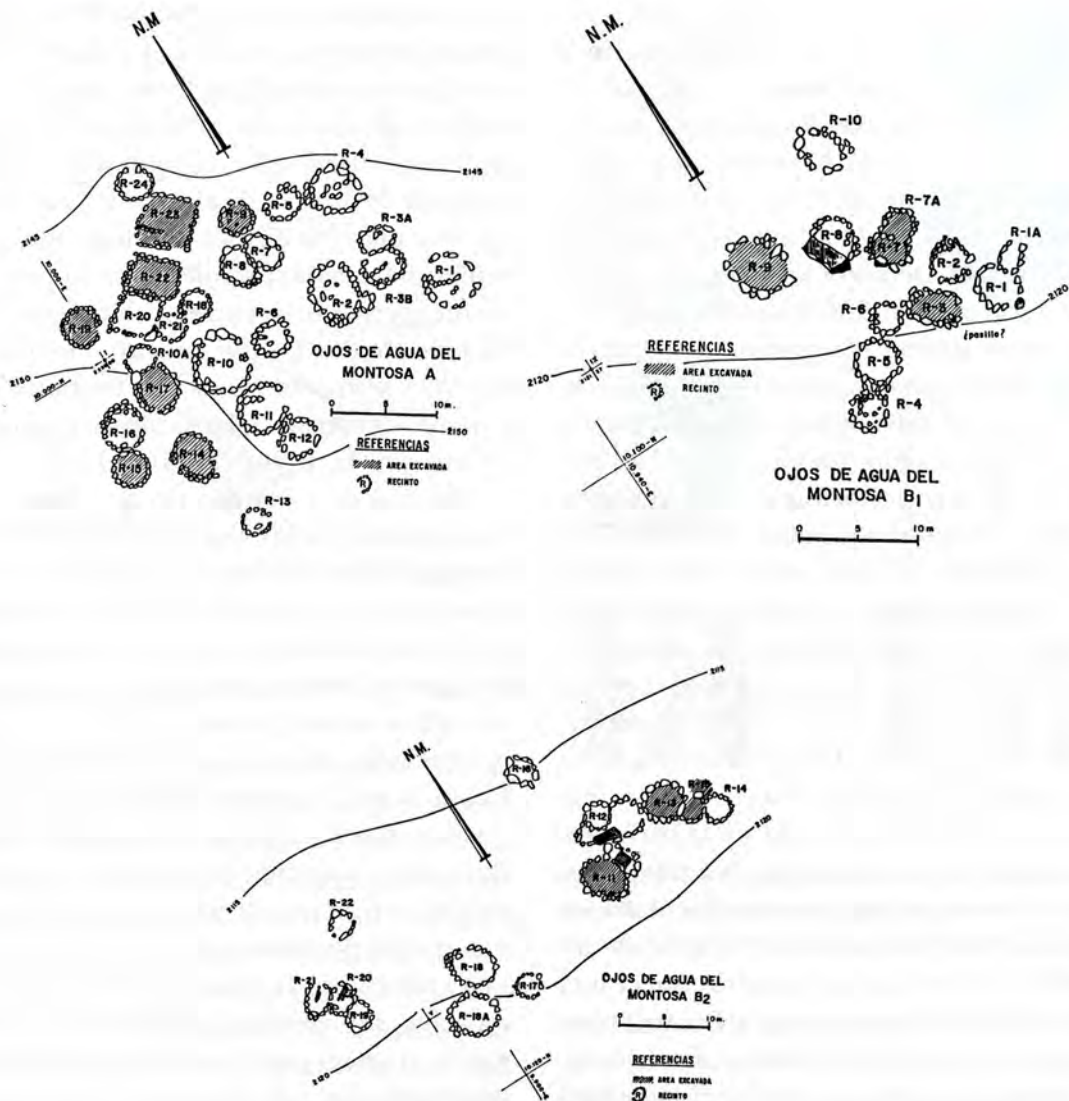


Lámina 3. Poblados simples en Ojos de Agua del Montosa.

las modernizaciones implantadas por el sistema incaico. Lo que sí demuestra es ser fiel al principio defensivo que marca el carácter de los asentamientos en el valle de Copiapó. Aun en la simpleza más elemental de este yacimiento, su posición elevada a más de 100 m sobre los terrenos planos del valle del Montosa, le otorga una intención estratégica para la defensa. De hecho, desde abajo no se ven las estructuras y su descubrimiento se debe a los continuos ajetreos de

los ganaderos actuales por las serranías, debiéndose efectuar una larga caminata para acceder a ellas.

Un par de sepulturas tumulares fueron excavadas en un potrero de la hacienda Ojos de Agua, relacionadas con los remanentes más tempranos del poblado y es posible que las sepulturas tipo Copiapó se encuentren por los alrededores, aunque no ha sido fácil detectar los cementerios de este período. Para ello es preciso trasladar-

nos a Altos Blancos, único contexto fúnebre que hasta la fecha se puede esgrimir como Copiapó preincaico.

Altos Blancos fue descubierto y excavado parcialmente por Niemeyer en la ribera izquierda del río El Potro, muy próximo por el este del río Montosa, a elevación de 2.000 m s. m. Debido a los efectos de aluviones y a la erosión fluvial y eólica unas altas barrancas fueron recortadas, quedando al descubierto una sepultura que luego se convierte en seis tumbas, al intervenir los lugareños picando contra el talud casi vertical. Una reconstitución del inventario de objetos extraídos considera la presencia de esqueletos de adultos cuyos restos quedaron desperdigados, ceramios, espátulas de hueso y tubos para absorber narcóticos, calabazas, trozos de ramas o troncos, conchas de moluscos, torteros de madera y piedra, entre otros objetos. Luego de estudiar esa colección, en 1974 Niemeyer excava una trinchera paralela al borde de la barranca, de más de dos metros de profundidad, descubriéndose una tumba ampollar al dar en el fondo con una piedra del tamaño de un bolón que de repente escurrió hacia una oquedad lateral que protegía. Era una tumba que contaba con un cuello cilíndrico de descenso de 1,50 m de profundidad y 0,80 m de diámetro, luego seguía una palizada de ocho palos o estacas de ñipa o berraco (*Escallonia* sp.), para culminar en la cámara ampollar, cuyo fondo estaba a 2,40 m desde la superficie, con diámetros en planta que iban de 0,70 m en un sentido y 0,50 m en el otro.

El enterratorio consistía en un párvulo semiflectado sobre su costado derecho, con su cara orientada hacia el NE, que yacía sobre una probable estera de totora. A su lado derecho se halló la ofrenda. Muy cerca del cráneo había la mitad de una olla asimétrica grande que contenía carbones. Más

cerca de la zona ventral, un plato Copiapó Negro sobre Rojo puesto boca abajo protegiendo una espátula de hueso elíptica, un tubo de absorción de narcóticos de cañón de pluma de cóndor premunido de una boquilla de madera de algarrobo y un cesto circular playo en técnica de aduja, que contenía una calabaza semiésferica imposible de recuperar por su extremo deterioro y un pico de cóndor (*Vultur gryphus*). Finalmente, en el sector de los pies se encontró un ceramio asimétrico o jarro zapato pequeño (Niemeyer, H. 1986) (*Láminas 4 y 5*).

No hay otro cementerio que comparta la costumbre de las sepulturas ampollares, porque los excavados en los últimos cinco años son de la época incaica, por ejemplo, en Iglesia Colorada y Cachiyuyo. Más abajo de Iglesia Colorada las evidencias preincas son efímeras ante la superposición de materiales más tardíos. En el vecino distrito de Cabra Atada, logramos diferenciar un pequeño espacio Copiapó en la desembocadura de la quebrada de La Cantera, sobre una superficie con varios morteros quebrados, un par de manos y mucha cerámica de esta cultura. En realidad cuesta encontrar espacios sin mezclas superficiales, pero aquí se nota un poco más la "pureza" de los materiales que nos interesan. Prueba está que a pocos metros ladera arriba también se reconocen restos de tiestos tipo Punta Brava.

En el costado izquierdo de la desembocadura de la quebrada se formó una suave depresión que caracterizamos como el recinto habitacional N° 33 A, combinado con un leve amontonamiento monticular que cruza todo el frente del recinto, producto de la acumulación de basura arqueológica, un par de metros más arriba de un canal de regadío indígena. En total lo estudiado tiene un diámetro de 3,90 m en sentido N-S y 3,40 m de E a W, con desechos que no van

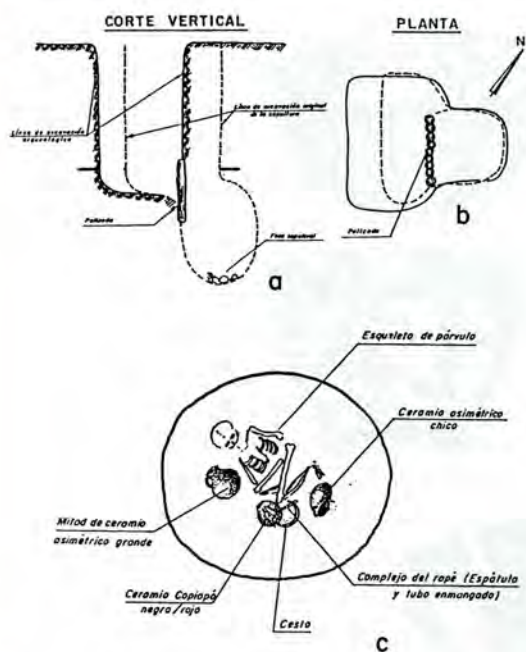


Lámina 4. Sepultura ampollar de Altos Blancos.

más allá de unos cuantos trocitos de alfarería Copiapó y Punta Brava, una pequeña punta de flecha con pedúnculo y aletillas, pedacitos de huesos, ceniza, algunos carboncillos, espinas de algarrobo y una gran cantidad de semillas de chañar. Aquí estamos ante la presencia de una vivienda bastante simple, sin señales de construcción muy elaborada. Si recordamos la variedad descrita en asentamientos como Jorquera, Pulido, Montosa y Manflas, se aprecia el desarrollo de una arquitectura que va desde la simpleza más común al alzamiento de estructuras mejor concebidas, dependiendo del momento en que se encuentre la población y los intereses puestos en juego en determinados territorios.

La vivienda de Cabra Atada se asemeja a las depresiones habitacionales más antiguas, que aquí mismo cuenta con un poblado de esas características. Además está en concordancia con estructuras de los asentamientos del río Jorquera, pero gran parte de la comodidad parece haber radicado en



Lámina 5. Ofrendas de la sepultura ampollar de Altos Blancos; Ceramios Copiapó, jarro asimétrico, tortero, tubo y espátula para alucinógenos.

su relación con algún algarrobo que lo protegió con su sombra. De allí la presencia de una mancha café oscura de material orgánico, como aquellos cojines que se forman hoy alrededor del árbol, mezclados con espinas de algarrobo. En un sitio que contó con canales, terrenos preparados y artefactos de labranza y molienda, la buena cantidad de semillas de chañar relata también una historia de acopios o almacenajes de tales frutos obtenidos en arboledas locales.

De Cabra Atada hacia abajo viene el poblado cercano a La Junta, descrito anteriormente como un sitio no estudiado, pero antes Niemeyer (1985) describe un plato con llamitas y otro con el rostro antropomorfo producto de hallazgos aislados en



Lámina 6. Ceramios Copiapó. 1. Carrizalillo Chico; 2. San Fernando; 3-5. Cerrillos.

Carrizalillo Chico (*Lámina 6; Figura 1*). En el curso del río Copiapó no hay otros antecedentes sino hasta llegar a Punta Brava. Para los propósitos que orientan a esta primera parte del tema tratado es importante establecer qué indicadores pueden determinar el sector más temprano de este poblado. Si este es el pucara a que se refiere el cronista Gerónimo de Bibar, tiene que haber una parte más antigua responsable, entre otras cosas, del aspecto defensivo que les permite soportar por un año el asedio de los incas. Al margen de algunas dudas sin aclarar, creemos que un conglomerado de recintos pircados muy simples, directamente al pie del cerro fortificado, pueden corresponder al “barrio” antiguo u original. El problema es que las excavaciones no han sido muy aclaratorias todavía debido al es-

caso material recuperado en ese espacio, con ciertas perspectivas en la cumbre del pucara, mientras que las evidencias dejadas por moradores de origen incaico afloran por doquier. Los retoques a lo preestablecido, por ejemplo, mejoramiento de muros defensivos, y las nuevas obras, llámese agregado de otros conglomerados habitacionales y mejor aprovechamiento del espacio disponible, impiden establecer con claridad el plano original de este poblado, donde la pedacería de cerámica tipo Punta Brava es francamente abrumadora; cientos de trozos en la parte baja, grandes fragmentos en la pedregosa ladera, similares cantidades bajo el escombros de falda. Y eso que Iribarren recogió una apreciable cantidad en su oportunidad.

No se puede afirmar a ciencia cierta

que éste sea el centro de manufactura original de estos grandes recipientes policromos, pero no cabe dudas que fue un lugar de intensa producción. Hasta el momento, el de mayor índice de producción. Creemos que se convierte en un centro distribuidor de grandes contenedores de líquidos y alimentos, pero también la febril elaboración puede obedecer a la necesidad de aprovisionamiento de líquidos y alimentos cuando residentes y pobladores del área se refugiaban en los momentos de conflictos. Es una alfarería preinca y de carácter local, como lo confirman los poblados recién descubiertos en el río Jorquera, manteniéndose en plena vigencia durante la administración incaica. Como no se ha realizado un estudio a fondo de esta cerámica, no se puede determinar si hubo variaciones técnicas en la etapa incaica, por eso que en Punta Brava resulta complicado saber si por este conducto será posible aislar el sector antiguo que nos preocupa. La alternativa por medio de los platos Copiapó tampoco ha sido efectiva puesto que hasta ahora sólo hemos visto el rostro antropomorfo o “demonio” dibujado en los tiestos. Falta revisar la colección Iribarren, pero la tendencia indica una cierta exclusividad del mencionado dibujo que figura con fuerza en los cementerios de la aculturación incaica, permitiendo establecer la hipótesis sobre una variación iconográfica producida en esa etapa de acelerado mestizaje.

De los tiempos más tardíos también son los remanentes de naturaleza Copiapó en La Puerta y Viña del Cerro, y tal parece que mientras más se descende rumbo al litoral menores son las posibilidades de encontrar poblados grandes. Si aceptamos que Punta Brava es un reducto que más se explica por los impulsos de los contingentes postcopiapó, otros 30 kilómetros deberán bajarse para abordar los datos de Iribarren y Camp-

bell (1958) que ubican a Cerrillos como un probable sitio preincaico en base a alfarería con “decoración negra lineal” asociada a dos pircados circulares con aberturas que se enfrentan entre sí y a trozos de cerámica o pedruscos con vestigios de escoria en la parte alta de un cerro identificado como Cerrillos A. Cerrillos C agrega un par de platos con figuras de llamitas, un cuenco con asas de color rojo ornamentado en negro y naranja, y un cántaro rústico asimétrico (*Lámina 6; Figuras 3, 4 y 5*). Siempre en calidad de antecedentes parciales, se integra Cerrillos B con un cuchillón de madera esculpido en la empuñadura, obtenido en una sepultura por Carlos Campbell, y una pala de madera y semillas de cucurbitáceas recuperadas por Iribarren del mismo sector (*Lámina 9; Figura 1*). Como gran parte de la ergología Copiapó es desconocida, estamos tentados a concederle la autoría de los instrumentos de madera a agricultores más tardíos, sin embargo nada es seguro, y bien pueden pertenecer al momento que nos preocupa. Por lo menos no se habla sobre presencia de alfarería Diaguita-Inca.

Cerrillos está a las puertas de lo que fue el Copayapu histórico y es seguro que allí también hubo un desarrollo de la Cultura Copiapó de cobertura interesante. El problema es que al crecimiento de la ciudad hay que sumarle la sobreimposición de los asentamientos incaizados. Sin ir muy lejos, el “Cementerio del Basural”, que en el lado oriente del cerro Chancoquín se mantiene como una suerte de necrópolis con sucesivas capas de sepulturas, culmina en un grupo de osamentas con cráneos deformados, vinculadas a pucos Copiapó, ollas y jarros “del tipo pseudoapodo”, collares de malaquita con amuleto en forma de quirquincho de hueso, tazas de madera con restos de pintura, torteros, tubos y cucharillas (espátulas) de hueso, tabletas de made-

ra de tipo zoo y antropomorfo, punzones y pinzas de cobre (Matus, L. 1921; Iribarren, J. 1958). Una serie de rasgos sueltos no se pueden agregar con seguridad a éstas ni a los dos niveles de sepulturas más inferiores. Como no se alude al hallazgo de alfarería inca, la secuencia culminaría en entierros de carácter Copiapó, e ignoramos a qué momento pertenecieron aquellas tumbas revisadas en la misma oportunidad en el lado poniente del cerro, donde se habla de "numerosas osamentas y alfarería de un tipo bastante primitivo", "pedazos de alfarería pintada", "cadáver dentro de un hoyo cilíndrico como de unos 70 a 75 centímetros de profundidad y en cuclillas, sin ofrendas", y "una cucharilla de hueso quebrada en dos pedazos, recogida en la superficie".

El uso de narcóticos resalta en este contexto, con una variada iconografía de tabletas con decorados de animales y personajes. Es una práctica más antigua porque tubos y espátulas ya aparecen en los cementerios del Período Medio (La Puerta). La presencia de tabletas de madera no tiene antecedentes en la región. Si hay que establecer un desarrollo en el plano local, éste partiría de influencias que impulsan la copia de modelos foráneos. Es necesario recordar que los estímulos están muy cerca, si miramos a Caldera y El Salvador, donde llegaron pobladores procedentes de ámbitos mucho más afines al uso de alucinógenos. Debemos confiar que las tabletas del cementerio de Chancoquín están adscritas al período de la Cultura Copiapó. En la cultura previa no se conocen y en la posterior etapa incaica se usan valvas de ostión pulimentadas; de ahí que es posible utilizar a las tabletas de madera como indicadores en la definición de remanentes Copiapó, por ejemplo, una tableta con mango de felino que Latcham (1926) asegura fue ob-

tenida de una sepultura en Copiapó (*Lámina 9; Figura 2*).

Los tiestos decorados de Chancoquín no fueron descritos en detalles, sólo se dice que son escasos y fabricados de "una masa fina con pintura generalmente negra, del mismo tipo que la que se encontró en el cementerio de San Fernando"; es decir, serían cuencos acampanados de base circular con dibujos de llamas, grupos de "comas", líneas serpenteantes paralelas en posición vertical y racimos de evolutas en disposición vertical (*Lámina 6; Figura 2*). Dicha decoración pertenece a una pieza de San Fernando (o Pueblo de Indios para los efectos de los documentos históricos), de tal forma que hay que suponer un parecido en líneas generales mientras no se conozcan los ceramios de Chancoquín depositadas en el Museo Nacional de Historia Natural. Al menos estamos seguro que se comparte la figura de las llamas, caso contrario se habría hecho la respectiva aclaración, más aún si se tratara de algo tan diferente como el rostro antropomorfo que suele aparecer como alternativa a las llamas.

San Fernando está a cuatro kilómetros aguas arriba de lo que fue el corazón del viejo Copayapu. Se puede suponer que las referencias entregadas por el mismo Leonardo Matus es otro hecho palpable de asentamientos Copiapó en la medianía del valle principal. La pesquisa fue bastante parcial, donde lo más concreto es un par de platos característicos y el resto suposiciones sobre un tipo de cementerio donde abundan encontradas versiones. Una se refiere a túmulos de tierra a orillas del río, donde habrían osamentas en posición sentada, piezas de alfarería pintada y sin pintar. Otra versión asegura el hallazgo de momias tendidas, vasos pintados, objetos de piedra y telas valiosísimas, usufructuadas por un lugareño que conservaba el par de platos Co-

piapó, “un ponchito muy viejo y remendado que según decía había sacado con una momia de niño”, y varios fragmentos de cráneos, la mayor parte de niños.

Si nos basamos en los infructuosos esfuerzos para conseguir algunas piezas, en el examen del terreno, concluyendo que “era imposible obtener de allí momias de adultos”, y en un reconocimiento en uno y otro lado del barranco del río sin resultados positivos, habrá que concluir que los mentados túmulos entran en la misma categoría de aquellos señalados para el cerro Capis; vale decir, con referencias muy generales pero nada de registros concretos. Porque, aún en un nivel de destrucción avanzada para cementerios de este tipo, no es fácil eliminar del todo sus huellas. Una de dos, o bien quien saqueó las sepulturas no informó sobre el lugar exacto dentro de San Fernando, o no tiene nada que ver una cosa con otra, y los “pucos o fuentecitas que parecen fueran gemelas” provienen de otro tipo de tumbas.

A pesar que los túmulos fueron parte de una tradición cronológicamente muy larga en el valle de Copiapó y que Gerónimo de Bibar (1558) los menciona en sus memorias históricas, no existen antecedentes concretos sobre uso de tumbas con tales características en la Cultura Copiapó. Cerro Capis y San Fernando son dos puntos unidos, por lo tanto perfectamente pueden ser dos versiones de un mismo problema. El paso inicial lo da Sayago en 1874 al describir un cementerio de “orresquis o indios infieles” sobre la meseta de donde se levanta el cerro Capis. De allí se pasa a la información sobre el mismo lugar por parte de Gigoux en 1927, desde lo cual se inicia la controversia en que intervienen Latcham, Looser y De Gandía, negando la probabilidad que unas acumulaciones de tierra hayan sido túmulos funerarios.

Las evidencias en el litoral

Aguas abajo de Copiapó, por más de 60 kilómetros no hay pistas de contextos hasta llegar a Caldera, donde Ricardo Latcham (1928) hace mención de tiestos típicos. Sin embargo, en el litoral la separación de los componentes culturales tardíos se complica más debido a que no hay excavaciones científicas y prácticamente todo se reduce a antiguos hallazgos particulares. De modo que se debe armar un panorama en base a piezas aisladas. Por la costa los diaguitas pasaron hasta Taltal y más al norte. En principio fue un problema visualizar cómo los representantes de esa cultura más sureña avanzaban por donde se suponía era territorio controlado por gente de la cultura Copiapó. Era como si no se encontraran copiapoes y diaguitas en sus andanzas por el litoral. Pensábamos en una suerte de alianza o franja de menor fricción, aunque siempre manteniendo vedado el ingreso diaguita al interior del valle de Copiapó. El problema parece resolverse al reconocer que los asentamientos Copiapó en la costa fueron muy escasos y que éstos aumentan sólo en la etapa de dominio inca. Antes cuesta distinguir un contexto que sea preincaico e incluso aquellos que puedan ser reseñados como tales deberán quedar con algunas interrogantes mientras no se cuenten con mayores antecedentes.

La dificultad de trabajar con piezas aisladas ya la tuvimos en el análisis de los asentamientos en el río Copiapó. Si la cerámica Copiapó no continuara en uso durante la etapa incaica no importaría trabajar con registros aislados. Se sabría a que momento pertenecen sin mayor complicaciones. Como no es así siempre quedará un dejo de interrogación ante el análisis de contextos poco definidos. Si a la presencia de platos con el diseño de llamitas le agre-

gamos asociación de platos con la figura del rostro antropomorfo, se resuelve el problema atribuyendo ese tipo de contexto a la etapa de dominio incaico, debido a que el rostro es una variante que emerge en dicha etapa. Pero el problema de fondo tiene que ver con el hecho que recién estamos realizando el perfil de una población, sin contar con buenos datos en la mayor parte de la zona copiapina.

De confirmarse la escasa representatividad de los asentamientos Copiapó en el litoral, más se refuerza aquella premisa que se trata de una población con un estilo de vida eminentemente montaños. Como se vio, en la montaña están apareciendo los reductos más contundentes desde el punto de vista del alzamiento de poblados y deposición de desechos de la cultura material. A lo menos cuatro de los yacimientos descritos como instalaciones incas entre las vegas cordilleranas por Niemeyer (1985), se identifican con la cerámica Copiapó y parecen aumentar las preferencias por un desarrollo ligado a las tierras altas.

Tenemos la impresión que la baja densidad demográfica en la costa es una constante que viene desde las poblaciones agroalfareras más tempranas. No es raro saber que antiguas colecciones se formaron con vasijas de origen ariqueño y sanpedrino, avanzando hasta Caldera una vez que sus portadores establecen escalas en Taltal. De esta forma varios detalles de los diseños alfareros que nos parecen foráneos al norte semiárido pueden venir del norte desértico, por ejemplo, una figura en forma de T que existe en tiestos de Arica y de los diaguitas. Quienes incursionan hacia las costas copiapinas, aprovechando un espacio "desocupado", coinciden en instalarse en los mejores lugares. En la medida que la cerámica diaguita preincaica está presente en Caldera y luego reaparece en Taltal, se pue-

de suponer que sus excursiones al norte no ocupan cualquier lugar del litoral sino que puntos bien específicos. Caldera y Taltal son los sitios clásicos de la costa donde confluyeron grupos étnicos prehispánicos de distintos territorios y allí se integran también los movimientos diaguitas.

La colección de piezas arqueológicas reunidas por Gonzalo Domínguez en varios cementerios de Bahía Salada (Cervellino, M. 1996), no tiene una sola vasija diaguita II, confirmando lo aseverado e indicando que no fueron excursiones cotidianas, como se podría pensar en principio. Contaban con la navegación en balsas de cuero de lobo, pero aún así estaban lejos de su territorio original.

El cementerio de Huasco Bajo es un enclave Copiapó con cerámica, metal y utensilios para consumo de alucinógenos (Segovia, M. 1959); marca el límite de su expansión por el sur. Entre la desembocadura del río Huasco y Caldera Niemeyer colecta en 1963 y 1971 algunos fragmentos de cerámica en Playa Corvina (Carrizal Bajo). Después vienen puros contextos más tardíos y es un juego de azar determinar si en medio del mestizaje incaico sobrevive algún yacimiento de la etapa previa.

Durante el dominio inca emerge Bahía Salada como un punto residencial alternativo a Caldera. Uno de los tantos cementerios en esa bahía podría ser preincaico, de lo cual sólo contamos con un plato con las populares llamitas y una espátula de corte sencillo, elaborada en hueso (*Lámina 7; Figuras 1 y 2*).

Quien donó estos ejemplares se refirió a un cementerio saqueado por veraneantes, comentando sobre la presencia de "tabletitas de madera que estaban negras", es decir, descompuestas.

El plato está a la altura de las mejores piezas fabricadas en el interior y parece una

pieza importada. Lo que no es un comentario a la pasada porque entre Pajonal y Maldonado se establece un centro de manufactura alfarera de muy mala calidad, donde no se salvan ni las piezas diaguita incaicas, pasando por unas urnas coloridas pero deformes. Como si se hubiera instalado una colonia de pescadores que no domina mucho el arte de la cerámica. Así, la mala calidad de platos Copiapó en el tramo señalado también puede ser un signo de pertenencia al momento en que la costa se encuentra bajo la férula de los estamentos incaicos. Caso contrario, piezas de buena calidad podrían convertirse en indicadores de la Cultura Copiapó en el litoral.

Ricardo Latcham en su obra sobre la alfarería indígena chilena le atribuye una influencia "chíncha" a la decoración de los platos Copiapó Negro sobre Rojo, en tiempos donde lo chíncha era un concepto muy

difundido y sólo se conocían unos cuantos platos Copiapó. En 1925, sin mayor comentario publica un plato decorado con grupos de cinco llamitas, evolutas y franjas en damero, que no se sabe si forma parte de un par que reseña en 1928, hallado en la vecindad de Caldera (*Lámina 7; Figura 3*).

En esos tiempos, Latcham ya intuía que la cerámica Negro sobre Rojo poco se expandía al sur de Caldera, así como distingue que en la decoración de los pucos casi siempre hay llamas y "más raramente hombres".

Al norte de Caldera los registros se reducen a unos cuantos fragmentos Copiapó en conchales de Ramadas, playa de Chañaral, Caleta Hedionda y Pan de Azúcar, pero más bien se trata de asentamientos incaizados que se acercan a Taltal y a tumbas donde los tiestos Copiapó se integraron a ofrendas de carácter multiétnico. Fue el caso de



Lámina 7. 1. Ceramio Copiapó de Bahía Salada. 2. Espátula del mismo lugar; 3. Ceramio Copiapó de Caldera; 4. Único ceramio Copiapó hallada en la zona del río Elqui (Marquesa).



Lámina 8. 1. Recipiente Punta Brava de Copiapó; 2-4. Platos Diaguita de Caldera; 5. Plato Diaguita de Paposo.

cementerios como el de los Vasos Pintados-Puntilla Sur y Bandurrias. Rondando por las cercanías ciertas referencias sobre vasijas incas en cementerios tales como el de los Túmulos de Tierra, Punta Morada y Agua Dulce (Capdeville, A. 1921-1928; Mostny, G. 1964; Núñez, L. 1984).

La alfarería Copiapó: Orígenes, variantes y distribución

Un resumen de las manufacturas cotidianas reúne artefactos que gradualmente se van perfilando como la base ergológica de las comunidades Copiapó, en una situación matizada por la conducta de asentamientos diversos en su forma y función, por las diferencias naturales durante el crecimiento de la población y, básicamente, por un estado de conocimiento parcial sobre la conducta de la entidad que se investiga, armándose

un corpus de indicadores en base a los siguientes elementos:

- Pucos con motivos negro sobre un fondo rojo y en ciertas ocasiones crema; grandes vasijas policromas de manufactura más burda; ollas de forma asimétricas, ollas subesferoidales sin cuello, ollas de superficie brochada; tazas de madera; cestería y calabazas pirografiadas;
- Tabletas para alucinógenos de madera; tubos de hueso simples o con boquilla de madera; espátulas de hueso, palas y cuchillones de madera (?), torteros de madera, piedra y hueso; palillos de madera; perforador de hueso; astil de madera con punta de piedra (?);
- Aros rectangulares y espiralados, pinzas, brazaletes (?), cuchillos en placa rectangular enmangados (?), punzones/leznas de cobre.

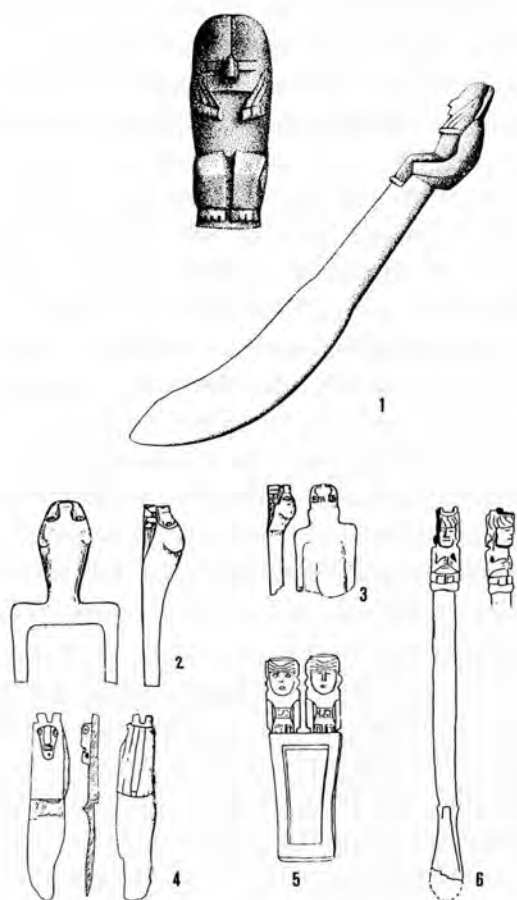


Lámina 9. 1. Cuchillón de madera de Cerrillos y detalle de su empuñadura; 3-5. Tabletas de Caldera; 6. Espátula con el personaje sacrificador de Copiapó (Chancoquín).

- Cuentas de malaquita, crisocola y concha; collares de malaquita con amuleto zoomorfo;
- Confección de prendas tejidas;
- Morteros y manos para molienda de productos cultivados; finas puntas de flechas con pedúnculo.

Ante eventuales dificultades para precisar el carácter de un asentamiento, el indicador más seguro es la cerámica decorada. El resto presenta diversos grados de dificul-

tad, confirmando que falta mucho camino que recorrer para alcanzar mayores grados de seguridad. Las tabletas de madera pueden convertirse en otro indicador confiable, porque ni antes ni después parecen haber sido elaboradas en el valle. La excepción es una tableta de madera encontrada en la tambería de Obispito

El tipo Copiapó Negro sobre Rojo

Una primera clasificación elaborada por Niemeyer (1986), define a una cerámica bien cocida en medio oxidante, de textura fina, de forma campaniforme con paredes ligeramente inflectadas y fondo plano pequeño. El tamaño es casi estándar de 18 a 19 cm de diámetro máximo en la boca, 5 cm en la base y 10 cm de altura. Ambas paredes por lo general llevan un grueso engobe rojo que en ciertas ocasiones se combina con campos de color crema, sobre lo cual se pintan motivos de distinta temática, que casi siempre se repiten en la pared interior:

- Tres o cuatro “llamitas” estilizadas en actitudes expectantes, casi dinámicas;
- Racimos de volutas o espirales curvos o de vueltas acodadas en disposición vertical;
- Franja vertical formada por dos o más hileras de pequeños rectángulos que se suceden alternadamente, uno rojo y otro negro, formando como un sector de un tablero de ajedrez;
- Cabeza antropomorfa —como un demonio— colgada de su pelo desde el borde del ceramio;
- Campos ocupados por lineaturas cortas en medialuna o en forma de una coma o también como una U;
- Grupos de tres o cuatro líneas verticales paralelas de los cuales hacia ambos lados arrancan espirales curvas.

En esta preclasificación se incluyen ceramios aún no descritos en detalles por corresponder a una evolución de los platos Copiapó en tiempos del dominio incaico, gestándose la aparición del rostro antropomorfo que hemos mencionado a la pasada. La figura más popular es la llamita en parejas distribuidas en la parte superior del cuerpo. Eso es lo más común, pero también pueden aparecer piezas con una llamita repetida armónicamente, otras veces tríos, grupos mayores de siete u ocho y hasta algo más excepcional como el caso de 16 animalitos agrupados sobre un fondo crema (Carizalillo Chico). El recuento de las piezas completas otorga una amplia mayoría a los platos con llamitas, en una relación de 33 a 13 con respecto al rostro antropomorfo. Otros detalles de interés pueden ser enunciados en la siguiente forma:

— Las figuras que acompañan a las llamitas siempre son dibujos lineales. Hay un solo ejemplo donde acompaña un dibujo de lo que Niemeyer llama franja vertical con hileras de pequeños rectángulos alternados; es decir, una figura más compacta o si se quiere de mayor volumen (Iglesia Colorada);

— Llamitas y rostros diferencian dos tipos de decorados en la etapa de aculturación inca. Lo que quiere decir que los rostros emergen en ese momento, o a lo menos se acentúan como símbolo iconográfico. En el cementerio más grande excavado hasta ahora (Iglesia Colorada), están las dos figuras emblemáticas, siempre con un dominio de las llamitas pero esta vez los rostros estrechan la brecha numérica general;

— Es preciso apuntar que lo que Niemeyer clasifica como franja vertical con hileras de pequeños rectángulos alternados rojo y negro, se trata de rectángulos alargados o

estilizados, de manera que no concuerdan tanto con aquello de que “forman como un sector de un tablero de ajedrez”. En adelante, es preferible referirse a ellos como franja vertical con rectángulos bicolor estilizados. Junto a la figura parecida a “una U”, que sí parece parte de un tablero de ajedrez, son habituales acompañantes del dibujo del rostro. En este caso se trata de motivos más compactos y simétricos, todo a nivel de franjas, diferente a los dibujos lineales anteriores. La evolución en un mismo tipo de motivo se nota bien en los racimos de evolutas circulares o acodadas que se transforman en racimos de evolutas simétricamente romboidales. De allí parecen haber derivado también los rombos concéntricos verticales, que en hileras de a dos van al centro de una franja rellena en negro. La figura en U, más bien es un rectángulo abierto por el costado superior colgando del borde y relleno por cuadrillos regulares (damero). Esta es una figura que normalmente se alterna con la cara antropomorfa y es bastante común que ambos dibujos ocupen campos centrales entre la combinación de las otras franjas descritas. Una variante es el relleno con grecas entrelazadas horizontales, y una greca en forma de Z en cada rama vertical del rectángulo;

— La cabeza antropomorfa es casi calcada en todas partes. Una variante más notoria está en un ceramio de Cachiyuyo, inclusive bastante más elemental que la mayoría, sin pelo, y por lo tanto partiendo directamente desde el borde, parecido a lo se ve en otra vasija de Iglesia Colorada. Cuando se trata de rostros o cabezas clásicas su trazado consiste en una forma triangular invertida con diferenciación de rasgos anatómicos; una boca pequeña rectangular o en medio círculo, con dientes espaciados o una línea horizontal central. Los ojos se forman por

un par de espirales excéntricos. La nariz es un pequeño rectángulo lineal o un trazo triangular relleno, ambos a la altura de la frente. Una especie de “chasquilla” lineal o levemente más gruesa cae hacia la frente. No se ven orejas. En su reemplazo hay un par de líneas paralelas en diagonal o colgando a cada costado. Pueden ser parte de la cabellera o representación de gotas de sangre, ya que, antes que nada, parecen corresponder a cabezas cortadas que cuelgan desde el borde por una cabellera a modo de penacho triangular invertido formado por un promedio de cinco líneas; algunas veces los trazos de los costados están doblados en ángulo recto en su parte superior;

— En menor número aparecen rostros dobles, es decir, la misma figura repetida en forma exacta para arriba y para abajo, sin pelo alzado, pero con las líneas en el lugar de las orejas. Así se forma un verdadero rombo y las “chasquillas” esta vez parecen costuras que unen a las cabezas;

— Los pucos con rostros tienden a ser de un mayor tamaño y por lo tanto más voluminosos o esferoidales;

— Existen pocas vasijas donde no hay llamitas ni rostros. Cabe recordar el cuenco con asas de color rojo con ornamentación negro y naranja (crema) de Cerrillos C. Los tiestos de Pajonal rojo/crema, uno con asas, y sendos platos de Taltal y Bahía Salada que aún no se describen, el último también con un par de asas;

— Dentro de una forma estándar, suelen aparecer algunos platos más pequeños y también la inclusión de mamelones verticales u horizontales que en número de cuatro se distribuyen simétricamente sobre el labio (Taltal-Iglesia Colorada).

— Existirían otras formas muy poco conocidas de tipo Negro sobre Rojo pero de función diferente, por ejemplo, la manufactura de botellas con líneas gruesas onduladas.

El tipo Punta Brava Tricolor

En el sitio tipo es una cerámica que impresiona por la cantidad de fragmentos esparcidos por doquier. Una vez colectados cientos de trozos, privilegiando los restos de mayor tamaño, se puede seguir reuniendo cientos y cientos de diminuta pedacería. Por un lado demuestra su popularidad entre la alfarería en boga para aquellos tiempos y por otro indica que los grandes tamaños conspiraban en contra de la conservación de estos recipientes. En Iglesia Colorada se registró un par de estas piezas *in situ* que no se pudo rescatar, así como otras tantas vasijas se encontraron totalmente derrumbadas en una especie de patio pequeño donde habían sido acomodadas (sector de montículo).

La primera descripción como tipo es de autoría de Jorge Iribarren en su recorrido del valle e inicial estudio del Pucara de Punta Brava junto a Hans Niemeyer (1958), destacando dos tipos de recipientes de buen tamaño:

- a) Lo que llamó “Tipo I” o “Alfarería rústica”, de regular cocimiento con técnica oxidante, superficie alisada y pasta de grit mediano e incorporación de piedrecillas. Corresponden a cántaros esferoidales de 0,40 o 0,60 m de alto, a veces con figuras modeladas en relieve;
- b) El tipo II o Alfarería pintada de cocimiento deficiente en horno oxidante, con grit mediano a fino y paredes de 1 cm de grosor promedio. Presenta un baño amarillento naranja bastante diluido sobre una superficie apenas suavi-

zada y decoración negro y rojo opaco en colores atenuados o absorbidos en la pasta, por la porosidad y aspereza de la superficie. Son formas esferoidales con cuello recto y asas laterales en posición inclinada, con alturas que rayan en los 0,60 m de altura, decoradas con grandes dibujos geométricos lineales o relleños: trazos paralelos, diagonales cruzadas, triángulos, grecas, puntos, etc.

Lo que Iribarren señala como “adornos repulgados en los bordes” en las vasijas corrientes y pintadas, se refiere a una especie de cordón que recorre la boca o parte del cuerpo. En algunos ceramios monocromos, el cordón en el borde se combina con un rostro humano de nariz aguileña y ojos oblicuos, como un rostro sencillo, aparentemente previo a una cara humana finalmente elaborada que distingue a una variedad de grandes vasijas en una categoría técnica superior; las llamadas “Urnas”, descritas por Looser en Copiapó y Cornely para el área de los diaguitas (1932-1956), sin olvidar la clásica figura de la urna de Chiltepín que desde el siglo pasado se viene ilustrando en diversos autores (Toribio Medina (1882) 1952; Latcham 1928; Iribarren 1950).

En el capítulo siguiente se incluye la descripción y comentarios sobre una de estas vasijas descubierta en una habitación de Punta Brava, con un mayor aire diaguita. Debido a que estas últimas no son abundantes en los sitios y que Iribarren no alcanzó a registrarlas, quedan fuera de la consideración tipológica de aquel investigador.

A esa clasificación básica Niemeyer aporta mayores detalles respecto a la geometría de los dibujos, considerando que fueron ejecutados con mucha maestría a pesar que son propensos a ser fugitivos o a descascararse. No obstante, los fragmentos

denotan una resistencia a la fractura, confirmandose que el mayor inconveniente para su conservación fue su gran tamaño. A la vez, la coloración o baño amarillento-naranja debe entenderse como la descomposición de un tono originalmente blanco.

Para Niemeyer la clasificación de la cerámica Punta Brava descansa en dos componentes: Vasijas globulares con cuello relativamente corto, en su mayoría sin asas, que concuerdan con la descripción de Iribarren. Y vasijas de formas no restrictas que podrían calificarse de urniformes con una mayor proporción de asas. El único ejemplar globular completo para Copiapó es un ceramio sin contexto conocido, con cuello bien diferenciado del voluminoso cuerpo (Niemeyer, H. 1986). Es un verdadero recipiente-contenedor en la idea de las tinajas coloniales, de 0,54 cm de altura (*Lámina 8; Figura 1*). Quizás el calificativo de tinaja Punta Brava le quedaría bien para referirse a ellas en lo sucesivo, ya que la variante urniforme también es un recipiente aparentemente con una función similar. El problema es que se trata de una cerámica bastante conocida a nivel de fragmentos y casi nada en relación a piezas completas. Los residuos amarillentos adheridos a muchos trozos sugieren restos de líquidos o alimentos almacenados, asegurando la calidad de depósitos.

Entre las ofrendas de algunas supulturas puede figurar alguna forma no restricta, siempre en función de contenedor de alimento. Ante la ausencia de un nombre más adecuado para este tipo de recipiente es posible asignarle el calificativo de Urnas Punta Brava, más menos en la idea con que Cornely se refiere a ellas como “poncheras para contener bebidas embriagadoras” (1952). Mezclado con restos de recipientes esferoidales su popularidad se extiende a otros yacimientos grandes como Viña del

Cerro e Iglesia Colorada, con un 71,2% entre más de 3.000 fragmentos en el primero y ocupando el segundo lugar entre los desechos del segundo asentamiento (Niemeyer, H. 1986). Hemos señalado que el tamaño de estos ceramios origina los elevados porcentajes de fragmentos, pero aún así no se puede discutir su fuerte presencia entre las manufacturas alfareras del valle.

Guardando la proporción con lo que pudo haber acontecido en el valle de Elqui respecto a la función de las denominadas Urnas, para 1950 Cornely cuenta con un número de 15 ejemplares enteros, entre los 760 ceramios que consta la colección del Museo de La Serena de ese entonces. Sin tener a la mano muchas piezas completas Punta Brava, de todas maneras se vislumbra una situación diferente en Copiapó respecto a la popularidad de este tipo alfarero. Mucho más restringida es la presencia de aquellas urnas con rostro modelado policromo, que parecen surgir en Copiapó en los tiempos de aculturación Diaguita-Inca y que, para diferenciarlas de aquellas urnas menos finas, podrían bautizarse como "Urnas antropomorfas policromas".

Resumiendo, hasta ahora la clasificación de tipo Punta Brava sólo se basa en un análisis parcial, sin intervención de estudios técnicos. Los grandes fragmentos que ha menudo es posible coleccionar permiten visualizar la forma de los ceramios, complementado con un par de vasijas que se han podido armar. Sin embargo queda un arduo trabajo para estudiar los miles de fragmentos reunidos desde los tiempos de Iribarren en adelante. Comprometidos con el problema de esta clasificación, intervienen diversos factores que podemos dividir en los siguientes ítems:

1) La técnica de decoración tricolor ya se viene manifestando en el Período Medio,

concretamente en los poblados de Puntilla Blanca y Quebrada Seca, sobre el río Pulido. Allí también, en especial en el primer sitio, se fabricaron las primeras vasijas en forma de urnas, un poco más pequeñas, pero bajo el mismo principio formal, inclusive con un par de asas verticales. Tampoco fueron muy finas en sus caras, aunque la cocción a alta temperatura es un sello de distinción.

2) La definición del tipo Punta Brava se basa en un alto porcentaje de fragmentos tricolor gruesos, muy característicos. Al parecer lo principal está relacionado con la manufactura de recipientes de cuerpo esferoidal y cuerpo más abierto o recto, quedando la sensación que lo último fue más popular. En general, las colecciones se forman casi sin contrapeso por restos obtenidos de sitios habitacionales y muy poco de piezas depositadas en sepulturas.

3) Lo anterior sería el sustrato alfarero en que descansa la elaboración de formas más tardías, por ejemplo una variante de las Urnas Punta Brava, también policromas, un tanto más finas y a veces con la incorporación de un rostro humano sobre el borde, de barbilla prominente, nariz aguileña, ojos oblicuos y cejas pronunciadas; rasgos populares en un amplio rango geográfico.

4) En el poblado de Punta Brava existen vasijas urniformes monocromas con un rostro similar, de corte más sencillo, posiblemente como un antecedente a las caras recién descritas. Es una cerámica menos conocida porque ha quedado relegada ante la mayor dedicación a las piezas policromas.

5) Debido a la constante presencia de esta cerámica policroma en el valle de Copiapó y su relación con los primeros momentos de la Cultura Copiapó, se puede postular

que el uso en los vecinos valles más meridionales es producto de una extensión de norte a sur, acogiendo su manufactura en niveles de producción moderada.

6) Tal parece que la variedad de urnas más finas es la que comienza a incorporarse en los cementerios Diaguita-Inca de Copiapó. No contamos con suficientes contextos fúnebres del momento previo, e incluso los datos concretos son parciales, pero en Altos Blancos, Chancoquín y Huasco Bajo, por nombrar tres cementerios más confiables, no existen urnas.

7) Aunque guardan relación estilística con las urnas tricolores más "groseras", aquellas vasijas que hemos nominado como urnas antropomorfas policromas corresponden a una categoría técnica superior por cocimiento, simetría y esmero en los diseños pintados. Sólo se conocen tres ejemplares descubiertos en un cementerio diaguita incaico del antiguo Copayapu y otro obtenido en las recientes campañas en Punta Brava, esta vez de un recinto habitacional. Por su gran semejanza con urnas del valle de Elqui, parecen corresponder al retorno de una forma más elaborada al valle de Copiapó, en tiempo de las expansiones Diaguita-Inca. Vale decir, siguen vigentes después que han dejado de producirse en el territorio elquino, porque los contextos incaizados de ese ámbito no poseen piezas de esa categoría; sólo llegaron hasta la etapa Diaguita II o Clásica.

LA ETAPA DE DOMINIO INCA

En todas las referencias sobre evidencias tardías del valle, deliberadamente hemos puesto primero el nombre Diaguita. No se trata de atribuir a los diaguitas la paternidad de las conquistas. Más bien, esto se

debe a que, no obstante los incas toman el control sobre el territorio semiárido, prácticamente no existe un lugar de su expansión que no esté marcado por un claro componente cerámico diaguita, especialmente por medio de los platos acampanados. No cabe dudas del papel que juegan los diaguitas para los intereses expansivos de los incas y por lo general la identificación de los sitios depende en gran medida de la presencia de la cerámica acampanada, algunos aríbalos con motivos Diaguita u alguna otra vasija con este mismo componente estilístico, a no ser que se encuentre alfarería típicamente incaica.

Disponemos de una cincuentena de datos para explayarnos en torno al desarrollo tardío del valle copiapino y serán escasas las veces en que nos refiramos a contextos puramente incas. Es que no existen alternativas. Aquí se nota como nunca aquello de que los incas introducen mitimaes a los territorios que van conquistando. En Copiapó se sabe quién está antes y quién se impone después, incluso han ido surgiendo detalles sobre el destino que tiene una parte de la población Copiapó en la acción de desarraigo marcada por los incas.

Panorama del dominio incaico en la región

En los últimos años tanto arqueólogos como etnohistoriadores han incrementado como nunca las informaciones relativas al sistema de dominio incaico en el norte y centro de Chile, y lo que es más, vienen revisando grandes áreas a ambos lados de la cordillera en una estrategia de estudios integrados. En el caso de Chile, particularmente entre Copiapó y Choapa, el panorama cultural donde se afirma la conquista peruana se puede postular con variantes que más menos requieren ajustes de acuerdo a como se vayan llenando los vacíos de

investigación en determinadas zonas. Un esquema regional presenta a Copiapoes en el extremo norte, a los diaguita entre Huasco y Limarí y a los Chiles entre Combarbalá y Aconcagua.

Una vez ingresados los ejércitos por el despoblado y Aconcagua se produce lo que Ampuero señala como una conquista que debió ser tan rápida como la fusión cultural, donde los diaguitas es el único pueblo del territorio chileno que demuestra una clara utilización de los diversos componentes culturales que representa el incanato, con una producción de cerámica que en la mayoría de los casos tiene presente el elemento diaguita, lo que evidencia un proceso de transculturización importante y una aceptación de los alfareros locales, que copian y revitalizan estos elementos andinos (Ampuero, G. 1989-1994).

La aplicación del modelo ecológico de los Andes Centrales (Murra, J. 1972) a la realidad incaica chilena, poniendo el acento en lo económico-político, por parte de Llagostera (1976; Stehberg, R. 1991) establece que, a diferencia del extremo norte chileno, en los valles semiáridos los incas encontraron grupos homogéneos de considerable grado de desarrollo, precisamente, un factor fundamental o sustrato propicio para anexarlos y expandir su Imperio. Sus colonias intercaladas entre la población autóctona de ambos lados de la cordillera ejercen un dominio directo a través de una corriente cuzqueña, adaptándose a un régimen distinto al acostumbrado esquema archipelágico de territorialidad discontinua, aun cuando tuvieron que ejercer control en forma separada de cada localidad adyacentes a las vertientes del cordón montañoso, plasmándose la nueva expresión definida como Inca Local. En lo que corresponde a la vertiente occidental de los Andes Meridionales, aquello se manifiesta

como lo Inca-Diaguita, donde no sólo se conjugaron formas importadas con decoraciones predominantes regionales, sino que también se dio lugar a expresiones morfológicas y decorativas novedosas. Como respuesta económica alternativa a la forma de explotación macrovertical archipelágica, se practicaría un régimen microvertical restringido sólo a cada valle y el dominio directo, sin nexo intermediario altiplánico como sucede en el extremo norte, se ejerce en función de un complicado sistema agrominero (Llagostera, A. 1976)

A partir de las sociedades del Período Medio las economías comienzan a restringirse o encajonarse en el curso de los valles. Los valles se convierten en los ejes económicos. La cultura Copiapó materializa su desarrollo en el valle homónimo y parece defender a ultranzas su territorio, incluso persiste una estirpe guerrera en los tiempos incaicos y coloniales. Copiapoes y diaguita no salen de sus valles más que para mantener los nexos con ambientes productivos que complementan las economías. El litoral se manifiesta como un escenario común para tales necesidades. Las tierras hacia el noreste de la cordillera, serían de interés para los asentamientos altoandinos de Copiapó, así como la anexión de valles vecinos para los diaguitas. El régimen microvertical de valle en valle tiene algunas variantes con la puesta en valor de la costa, no como una práctica inédita, sino por sus implicancias en el juego de los intereses económicos y de comunicación entre ecologías diversas. Por otro lado, salen de los valles cuando cambia el escenario político y los incas requieren de minas descubiertas en los interfluvios

Se estima que la forma del medio físico chileno determinó un avance lento del ejército imperial por el territorio nacional, sin embargo el factor más importante estaría en la resistencia que opusieron los habi-

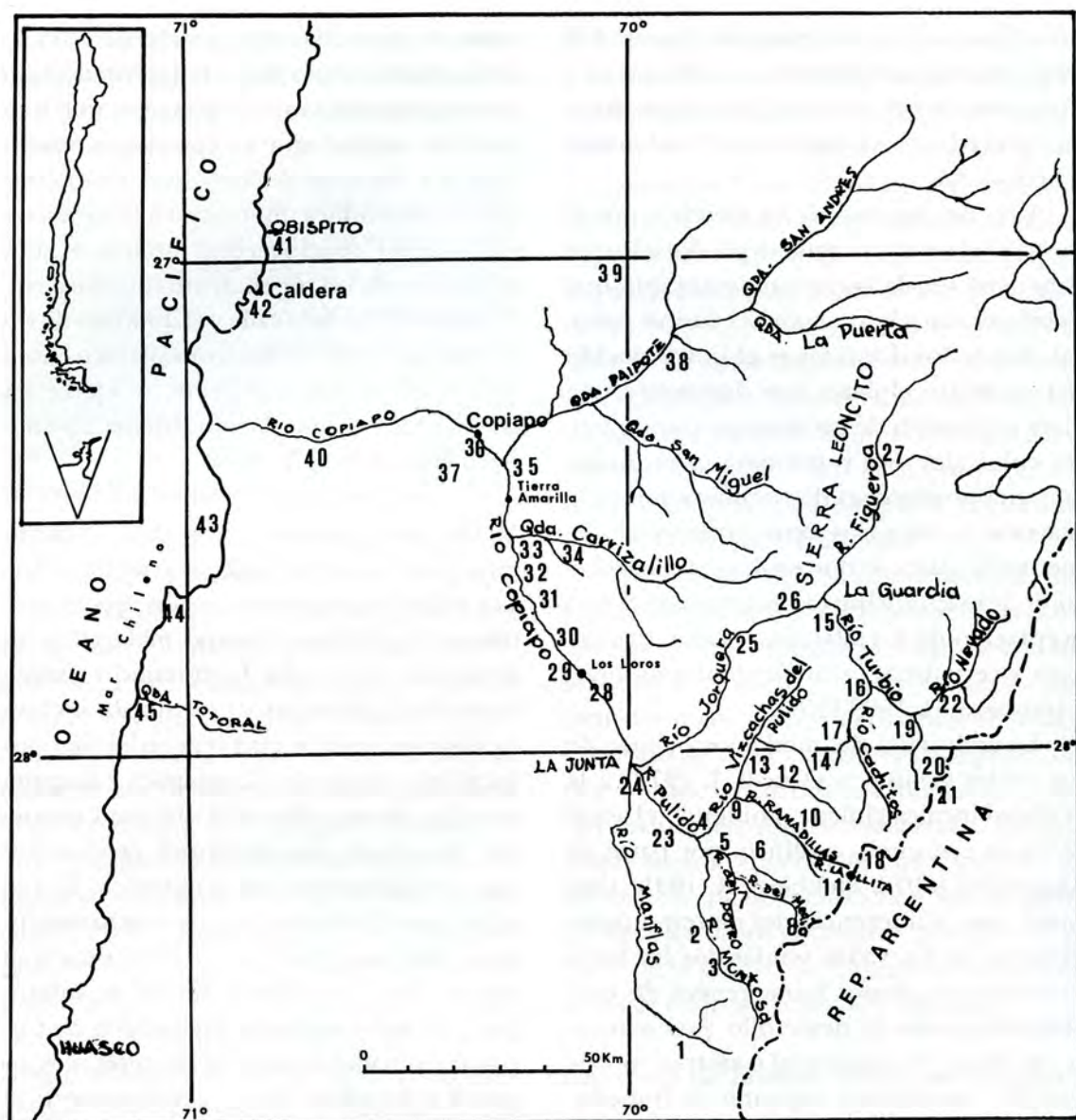


Lámina 10. Distribución de sitios del dominio incaico. 1. Pircas Blancas; 2. Montosa; 3. Tronquitos del Montosa; 4. Juntas del Potro; 5. Majada Quemada; 6. Rancho de Lucho; 7. El Torín; 8. Los Helados; 9. Carrizalillo Grande; 10. Caserones; 11. La Ollita; 12. Vegas del Indio; 13. Juntas Q. de Pircas Coloradas; 15. Quebrada El Cadillal; 16. Juntas del Cachito; 17. Quebrada La Tambería; 18. Paso Peña Negra; 19. Cuevitas; 20. Pircas Negras; 21. Paso de Pircas Negras; 22. Río Nevado; 23. Iglesia Colorada-Cachiyuyo; 24. Rodeo; 25. Jorquera (Trancas Chañar-Pot. Chacay); 26. Jorquera (Las Estacas-La Guardia); 27. Las Coloradas; 28. Viña del Cerro-Palo Blanco; 29. La Puerta; 30. Punta Brava; 31. Hornitos; 32. Potrero Seco; 33. Totoralillo; 34. Punta Gorda; 35. Paipote-San Francisco; 36. Copayapo; 37. Jesús María-Talinay; 38. Puquios; 39. Cachiyuyo; 40. María Isabel; 41. Obispo; 42. Caldera; 43. Bahía Salada; 44. Pajonal; 45. Totoral.

tantes del área a los invasores cuzqueños. Como respuesta, una estrategia principal de los incas habría sido ocupar los pasos y las vías de comunicación entre cada valle y asentar allí su presencia militar (León 1983). Al estudiar las instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile, esta tesis se convierte en un punto central para los postulados de Stehberg (1991). Las cuñas impuestas por los incas en los interfluvios desarticularían las alianzas entre los señores de los valles, como una suerte de presión para concretar los dominios planificados por el estado. De ser así, estamos hablando de instalaciones previas al dominio pleno, que deberían quedar marcadas por la presencia de claros componentes culturales importados por los mitimaes y por la elite cuzqueña que forman las avanzadas. Determinar en qué medida se cumple cabalmente esta premisa, es una tarea pendiente.

La conquista inca del valle de Copiapó

De acuerdo al hecho de que los incas utilizaban en sus conquistas a guerreros pertenecientes a poblaciones ya sometidas, que debían cumplir la mita militar, y sólo los jefes y algunos soldados seleccionados eran cuzqueños (Silva, O. 1992), deberíamos encontrar las pruebas por medio de una alfarería en que se mezclan los tipos transportados por los guerreros, los pertenecientes a los cuzqueños y los tipos locales. Cornely (1956) detectó irregular presencia de cerámica inca en la región, con frecuentes hallazgos en Copiapó, menor número pero siempre en un alto porcentaje en Huasco y el litoral, mucho menos en Elqui y sólo piezas esporádicas de Elqui al sur.

Es preciso revisar tales porcentajes a la luz de excavaciones más actuales en Fundo Coquimbo y Ovalle, pero existe acuerdo en

definir las huellas cuzqueñas por medio de algunas vasijas típicas como el aríbalo, los recipientes u ollas con pedestal y asa levantada, y el plato o escudilla playo (Silva, *ob. cit.*; Iribarren, J. 1973 Ms.; Ampuero. G. 1994). En aspectos más generales, Ampuero agrega la presencia de "jarros de asa vertical" e Iribarren "otros vasos menores de formas típicas". Hemos visto en Copiapó unos jarritos de tono rojizo, con diminuta asa que se agrega a lo foráneo. En la ornamentación se produce un mayor enriquecimiento, ingresando las franjas de triángulos contrapuestos en series repetidas, los motivos denominados por comparación, frondas de helechos y en especial los campos cuadriculados y trazos cruzados formando losanges (Iribarren, *ob. cit.*).

Las apreciaciones de Osvaldo Silva comentadas anteriormente, concluyen que junto a los tipos cuzqueños, la presencia incaica se detecta, arqueológicamente, por la aparición de elementos decorativos en la cerámica local que, sin duda, provenían de culturas septentrionales o, como acota antes, de los "guerreros que debían cumplir la mita militar". Pues bien, al abocarnos a seguir la pista de tales manifestaciones resulta que muy escasos ceramios son disonantes con la repetitiva presencia de la cerámica Diaguita-Inca en el valle. Tenemos un botellón con llamitas estilizadas y un plato playo con serpientes esquemáticas encontrados en Paipote, el suche o pez del Titicaca figura en un plato de Copiapó, la serpiente bicéfala en un plato acampanado y llamitas al estilo Inca-Pacajes en restos de platos playos de Iglesia Colorada. Lo más típico como "piezas importadas" es el plato con los peces. El resto son reacomodaciones una vez que comienzan las mezclas con manufacturas locales.

La presencia de cerámica foránea introducida por gente movilizada por los incas,

es parte de otra investigación. Desde ya hay más vestigios Inca-Paya que otra cosa, en especial en los valles de Huasco y Limarí. Con diferencias respecto a los jerarcas que conquistan el territorio chileno, los cronistas estiman que Huiracocha reforzó el ejército con chinchas, copiapoes, apatamas, tomatas, yaquitas y calchaquíes, "toda gente belicosa y disciplinada en la guerra" (Oliva 1571), que Pachacutti Inca Yupangui avanzó con indios de Atacama y de los "tucma" (Tucumán) (Garcilaso 1609), y que Huáscar se habría servido de la ayuda de los juríes (Rosales 1670). Aun con la confusión de etnias nombradas por los cronistas, en los tres sitios más clásicos estudiados en el valle de Copiapó hasta ahora no asoman decididamente las huellas de tales guerreros trasladados a la región semiárida chilena. En Viña del Cerro los mayores porcentajes de cerámica pertenecen a los tipos locales Punta Brava y Copiapó Negro sobre Rojo y no figuran tipos como Inca-Pacajes u otras manifestaciones extranjeras. Por supuesto que están los restos incaicos más conocidos y lo Diaguita-Inca. En Iglesia Colorada lo más abundante como tientos decorados es la trilogía Diaguita-Inca, Punta Brava y Copiapó (Niemeyer, H. 1986). Excavaciones de los últimos años registran algún porcentaje de fragmentos con llamitas de reminiscencias Pacajes. Y no recordamos haber manipulado cerámica similar en las excavaciones de Punta Brava, donde el recuento preliminar refrenda la supremacía del tipo homónimo, del Copiapó y del Diaguita mestizado. Iribarren (1958) tampoco se sale de este marco y así debemos preguntarnos cómo y con qué poblaciones ingresa, entonces, el inca al valle de Copiapó.

Existe un cierto nudo en el tema. A nosotros no nos cabe dudas que la conquista se realiza con el concurso de mitimaes

diaguita. Pero los diaguitas no son "culturas septentrionales" y está claro que fueron movilizados desde el sur. Es necesario tener presente la hipótesis del dominio directo establecida por Llagostera porque dice que los incas no traen representantes altioplánicos y que portan cerámica netamente cuzqueña. Aquello viene del norte pero no está claro por dónde ingresa primero al territorio chileno. Al respecto, presentamos dos hipótesis para tratar de resolver este problema:

1. *Los incas entran a Copiapó por el Despoblado.* La población local ofrece una resistencia que estaría reflejada en el comentario de Bibar respecto a que durante un año guerrean unos y otros, hasta que logra vencer el ejército incaico. En estas lides el ejército continúa hacia los valles de más al sur. En Huasco-Elqui se produce la amalgamación con los diaguitas, éstos pasan a integrar parte del ejército conquistador y como mitimaes retroceden con el inca para lograr el dominio final del valle copiapino.

2. Los intentos incaicos no son más que escaramuzas preliminares en este valle y no pueden doblar la resistencia hasta que un ejército que avanza de sur a norte consigue su objetivo. Es decir, la fuerza real de conquista entraría por el valle de Aconcagua, con un desplazamiento desde el sur que va llenando de mitimaes y culmina en el valle de Copiapó al copar de gente diaguita cada rincón de su geografía.

Veamos los datos para decidir cuál sería la hipótesis más acorde a la realidad. Para esto hay que conjugar las versiones de los cronistas con los datos empíricos y las apreciaciones de otros investigadores que se han referido al problema de la conquista incaica en territorio nacional. Los cronistas hablan de ejércitos que van de 50.000 a

200.000 soldados, lo que se estima una exageración. En primera instancia deberíamos despejar los nombres de Yahuar Huacac y Huáscar, en un extremo muy antiguo y en otro extremo muy tardío, respectivamente. Inclusive, es complicado el tema de Huiracocha. Sin embargo es un punto nuevo puesto en el tapete de la discusión, de tal forma que las referencias sobre estos personajes a lo menos deben consignarse en el recuento general. Además ya es un hecho que las fechas del arribo inca se visualizan más antiguas de lo normalmente supuesto, obligando a revisar la cuestión cronológica establecida (Stehberg, R. 1991). De allí que es preciso recurrir a cuanta información pueda servir para aclarar qué está pasando al respecto.

Habiendo acuerdo que los incas más comprometidos con la conquista de este ámbito sureño es la trilogía formada por Pachacutti Inca Yupanqui o simplemente Inca Yupanqui, Tupa Inca Yupanqui y Huaina Cápac, los relatos sobre la entrada se resumen como sigue:

1. *Yahuar Huacac:*

a) ...“llegó con sus conquistas hasta Atacama” (Garcilaso 1609, en Uhle 1911).

2. *Huiracocha*

a) ...“pocos días de haber tomado posesión del reino... vinieron de Chile dos sobrinos suyos, hijos de su hermana y de una prima hermana, nacidos en aquel reino; á estas casó con dos señores principales de Yahuar Huacac, su padre, cuando vinieron aquellas tropas de gentes en tiempo de su abuelo Sinchie Roca. Dióles batalla y prendió á los señores, y quedáronse en el Cuzco hasta el tiempo de Yahuar Huacac, y como era pacífico y ellos se le mostraron humildes, casó á uno con su hija y al otro con su

sobrina, y envióles a Chile, y ellos trataron con todo amor á sus mujeres; tuvieron en ellas dos hijos, y sabida la muerte de Yahuar Huacac, y como sucedió Huira Cocha en el reino, enviáronselos los padres para que vieses y conociesen á su tío” (Montesinos, en Patrón 1912).

b) “Agradecidos los chilenos desto le suplicaron á su tío fuese á visitar el reino de Chile”... “volviéndose á sus tierras con muchos ingas orejones que les quisieron acompañar”... “hallaron en aquel reino grandes revueltas y disensiones entre los señores dél”... “Los sobrinos del Inga fueron en busca de los contrarios con su ejercito. En tiempo de un año los sujetaron, matando á unos y prendiendo á otros. Avisaron á su tío del suceso, y el Inga determinó de ir allá con un poderoso ejército”.

“Prevenida la gente, mandó Huira Cocha que fuesen delante muchos oficiales abriendo y haciendo un camino real desde los Charcas hasta Chile por los Chiriguano, pues ya le había desde el Cuzco hasta las Charcas; y este príncipe después prosiguió este camino desde Chile hasta el Estrecho”... “Llegó el Inga a Chile”... “Estuvo dos años en Chile”... “Dió con esto vuelta al Cuzco”... “trajo consigo más de dos mil soldados chilenos, escogidos en aquellas provincias, para la conquista que esperaba hacer desde los Chachapoyas abajo por la sierra” (Montesinos, en Patrón 1912).

3. *Pachacutti Inca Yupanqui*

a) Embajadores del Tucumán informan al Inca: “Sólo, Señor, porque no quede nadie en el Mundo, que no goce de tu religión, leyes y gobierno, te hacemos saber, que lejos de nuestra tierra, entre el Sur y el Poniente, está un gran reino llamado Chili poblado de mucha gente, con los cuales no tenemos comercio alguno, por una gran

cordillera de sierra nevada que hay entre ellos y nosotros, más la relación tenésmola de nuestros padres y abuelos; y pareció dárte la, para que hayas por bien de conquistar aquella tierra, y reducirla a tu Imperio, para que sepan tu religión, y adoren al Sol, y gocen de tus beneficios"... "Pues como el rey Inca Yupanqui se viese amado y obedecido y tan poderoso de gente y hacienda, acordó emprender una gran empresa, que fué la conquista del reino de Chili"... "fué hasta Atacama, que hacia Chile es la última provincia que había poblada y sujeta a su imperio, para dar calor de más cerca a la conquista, porque de allí adelante hay un gran despoblado"... "Desde Atacama envió el Inca corredores y espías que fuesen por aquel despoblado y descubriesen paso para Chili y notasen las dificultades del camino para llevarlas prevenidas. Los descubridores fueron incas, porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos reyes sino a los de su linaje, a los cuales dieron indios de los de Atacama y de los de Tucma"... "Con esta diligencia y trabajo horadaron ochenta leguas de despoblado, que hay desde Atacama a Copayapu, que es un provincia pequeña, aunque bien poblada, rodeada de largos y anchos desiertos"... "Habiendo llegado los descubridores a Copayapu y alcanzado la noticia que pudieron haber de la provincia por vista de ojos, volvieron con toda diligencia a dar cuenta al Inca de lo que habían visto. Conforme a la relación mandó el Inca apereibir diez mil hombres de guerra, los cuales envió por la orden acostumbrada, con un general llamado Sinchiruca y dos maeses de su linaje, que no saben los indios decir cómo se llamaban"... "Luego que el Inca hubo despachado los diez mil hombres de guerra mandó apereibir otros tantos, y por la misma orden los envió en pos de los primeros para que a los amigos fuesen de

socorro y a los enemigos de terror y asombro" (Garcilaso, 1609).

b) Yupangui, "preparó municiones de boca y de guerra para cincuenta mil hombres; dió el mando de las fuerzas a un inca, y dividió las tropas en columnas de diez mil hombres, y el año 1425 llegaron a Copiapó" (Córdoba de Figueroa, en Patrón 1912).

4. *Topa Ynga Yupangue*

a) "... como ya tuviese sujetos estos y esta nación de los Zuries pasó adelante y llegó a un río grande que dicen ser el de la Plata y como él llegasen y le viesen tan ancho no le pasó fuese por a vera del hasta que llegó a sus nacimientos que dicen ser a las espaldas de Chile hacia do el sol sale y como allí fuese pasó este río por los nacimientos y tomando a la mano derecha ansi como iba pasó los puertos y cordilleras de nieve y montañas altas sujetando y conquistando todo lo que ansi por delante hallaba e ansi llegó a la provincia de Chile y halló en ella gente muy belicosa y muy rica y próspera de oro e habido con ellos su reencuentro sujetos y como ya los tuviese pacíficos preguntó que de dónde habían habido tanta riqueza de oro y ellos le dijeron que de unas minas que tenían y ansi el Ynga tomándole codicia de las ver fue a ellas y viólas y preguntando que qué arte de tierra era dijéronle que diez jornadas de allí había un río que se decía Maule..." "... y como él tuviese esta noticia tomándole codicia de pasar adelante e ansi mando partir su campo de allí ya que hubo andado quince o veinte leguas paró allí y envió a sus capitanes con cierta cantidad de gente..."

"Como volviese Topa Ynga Yupangue al pueblo de Chile paresciéndole que la gente de aquella provincia era guerrera y belicosa y que sería bien dejar en la tal provincia guarnición de gente de guerra para lo que

ansi ganado y conquistado lo tuviese quieto y pacífico y desde allí le llevasen su tributo de oro a la ciudad del Cuzco"... "y mandó que luego se juntasen todos los señores de Chile y Copayapo y de todos los demás pueblos y valles de aquella redondez e hízoles su parlamento y dijoles la orden que habían de tener de allí adelante y en lo que le habían de servir y tributar y dióles muchas joyas de plata que es el metal que allí carecen y lo que ellos tuvieron en mucho y cosa que ellos tuvieron en más que otra cosa ninguna de las que ansi les diera y ya que les hubo hecho grandes mercedes mandó a sus capitanes que para otro día aderezasen y mandasen a su gente que caminasen por el camino que de Chile viene a Copayapo que es sesenta leguas de Chile viniendo hacia el Cuzco donde como allí llegasen supo que había de allí a Atacama grandes despoblados y tierras de arenales y faltas de agua y como en tal despoblado había unos xaqueyes de muy poca agua y que cuando ansi caminaba alguna mucha gente que iban de tal manera repartidos que cuando los unos llegaban al primer Xagüey los que antes habían llegado pasaban al xagüey que ansi era adelante y que desta manera pasaba la gente que ansi caminaban cuando iban ellos a contratar con los de Atacama y los de Atacama con ellos y como tuviese esta nueva y razón desto mandó luego que los naturales de aquellas provincias se partiesen la más cantidad de gente que dellos allí había y que fuesen a la provincia de Atacama porque le dijeron que era gente guerrera y que llevasen sus armas y que como fuesen abriendo los xaqueyes y haciendo muy grandes lagunas de agua en ellos para que ansi sus gentes pasasen y para que si en Atacama los naturales della le quisiesen hacer algún enojo a su gente así como iba saliendo del despoblado por ir pocos a pocos que los que ansi ade-

lante fuesen de los naturales de Chile y Copayapo no diesen lugar a ello e ansi se partieron estos naturales de Chile y Copayapo a lo ya dicho..." (Betanzos, 1551).

b) El Inca... "Yendo vitorioso adelante de los charcas, atravecó muchas tierras y provincias y grandes despoblados de nieve hasta que llegó a lo lla(ma)mos Chile y señoreó y conquistó todas aquellas tierras; enbió capitanes a saber lo de adelante, los quales dizen que llegaron al río maule. En lo de Chile hizo algunos edeficios y tributáronle de aquellas comarcas mucho oro en tejuelos. Dexó gobernadores y mitimaes; y puesta en orden lo que avía ganado, bolvió al Cuzco"... "Y dicen que pasados pocos días, le dio cierto mal que le causó la muerte y que, encomendando a su hijo la gobernación del reyno y a sus mujeres y hijos y diziendo otras cosas, murió" (Cieza de León, 1553).

c) ... "Y así prosigue su conquista la vuelta de Chile, adonde venció al grande cinche Michimalongo y a Tangalongo cinche de los chilenos de esta banda del río de Maule al norte. Y llegó a Coquimbo en Chile y llegó al río de Maule, a donde puso sus columnas, o como otros dicen una muralla, por término y mojones de su conquista, de donde trajo grandes riquezas de oro" (Sarmiento de Gamboa, 1572).

d) "Y teniendo noticia de las grandes provincias de Chile, Tupa Inca Yupangui, hizo abrir camino para ellas por la provincia de los Lipes, que era la última de su reino, y envió para conquistarlas un ejército de más de doscientos mil soldados; y el se volvió al Cuzco. Los indios chilenos, si bien se aventajaban a los peruanos en ser más fuertes y briosos, con todo eso, por vivir como vivían en behetrías, sin cabeza ni caudillo que los rigiese y confederase, no pudieron resistir a

la multitud de los del Inca, y así fueron dellos los habitantes del Huasco y Coquimbo, como los otros valles marítimos hasta el de Mapocho, donde se habían convocado muchos chilenos, entre los cuales se hallaban los valientes Araucanos, que llamados de los de Mapocho, habían venido en su ayuda..." (Cobo, en Patrón 1912).

e) El Inca... "Llegó primero a Coquimbo, construyó una fortaleza, colocó en ella una buena guarnición y penetró en Chile donde asentó los límites más australes de su imperio. Impuso un tributo y dió la vuelta al Cuzco cargado de riquezas. Esta expedición al Collao y a Chile ha debido realizarse hacia el año 1413" (Cabello de Balboa 1586, en Patrón 1912).

f) ... "A esta sazón viene la nueva como Chillis hacía gente de guerra para contra el Inga, y entonces despacha a un capitán con veinte mil hombres y otros veinte a Guarameaucas, los dos capitanes llegan hasta los Coquimbos y Chillis y Tucman, muy bien, trayéndoles mucho oro; y los enemigos no hacen tanto daño en los de acá, antes con poca facilidad fueron sujetados, y los Guarameaucas lo mismo, y en donde los deja una compañía de gentes para que sirvieran de garañones" (Santa Cruz Pachacuti 1613, en Patrón 1912).

g) "Tupac Yupangui; gobernó con afabilidad y prudencia, amplió su monarquía por la parte del norte más allá de Quito, y por la del sur conquistó muchas provincias, y fue el primero que entró con sus ejércitos en este Reyno" (Rosales, 1670).

5. *Guaynacapa*

a) "Por otra parte hacia la mar del Sur enbió más gente con otros capitanes a que señoreasen los valles y pueblos que del todo su padre no pudo conquistar. El fue cami-

nando hazia Chile con toda su jente, acavando de domar, por donde pasava, las gentes que avía. Pasó gran trabajo por los despoblados y fue mucha la nieve que sobre ellos cayó; lleva (va) n toldos con que se guarecer y muchos anaconas e mugeres de servicio. Por todas estas nieves se yva haciendo el camino o ya estava hecho y bien limpio y postas puestas por todo él".

"Allegó a lo que llaman Chile, donde estuvo más de un año entendiendo en reformar aquellas regiones y asentarlas de todo punto. Mandó que le sacasen la cantidad que señaló de tejuelos de oro y los mitimaes fueron puestos y transportadas muchas gentes de aquellas de Chile de unas partes en otras. Hizo en algunos lugares fuertes y cercas a su uso, que llaman "puca-raes", para la guerra que con algunos tuvo..." "... Puesto en razón lo de Chile y hecho lo que convino, puso sus delegados y gobernadores y mandó que siempre avisasen en la Corte del Cuzco de lo que pasava en quella provincia" (Cieza de León, 1553).

b) ... "no estaba del todo conquistado el reino de Chile y así para sujetarle hizo numeroso ejercito que entregó para este efecto a Anamanya Orejón, que nombró por su general y con amplísima comisión; y orden para que teniendo allanada la tierra, sacase la gente della a las partes del Perú, y que la poblase con los que llevaba en su ejercito. Pero que si no consintiesen en esto lo llevase a fuego y sangre; de suerte que no quedase memoria de indio chileno. Partió este capitán con su gente y sin tener estorbo llegó a Chile con tan prospero suceso, que llegado compuso lo que estava conquistado antiguamente y sujetó de nuevo otras provincias más; se le rindieron con cargo que no los sacase de su natural y porque no se les concedió por guardar la orden que llevaba se revelaron algunas, con lo cual el

general dejando suficiente presidio a cargo de otro capitán llamado Chaco se volvió al Cuzco a dar cuenta de su jornada y del estado en que quedaban las cosas de aquel reino. El Inca con intento de ir en persona a concluir esta guerra le dejó por entonces y se ocupó en el gobierno del Perú" (Oliva 1571, en Patrón 1912).

c) Después del territorio del Collao,... "pasó hasta Chile, lo que su padre había conquistado, y quitó el Gobernador, que allí estaba por él, encomendando la gobernación de aquellas provincias a los dos curacas naturales de Chile, Michimalongo y Antalongo, a quien su padre había vencido. Y reformada la guarnición que allí había, se vino por Coquimbo y Copiapó, visitando de allí a Atacama y Arequipa" (Sarmiento de Gamboa 1572, citado por Patrón *ob. cit.*).

6. *Cusi Huáscar*

a) "Con inmensos trabajos passaram la cordillera nevada las tropas que el rey Inga Guascar embió a conquistar las tierras de Chile, codicioso de sus riquezas de plata y oro. Llegaron a los valles de Copiapó y Guasco, primeros de Chile, cuos naturales, viendo el gran poder de Guascar Inga, no procuraron hazerle resistencia, hasta probar primero el uso de sus costumbres, ni los capitanes de hacerles daño; antes assegu-rándoles se fueron entrando hasta llegar al valle y río de Quillota, donde alojando el General que los regía, que era de la casa real de los Ingas, procuró sujetar a los chilenos a la obediencia de su Rey y a la adoración del sol, y los obligó a sacar oro para tributar a Guascar, y aunque a los principios hisieron algun rendimiento fingido, juntando sus fuerzas dieron tras los peruanos y en una reñida batalla los pusieron en huyda, matando a muchos y sacudiendo el yugo que nunca han sufrido sobre sus servi-

ses."... Guascar... "embió cien mil hombres, a cargo de un primo suyo, al castigo de los chilenos que no le querían obedecer".

"Partió el Inga primo de Huascar para Chile con este nuevo exercito por las provincias de Tupisa, Tucuman y Diaguitas, que caen de la parte de los montes altos de la cordillera nevada de los Andes a la vanda del Norte, y aunque por este camino era fuerza rodear mas de trescientas leguas, le pareció de mas comodidad por ser estas provincias bastecidas y pobladas para poder sustentar tan numeroso exercito, con el qual, llegado que hubo al valle de Quillota, acordándose de lo que el Rey Inga su primo le avía encargado, hizo a su barbara usanza cruel castigo en la persona del cacique principal de aquella tierra y en muchos de sus vasallos..." "... fueron vencidos los chilenos, aunque a costa de mucha sangre de los contrarios y puestos en sujeción. Rindiéronse por entonces los valles de Aconcagua, Quillota y Mapocho..."

"Passaron adelante a la Angostura y Maule"... "Y viendo los peruanos que la tierra era estrecha para tanta gente como tenían en su exercito, y que a cada paso peleaban con los de la tierra de arriba de Maule y Promocaes, se retiraron a Coquimbo y Copiapó, donde, con ayuda de los Juries, hicieron grandes castigos en los que alli intentaron levantarse contra ellos y echarlos de toda la tierra de Chile" (Rosales, 1670).

Hipótesis vs indicadores

El estado de alerta que plantean las fechas más tempranas que lo supuesto para el arribo de los incas a territorios del Collasuyo, invalida en estos momentos afirmaciones categóricas sobre la cronología de las expansiones. Una aproximación de Osvaldo Silva (1992) estima en unos 70 años la cam-

paña de conquista hacia el sur, comenzando con Pachacutec Inca Yupanqui a partir de 1450 y culminando en los tiempos de Huaina Cápac por el año de 1520. No es el tema de la conquista en sí lo que se analiza en estos momentos. Lo que interesa es ver en qué condiciones se produciría la anexión del valle de Copiapó al Imperio.

Cronistas e investigadores contemporáneos tienen diversas apreciaciones. Mientras la versión clásica de Garcilaso hace toda una apología sobre el genio conquistador de Pachacutec al enviar sus ejércitos por el despoblado, Silva plantea que éste sólo abarcó la zona norte del río Copiapó. Según se desprende de las palabras de Garcilaso, en esos tiempos fueron las primeras confrontaciones con los naturales de Copiapó; hecho también estudiado por León (1983). Quien se habría detenido en Atacama sería el Inca Yáhuar Huácac, según el mismo Garcilaso, y el asunto de los sobrinos "chilenos", no es algo tan claro. Uhle (1911), sigue al cronista mencionado sin avanzar mucho más, comentando que en Atacama el dignatario entabló las primeras relaciones amistosas, casando algunos rehenes chilenos con miembros de su familia, devolviéndolos después a su país.

Entre el mítico Yáhuar Huácac y el iniciador de la historia real de los Incas, Viracocha, habrían sugerencias sobre preparativos e hipotéticas entradas de norte a sur al territorio chileno, porque Uhle considera que desde el país de los Chiriguano Viracocha ingresó a Copiapó por el "portillo de San Francisco". En los postulados de los investigadores actuales siempre está latente la idea de un ingreso hacia Copiapó y de allí el consecuente paso hasta Aconcagua. Stehberg (1991) habla de un dominio inca valle a valle, entendiendo que van avanzando en los términos que hemos comentado. Antes, delinea una conquista que en una primera

etapa controla entre Copiapó y Choapa, y en una segunda etapa lo hace desde el Choapa al Maipo (Stehberg, R.; Cabezas, A. 1991). Similares sugerencias aporta Silva (*ob. cit.*) al señalar que Tupa Inca Yupanqui se orientó al dominio de los Diaguitas y Huaina Cápac se extendió a los territorios al sur del río Choapa.

No cabe duda que la cuestión fundamental está entre los dos últimos incas nombrados, aunque la controversia aflora a cada instante. El hijo, Huaina Cápac completa la obra de su padre en Chile, no obstante que algunos autores —siguiendo a otros investigadores— piensan que toda la obra es patrimonio del genio de Túpac Inca Yupanqui, relegando a Huaina Cápac al territorio ecuatoriano (Martínez, J. L. 1988). Al menos Pachacutec figura a las puertas de Copiapó, conquistando hasta Atacama, en circunstancias que Espinoza Soriano (1987) le otorga ese territorio a la expansión de Túpac Inca, también graficando movimientos del hijo sólo por el norte del Cuzco.

Con la entrada, vía despoblado, de Pachacutec tenemos un punto de discusión para relacionar con la primera de las dos hipótesis enunciadas anteriormente. Habría existido un ingreso primario que confronta a incas y copiapoes, encontrándose los incas con una cerrada resistencia. Si recordamos, las versiones de los cronistas que involucran a Túpac Inca Yupanqui en batallas con los habitantes de Huasco y Coquimbo para proseguir hasta el Mapocho (Cobos), o llegando primero a Coquimbo para penetrar de ahí "en Chile" (Cabello de Balboa), allí también se postula un crecimiento de la expansión de norte a sur, pero no explica cómo se llena de componentes diaguitas incaizados el valle de Copiapó. Nos queda la alternativa del retroceso inca hacia este valle, una vez plasmados los do-

minios de valles como Huasco o Elqui y la mixtura con los diaguitas.

Aquello pudo ser. Sin embargo también hay argumentos para plantear que el dominio definitivo de Copiapó se produce gracias al ingreso de Túpac Inca por el valle de Aconcagua, quien mueve sus ejércitos en dirección al despoblado de Atacama, avasallando a los “señores de Chile y Copayapo”. Al hablar Betanzos sólo de estos señores, sin nombrar a Coquimbo, nos hace pensar que está agrupando a todo lo que entendemos como “Diaguitas” bajo el parámetro étnico de Chiles. Como lo establecen los registros arqueológicos, la crónica distingue a Copiapó como una entidad cultural definida. Túpac Inca sujeta y retorna a Perú por el despoblado. El camino ya existía, sólo lo mandó a “aderezar”. La mano de Pachacutec, con sus espías, corredores y ejércitos parece ser una realidad. Los naturales de Copayapo sabían de sus dificultades cuando comerciaban con los de Atacama y viceversa.

Entonces, ejércitos que avanzan de sur a norte concretan el dominio efectivo del norte semiárido y hacen extender a Copiapó los componentes alfareros diaguita. Al menos en la versión más antigua (Cieza), Huaina Cápac también ingresa por territorio argentino hacia el valle de Aconcagua y continúa a Coquimbo y Copiapó (Sarmiento). El probable ingreso de Huáscar es una cuestión que parece más discutible. La vencida narración de Rosales da para pensar, más aún con el detalle sobre la intervención de su primo. La denominación del valle del Huasco puede ser un homenaje a la distancia al inca que gobierna desde el Cuzco, y quién sabe qué más puede significar en relación al capítulo de las conquistas incaicas. La relación de Rosales sugiere un ingreso por la cordillera de Copiapó y luego otro por Aconcagua, ponderando las

ventajas del camino por Argentina en comparación con el penoso camino del despoblado.

Aunque nos inclinamos por la hipótesis sobre una expansión principal en sentido sur norte, no se trata de un capítulo cerrado. Tal parece que en los movimientos entre los “chiles” (de Aconcagua y alrededores inmediatos) se produce la conquista de Mendoza, emergiendo en esas tierras los estilos alfareros de filiación Diaguita. Cuando los incas —en boca de Rosales— advierten que a pesar de lo largo es más cómodo transitar por las provincias de Tupiza, Tucumán y Diaguitas están expresando el temor por cruzar el desierto de Atacama. Túpac Inca Yupanqui manda a los naturales de Chile y Copiapó a allanar el camino de regreso; incluso los manda adelante en caso de conflictos con los de Atacama, luego ordenó:

“...que fuesen hechos muchos zaques de cueros de piernas de carneros y ovejas para que en los tales cueros los suyos llevasen agua la que les bastase para pasar aquel despoblado y en todo él siendo proveído esto y todo lo demás de todos los bastimentos y comidas encaminó sus capitanes y gente por el despoblado enviando los unos tras otros porque no les faltase el agua e así pasó el despoblado llevando por delante todos los suyos y dejado mandado allí en Copayapo que fuesen hechos depósitos de aquellos zaques para que trujesen agua los que así habían de venir después de la traer los tributos de Chile a la ciudad del Cuzco y como llegasen a Atacama procuró saber lo que por toda aquella tierra había y por los caminos que de allí salían al Collao...” (Betanzos, 1551).

Existe la versión que los consejeros habían advertido a Pachacutec sobre los peligros de iniciar una conquista a través del desierto,

pero éste lo desestimó (Córdoba y Figueroa, en Patrón 1912). Su probable misión por el despoblado y todo lo que tuvo que hacer para construir el camino, lo relata puntualmente Garcilaso. Quienes han recorrido el despoblado concluyen que el camino trazado por los incas, en esta región de desiertos y alturas, no está en concordancia con aquellos otros donde las obras viales fueron de un considerable desarrollo y que movió a algunos comentaristas a compararlos elogiosamente con las vías romanas. Entre los límites de la actual provincia de Antofagasta cruzando Atacama hasta el valle de Copiapó, donde se pierde su huella, la vía imperial es sólo un modesto trazado rectilíneo hoyado de 60 cm de ancho (Iribarren, J. 1973 Ms.). Por entonces, Iribarren no duda que esa fue la única vía de ingreso a Chile, agregando que en el trazado transandino, que vendría a ser la vía paralela hasta Mendoza, se mencionan algunas obras de arte en aquella vialidad donde habría que aceptar que hubo un criterio de asignar a esos caminos una preponderante importancia y en lo que gravitaría el raciocinio de las ventajas ecológicas en favor de ellas.

Matienzo por los cronistas y arqueólogos por los estudiosos actuales, certifican la mayor envergadura del dominio inca por la banda oriente de la cordillera. Niemeyer y Rivera (1983) consideran que la ruta por el desierto tuvo una importancia capital puesto que por medio de ella se ponían en comunicación dos áreas diferentes y muy alejadas, y contribuía así a darle unidad al Imperio. También ponderan su trazado como una recta de comunicación efectiva, que utiliza los recursos naturales apropiados de dos zonas diferentes que corresponden a la precordillera y a la puna. Sin embargo no lo ven como un camino principal, más bien como una vía funcional apta sólo

para el tránsito de grupos pequeños debido a la falta de abundante provisión de agua. Concluyendo que no constituye una ruta de conquista incaica como tal, sino que de utilidad más tardía en el dominio inca. A su tiempo, Almagro y Valdivia sufren los rigores del desierto y aunque achiquemos al máximo la cifra de 50.000 hombres cruzando por el despoblado hacia Copiapó en el reinado de Pachacutec Inca Yupanqui, todavía resulta difícil imaginar una conquista a través del desierto, más allá de intentos preliminares, como parece haber sido el ingreso de los ejércitos de Pachacutec. La suposición de Niemeyer (1986) sobre una conquista por un camino oriental que cayó al valle de Copiapó por algunos pasos cordilleranos queda como alternativa menos probable. Al menos, como una alternativa de movimientos posteriores a las estrategias iniciales. Está Shinkal y otras construcciones incaicas de envergadura a la vera de un camino que ingresa por la cordillera copiapina. El licenciado Matienzo (1567) en su relación de los caminos por territorio Argentino acota que de los Tambos de la Cienaga:

“...se aparta el camino del Inga para la ciudad de Londres, y de allí para Chile por la cordillera de Almagro que dicen, sobre la mano derecha, y sobre la izquierda se toma el camino para Cañete y Santiago del Estero, que es metiéndose hasta los llanos del Río de la Plata”.

Por su parte, Carlota Sempé (1973), señala la variante que se desvía de Batungasta en dirección al paso de San Francisco, y el más largo trayecto que va en dirección al valle del Mapocho. Stehberg (1991) estima que las instalaciones incaicas cordilleranas del lado chileno dependen de centros mayores emplazados tras el macizo andino. Existe más de un camino que atraviesa la cordille-

ra en función a la logística incaica para territorios, sin que aparezcan claras señales que correspondan a las vías que inician la conquista de Chile.

Para concluir este episodio, es posible agregar en favor de la expansión Diaguita incaica desde el sur, el hecho que en las dos excavaciones en el cementerio de Altos del Carmen, al interior del Paitanas indígena (Vallenar), todas las vasijas corresponden a la mezcla entre Incas y Diaguitas, con ausencia absoluta de ceramios Copiapó (Niemeyer, H. 1971; Niemeyer, H.; Ampuero, G. 1989 Ms.). En el valle del Huasco la base diaguita le otorga su impronta al desarrollo incaico. Lo mismo que en el valle de Elqui. En tanto, la mixtura aumenta cuando en el valle de Copiapó los naturales aportan con sus técnicas y estilos en el debido momento.

Los asentamientos en el valle

El mapa que confecciona Niemeyer (1986), con el despliegue de las ocupaciones incaicas, es claro para ver la importancia asignada a las tierras altas, donde la ecología altoandina ofrece la alternativa de aprovechar numerosas vegas a la vera de ríos y riachuelos, y las rutas naturales siguiendo los cursos de agua hacia los cuatro puntos cardinales, entre ellos, las vías que apuntan a los cercanos pasos fronterizos. El abanico fluvial Copiapino resulta benigno para instalaciones humanas en toda su extensión. Así lo sintieron las poblaciones más antiguas de acuerdo a sus necesidades. En tiempos de la Cultura Copiapó se planifica la construcción de grandes poblados en los ríos principales de este abanico, como se vio en la descripción de los asentamientos sobre las tierras del Jorquera, Pulido y Manflas. Continúan circunscritos a los cursos mayores de aguas del

sistema hidrológico superior copiapino, en afanes agrícolas por excelencia basados, a su vez, en tradiciones centenarias iniciadas en las aldeas Molle y sus tendidos de canales y campos de cultivos. Estos pobladores preincaicos también muestran interés por las vegas de mayor altura, pero con los incas no sólo se reafirma lo vital de los ríos precordilleranos en el plano estratégico amplio, sino que copan definitivamente los ambientes de pastizales francamente cordilleranos. De 38 sitios registrados en el mapa de Niemeyer, descontando 4 que ahora sabemos son anteriores, 30 corresponden al espacio que encierran los ríos Jorquera y Manflas. Y este 88,2 % se desglosa en la descripción de 20 tambos o "tamberías", el poblado de Iglesia Colorada, un posible adoratorio de altura (Cerro Blanco), los pasos de La Ollita, Peña Negra y Pircas negras, y el resto son cinco sitios de distinta naturaleza.

Los recientes descubrimientos en el río Jorquera (Seelenfreund-Vilches-Niemeyer 1996; Cervellino-Gaete 1996-1997), avalan lo expuesto sobre el énfasis por aprovechar las tierras altas de Copiapó y, hasta ahora, sólo queda el río Manflas con un cierto déficit de asentamientos incaicos en su recorrido.

La descripción detallada de la mayoría de los yacimientos es de la autoría de Niemeyer en su libro sobre la ocupación incaica de la cuenca alta del río Copiapó, sobre el cual ya hemos hecho diversas menciones. Quien desee ahondar en las particularidades, sírvase consultar dicha obra. Por nuestra parte es preciso resumir la información, efectuando los respectivos comentarios e intercalando los nuevos datos obtenidos en los últimos 15 años, para lo cual primero se abordan los antecedentes en torno a las vegas y pasos, luego los poblados de los ríos que cierran el abanico cordillerano, y en seguida viene la descripción de los asenta-

mientos en el río Copiapó, para culminar en las instalaciones del litoral.

Siguiendo a Niemeyer en un ascendente itinerario, vamos configurando el panorama en un sentido sur-norte, aunque para ello se altera un tanto la descripción original del autor. Comenzando por un meridional sitio en los nacimientos del río Manflas, el resumen de sus investigaciones corresponde a los siguientes indicadores:

— *Tambería de Pircas Blancas*. Sobre una puntilla rocosa que estrecha el valle. Las ruinas se componen de dos áreas de estructuras unidas por una larga pirca semicurva de algo más de 30 m de longitud. Son recintos elípticos, rectangulares, circulares, una oquedad acomodada como un silo, y otros muros que no cierran, quedando con sus extremos flotantes. Se sitúa al pie del portezuelo Cantarito en la vía a Huasco Alto.

— *Tamberías del Montosa*. Se encuentran en el curso superior, sobre altitudes de 3.000 m, a ambos lados del río. Un conjunto corresponde a un rectángulo pircado en forma de U unido a otro recinto de planta subrectangular, de factura más descuidada. El otro viene a ser un recinto rectangular con un vano de acceso, con vestigios de barro en las juntas de las piedras y una especie de corral por detrás. No se encontró material cultural asociado.

— *Tambería Grande de los Tronquitos del Montosa*. Son las ruinas más completas del río, más al interior, sobre la ribera derecha, a 3.520 m de altitud. Compuesta de cuatro unidades, dos son construcciones simples y dos son compuestas, variando de recintos cuadrados y rectangulares con diversos compartimentos, a otro cuadrado sencillo (con restos de barro) y a un círculo comunicado a un apéndice subrectangular. Apenas un par de fragmentos Copiapó representa el residuo cultural colectado.

— *Tambería Junta del Potro*. En la unión con el río Ramadillas existe una tambería destruida, en una explanada alta de la ribera derecha del río del Potro, donde sólo se registra un par de "panes" de piedra de granodiorita.

— *Majada Quemada*. Otra tambería destruida en un potrero alto sobre la ribera izquierda del mismo río. De allí proviene un cincel y un instrumento agudo de cobre, un tumi de bronce y un objeto de forma elipsoidal elaborado en turquesa, sin duda un adorno.

— *Rancho de Lucho*. Al interior de Majada Quemada, cerca de la vega de Los Hornos, a orilla de otra vega semicolgada se encuentran los cimientos de dos unidades arquitectónicas de plantas rectangulares. En una no se advierten accesos, pudiendo corresponder a "kolkas" o depósitos. Aquí se encontró otro tumi, ahora de cobre, y bastante cerámica Copiapó, escasa alfarería "Diaguita Clásico" y lascas de calcedonia.

— *Túmulo Inca de El Torín*. Hacia el sur, a unos 2.560 m s.n.m., se encuentra un gran túmulo que se cree sea de filiación incaica, de un diámetro aproximado de 5 m y una altura máxima de 1,50 m. Excavado completamente, se estima como una "estructura ritual de ofrendas", exhumándose una gran cantidad de alfarería café rojizo corriente, algunos restos Copiapó, el esqueleto casi entero de un camélido y muchos huesos sueltos del mismo tipo de animal. Un ceramio rústico hallado anteriormente en las inmediaciones y unos cimientos de construcciones de planta rectangular, sugieren que hubo una tambería obliterada por la construcción de recintos modernos.

— *Tambería Los Helados*. Cuatro unidades o grupos estructurales sobre la ribera derecha del río, a 3.250 m, donde se conjugan recintos de formas ligeramente trapeciales y rectangulares con divisiones interiores,

levantados con piedras lajas pegadas con barro. En estas construcciones de muy buena factura se hallaron algunos restos de escudillas playas, fragmentos de alfarería Copiapó y escasa cerámica corriente.

— *Carrizalillo Grande*. Sobre el río Ramadillas, a pocos kilómetros aguas arriba de la junta con el Potro. Los habitantes del lugar han recuperado, en diversos espacios, un crisol de material refractario y su vástago, una hacha y un par de cinceles de cobre. No se conocen antecedentes de construcciones.

— *Tambo de Caserones*. En la confluencia de los ríos Caserones y Ramadillas, junto a una vega. Las construcciones se sitúan a 3.140 m s.n.m., en el ala izquierda del abanico aluvial del río Caserones, pudiéndose distinguir tres unidades que corresponden a otros tantos "patios" relacionados a recintos rectangulares muy bien contruidos con piedras lajas sin argamasa o piedras lajas y bolones con argamasa de barro y ripio fino. La crecida del cono de deyección formado por el Caserones gradualmente va cubriendo a este característico tambo incaico.

— *Tamberías en La Ollita*. Tres conjuntos de recintos emplazados junto al río de La Ollita. El más inferior fue erigido en la confluencia con el río del Medio y consta de recintos circulares con presencia de alfarería Diaguita-Inca. A unos 3.500 metros de altura, vienen las vegas de La Ollita. Allí están los restantes recintos, comenzando por lo que se ha clasificado como "Tambería A" que consiste en el conjunto habitacional mayor expresado por medio de un edificio con dos unidades rectangulares contiguas de piedras bien calzadas. Un poco más abajo, se ha identificado una veintena de viviendas rectangulares, cuadrangulares, elípticas o circulares, en una unión de recintos donde quedaron intercaladas construcciones del Período Medio.

En el edificio no se hallaron restos culturales, y en el resto, evidencias de fogones, cerámica Diaguita incaica y restos de escudilla playa.

La Tambería B es más simple, situada a 2 km aguas abajo del poblado anterior. Siempre en la ladera izquierda del río, consiste en una serie de recintos circulares, algunos aislados y otros aglutinados. La cerámica colectada, de nuevo plantea la presencia de gente más antigua que los Incas, pero también parte de los recintos corresponden a esta etapa ya que surgen trozos de escudillas playas y la consabida alfarería de los valles más sureños.

Otros rasgos del contexto estudiado se refieren a la presencia de un tramo de un camino de 2,5 a 3,0 m de ancho, emplantillado con piedras lajas. Marginal a los recintos A y a la vera de la vega, este camino se

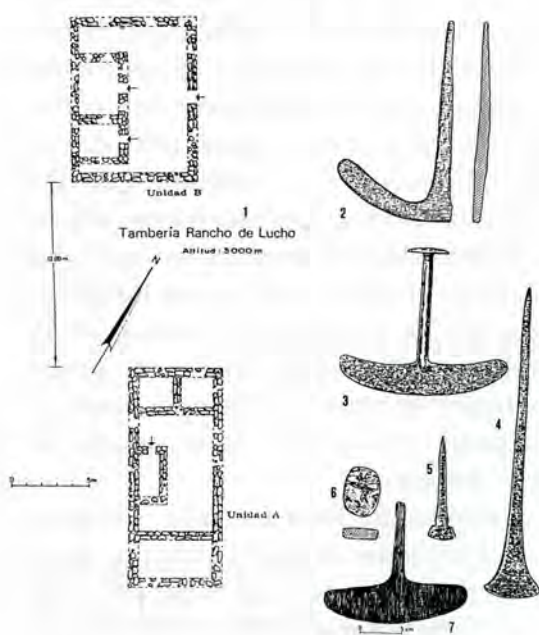


Lámina 11. Tamberías de la cordillera. 1. Rancho de Lucho, río El Potro; 2. Tumi del mismo sitio; 3-6. Tumi de bronce, cinceles y turquesa de Tambería Majada Quemada, río El Potro; 7. Tumi de Altos Blancos, río El Potro.

orienta en dirección al cercano paso de La Ollita, de 4.700 m s.n.m. La relación entre una cosa y otra está dada por el hallazgo de restos de un ceramio esferoidal con motivos Diaguita incaico, al pie del cordón donde se encuentra el mencionado paso.

— *Tamberías Vegas del Indio*. En los 2.920 m de altitud, un poco más al sur de Caserones y en la cabecera de la quebrada Acerillos, existe una pequeña tambería compuesta de un recinto principal rectangular que se asemeja a una pequeña casa-pozo ya que su piso está a 0,60 m más bajo que el terreno circundante. Otro par de recintos de planta circular también fueron levantados con piedras lajas, aunque no se ve material cerámico en superficie, sólo una punta pequeña apedunculada de base escotada, la mitad de una hoja y lascas de calcedonia.

— *Tambo de La Junta de Quebrada Pircas Coloradas*. Sobre la falda izquierda de la quebrada, a unos 800 m más arriba de la junta con la Quebrada Viscacha del Pulido. Consiste de tres unidades habitacionales contiguas entre sí y contiguas a un corral. Algo separado se encuentran otros dos recintos. Construido con piedras esquinadas y algunos bolones, presenta pocos materiales superficiales. Un fragmento Copiapó se encuentra perdido entre restos históricos, mientras que la práctica de cuatro pozos de sondeo en 1994, siguió entregando pequeños trozos de cerámica Copiapó, otros monocromos y más evidencias de carácter histórico subactual.

— *Tambería de Pircas Coloradas*. Conjunto de tres unidades de estructuras pircadas a 3.450 m, en una vega casi al pie del portezuelo Pircas Coloradas. Son asociaciones de estructuras rectangulares, circulares o ligeramente elípticas construidas con piedras lajas sin argamasa. El material colectado corresponde a algo de cerámica Copiapó y lascas de calcedonia.

— *Tambería quebrada El Cadillal*. Bastante más al sur, en la ribera izquierda del río Turbio, se levanta una estructura muy bien conservada, del más puro estilo incaico. Se trata de un tambillo o "chasquihuasi" de piedra en seco bien calzada con divisiones interiores, uno de los cuales podría corresponder a un silo. Los materiales obtenidos se reducen a unos pocos fragmentos Diaguita incaico y desechos de calcedonia.

— *Tambería Junta del Cachitos*. En la junta con la quebrada de Las Carretas, sobre una loma suave situada al lado norte de la quebrada, a 3.670 m s.n.m. Unos 25 recintos circulares no aglutinados están constituidos por muros de bolones de basalto donde no se registró material cultural superficial.

— *Quebrada la Tambería*. En el curso medio del río Cachitos figura una quebrada que se refiere a la presencia de un sitio arqueológico. A 3.450 m de altitud, Niemeyer describe un conjunto de recintos con plantas en U, cerrados sólo en tres de sus lados, formando un área nuclear. Luego viene construcciones circulares y al otro lado de la quebrada, sobre la ribera izquierda, se reconocen hasta cuatro estructuras pircadas, cerrando un espacio con gran cantidad de lascas, instrumentos fracturados de piedra y escasa cerámica.

Entre ambas tamberías del río Cachitos se encuentra la versión sobre ruinas indígenas que aporta Ignacio Domeyko en sus viajes por la cordillera en 1844. Dicha versión la recoge Sayago en 1874 y la acomoda según su parecer sobre la historia de las poblaciones aborígenes del valle de Copiapó. Domeyko asegura que al lugar de las ruinas lo llaman "Pirca", lo que no constituye una novedad por cuanto es común dicho apelativo para varios lugares del área, incluso inmediatamente al sur está el río o quebrada Pircas Coloradas y más al norte viene

Pircas Negras. Pareciera que la relación con los descubrimientos de Niemeyer se da con la Tambería en la junta con la quebrada de Las Carretas, en vista que Niemeyer habla de “25 recintos circulares” y Domeyko de “treinta chozas redondas de piedra de 2 a 3 m. de diámetro”. Continúa Domeyko, “Sólo quedan en pie las paredes de medio metro de altura sin que quede la menor huella que indique con qué estaban techadas; estas paredes de piedra están erigidas con bastante cuidado, sin cemento alguno”... “Las chozas forman una sola fila, y en su extremo meridional se ven altas murallas, construidas con más esmero en forma cua-

drangular, aunque sin cemento; son los restos de una gran casa dividida en varias habitaciones”. Hay bastantes probabilidades que se trate de lo mismo. Además, no es fácil que desaparezca así nada más una referencia como la expuesta. El problema es que Niemeyer encuentra los recintos en su mayoría muy desarmados.

— *Paso de Peña Negra*. Ascendiendo hacia el nacimiento del río Cachitos, se llega a este paso cuya altura corresponde a los de 4.334 m. Allí se registró un recinto pircado de forma elíptica, indicado como refugio ocasional, asociado a cerámica Diaguita-Inca.

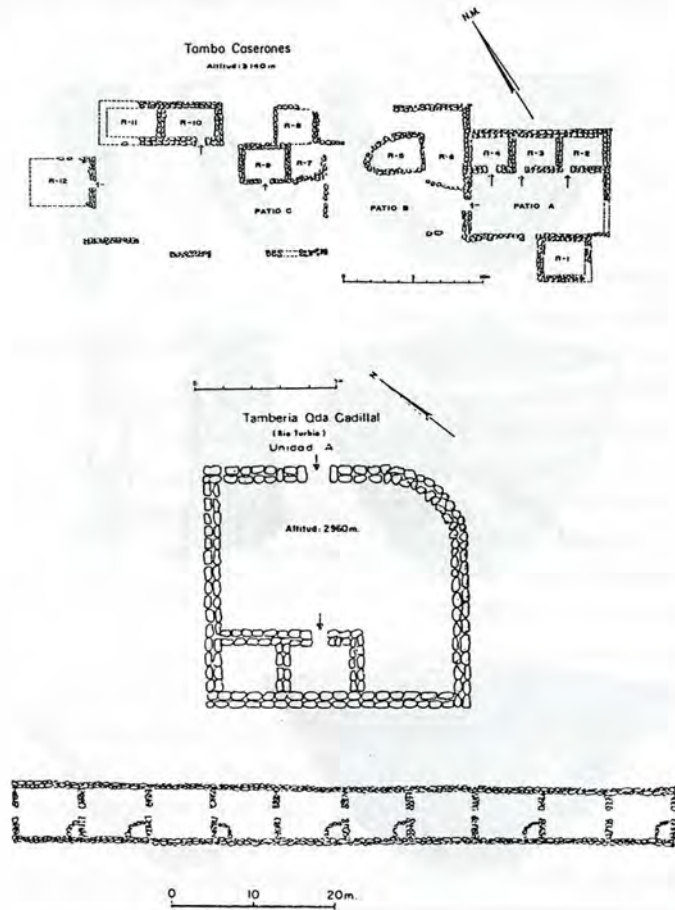


Lámina 12. Tamberías de la cordillera. 1. Tambo de Caserones, río Ramadillas; 2. Tambería Quebrada Cadillal, río Turbio; 3. Tambería Las Coloradas, río Figueroa.

— *Tambería Cuevitas*. Más arriba de la confluencia del Cachitos con el río Turbio, poco antes de la localidad llamada Cuevitas, Niemeyer divisó, en 1977, unos quince recintos circulares muy alterados que no alcanzó a revisar.

— *Tambería de Quebrada Pircas Negras*. Próximo al paso del mismo nombre, se encuentra un poblado con recintos circulares a subcuadrangulares con muros de piedra bolón. La colecta superficial arrojó cerámica no diagnóstica y desechos líticos.

— *Paso de Pircas Negras*. A 4.100 m de altura, el lugar debe su nombre a la existencia de dos pircas paralelas situadas a unos 150 m al norte del hito. Separadas entre sí por

un espacio de 0,60 m, tienen una longitud de unos 20 m, colectándose en el espacio interior una gran cantidad de fragmentación cerámica, especialmente Copiapó y, en menor cantidad, del tipo Inca Negro Pulido.

— *Tambería del río Nevado*. Sobre una terraza fluvial de la orilla derecha del río, a 3.460 m de elevación, está formada por 36 recintos aislados, aglutinados en parejas, o bien aglutinados de a tres, construidos con bolones. Ciertos amontonamientos de piedras podrían tratarse de apachetas. La planta de los recintos es circular o ligeramente elíptica, a excepción de uno con una planta “caprichosa” y otro de planta rectangular.

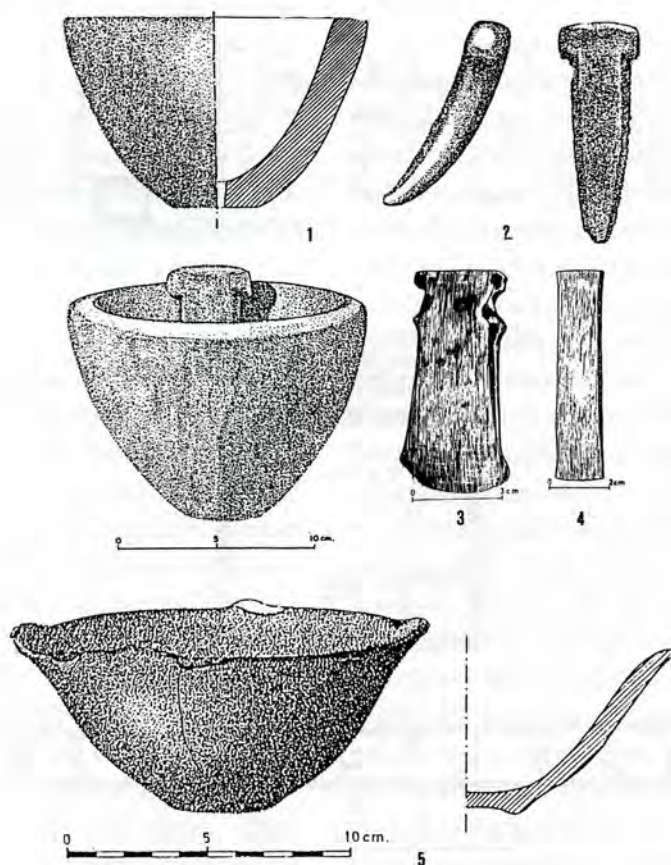


Lámina 13. Carrizalillo Grande, materiales aislados. 1 y 2. Crisol con su vástago; 3-4. Hachas; 5. Plato tipo Inca Negro Bruñido.

Tampoco fue muy abundante el material colectado. Junto a cerámica no diagnóstica, se registran unos pocos restos de un vaso acampanado Diaguita incaico, otros de un plato Copiapó, un par de trozos de escudillas playas y algunas lascas y preformas de calcedonia y cuarzo, basalto y obsidiana.

Como está dicho, los asentamientos notoriamente más grandes se encuentran en los cursos de los dos ríos formativos principales. La tambería de Pircas Blancas correspondería a la avanza más superior sobre el Manflas, y hasta ahora se aprecia como un solitario reducto limítrofe con la hoya hidrográfica del río Huasco. Lo principal fue la organización de poblados en los ríos Pulido y Jorquera, empezando por aquel de Iglesia Colorada que, a decir de algunos investigadores, controlaba los desplazamientos por los pastizales de altura y el flujo de movimientos, incluidos aquellos que se generaban desde el otro lado de la cordillera.

Asentamientos en el valle del Pulido

Se puede hablar de dos núcleos de asentamientos en el río Pulido. Uno corresponde a Iglesia Colorada y su vecindad inmediata con Cabra Atada y Cachiuyo-Quebrada Seca. El otro tiene que ver con una construcción rectangular subdividida en varios cuartos en la cima de un cerro y un cementerio en los terrenos de Rodeo, sobre la confluencia con el río Jorquera. Es decir, se trata de yacimientos en la cabecera y en la desembocadura del valle; en ambos sectores existen relaciones directas con nudos fluviales específicos, en un caso con la red de tributarios y subtributarios en la cordillera andina, y en el otro con el punto en que se unen los ríos formativos del Copiapó, en el espacio que, hemos dicho, cierra el abanico ecológico altoandino. Cabra Atada

presenta ciertos sectores en que se diseminan restos de alfarería Diaguita incaica y suponemos que fueron tierras donde se extienden los intereses agrícolas de los moradores de Iglesia Colorada. Por estas razones, cabe describir las características esenciales de esa población, puesto que su envergadura es más que representativa de la historia incaica en el valle del Pulido.

A partir de las referencias de Sayago en 1874, conjugando el nombre indígena de Choliguín con la denominación moderna, el poblado pasa por un par de otras etapas en lo concerniente a los intereses científicos por develar su misterioso pasado. Concretamente, son las excursiones de Niemeyer que en la década de los '60 inician los primeros estudios arqueológicos, para continuar en los '80 y '90 con excavaciones mayores al amparo de proyectos y del equipo de investigadores asentado en el valle de Copiapó.

Las ruinas se encuentran en la margen izquierda del río Pulido, a 120 km del antiguo Copayapo, en una altura de 1.580 m. Al momento de su descubrimiento se encontraban virtualmente sepultadas por aluviones de la propia quebrada Iglesia Colorada e incorporadas a los potreros agrícolas del lugar. Con el tiempo los lugareños habían recuperado diversas piezas cerámicas dentro de lo que ahora se pudo determinar como un poblado dividido en dos grandes sectores; a) Potrero Las Tamberías, b) Potrero El Damasco. En el primer sector se encuentra el lugar donde la tradición oral expresa que estuvo emplazada la antigua capilla que origina el nombre de la localidad. Los restos de esta pequeña capilla, antaño pintada de rojo, ahora sólo se reconocen por un rectángulo absolutamente aislado, que ha sobrevivido entre las alteraciones producidas por las labores agrícolas. El sitio en sí continua ligado a los intereses

agrarios, ya que de una actividad tradicional ha pasado a mano de una agricultura industrializada exportadora de uvas, quedando las ruinas protegidas como zona de reserva científica.

Potrero Las Tamberías. En los '80, Cervellino inició las excavaciones de este sector, en lo que se denomina como Unidad A, rescataando un ceramio corriente de forma aribaloide. Niemeyer y Cervellino habían postulado a este sector como un espacio de colcas o bodegas, hecho que no comprueban las dos campañas de excavaciones que estuvieron a cargo de Iván Cáceres (1989). Cáceres trabajó en lo que determina como "Área 1" (pircas extensas y colapsadas), "Área 2" (recintos cuadrangulares pircados), y "Área 3" (recintos cuadrangulares revocados).

Área 1. Se reconoce un total de siete pircas formando una construcción unitaria. Los muros son de un largo mínimo de 3,50 m hasta un máximo de 34 m, con un ancho promedio de 0,60 m, con piedra canteada o sin modificaciones. Los materiales recuperados se refieren a buenas cantidades de huesos de camélidos y cerámica Copiapó en su versión clásica y en la variante negro y rojo sobre crema. Una extensa excavación también cubre un terreno circundante plano, sin evidencias arqueológicas significativas, probado por la escasa cerámica doméstica recuperada.

Área 2. Corresponde a un terreno de 12 x 14 en forma monticular, descubriéndose tres recintos cuadrangulares que forman una sola área habitacional, cuyos materiales son similares a los obtenidos en torno a las pircas anteriores.

Área 3. Se definió un total de ocho recintos cuadrangulares con muros confeccionados

en doble hilera de piedras preparadas y bolones, revocados con "argamasa de tierra y arenas finas". La relación con otros muros permite definir la relación de los recintos habitacionales con un sector en forma de patio, que se interpreta en una función de corrales. De nuevo lo sustancial está dado por la presencia de huesos desarticulados de camélidos y trozos de tiestos Copiapó en sus dos versiones, agregándose los restos de un aríbalo, tres ollas y dos escudillas o platos bajo, fragmentos de morteros, un pedazo de mano de moler y un trozo de loza subactual.

Potrero El Damasco. Las excavaciones fueron iniciadas por Niemeyer a fines de los '60, a partir de la visualización del coronamiento de muros pircados. De allí en adelante mucho es lo que se ha avanzado en el sector, a tal punto que el grueso de la información procede de este lugar más inferior en el pie de monte. Una forma de resumir

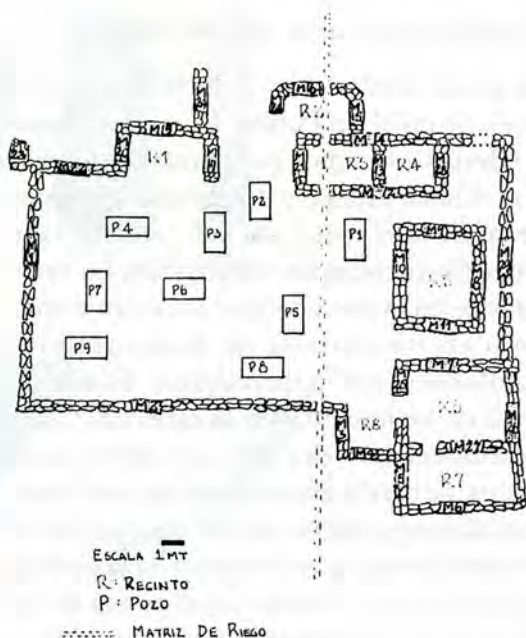


Lámina 14. Iglesia Colorada. Potrero Las Tamberías, área 3.

los antecedentes recopilados será exponer los datos de acuerdo al tipo de excavaciones realizadas, llámese descubrimiento de estructuras arquitectónicas-áreas de descarte y descubrimiento de espacios con sepulturas.

Las manifestaciones superficiales comprendían abundantes piedras molinos, manos de moler, cerámica fragmentaria de aculturación Inca-Diaguita, finas puntas de proyectiles triangulares, un hacha de cobre fundido y una tinaja grande enterrada a orillas del barranco. Los antiguos dueños de la hacienda recuperaron en cárcavas ocasionales producidas por los derrames del riego, campanitas o cascabeles metálicos, espátulas de hueso finamente grabadas, platos acampanados, platos Copiapó y ceramios dobles o de dos cuerpos, donde se

sintetiza la mixtura estilística de los Incas con los Diaguitas. Cervellino (1994) comenta hallazgos de cinceles y aros de cobre, publicando un par de aros circulares con apéndice angular, y uno más elaborado semilunar (*Lámina 16*).

Lo primero que se puso en evidencia fueron dos recintos contiguos y comunicados entre sí de plantas cuadrangulares, algo trapezoidales, con vanos de acceso bien definidos, con umbral y piedras grandes de remate en las cabezadas de los muros a manera de incipientes jambas. Lo amplio de tales construcciones sugiere la presencia de verdaderos galpones o kallancas, de $13 \times 10 \text{ m}^2$ y $11 \times 6,5 \text{ m}^2$. Poseen muros pircados de dos hileras con argamasa y ripio fino entre medio, de dos o tres hiladas, con un coronamiento perfecto. Las excavaciones

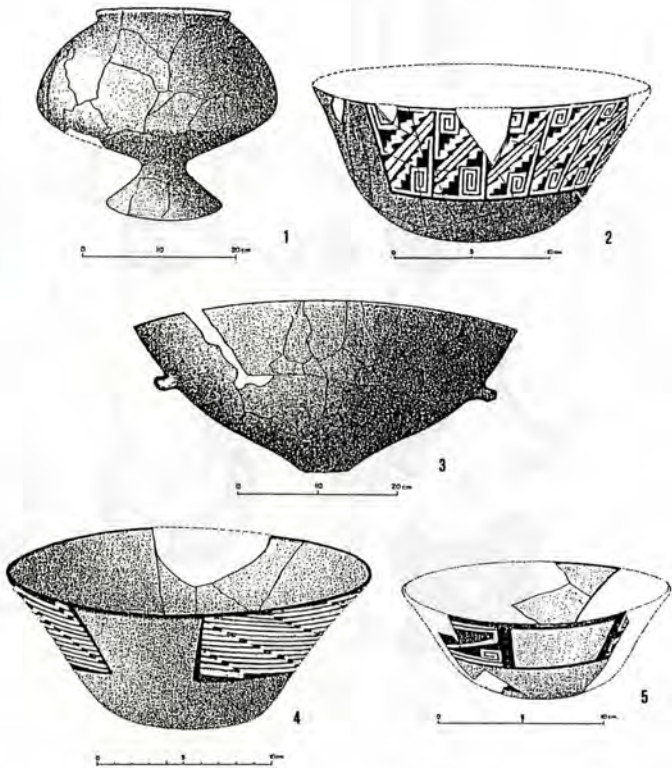


Lámina 15. I. Colorada. Hallazgos en Potrero Las Tamberías (4-5 fortuitos)

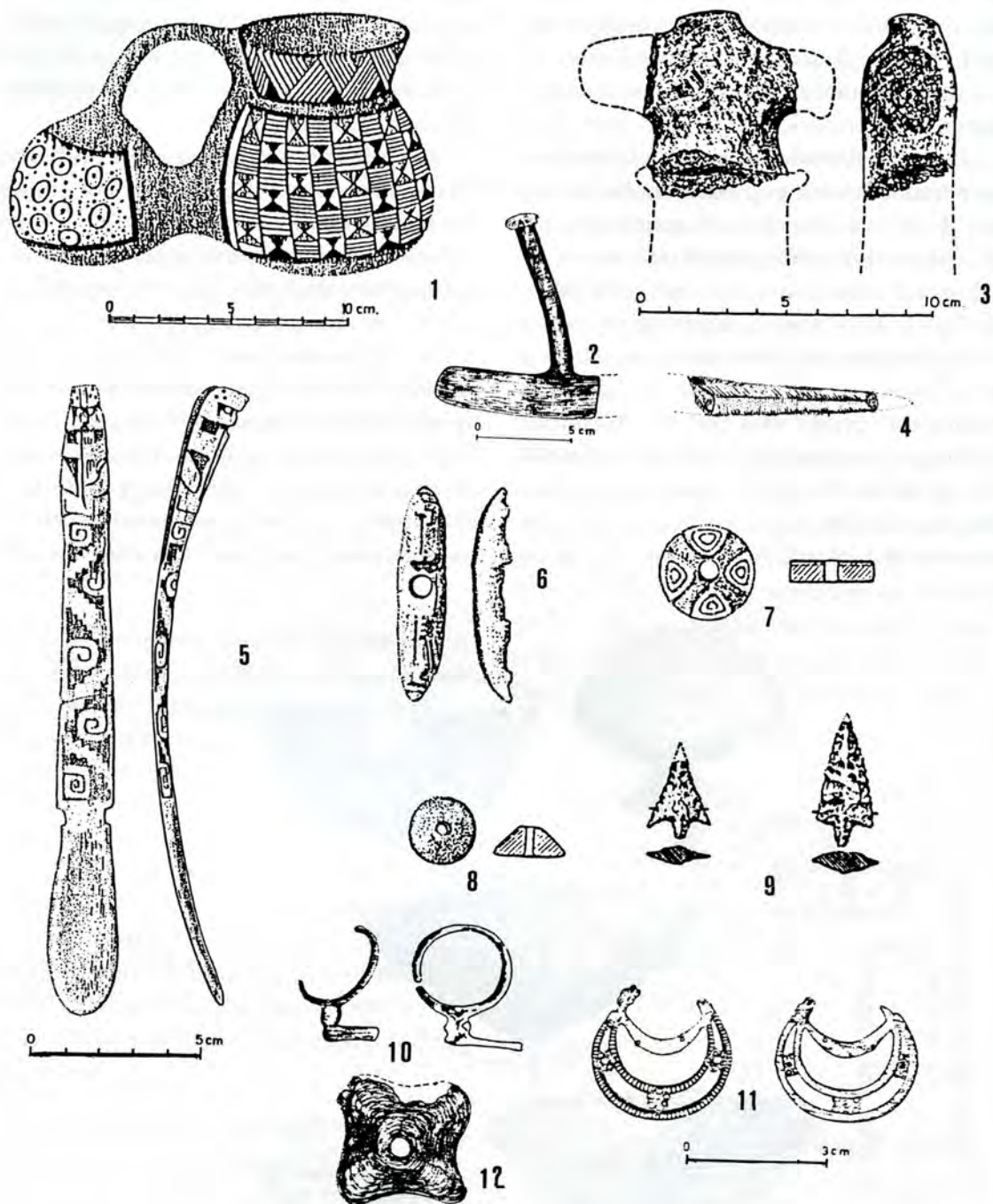


Lámina 16. I. Colorada. Hallazgos fortuitos. 1. Ceramio doble Inca Local; 2. Hacha; 3. Tumi; 4. Punzón de cobre; 5-8. Espátula decorada, tortero, adornos; 9. Puntas de flechas; 10. Aros de cobre; 11. Aro de oro; 12. Campanilla de cobre.

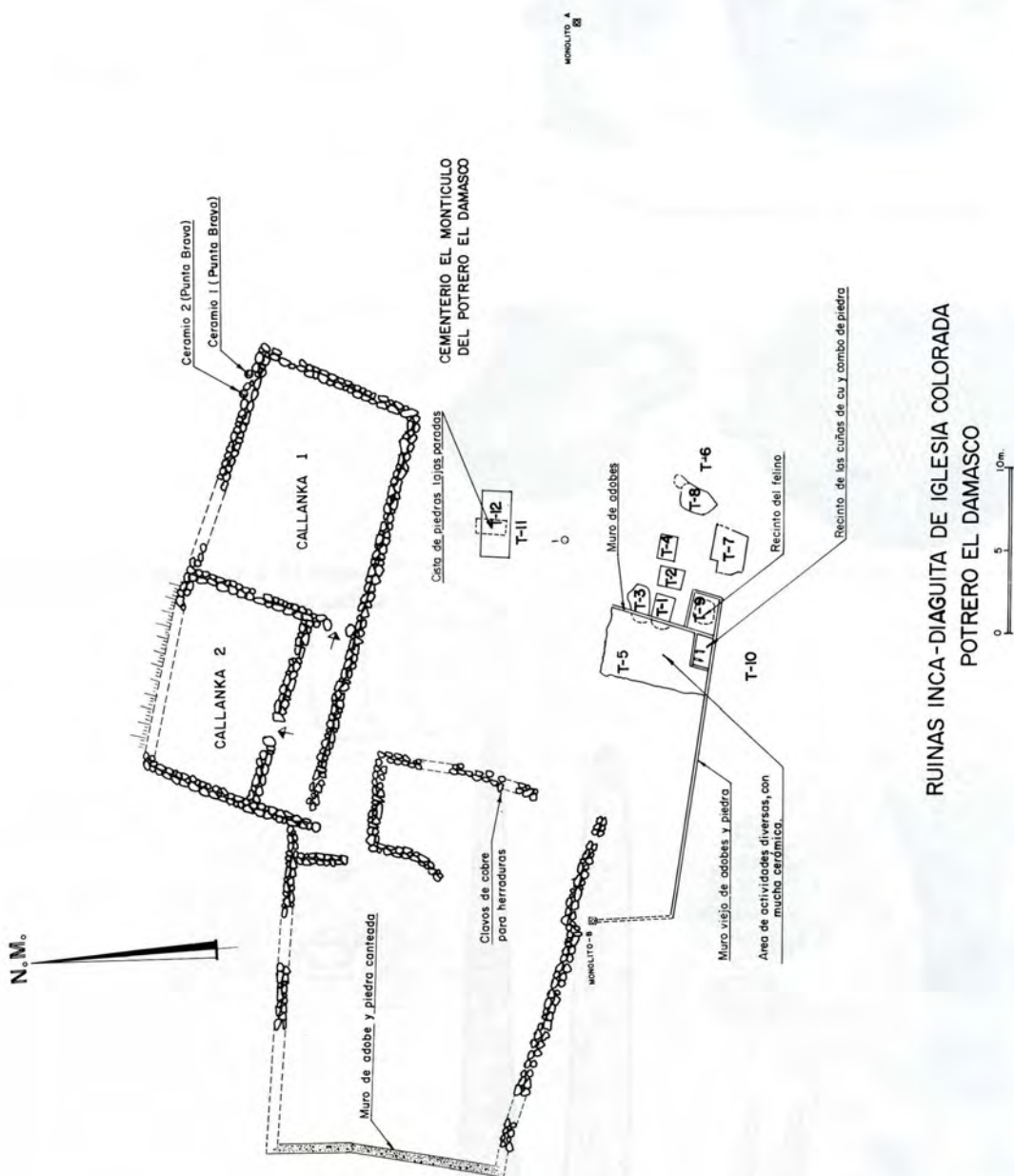


Lámina 17. I. Colorada. Kallancas sector Potrero El Damasco y representación ideal de los nuevos muros por el lado sur. I. Dirección al cementerio del montículo; II. Dirección al Torreón.

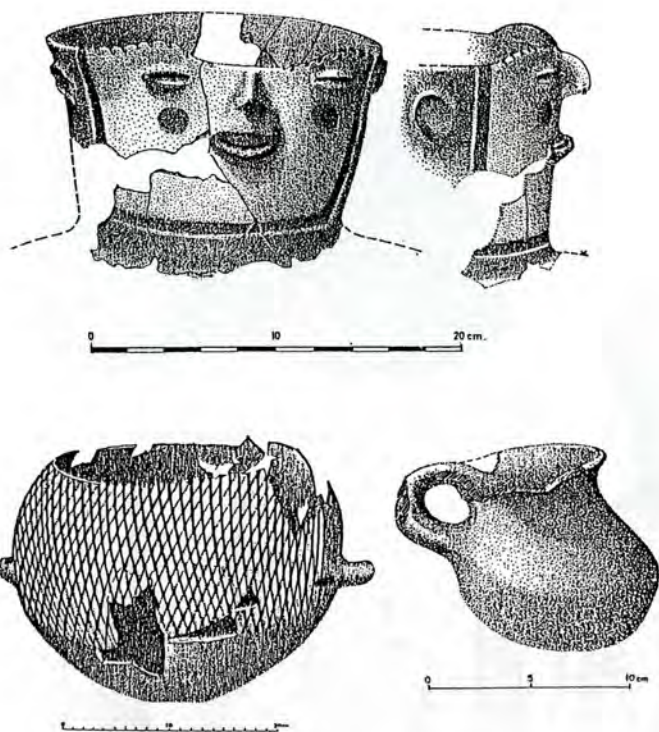


Lámina 18. I. Colorada. Hallazgos en las kallancas.

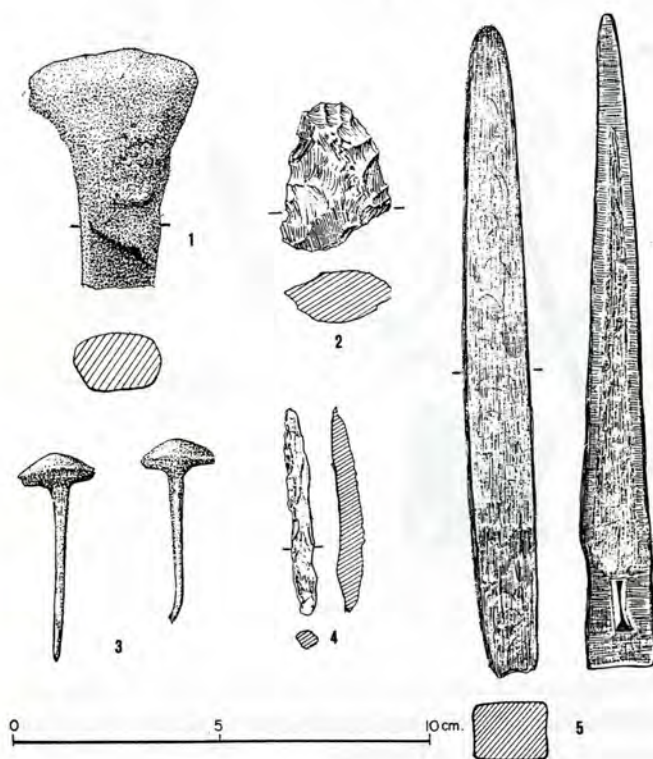


Lámina 19. I. Colorada. Potrero El Damasco registros entre los nuevos muros. 1. Vástago de crisol; 2. Cuchillo de piedra; 3. Clavos de herrar de cobre; 4. Fino taladro de piedra; 5. Cuñas de cobre (Recinto de las cuñas, sector monticular).

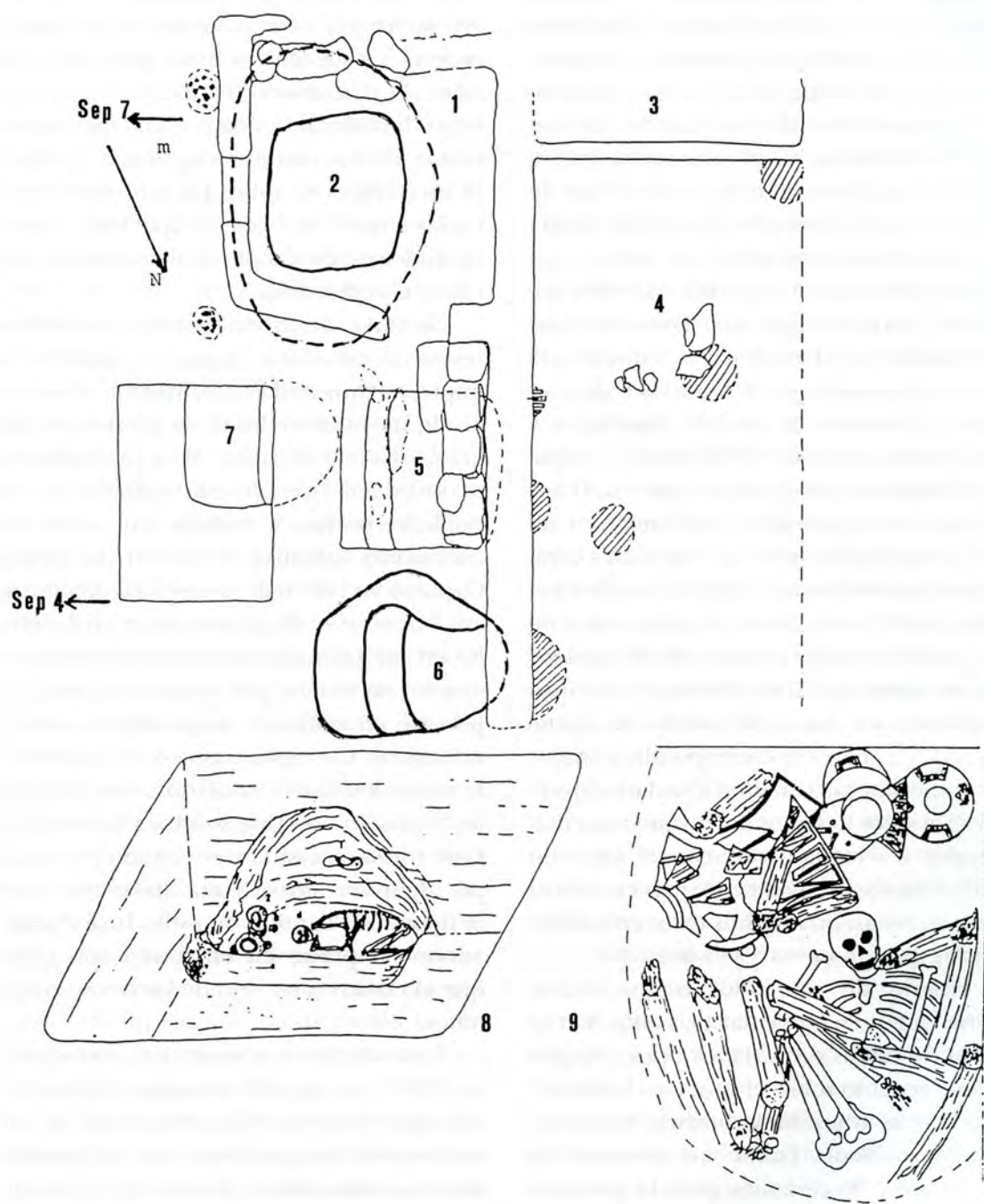


Lámina 20. I. Colorada. Sector del Montículo. 1. Recinto del Felino; 2. Sepultura 9; 3. Recinto de las cuñas; 4. Patio oeste con ceramios *in situ* y fogones; 5. Sepultura 1; 6. Sepultura 3; 7. Sepultura 3; 8-9. Detalles de las sepulturas 2 y 1.

alrededor de los muros descubrieron restos de postes quemados junto al paramentro interior de las paredes, hablando en favor de una techumbre de materiales ligeros, como una ramada de caña o algo parecido.

Las muestras sobre actividades cotidianas desarrolladas en el recinto mayor, se reflejan en la ubicación *in situ* de un par de grandes recipientes policromos tipo Punta Brava en el exterior del muro norte, y un tercero, de silueta urniforme, también decorado, junto al muro sur. Todos estaban cercenados en el cuello y se supone que fueron contenedores de líquidos o granos. Entre la historia de posibles incendios y daños por aluviones, el desarrollo ocupacional deja otras evidencias como es el caso de un gran fogón sobre los cimientos de uno de los muros, rico en materiales cerámicos y huesos de camélidos, formado en el proceso de reocupación de tales estructuras. Igual que sobre el muro sur del recinto más pequeño aparecieron manos y molinos quebrados en avanzado estado de agotamiento. La mayoría corresponde a piezas de granodiorita, con una cavidad elipsoidal, asociados a manos del mismo material, grandes y rectangulares, con el extremo activo convexo, o bien de formas circulares más pequeñas; en muchos casos con adherencias de pigmentos rojo y amarillo.

Huesos de camélidos fragmentados, hierro oligisto o especularita, y abundantes restos de vasijas de variados tipos completan el recuento sobre el proceso de descarte mientras avanzaba la historia ocupacional del poblado. Desde un principio la abundancia de cerámica partida permitió elaborar un cuadro de frecuencia que se puede comparar con lo registrado en otros sectores. Lo más popular es la alfarería café rojizo alisada de cocimiento imperfecto y pasta de textura gruesa. Corresponde a restos de vasijas domésticas. Enseguida vienen

los tiestos Diaguita-Inca policroma, Punta Brava y en menor grado Copiapó tanto negro sobre rojo como negro sobre rojo y crema. No asoma en gran porcentaje la alfarería típicamente Inca. Lo normal fue la producción matizada por una fuerte presencia de las culturas regionales y en el primer cómputo sobre las variantes registradas sólo se describe al tipo Inca Negro Bruñido como ejemplo de manufactura peruana más definida.

Se han encontrado formas aribaloides y restos de escudillas playas, pero queda la impresión que aún está pendiente el hallazgo de un espacio donde la presencia cuzqueña sea más decidida. Si es que realmente hubo tal tipo de funcionarios en el poblado, porque a medida que se ha ido excavando aumenta el número de piezas Copiapó en unión de vasijas Diaguita incaicas. Mientras se despejaba un muro de adobe en las excavaciones más modernas, se detectó un basural por el exterior, bastante potente en cenizas y desperdicios óseos y cerámicos. Un rápido conteo prácticamente repite los tipos estudiados anteriormente; Punta Brava, Diaguita-Inca policroma, Café rojiza corriente y enseguida lo Copiapó. Algunos restos de escudillas playas tiene la figuras de llamas de estilo Inca-Pacaje, aunque impresas en un fondo más claro que el clásico tono rojo de las tierras originales.

Los estudios más modernos comienzan en 1994 y en aquella oportunidad fueron emergiendo otros muros en todo el sector poniente de los grandes recintos trabajados décadas atrás, dando más cuerpo a lo que parecía restringido al sector oriente, a pesar que la presencia de un muro de adobes y piedras en el borde de una quebradilla, cerrando el espacio por el oeste, daba la pauta para suponer que la cuestión arquitectónica era más compleja. Algunas faenas

de avanzada en el centro del yacimiento habían sido abordadas por Cervellino con un sistema de pozos de sondeo alternados que no dieron con paredes algunas. Éstas se encontraban cargadas hacia el sector poniente, primero encontrando la base de un muro que delimita por el costado sur el terreno ocupado, formando ángulo con el muro al borde de la quebradilla y enseguida detectando la presencia de muros interiores que cierran parcialmente otras dependencias contiguas a las "kallancas" por el suroeste.

Donde concluye el muro del costado sur se produce una cierta confusión por la presencia de restos de adobones disturbado. No obstante, pronto se descubre el extremo oeste de un muro de adobe y piedras, también cerrando el perímetro por el lado sur pero corrido un par de metros más atrás. Este y el anterior de piedras corresponden al cierre trasero de las construcciones, como un gran patio detrás de los galpones o kallancas. El potente basural reseñado anteriormente se encuentra arrinconado por fuera del último muro y también está lleno de huesos de camélidos. Es una muestra de evacuación de basuras bien focalizada y la cuantificación de los materiales no es real sino se toman en cuenta la existencia de tales depósitos. La unión de los dos muros traseros se produce por medio de un ángulo que permitió la ampliación de patio un poco más hacia el sur a partir de este punto.

La proyección de las piedras y restos de adobes hacia el este, en una longitud de unos 30 m, nos lleva a un espacio que en su fisonomía antes de excavar es de tipo monticular. Mientras se definía su función adquirió algunos nombres como "sector monticular", "recinto de las cuñas", "recinto del felino", para llegar a una denominación actual como "Cementerio del Montículo",

por una serie de sepulturas que luego se describen. La unión del muro que se venía siguiendo con las ruinas que forman el montículo también estaba alterada, pero pronto se define un pequeño espacio rectangular cerrado por el sur con adobones y por el norte con piedras paradas cubiertas de barro, en una pared más frágil y menos alta que la opuesta (0,80-0,90 m). Era como un depósito que al limpiarlo aportó un par de cuñas de cobre de sección cuadrangular y un mazo de piedra, ubicados en el extremo oeste del recinto, en una pequeña cavidad. De ahí, el resto del espacio no contiene nada más. Por el extremo este se une a un muro de adobones que finalmente posee una longitud de 10 m en sentido sur-norte, haciendo de divisoria entre lo que se mantiene como "recinto de las cuñas" y una habitación también de adobe que se proyecta por el lado este de esta gruesa muralla, identificada como el "recinto del felino", por el hallazgo de un pequeño felino, aún no identificado, que apareció en el relleno de dicha habitación.

La pared divisoria es parte, a su vez, de una suerte de pequeño patio abierto por el norte y oeste donde se acumularon grandes tiestos, cuyas primeras evidencias fueron una fuente con asa, otra bastante grande, un aríbalo sencillo y restos de vasija Punta Brava que emergían de un nivel inferior, ya que al cabo de una mayor profundización del rebaje se completó el rescate de un voluminoso cerámico junto a otra fuente monocroma. Se trata de cerámicos *in situ*, quebrados con el paso del tiempo, junto a la base del muro y en su extremo norte. Posteriormente quedaron expuestos otros tres lugares con vasijas abatidas, configurando un espacio de actividades domésticas con su respectivo fogón y bastante material fragmentado, entre ello huesos de camélidos. Más aún, se trata de un terreno mucho

más profundo que este nivel de ceramios partidos, ya que fue posible superar fácilmente el metro con acumulación de sedimentos y desechos culturales.

El recinto del felino, es una habitación aproximada a los 2 x 2 m de diámetro interior. También estaba completamente rellena por sedimento aluvional, depositado sobre restos de adobones, ceniza y el esqueleto aislado del felino. Las paredes no estaban completas, careciendo de todo el muro posterior, con una pequeña ventana en la pared este, sin la parte superior, y una estrecha entrada por el norte, junto al muro divisorio. Hasta ahí los materiales descartados hablaban en favor de una "normal" área de actividades cotidianas. Era una unidad arquitectónica separada de los recintos mayores, con una construcción también diferente, fuera de la exclusividad en el empleo de adobes y tapias. El hallazgo de una sepultura removida, por detrás del recinto de las cuñas, más bien fue producto de la casualidad. Esto nos introduce en el tema de las evidencias fúnebres, porque, a partir de una tumba apegada a la puerta del recinto del felino, el lugar se convirtió de punto residencial a cementerio anterior al alzamiento de las construcciones de adobe.

En efecto, una vez retirada la capa aluvional que prácticamente había cepillado los muros, fue emergiendo un cenizal con mucho carbón. El suave sedimento anunciaba que al menos se trataba de un fogón grande, pero a medida que se limpiaba el piso continuaba blando, hasta definirse una fosa cuadrada rellena con terrones de la propia abertura del hoyo sepulcral. Nueve sepulturas con características similares se excavaron en una primera etapa. La décima, aquella detrás de las cuñas, es diferente y está separada del conjunto principal. El grueso de las tumbas corresponde a fosas cuadradas o rectangulares, sin señali-

zación, pero identificables una vez se detecta el relleno más blando que el piso circundante. Los grados de diferencias entre ellas corresponden a la presencia o ausencia de escalones que conducen al fondo de la tumba, o al uso o no de lajas que tapan verdaderos nichos con las osamentas y las ofrendas. A veces, una señal de la proximidad del entierro lo constituye el hallazgo de palos de algarrobo y, por lo general, son sepulturas bastante prolíficas en ceramios y otros componentes, esencialmente en piezas Diaguita-Inca, Copiapó y Punta Brava. Las tumbas 5 y 6 corresponden a restos registrados en forma suelta. Lo mismo que la sepultura N° 11 fue trabajada en forma posterior y sus detalles aún no se encuentran en estudio.

Sepultura 1. Corresponde a la nombrada en primer término. Un par de escalones labrados en la pared este de la fosa son previos a unos palos de algarrobo que a su vez cubrían a un esqueleto centrado en el fondo de la fosa, a 1,20 m de profundidad, en posición decúbito dorsal, con las piernas flectadas y las manos en la región lumbar. La ofrenda, agrupada en el rincón sureste de la fosa, consiste en una urna Punta Brava policroma muy deteriorada, con asas en la parte baja del cuerpo, un jarro zapato con los rasgos de una mujer aplicados al pastillaje, dos platos acampanados Diaguita-Inca y un plato Copiapó con la figura del rostro antropomorfo. (*Lámina 21, Figuras 1 a 3*).

Sepultura 2. Al lado este de la anterior, con una forma rectangular bastante amplia y simétrica, donde el escalonamiento apunta hacia un nicho lateral o bóveda excavada en la pared oeste. En la misma pared, a un nivel superior, fue depositado un mortero quebrado que anuncia parte de la ofrenda. La profundidad del esqueleto es la misma

que la otra osamenta, dispuesto en posición decúbito lateral derecho con la piernas flectadas. La ofrenda comprendía una urna Punta Brava, un jarro zapato ornitomorfo, un ceramio chico tosco, un plato acampañado grande, otro plato Copiapó también grande, con llamitas, y una pinza depilatoria de cobre (Lámina 21, Figuras 4 a 6).

Sepultura 3. Inmediatamente al norte de la tumba 1, junto al muro divisorio. El par de escalones es bastante claro para acceder al

nicho abierto en la pared oeste, una vez que se retiran algunos palos de algarrobo podridos, aumentado a 1,60 m la profundidad del cuerpo, que corresponde a un niño apenas conservado por medio del cráneo. La pequeñez del cuerpo contrasta con tanta ofrenda depositada en su alrededor, incluso cosas de adultos como un tubo y una espátula de hueso y una tableta en concha de ostión pulida (*Argopecten purpurata*). Los ceramios consisten en un plato Copiapó bastante borrado, otro con la figura doble

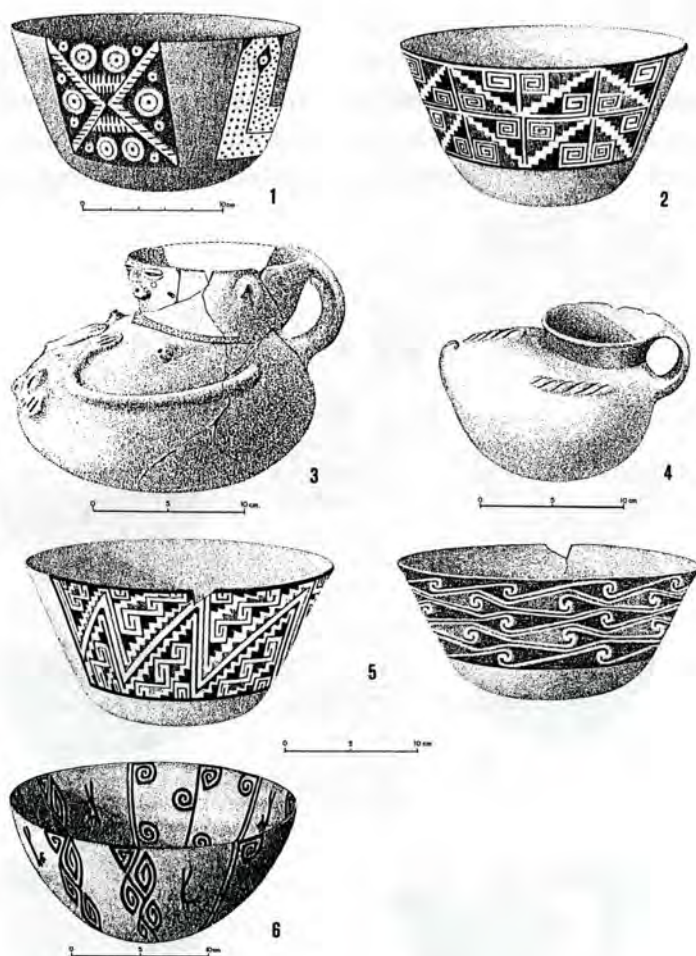


Lámina 21. I. Colorada. 1-3. Ceramios de sepultura 1 (El 1 lleva impresa la serpiente bicéfala de origen Santamariana); 4-6. Ceramios de la sepultura 2 (jarro zapato, plato acampañado Diaguita incaico, plato Copiapó).

del rostro antropomorfo, un plato acampanado pequeño, una olla pequeña rústica y dos jarros zapatos (ollas). Un séptimo ceramio estaba “escondido” bajo el costado sur del escalón inferior, pero más bien es un trozo grande de plato conteniendo carbones. Completan el contexto un par de cantos rodados y una piedra plana de forma ovoidal que parece también fue parte de la cubierta inferior (*Lámina 22*).

Sepultura 4. Situada detrás (al noreste) de la sepultura 2. La simetría angular sólo define a la esquina suroeste. El resto es de una silueta irregular. Lo primero que se encuentra son un plato Copiapó con llamitas, un cuenco pequeño también de origen Copiapó, con llamitas, cruces y mamelones

sobre el labio, y un pequeño jarro zapato. Estaban depositados a un nivel superior, arrinconados en la esquina suroeste, claramente en señal de un último homenaje a los difuntos que, bajo unos maderos de algarrobo puestos a una profundidad de 0,90 m, forman un contexto fúnebre dividido en dos nichos, entre 1,00 y 1,40 m de profundidad. El primero está excavado en la base de la pared oeste, albergando restos infantiles, un jarro zapato y un pequeño cuenco Copiapó con llamitas, lleno de arena y carbón. En la boca de la bóveda, al costado sur y separado de lo anterior, vienen otros dos ceramios Copiapó, uno de ellos pequeño, con llamitas, ganchos en v y cuatro protúberos en el borde, ambos tientos junto a una tableta de ostión, espátula y tubo de hueso.

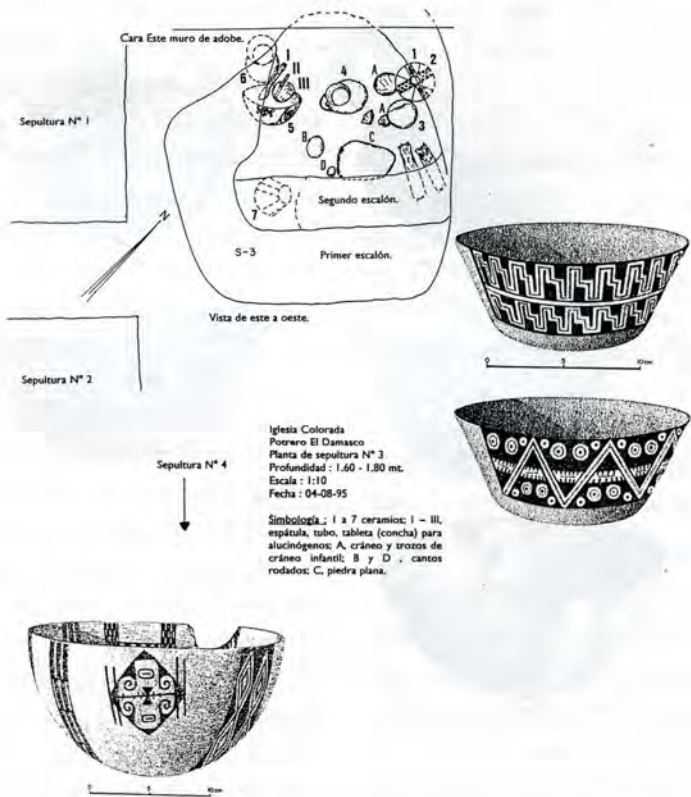


Lámina 22. I. Colorada. Sepultura 3, plato acampanado y plato Copiapó con el rostro antropomorfo doble.

Al parecer, los ceramios de más arriba también son parte del homenaje al cuerpo infantil por su mayor cercanía al nicho de éste.

Un nicho más estrecho contenía el cadáver de un adulto lateralizado hacia la derecha, con las piernas recogidas y otros huesos difícil de precisar por un grado de deterioro avanzado. Topando el cráneo por detrás, se ubica otra tableta para alucinógenos elaborada en una concha pulida de ostión, que se asocia a un espátula de hueso y a cuatro ceramios; primero, un gran plato Copiapó con la figura del rostro, otro Copiapó más pequeño, con el mismo rostro, una urna tipo Punta Brava un tanto

más fina, y un jarro zapato. Esta cámara muestra señales de haber contado con palos de algarrobo parados en el costado este, de lo cual ahora quedaban sólo sus improntas (*Lámina 23*).

Sepultura 7. Corresponde a una situación más compleja, entre las sepulturas 8 y 9. Su descubrimiento fue por etapas, es decir, primero se rebajó en un espacio al costado noreste donde el terreno suelto indicaba la presencia de una fosa pero no definía de inmediato paredes rectas como en los otros casos. Más bien de casualidad se llegó a una profundidad de 2,05 m, topándose con un plato Copiapó, un plato acampanado Dia-

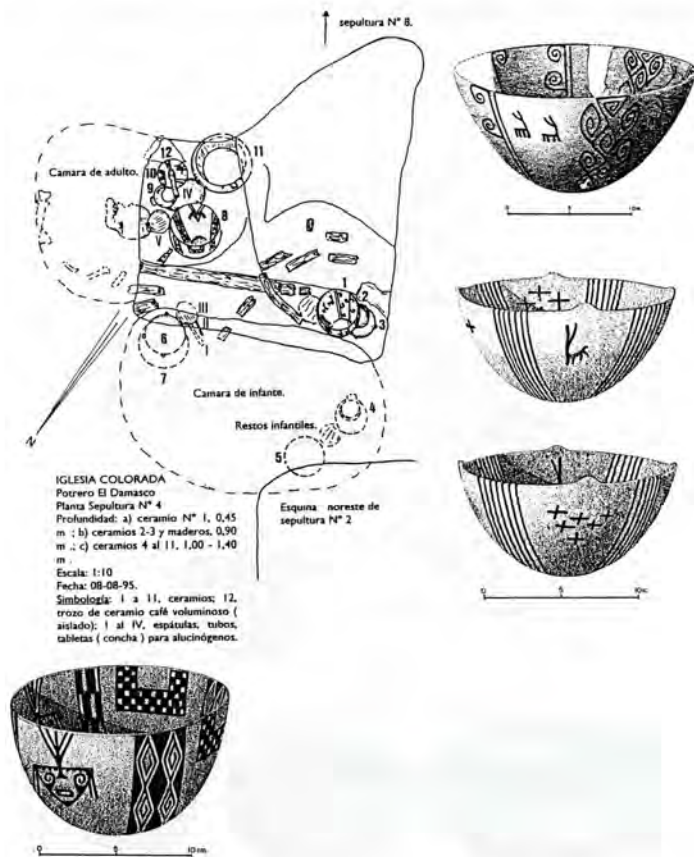


Lámina 23. I. Colorada. Sepultura 4 y platos Copiapó con llamitas clásicas, variante, y con el rostro antropomorfo simple.

guita-Inca y una pinza depilatoria de cobre. Un sedimento duro envolvía algunos huesos de adulto, completando el registro de un cámara lateral (pared norte) que se pudo definir sólo una vez avanzada la excavación. El ingreso real era por un escalón desde el sur. Ingreso que estaba ligado a un piso o descanso de 1,00 × 0,70 m, preparado a 1,00 m de profundidad, para maniobrar tanto hacia la tumba profunda como para elaborar otro nicho, esta vez en la pared oeste, cubierta con lajas paradas. En este piso encontramos un ceramio Copiapó muy tiznado, puesto invertido en el relleno, cubriendo carbones de actos ceremoniales similares a otros reseñados.

Otro ceramio fuera del nicho es la mitad de un plato Copiapó, en el relleno junto

a la laja del costado sur. También fueron hallados restos de un cráneo de adulto, más superficiales, por el costado norte.

En un rincón por el costado sur, unos 50 cm más abajo, excavaron un pequeño pozo para depositar otros cuatro ceramios, un cesto y dos torteros de hueso tallado: se trata de un par de platos Copiapó en la variante negro sobre rojo y crema con dibujos de llamas, y negro/blanco sobre rojo con la figura del rostro. Un tercer plato Copiapó es pequeño, con llamas y cuatro mamelones simétricamente distribuidos sobre el labio (*Lámina 24*).

Sepultura 8. Colindante por el este con la sepultura 4. Se inicia con la remoción de sedimento blando que conduce a unos pa-

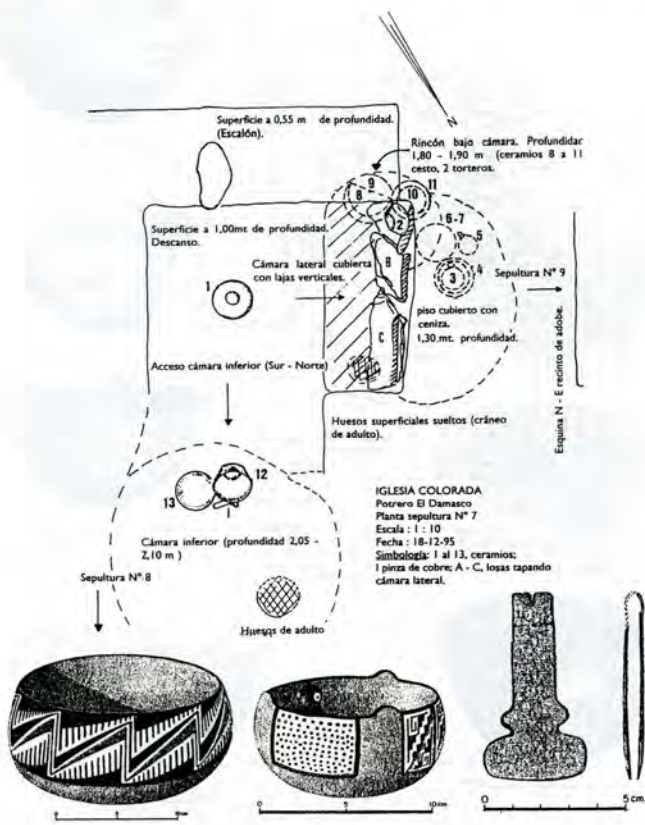


Lámina 24. I. Colorada. Sepultura 7, platos Diaguitas y pinza de cobre.

los de Algarrobo. De allí se define una esquina (noreste) y el resto es más ovalado. Comprende dos tipos de enterratorios. Uno ligado a un camélido cubierto por una gruesa capa monticular de bolones y piedras de aristas angulosas, que emerge a una profundidad de 0,80 m en la pared oeste, al estilo de las sepulturas más antiguas. Retirado el camélido totalmente desarticulado, asoma en plenitud una cubierta de lajas medianas y grandes, la mayor de 1,20 m de largo, paradas en protección de un esqueleto humano de adulto lateralizado hacia el costado derecho, de piernas recogidas y cráneo totalmente pulverizado. Junto a él había un objeto cobretizado roto, una concha de ostión, restos de una espátula de hueso y un trozo de cerámica. Una pequeña concavidad en la pared sur contenía otra espátula —como siempre simple y en muy

mal estado, lo mismo que los tubos— y una olla burda junto a un cráneo de adulto aislado. Pero el verdadero depósito de ofrendas ligadas al individuo principal estaba en una oquedad en la esquina noreste, conteniendo una agrupación de cinco platos Copiapó (tres con llamitas y dos con el rostro), un ceramio zoomorfo único que representa a un felino con tres patas, de rasgos diaguita, un cuenquito decorado, una olla monocroma, tres jarros zapato (distintos tamaños), un tortero ovalado y una barrita de cobre (*Lámina 25*).

Sepultura 9. En la limpieza interior del recinto del felino, de pronto el rebaje se topó con un terreno removido y lleno de terrones rojizos, del mismo tipo que se había encontrado en la excavación de las tumbas 1 y 3. Se había roto el techo de otra sepul-

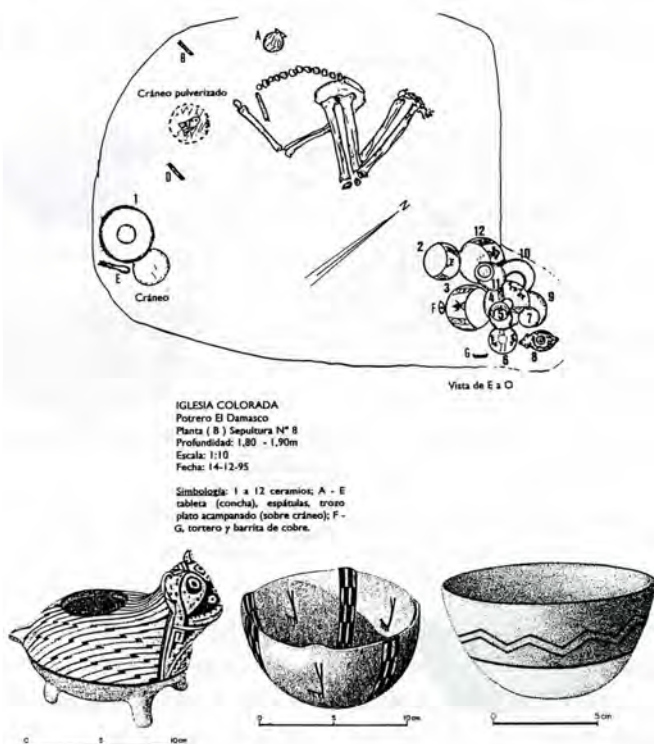


Lámina 25. I. Colorada. Sepultura 8, tigrillo excepcional, plato Copiapó con variantes, plato Copiapó con variante más exclusiva.

tura, de tal manera que la casualidad obligó a ingresar por el techo en vez del acceso escalonado por el sureste. A una profundidad entre 1,70 y 1,80 m había palos de algarrobo comprometidos con un esqueleto adulto en posición recogida, asociado a cinco ceramios agrupados en el rincón sureste de la fosa: un par de platos acampanados Diaguita-Inca, un plato Copiapó con llamitas, un pequeño cuenco mezcla de diseños Diaguita y Copiapó, con mamelones sobre el labio y un jarro zapato (*Lámina 26*).

Sepultura 10. Es totalmente diferente a las anteriores y, al parecer un tanto más nueva. Apareció por detrás del recinto de las cuñas, muy superficial con respecto a la hondura de las restantes y en medio de un sector con desechos de actividades cotidia-

nas. Situado en un plano horizontal en decúbito dorsal bien soldado al suelo, había un esqueleto algo deformado y desarticulado, mezclado en cierto modo con huesos de otro esqueleto removido, asociados a un plato grande parecido en forma a los Copiapó, pero en negro pulido por ambas caras con labio ligeramente evertido y redondeado, del tipo Inca Negro Pulido, además de un jarro zapato más bien pequeño. En el relleno de la sepultura se recuperó un posible silbato elaborado en una rótula de camélido adulto. Al mismo tiempo, un cráneo de camélido pequeño estaba cerca, sobre un fogón.

No hay dudas que lo último corresponde a una sepultura aislada. Vale decir, se encuentra en una zona de cementerio pero no participa del contexto más profundo.

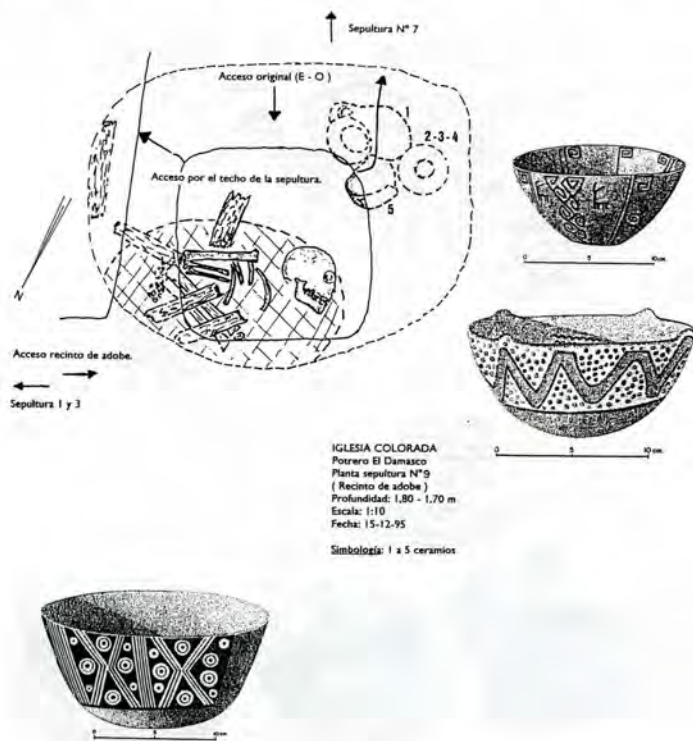


Lámina 26. I. Colorada. Sepultura 9, plato Copiapó clásico, variante Copiapó y plato acampanado Diaguita.

Además que fue ubicada un par de metros al suroeste del conjunto principal. Este conjunto parece concluir con una sepultura (Nº 12), un poco al norte, excavada más recientemente, con algunos detalles pormenorizados a través de lajas que rememoran una cista, una urna, un plato Copiapó y otro acampanado. La incógnita obedece a la falta de excavaciones que se aproximen al denominado sector del Torreón, varios metros al este del cementerio, cuyo trabajo también se encuentra en proceso, registrándose algunos morteros y cantidades de cerámica partida. Relacionar ambos espacios con arquitectura residencial es un problema semejante al caso de la relación entre estas ruinas y las de Las Tamberías, más distantes aún y hasta la fecha sin puntos de conexión intermedios. Sigue pendiente el estudio de alguna zona donde la presencia de jerarquías incas sea más decisiva. En el inventario del Museo de Copiapó figuran la boca de un aríbalo y un tumi de metal, ingresados en 1974, pero la mayoría de las piezas que en esa fecha provienen de Iglesia Colorada corresponden a seis platos acampanados, un jarro pato negro que puede referirse en realidad a un jarro zapato, un jarro antropomorfo, un plato "estilo local" o Copiapó, una ollita con dos asas y piezas de otra naturaleza como un tejo de piedra, "un triturador de piedra", "una piedra solera", puntas de flechas, y una espátula de hueso.

Yéndonos a la desembocadura del río Pulido, el núcleo detectado en ese espacio es menos definido con respecto al tema arquitectónico habitacional. Hay que recordar la descripción del poblado que atribuimos a la Cultura Copiapó sobre la pendiente derecha del río. Su proximidad a la junta de los ríos formativos indica que desde ahí se marca un interés por mantener primacía sobre esas tierras. Más que avan-

zar hipótesis respecto a las cualidades de asentamientos como éstos, lo vital es resolver los problemas con excavaciones. En ese sentido aquí se ha reunido un conjunto de evidencias visualizadas sólo de manera preliminar. En efecto, también las ruinas sobre la cima del cerro El Rodeo fueron visitadas sin practicar excavaciones, a pesar que Niemeyer y Cervellino aseguran no haber material superficial en el rectángulo largo con divisiones interiores descubierto allí. Se piensa en una construcción que no alcanzó a utilizarse, pero es posible que sea parte de un conjunto mayor que permita definir mejor la función de los recintos elevados que se ubican en una posición privilegiada como punto de observación.

Que existe una situación más compleja no cabe dudas. De otra forma no se explica que en la misma área se haya formado un cementerio rico en componentes, con mínima intervención del personal del Museo Regional Atacama de Copiapó que al menos pudo elaborar un rápido inventario de los materiales exhumados. El hallazgo se produjo una década atrás un par de kilómetros distante de La Junta, mientras maquinaria pesada construía una cancha de fútbol en uno de los predios agrícolas modernos que han surgido en la producción de uvas. En un trabajo de reconstitución de los detalles, basado en los datos de Ibar González, personal especializado del museo copiapino, y de operarios que trabajaron en las faenas aludidas, nos podemos aproximar con mucha limitantes al contexto fúnebre tardío, no sin antes lamentar que todos los esfuerzos tendientes a estudiar la colección, realizados por el equipo de investigación responsable de esta publicación, resulten infructuosos hasta la fecha, y que se haya impuesto el criterio de un capataz que envió las piezas al dueño del predio en Santiago. Por lo visto, el tema de

la Ley de Monumentos Nacionales y el rol del Consejo de Monumentos Nacionales, para muchos sigue siendo letra muerta.

La maquinaria habría descubierto un emplentillado de piedra sobre el cual descansaba un muro de adobe, sin quedar muy claro cuál fue la disposición de las sepulturas. Lo más probable es que los esqueletos fueran reenterrados en el mismo lugar porque el inventario sólo se refiere a tubos y espátulas de hueso, conchas marinas (¿tabletas?), "medallones" o pectorales y "dedal" de cobre, laminas y trozos del mismo metal, cuentas de collar de malaquita, bastante cerámica, en su mayoría vasijas Diaguita-Inca, llámese platos, al menos un jarro pato, un par de aríbalos, jarros asimé-

tricos o zapatos, vasos y pucos monocromos, "miniaturas de vasijas cerámicas decoradas" y diversos fragmentos de piezas rotas.

No se describen tiestos Copiapó y a primera vista el contexto es más variado que el cementerio de Iglesia Colorada. Al menos figura un par de aribalos que según el inventario son piezas finas, lo que podría sugerir un cementerio representativo de una etapa incaica más temprana, aunque siempre con la fuerte presencia de los componentes Diaguita. Algo similar, en lo que se refiere a variedades y riqueza ornamental de los objetos, sucede en el rescate de materiales en el río Jorquera, reuniéndose dos yacimientos claramente distintos en varios

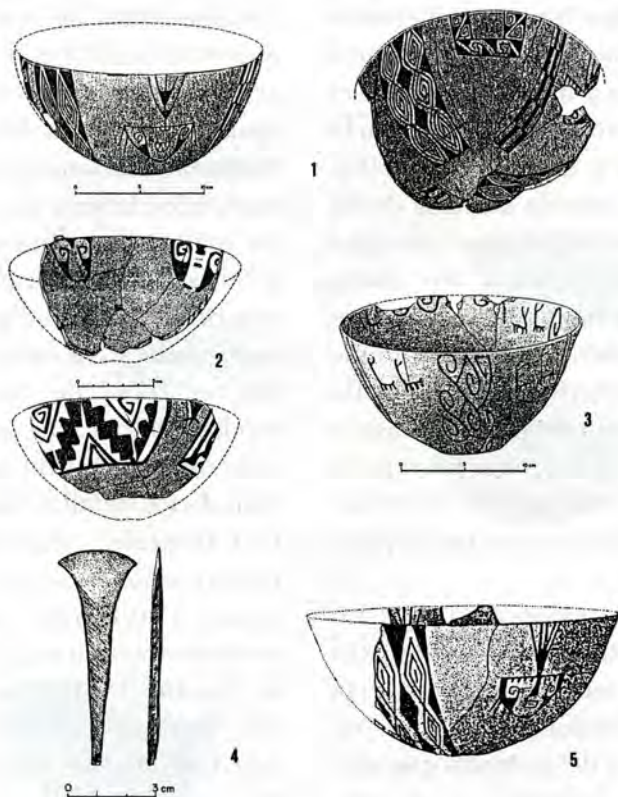


Lámina 27. 1-4. Cachiuyuyo-Quebrada Seca, tumbas aisladas frente a Iglesia Colorada, rescatadas en 1993. El plato 2 refleja una variante del rostro antropomorfo en plato policromo único; 5. Plato Copiapó de Carrizalillo Chico.

grados con las tumbas del poblado en el viejo Choliguín.

Las ruinas en el valle del Jorquera

Transcurrieron más de tres décadas para que este valle fuera conocido en su real dimensión como fuente de asentamientos prehispánicos tan importantes como los del río Pulido. Antiguas colectas de particulares habían ingresado una pequeña colección en el ex Museo de la Escuela de Minas de Copiapó. Iribarren la revisa en la década del '60 y una de estas piezas figura en el inventario del Museo Regional de Copiapó como "cacharro atacameño" del río Jorquera superior, seguramente en alusión al sector de La Guardia o algo cercano a la unión con el río Figueroa. El hecho es que el cacharro inventariado debe ser aquel que Iribarren anota como "cacharro indígena atacameño con figura de ídolo", correspondiendo a una cabeza humana con una especie de cintillo, grandes orejas, ojos con rasgos incisos y vivas pupilas, nariz prominente y boca entreabierta con expresiva dentadura, semejando a un anciano. También se habla de un par de morteritos facturados en ónix y bióxido de silicio, una mano de mortero en forma de falo, una flauta de hueso con tres agujeros, una espátula con mango antropomorfo, también de hueso, una cuchara y varias palas de madera, y un objeto raro, como un palo delgado, de por lo menos un metro de largo, con un anillo de cuero en el extremo más ancho, afirmado por un palito que atraviesa madero y cuero.

Son piezas de cementerio que pertenecen a la etapa tardía de Copiapó. No se puede asegurar si todo es de los tiempos incaicos, pero el grueso así lo sugiere, y con detalles bien novedosos. Iribarren señala en 1958 que en las cercanías de Cerro Cas-

taño unos pequeños sollevamientos de tierra correspondían a tumbas destruidas, rescatando restos de tejidos, que grafican comunes deterioros en terrenos alejados. Los datos de Cerro Castaño y La Guardia, por su solitaria presencia hacían presumir una menguada ocupación en el valle del Jorquera. Iribarren consigna el registro de una extensión plana que alberga un cuadrilátero de forma regular con 20 m por cada costado, encerrando a otra construcción rectangular, con las características del cimiento de un edificio, asociado a trozos de platos acampanados, platos Copiapó con llamitas, ceramios negros por ambas caras que pueden corresponder al tipo Inca Negro Pulido de Niemeyer, y restos del tipo "pintado opaco". Poco antes de la junta de los ríos Turbio y Figueroa se encuentran seis espacios rectangulares de 100 m de longitud y 10 m de ancho cada uno, con altura promediada en 0,40 m, que Iribarren estudia en la desembocadura de la quebrada de La Guardia.

Pronto veremos cómo las instalaciones incaicas son más fuertes de lo que se suponía, al comentar sitios más abajo o más arriba del conjunto o núcleo de yacimientos que dos equipos de investigadores han descubierto entre Cerro Castaño y La Guardia, precisamente en el área marcada por las investigaciones de Iribarren, aunque éste sólo esbozó lo que más tarde sería un hallazgo clave. El inicio de esta nueva etapa de estudios es obra de Seelenfreund, Vilches y Niemeyer en 1996, aumentando el rango territorial Cervellino y Gaete, de lo cual se ha dado buena cuenta en el capítulo anterior. El sitio 25, anunciado por los últimos autores con el nombre de Castaño, corresponde a "Las Estacas" en el informe inicial. Ocupa una explanada sobre la terraza norte del río Jorquera, a unos 2.250 m s. n. m., identificándose una agrupación de

montículos y depresiones que corresponden a restos de sepulturas y probables habitaciones semisubterráneas, en el noreste de la terraza, mientras que hacia el noroeste se concentran sepulturas localizadas bajo grandes bloques de piedra con o sin asociación de un montículo y estructuras pircadas de uso habitacional. Un intenso saqueo deja a la vista parte de los entierros y material desperdigado, en su mayoría correspondiente a fragmentación de cerámica, piedra tallada, implementos de molienda, restos de comida y adornos.

En un plan de conservación preventiva, no se efectuaron excavaciones en el sitio, elaborándose un detallado informe donde se consigna la envergadura del yacimiento y sus implicancias culturales en que se mezclan remanentes de los Períodos Medio y Tardío, con una mayor representatividad espacial de las manifestaciones propias del último período. Un 30% de los rasgos analizados corresponden a evidencias de tipo habitacional y más del 50% a montículos y bloques erráticos aislados en función de sepulturas selladas con piedras lajas. Las viviendas van desde simples refugios en algunos de los bloques aislados o simples pircados adosados a bloques, en seguida vienen grandes oquedades o depresiones cuya planta es generalmente circular o subcircular, que en la mayoría de los casos —sobre todo cuando sus dimensiones superan los 80 metros cuadrados— se encuentran delimitadas por grupos de montículos, y después tenemos la construcción de recintos pircados —o delimitados por piedras que insinúan rústicamente la presencia de un muro— de planta generalmente rectangular. Se destaca una estructura de más de 20 m por cada lado, con muros de tres hiladas de piedra perfectamente ensambladas, que responde al típico patrón arquitectónico Inca.

La cerámica tardía no sale del patrón clásico en que coexisten las manufacturas locales como platos Copiapó y recipientes Punta Brava con platos rectos de apéndice zoomorfo, Diaguita-Inca. No figuran referencia sobre cerámica cuzqueña y ya es un hecho que a estas alturas poco o nada se manufacturó alfarería de esta categoría. Ni siquiera parece haber llegado alguna pieza de exportación. Reafirmando nuestras presunciones de que los rostros antropomorfos emergen, o al menos se popularizan en los tiempos incaicos de la zona, se menciona la coexistencia de “llamas esquemáticas y cabezas humanas” en uno y otro tipo de plato Copiapó. También se encuentra la variante negro sobre rojo y crema, ampliamente registrada en sitios anteriormente descritos.

Palas de piedra, manos de moler, piedras molinos o morteros y conanas, se encuentran ampliamente representadas entre los rasgos habitacionales, ligados, en general, a ecofactos como semillas de chañar, huesos de mamíferos, roedor y pescado, conchas de molusco y materia vegetal. Otros componentes de la piedra pulida son percutores, pulidores y un par de cuentas de collar circulares de malaquita. En tanto la piedra tallada se presenta a nivel de fragmentos de puntas triangulares pedunculadas, escasos raspadores de forma circular o semicircular y una alta popularidad de desechos.

Un aro de plata, circular con un extremo en espiral sencillo, es otro indicador de lo que puede aparecer una vez que se practiquen las excavaciones correspondientes. Los responsables del estudio creen que el sitio pudo haber albergado a grupos más antiguos aún que aquellos del Período Medio. Lo más claro es que las evidencias de aquel período se presentan espacialmente segregadas en el área norte del sitio, mien-

tras que el Período Tardío aparece representado en la totalidad del yacimiento. Palas y depresiones son rasgos que forman parte de tradiciones más antiguas. Claro está que no se conocían depresiones habitacionales tan grandes. Lo más que se acercaba eran las plataformas de algunas aldeas Molle, mientras que ciertas plataformas más pequeñas y depresiones circulares individuales son parte del Período Medio en Cabra Atada. Debido a los sesgos propios de una revisión superficial, no es posible determinar a ciencia cierta si en los tiempos tardíos las palas de piedra continúan en uso, ya que no se registran en sitios también grandes como Iglesia Colorada, por ejemplo, y más parecen surgir las palas de madera desde los tiempos de la Cultura Copiapó en adelante. En todo caso, nos quedamos con la conclusión de los investigadores en cuanto a que la magnitud del sitio 25 o Las Estacas, a pesar de la disturbación que presenta, lo sitúa como uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de la cuenca del Copiapó y, más aún, de su tributario el río Jorquera.

Reuniendo los datos de los dos equipos de trabajo comprometidos con esta nueva visión sobre el valle del Jorquera, no hay dudas del fuerte impulso cultural otorgado por los asentamientos que al menos desde el siglo VI intervienen en la generación de poblados que, a la larga, producen un núcleo residencial de rápido crecimiento. Los sitios estudiados por Cervellino y Gaete reflejan una continuidad donde florecen los poblados de la mano de las comunidades Copiapó. Allí se insertan luego algunas obras del período incaico. Esta fuerte impronta Copiapó también sería causa del crecimiento poblacional en Las Estacas (Cervellino, Com. personal, 1997), aumentando la supremacía que ya había quedado clara en el grueso de asentamientos descri-

tos en el capítulo anterior sobre la Cultura Copiapó. A decir de Cervellino, los recintos más elaborados, que en pequeña escala marcan alguna presencia incaica en los sitios Copiapó, y la cerámica junto a la estructura de piedras ensambladas en Las Estacas, denotan superposiciones sobre estructuras organizativas Copiapó previas, distinguiéndose de esta situación el tambo frente al sitio de Los Fósiles, signado con el número 28 en el estudio de Cervellino, que identifica a una unidad arquitectónica de origen netamente Inca, con el mestizaje Diaguita correspondiente y vinculada a un camino incaico que asciende rumbo a pisos más altos antes de La Guardia.

Las tamberías en dichos pisos son un argumento real en favor de la planificación de caminos adecuados. Por el río Figueroa, que permite ascender mucho más arriba del Jorquera, prácticamente en línea recta rumbo a la laguna del Negro Francisco, el comentado trabajo de Niemeyer describe a la tambería Las Coloradas, lugar que en los planos también figura como Pircas Coloradas, en la unión del Figueroa con el río Paredones. Estamos hablando de unos 13 km al interior de La Guardia, donde las vegas de Las Coloradas quedaron ligadas a diez recintos rectangulares contiguos y en serie, dispuestos simétricamente respecto de un eje longitudinal central. En la mayoría de los recintos, ocupando un rincón de ellos, todos situados en forma homóloga, se encuentran espacios menores delimitados también por pirca, sean de forma rectangular o circular, donde no se excluye que algunos fueran utilizados como silos. A pesar que no se encontró cerámica ni otro indicador en superficie, se atribuye las ruinas a los tiempos del dominio incaico.

Son lugares vegosos incluido el río Paredones. Este topónimo podría referirse a las ruinas vistas por Niemeyer o bien a otros

recintos cercanos. En planos antiguos como el de Espinoza (1897) y Risopatrón (1909), aparece marcado como un punto más de los lugares cordilleranos o identificando a un río tributario del Figueroa. En ambos casos conviene prestar atención por la posibilidad de una relación con arquitecturas indígenas al ser un nombre que alude a paredes, a paredes grandes. Atención al estilo de lo que hace Bárcena (1991) en el registro del dominio Inca en la zona mendocina, al barajar alternativas como “puccara”, “paso” o “puertas” cuando los documentos tempranos incluyen el término, señalando también que se trata de ruinas de construcciones posiblemente manufacturadas con tierra como materia prima.

El camino recién iniciado con los descubrimientos del valle del Jorquera se va ligando a los datos antiguos y ya se arma un panorama más real sobre el aprovechamiento de las tierras altas. Es tema para los años venideros definir con mayor certeza el papel de este valle en la estructura orgánica incaica. Los contextos se perfilan con buenas expectativas y, aun cuando no se ve todavía la emergencia de un poblado como el de Iglesia Colorada, hay muy buenas evidencias. Sin ir más lejos, un par de kilómetros aguas abajo del conglomerado habitacional Cerro Castaño-La Guardia, vecino a Trancas del Chañar, maquinarias en faenas agrícolas removieron sepulturas incaicas que aportan otros tanto materiales distinguidos de inmediato por su variedad y riqueza ornamental. Al respecto, mientras excavábamos en La Puerta en 1993, remontamos hasta el lugarejo de El Chacay para efectuar una inspección al lugar de los hallazgos. Los lugareños, antiguos habitantes del valle, aseguraban cosas que lindaban en lo fantástico. Por ejemplo que allí existía una puerta de acceso a un subterráneo con sepulturas en las paredes y que por las no-

ches el lugar se iluminaba. En estricta verdad, no tendría nada de raro pensar en sepulcros relacionados a escalas de acceso, claro que no tanto en la idea de mausoleos. Cabe recordar las tumbas de Iglesia Colorada y el cementerio de La Reina en Santiago. El problema radica en que el terreno revisado es absolutamente plano y, más allá de eventuales modificaciones subactuales, nada señala la presencia de construcciones al estilo de las referencias orales. La maquinaria excavó un zanjón con pared curva, dejando un piso en descenso contra esa pared. Lo más notorio en el perfil expuesto son capas naturales de pisos geológicos viejos y nada permitió establecer algunas huellas que permitieran fijar la posición de las tumbas alteradas o el indicio de alguna que se mantuviera *in situ*.

El caso es que todo el material recuperado fue obtenido de la remoción del gran montículo de tierra depositado por la maquinaria fuera del zanjón. Al menos un par de osamentas estaban desperdigadas entre el sedimento. Era cosa de escarbar a mano limpia para ir recuperando trozos de platos Diaguita-Inca, trozos de un posible jarro pato y un aríbalo, espátulas de hueso y madera, tubos de hueso con boquilla de madera, por lo menos una tableta en concha de ostión, una maza estrellada de seis puntas, un tumi, una pinza y una barrita de cobre. A primera vista parece que se trata de un contexto fúnebre donde no participa mucho la población Copiapó, porque no se conocen tiestos de esta naturaleza. Los trozos de aríbalo y jarro pato son escasos, identificando a lo más a una pieza por tipo, comparado con los fragmentos de platos acampanados que corresponden a unas cuatro piezas con los típicos motivos escaleados, líneas oblicuas y ganchos rectangulares, combinando rojo, negro y blanco. Uno de estos platos posee un par de franjas don-

de se aprecia la intención por copiar las llamas del estilo Inca Pacajes, pero no es más que un esbozo relacionado con aquello que estimamos corresponde a un recuerdo lejano de las singularidades altiplánicas, una vez que pasa el tiempo para personas que arribaron de tierras lejanas.

Cinco espátulas de hueso, de aquellas comunes para otros tantos sitios y una de madera más particular, acompañan a un par de tubos finamente elaborados, con boquillas de madera en que se labraron figuras humanas ataviadas, una en posición sentada con las manos sujetando las piernas recogidas sobre el vientre, descalzo, con moño y un tocado rectangular simple. El otro está parado, sin identificación de las piernas, vestido con una especie de camisa y faldellín, las manos a la altura del tórax, también con moño trenzado y tocado sencillo. Los ojos circulares cóncavos parecen haber albergado incrustaciones de piedras semipreciosas, tal vez malaquita. El personaje sentado también fue tallado en el mango de la espátula de madera, de cuerpo más estilizado, careciendo de la parte superior de la cabeza, en tanto el mango mismo está bastante torcido, conservándose sólo la parte superior de la paleta (*Láminas 28, 29 y 30*).

LOS DESARROLLOS EN EL RÍO COPIAPÓ

1. De Paineque a Paipote

En una historia que compromete a Viña del Cerro, La Puerta, Punta Brava y Hornitos, en el tramo superior del valle se va definiendo un compacto conjunto de yacimientos, en las tierras que los documentos coloniales distinguen como "el valle de Camasquil". Entre uno y otro punto, los incas

establecen un centro metalurgista importante, guerrean con los naturales copiapinos en un pucara, participan del reinado de uno de los dos señores principales del valle, y luego sucumben para dar paso a hechos históricos como la masacre de Juan Bohón en su controvertido fuerte y a la represión de Aguirre sobre los naturales rebeldes.

Teóricamente se supone que La Puerta sería el corazón administrativo de este territorio al interior de Copayapo. Es un sector que constituye una singularidad en el valle debido a que allí se produce una notable angostura en la serranía granítica y aparte de una posible situación de control estratégico, tiene una importancia práctica muy destacada por el hecho que se produce una

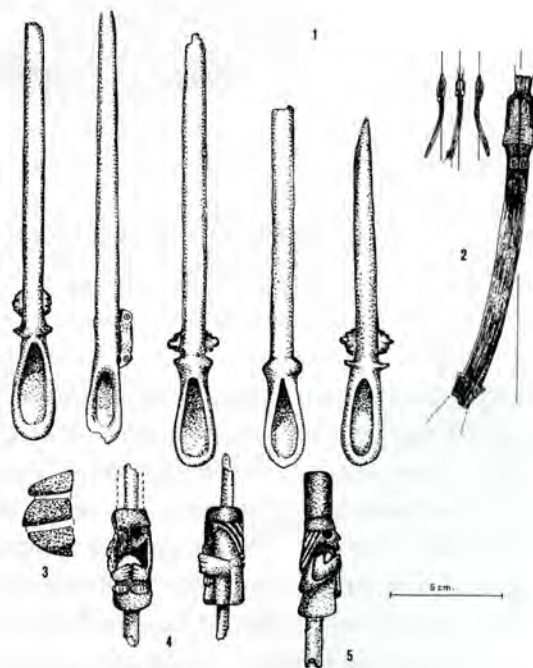


Lámina 28. Potrero El Chacay, río Jorquera. 1. Espátulas de hueso; 2. Espátulas de madera; 3. Trozo de adorno de espátula; 4-5. Tubos de hueso con boquilla antropomorfa de madera.

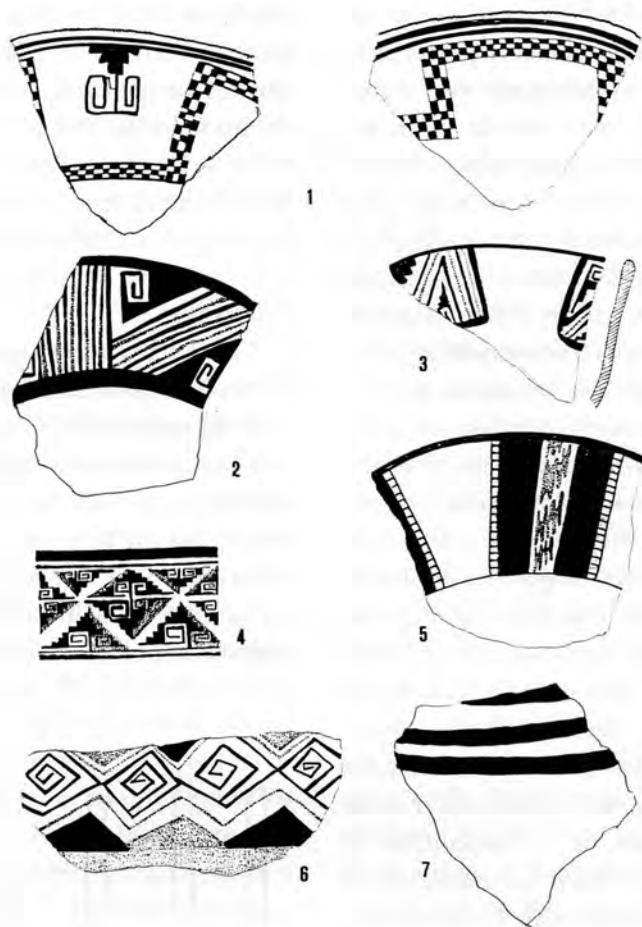


Lámina 29. Potrero El Chacay. 1-5. Fragmentos de platos acampañados, el N° 5 con el recuerdo de las llamas Inca Pacajes; 6. Trozos de jarro; 7. Trozo de aríbalo.

recuperación de los caudales del río en este punto (Niemeyer *ob. cit.*). Distante 56 km desde Copayapo y unos 40 km de Choli-guin, La Puerta es un sitio con una historia ocupacional antigua, como queda explicado en el capítulo sobre el Período Medio. Hoy se está abordando el estudio de los recintos habitacionales emplazados en la ladera izquierda del valle, para ir distinguiendo aquellos que serían coetáneos con el funcionamiento del edificio mayor o palacete. El avance de las faenas agrícolas modernas ha borrado de la faz original algunas

evidencias. Por ejemplo, se reconocen signos de arquitectura por medio de ciertas piedras que asoman en un terreno más abajo del cementerio de túmulos del Período Medio. La presencia de cerámica tardía refleja una mayor extensión del yacimiento, lo mismo que un cementerio de túmulos, un recinto circular, algunas bases de recintos cuadrangulares y una pequeña fundición sobre una puntilla de cerro, en los dominios del vecino fundo El Fuerte, todavía se conservaban en la década de los '70.

Las viviendas sobre la pedregosa ladera

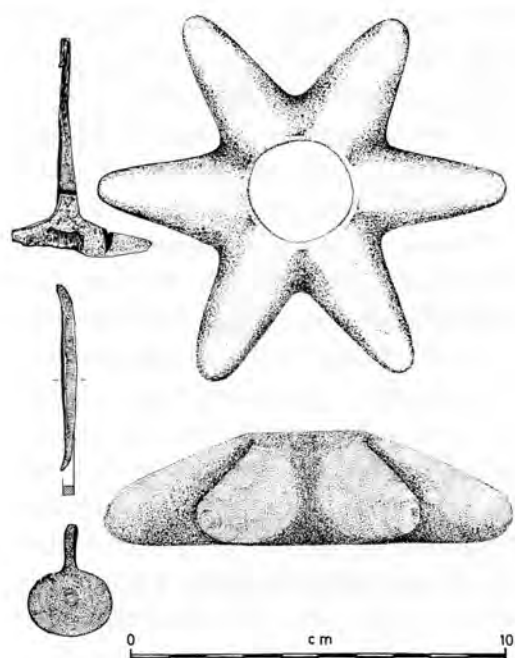


Lámina 30. Potrero el Chacay. Tumi, punzón, pinza y maza de cobre.

mayoritariamente son sencillas dependencias con superficies más o menos horizontales entre roqueríos, sin grandes depósitos de desperdicios. Un par de excavaciones reafirman los hechos ya comunes sobre el mestizaje Inca con las poblaciones locales. La mayor diferencia se aprecia en la dedicación para construir el establecimiento de arquitectura más sofisticada. Prueba de ello es que en el ala izquierda del cono aluvial de la quebrada de La Puerta, prácticamente al pie del cerro y en un lugar adecuado, se construyó una plataforma y sobre ella una estructura residencial algo compleja, de típica arquitectura incaica, compuesta por un muro perimetral que deja un espacio de planta ligeramente trapezoidal, el cual tiene por lados pircas de piedra calzada en seco, con un espesor bastante constante de 0,60 m y longitudes de 27,0 m y 30,55 m para los muros norte y sur respectivamente, y 28,70 m y 23,80 m en los costa-

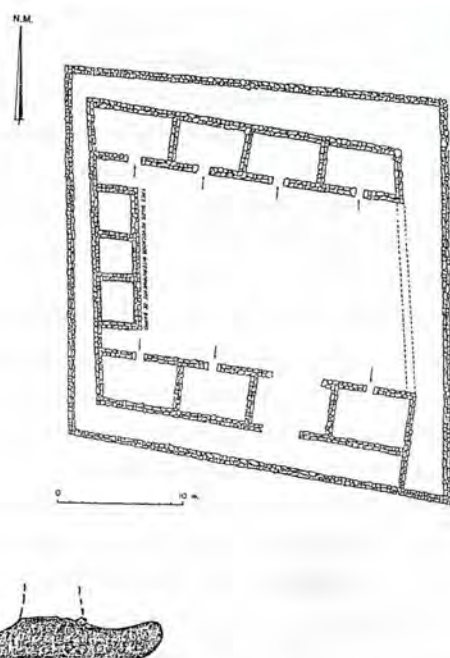


Lámina 31. La Puerta, río Copiapó. Palacete incaico y tumi.

dos oeste y este, todas medidas de eje a eje. En 1974, Niemeyer constató que las pircas aún se elevaban sobre 1,20 m, una altura considerable para la situación de mayor deterioro actual, a pesar del cuidado por parte de los dueños del fundo La Puerta. En el siglo pasado el historiador Sayago redescubre las ruinas ocultas por un bosquecito de chañares y algarrobos, conociendo prácticamente lo mismo que por extraña coincidencia aprecia 100 años más tarde Niemeyer, acotando; “todo este edificio está circunvalado por una muralla a distancia de dos metros, que forma un cuadrado de treinta metros por lado. Dos salidas se notan: la principal hacia el cerro del poniente, de cuya base no dista sino el ancho del camino público, que antiguamente pasaba por allí, y la otra, hacia el sur, conduciendo a un llano pedregoso”.

En el interior de la plataforma señalada por Niemeyer se desarrolla el edificio habi-

tacional propiamente tal en torno a un patio central amplio de $20 \times 14,50$ m, también trapezoidal. En los costados norte y sur se alzan cuatro recintos habitacionales en cada uno, que presentan vanos de acceso de 0,60 hasta 1,0 m de ancho, abiertos hacia el patio interior, con dimensiones entre $5,30 \times 3,00$ m a $5,70 \times 3,70$ m.

En el costado oeste del patio se alzan tres silos o kolkas contiguas, con paramentos interiores revocados de barro. Las dos extremas son más grandes que las del centro, con longitudes de 3,20 m que representan una diferencia de 0,50 m con respecto a las más pequeña, compartiendo todas un ancho de 2,60 m. Pese al aceptable estado de conservación de las ruinas, en el lado oriental del patio aparecen restos muy destruidos de pircas que impiden definir lo que allí había.

Desde el momento en que Sayago comenta la presencia de estas ruinas como expresión viva del Fuerte Juan Bohon, no se dudó de la veracidad de esta versión que cita un informe de una comisión nombrada a fines de 1677, para inspeccionar las tierras de Potrero Grande. Como Sayago no incluye a estas ruinas en la labor encomendada al agrimensor Francisco de Las Heras en 1712, suponemos que ya eran cosas olvidadas para aquel momento. No parece haber nada concreto que permita sostener que nos encontramos ante el fuerte español, a no ser que Bohon haya sentado sus reales en esta misma construcción indígena, pero sería de suma utilidad conocer el documento histórico, por razones que saltan a la vista. Ante una alternativa que puede tener varias aristas, lo real es una comparación entre el preciso trabajo topográfico realizado por Niemeyer (1986) y un croquis a mano alzada levantado por Iribarren, seguramente en la década de los '60, por lo menos unos 10 años antes que Niemeyer.

Sólo el papel de las excavaciones permitirá dilucidar el carácter de la construcción definitiva porque, reconociendo que el croquis puede interpretar situaciones no reales, se aprecian algunas diferencias entre uno y otro documento. Fundamentalmente Iribarren considera a lo menos cinco dependencias más que Niemeyer. Hay coincidencia en las "kolkas" y en los "pasillos" a cada lado de ellas, produciéndose una leve diferencia en el número de recintos que van por los costados norte y sur, y además Iribarren determina que en el extremo oeste —donde Niemeyer acusa un grado mayor de deterioro— por lo menos hubo cuatro recintos grandes, a juzgar por los 8,50 y 6,30 m de frente que especifica para los recintos centrales.

Iribarren y Cervellino han practicado pequeñas calas de prueba donde la cerámica registrada siempre está dentro del fuerte mestizaje aludido ya con vasta largueza, pero no es nada lo excavado si se compara con las interrogantes que nos impiden conocer a fondo el único reducto, de todo lo descubierto hasta ahora, que está pendiente en el estudio de las instalaciones incaicas principales en la zona copiapina. Las aproximaciones sobre el periodo colonial en el valle sólo hablan del supuesto fuerte de Juan Bohon en el lugar, sin referencias a pueblo indígena alguno. Pasa lo mismo con Viña del Cerro y la nula información sobre las ruinas arqueológicas, claro que los documentos distinguen al pueblo de Paineque cuya jurisdicción abarcaba esos terrenos. Es posible que el chequeo de los papeles históricos aclaren estas dudas. Mientras tanto, son más claras las menciones históricas de La Puerta hacia Copiapó.

Desde la corriente interpretativa establecida por C.M. Sayago, se ha vinculado a La Puerta directamente en relación con el pucara de Punta Brava. De hecho son parte

de un mismo esquema que se encuentra en estudio gracias a excavaciones que permiten abandonar gradualmente las suposiciones preliminares. Luego exponemos los avances en Punta Brava porque antes hay que referirse al centro metalurgista de Viña del Cerro. Una vez que nos hemos internado en el valle principal, los datos arqueológicos decididamente comienzan a cruzarse con referencias históricas sobre pueblos de indios y otras vicisitudes. A su debido tiempo también saldrán a colación estos temas. El caso es que el centro metalurgista está ubicado justo en la posición donde los documentos históricos fijan la presencia del pueblo de Paineque o Paineque, hoy Viña del Cerro y Goyo Díaz, en palabras de Sayago. Existen referencias sobre sepulturas en potreros vecinos que le agregan componentes a un complejo arquitectónico que a primera vista se aprecia demasiado aislado para la importancia que tuvo. La supervivencia de un pueblo indígena —aun cuando hasta ahora no tenemos más que un nombre— nos hace pensar en una población más localizada en dicho espacio, antes que suponer sólo traslados desde otras partes para hacer funcionar la empresa de ese entonces.

El sitio fue descrito parcialmente por Iribarren en su monografía del año 58 y las informaciones más pormenorizadas, incluida una labor de restauración, se deben al tesón de Niemeyer y a la asociación con Cervellino. En la cima de un espolón rocoso que avanza hacia el valle de Copiapó desde la sierra del Titiritero, en su flanco norte o derecho, los incas construyeron un establecimiento dedicado a labores de metalurgia que hasta la fecha resulta único en la región semiárida e incluso parece como algo muy particular en las tierras del Collasuyu. En el valle hemos detectado otros sectores con algunos hornos tipo Viña del

Cerro, por ejemplo, pequeños círculos con una depresión central asociados a escoria sobre una pequeña puntilla en la margen izquierda de la desembocadura de la quebrada Majaditas, que antes reseñamos como evidencias perdidas cerca de La Puerta, un par de círculos similares en un cerro junto a las viejas casas e iglesia de Carrizalillo Chico, y los datos aportados por Iribarren sobre escoria en un cerro de Cerrillos A, consignado en el capítulo anterior. No se nos debe quedar en el tintero el hallazgo de un crisol con su vástago en Carrizalillo Grande, un trozo de vástago en las últimas excavaciones de Iglesia Colorada y un pedazo de cobre fundido de allí mismo publicado por Cervellino (1994). Hubo metalurgia más localizada o artesanal en las cercanías de Copiapó, en las vecindades de Viña del Cerro (Los Loros), en el río Pulido y todavía más arriba, en el río Ramadillas, pero nunca en la categoría de todo un complejo industrial como el que ahora se describe.

En relación a La Puerta, Viña del Cerro se encuentra unos 20 km al interior y se compone de cuatro unidades que integran campamento para el personal, habitaciones para funcionarios administrativos, un ushnu y una batería de hornos:

Unidad A. Sobre la parte más plana y amplia de la cima, a 50 m sobre el piso del valle, compuesta de un gran patio rectangular de 58,5 × 52 m, limitado por un muro perimetral bajo de piedra y adobe. En ella se edificó el campamento y la plataforma o ushnu. El campamento es un espacio rectangular en el extremo occidental del gran patio, construido con piedras esquinadas y adobones de barro, calzado con barro, paramentos revocados con limo fino y pisos de barro apisonado en las habitaciones. Es un conjunto con dimensiones medias de 48 × 20,3 m, en forma asimétrica, dividido en tres

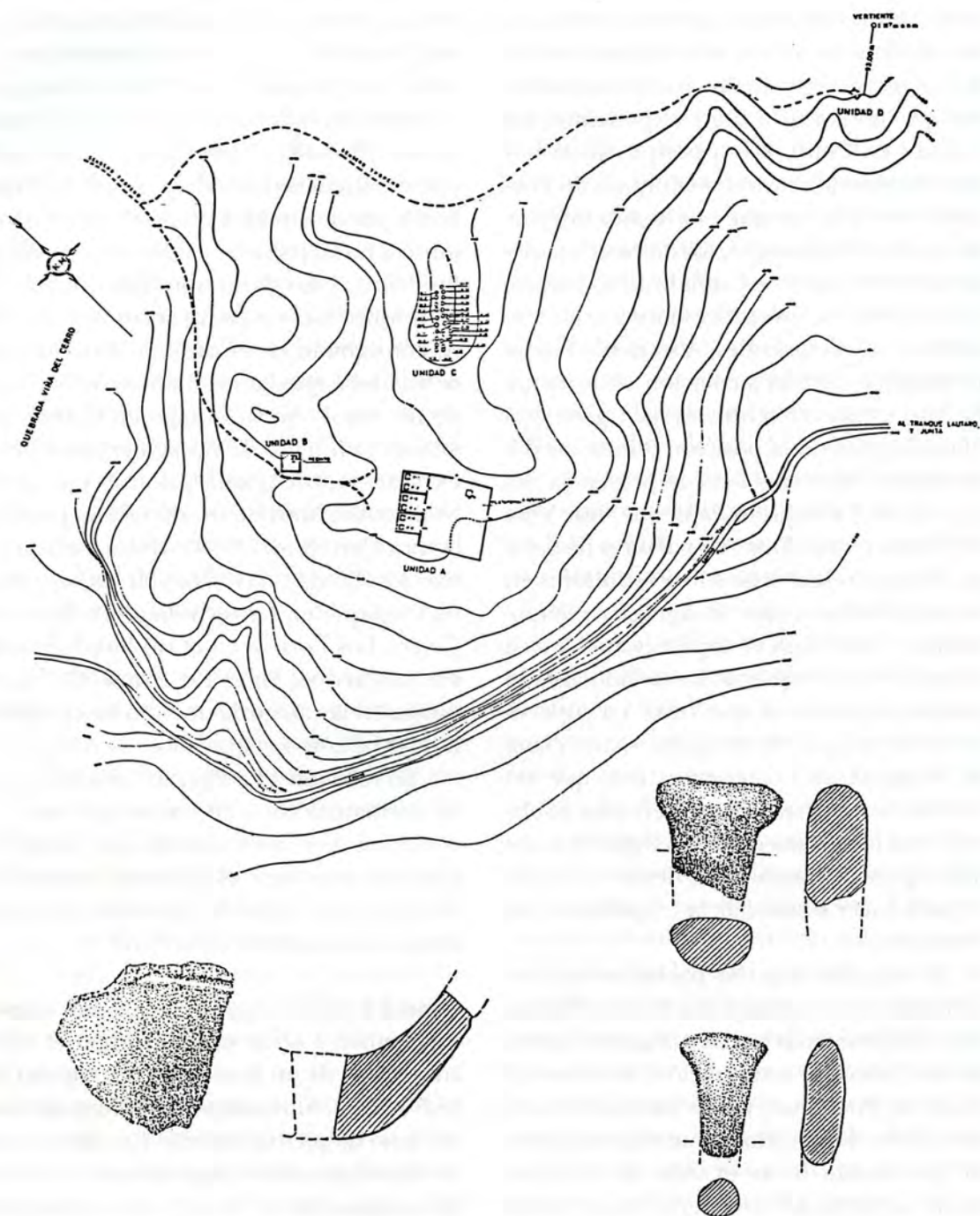


Lámina 32. Viña del Cerro. Plano del centro metalúrgico (Niemeyer 1986), restos de crisol y de vástagos.

rectángulos de igual dimensión, comunicados por sus respectivos vanos de acceso al patio mayor, como una especie de patios secundarios que a la vez albergan tres pares de habitaciones con plantas interiores de $2,30 \times 3,40$ m, puertas de 0,60 como ancho medio, centradas a sotavento en el muro este de ellos, y paredes con alturas a lo menos de 2,30 m, conformando un espacio residencial de $48,2 \text{ m}^2$.

Se supone que el techo era plano ligeramente inclinado, en base a una torta de barro mezclado con paja de carrizo, de 10 y hasta 15 cm de espesor. La existencia de postes que sostendrían la techumbre por fuera de los recintos se registra en la habitación 5, y corresponde a un poste de algarrobo y uno de espino, con la base enterrada a 0,30 m.

El ushnu fue erigido en el rincón nordeste del patio central. No tiene en planta una forma exactamente rectangular sino más bien ligeramente trapezoidal, con muros de largo muy similar que van de 5,90 a 6,20 m, escalinata de siete peldaños en el extremo este del paramento sur, y relleno con adobones y piedras. Su construcción como única estructura en un sector específico del gran patio tuvo que ver con el lugar donde se impartían las instrucciones sobre la organización del trabajo y, teóricamente hablando, sobre los asuntos más pertinentes al proceso metalurgista, contabilidad y control de las materias primas (minerales, combustible), de los productos y de los rendimientos obtenidos en la producción.

Las excavaciones se organizaron por cortes que seguían los muros. Del examen de los principales elementos hallados *in situ* se concluye que la mayor parte de las actividades de los artesanos se desarrollaba en los pasillos y no en el interior de los recintos. Es un área que concentra fogones, los mayores porcentajes de huesos de caméli-

dos y cerámica, prácticas de molienda de grano y molienda de terrrones de color. Restos de crisoles se recuperaron tanto en los pasillos como en el interior de los recintos. Las escasas piezas de metal que permanecieron en el lugar corresponden a una pequeña hoja de cobre en forma subrectangular de bordes laterales rectos, anterior ligeramente curvo y posterior ligeramente convexo, con una incisión oblicua en una de sus caras. Otra pieza de cobre es un aro de cuerpo cuadrangular decorado geométricamente, con esquinas salientes y largo gancho de suspensión (Láminas 33; Figuras 1 y 2).

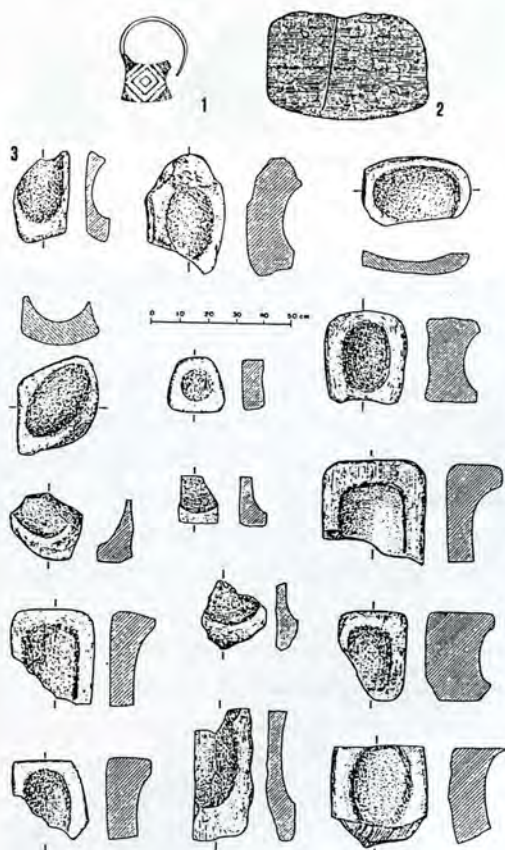


Lámina 33. Viña del Cerro. 1. Aro; 2. Lámina de cobre; 3. Diversos morteros del campamento metalurgista.

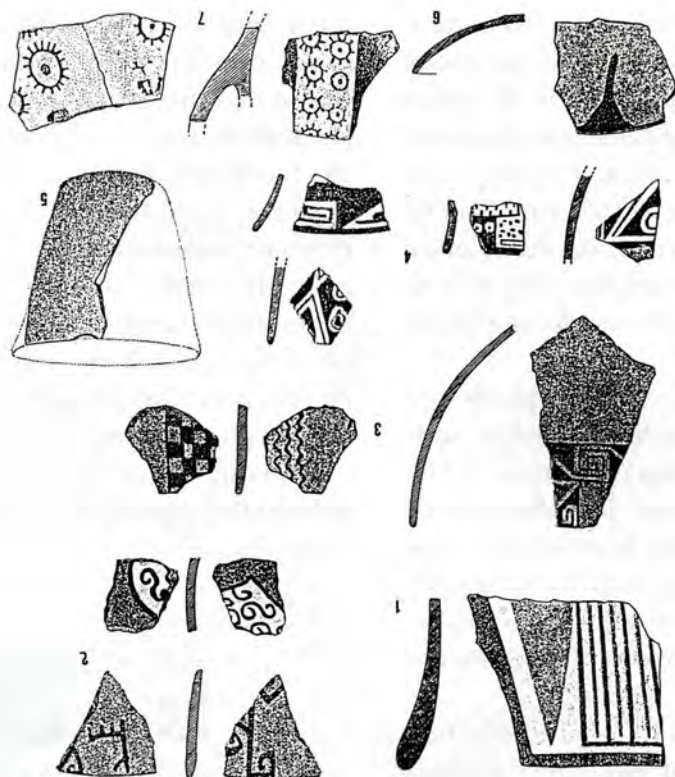


Lámina 34. Viña del Cerro. 1. Cerámica Punta Brava; 2-3. Cerámica Copiapó; 4. Cerámica Diaguita; 5. Vaso rojo pintado; 6. Escudilla playa; 7. Cerámica Inca Local.

La presencia de trozos de moldes y de crisoles atestiguan el trabajo metalúrgico, y los restos de cocina, los añicos de cerámica, las piedras molinos y las manos, las tierras de colores, las cuerdas y nudos de totora, los cotidianos trabajos domésticos. En relación a este rubro, las piedras de moler o chancoanas se encontraron en cierta abundancia en superficie y estratigrafía, casi siempre entre el campamento, muro perimetral oeste y el ushnu, con un fuerte desgaste en su concavidad y muchos fragmentados. Un área de molienda bastante definida se ubicó en el pasillo junto al recinto 4 del campamento, donde se acumularon seis molinos evidentemente más al servicio de una molienda de sustancias liga-

das al proceso industrial que a la cotidianidad casera (molienda de larnita).

Unidad B. Es la segunda unidad arquitectónica combinando piedras con adobones. Situada a valle de la A en una suave depresión 5 m más bajo que la explanada principal, ocupa una extensión de 240 m² y se compone de un recinto con interior de 15 × 16 m, con un vano a sotavento de 1,20 m en el muro oriente. También posee un recinto pequeño como los del campamento, arrinconado en la angulación nordeste, con acceso dotado de un umbral en el muro sur, que agrega la presencia de un poyo o plataforma interior de 1 m de ancho y elevado 0,30 m del piso, armado con ado-



Establecimiento metalúrgico de Viña del Cerro. En primer plano, los cimientos de la batería de 26 *huayras* u hornos de fundir metal. Al fondo, la Unidad A que contiene el campamento, el *ushnu* y los muros perimetrales (Restaurado).



Establecimiento metalúrgico de Viña del Cerro. El *ushnu* en el sector Nororiental de la Unidad A (Restaurado).

bones. Se trataría de una habitación-dormitorio y es el único recinto que supone tal comodidad, lo que hace suponer que aquí funcionaba una especie de garita de control donde moraba el funcionario jefe del establecimiento.

Unidad D. Como fue descubierta en forma posterior a las excavaciones centrales, altera un tanto el orden que separa construcciones residenciales y administrativas de la unidad correspondiente a los hornos. Es una casa muy sencilla de planta rectangular de 6×4 m con muros muy bajos, de dos hileras de piedras y de una hilada, construida sobre una explanada en la media falda del cerro, cerca de una vertiente situada algo más arriba que las construcciones arquitectónicas, con un desnivel de 17 m con respecto a la Unidad A, condición que permitía un escurrimiento gravitacional para alimentación del campamento. Esta morada, con fragmentación cerámica Diaguita-Inca en los alrededores, funcionaría como puesto de control del abastecimiento de agua para el establecimiento.

Unidad C. Consta de una batería de 26 cimientos de hornos o huairas situados sobre una loma recia y permanentemente ventilada a monte del campamento, distribuidos en tres hileras más o menos paralelas entre sí en dirección SW a NE con la cercanía de minerales acumulados listos para ser procesados. Los cimientos son circulares o ligeramente elípticos, con diámetros variables desde 2,0 m para el menor a 3,0 m para el mayor, y alturas sobre el piso de 0,30 m. Al excavar se comprueba un alto grado de deterioro de carácter antrópico. El N° 6 presentaba un emplantillado circular de piedras de aproximadamente 3 m de diámetro y entre las piedras, argamasa de barro. Y el horno N° 18, tenía un rueda de

piedras, pero en su interior llevaba unas piedras y, mayoritariamente, adobes o panes de barro.

Los materiales descartados en todo el sitio se pueden agrupar en los siguientes rubros:

— **Cerámica.** Considerando que se colectaron 3.875 fragmentos, es sin dudas el rubro de mayor preponderancia y dentro de éste la decorada con pintura. El porcentaje más elevado pertenece a los grandes tiestos Punta Brava que se emplearían como continentes de granos, aguas y otros líquidos. Siguen en popularidad los platos Copiapó, considerada la variante Negro sobre Rojo y Crema. Si la anterior constituye un porcentaje de 71,2%, esta última llega al 14,7% y ambas copan más de los tres tercios del total, acercándose mínimamente la fabricación de tiestos en cerámica corriente café gris alisado, con un 9,2%. La cerámica Diaguita con aculturación Inca es escasa y corresponde a restos muy pequeños y otros más definidos identificando a platos acampanados Negro sobre Crema o Negro y Rojo sobre Crema. Los fragmentos que revelan formas y decoraciones de tipo cuzqueños tampoco son muy abundantes y se refieren sobre todo a aríbalos, aribaloides, keros y escudillas playas. Agrupándolos con restos Inca negro bruñido por ambas caras, llegan a un 2,8% del total.

— **Crisoles.** Son trozos de materiales refractarios que incluyen los vástagos y los moldes. Los restos de crisoles son parte de piezas cónicas de paredes gruesas en base a una arena refractaria, con un agujero en el fondo, complementados con un brazo o vástago independiente, curvo y con agarra-dero. El ejemplar que inspira a estas formas es aquel encontrado aislado en Carrizalillo Grande (Niemeyer H. 1986), en tanto que un trozo de vástago también apareció aisla-

do en el descubrimiento de los últimos muros en Iglesia Colorada. En el plano local, la técnica de impregnar con una sustancia blanca recipientes y vástagos, debe haberse generado en Viña del Cerro, logrando un suavizador de las paredes en contacto con el metal fundido impidiendo adherencia de éste a los poros del material refractario. El estudio de los moldes todavía no se incluye en los informes, así como otros aspectos de la producción de objetos de metal.

— **Piezas de cobre.** Ya fueron descritas las únicas dos piezas que hasta el momento se han encontrado *in situ*.

— **Minerales y Escoria.** De las prácticas indígenas quedaron minerales amontonados junto a las huairas, lo mismo que una relativa abundancia de escoria alrededor de sus cimientos. Los minerales en su totalidad eran crisocola con variada proporción de componentes, y la escoria estaba constituida de cobre, plata, estaño y fósforo.

— **Piedra pulida.** Corresponde a los molinos ya descritos, faltando por señalar que tienen forma cuadrangular y ovoidal, elaborados de piedra granítica, arenisca roja y lava porfírica. Se completa el rubro con las manos de moler, los guijarros de cantos rodados dedicados a la molienda de tierra roja, y algunas piedras esferoidales usadas como machacadores o martillos.

— **Piedra tallada.** Es muy escasa y se reduce a tres puntas triangulares con un pequeño pedúnculo y aletas, muy típicas desde el Período Medio en adelante en la cuenca del río Copiapó.

— **Semillas y otros vegetales agrícolas.** Se circunscriben al área de cocina del campamento, expresadas por medio de semillas de cucurbitáceas (zapallo) y corontas de maíz (*Zea mays*).

— **Vegetales y maderas.** Cuescos de chañar (*Gourliea decorticans*), caña de carrizo (*Phragmites communis*), trozos de madera de algarrobo (*Prosopis* sp.), restos de postes de algarrobo y espino (*Acacia caven*), palo de molle con amarras de cuerdas trenzadas de dos cabos, palitos teñidos de rojo, espigas de cactáceas (*Trichocereus* sp.).

— **Fibras vegetales.** Corresponde a cuerdas retorcidas, y una lazada de totora (*Typha angustifolia*).

— **Textiles.** No se conservan más que las cuerdas ligadas al palo de molle, un vellón de lana de llama (*Lama glama*) y un vellón de algodón (*Gossypium* sp.).

— **Huesos de mamíferos.** También provienen de la excavación del campamento, divididos en una mayoría de restos de camélidos y en menor proporción roedores y aves que aún no se han especificado.

— **Productos marinos.** Es otro rubro vinculado al campamento, en base a vértebras de pescado y una relativa abundancia de moluscos como caracol (sp.), loco (*Concholepas concholepas*), ostión (*Chlamys* (*Argopecten*) *purpuratus*), almeja (*Protothaca thaca*), chorro (*Choromitylus chorus*) y una caparazón entera de equinoideo, erizo (*Loxechimus albus*).

— **Misceláneo.** Garra de felino, pluma de ave y guano de llama.

El recuento de los materiales recuperados en superficie y estratigrafía en el campamento, relata una febril actividad que parece comprometer a una mayor cantidad de personal flotante que la sugerida ocupando las piezas del campamento y la dependencia de control. Unas 10-12 personas podrían caber en los pequeños cuartos, se le suma al funcionario administrativo y unas 5 personas más que hayan ocupado la vivien-

da cerca de la vertiente y tenemos un número aproximado de 18-20 trabajadores como mínimo. Pero ante la pregunta si son puros hombres trabajando entraría a tallar una parte aún oculta de este contexto sociocultural, porque debería existir un sector residencial en lo llano del valle de donde procediera mano de obra, entre ello la participación de mujeres. Niemeyer piensa en un personal trasladado desde Punta Brava. También podría ser desde La Puerta, aunque este último lugar se perfila más bien como el hábitat de un grupo jerárquico. Pero nada está cerrado a las posibilidades si se trata de lugares muy cercanos entre sí. El desaparecido pueblo de Paineque anda rondando a la hora de pensar en una provisión local de operarios, sin perjuicio de las necesidades por recurrir a gente de otras partes.

Pensar en la existencia de un asentamiento mayor en el sector parece plausible. Ciertas interrogantes de los mismos investigadores del yacimiento plantean la posibilidad, primero, al descubrir que los molinos y las manos, muchos de los cuales eran de piedra ajenas al lugar, presentaban desgastes que indicaban un uso previo en algún poblado cercano, y luego en lo relativo a la ausencia de corrales en el establecimiento, que obligaría a generar el espacio necesario para la rehabilitación de las llamas cargueras en la caja del valle, al pie del cerro y a orillas del río. Otro dato. En la segunda expedición de Iribarren al valle de Copiapó (1969), obtuvo un par de platos acampanados Diaguita incaico y el cráneo de un adulto de una sepultura abierta en Palo Blanco, "5 km al interior de Loros, en la orilla sur del río". Vale decir, frente a San Antonio, al lado de Viña del Cerro (*Lámina 35*).

Aún más, las bondades de esta parte del valle arrancó un preciso comentario del viajero Ignacio Domeyko, cuando en 1844

alude a estas tierras con el nombre español que se impuso sobre el viejo Paineque:

"Este lugar, llamado Potrero Grande, es la parte más fértil o, mejor dicho, la única parte realmente fértil y agrícola de todo el departamento de Copiapó. Su suelo, compuesto enteramente de escombros y detritus de las masas porfídeas que la rodean, produce la mejor fruta, los más famosos melones blancos, higos, sandías, y aquí fue donde vi con placer pequeños campos de trigo. Un límpido arroyo de agua fría serpentea por un prado artificial de lucerna, sombreado de frondosas higueras. El verano de aquí es caluroso y llega tan temprano

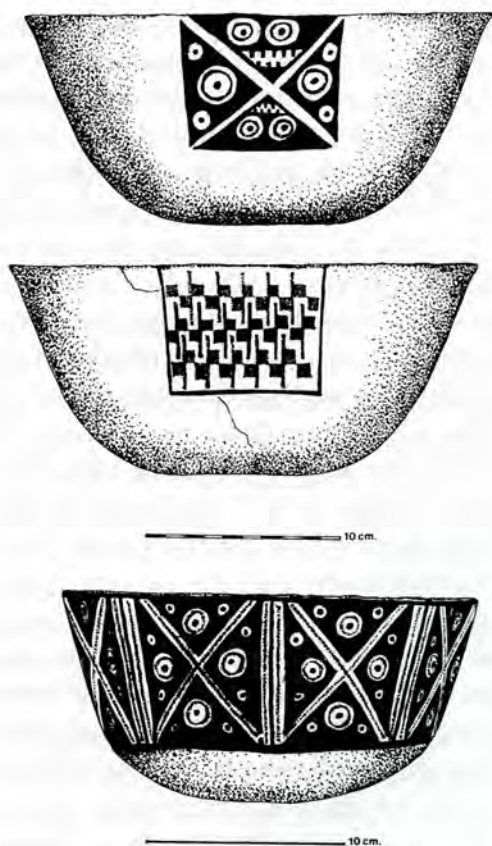


Lámina 35. Palo Blanco, hallazgos aislados. Platos acampanados Diaguita incaico.

que, el 20 de marzo, cuando yo visitaba por primera vez estas regiones, ya estaban recogiendo y secando la segunda cosecha de la higuera (los higos), en tanto que en Copiapó los árboles estaban aún cubiertos de brevas. Cabe deducir de ello que en esta parte del valle de Copiapó el verano viene dos meses y medio antes que en la costa, pese a que Potrero Grande dista apenas 15 millas en línea recta del mar y a que la superficie del valle, de acuerdo con mis observaciones barométricas, se halla a 1.000 ó 1.200 m. de altura sobre el nivel del mar”.

Ignoramos si a estas mismas tierras se refieren las crónicas que ponderan el rendimiento de los campos de maíces, pero asoma otro aspecto para explicar el porqué de la emergencia de un conjunto de poblados cercanos, a los cuales se les está reconociendo cada vez más su implicancia en el desarrollo de las poblaciones tardías del valle. De hecho, la importancia del centro metalurgista ha sido reconocida ampliamente por expertos en las culturas andinas, pero la cantidad de problemas que se deben resolver en estos sitios requieren de estudios a más largo plazo, en especial en el análisis más a fondo de los materiales recuperados, en una definición más certera de la organización interna del complejo industrial, en el tema de la minería incaica, en el rol desempeñado por este complejo productivo en el plano local y regional, en el tema de la producción vs distribución, como también en los mecanismos de tributación hacia el Cuzco. Sin embargo, cabe señalar que sorprende la falta de referencias sobre un sitio como este en las crónicas y documentos coloniales. Es como si hubiera declinado su función antes del arribo de los españoles, al punto de pasar desapercibido para quienes revestía mucha importancia conocer la industria minera local.

Pueden faltar documentos por revisar que desmientan este supuesto desconocimiento del centro metalurgista en tiempos históricos, pero se mantiene la impresión sobre un abrupto silencio de los hornos, crisoles y producción de objetos de metal.

En una de las temporadas de excavaciones en Punta Brava ascendimos los zigzagueantes caminos que conducen a las minas que figuran en documentos históricos. La mayor extensión corresponde a vestigios de los últimos siglos que en más de algún caso pueden estar tapando labores indígenas. Por lo visto, se trata de cerros plagados de huellas mineras y en esa rápida inspección por lo menos detectamos una pequeña mina aborígen, de corto desarrollo, unos cuantos metros más arriba de la primera instalación histórica grande, subiendo por el camino al costado este del pucará. Un simple laboreo no basta para definir el origen de esta mina, pero si la presencia de una pequeña muestra de cerámica monocroma sobre una estrecha explanada exterior. Aunque no es mucho, a lo menos aporta algunas luces sobre las minas que estaban aportando materia prima para las fundiciones. En este punto se ve una conexión entre Punta Brava y Viña del Cerro, fuera de otra serie de vínculos normales entre una misma población.

Punta Brava. Para entender cómo se visualiza este poblado fortificado es necesario despejar algunos supuestos y dejar sentado ciertas aprehensiones ante postulados vigentes. El estudio de Sayago indica que en 1712 este paraje era conocido con el nombre de “Pucará del Inga” y en esa condición fue observado por el agrimensor Las Heras. Vastamente se ha explicado que por estas tierras del valle lo común ha sido estudiar contextos fuertemente mestizados entre Diaguitas, Incas y Copiapoes, donde las pie-

zas Incas más puras figuran con escasa representación. Quienes mandan en estas tierras serían jefes locales que responden a la confianza de la jerarquía cuzqueña, con residencia en lugares como La Puerta. Es la idea que expone Niemeyer ante la mayor presencia de cerámica local en Viña del Cerro, avalando una organización a cargo de funcionarios no cuzqueños.

Los documentos coloniales hablan de un gobernador incaico en el valle de Elqui, sugiriendo que Copiapó es regido por funcionarios supeditados a esa distante jerarquía. Unos cuantos kilómetros aguas abajo de Punta Brava, viejas excavaciones de Carlos Campbell obtienen ceramios y metales más cuzqueños que luego se detallan. En la cima del pucara hubo una construcción mejor elaborada que Iribarren (1958) describió como un recinto cuadrangular, de muros con esquinas, terminados con piedras hiladas en ángulos rectos de aproximadamente 16 metros cuadrados, conservándose alturas de 0,80 m. En el plan, lo único de patrón incaico es una pequeña pieza disonante con la otra arquitectura más simple del poblado.

Este es un reducto fortificado con población permanente, preparado para recibir el aumento de residentes en casos de emergencia. Haya sido o no la casa de un principal peruano, hay que dejar un paréntesis en el tema sobre la posible morada "del curaca que representaba la autoridad del inca" (Sayago, C. M. 1874), porque cada investigador experto en el sistema Inca que ha visitado el lugar, llámese Rex Gonzalez, Raffino o Hyslop, quedó convencido que un edificio al otro lado de la quebrada Punta Brava está dentro del patrón arquitectónico peruano. Cervellino colectó un poco de cerámica en superficie y no se aprecian indicadores más contundentes, si comparamos con el mismo pucara y su numerosísi-

ma fragmentación cerámica. Mientras no se excave esto será un obstáculo permanente para cualquier análisis, considerando que es una construcción pircada cubierta con una mayor cantidad de restos históricos.

Un segundo problema por abordar es la posible relación de este pucara con aquel que describe la crónica de Bibar en 1558. Hay una serie de premisas que se deben tomar en cuenta a la hora de confrontar el relato histórico con las evidencias concretas que hoy están a la vista. No se puede decir de buenas a primera que este no sea el lugar de la crónica. De hecho es el único pucara conocido en el valle. Pero debe imponerse un análisis más exhaustivo de las posibilidades que se barajan, entre lo cual está el problema de las alteraciones producidas por la agricultura sobre evidencias extendidas hacia la parte llana del valle, donde se reconocen restos de cerámica esparcida en los viñedos.

Punta Brava se encuentra a 60 km de Copiapó, en la quebrada del mismo nombre, en la banda derecha del río. Consta de un poblado sobre un áspero cono aluvial unido a un espacio fortificado o pucara que se levanta en el flanco derecho de la quebrada como un espolón que se interna en el valle, cubierto de recintos aplataformados en el faldeo, muros atravesados en el "embudo" de acceso a la cumbre y otras construcciones defensivas en la cumbre misma:

— *El poblado al pie del pucara.* Ocupa una extensión en planta de 2 ha, entre el espolón y un lecho de cierta profundidad que corre por el otro costado de las viviendas. No existe una separación taxativa entre el despliegue de los recintos sobre el cono aluvial y aquellos que van trepando por el sector fortificado, pero sí hay variantes que

distinguen dos categorías mayores y una tercera muy particular.

El grupo principal lo forman 60 recintos en forma de depresiones circulares a elípticas, delimitadas por muros de bolones superpuestos completado casi siempre por bloques angulares mayores. A veces se aglutinan dos o tres tangencialmente en evidente relación de continuidad. En ocasiones, se organizan los recintos alrededor de un gran bloque rocoso que les brinda protección y no es raro que se aproveche un semialero que puede servir de lugar de almacenamiento. Debido a lo accidentado del terreno, cada vivienda fue construida en cualquier parte donde fuera posible y éstas se confunden entre los bloques de andesita de variados tamaños, desde muy grandes a medianos y chicos, todos de aristas vivas.

Treinta y nueve estructuras fueron excavadas y 13 recibieron atención parcial por medio de sondeos, con una profundidad promedio de 10 cm y en no más de seis casos de 20 cm, por eso que se obtienen bajos porcentajes de desechos, contrastando claramente con los miles de fragmentos cerámicos distribuidos sobre la superficie, especialmente en la parte más próxima al acceso del pucara. De más esta decir que el sitio es el gran reservorio de cerámica Punta Brava al quebrarse cientos de grandes recipientes en el transcurso del poblado. Las excavaciones confirman dicha popularidad. Enseguida lo que más aparece, pero a distancia de lo primero, son los restos de platos Copiapó normal y en la variante con el fondo crema. Sigue el tipo Diaguita-Inca en platos acampanados y el tipo café rojizo alisado corriente.

Entre las escasas piezas de metal se encontró un posible brazo de pinza depilatoria de cobre, mientras que el resto de los desechos se compone de fragmentos más bien pequeños de huesos de camélidos, mí-

nimos trozos de caparzones de erizos, de conchas de choros, almeja y ostión, también algunas vértebras de pescado

Bastante separado del núcleo principal del pueblo, entre grandes bloques hacia el fondo del cono, existe una concentración de ocho recintos circulares, que parece un pequeño conjunto de aquellos mitimaes elquinos. En el signado con el número 28, una pirca se adosa a una roca y a primera vista no tiene nada de particular, pero en la excavación aporta una urna finamente decorada en todo su cuerpo, incluido un rostro humano en el cuello. La particularidad radica en que es una pieza excepcional, de un estilo y técnica propia del valle de Elqui (*Lámina 37*). El espacio interior prácticamente sólo mantuvo los trozos de esta pieza y el resto es una escasa cantidad de otros desechos.

En la parte inferior del poblado se alzaron estructuras más amplias delimitadas por muros de piedra superpuesta en doble hilada, sin argamasa. Son espacios más o menos planos, como uno de forma poligonal (Nº 18) con una superficie de 132 m², que posee tres accesos visibles e incorpora en su lado suroeste un gran bloque de roca. Como no arrojó material cultural, podría tratarse de una especie de plaza. Otro espacio vecino (Nº 19A) es amplio e irregular, de 75 m², no enteramente cerrado, dominado por un gran bloque andesítico que deja a valle un recinto protegido bajo alero. Tiene muros delimitados formados por acumulación de piedras sueltas. El del oeste corre paralelo a una calle o pasadizo que lo separa del recinto 18 y da acceso al interior del poblado. En la superficie había una gran cantidad de cerámica Punta Brava.

Un tercer espacio abierto (Nº 26) es más complejo y de mayor dimensión, llegando a una superficie de 430 m², de forma poligonal delimitado por muros de doble

1,80 × 1,90 m, muros de 0,60 a 0,70 m de espesor en piedra tabular canteada, calzada con argamasa de barro, de altura promediada en 1,0 m, y un vano de acceso en el costado oeste de 0,60 m, con umbral (*Lámina 36*).

243

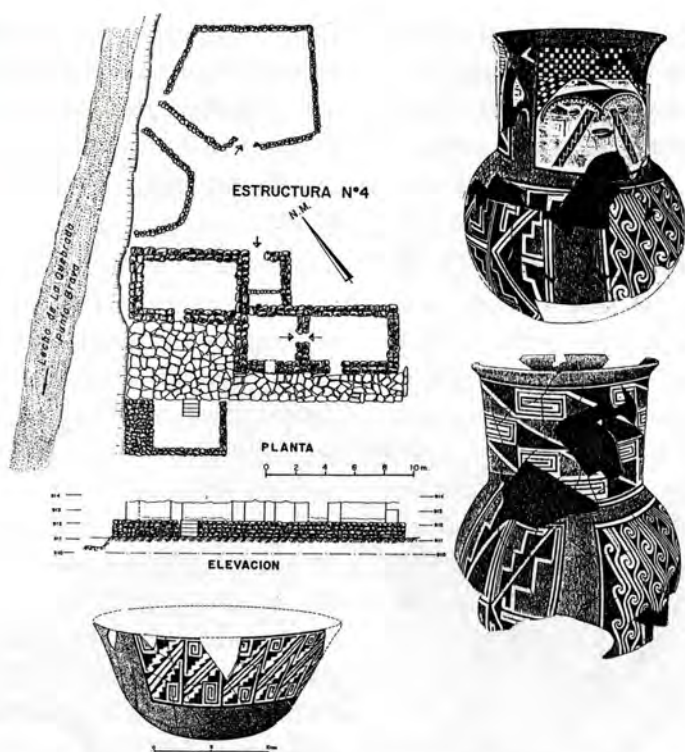


Lámina 37. Punta Brava. Edificio con rasgos arquitectónicos incaicos, urna del recinto 28 y plato acampanado de un plataforma.

un esfuerzo por despejar a este recinto de escombros porque el interior estaba limpio de desechos culturales. Además, el limitado espacio interno a lo sumo habrá permitido la convivencia de dos personas. Eso y el notorio contraste entre estos muros de excelente factura con los mismos muros delimitantes de la estructura mayor y con todo el resto de las viviendas, donde prima lo tosco, permite suponer que allí vivió un funcionario incaico de rango medio. Tal vez una persona dedicada a controlar el acopio y distribución de minerales hacia Viña del Cerro, por ejemplo, ya que están las minas cerro arriba y en el patio o área mayor pudo apreciarse la presencia de partículas de mineral de cobre como si fueran producto de antiguas acumulaciones de mineral, permaneciendo lo más finamente molido.

Desde este punto a las puertas del poblado, el “callejón” conduce al faldeo del pucara, cuyo tramo inferior está cubierto por un grupo de 14 plataformas construidas contra la pendiente, con una superficie máxima de $8,0 \times 5,0$ m y una mínima de $2,0 \times 2,3$ m, prácticamente sin muro de contención frontal. Las formas son elípticas a subrectangulares. La mayoría quedó ubicada a un par de metros de altura y el resto en la parte media a superior de la pendiente, cargadas al costado derecho. Estas últimas apoyan su respaldo en la roca fundamental que flanquea el embudo de acceso a la cumbre y estuvieron más protegidas al quedar tras las murallas que cruzan ese embudo. Son superficies espacialmente independientes una de otra, vale decir no tienen relación de contigüidad entre sí.

Al carecer de pircados y estar mimetiza-



El valle de Copiapó hacia aguas arriba de La Puerta. En primer plano, ruinas del Centro Administrativo Incaico.



Pucara de Punta Brava y su embudo de acceso. Sobre el flanco derecho del curso medio del río Copiapó, a unos 60 km de la capital.

das en el escombros de falda, pasaron desapercibidas para los huaqueros. Eso permitió recuperar abundante cerámica Punta Brava, Inca-Diaguita y Copiapó. Lo inalterado de los depósitos permite realizar cuantificaciones confiables, ya que prácticamente se excavaron todas. Otra garantía es la posibilidad de efectuar montaje de la cerámica *in situ*. En efecto, fue más o menos común recuperar gran parte de los tiestos que quedaron atrapados entre las rocas laterales a las plataformas. En el mismo lugar resultaba efectiva la identificación de los platos Diaguita incaico y Copiapó. Si era necesario se recurría a la revisión del desmonte donde había filtrado otra buena cantidad de cerámica. Lo que fue especialmente significativo en una de las plataformas más elevadas, cuyo largo desmonte cubría un enorme porcentaje de trozos. Como es imposible recuperar recipientes Punta Brava intactos y ni siquiera efectuar montajes, la revisión de los pedregales hacia abajo de las plataformas es la manera más eficaz para obtener grandes fragmentos que delineen las formas originales. Hay que decir que la única pieza de Copiapó completa es un recipiente publicado por Niemeyer en su obra de 1986, que volvemos a insertar en este trabajo. Las urnas publicadas por otros autores son vasijas diferentes.

Entre las plataformas superiores se registraron trozos Punta Brava con aplicación de cordones y detalles faciales por pastillaje, reflejando aspecto muy poco estudiados de esta alfarería copiapina. Además se destaca el registro de finos vasos café rojizos, que deben corresponder a la forma de los keros, de simétricas siluetas, delicada elaboración y bases circulares notoriamente planas. Elementos de molienda y corontas de maíz, figuran en este inventario. En lo demás, siguen aportando con restos de camélidos, pescado y moluscos del Pacífico.

— **La cumbre del pucara.** El acceso a la cima se consigue ascendiendo por un rodado entre rocas grandes donde se encuentran dos muros transversales pircados, de 30 y 40 m de longitud, que es preciso franquear, constituyendo las principales defensas del acceso. Por todo el resto del perímetro es absolutamente inaccesible, de allí que en estos bastiones pircados descansaba gran parte de la responsabilidad por evitar que la cumbre fuera tomada.

Alcanzando el portezuelo que se encuentra a cota 998 m s. m., y mirando al suroeste, aparecen las estructuras que defienden la cima propiamente tal: un muro de contorno a media ladera, que da vuelta la puntilla rocosa. Tiene 52 m de longitud. Más arriba se emplaza un nuevo muro más o menos paralelo al anterior a cota 1014 m y longitud de 40 m. Todavía se conservan algunas partes en buenas condiciones, demostrando la construcción de gruesos muros constituidos por piedras grandes esquinadas sin calzar y se ven más bien como amontonadas rústicamente. De las estructuras más próximas a la cima que mejor se mantienen, cabe citar otras plataformas (números 23 al 37), distribuidas rodeando la cumbre, a una ligera menor cota por sus costados.

La cumbre ha sido profundamente alterada y es difícil reconocer la construcción que vieron Iribarren y Niemeyer a fines de los '50. Esta comprende una superficie útil de 2.650 m², a una cota de 1023, 4 m s.m., con lo que la altura del cerro sobre el camino público antiguo que pasa a sus pies asciende a 143,40 m. En la puntilla del ángulo noroeste del cerro, a cota 1.002, aparece un corto muro que interpretamos con una función de atalaya, ya que desde ese punto se domina un amplísimo sector del valle aguas abajo, mucho más lejos que Hornitos. Desde la plataforma 31, del sector sud-

poniente, ocurre lo mismo respecto al valle aguas arriba, es decir, de La Puerta más al interior. Tales recintos son plataformas que tienen su apoyo posterior en el cerro y protección de muro pircado en medialuna a valle.

Las excavaciones pusieron en evidencia una ocupación no demasiado potente que contenía apreciable cantidad de fragmentos cerámicos, puntas de flechas relativamente pequeñas, restos de conchas de ostiones, choros, almejas, locos y caparzones de jaiba y de erizos. En todos los sectores excavados no faltaron los desechos de alimentos del mar, lo que es coherente con la popularidad de los asentamientos incaicos en el litoral. Cuando no son asentamientos con cerámica cuzqueña, son especies de colonias de pescadores surtiendo de pescados y mariscos al interior, cuya cerámica deja mucho que desear comparado con la excelencia técnica acostumbrada.

También se efectuaron colectas superficiales en la pendiente de las plataformas, notándose una cierta mayor abundancia de restos de platos acampanados y de escudillas planas. De uno de estos derrames surge el registro de un anillo espiralado de cobre. Si Iribarren clasificó su material de acuerdo al espacio en que fue colectado, el próximo paso será comparar ambas colecciones para ver en cuanto se cumplen nuestras apreciaciones. La cerámica recuperada en estratigrafía es de tipo Copiapó, Punta Brava y Diaguita aculturada. Se advirtió que la última alfarería aparecía más bien en relación con el nivel superior, sobreyaciendo a la cerámica Punta Brava y Copiapó que abundan en mayor proporción en el nivel inferior de la excavación. Este importante punto es una punta de la posibilidad por distinguir con mayor propiedad el panorama sobre la ocupación preincaica de este pucara.

Los guijarros rodados pequeños junto a los muros defensivos deben ser los proyectiles utilizados en las hondas. Mientras tanto, lo único que podría corresponder a una arma hispánica fue una pequeña pieza de fierro cuadrangular, con un cierto filo, recogida en una de las plataformas tras los muros en el embudo de acceso.

Así como las minas sobre los cerros más altos ligan a una parte de la historia del pueblo con la producción de piezas metálicas en Viña del Cerro, lo que indica que hubo moradores en actividades de minería, un alero en el fondo de la quebrada y otra cavidad bajo una gran roca, a la vuelta del pucara, junto al camino antiguo, guardaban restos de los productos agrícolas cultivados al lado del río. El alero fue un lugar de almacenamiento de porotos, muchos de los cuales se conservaban cubiertos por hojas de algún arbusto local, en evidente intención de conservarlos en buenas condiciones, o esconderlos, ya que es un lugar retirado del poblado. La oquedad bajo la roca es oblicua, baja y estrecha, permitiendo ocasionales permanencias de personas. Un par de corontas de maíz podrían indicar otro lugar de almacenaje más insospechado todavía ya que la revisión de estos lugares más bien es obra de la intuición que de señales que conduzcan a su descubrimiento.

Queda pendiente lo relativo a la posible morada del representante del inca en este lugar. El problema es que ante lugares tan cercanos entre sí, definir de buenas a primera dónde se instaló la jerarquía que controlaba toda esta tierra del valle de Copiapó no es fácil mientras sigan quedando demasiados cabos sueltos. Por las apariencias externas la prioridad la mantiene La Puerta pero falta excavar el edificio central o "palacete"

A escasos 10 kilómetros aguas abajo de

Punta Brava se encuentra Hornitos. Según Sayago allí existió un caserío de labradores cuyas acequias aún se manifestaban en 1677, y que fue rebautizado con el nombre español de "Las Puentes". Entre Las Puentes y Tres Puentes, como se conoce el lugar del anterior pucara, habría que dirimir si sólo es alcance de nombres o hay algo más de fondo. Hornitos está a la vista de Punta Brava, incluso unas fotografías de 1966 tomadas por Iribarren que apuntan hacia este cerro están caratuladas como "Pucara de Hornitos" en vez de Punta Brava, manifestando un vínculo sugerente entre ambos lugares. Un pucara satisface las necesidades de la población a la redonda, de manera que no extrañaría tanto lo anterior. Ahora, si fue el pucara de La Puerta o de Hornitos es otro problema.

Las fotografías de Iribarren también muestran algunos detalles de las sepulturas excavadas en la década del '50 por Carlos Campbell. Se aprecia un terreno pedregoso junto a un camino de vehículos, con pozos cilíndricos revestidos con piedras, en la quebrada de La Negra entre las casas de la hacienda Hornitos y la planta hidroeléctrica de Elisa de Bordos. Campbell descubrió las tumbas entre grandes rocas diseminadas por toda la quebrada, aunque ya era un cementerio fuertemente perturbado. La mención sobre el uso de los platos indígenas por parte de los inquilinos, al margen que sea o no verdad, grafica la riqueza de estos contextos que llegan a incluir objetos hispánicos. Basta apreciar la cantidad de piezas obtenidas por Campbell de una sola sepultura para darnos cuenta sobre la bondad de las ofrendas: 32 objetos entre alfarería, metal y torteros de piedra.

La mayoría de las tumbas fueron excavadas en el piso ripioso preparando un foso recubierto por piedras unidas con barro, muchos tapados con trozos irregulares de

material calcáreo abundante en la ribera del río, un kilómetro aguas arriba. El diámetro y la hondura de las tumbas iba de 0,60 m a 2,00 m de diámetro y de 0,80 m a 1,80 m de profundidad. Los niños fueron sepultados en las tumbas más pequeñas. Hablar de una sepultura con un diámetro de dos metros es pensar en una fosa bastante elaborada si nos basamos en el informe que describe paredes pircadas. A la distancia viene a la mente el dato sobre el muro detectado en tumbas las también muy ricas de Rodeo, río Pulido, y la versión más idealizada sobre las tumbas colectivas de Potrero El Chacay en el Jorquera. Es decir, son evidencias de contextos un poco más tardíos que cementerios tipo Iglesia Colorada o, en su defecto, coetáneos pero de una mayor categoría. El asomo de la jerarquía política y administrativa que escasea como evidencia concreta, aunque debemos proclamar esto con los límites propios de situaciones nuevas, sin apoyo aún de datos más contundentes. Sería sugerente suponer que estamos en la huella de quienes respectivamente administraron los territorios del Pulido, Jorquera y Copiapó, pero habrá que esperar qué dicen las próximas excavaciones, ya que las jerarquías no están simplemente en todas partes. Hornitos es un ejemplo no común con sus materiales más incaicos y nos ayuda a aceptar que no vamos a encontrar grandes cantidades de piezas cuzqueñas, porque una vez instalados lo incas, la alfarería de origen Diaguita es absolutamente funcional a sus necesidades de orden cotidiano y ritual.

Hay otros lugares con alfarería peruana neta, y en ello habrá que establecer si son los pasos de las primeras entradas al territorio semiárido, cuando el equipaje incluía sólo cosas importadas, o bien prueba de una permanente incorporación de utensilios que venían de afuera. Los cementerios

de Coquimbuto y Altovalsol, en el lugar donde habría vivido el gobernador inca, no destacan precisamente por la contundencia de alfarería foránea. Existen sitios con piezas de mejor calidad. Por ejemplo, Limarí, Freirina y su llamativa ergología repartida entre objetos de ofrendas fúnebres normales y de santuarios de altura, y Caldera que se perfila como un lugar insospechado desde el punto de vista de los intereses incaicos.

La tumba excavada por Campbell era un pozo forrado adosado a una gran roca, con diámetro aproximado de 1,20 m y una profundidad de 1,80 m. Bastante, si se debía excavar un terreno pedregoso. El relleno estaba compuesto por unos 50 cm de ripio con varias piedras grandes encima de una capa de barro, y luego un ripio donde habían fragmentos de cántaros. En el fondo había tres osamentas, lo que confirma la presunción sobre las tumbas colectivas, con cuerpos agrupados y no dentro de cámaras laterales como en Iglesia Colorada, a pesar que aquí la tendencia es más de carácter individual. Un individuo estaba sentado con las rodillas pegadas al cuerpo, mirando al norte, y los otros acostados. No hay distinguos de ofrendas individuales porque se habla de una "nidada de objetos de cerámica" como las que hemos visto en Iglesia Colorada, y a lo más se puede percibir que portaban anillos de oro y plata, en tanto que uno deber haber llevado un aro de plata y otro de oro muy similares, y otro individuo un aro de plata.

El conjunto de piezas comprometidas con las osamentas es la siguiente:

— **Cerámica.** Comienza a aparecer al 1,30 m de profundidad y consta de 16 vasijas: Un par de aríbalos de porte mediano (20 y 25 cm de alto), uno decorado con sendas líneas negras que rodean la base y parte su-

perior del cuello, y un par reticulados café a lo largo de un solo frente del cuerpo. Contenía aquel residuo amarillo que hemos visto en algunas urnas, interpretado como maíz molido de chicha por Campbell. El otro aríbalo es más fino, con la base completamente cónica y dibujos negro sobre rojo relleno todo el cuello (hilera de rombos) y un frente del cuerpo con alternancia de campos cudriculados e hilera de rombos. Al lado opuesto sólo lleva dos líneas negras terminadas en grecas; Cuatro escudillas playas con cabeza de ave y protuberancias en recuerdo de la cola y dibujos café-rojo. Un par más grande va de 15 a 17 cm de diámetro y el otro es parejo en 10,5 cm; Dos platos bajos de 15 cm de diámetro con borde evertido, exterior "rojo ladrillo" e interior blanco con una guarda de líneas negras y café rodeando la boca; Una botellita de cuerpo esferoidal, cuello más o menos recto y asa oblicua. Altura de 15 cm con líneas en V sobre el cuello y cuerpo con alternancia de líneas rectas y dibujos pequeños que no se aprecian, pero deben corresponder a llamitas estilizadas igual a otras botellas idénticas que se han encontrado en Paipote y La Serena, recordando motivos Inca-Pacaje.

Los dos últimos ceramios son una producción más local de la inventiva incaica. Platitos con la guarda sobre la boca existen en Caldera y Elqui, variando de puras rayitas a combinación con triángulos. Otro ceramio es una especie de olla monocroma que no describe Campbell, de cuerpo esferoidal con una asa amplia en posición oblicua similar a las copas en pedestal, y cuello corto evertido.

El acostumbrado uso de alfarería regional corresponde a seis platos acampanados de un porte parejo (17-18 cm de diámetro). Uno, de fondo blanco, es rodeado por una franja rellena de líneas negras triangulares.

Otro tiene una franja a cuadritos, más delgada y quebrada en ángulos rectos. El resto son platos con diversos dibujos geométricos. Aquí hay una segunda evidencia sobre vestigios de alimentos, al encontrarse pescado en uno de los platos.

Completa la colección un jarro zapato rústico ennegrecido por el fuego.

— **Metal.** Un par de anillos de oro con adornos espiralados, otro de plata con extremos unidos por cortes en bisel, similar al de Punta Brava, un par de aros de plata y un aro de oro. Aunque de distinto material, dos aros son idénticos, de cuerpo rectangular con espirales en los extremos y largos ganchos con una pequeña cuenta ensartada, mientras que el tercero es un alambre de plata rematado en un espiral; Dos alfileres (topus) de plata, uno con remate en espirales divergentes sobre el cabezal semilunar; Un cincel de cobre, de 11,8 cm de largo, con un extremo agudo y el otro recto.

— **Piedra pulida.** Son siete piezas finas de 2,3 a 3,7 cm de diámetro que se interpretan como utensilios de textilera (torteros). Una estaba entre el relleno a 1 metro de profundidad. De cinco piezas circulares, cuatro son conos truncados con tallados en la base y la quinta un disco plano con dibujo estrellado. Una sexta forma es ovoidal y la última rectangular sencilla (*Lámina 38; Figuras 1, 2, 3, 5, 6, 7, 9 y 10*).

Entre las vasijas también había una valva de ostión, que a todas luces debe corresponder a una de aquellas tabletas para alucinógenos que se repiten en Iglesia Colorada y varios sitios hasta Ovalle.

La revisión que realizó Iribarren advierte que en unas 30 sepulturas, los pozos circulares son la excepción y la mayoría inhumaciones directas en el suelo, resca-

tando de una tumba abierta otro aríbalo, una "copa" con asa y base en pedestal, un cantarito esferoidal con dos asas, un jarro pato, dos cuencos chicos y un tortero de hueso (*Lámina 38; Figuras 3, 4, 5 y 8*).

El desarrollo de este cementerio hasta la etapa de contacto con los hispánicos se aprecia en la entrega de abalorios a los indígenas, en una repetida presencia de cuentas de vidrio veneciano. Campbell las colectó en tumbas saqueadas de niños, acompañadas de muchas cuentas chicas y grandes de concha, y un collar de puro vidrio fue hallado en una sepultura de adulto que además contaba con un palito en U, de atalaje para cargar llamas, restos de hilado fino, un pito de greda cocida en forma de "cabeza de negro" y restos de caña de coligüe. Iribarren recogió el mismo tipo de cuentas europeas entre otras cuentas y trozos de alfarería superficial.

En este cementerio, cuya sesgada información basta para darnos cuenta sobre la abundancia de ofrendas, los objetos de la cultura material incaica son mayoría. Ni un solo aríbalo fue encontrado en el cementerio de Iglesia Colorada. Tampoco un plato playo. Hay restos de estos platos en superficie y todo indica que faltaría registrar el sector de tumbas con esta alfarería. Considerando las seis vasijas descritas por Iribarren, de las 22 piezas que forman el grupo total, más del 50 % corresponde a obras incaicas más típicas. Es una apreciación parcial pero marca una tendencia diferente a otros cementerios. Además están los objetos de metal que aumentan el porcentaje de manufacturas de estilo Inca, reafirmandose una participación en desarrollos que vislumbran un mejor status, parecido a Rodeo y Potrero Chacay.

Aguas abajo de Hornitos antiguas referencias describen ceramios aislados antes de llegar a Copiapó. A la vez, siguiendo a



Lámina 38. Hornitos. 1-8. Ceramios reunidos entre Campbell e Iribarren; 9. Objetos de metal; 10. Adornos (¿torteros?) de piedra tallada.

Sayago, a corta distancia de Hornitos seguía el pueblo de Paso Hondo, cuyo escaso case-
río en 1677 no era más que algunos ran-
chos. Más abajo venía Camasquil, hoy Po-
trero Seco, donde Sayago alude a ruinas de
una “aldea” indígena de mejor rango. Ense-
guida se salta a Nantoco, pero en los 15
kilómetros que median entre ambos pue-
blos hay otros datos de tumbas incaicas for-
mando una seguidilla de evidencias donde
asoma Camasquil como probable cabecera.
Cosa que hay que afinar comparando los
datos etnohistóricos con los arqueológicos.
Hornitos, Paso Hondo y Camasquil están a
un paso. Allí hay un nudo por desatar.

A un paso de Nantoco también están

Totalillo y Cerrillos, lugares incluidos
por Latcham (1928) en la revisión sobre
alfarería prehispánica. De Ttotalillo infor-
ma sobre una botella con dibujos negro y
blanco sobre fondo rojo oscuro, del tipo
hallado en Hornitos (llamitas estilizadas pa-
cajes) y de Cerrillos procede una “ollita” de
16 cm de altura, con cuerpo esferoidal,
base recta, un par de pequeñas asas inclina-
das y cuello corto evertido. Está decorada
con dibujos negros sobre rojo; una ancha
faja reticulada rodeando la medianía del
cuerpo y triángulos unidos, los de arriba
invertidos, alrededor de la base y extremo
superior (borde) del cuello (*Lámina 39*;
Figura 1).



Lámina 39. 1-2. Recipiente y olla de base en pedestal de Cerrillos; 2. Vaso San Francisco; 3. Escudilla de Paipote; 4-13. Materiales de Copiapó. 4-7. Ceramios; 8. Escultura en piedra; 9-13. Alfiler, maza, hacha (despoblado), manopla y cuchillo.

El trayecto entre Hornitos y Copiapó ha sido poco estudiado. El mismo Hornitos más bien es producto de la casualidad. Entonces hay una treintena de kilómetros con referencias generales, en circunstancias que allí se juega una buena alternativa para recorrer el velo sobre la administración incaica en el valle principal. Son escasas también las referencias sobre minas y pueblos indígenas mineros. En este espacio, unos 15 kilómetros al interior de Cerrillos, en la quebrada Carrizalillo, Charles Darwin visitó unas ruinas que aportan una pista concreta. Siguiendo un camino alternativo que conduce a la cordillera por el noreste del valle, Darwin llegó en 1835 a Punta Gorda, anotando en su diario:

“En el valle en que me encuentro actualmente, en Punta Gorda, las ruinas consisten en siete u ocho pequeñas casas cuadradas, muy semejantes a las que he visto en Tambillos, pero construidas con una especie de bloques de barro que los actuales habitantes no saben fabricar con tanta solidez, ni aquí ni en el Perú, según Ulloa. Esas casas están situadas en el fondo del valle, en su parte más abierta. No se encuentra agua sino a tres o cuatro leguas de distancia, y aún esa agua es escasa y muy mala. El suelo es estéril por completo y en vano he buscado trazas de liquen en las rocas. Hoy, aunque se tenga la ventaja de poseer bestias de carga, apenas si se podría explotar una mina en tal lugar, a menos que fuera de una riqueza excepcional. Sin embargo, los indios eligieron, este lugar para vivir”.

A las puertas del despoblado, otro par de referencias aisladas, entregadas por el mismo Latcham, remarca vestigios desconocidos del desarrollo incaico. Primero con un “timbalo” o kero de base plana, similar a los fragmentos de Punta Brava, decorado con rectángulos negro-rojos, rectángulos concéntricos y círculos con

punto central, de la mitad del cuerpo hacia abajo. Es el único dato que existe sobre el lugarejo llamado San Francisco, figurando en el mapa de Espinoza (1874) al lado de Paipote. Precisamente, de este último paraje que conserva el nombre indígena, es la otra referencia, relativa al hallazgo de una botella con motivos negro y blanco sobre rojo. Es la cuarta botella del mismo tipo, fuera de Hornito, Totoralillo y otra de Copiapó, con el denominador común de las llamas estilizadas que muy a la distancia rememoran motivos altiplánicos.

2. La definición del Copayapo arqueológico

En recientes estudios de Advis y Cervellino sobre la travesía de Diego de Almagro por la cordillera (1994), se aborda el problema sobre el lugar a que los españoles accederían en busca de pertrechos para socorrer a la tropa que ha soportado una desastrosa aventura por un puerto de nieve. Los análisis previos hablan genéricamente de Copayapo como el destino de la avanzada que busca auxilio, pero todo queda en las suposiciones. Las nuevas interpretaciones creen que el primer poblado visitado corresponde a Iglesia Colorada, basándose en la cercanía de este lugar si se compara con la cantidad de jornadas ida y vuelta requeridas para cubrir la distancia entre el Copayapo de las crónicas y la cordillera. La abundante provisión de alimentos que se prepararía pudo salir de Iglesia Colorada, pero este punto no era el pueblo de Copayapo porque tenía su propio nombre: Cholíguín.

Hay bastantes consideraciones para seguir debatiendo sobre el particular porque las dudas persisten, entre ello, el hecho que las crónicas tempranas no hablen precisamente de Cholíguín, salvo que sea un nombre más tardío. Donde no hay dos versiones

es en la certeza que Pedro de Vaidivia sí arriba directamente desde el despoblado de Atacama a Copayapo, el pueblo que según Sayago daba el nombre a todo el valle. La calidad de asiento principal indígena estaría refrendada por la existencia de “los Tambillos del Inga” que cierran por el sur el perímetro del poblado, mientras que la parte norte lo ocupa el barrio histórico de “la Chimba”. Sayago plantea como un todo el espacio que va desde los Tambillos a la Chimba, no obstante, según sus palabras entendemos que el núcleo residencial mismo estaba en los “terrenos que hoy forman el barrio de la Chimba”, es decir, en la parte noroeste de la actual ciudad.

Pareciera que los Tambillos del Inga ya son historia a la llegada de los españoles y sólo un punto de referencia para definir los límites de las posesiones indígenas que perduran. Así como lo eran los cerros de Puntoc, Zelbata, Pismel y Talpop (Sayago, C. M. 1874). Este tambo estaba situado en las “inmediaciones de un cerrito redondo desprendido de la alta serranía... en la extremidad sur de la calle de Talcahuano, pasado el río...”. La tradición oral prácticamente ha olvidado tales referencias, y ningún bloque de estas ruinas pudo ser conocido, además porque Sayago advierte que el cerrito estaba truncado por la extracción de piedras. Lo que no cuadra mucho con la envergadura que se le asigna a Copayapo es la calidad de “tambillo”, o sea, un tambo pequeño, para este reducto que se supone fue la morada del representante del incanato en esta latitud.

Los datos arqueológicos plantean la existencia de dos núcleos de evidencias. El principal situado en el centro de la ciudad cargado hacia el río o extremo sur de la urbe, y otro en la inmediaciones del cerro Chancoquín o Zelbata. La única referencia que se puede comparar con la cuantía de las informaciones sobre el núcleo cen-

tral es el hallazgo de los cementerios del lado este del cerro mencionado, de los cuales no sabemos qué parte correspondía a sepulturas incaicas. Mientras el sector principal en forma recurrente viene aportando información sobre contextos fúnebres de esta época.

Un par de puntos, por ejemplo, la Plaza de Armas y el Hospital de la Mutual de Seguridad, se alejan un poco de lo que fue el corazón de una zona de cementerios situada en la calle Chañarcillo entre Chacabuco y Colipí. A pesar que ninguna cosa está demasiado lejos de la otra, las sepulturas en esas calles son las más cercanas al emplazamiento de los tambillos, un poco al este, mediando el río entre ambos lugares. No existen referencias sobre otro tipo de arquitectura residencial, aunque se debe tomar en cuenta que el crecimiento de la ciudad ha borrado la faz original de Copayapo y queda mucho por descubrir bajo los cimientos actuales. Las sepulturas claramente indican donde hubo actividades en forma permanente y parece que señalan el espacio relacionado con una parte “antigua” de la población incaica, mientras que la Chimba se convertiría en la parte más nueva que encuentran los españoles.

El vaso de oro publicado por Medina (1882) encontrado en la “calle del Comercio... a cinco cuadras al oriente de la plaza”, nos lleva a la actual Avenida Henríquez y a otro espacio fúnebre más antiguo aún. Suponemos que los restantes comentarios de Medina sobre piezas arqueológicas de Copiapó corresponden al perímetro situado en la calle Chañarcillo o en su defecto, dentro del perímetro que va de ahí a la Plaza de Armas. Lo cierto es que desde los descubrimientos ocurridos a principios de este siglo hasta un par de rescates en la década del '70 y un último hallazgo en la Mutual de Seguridad, se reafirma la exis-

tencia de un lugar bien marcado con cementerios de la época incaica. En los años 76 y 77 realizamos algunos rescates entre la plaza y calle Chañarcillo. El primero corresponde a una tumba profunda cuando reparaban la pileta central, recuperándose parte de una osamenta de adulto, un mortero, trozos de una urna Punta Brava y una olla rústica que contenía un par de huesos de camélidos ahuecados, como si fueran sopladores. En el mismo lugar, cuando se instaló esta fuente, se había obtenido un jarro pato muy particular que Oyarzún (1910) publica con lujo de detalles, demostrando una cabeza de pájaro dentada (felinizada) y una serie de dibujos negro/rojo sobre fondo blanco (*Lámina 39; Figura 6*).

Dos rescates al unísono se produjeron en Colipí y Colipí con Chañarcillo, a metros de distancia uno de otro. En ambos casos los vestigios surgen por la acción de maquinarias en trabajos de obras públicas, donde el primero produce la destrucción de varios platos Diaguita incaico, Copiapó y al menos un par de urnas Punta Brava con detalles faciales en pastillaje sobre el borde. En esa parte superficial no asoman restos humanos, pero al profundizar la excavación apareció una osamenta muy encogida, como si hubiera estado dentro de un fardo funerario, sin ninguna ofrenda a su lado. Más incaico resultó el hallazgo un poco más al norte, lográndose la parcialidad de un cráneo de adulto, un aríbalo bastante fino aunque no netamente cuzqueño, un par de platos acampanados también finos, con aquellos detalles técnicos tan propios de la alfarería de Copiapó (pasta, superficie, engobe crema), una botellita de color rojo con diminutas asas, una botella gris y una concha de ostión que hoy sabemos corresponden a las tabletas para contener alucinógenos. Estos materiales sin estudiar pertenecen al Museo Regional de Copiapó y

son los referentes más actuales de una larga lista de hallazgos.

En el plano de los descubrimientos antiguos figura una escultura de piedra dura pintada de rojo que Barros Grez publica en 1895. La única indicación estipula que fue hallada al abrirse los cimientos de una casa en construcción y transportada al Museo Nacional de Santiago por el ingeniero Francisco San Román. Su altura es de 25 cm y consiste en un personaje sentado con las piernas estiradas sobre una plataforma rectangular, de vientre prominente, cara alargada y brazos doblados con las manos a la altura de la sien, sujetando una especie de sombrero cilíndrico que Barros Grez describe como un gran vaso cilíndrico (*Lámina 39; Figura 8*). Años atrás José Toribio Medina había publicado algunos ceramios y piezas de metal, recurriendo a informaciones más antiguas aún. Incluye un plato acampanado Diaguita incaico con escalonado exterior e interior y una de esas botellas con asa horizontal oblicua descritas desde Hornitos a Paipote (*Lámina 39; Figuras 4 y 5*).

Del viajero Bollaert toma apuntes sobre unas sepulturas anchas y pequeñas, que se levantaban sobre el suelo en forma de montículos, hasta una altura como de doce pies, abiertas en 1843, con vasijas de greda, puntas de flechas, maíz, piedras de moler y alfileres de cobre. Agrega Medina que el botánico inglés Mr. Bridges obsequió a Bollaert, en 1854, seis ejemplares de huacos extraídos de Copiapó, donados al Museo Británico, siendo uno de ellos una copa pintada. Y Bollaert se refirió además a un objeto de oro descubierto en una sepultura indígena en 1832, con la forma de un “pequeño coco, abierto en su parte superior, que cuando se soplabla en él daba un sonido penetrante, y apretándolo con los dedos se encogía, pero recobraba su estado primitivo cuando cesaba la presión”.

Una hacha de cobre que se extravió en la “Exposición del Coloniaje” y un alfiler o topus de oro fundido, de 13,3 cm de largo con cabeza ancha en medialuna, pertenecieron a la familia Prieto. La porra o maza de cobre de seis puntas que publica también Medina mide 5,7 cm de diámetro (*Lámina 39; figuras 9 y 10*). Otra arma típica son las manoplas y una de ellas procede de Copiapó, reactualizada por Mayer (1986) a partir de datos de Bird en 1946. Estas piezas y aquellas que no se conocen físicamente sugieren un énfasis en la utilización de artículos de metal entre los habitantes de Copayapo. El mismo historiador chileno citado dibuja un cuchillo de cobre con hoja rectangular que tiene un largo de 7,3 cm, con orificio de suspensión saliente el dorso, otro cuchillo de hoja curva y orificio en la hoja misma, figura en la obra de Mayer depositado en el Museo de Berlín producto de una llamada “excavación Bastian”, y concluye el recuento de Medina con la cita sobre una hacha de cobre encontrada en parajes del desierto por el norte, que luego se describe en relación a vestigios de minería (*Lámina 39; Figuras 11, 12 y 13*).

Otras excavaciones formaron las colecciones de Armando Rivera, del Dr. Holz y del Sr. Hering traídas a colación por Latcham en 1928, la penúltima perdida en los canales del sur cuando iba con destino al Museo de Plattdorf y la última depositada en el Museo de Stuttgart. Un jarro de cuerpo doble perteneciente a la colección de A. Hering, de una sepultura descubierta “un poco al poniente de la ciudad”, se compone de dos compartimientos esferoidales, uno cerrado en forma de cabeza humana y otro abierto, unidos por un asa puente. El fondo es rojo oscuro con ojos, boca y orejas pintadas de negro. Una decoración en líneas blancas que contempla aros circulares, un pequeño tocado circular a rayas, un collar y

brazos sobre el cuerpo, además de líneas en la base y parte superior del cuello del recipiente abierto, serían dibujos apócrifos según Latcham por lo “tosco e imperfecto”, a pesar que el dueño de la vasija aseguraba que ésta había sido encontrada tal cual (*Lámina 39; Figura 7*).

De los albores del presente siglo, también es el hallazgo de un plato Diaguita incaico con la figura de un par de estilizadas serpientes rodeando el cuerpo acampado, cuya descripción la toma Latcham de un artículo de Oyarzún publicado en 1920, y de un aríbalo grande depositado en el Museo de Historia Natural de Santiago, pintado con un par de franjas verticales compuestas por líneas negras externas y una línea blanca interior en zigzag. La generalidad de tales informaciones sólo permiten manejar un recuento de piezas aisladas que no obstante sirven para graficar la recurrencia de contextos fúnebres en los terrenos del Copayapo prehispánico. Es una época que no se ha vuelto a reeditar, incluyendo un cementerio descubierto en la calle Chañaral por trabajos de alcantarillado, con tiestos que en su mayoría denotaban influencias incaicas (Cornely, F. 1956), culminando en lo que a nuestro juicio es el descubrimiento arqueológico más importante hasta ahora, en la misma calle Chañaral.

Por las referencias de Looser (1928) sobre una propiedad cercana a la ribera del río y el parecido entre Chañaral y Chañarillo, las excavaciones de don Horacio Espoz en sus dominios debieron estar ubicadas en el mismo lugar que hemos señalado como el corazón de los cementerios incaicos de Copayapo. El problema es que sólo se conocen ciertos detalles de las sepulturas gracias a escritos de Looser y posteriores comentarios de Cornely e Iribarren, ignorándose el destino de los utensilios, a ex-

cepción de tres urnas que fueron a parar a la colección Cruz Montt. Por unas fotografías de Iribarren, se aprecia un terreno denso en vegetación, con orificios profundos como la altura de una persona. Queda la impresión que las piezas alfareras fueron exhibidas en una exposición, a no ser que su ordenamiento obedezca sólo a los propósitos de una sesión fotográfica. Figuran varias de las vasijas que describe Looser, pero hay más de lo que este mismo investigador considera en sus artículos. Por ejemplo, un par de aríbalos finos, uno de ellos bastante cuzqueño con espigas y $\times$ dobles, un jarro grande esferoidal con dos cuellos, rodeado por una franja pintada, una olla esferoidal sin cuello, con asas verticales sobre el labio, y a lo menos tres platos acampanados más del que utiliza Looser como modelo. Por último, figuran tres vistas de cráneos que no sabemos si es uno mismo repetido en distintas posiciones, sin embargo es clara la práctica de una deformación anular que alarga el cráneo hacia atrás.

El grueso de los resultados obtenidos en la excavación los describe Looser en 1928, y en 1932 se ocupa en destacar las características de tres urnas policromas relacionadas con el estilo alfarero Diaguita. Las tumbas estaban localizadas en grupos de 10 a 12 sepulturas individuales, cada grupo separado del otro por una muralla de piedras. Las principales estaban rodeadas por una pared de mampostería y dentro de estos recintos se encontraron los objetos más valiosos. La mayor parte son vasijas de greda, encontrándose más de 300 tiestos, luego vienen cinceles, hachas y otras herramientas de cobre, aros de oro y un cintillo del mismo material colocado en la cabeza de un individuo. Looser le atribuye relativa importancia a este descubrimiento, no obstante reconoce la calidad de la cerámica emitiendo juicios como "piezas realmente

hermosas", "esmaltados con sorprendente habilidad", "delicadeza e instinto artístico verdaderamente admirable", "combinación de diseños con interesante originalidad", o "sorprendente naturalidad del procedimiento para lograr los resultados".

El tono usual de la cerámica es de color crema y un porcentaje menor lleva diseños rojos y negros. Un grupo de tiestos de una manufactura más incaica comienza con el aríbalo visto en las fotografías comentadas. El publicado por Looser también es fino, con una fuerte dosis de elementos cuzqueños como diminutos triángulos invertidos, mamelón en la parte superior del cuerpo o pequeñas orejas sobre el borde, combinado con una serie de T de extremos doblados en ángulos, en una franja vertical sobre el cuerpo perteneciente a una inventiva más local. Sigue una copa con base en pedestal, asa pequeña y frente del cuerpo lleno de protuberancias. Enseguida viene una escudilla playo con asa oblicua cubierta en el interior por cuatro personajes idénticos que forman una cruz, semejantes al sacrificador, de cuerpo esquemático, cabeza con tocado de "plumas", un hacha en la mano y una figura de líneas "radiantes" que pueden representar un emblema de distinción o una cabeza cortada con la cabellera colgando. Una pieza también con rasgos particulares es interpretada como un silbato por Looser, basada en dos cuerpos en forma de "huevo", unidos por una asa curva de donde emerge el gollete y una figura de serpiente que imaginariamente atraviesa los cilindros de lado a lado. Los peces del Titicaca o suches que armónicamente "circulan" dentro de un pequeño plato de borde evertido circundado por círculos y rayitas, es otro ejemplar con aires foráneos o, por lo menos, con motivos importados, ya que de estos platos conocemos varios en una versión más simple, por ejemplo el par de

Hornitos, otros de Caldera y Coquimbo. Para mayor redundancia, el plato de Copiapó lleva una franja por fuera con diminutos cuadritos negro y blanco. En una mezcla más o menos exclusiva, una pequeña urna antropomorfa que según Looser revela una destreza magistral, está morfológicamente emparentada con jarros que aparecen de vez en cuando en sitios de Elqui y Limarí.

Sobre el cuerpo van los brazos recogidos en actitud de reposo, rodeados de una posible vestimenta a base de finos círculos, cuadritos y otros dibujos pequeños, por detrás lleva la figura de un reptil, y el rostro está dibujado esquemáticamente en el cuello (Lámina 40; Figura 1. Lámina 41; Figura 4).

La indicación sobre alfarería con diseños rojos y negros puede estar hablando de



Lámina 40. Copiapó. Colección obtenida en calle Chañaral. 1. Cerámica representativa de patrón incaico; 2. Detalle de plato Copiapó; 4. Cerámica representativa de patrón Diaguita.

platos Copiapó, más allá de la escasa representación que se hace de un rostro antropomorfo típico entre dos franjas verticales con rectángulos estilizados. Ello da inicio al grupo de cerámica netamente regional, seguido por un plato acampanado con una guarda de líneas quebradas por el exterior y el resumen del cuerpo de un ave repartido cuatro veces en el borde interno; por un jarro pato que parece llevar el rostro de un animal en vez de la acostumbrada cara humana, cuyo cuerpo es decorado por una ancha franja donde se repite en forma idéntica la T que comparten Diaguitas y alfareros de Arica; por jarros zapatos simples y uno con cola, alas de pájaro y bosquejo de un rostro humano en el cuello; y por otras cuatro urnas, una sencilla de greda corriente, con las infaltables asas oblicuas, particularizando un rostro humano en el anverso y reverso del cuello, y las otras más grandes, de 38 cm de altura máxima, con caras zooantropomorfas pintadas en el ancho cuello y cuadrados con filigranas geométricas sobre el cuerpo esferoidal, que a no dudar son las urnas más finas del valle de Copiapó, igual a la urna que se destaca en Punta Brava (*Lámina 40; Figuras 2 y 3. Lámina 41; Figuras 1, 2, 3 y 5*).

Pese a lo sesgado de la información, nos basta para saber que en terrenos por el sur de la ciudad estuvo lo principal de la funebria incaica local. Manríquez (1994) asocia a los Tambillos del Inga con terrenos de La Viñita, ampliando más al este la extensión de este reducto, o bien derechamente sugiriendo que su ubicación estuvo más arriba que lo anunciado por Sayago. Debió existir más de algún complejo arquitectónico asociado a esta gran área de cementerios, porque es muy poco lo que pudo representar en ese sentido los hipotéticos tambillos. La referencia en plural da la idea de varios recintos o grupos de recintos, no obstante

que Sayago constriñe su ubicación “a las inmediaciones de un cerrito” solamente. A simple vista, el punto señalado por Sayago se aprecia “aislado” del conglomerado central de sepulturas; estas figuran varias cuadras desfasadas al noreste de los tambillos.

Una cantidad de objetos de metal que aumenta el recuento realizado anteriormente, abundantes y variadas ofrendas, dedicada atención para construir sepulturas con mampostería, personajes con deformación craneana, etc., de nuevo exponen la presencia de un cementerio que se distingue entre los pares. La construcción de paredes o pozos revestidos hace más real la versión que en Rodeo hablaba de algo parecido, situación que suponíamos como una interpretación antojadiza de personas no acostumbradas con el tema. Al cabo de revisar varios contextos fúnebres incaicos del valle, es un hecho que el cementerio del



Lámina 41. Copiapó, calle Chañaral. 1-3. Urnas de patrón Diaguita; 4. Urnita de patrón Inca Local; 5. Urna variante Punta Brava.

montículo en Iglesia Colorada representa una etapa específica de la población, que requiere ser comparada con situaciones similares, mientras que las tumbas de Rodeo, Jorquera, Hornitos y Copayapo forman una serie adscrita a otro momento de la misma población. La cuestión que se mantiene en discusión es ver si se trata de hechos diacrónicos y por lo tanto un momento superior de desarrollo, o hechos sincrónicos que muestran diferencias sociales de significación, perfilando la situación de ciertos lugares con mayor status dentro del territorio ocupado.

En el inventario del Museo de Copiapó están inscritos un aríbalo grande, otro pequeño y un plato acampanado Diaguita incaico encontrados en la intersección de las calles Chañarcillo y Yumbel, señalando la extensión de por lo menos una cuadra de un cementerio que tocamos levemente por el este en la década de los '70 (Chacabuco-Colipí). Un par de cuadras más arriba, en la misma dirección, en esta década se obtuvo un aríbalo en los terrenos de la Mutual de Seguridad, que amplía las posibilidades para detectar otras sepulturas. El inventario registra otro aríbalo y la boca de un aríbalo, anotados sin especificación de lugar dentro de Copiapó. Otras vasijas figuran con el rótulo de "C. diaguita", "C. diaguita Coppó", o "Atacama C. diaguita", dando a entender que nuestros conocimientos sobre la realidad del Copayapo arqueológico todavía son escasos.

Más aún, un plato acampanado obtenido en 1957, procede de la arteria Yumbel/Circunvalación, junto al cerro Chancoquín y más próximo a los cementerios que Matus y Sierra excavaron en la década del '20. Es una incógnita saber qué parte de esos cementerios pudieron estar comprometidos con la historia incaica local. En este tema entramos a revisar los indicado-

res que puedan definir las características del sector norte de Copayapo y la verdad es que éstos son escasos comparado con lo antes expuesto. Por ahora hay más alternativa de entrar por la vía de la Etnohistoria, agregando el análisis de las tierras de La Bodega, inmediatamente al oeste, sin olvidar el significado de los olleros que Sayago sitúa en los terrenos de La Chimba.

Por Chancoquín bajó el camino del Inca al valle y por ahí debió estar la guaca sobre la cual Valdivia planta una cruz en nombre del cristianismo. En términos concretos, Chancoquín fue parte de los intereses mineros de los naturales, con incontables pozos desde la cumbre hasta el pie revisados por el viajero alemán Paul Treutler entre 1852 y 1858, tras la búsqueda de minas de oro. Se trata de chiflones angostos y bajos donde la única solución para ingresar es arrastrándose. En el caso de la mina inspeccionada por Treutler hubo que entrar en esas condiciones para luego encontrar una cámara que permitía sentarse y enseguida pararse, hallando una osamenta acomodada en un nicho en la pared, envuelta en harapos sobre un lecho de juncos, dos cinceles y un martillo de cobre macizo que recogió junto con rocas auríferas un poco más adentro. Esas cortas vetas no producían desmontes y las minas se reconocen por una abertura redonda en la boca.

Los españoles descubrieron minas de plata en 1770, y antes se habían extendido a Jesús María y Talinay, en serranías al sur de la ciudad, también continuando las obras de los indígenas que dejaron "innumerables minas de oro" o "explotaciones de ese metal y de cobre" (Treutler, *ob. cit.*; Asta-Buruaga, F. 1899). Obra de Treutler es el descubrimiento de un par de poblados mineros indígenas en la sequedad del des poblado de Atacama. Cabe recordar que Medina publica una hacha de cobre de 11 cm de

largo, hallada “en una áspera quebrada de la provincia de Atacama, no lejos de donde el camino llamado de los Incas se dirige hacia el cerro de Tres Puntas, en latitud de 26°42’”. Más allá del tráfico rumbo a Indio Muerto, Doña Inés, Volcán Copiapó (con un interesante santuario de altura), o San Pedro de Atacama, los copiapiños erigieron grandes poblados junto a sus minas que por ahora sólo conocemos gracias a las notas de Treutler. No se trata de tamberías, sino de verdaderos centros mineros en medio del desierto, o mar de arena como apunta el viajero.

Inspirado en la tradición oral y su versión sobre enormes riquezas de oro, en 1857 comenzó revisando la falda austral de la sierra de Cachiyuyo para dar con una veta indígena de más de mil pasos, grandes desmontes y numerosas viviendas pircadas a ambos lados de la mina que revelaban un número importante de operarios. La febril actividad también se explicaba por “un sinnúmero de antiguas fuentes de greda, algunas bien conservadas y provistas de adornos, pero en su mayor parte destrozadas, ...puntas de flecha, bolas de ágata, una gran piedra para triturar el cuarzo aurífero en casi todas las viviendas... y un cincel con dos martillos de cobre macizo en una vivienda”. En el recinto mayor se halló un bloque grande situado sobre otra piedra, que es interpretado como una especie de campana por un fuerte sonido que emitía al golpearlo.

La experiencia permitió trabajar una mina contando con agua próxima, pero también fue un probable impedimento para continuar con las obras ante la inundación de la veta. En el lado opuesto, o sea, sin agua a la vista, está el segundo poblado minero que Treutler descubre en la parte septentrional de la misma sierra tras haberse internado en una estrecha quebrada con abruptas paredes donde encuentra picto-

grafías de color rojo. Es una colina cercana a la quebrada, “de unos cien pies de altura y aislada en medio de la planicie arenosa, ...con unas sesenta viviendas pircadas... muchas muestras de cerámica, puntas de flechas y grandes piedras de las que empleaban para moler el cuarzo y obtener oro”.

Lo mismo que a Darwin cuando descubrió el poblado en Punta Gorda, le llama la atención a Treutler que hayan podido vivir aislados en la candente arena del desierto. Eso es parte de los pasos que necesariamente tendrá que dar la investigación de aquí en adelante. Las pictografías y su cercanía a una vertiente podrían tener algo que ver en esta situación. Ya los paneles con arte rupestre en la pequeña Quebrada de las Pinturas han concitado la atención por lo aislado de otras manifestaciones similares. Son evidencias más complejas de lo supuesto si agregamos las muestras de fundición descubiertas, anunciando a un desierto activamente integrado a la vida de quienes moran en el valle. En la quebrada de Paipote, al sureste de Cachiyuyo, junto al camino que asciende hasta el salar de Maricunga, se encuentra el Puquios que Gabriel Guarda (1987) señala como un pueblo de indios, seguramente en la connotación histórica que esto significa. Otra vez están comprometidas minas de cobre descubiertas en 1795 que emergen a la sombra de viejas construcciones indígenas junto a los manantiales de aguas o “puquius” (Asta-Buruaga, *ob. cit.*), cuyas relaciones con el panorama arqueológico tardío de Copiapó es perfectamente posible.

Caldera y los Incas en la costa

De Copiapó al litoral no hay más información que unas ligeras referencias sobre un cementerio Diaguita incaico en el Fundo María Isabel, más abajo de Monte Amargo

(Cervellino, comunicación personal 1997). Directamente a la desembocadura del río nada pasa. Los contextos aparecen en Caldera y proximidades y Bahía Salada. Hay otras zonas como la desembocadura del río Huasco y Taltal que cierran por el sur y norte el perímetro costero ligado a Copiapó, pero lo medular para nuestros propósitos se encuentra entre Caldera y Bahía Salada, con espacios muy poco conocidos entre Chañaral y Taltal.

Los incas revitalizan el uso de la costa y en este panorama florece particularmente Caldera. No contamos con el más leve vestigio de arquitectura que nos pueda relatar cuál fue la condición del poblado allí asentado. Ruinas de tambores se han conservado en Obispio, próximo por el norte, pero no es problema la ausencia de recintos en Caldera porque son tantos los datos sobre materiales obtenidos de sepulturas que estos hablan por sí sólo a la hora de comparar los distintos asentamientos en el ámbito marítimo.

En el análisis sobre la Cultura Copiapó adelantamos algunos datos sobre la máxima expansión de los incas al norte de Caldera, llegando hasta Taltal con poca fuerza. A la presencia de un par de vasijas con aire de aríbalos, de un trozo de aríbalo cuzqueño y escudilla playo muy fina, se debe agregar una hacha T, cincel y un tumi, más otro tumi de cobre encontrado en Paposo, producto de los estudios sobre metal de Latcham y Mayer en 1909 y 1986. Si dejamos de lado un poco el rubro alfarería o se tuviera que depender de otro tipo de indicadores, no dudamos en tomar a los objetos de metal como guía tras los pasos de los incas por la costa. Ya quedó claro en Copiapó, y en general en el valle, la costumbre de fabricar prendas personales, armas y herramientas. No se puede asegurar si en la costa hubo una producción mayor. Es posible que ni

siquiera se fabricaran allí las piezas, pero es un hecho su popular utilización y tenemos la impresión que se convierten en prendas de alto valor, por eso se importan desde el valle que cuenta con la tecnología adecuada para la manufactura.

Los ejemplos sobran y andan rondando por la vecindad norte de Caldera. De playa Rodillo, que hipotéticamente se adscribe al dominio incaico por unos recintos pircaados, surgen laminas de cobre trabajadas en forja con 3 cm de ancho (Iribarren, J. 1958). Incluso con la posibilidad que Obispio haya sido un asentamiento paralelo a Caldera. En la colección del Dr. Holz había dos cencerros, una campanilla, un aro, un disco, un brazalete, un par de manoplas y dos cuchillos tumi de cobre (Latcham, R. 1938). En la indumentaria de un pescador Bergholz y Bergholz (1973) ubicaron una pinza, un par de cinceles, un cuchillo que recuerda la traza europea, un anzuelo, tres láminas delgadas definidas como chispas agregadas a los anzuelos, tres punzones doble apuntados de sección cuadrangular, y una pequeña barra de cobre rectangular con impregnaciones de fundición (*Lámina 49; Figuras 1 a 8*).

No importa la calidad de sepultura aislada de esta tumba en el extremo norte de la Bahía Obispo, ya que su composición está a la altura de los mejores registros en el valle, si vemos que además hubo una tableta de madera con su respectiva espátula de hueso, un aribaloide con decoración negro y ocre sobre beige, un plato Copiapó con manchas de cocción, pesas, cuchillos, puntas de flecha y torteros de piedra, adornos de hueso, restos de tejido simple, cordelillo y otras pequeñas cosas como vértebras de pescado o espinas de cactus. Las tambores que la misma investigación describe entre playa Flamenco y caleta Obispio se conectan con otros recintos en dirección a que-

brada La Lisa, pudiendo acceder a este asiento incaico bajando por el valle o bien directamente por la quebrada de Flamenco antes que el camino del Inca ingrese a Copiapó.

En Obispito también hubo gente que venía de San Pedro de Atacama y es más conocido este lugar por el hallazgo de tiesos negro pulido clásicos. La ocupación inca gravitó en el desarrollo de comunidades pescadoras cuyos basurales tendrían que ser más completos que los exiguos residuos de los recintos pircados. En todo caso, cinco construcciones y dos "corrales", parecen obedecer a algo más que a una calidad de moradas para pescadores, porque se suman los contenidos de sepulturas y la ubicación en la desembocadura de un camino que baja directamente desde el despoblado, para insinuar un panorama sobre tráfico, posibles postas e intercambio entre costa e interior que por ahora sólo es posible imaginar.

Una mayor cantidad de población se asentó en Caldera. Aquí los metales surgen por todos lados cuando los coleccionistas tenían terreno para explorar a sus anchas. El trabajo sobre la metalurgia de Latcham en 1938 pone al día lo que se conocía en ese entonces: cinces, cuchillos rectangulares, cencerros, manoplas, rompecabeza, topus, anzuelos, placas rectangulares, aros, discos, cascabeles, campanillas y pinzas. Lo más numeroso son los cinces, herramientas que se repiten en hallazgos de distinta naturaleza hacia el sur. Los tenemos en las proximidades de la desembocadura del río Huasco, en Carrizalillo, en la costa de Coquimbo y naturalmente en los valles del sector. Si el cuerpo es más corto y el extremo de uso más ancho pasan a constituirse en hachas planas de acuerdo a la nomenclatura de Mayer (1986), de lo cual hay un ejemplar en Caldera (*Lámina 44; Figura*

17). Siempre las herramientas son de corte sencillo. A lo más otra hacha de este lugar se incluye entre las hachas T decoradas con gancho, por un gancho bastante cerrado sobre uno de los costados (*Lámina 44; Figura 16*).

Mayer incluye en su obra seis cinces de distintos largos ("Cinces tipo Calchaquí"), tres punzones doble apuntados de los mismos que Obispito, cinco cuchillos de hoja rectangular ("cuchillos-placa"), la mayoría con orificio de suspensión sobre el dorso, un tumi ("Cuchillos con mango estrecho"), una maza con uno de los apéndices más largo, y una manopla. Otra manopla la publica Cervellino (1996) desde el inventario del Museo Regional de Copiapó (*Lámina 44; Figuras 12, 13, 14, 15 y 17*).

La colección Echeñique, depositada en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, consta de nueve pinzas fragmentadas que se suman a las 17 nombradas por Latcham, un aro grande de cuerpo rectangular muescado, una "pieza hemisférica con cinco perforaciones", tres brazaletes laminados, una placa rectangular, dos agujas largas, tres punzones doble apuntados, cinco cinces, la hoja de un tumi y una maza compacta de cobre (*Lámina 45; Figuras 2 a 11*). Otra placa de cobre rectangular del mismo museo pertenece a la colección Enrique Gigoux.

Los hechos hablan por sí solos, de manera que no cabe otra cosa que seguir certificando la abundancia de piezas arqueológicas del Período Tardío halladas en Caldera. La colección Echeñique sigue con una tableta de madera que lleva un personaje esculpido en el mango, incorporada tentativamente en el tema sobre la Cultura Copiapó, una espátula de hueso decorada (*Lámina 46; Figura 1*), un palo de huso (*Lámina 45; Figura 12*), torteros de hueso antropomorfos, collar con cuentas de cara-

coles, collar de piedra, restos de distintos collares y una serie de ceramios, comenzando por una escudilla playo con dos pares de protuberancias que por lo general hacen las veces de colas de aves, de fondo rojo con dos gruesas líneas negras que circundan la pieza por dentro (Lámina 45; Figura 1). Otra escudilla lleva un par de protuberancias con orificios simulados, una cabeza de ave en posición vertical con el cuerpo dividido una mitad blanca con dibujos negros, y una mitad roja también con dibujos negros. Entre los dibujos de Latcham hallamos una segunda escudilla con cola y cabeza de ave, esta vez en posición horizontal, con el interior del recipiente cruzado longitudinalmente por una guarda con líneas y X (Lámina 42; Figura 7). A propósito de

los torteros antropomorfos, la colección Lodwig depositada en el Museo de Historia Natural de Valparaíso desde 1925, tiene diez miniaturas de piedra publicadas por Ovalle en 1968, que están entre aquellas piezas donde indistintamente se habla de torteros o adornos (mamíferos, aves, personajes).

En la colección Echeñique además hay un par de aquellos platos bajos de fondo café-crema opaco, con borde evertido rodeado por una guarda negro/roja de rectángulos y líneas cortas, ya descritos en sitios del interior; un plato pequeño acampanado Diaguita incaico; otro plato Diaguita en transición a acampanado; un plato Copiapó rojo monocromo con un par de asas ovoidales compactas levemente in-



Lámina 42. Caldera. 1-6. Aríbalos; 7. Escudilla; 8-9. Piezas finas.



Lámina 43. Caldera. Diversos ceramios obtenidos en antiguas excavaciones.

clinadas hacia abajo; un pequeño cuenco de factura burda café asalmonado; y dos jarros zapatos u ollas asimétricas.

En colecciones miscelánicas se corre el riesgo de mezclar algunas cosas, pero en este caso se ve coherencia en que tras la elaboración de los objetos estuvo la mano de artesanos Diaguita incaicos. En esas condiciones podemos incluir un par de cucharas de madera de 15 y 19 cm de largo, pertenecientes a la colección Lira de 1883 (*Lámina 45; Figura 13*).

A esta altura cobra notoriedad el énfasis de los incas por instalar gente en la costa, controlando las actividades locales desde Caldera. Hipotéticamente podemos suponer que los convoca la calidad de los recursos marítimos y la alternativa de contar con una vía de tráfico más expedita hacia los valles más sureños. Al concentrar la administración local en un solo punto o a lo más dos, incluyendo Obispito, cuentan con un

centro que a su vez responde a una cabecera seguramente situada en Copayapo. Así como no se discute la importancia que adquiere el metal entre las comunidades costeras, también habrá que convenir en la dificultad por encontrar alfarería que no se vea afectada por deficiencias en la elaboración y cuando hay vasijas más finas éstas parecen corresponder a artículos adquiridos en el interior. Es decir, la producción local tiene problemas para homologar la técnica de los alfareros del valle. Uno de los ceramios de Obispito muestra deficiencias de cocción que puede obedecer a la falta de leña adecuada para un resultado óptimo. En la colección Echeñique también se ven detalles de imperfección, acentuándose el problema en la alfarería de Bahía Salada, donde se agregan dificultades para lograr formas regulares.

Luego veremos algunas diferencias de calidad entre la alfarería del litoral que pueden sugerir diferencias sociales entre los habitantes. En la pesquisa tras la cerámica costera, surge otra colección de Caldera fechada en 1885, con manchas de cocción, platos monocromos que normalmente son policromos, formas imperfectas, o decoración elemental. Por un cráneo marcado con la misma fecha y el nombre de "colección Echeñique", es posible que las siete piezas que forman este nuevo grupo también correspondan a dicho conjunto. Se trata de una botella de 9 cm de alto con asa estribo, vertedero centrado en el asa y cabeza humana con deformación anular erecta modelada en un costado del asa, con expresivo rostro de boca perforada. Tiene diversas decoraciones en tono negro sobre fondo café-crema, lo mismo que en el cuerpo de forma esférica y base plana. Un jarro pato pequeño, de pasta café bañada con una delgada película crema borrada casi toda, posee un rostro que va entre una



Lámina 44. Caldera. Cerámica y abundancia de metal.



Lámina 45. Caldera. Colección Echeñique. 1. Escudilla; 2-11. Objetos de cobre. 2. Adorno. 3. Aro. 4. Pinzas; 5. Aguja; 6. Punzones; 7. Cinceles; 8. Brazaletes; 9. Placa; 10. Maza; 11. Tumi; 12-13. Huso y cucharas de madera.

forma de ave y mamífero, mientras que el gollete remata en un ensanchamiento como una copa grande. Enseguida viene un pequeño cuenco subesferoidal de labio reforzado hacia el exterior, con una línea negra horizontal en zig zag apenas percibida, rodeando el borde por ambas caras sobre un fondo café cremoso; un plato subesferoidal como los platos Diaguita I, café-gris monocromo; un platito medio acampanado sin pintar; otro en forma de puco subesferoidal hondo, café rojizo; y una ollita azapatlada leve, con un mamelón apuntado imitando una agarradera, de tono café natural con manchas de hollín.

La transformación del gollete de los jarros patos en embudo o copa es una condición que se comienza a notar en el área de Copiapó; está el caso de la plaza de armas de la ciudad y el recién descrito para la costa. Latcham informa que en su tiempo

se habían encontrado varios jarros patos en Caldera, considerando en ese rubro a una pieza que lleva la figura de una ave pero que nada tiene que ver con lo otro. Más bien es una botella de cuerpo esferoidal, cuello recto levemente evertido, con una cabeza y cola de pato entre el cuello y cuerpo, decorado con franjas en forma de guirnalda blancas sobre rojo (*Lámina 42; Figura 8*). También hay de aquellos jarros patos normales, por ejemplo uno que publica Cervellino en 1996, con toda la indumentaria decorativa clásica, llámese rostro humano de ojos con lágrimas, tocado o peinado dividido en dos partes, collar, brazos recogidos sobre el pecho, etc. (*Lámina 44; Figura 6*).

De la autoría de Latcham en su obra de 1928, también son los dibujos de una botella bastante incaica, de amplia base, cuerpo triangular, asa oblicua y cuello corto de labio evertido, con tres líneas negras rodeando la base del cuello sobre un fondo rojo (*Lámina 42; Figura 9*). Otra botella roja, de cuerpo esferoidal, asa ancha y cuello largo levemente vertido, está dentro de la categoría más incaica (*Lámina 43; Figura 1*). Un par de platos bajos corresponden al tipo que se manifiesta popular con sus guardas de rayitas de colores rodeando el borde interno, otro plato es acampanado sin dibujos y un par lleva motivos que a la distancia podemos reconocer como dibujos Diaguitas (*Lámina 44; Figuras 1 a 5*).

Un cementerio de Caldera descrito en otro trabajo de Latcham del año 28, cuenta con alfarería no del todo incaica, donde hay detalles Diaguitas. Latcham le atribuye un origen "Chincha" de la última época preincaica y a falta de análisis más actualizados se incluyen algunas piezas en el presente trabajo (*Lámina 43; Figuras 2 a 7 y 11*).

El uso de aríbalos en Caldera fue de relativa abundancia. Oyarzún (1910) publi-

ca cuatro, retomados más tarde por Latcham, Looser uno (1927) y Cornely un sexto más aribaloide (1958). El más fino en decoración es idéntico al aríbalo de Copiapó publicado por Looser y se diría que son piezas gemelas. Al ejemplar de Caldera, que también pertenece a la colección Echeñique, le falta la boca y una de las asas, pero están las líneas que circundan el cuello, el mamelón en la base del cuello, los múltiples triangulitos y la franja central vertical recorrida por una línea en zig zag de donde nacen las figuras en T que aporta el estilo Diaguita. Todos son imitaciones de las formas cuzqueñas o más bien, representativos de la alfarería Inca local. Es la cerámica que nace en la región una vez asentado el dominio incaico. Los otros tres aríbalos reunidos por Oyarzún son muy parecidos entre sí, donde se ha transformado la franja vertical de rombos concéntricos cuzqueña en rombos reticulados más imperfectos, en medio de campos rectangulares cuadriculados o reticulados (*Lámina 42; Figuras 1 a 4*).

El aríbalo comentado por Looser también es parte de la colección del Museo de Historia Natural de Santiago, carece de la boca y la superficie es rojo natural, en tanto que el de Cornely es de una forma más esferoidal, de fondo blanco, los mismos campos rectangulares reticulados negro, y el centro con una franja vertical de dos líneas internas onduladas de color rojo, similares a las líneas de los platos Copiapó (*Lámina 42; Figuras 5 y 6*).

Una vez reseñada toda la cerámica que hasta la fecha se conoce de Caldera, surge otra situación digna de ser considerada. La menor calidad en la alfarería costera es particularmente notable en piezas que corresponden a la tradición local. En otras palabras, los índices de peor calidad están en la cerámica nacida en la región, mientras que aríbalos, escudillas u otras vasijas

más próximas a la iconografía incaica parecen no tener problemas. Como no hay detalles tumba por tumba y todo entra en un grupo de datos generales, es difícil saber la relación de las ofrendas en cada sepultura y las diferencias entre los cementerios. De todas maneras es posible trabajar con algunas hipótesis. La principal sería que la mejor alfarería perteneció a la gente de mayor rango en la costa, aunque también tendrían que depender de un porcentaje de vasijas de menor calidad. En consecuencia, el registro de aríbalos y similares puede convertirse en un indicador respecto a la presencia de asentamientos de una categoría diferente a otros yacimientos. Lo mismo que en el interior, en estas situaciones también está en juego definir los problemas de sincronismo y diacronismo que pueden estar implícitos en la comparación de los contextos.

Latcham y Cornely consideraron la buena presencia de cementerios como signo de un considerable poblamiento en el litoral. De acuerdo a los conocimientos actuales, el aumento demográfico en la etapa de las poblaciones agroalfareras se produce en el Período Tardío y buena parte de los 25 cementerios que Cornely cuenta entre Caldera y Totoral deben pertenecer a ese momento de auge. De Caldera al sur prácticamente no se interrumpen los cementerios, donde el metal es uno de los signos de continua presencia. Cornely recoge la versión sobre el hallazgo de brazaletes y tobilleras de plata frente a Isla Grande, que acompañarían a tres finas espátulas de hueso decoradas al más puro estilo andino, con el alter ego y el personaje sacrificador (*Lámina 46; Figura 2*).

Por ahora no se encuentran aríbalos al sur de Caldera, así como en Caldera no hay urnas. Este puede ser un comentario relativo si todo el análisis se basa en informacio-

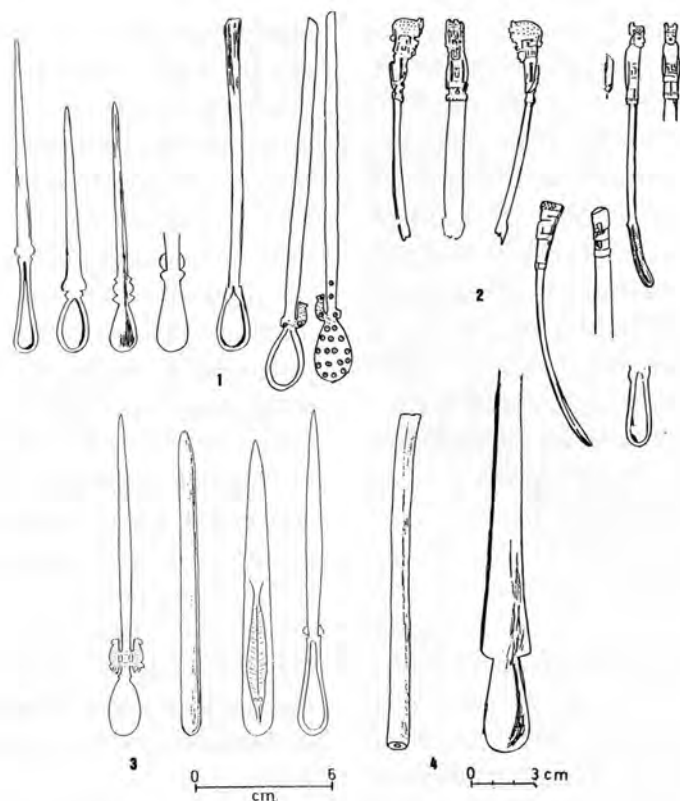


Lámina 46. Espátulas de hueso. 1. Caldera; 2. Isla Grande; 3. Bahía Salada; 4. Totoral (incluye un tubo de hueso).

nes con muchos sesgos, aunque ayuda a considerar esta situación en lo sucesivo. Si es real la ausencia de aríbalos en tierras como Bahía Salada, Pajonal y Totoral, se reafirma a Caldera como el asentamiento principal que tuvo la administración inca en la costa de Copiapó, pudiéndose retomar la hipótesis sobre jerarquías de asentamientos en el litoral. Las revisiones realizadas en Bahía Salada desde las dos expediciones de Francisco Cornely en el verano de 1935, no han conseguido ubicar aríbalos, escudillas o algo parecido. La colección Gonzalo Domínguez publicada por Cervellino en 1996, está compuesta por piezas casi en un 100 % obtenidas en Bahía Salada y los contextos tardíos están formados por platos Copiapó, platos Diaguita in-

caico y urnas polícromas, donde el común denominador es la imperfección en la manufactura de los tiestos: urnas con motivos geométricos que no pueden ser considerados desprolijos, pero aplicados sobre formas imperfectas levemente derrumbadas, de bocas y bases irregulares y manchas oscuras que se expanden desde el interior hacia la policromía externa. Los platos tienen problemas parecidos de irregularidad en la forma y dibujos manchados de negro.

Las sepulturas también pueden contar con tabletas en conchas de ostión pulidas, manoplas, punzones enmangados en madera y otros objetos de cobre como punzones biapuntados, cuchillos de placas, aros y pinzas depilatorias (*Lámina 47; Figuras 1 a 8. Lámina 48; Figuras 1 a 10*). Salvo algunas



Lámina 47. Bahía Salada, Colección Domínguez. Contextos con alfarería de mala calidad. 1-4. Sepultura 3 de Punta Numwich: urna Punta Brava, plato Copiapó con asas (variante), plato Copiapó y tableta de ostión para alucinógenos; 5. Sepultura 8 de P. Nunwich, tabletas; 6-8. Sepultura 6 de P.N., urna, plato Copiapó y punzón enmangado en madera.

indicaciones sobre profundidad de las tumbas, no hay mayor información. Tampoco sabemos si los objetos que Cervellino agrupó en determinadas tumbas son contextos completos, o si las piezas aisladas es lo único registrado en determinadas situaciones. Lo más completo es la sepultura 3 de Punta Nunwich (*Lámina 47; Figuras 1 a 4*).

Todo indica que Cornely excavó sepulturas con cerámica mejor elaborada o de la misma calidad que la alfarería del interior. Maldonado está en medio de los cementerios abiertos por Domínguez y sin embargo sus tios no acusan los problemas que comentamos. Las sepulturas de Cornely estaban señalizadas por una piedra, contando con una bajada lateral escalera. De un total de ocho, la mitad tenía ofrendas: Un adulto asociado a un cantarito doméstico

con una asa, un par de aros de cobre y prendas de hueso. Otro cuerpo extendido estaba protegido por dos costillas de ballena y una piedra laja inclinada cubría un plato acampado, un botellón algo tosco decorado en "color bistre", una aguja de cobre y herramientas de hueso. El tercer individuo también estaba extendido bajo grandes costillas de ballena, con una laja tapando un jarro pato, un plato Copiapó y una fuentecita rojiza con dibujos negros, posible variante Copiapó con un par de pequeñas hendiduras sobre el labio. La cuarta osamenta era un niño con un aro ornitomorfo y un brazalete de oro, varios artefactos de hueso y un cántaro con asa, dentro de una cista de piedra casi rectangular tapada con tres lajas que a la vez eran el lecho mortuario de un perro (*Lámina 48; Figuras 11 a 18*).



Lámina 48. B. Salada. 1-10. C. Domínguez. 1. Plato Copiapó, sepultura 2 de Punta Nunwich; 2-3. Sepultura 7 de P. Nunwich, plato Copiapó y manopla; 4-5. Platos acampanados Diaguita incaico de Bahía Baskerville y P. Nunwich; 7-9. Objetos de cobre (punzones, cuchillo, aro, pinzas) de P. Nunwich - B. Baskerville; 11-18. Colección formada por las excavaciones de Cornely: platos Diaguita incaico, plato Copiapó con rostro antropomorfo doble, plato variante Copiapó, botellón, jarro pato, pulsera y aro, torteros.

Los datos generales hablan sobre un segundo esqueleto de perro, de una segunda cista, de lo habitual que fue depositar costillas de camélidos en las tumbas, y que entre los objetos de hueso había torteros,

punzones, agujas, espátulas decoradas y medias cañas (Cornely, F. 1936-1958). (*Lámina 46; Figura 3*).

El trabajo de Cornely aísla un contexto diferente que a la distancia y en el nivel de



Lámina 49. Obispito-Taltal. 1-7. Materiales de una sepultura. 1. Tableta de madera y espátula de hueso; 2. Torteros - adornos de piedra; 3. Puntas de flechas; 4. Cuchillos de piedra; 5. Pesas de piedra; 6. Cuchillo de traza europea, cinceles y punzones; 7. Pinza. 8. Forma aribaloide de excavaciones antiguas. 9-13. Escudilla Inca y diversas manifestaciones de alfarería Copiapó en Taltal.

fragmentación que se nos presentan los datos aportados por la colección Domínguez, es poco lo que se puede hacer sin evitar caer en interpretaciones confusas. Una alternativa es prestar más atención a los conchales, como el "Conchal 3" de Maldonado (Cervellino, M. 1996), en tanto que la par-

ticularidad del estudio de Cornely enfatiza detalles como el acceso escalonado y la presencia de cántaros no vistos en los otros cementerios de la localidad, como el jarro pato y el plato con rostro doble. Se nota la ausencia de artefactos de pesca entre las ofrendas, pero se sabe que utilizaban los

anzuelos de cobre. De todas maneras, Maldonado es una excepción, porque saliendo de Bahía Salada la realidad vuelve a mostrar sepulturas con ceramios de fabricación grosera.

En efecto, a la vuelta de la bahía, a unos 10 km al sur y después que Cornely pasara sobre los conchales con “alfarería de todas clases” de Caleta Pajonal, recogiendo un trozo de balsa de cuero de lobo, excavó algunas tumbas en ambas puntas de la Caleta Totoral que le reportó una pequeña colección formada por un plato Copiapó con llamitas entre líneas onduladas, otro par de platos más rústicos en que se plasma la variante de dibujos negro y rojo sobre campos crema y rojo. Uno es más pesado que lo normal, con un grosor que llega a los 9 mm, aplicándosele líneas onduladas verticales sobre campos triangulares invertidos rojos y café-crema. De seis a siete cm de altura como máximo es el otro plato, y aún más tosco, de forma subesferoidal, una asita elemental con diminutas perforaciones, y manchas que afectan gran parte de los dibujos del exterior, mientras que la pintura del interior sólo se aprecia a nivel de pigmentos rojo sobre crema y negro sobre rojo (líneas onduladas y zigzagueantes, franjas en V).

De nuevo la ocasión permite asegurar que no hay relación entre los problemas físicos de confección-cocción y el sentido artístico del decorado, porque igual a las urnas anteriores aquí se nota esmero en crear nuevos diseños y producir combinaciones armoniosas. Lo que pasa es que éstas no lucen ante las otras imperfecciones. Sucede lo mismo con dos urnas de Totoral. La más completa es de buena cocción, con una base, un cuerpo esferoidal en su porción inferior y cilíndrico en lo que sigue hacia arriba, las acostumbradas asas oblicuas, y una altura de 32 cm. La combinación de

campos rojo/negro y rojo en la parte baja del cuerpo y figuras triangulares negro/blanco/rojo en el resto, está bastante deteriorada, pero no tanto como la segunda en que reaparece la cocción deficiente. En su origen fue de un tamaño mayor, conservándose la sección esferoidal con triángulos negros y rojos estilizados, espirales rectangulares negro/rojo y líneas zigzagueantes verticales negro/rojo sobre fondo blanco. Una pasta amarilla debe ser la misma materia residual que contenían otras urnas del interior, probablemente los restos de chicha que suponen algunos investigadores.

Un plato de perfil Copiapó podría pertenecer al tipo Inca Negro Pulido, o simplemente tratarse de una rara variante Copiapó. Otro plato con el mismo perfil es de aspecto más burdo, café con manchas negras; la porción de una posible botella lleva un par de líneas gruesas verticales sobre un fondo rojo, rememorando ejemplares depositados en el Museo de Copiapó; y concluye la alfarería con dos ollas de cuerpo recto y una tercera de forma asimétrica (jarro zapato).

Objetos de cobre, madera y hueso completan la serie de ofrendas obtenidas de Totoral: una manopla, la hoja ovalada de cuchillo con apéndice para enmangar en madera, un brazalete, una pinza rematada en paleta, aros rectangulares muescados y aros en espiral apretado, uno de ellos con una cuenta ensartada; un objeto de madera cilíndrico levemente curvado, parecido a un mango para encajar una hoja de piedra o metal y un palillo cilíndrico; otro palillo de hueso, un instrumento muy agudo, una media caña, una espátula sencilla y un tubo en hueso de ave marina para insuflar alucinógenos (*Lámina 46; Figura 4*).

Al comentar el hallazgo de “muchas señales de viviendas indígenas”, Cornely su-

giere que tuvo a la vista recintos que se distinguen entre los conchales. Mas, no le animaba en ese entonces dedicarse a estudiarlas. Por esto, siempre privilegió la ocasión para anotar cualquier detalle de las sepulturas descubiertas. Ahí está el ejemplo de un par de tumbas saqueadas en la parte norte de la caleta, destacando su forma circular pircada, donde obtiene parte de una urna y restos de otros tiestos Su prospección alcanzó unos 10 km más al sur de Caleta Totoral, sin obtener los cementerios que buscaba, por otras circunstancias bajó a la desembocadura del río Huasco estudiando restos Diaguita. De Bahía Salada, incluido Totoral, en dirección al valle del Huasco parece no haber contextos fúnebres como los referidos. Menos hay datos sobre conchales tardíos. Podría sugerirse que en términos geográficos hasta Bahía Salada-Totoral alcanzan los dominios costeros desde el valle de Copiapó. El resto de la tierra es una incógnita. Si comparamos Caldera con la desembocadura del río Huasco no hay semejanzas, porque en el segundo punto prácticamente no hay reportes sobre presencia incaica, pero a escasos 15 km al interior está Freirina y su notable presencia de vasijas cuzqueñas, piezas de metal y objetos propios de un adoratorio de altura. Allí estuvo el asiento de los incas. Sin embargo habrá que prestar atención a un contexto fúnebre de Isla Guacolda descubierto

al azar en años recientes, porque sus ofrendas de oro y cobre pueden ser más que simples piezas de orfebrería (Cervellino, M. 1994).

Poblados, cementerios y cronología

Como es natural en un equipo de trabajo que ha concentrado sus estudios de Punta Brava al interior, las dataciones reflejan los hechos acaecidos en un máximo de 40-45 km de extensión entre el tramo superior del valle de Copiapó y todo el desarrollo del río Pulido. La serie más completa corresponde a Iglesia Colorada, originada en la excavación de tumbas y un basural en el Sector Monticular, aunque todo se ha fechado por el método de la Termoluminiscencia (TL) en la Facultad de Física de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y es deseable efectuar comparaciones con el método Radiocarbónico en la medida que esto sea posible. En el otro extremo del territorio estudiado, Punta Brava, disponemos de dos fechados de carbón vegetal procesados en el Beta Analytic Inc. de Florida, aprovechando que allí se dispone exclusivamente de unidades domésticas con sus respectivas estructuras de cocina *in situ*. La fecha restante fue obtenida en Altos Blancos, también por medio de TL, en una tímida aproximación a un evento fúnebre que hemos adscrito a la historia de la Cultura Copiapó:

Sitio	Río	Contexto	Método	Fechas
Altos Blancos	Del Potro	Sepultura única.	TL	645 +/- 55 1350 DC
Iglesia Colorada	Pulido	Sepultura 3	TL	695 +/- 70 1300 DC
Iglesia Colorada	Pulido	Sepultura 6	TL	520 +/- 50 1475 DC
Iglesia Colorada	Pulido	Sepultura 8	TL	575 +/- 60 1420 DC
Iglesia Colorada	Pulido	Sepultura 10	TL	680 +/- 70 1315 DC
Iglesia Colorada	Pulido	Sepultura 12	TL	895 +/- 70 1100 DC
Iglesia Colorada	Pulido	Sector Monticular, basural W.	TL	765 +/- 90 1230 DC
Punta Brava	Copiapó	Plataforma 3	RC	690 +/- 50 1260 +/-50 DC
Punta Brava	Copiapó	Plataforma 13	RC	510 +/- 60 1440 +/-60 DC

Este cuadro hay que tomarlo como una aproximación general o una tendencia sobre la realidad de los acontecimientos prehispánicos investigados. Por una parte no hay fechados que deban descartarse por su discordancia con este proceso cultural y, por otra, es un cuadro que se agrega a la tendencia por bajar la cronología ligada a la historia de los incas. Cuando se trata de dataciones que en principio no concuerden entre sí hay que tener en cuenta diversas variantes que no es el caso detallar aquí. A nuestro juicio, ajustar demasiado o forzar a priori la cronología nos hace perder de vista la realidad de los contextos excavados. Lo que no quiere decir que no se hagan los esfuerzos necesarios para explicar el sentido de cada fecha, comparando lo que se fechó, analizando detalles técnicos de los procesos de datación y otros tópicos específicos.

La datación de Altos Blancos, supuestamente representativa de un cementerio preincaico, se equipara a dos fechados de Iglesia Colorada y es mayor a otros dos fechados de este mismo cementerio; es decir que sugiere coherencia con un contexto fúnebre que en la práctica debiera ser más tardío. De un extremo a otro, la serie Iglesia Colorada tiene una diferencia cercana a los 400 años, en un cementerio que a simple vista muestra una gran coherencia en forma y contenidos. Eso significa que más del 50% de las fechas se inscriben en la tendencia sobre una instalación Incas más temprana de lo supuesto. Ninguna tumba tenía piezas de origen inca, de manera que las dos fechas más tardías siguen datando un momento que aún no sabemos si es sincrónico o diacrónico con los cementerios que muestran componentes incas más clásicos. Huelga decir lo importante que resulta en estas circunstancias fecha contextos como los de Rodeo, Jorquera u Hornitos.

Respecto a Punta Brava, el método Radiocarbónico también extrapola la situación entre una fecha "acorde con la ocupación inca" y otra que se va a tiempos bastante más tempranos. La situación nos podría tentar a ver en la fecha antigua la presencia de aquella parte preincaica del poblado que debe estar por algún lado, sin embargo no hay base para sustentar una cuestión de esta naturaleza. Más bien, es cosa de esperar el curso de los acontecimientos, entre ellos, el momento en que Cervellino publique los resultados de sus fechas en los poblados del río Jorquera. Por ahora tenemos un promedio para el desarrollo del Período Tardío en Copiapó y este señala que el proceso transcurre entre los siglos XII y XV de nuestra era.

Copayapo y Camasquil:

Una hipótesis sobre los Señoríos Duales

A lo largo de este trabajo quedó esbozada la alternativa que ciertos cementerios estén reflejando una situación de mayor jerarquía dentro del valle. Como aquello merece análisis más pormenorizado y, especialmente, contextos más completos, por ahora sólo corresponde a hechos insinuados en la comparación de los datos disponibles. De alguna manera habrá que abordar la ausencia de contextos de Punta Brava al litoral, el vacío de información actual, y la carencia de investigación es sobre la arquitectura tardía en este espacio. En cambio, de Punta Brava al interior, digamos mejor de Hornitos hacia arriba, los poblados a la vista seguirán entregando información de acuerdo al surgimiento de nuevas perspectivas en la investigación, por ejemplo, la reciente incorporación de los complejos habitacionales en el río Jorquera.

Pero, ¿qué significa la diferencia entre la serie de evidencias de Hornitos-Iglesia

Colorada y Copiapó-Caldera? ¿es sólo consecuencia de un arrasamiento en el segundo tramo por quedar éste bajo la mayor concentración de población histórica? Sin dudas hay mucho de eso porque los cementerios de Copayapo hablan a las claras de una relación con un importante asentamiento que hoy no se aprecia por razones obvias.

De no existir la versión sobre la presencia de dos señores reinando en el valle, la mayor concentración de complejos arquitectónicos aguas arriba de Hornitos sería tomada como una variante en que la población, elige esas tierras para edificar un poblado fortificado, un centro metalurgista de nivel alto y una serie de grandes poblados hasta la misma cordillera. Pero las crónicas sugieren que un señor gobernó la mitad de arriba y otro la mitad de abajo del valle. Ahora, ¿donde estaba el límite entre ambas mitades? ¿son exactamente mitades o aquello está expresado en sentido figurado? Si fuera verdad que Hornitos-Iglesia Colorada perteneció al señor de arriba, ¿significa que éste imponía de mejor manera sus términos?

Los documentos establecen que Copayapo controla la pasada hacia territorios al sur y norte. Es la puerta de entrada al valle. También se dice que corresponde al pueblo principal del territorio copiapino y que su gente busca refugio en el interior gracias a que no son sistemas duales cerrados o de meras confrontaciones sino basados en complejas alianzas. De hecho en su parlamento con Valdivia, Ulpar señala "que él era capitán general de los señores Aldequín y Gualenica" (Bibar, G. 1558; Hidalgo, J. 1971).

La arqueología ha contribuido con su parte y no parece suficiente para dilucidar un problema que requiere de un mayor aporte de la Etnohistoria. Análisis como el

que estamos concluyendo más que nada establecen un panorama general y se permiten sugerir algunas explicaciones a ciertos hechos que parecen más relevantes. Sobre el particular, nos preguntamos si en estos momentos el tema de la Dualidad es un problema más etnohistórico que arqueológico o, en otras palabras, si el avance requiere de un mayor esfuerzo de la Etnohistoria para conjugar sus datos con la información arqueológica que espera combinarse con esos aportes.

La sugerencia de Hidalgo respecto a que la dualidad en el gobierno de un valle no es un hecho fortuito sino que responde a una "estructura compuesta por dos parcialidades, probablemente exogámicas", no ha sido explorada a fondo en lo sucesivo, y ya tenemos más de 25 años transcurridos desde su publicación. Otro problema es cuanto nos podemos profundizar entre las evidencias arqueológicas para analizar un tema que se empieza a manejar bajo el parámetro que establece la visión de los cronistas. No se trata de una desconfianza a ultranzas, sólo llamamos la atención que no todos los registros arqueológicos tardíos necesariamente pueden estar relacionados con el sistema de la dualidad, porque también nos preguntamos si el sistema dual que percibieron los españoles reflejaba la organización inca viva o era producto de una reorganización de los naturales cuando los incas sucumbieron. Porque de acuerdo a Bibar, Ulpar, su gente, y las jefaturas que él representaba no eran quechuas sino copiapinos, que entienden el quechua porque "avían tratado con yndios del Cuzco".

Aldequín y Gualenica. Dos señores para un mismo valle. ¿Dónde reinaría uno y otro? Por la respuesta que da Ulpar a Pedro de Valdivia, asegurándole que la tierra que éste pisaba pertenecía a Aldequín, quedaría despejada la duda respecto a que Copayapo

yapo formaba parte de sus dominios. Ahora bien, el asiento de Aldequín es Copayapo con residencia en “una ramada y casa grande de aquel señor” (Hidalgo, *ob. cit.*). En líneas gruesas es factible establecer tal situación. Si se asegura que enseguida la población indígena “huyó hacia la tierra”, la pregunta es ¿se fueron a refugiar al pucara del Inga o Punta Brava o la gente de Aldequín tenía otro pucara? Bibar señala que en la conquista de un pucara Valdivia encontró “a las mujeres e hijos del cacique Gualenica” y nada dice si allí mismo había gente de Aldequín. Gualenica estaba en otro lugar no precisado y Aldequín baja a Copayapo por sus propios medios de un refugio en algún punto también incógnito. Lo que parece seguro es que ambos señores no estaban escondidos juntos.

Entonces, Gualenica era el señor de la parcialidad de arriba. Si es el pucara de Punta Brava lo que se toman los españoles y allí quería asegurar Gualenica la protección de su familia, significa que éste tiene su asiento en los alrededores inmediatos, como Hornitos o La Puerta. Siguiendo a Hidalgo en su trabajo con los datos de Bibar, cuando Aldequín se reúne con los españoles en su casa, les asegura que el causante de los conflictos bélicos era “otro señor que arriba en el mismo valle estaba”. Pero hagamos otras preguntas, ¿entonces el pucara de Punta Brava pertenece a la parcialidad de arriba y allí se refugiaba esta población en caso de conflictos con su homónima de abajo? ¿Este pucará protege los intereses establecidos de ahí al interior, llámese La Puerta, Viña del Cerro, Rodeo, Choliguín, etc., que entre paréntesis, representa lo más complejo de las obras incaicas en el valle, y donde están las mejores tierras según Domeyko?

Tenemos la impresión que es la rebel-
día de Gualenica lo que impulsa a Juan

Bohon a subir al interior de Copayapo buscando la manera de neutralizar a los alzados en armas contra los ibéricos. El tema de Juan Bohon es otro problema que da para un análisis específico, por ejemplo que no habría tenido tiempo para construir su mentado fuerte, ya que a poco de arribar al lugar fue sorprendido por los naturales que le dieron muerte junto a su comitiva. A lo más pudo erigir un refugio ligero de madera u ocupar la instalación de piedra y adobe que ya existía en La Puerta. La fuerza que alcanza la tradición sobre su muerte se debe a su calidad de primer mártir en la gran y única rebelión indígena que alcanza ribetes regionales.

¿Pero dónde encaja Camasquil en este panorama? Luego que la crónica de Bibar identifica a El Chañar, como un pueblo de “yndios del Cuzco”, ahora Finca de Chañaral, y se desprende del relato que arriban finalmente al pueblo de Copayapo, no hay mayores posibilidades para indagar sobre la ubicación de otros centros de población indígena. En todos estos años la lectura obligada ha sido el libro de Carlos María Sayago y lo seguirá siendo por muchos años más. Recién en 1996 surge un estudio que arroja un poco más de luz, cuando Cortés publica un trabajo sobre la Visita y Tasa aplicada por el Oidor Hernando de Santillán en los repartimientos de indios en la ciudad de La Serena en 1559, donde se agregan a Chañar y Copiapó los pueblos de Payatelme, Paycandelme, Costa Caldera, Costa Atacama y Costa puerto, con sus respectivos Caciques y/o Principales e indios. La partícula pay, que significa desierto (Asta-Buruaga, F.S. 1899), figura en los dos pueblos con nombres indígenas definidos, pero también está la identificación del cerro Paycayten “frente al pueblo de la cacica doña María Che (Achay)”, en la actual ciudad de Copiapó, y así continúan Paipote y

Painehue, sin olvidar Paitanas en el valle del Huasco.

La ubicación exacta de Payatelve y Paycandelme depende del historiador citado, en su estudio más pormenorizado sobre la distribución espacial de las poblaciones indígenas durante los primeros años de la Conquista. De otra manera podríamos empezar a creer que existe alguna relación entre estos pueblos y nombres como Paipote y Painehue. En ambos lugares existen vestigios arqueológicos y antes hemos planteado que Painehue debió ser la permanencia en el tiempo de una población anteriormente vinculada con el funcionamiento del centro metalurgista de Viña del Cerro. En el epílogo de estas reflexiones ha surgido un cementerio Diaguita incaico al frente de Viña del Cerro, cruzando el río (Cervellino, comunicación personal 1997), que confirma la tesis sobre una población local mayor relacionada con las labores metalurgistas del campamento excavado por Niemeyer y Cervellino.

Como es obvio, Camasquil no figura en el estudio de Cortés, tampoco Choligüín. Pensar que puedan ser nombres originados durante la administración hispánica es poco probable por la tendencia de rebautizar todo con topónimos españoles. Lo concreto es que físicamente Camasquil figura en el actual Potrero Seco, unos siete kilómetros más abajo de Hornitos, mientras que este último lugar aparece con el nombre de Paso Hondo. La observación de Sayago respecto a que del pueblo de Copiapó deriva el nombre de todo el valle parece una verdad sin discusión. Sin embargo, buscando alguna alternativa que fuera posible cotejar con la idea de Sayago, lo único que surge es el nombre de Camasquil. Es decir, en tiempos históricos no todo el valle principal era reconocido como Copiapó, porque Espejo (1996) describe que el Sargento

Mayor Jusepe Campofrío de Carvajal posee en 1635 "mil cuerdas de tierras en el valle de Camarquil, desde Painehue hasta el pueblo de Choligüín". En otros términos, de Viña del Cerro o Potrero Grande hasta Iglesia Colorada, con lo que se establece que el valle del Pulido también quedaba dentro de la jurisdicción de Camasquil. Pero el pueblo de Camasquil, o la cabecera de este valle de los documentos históricos, está mucho más abajo todavía, unos 35 km aguas abajo de Painehue, lo que en definitiva da unos 65 km de extensión al valle de Camasquil.

Sayago asegura que según un documento de 1677 aún se conservaba de Camasquil cimientos de la aldea y restos de las pircas subterráneas de los graneros. Por su parte Asta-Buruaga precisa que Camasquil se extiende desde el paraje llamado del Hornito hacia abajo, hasta comprender a Potrero Seco, confirmando que entre esos dos puntos existió un "centro de población de primitivos indios".

En conclusión, los señores Aldequín y Guanelica gobiernan el valle bajo un sistema dual. Aldequín sería el dueño de Copayapo hacia la mar, unos 60 km de extensión, sin contar lo que pudo controlar al norte y sur de Caldera. La coincidencia entre el espacio que ocuparía el valle de Camasquil y los poblados y cementerios de Hornitos-Iglesia Colorada, permite sugerir que allí estaría marcado el territorio de la parcialidad de arriba, o sea, las tierras de Gualenica. Más aún, la cercanía del pueblo de Camasquil con Hornitos indicaría que allí estuvo la cabecera o asiento del señor de arriba, y hasta podría ser La Puerta porque todo gira en una diferencia de pocos kilómetros de distancia, con el pucara de Punta Brava dispuesto para albergar a la población en caso de peligro. Dijimos que no hay seguridad si el sistema dual expresado por los dignatarios indígenas refleje en

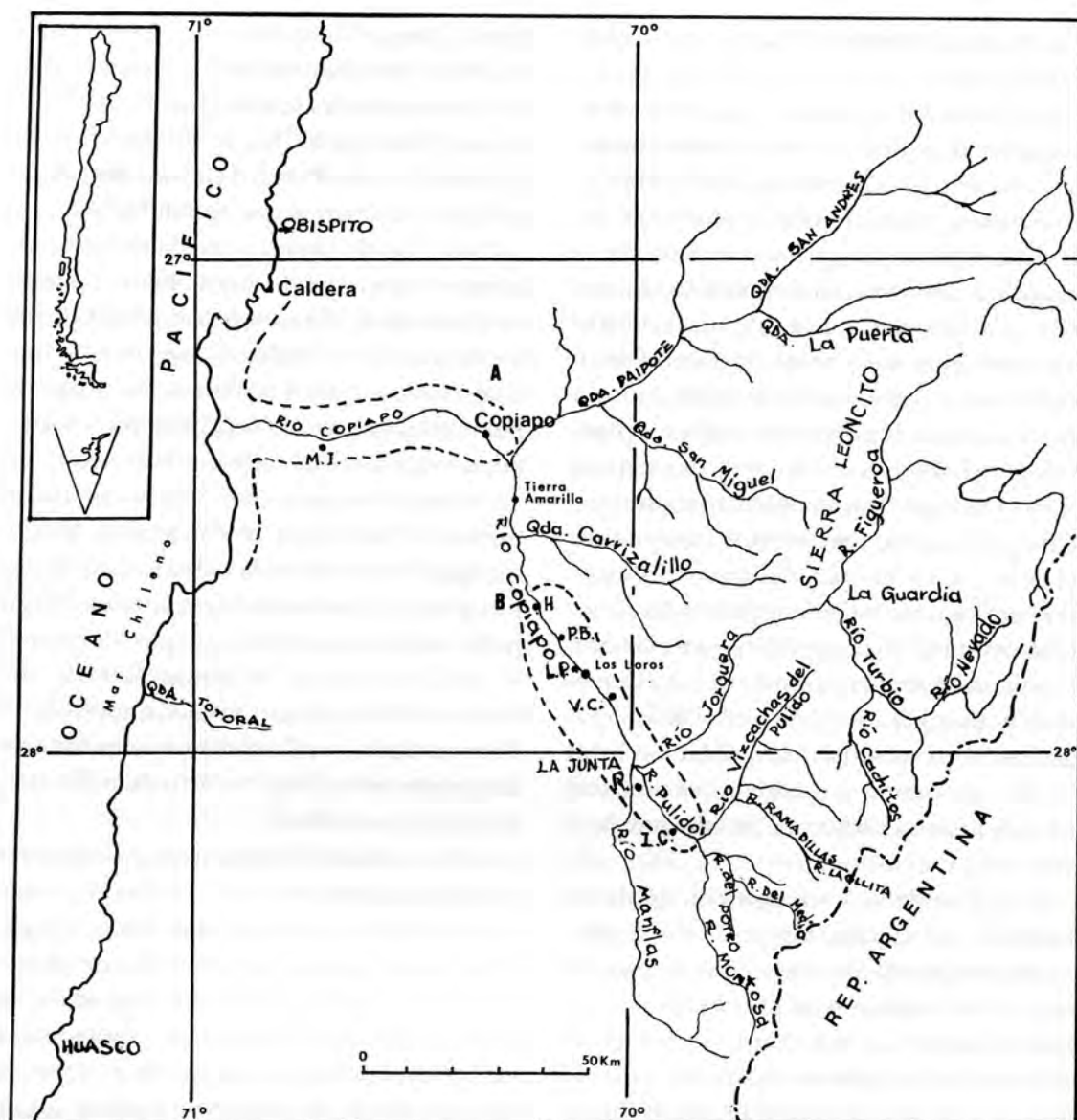


Lámina 50. Probables áreas de dominio de los señores Aldequín y Gualdenica en el valle de Copiapó. A. Copayapo, tierra de Aldequín; B. Camasquil, tierra de Gualdenica (H, Hornitos - Camasquil; P.B., Punta Brava; L.P., La Puerta; V.C., Viña del Cerro - Painehue; R, Rodeo; I.C., Iglesia Colorada - Cholíguín).

estricta verdad la mantención de la forma de gobierno incaico, pero quien mande arriba o abajo coincide con los mismos territorios que la arqueología define como las principales áreas de acción, porque la estructura incaica trazó las líneas de la organización territorial y quienes gobiernan al arribo de los españoles son producto de un

pasado moldeado por esas mismas estructuras.

La situación amerita conocer esa corta etapa donde los valles quedan libres y los naturales deben asumir lo que viene por delante. Al fijar el relato de Bibar una autonomía de la población que los españoles encuentran a su paso, no podemos dejar de

preguntarnos si son los mitimaes Diaguitas, que ya se afincaron en la zona, quienes reorganizan el control del valle o son los Copiapoes que tratan de recuperar el terreno perdido, después de los duros castigos que parece haber sufrido esta población por su resistencia inicial al dominio inca. Pruebas directas la arqueología no puede ofrecer aún, pero algo se puede percibir por medio de documentos históricos. Es así como consta que en 1574 Luis de Fuentes al fundar una villa de frontera en la Provincia de Chichas se enfrentó con un fértil y generoso territorio, prácticamente despoblado, a donde llevó a los indios "Tomatas Copiapó".

"...habiéndolos recogido de partes remotas en donde estaban divididos y apartados del

riesgo que tenían de los indios Chiriguano y tras haberlos metido en este valle tierras que ellos habían tenido y poseído antes en tiempos del Inga y que ellos habían ayudado a poblar y fundar..." (Presta, Ana M. 1989).

Extrañados en territorio boliviano e incluidos entre las etnias chichas, los primeros contingentes que se enfrentaron a los incas en el norte semiárido debieron engrosar los ejércitos que lucharon en la peor de las misiones, cual fue enfrentar a los chiriguano. Debieron ser mitimaes copiapinos los trasladados a dichas latitudes porque no existe otro Copiapó como área geográfica específica, a lo más hubo un campo o potrero Copiapó o ckopiapú en San Pedro de Atacama (Casassas, J.M., 1974).

BIBLIOGRAFÍA

1. ADVIS, PATRICIO. *Noticias de Cronistas e Historiadores sobre la travesía de Los Andes realizada por la hueste de Almagro durante la Jornada de Chile*. Boletín del Museo Regional de Atacama 4, pp. 103-127, Copiapó, 1994.
2. AMPUERO, GONZALO. *Cultura Diaguita*. Serie Patrimonio Cultural Chileno. Colección Culturas Aborígenes. División de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, 64 páginas, 1994.
3. ASTA-BURUAGA Y CIENFUEGOS, FRANCISCO SOLANO. *Diccionario Geográfico de la República de Chile*. D. Appleton y Compañía, Nueva York, 1899.
4. BARCENA, ROBERTO. *Registro Documental sobre la Dominación Incaica en Cuyo*. Xama 4-5, pp. 12-49, Mendoza, 1991-1992.
5. BARROS GREZ, DANIEL. *El Dios Viracocha*. Actes de la Société Scientifique du Chili, Tome V, pp. 198-201, Santiago, 1895.
6. BETANZOS, JUAN DE. *Suma y narración de los Incas*. Prólogo, transcripción y notas por María del Carmen Martín Rubio. Estudios preliminares de Horacio Villanueva U. - Demetrio Ramos - M. del C. Martín R. Ediciones Atlas, Madrid, 1987.
7. BERGHOLZ, HANS; WALTER BERGHOLZ. *Estudios Arqueológicos en el litoral de Atacama*. Boletín 15, Museo Arqueológico de La Serena, pp. 165-174, La Serena, 1973.
8. BIBAR, GERÓNIMO DE. *Crónica y Relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile, 1558*. Fondo Histórico J. T. Medina. Santiago, 1966.
9. CAMPBELL, CARLOS. *Excavaciones practicadas en la quebrada de La Negra, Hacienda*

- Hornitos, Valle de Copiapó. Notas del Museo de La Serena 5, 6 páginas, La Serena, 1956.
10. CASASSAS, JOSE MARÍA. *La región Atacameña en el siglo XVII*. Editorial Universitaria, 187 páginas, Antofagasta, 1974.
 11. CERVELLINO, MIGUEL. *Relatos de una expedición: Almagro en Los Andes, por la ruta de la muerte*. Boletín del Museo Regional de Atacama 4, pp. 129-140, Copiapó, 1994.
 12. CERVELLINO, MIGUEL. *Evidencias de metalurgia prehispanica en la Región de Atacama primera parte: Una reevaluación*. Boletín del Museo Regional de Atacama 4, pp. 5-39, Copiapó, 1994.
 13. CERVELLINO, MIGUEL. *Breve análisis del desarrollo cultural prehispánico de la costa de la Región de Atacama, a la luz de viejas y nuevas evidencias, I parte*. Boletín 19, Museo Arqueológico de La Serena, pp. 149-163, 1996.
 14. CERVELLINO, MIGUEL; NELSON GAETE. *Prospecciones arqueológicas en el río Jorquera*. Manuscrito, 1996-1997.
 15. CIEZA DE LEÓN, PEDRO. *Crónica del Perú, segunda parte*. Edición, prólogo y notas de Francesca Cantú. Pontificia Universidad Católica del Perú. Academia Nacional de la Historia, Lima, 1985.
 16. CORNELLY, FRANCISCO. *Un cementerio indígena en Bahía Salada*. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural XV, pp. 41-46, Santiago, 1936.
 17. CORNELLY, FRANCISCO. *Urnas prehistóricas de Coquimbo y Atacama*. Boletín del Museo Arqueológico de La Serena 6, pp. 16-20, La Serena, 1952.
 18. CORNELLY, FRANCISCO. *Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle*. Editorial del Pacífico, 226 páginas, Santiago, 1956.
 19. CORNELLY, FRANCISCO. *Arqueología del Norte Chico*. Revista Chilena de Historia y Geografía 124, pp. 83-112, Santiago, 1956.
 20. CORTÉS, HERNÁN. *Visita y Tasa aplicada por el Oidor Hernando de Santillan en los repar-
timientos de indios en la ciudad de La Serena, 1559*. V Seminario - Taller Problemas de la Historia y la Historiografía Colonial. Instituto de Historia. Universidad de Católica de Valparaíso, 1996.
 21. DARWIN, CHARLES. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Librería El Ateneo, 617 páginas, Buenos Aires, 1942.
 22. DOMEYKO, IGNACIO. *Mis viajes*. Tomo I. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1978.
 23. ESPEJO, JUAN LUIS. *Nobiliario de la Capitanía General de Chile*. Editorial Andrés Bello, 946 páginas, Santiago, 1967.
 24. ESPINOZA, HENRIQUE. *Jeografía descriptiva de la República de Chile*. Imprenta Encuadernación Barcelona, 493 páginas, Santiago, 1897.
 25. ESPINOZA SORIANO, WALDEMAR. *Los incas*. Amaru ediciones, 1987.
 26. HIDALGO, JORGE. *Algunos datos sobre la organización Dual en las Sociedades Protohistóricas del Norte Chico. El testimonio de los cronistas*. Noticiario Mensual Museo Nacional de Historia Natural 178, pp. 3-10, Santiago, 1971.
 27. IRIBARREN, JORGE. *Arqueología en el valle de Copiapó*. Revista Universitaria XLIII, pp. 167-195, Santiago, 1958.
 28. IRIBARREN, JORGE. *Ocupación Inca de Atacama y Coquimbo*. Manuscrito, 1973.
 29. LATCHAM, RICARDO. *La alfarería indígena chilena*. Sociedad Imprenta y Litográfica Universo, 233 páginas, Santiago, 1928.
 30. LATCHAM, RICARDO. *Las influencias Chinchas en la alfarería de Chile y la Argentina*. Anales de la Sociedad Científica Argentina CIV, pp. 159-196, Buenos Aires, 1928.
 31. LATCHAM, RICARDO. *Metalurgia atacameña. Objetos de bronce y de cobre*. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural XV, pp. 107-151, Santiago, 1936.
 32. LEÓN, LEONARDO. *Expansión inca y resistencia indígena en Chile, 1470-1536*. Revista Chungará 10, pp. 95-115, Arica, 1983.

33. LEVILLIER, D. ROBERTO. *Gobernación del Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores*. Documentos del Archivo de Indias. Tomo I, 1548-1583, Madrid, 1919.
34. LOOSER, GUALTERIO. *Algunos vasos aribalos y aribalooides de Chile y límite austral de su área de dispersión*. Revista del Museo de Etnología y Antropología VI, pp. 297-305, Santiago, 1927.
35. LOOSER, GUALTERIO. *The archaeological trove of Copiapó. Valuable pottery found in indian burial ground*. Revista Chile V, N° 29, pp. 307-309, New York, 1928.
36. LOOSER, GUALTERIO. *Urnas funerarias de greda de tipo Diaguita*. Revista del Instituto de Etnología II, pp. 145-154, Tucumán, 1932.
37. LLAGOSTERA, AGUSTÍN. *Hipótesis sobre la expansión incaica en la vertiente occidental de los Andes Meridionales*. Homenaje al Dr. Gustavo le Paige, SJ. Universidad del Norte, pp. 203-218, Antofagasta, 1976.
38. MANRÍQUEZ, VIVIANA. *Resultados del estudio prospectivo para la elaboración de una Etnohistoria del valle de Copiapó. Resultados y proposiciones*. En Estudio del Período Tardío en la cuenca del río Copiapó, informe Final (Niemeyer et. al.), 1996.
39. MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS. *Tahuantisuyo el imperio de los Incas. Capítulo XI los primeros americanos*. Chile Color 11, Santiago, 1988.
40. MATIENZO, JUAN DE. *Gobierno del Perú (1567)*. Edition et Etude préliminaire par Guillermo Lohmann Villena. Travaux de L'Institut Français D'Étude Andines Tome XI, Paris-Lima, 1967.
41. MATUS, LEOTARDO. *Exploración Antropológica al valle del río Copiapó*. Revista Chilena de Historia Natural XXV, pp. 582-586, Santiago, 1921.
42. MAYER, EUGEN FRIEDRICH. *Armas y herramientas de metal prehispánicas en Argentina y Chile*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, Band 38, München, 1986.
43. MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *Los aborígenes de Chile*. XVI, 427 páginas, Santiago, 1882.
44. MOSTNY, GRETE. *Arqueología de Taltal. Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Fondo Histórico y Bibliográfico II, Santiago, 1964.
45. NIEMEYER, HANS. *La ocupación incaica de la cuenca alta del río Copiapó (III Región de Atacama, Chile)*. Comechingonia, Número Especial, Córdoba, 1986.
46. NIEMEYER, HANS; MARIO RIVERA. *El camino del Inca en el despoblado de Atacama*. Boletín de Prehistoria de Chile 9, pp. 91-193, Santiago, 1983.
47. NIEMEYER, HANS; MIGUEL CERVELLINO; GASTÓN CASTILLO. *Estudio del Período Intermedio Tardío en la cuenca del río Copiapó. III Región de Atacama. Informe Final*. Proyecto FONDECYT 0526 / 90. Santiago. 1993.
48. NIEMEYER, HANS; MIGUEL CERVELLINO; GASTÓN CASTILLO. *Estudio del Período Tardío en la cuenca del río Copiapó. III Región*. Informe Final. Proyecto FONDECYT 1930001, Santiago, 1996.
49. OYARZÚN, AURELIANO. *Contribución al estudio de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile*. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural II, N° 1, pp. 3-37, Santiago. 1910.
50. OVALLE, NINA. *Miniaturas indígenas de Caldera. Colección Ludwig del Museo de Historia Natural de Valparaíso*. Anales del Museo de Historia Natural I, pp. 239-247, 1968.
51. PATRÓN, PABLO. *Influencia del dominio peruano en Chile*. Actas del Cuarto Congreso Científico (1° Panamericano) III. Imprenta Barcelona, pp. 101-180. Santiago, 1912.
52. PRESTA, ANA MARÍA. *Mano de obra en una hacienda tarijeña en el siglo XVII: La viña de la angostura*. Izquierdo G. (Ed.). Agricultura, sociedad y trabajo en América hispana. Serie Nuevo Mundo: 5 siglos, pp. 43-60. U. Católica Valparaíso-U. Metropolitana, Santiago, 1989.

-
53. SAYAGO, CARLOS MARÍA. *Historia de Copiapó*. Editorial Francisco de Aguirre, 629 páginas, Buenos Aires, 1973.
54. SEELNFREUND, ANDREA; FLORA VILCHES; HANS NIEMEYER. *Informe Plan de Conservación Preventiva Sitio 25 Las Estacas, Quebrada de Jorquera, III Región de Atacama*, Santiago, 1996.
55. SEMPÉ, M. CARLOTA. *Últimas etapas del desarrollo cultural indígena (1480-1690), en el valle de Abaúcan. Tinogasta. Provincia de Catamarca*. Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie) VIII, pp. 1-49. La Plata. 1973.
56. SILVA, OSVALDO. *Culturas y Pueblos de Chile Prehispánico*. En *Prólogo a Chile*. Editorial Salesiana. Colección V Centenario Chile, 198 páginas, Santiago, 1992.
57. STEHBERG, RUBÉN. *Instalaciones Incaicas en el norte y centro semiárido de Chile*. Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Naturales con orientación Antropológica. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, 150 páginas, La Plata, 1991.
58. STEHBERG, RUBÉN; ÁNGEL CABEZA. *Sistema vial incaico en el Chile semiárido*. *Comchingonia* 9. Número especial, pp. 155-216, Córdoba, 1991.
59. TREUTLER, PAUL. *Andanzas de un Alemán en Atacama. 1852-1858*. Tamarugal Libro Ediciones, 245 páginas, Copiapó, 1969.
60. UHLE, MAX. *La esfera de influencia del país de los Incas*. Actas del Cuarto Congreso Científico (1º Panamericano) II. Imprenta Barcelona, Santiago, 1911.

Índice

Epígrafe	7
Reseña de los autores	8
Agradecimientos	9
Presentación	11
Capítulo I	
Crónica de la exploración arqueológica de la cuenca del río Copiapó	
<i>Hans Niemeyer F.</i>	13
Capítulo II	
La cuenca del río Copiapó	
<i>Hans Niemeyer F.</i>	27
Capítulo III	
El período arcaico en la Región de Atacama	
<i>Miguel Cervellino G.</i>	39
Capítulo IV	
El período temprano del horizonte agroalfarero en Copiapó	
<i>Hans Niemeyer F.</i>	61
Capítulo V	
El período medio. Complejo Las Ánimas	
<i>Hans Niemeyer F.</i>	115
Capítulo VI	
Los períodos intermedio tardío y tardío: desde la cultura Copiapó al dominio inca	
<i>Gastón Castillo G.</i>	163